

# WILBUR SMITH



SAGA  
COURTNEY, 8

EL DESTINO DEL  
CAZADOR



**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

En 1913 León Courtney, ex combatiente convertido en cazador profesional, se encuentra en tierras de la tribu masai, en la británica África del Este, trabajando como guía en safaris para extranjeros millonarios y poderosos. Uno de sus clientes, el conde Otto von Meerbach, industrial alemán, lidera una poderosa fábrica de aviones y vehículos para la próspera armada del Káiser.

León es reclutado por su tío, Penrod Ballantyne, comandante de las fuerzas británicas en África oriental, para investigar a Von Meerbach. Lo que no estaba en los planes era que se enamorara apasionadamente de Eva, la enigmática y bella mujer del conde.

Poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, León descubre un complot de Von Meerbach contra los británicos que involucra a sobrevivientes desencantados de la Guerra de los Bóers. León intentará desentrañar qué hay detrás de esa conspiración, al tiempo que averigua quién es Eva realmente detrás de la máscara de mujer enamorada.

**L**≡**LIBROS**

Wilbur Smith

**El destino del cazador**  
**Saga Courtney - 08**

Este libro está dedicado a mi mujer, Mokhiniso,  
que es lo mejor que jamás me ha ocurrido.

El 9 de agosto de 1906 era el cuarto aniversario de la coronación de Eduardo VII, Rey del Reino Unido y los Dominios Británicos, y Emperador de la India. Daba la casualidad de que era también el cumpleaños número diecinueve de uno de los leales súbditos de Su Majestad, el segundo teniente León Courtney, de la Compañía C, 3.<sup>er</sup> Batallón, 1.<sup>er</sup> Regimiento de los Rifles Africanos del Rey, o los RAR, como se los conocía comúnmente. León pasaba este cumpleaños cazando rebeldes nandi a lo largo de la fractura geológica del gran valle del Rift, en el interior profundo de esa joya del imperio, el África Oriental Británica.

Los nandi eran un pueblo belicoso, muy propenso a la insurrección contra la autoridad. Habían estado en rebelión esporádica durante los pasados diez años, desde que su hechicero y adivino principal había predicho que una gran serpiente negra se iba a mover por sus tierras tribales arrojando fuego y humo, trayendo muerte y catástrofes a la tribu. Cuando el gobierno colonial británico comenzó a colocar las vías para el ferrocarril, que fue proyectado para ir desde el puerto de Mombasa en el océano Índico hasta las orillas del lago Victoria, casi mil kilómetros tierra adentro, los nandi lo interpretaron como el cumplimiento de la temida profecía y las brasas de la insurrección se encendieron otra vez. Ardían con más brillo a medida que la punta de lanza del ferrocarril se acercaba a Nairobi, para luego dirigirse hacia el Oeste por el valle del Rift y las tierras tribales de los nandi rumbo al lago Victoria.

Cuando el coronel Penrod Ballantyne, el oficial que comandaba el regimiento de los RAR, recibió el despacho del gobernador de la colonia, en que se le informaba que la tribu se había alzado otra vez y estaba atacando posiciones aisladas del gobierno a lo largo de la propuesta ruta del ferrocarril, comentó con exasperación:

—Bien, supongo que simplemente tendremos que darles otra buena paliza. —  
Y ordenó a su 3.<sup>er</sup> Batallón que abandonara sus cuarteles en Nairobi para hacer precisamente eso.

Si hubiera podido elegir, León Courtney se habría ocupado de otras cosas ese día. Conocía a una joven cuyo marido había sido muerto no hacía mucho por un león salvaje en su *shamba* de café en las colinas Ngong, a pocos kilómetros de la

nueva capital de la colonia, Nairobi. Debido a que era un intrépido jinete, además de un prodigioso ariete con la pelota, León había sido invitado a jugar como número uno en el equipo de polo del marido de ella. Por supuesto, por su condición de subalterno de baja graduación, no podía permitirse disponer de varios caballos, pero algunos de los miembros más prósperos del club estaban encantados de patrocinarlo. Como miembro del equipo del marido muerto de la joven, León tenía ciertos privilegios, o por lo menos él se había convencido de ello. Después de que pasó un tiempo decente, cuando la viuda se había recuperado de los más duros momentos de dolor, él fue a la *shamba* para ofrecer sus condolencias y respeto. Se sintió muy gratamente sorprendido al descubrir que ella se había recuperado de manera extraordinaria de aquella pérdida. Incluso en su ropa de luto, León la encontró más atractiva que cualquier otra dama que hubiera conocido.

Cuando Verity O’Hearne, porque ése era su nombre, reparó en el robusto muchacho vestido con su mejor uniforme, el sombrero de ala flexible, con la insignia del león y el colmillo de elefante del regimiento a un costado, y las botas de montar brillantes, vio en sus agradables facciones y su mirada franca una inocencia y un entusiasmo que le despertaron un cierto instinto femenino que al principio supuso que era maternal. En la amplia y umbrosa galería de la hacienda le sirvió té y sándwiches untados con pasta de anchoas de la mejor calidad. Al principio, León se sintió incómodo y tímido en su presencia, pero ella se mostró gentil y lo condujo con habilidad, hablando con un delicado acento irlandés que lo cautivó. La hora pasó con una rapidez sorprendente. Cuando él se puso de pie para retirarse, ella lo acompañó hasta los escalones de la entrada y le dio la mano al despedirse.

—Por favor, teniente Courtney, si alguna vez está en las inmediaciones, vuelva a visitarme. A veces encuentro que la soledad es una carga pesada. —Su voz era grave y melosa, y su mano pequeña, de una sedosa suavidad.

Las obligaciones de León, como el oficial más joven del batallón, eran muchas y pesadas, de modo que pasaron casi dos semanas antes de que pudiera aprovechar aquella invitación. Una vez que terminaron el té y los sándwiches, ella lo condujo al interior de la casa para mostrarle los rifles de caza de su marido, que deseaba vender.

—Mi marido me dejó escasa de fondos, por lo que, lamentablemente, me veo forzada a encontrar un comprador para ellos. Tenía la esperanza de que usted, como militar, pudiera darme alguna idea de su valor.

—Estaré encantado de ayudarla de cualquier manera posible, señora O’Hearne.

—Es usted muy amable. Siento que es mi amigo y que puedo confiar en usted completamente.

Él no pudo encontrar palabras para responderle. En cambio, fijó su mirada

con humildad en sus grandes ojos azules; para ese momento ya era totalmente su esclavo.

—¿Puedo tutearlo? —preguntó ella, y antes de que él pudiera responder estalló en violentos sollozos—. ¡Oh, León! Estoy tan triste y tan sola —le dijo y cayó en sus brazos.

Él la apretó contra su pecho. Le pareció que era la única manera de consolarla. Ella era tan liviana como una muñeca y colocó su preciosa cabeza sobre el hombro de León, devolviéndole el abrazo con entusiasmo. Después él trató de recrear lo que había ocurrido, pero todo era una mancha confusa y extática. No podía recordar cómo habían llegado a la habitación de ella. La cama era un mueble grande y muy elaborado, con estructura de metal, y mientras yacían juntos sobre el colchón de plumas, la joven viuda le dio una visión de lo que podía ser el Paraíso y cambió para siempre el punto de apoyo sobre el que la existencia de León giraba.

Y ahora, muchos meses después, en el calor que rielaba en el valle del Rift, mientras conducía su destacamento de siete *askari*, tropas tribales reclutadas en el lugar, en formación abierta a bayoneta calada, por la exuberante plantación de bananas que rodeaba los edificios de las oficinas centrales del comisionado de distrito en Niombi, León pensaba no tanto en sus obligaciones como en el pecho de Verity O'Hearne.

A su izquierda, el sargento Manyoro hizo chasquear la lengua contra el paladar. León regresó bruscamente del tocador de Verity al presente y reaccionó permaneciendo inmóvil ante la disimulada advertencia. Su mente había estado vagando y había sido negligente en su deber. Todas las fibras de su cuerpo se tensaron como un sedal arrastrado por un pesado marlín en las profundidades de las aguas azules del canal de Pemba. Levantó la mano derecha, ordenando detenerse, y la fila de *askari* se detuvo a cada lado de él. Miró de reojo a su sargento.

Manyoro era un *morani* de los masai. Hermoso miembro de esa tribu, medía más de un metro ochenta de altura, y a la vez era tan delgado y garboso como un torero, llevando con elegancia su uniforme color caqui y el fez con borla: un guerrero africano de punta a punta. Cuando sintió los ojos de León sobre él, levantó su barbilla.

León siguió el gesto y vio los buitres. Había sólo dos girando con las alas extendidas a gran altura por encima de los tejados de la *boma*, la oficina de administración del gobierno en Niombi.

—¡Mierda! ¡Maldición! —susurró León en voz baja. No había esperado encontrar problemas. Le habían informado que el centro de la insurrección estaba a poco más de cien kilómetros al Oeste. Este puesto de avanzada del gobierno estaba fuera de los límites tradicionales de las tierras tribales de los nandi. Esto era territorio masai. Las órdenes de León eran simplemente reforzar



la *boma* del gobierno con sus pocos hombres contra cualquier posibilidad de que la insurrección pudiera desbordar las fronteras tribales. Y en ese momento parecía que eso era lo que había ocurrido.

El comisionado de distrito en Niombi era Hugh Turvey. León lo había conocido a él y a su esposa en el baile del Club de los Colonos en Nairobi la Nochebuena anterior. Era apenas cuatro o cinco años mayor que León, pero estaba él solo a cargo de un territorio del tamaño de Escocia. Ya se había ganado la reputación de ser un hombre sólido, no uno que pudiera dejar que su *boma* se viera sorprendida por un grupo de rebeldes salvajes. Pero las aves que volaban en círculo eran un agüero siniestro, heraldos de la muerte.

León dio la señal con la mano a sus *askari* para cargar las armas y los cerrojos de las recámaras se movieron casi sin ruido mientras los proyectiles 303 se acomodaban en las recámaras de los Lee-Enfield de cañón largo. Otra señal con la mano y avanzaron con cautela en formación de escaramuza.

Sólo dos aves, pensaba León. Podrían ser animales extraviados. Habría más de ellos si... Directamente de adelante escuchó el fuerte aleteo de alas pesadas y otro buitre ganó altura desde más allá de la cortina de bananeros. León sintió el frío del miedo. Si esas bestias se estaban posando, eso significaba que había carne por allí en alguna parte. Carne muerta.

Otra vez hizo la señal de alto. Tocó con un dedo a Manyoro y luego avanzó solo mientras Manyoro lo cubría. Aunque sus movimientos eran cautelosos y silenciosos, alarmó a más de aquellos enormes consumidores de carroña. Solos y en grupos se elevaban azotando con las alas el cielo azul para unirse a la nube formada por sus compañeros que se movían en espiral.

León caminó más allá del último bananero y se detuvo otra vez en el borde de la plaza de armas al aire libre. Adelante, las paredes de barro seco de la *boma* brillaban debido a la capa de cal que las cubría. La puerta de ingreso del edificio principal estaba abierta de par en par. En la galería y el suelo de arcilla de la plaza de armas, endurecido por el calor, se veían muebles rotos y documentos oficiales del gobierno desparramados. La *boma* había sido saqueada.

Hugh Turvey y su esposa, Helen, estaban tendidos a la intemperie con los brazos y piernas abiertos. Estaban desnudos y el cadáver de su hija de cinco años se encontraba apenas un poco más allá de ellos. Había sido apuñalada una vez en el pecho con una *assegai* nandi de hoja ancha. Su cuerpo diminuto se había desangrado a través de la enorme herida, de modo que su piel brillaba blanca como la sal en la deslumbrante luz del sol. Sus padres habían sido crucificados. Los pies y las manos habían sido atravesados por afiladas estacas de madera clavadas en la superficie de arcilla.

«Así que los nandi han aprendido finalmente algo de los misioneros», pensó León con amargura. Miró fijo y detenidamente alrededor de los bordes de la plaza de armas, buscando alguna señal que delatara la presencia de los atacantes.

Cuando confirmó que ya se habían ido, prosiguió avanzando, caminando con cuidado por entre los restos del saqueo.

Al acercarse a los cuerpos, vio que Hugh había sido torpemente castrado y que los pechos de Helen habían sido cortados. Los buitres habían agrandado las heridas. Las mandíbulas de ambos cadáveres estaban muy abiertas, sostenidas por trozos de madera. León se detuvo cuando llegó a ellos y los miró fijo.

—¿Por qué les abrieron la boca?—preguntó, en *swahili*, cuando su sargento se detuvo junto a él.

—Los ahogaron —contestó Manyoro en voz baja, en el mismo idioma. Entonces León vio que la arcilla debajo de sus cabezas estaba manchada donde algún líquido derramado se había secado. Luego advirtió que sus orificios nasales habían sido obstruidos con bolitas de arcilla... debían de haber sido forzados a dar sus últimos suspiros por la boca.

—¿Ahogaron? —León sacudió la cabeza sin comprender. Entonces, súbitamente, se dio cuenta del penetrante mal olor del amoníaco de la orina—. ¡No!

—Sí —confirmó Manyoro—. Es una de las cosas que los nandi les hacen a sus enemigos. Orinan en sus bocas abiertas hasta que se ahogan. Los nandi no son hombres, son mandriles. —No disimuló su desprecio y enemistad tribal.

—Me gustaría encontrar a quienes hicieron esto —farfulló León a la vez que el asco era reemplazado por la cólera.

—Los encontraré. No habrán ido lejos.

León apartó la mirada de la repugnante carnicería para dirigirla a las alturas de la pendiente que ascendía trescientos metros arriba de ellos. Levantó su sombrero de ala flexible y se secó el sudor de la frente con el reverso de la mano que sostenía el revólver Webley reglamentario. Con un esfuerzo visible puso sus emociones bajo control; luego bajó otra vez la vista.

—Primero debemos enterrar a estas personas —le dijo a Manyoro—. No podemos dejarlos para comida de las aves.

Con cautela registraron los edificios y los encontraron abandonados, con señales de que el personal del gobierno había huido ante la primera indicación de problemas. Luego León envió a Manyoro y a tres *askari* a registrar minuciosamente la plantación de bananas y asegurar el perímetro exterior de la *boma*.

Mientras los hombres hacían lo suyo, él fue a las habitaciones privadas de los Turvey, una cabaña pequeña detrás del bloque de oficinas. También había sido saqueada, pero encontró una pila de sábanas en una alacena que había escapado a la atención de los saqueadores. Tomó algunas y las llevó afuera. Sacó las estacas con las que los Turvey habían sido clavados al suelo; luego retiró las cuñas de sus bocas. Algunos de los dientes estaban rotos y tenían los labios aplastados. León mojó su pañuelo con el agua de su cantimplora y les limpió la

sangre y la orina secas en los rostros. Trató de mover sus brazos para ponerlos a los costados, pero la rigidez cadavérica los había agarrotado. Envolvió los cuerpos en las sábanas.

La tierra en la plantación de bananas era blanda y estaba húmeda por la lluvia reciente. Mientras él y algunos de los *askari* hacían guardia para evitar un nuevo ataque, otros cuatro fueron con sus herramientas de trinchera para cavar una sola tumba para la familia.



En lo alto de la abrupta elevación del terreno, justo debajo de la línea del horizonte y protegidos por un pequeño grupo de arbustos de la mirada de cualquier observador desde abajo, tres hombres estaban apoyados en sus lanzas de guerra, balanceándose tranquilamente sobre una pierna en posición de cigüeña en descanso. Delante de ellos, el fondo del valle del Rift era una vasta llanura, un prado marrón salpicado con grupos de espinos, maleza y acacias. A pesar de su apariencia seca, las hierbas eran un agradable alimento muy apreciado por los masai, que hacían pastar allí su ganado de largos cuernos y joroba en el lomo. Desde la más reciente rebelión de los nandi, sin embargo, habían llevado sus rebaños a un área más segura, mucho más lejos hacia el Sur. Los nandi eran famosos ladrones de ganado.

Aquella parte del valle había sido dejada para los animales salvajes, buenas presas de caza, que se amontonaban en grandes grupos que cubrían la llanura hasta donde llegaba la vista. A una cierta distancia, las cebras eran tan grises como las nubes de polvo que levantaban cuando galopaban nerviosamente al percibir el menor peligro; los antílopes kongoni, los ñus y los búfalos eran manchas oscuras sobre el paisaje dorado. Los cuellos largos de las jirafas se elevaban altos como postes de telégrafo por encima de las copas achatadas de las acacias, mientras que los antílopes eran etéreas motas color crema que bailaban y rielaban en medio del calor. Aquí y allá moles de lo que parecía roca volcánica negra se movían pesadamente por entre los animales menores, como embarcaciones oceánicas a través de bancos de sardinas. Eran los poderosos paquidermos, rinocerontes y elefantes.

Se trataba de una escena tan primitiva como impresionante en su extensión y abundancia, pero para los tres observadores en las alturas era algo habitual. Su interés se concentraba en el pequeño grupo de edificios directamente debajo de ellos. Un arroyo que brotaba del pie de la pared de la elevación daba vida a los grupos de plantas que rodeaban los edificios de la *boma* del gobierno.

El mayor de los tres hombres llevaba una falda de colas de leopardo y una gorra de la misma piel negra moteada de oro. Éstas eran las galas del principal hechicero de la tribu nandi. Su nombre era Arap Samoei y durante diez años había conducido la rebelión contra el invasor blanco y sus máquinas infernales, que amenazaban con profanar las sagradas tierras tribales de su pueblo. Las caras y los cuerpos de los hombres que lo rodeaban estaban pintados para la guerra: los ojos encerrados en un círculo ocre rojizo, una raya pintada a lo largo de sus narices y sus mejillas marcadas con el mismo color. Sus pechos desnudos estaban cubiertos con cal quemada en un dibujo que simulaba el plumaje de las gallinas de Guinea, que parecían buitres. Sus faldas estaban hechas de piel de gacela y sus tocados eran de pieles de gineta y de mono.

—El *mzungu* y sus bastardos perros masai están bien en la trampa —señaló Arap Samoei—. Esperaba ver más, pero siete masai y un *mzungu* serán una buena presa.

—¿Qué están haciendo? —preguntó al capitán nandi a su lado, protegiendo sus ojos de la luz intensa mientras espiaba por la empinada pendiente.

—Están cavando un agujero para enterrar la mugre blanca que les dejamos —informó Samoei.

—¿Es el momento de llevar las lanzas hacia ellos? —quiso saber el tercer guerrero.

—Es el momento —respondió el hechicero principal—. Pero reserven al *mzungu* para mí. Quiero cortarle las pelotas con mi propia arma. Con ellas haré una poderosa medicina. —Tocó el mango del machete en su cinturón de piel de leopardo. Era un cuchillo con una hoja pequeña y pesada, el arma predilecta de los nandi para el cuerpo a cuerpo—. Quiero escucharlo chillar, chillar como un jabalí verrugoso en las mandíbulas de un leopardo cuando le quite su virilidad. Cuanto más fuerte grite, más poderosa será la medicina.

Se volvió y caminó de regreso a la cima de la rugosa pared de roca, y miró abajo hacia el pliegue de tierra muerta detrás de él. Sus guerreros esperaban pacientemente en cuclillas sobre la corta hierba, filas y filas de ellos. Samoei levantó el puño cerrado y los *impi* que estaban a la espera se pusieron de pie de un salto, sin hacer el menor ruido que pudiera ser oído por su presa.

—¡La fruta está madura! —gritó Samoei.

—¡Está lista para la hoja! —acordaron sus guerreros al unísono.

—¡Vamos a la cosecha!



La tumba estaba lista, a la espera de recibir su ofrenda. León hizo una inclinación de cabeza en dirección a Manyoro, quien dio una orden silenciosa a sus hombres. Dos saltaron dentro del hoyo y los otros les pasaron los bultos envueltos. Colocaron los dos más grandes y de extrañas formas uno junto al otro en el fondo de la tumba, con el más pequeño ajustado entre ellos, un pequeño y patético grupo, unido para siempre en la muerte.

León se quitó el sombrero de ala flexible y cayó sobre una rodilla al borde de la tumba. Manyoro ordenó al pequeño grupo de hombres que se alinearan detrás de él con sus rifles inclinados. León empezó a recitar el Padrenuestro. Los *askari* no comprendían las palabras, pero conocían su significado pues las habían escuchado muchas otras veces pronunciadas sobre otras tumbas.

—¡Porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria por siempre, amén! —Al terminar, León comenzó a ponerse de pie, pero antes de terminar de erguirse, el silencio agobiante de la calurosa tarde africana fue alterado por un ruido ensordecedor de alaridos y gritos. Dejó caer su mano hasta la culata del revólver Webley enfundado en su ancho cinturón militar de cuero sostenido por una correa en diagonal, y miró rápidamente a su alrededor.

Del denso follaje de los bananeros salió una multitud de cuerpos brillantes por el sudor. Venían de todas partes, corriendo y saltando, blandiendo sus armas. La luz del sol lanzaba destellos sobre las hojas de las lanzas y las *panga*. Hacían sonar como tambores sus escudos de cuero crudo golpeándolos con sus garrotes, dando grandes saltos en el aire mientras corrían hacia el pequeño grupo de soldados.

—¡A mí! —gritó León—. ¡Formen junto a mí! ¡Ataquen! ¡Ataquen! ¡Ataquen!

Los *askari* reaccionaron con entrenada precisión, formando de inmediato un apretado círculo alrededor de él, con los rifles listos y las bayonetas apuntando hacia fuera. Al evaluar su situación, León vio rápidamente que su grupo estaba totalmente rodeado, salvo por el lado más cercano al edificio principal de la *boma*. La formación nandi debió de haberse dividido al rodearlos, dejando una

angosta brecha en su línea.

—¡Comiencen a disparar! —gritó León, y el ruido de los siete rifles quedó casi ahogado en el alboroto de gritos y ruidos producidos por los golpes en los escudos. Vio caer sólo a uno de los nandi, un jefe que llevaba falda y tocado de pieles de monos colobo. Su cabeza cayó hacia atrás empujada por la pesada bala de plomo, y el tejido ensangrentado estalló en una nube desde la parte posterior de su cráneo. León supo quién había disparado esa bala. Manyoro era un tirador experto, y León lo había visto elegir su víctima y luego apuntar deliberadamente.

El ataque se desordenó cuando cayó el jefe, pero después de un chillido de rabia lanzado desde la retaguardia por un hechicero vestido con piel de leopardo, los guerreros se reorganizaron y volvieron al ataque otra vez. León se dio cuenta de que este hechicero era quizás el famoso líder de la insurrección, Arap Samoei en persona. Le hizo dos rápidos disparos, pero había una distancia de más de cincuenta metros y el Webley de cañón corto era un arma para corta distancia. Ninguna de las balas tuvo efecto alguno.

—¡A mí! —gritó León otra vez—. ¡Cierren filas! ¡Sígueme! —Los condujo corriendo directamente hacia la angosta brecha en la línea nandi, para dirigirse luego al edificio principal. El pequeño grupo de hombres vestidos de color caqui había y a casi cruzado la línea antes de que los nandi avanzaran en tropel otra vez y los detuvieran. Ambos bandos se vieron en un instante envueltos en un choque cuerpo a cuerpo.

—¡Ataquen con las bayonetas! —bramó León y disparó el Webley a la cara que hacía muecas delante de él. Cuando el hombre cayó, apareció otro inmediatamente detrás de él. Manyoro hundió su larga bayoneta plateada, hasta la empuñadura, en su pecho y saltó por encima del cuerpo, arrancando la hoja mientras continuaba avanzando. León lo seguía de cerca y entre ambos mataron a tres más con hoja y balas antes de escapar de la multitud para llegar a los escalones de la galería. Para ese momento eran los únicos miembros del grupo todavía en pie. Todos los otros habían sido atravesados por las lanzas.

León saltó de tres en tres los escalones de la galería y entró por la puerta abierta a la habitación principal. Manyoro cerró con fuerza la puerta detrás de ellos. Cada uno fue a una ventana y continuaron disparando a los nandi que los seguían. Sus disparos fueron tan letalmente precisos que en pocos segundos los peldaños quedaron cubiertos de cuerpos. El resto retrocedió abatido, para luego dar la vuelta y dispersarse en la plantación.

León permaneció junto a la ventana recargando su revólver mientras los veía alejarse.

—¿Cuánta munición te queda, sargento? —le gritó a Manyoro, que continuaba en la otra ventana.

La manga de la guerrera de Manyoro había sido rasgada por una *panga* nandi, pero había poca sangre y Manyoro hizo caso omiso de la herida. Tenía el

seguro de la recámara de su rifle abierto y estaba colocando balas en el cargador.

—Éstas son mis últimas dos cargas, *bwana* —respondió—, pero hay muchas más tiradas por allí. —Hizo un gesto a través de la ventana hacia las bandoleras de los *askari* caídos en la plaza de armas, rodeados por los nandi semidesnudos que habían caído con ellos.

—Tenemos que salir y recogerlas antes de que los nandi puedan reagruparse —dijo León.

Manyoro cerró con un solo movimiento el seguro de la recámara del rifle y apoyó el arma contra el alféizar.

León metió su revólver en la funda y fue a reunirse con el otro en la entrada. Permanecieron uno junto al otro y tomaron aliento para recobrar fuerzas. Manyoro lo miraba a la cara y León le sonrió. Era bueno tener al alto masai a su lado. Habían estado juntos desde que León había salido de Inglaterra para unirse al regimiento. Eso había sido hacía poco más de uno año, pero la relación que habían establecido era sólida.

—¿Estás listo, sargento? —preguntó.

—Lo estoy, *bwana*.

—¡Arriba los rifles! —León lanzó el grito de guerra del regimiento y abrió la puerta de un golpe. La atravesaron corriendo juntos. Los peldaños estaban resbaladizos por la sangre y llenos de cadáveres, de modo que León saltó el bajo muro de contención para caer de pie y continuar la carrera. Corrió hasta el *askari* caído más cercano y se arrodilló. Rápidamente desabrochó el correaje y colgó en su hombro las pesadas bandoleras con munición. Luego se puso de pie de un salto y se dirigió al siguiente hombre. Antes de llegar a él, un fuerte murmullo enfurecido llegó desde la plantación de bananeros. León lo ignoró y se dejó caer junto al cadáver. No levantó la vista hasta que tuvo otro correaje colgado en su hombro. Luego se puso de pie de un salto mientras los nandi volvían a apoderarse de la plaza de armas.

—¡Regresa, y muy rápido! —le gritó a Manyoro, que también estaba cargado con bandoleras llenas de municiones. León se detuvo un instante, lo suficiente para apoderarse del rifle de un *askari* caído, antes de correr hacia la pared de la galería. Allí se detuvo para mirar hacia atrás por encima de su hombro. Manyoro estaba unos metros detrás de él, mientras que los primeros guerreros nandi estaban a cincuenta metros y se acercaban con rapidez.

—Casi pisándome los talones —gruñó León. Entonces vio a uno de los perseguidores que preparaba el pesado arco que llevaba en el hombro. León reconoció el arma. Era la que usaban para cazar elefantes. Sintió un cosquilleo de alarma en la nuca. Los nandi eran arqueros expertos—. ¡Corre, maldito sea, corre! —le gritó a Manyoro, cuando vio al nandi sacar una flecha larga, levantar el arco y llevar las plumas de la flecha a sus labios. Luego soltó la flecha, que

voló hacia arriba y cayó en un arco silencioso—. ¡Cuidado! —gritó León, pero la advertencia fue inútil y la flecha, demasiado rápida. Sin poder hacer nada, la vio caer a plomo hacia la espalda sin protección de Manyoro.

—¡Dios! —susurró León en voz baja—. ¡Por favor, Dios! —Por un momento pensó que la flecha no alcanzaría el blanco pues caía en un ángulo abrupto, pero luego se dio cuenta de que sí iba a alcanzar su objetivo. Dio un paso hacia atrás en dirección a Manyoro; luego se detuvo para mirar impotente. El golpe de la flecha quedó oculto por el cuerpo de Manyoro, pero escuchó el ruido sordo de la carne atravesada por la punta de hierro y Manyoro dio media vuelta. La punta de la flecha estaba clavada profundamente atrás del muslo, en la parte superior. Trató de dar otro paso, pero la pierna herida lo detuvo. León se sacó las bandoleras que colgaban de su cuello y las arrojó con el rifle que llevaba por sobre el muro de contención y por la puerta abierta. Luego retrocedió. Manyoro se acercaba a él saltando sobre la pierna sana, con la otra colgando y el astil de la flecha vibrando. Otra flecha se dirigía hacia ellos y León se estremeció cuando el zumbido pasó a pocos centímetros de su oreja, para luego chocar contra la pared de la galería.

Estiró los brazos hacia Manyoro y envolvió su brazo derecho alrededor del torso de su sargento por debajo de las axilas. Lo alzó y corrió con él a cuestas hasta la pared. León se sorprendió de que, a pesar de ser tan alto, el masai fuera liviano. León era diez kilos de músculos macizos más pesado. En ese momento cada gramo de su fuerte cuerpo estaba cargado con la fuerza del miedo y la desesperación. Llegó hasta la pared e hizo pasar a Manyoro por sobre ella, dejándolo caer al otro lado. Luego cruzó la pared de un solo salto. Las flechas siguieron zumbando y chocando ruidosamente alrededor de ellos, pero León las ignoró, tomó en sus brazos a Manyoro como si fuera un niño y pasó por la puerta abierta cuando el primero de los nandi que los perseguían llegó a la pared detrás de ellos.

Depositó a Manyoro en el suelo y recogió el rifle que había recuperado del *askari* muerto. Mientras regresaba a la entrada abierta, introdujo un nuevo cargador en la recámara y mató de un tiro a un nandi cuando estaba trepando por la pared. Rápidamente volvió a cargar y disparó otra vez. Cuando el cargador se vació, dejó el rifle y cerró la puerta de un golpe. Estaba hecha de pesadas tablas de caoba y el marco se hallaba profundamente encastrado en las gruesas paredes. Tembló cuando los nandi del otro lado se arrojaron contra ella. León desenfundó su pistola e hizo dos disparos que atravesaron los paneles. Se oyó un gemido de dolor del otro lado; luego, el silencio. León esperó que ellos atacaran otra vez. Podía escuchar los susurros y ruidos de pies que se movían. De pronto, una cara pintada apareció en una de las ventanas del costado. León apuntó hacia ella, pero un disparo resonó desde atrás antes de que él pudiera apretar el gatillo. La cabeza desapareció.



León se dio vuelta y vio que Manyoro se había arrastrado por el suelo hasta el rifle que había dejado apoyado junto a la otra ventana. Se ayudó con el alféizar para levantarse, apoyado en la pierna sana. Disparó de nuevo por la ventana y León escuchó el ruido sordo de una bala al chocar contra la carne y, luego, el ruido de otro cuerpo que caía en la galería.

—*Morani!* ¡Guerrero! —dijo casi sin aliento, y Manyoro sonrió por el cumplido.

—No me deje todo el trabajo a mí, *bwana*. ¡Vaya a la otra ventana!

León puso la pistola en su funda, tomó el rifle vacío y corrió con él hacia la ventana abierta, metiendo cargadores con cartuchos en la recámara... dos cargadores, diez disparos. El Lee-Enfield era un arma encantadora. Se sentía bien en sus manos.

Llegó a la ventana y disparó una andanada de fuego rápido. Entre todos los disparos barrieron la plaza de armas por completo haciendo que los nandi corrieran para buscar protección en la plantación. Manyoro se deslizó despacio por la pared y se apoyó contra ella, con las piernas estiradas delante de sí; la pierna herida estaba montada sobre la otra para que el astil de la flecha no tocara el suelo.

Después de una última mirada a la plaza de armas para confirmar que ningún enemigo estuviera regresando a hurtadillas, León dejó su ventana y fue hacia su sargento. Se puso en cuclillas delante de él y agarró el astil de la flecha cautelosamente. Manyoro hizo una mueca de dolor. León aplicó un poco más de presión, pero la punta de hierro con púas permaneció inmóvil. Aunque Manyoro no emitió ningún sonido, el sudor le corría por la cara y goteaba sobre la pechera de su guerrera.

—No puedo sacarla, de modo que voy a romper el astil y la ataré con una correa —explicó León.

Manyoro lo miró sin expresión por un largo momento; luego sonrió, mostrando los dientes grandes, parejos y blancos. Los lóbulos de sus orejas habían sido perforados en la infancia y los agujeros estirados para sostener discos de marfil le daban un aspecto travieso y juguetón a su cara.

—¡Arriba los rifles! —exclamó Manyoro, y su imitación ceceante de la expresión favorita de León fue tan sorprendente dadas las circunstancias que León dejó escapar una carcajada y, en el mismo instante, rompió el astil de caña de la flecha cerca de donde sobresalía de la herida abierta. Manyoro cerró los ojos, pero no dejó escapar el menor sonido.

León encontró vendas de emergencia en la petaca del corraje que había tomado del *askari* y vendó el resto del astil de la flecha para impedir que se moviera. Luego se echó atrás sobre los talones y estudió su obra. Desenganchó la cantimplora de su propio corraje, desenroscó la tapa y bebió un largo trago; luego se la pasó a Manyoro. El masai vaciló con delicadeza: un *askari* no bebía

de la cantimplora de un oficial. Frunciendo el ceño, León la empujó hacia sus manos.

—Bebe, maldito sea —dijo—. ¡Es una orden!

Manyoro inclinó la cabeza hacia atrás y sostuvo la botella en lo alto. Vertió el agua directamente a su boca sin tocar la cantimplora con los labios. Su nuez de Adán se movió hacia arriba y abajo mientras tragaba tres veces. Luego enroscó la tapa con firmeza y le devolvió la cantimplora a León.

—Dulce como la miel —dijo.

—Saldremos apenas esté oscuro —informó León.

Manyoro consideró esas palabras por un momento.

—¿Por dónde irá?

—Nos iremos por el mismo camino por el que vinimos. —León destacó el pronombre plural—. Debemos regresar a la línea del ferrocarril.

Manyoro chasqueó la lengua.

—¿Qué es lo que te hace reír, *morani*? —preguntó León.

—Son casi dos días de marcha hasta la línea del ferrocarril —le recordó Manyoro. Divertido, sacudió la cabeza y se tocó la pierna vendada en un gesto significativo—. Cuando se vaya, *bwana*, usted se irá solo.

—¿Estás pensando en desertar, Manyoro? Sabes que ése es un delito que se castiga con fusilamiento... —Dejó de hablar cuando un movimiento al otro lado de la ventana atrajo su mirada. Tomó el rifle e hizo tres rápidos disparos hacia la plaza de armas. Una bala debió de haber chocado contra carne viviente porque se oyó de inmediato un grito de dolor y furia—. Mandriles e hijos de mandriles —gruñó León. En *swahili* el insulto sonaba bien. Puso el rifle sobre su regazo para volver a cargarlo. Sin levantar la vista, dijo—: Yo te llevaré.

Manyoro mostró su sonrisa más burlona y preguntó cortésmente:

—¿Durante dos días, *bwana*, con media tribu nandi persiguiéndonos, usted me llevará? ¿Eso es lo que le escuché decir?

—Tal vez el sabio e ingenioso sargento tiene un mejor plan —lo desafió León.

—¡Dos días! —se maravilló Manyoro—. Debería llamarlo «Caballo» a usted.

Estuvieron en silencio por un rato; luego León dijo:

—Habla, oh, sabio. Aconséjame.

Manyoro guardó silencio un momento, y luego explicó:

—Éstas no son tierras de los nandi. Éstas son tierras de pastoreo de mi gente. Estos traicioneros perros sarnosos invaden las tierras de los masai.

León asintió con la cabeza. Su mapa de campo no indicaba ninguno de estos límites. Las órdenes que había recibido no dejaban claras esas divisiones. Sus superiores quizás ignoraban los matices de las demarcaciones territoriales tribales, pero León había realizado con Manyoro largos patrullajes a pie por estas tierras antes de este último brote de rebelión.

—Ya lo sé. Ya me lo has explicado. Ahora dime cuál es tu mejor plan, Manyoro.

—Si usted se va hacia el ferrocarril...

León interrumpió.

—Quieres decir si *nosotros* vamos en esa dirección.

Manyoro inclinó ligeramente su cabeza en gesto de asentimiento.

—Si vamos hacia el ferrocarril, estaremos yendo a las tierras de los nandi. Se sentirán más fuertes y nos hostigarán, como una manada de hienas. Sin embargo, si bajamos por el valle... —Manyoro señaló al Sur con la barbilla—... estaremos internándonos en territorio masai. Cada paso que den persiguiéndonos llenará de miedo las tripas de los nandi. No nos seguirán hasta muy lejos.

León pensó en esto; luego agitó la cabeza con recelo.

—Hacia el Sur sólo hay tierras deshabitadas y tengo que llevarte a un médico antes de que la pierna supure y haya que cortarla.

—A menos de un día de marcha fácil hacia el Sur está la *manyatta* de mi madre —precisó Manyoro.

León parpadeó sorprendido. De algún modo nunca había pensado en Manyoro como alguien que tuviera progenitores. De inmediato se recompuso.

—No me estás escuchando. Necesitas un médico, alguien que pueda sacarte esa flecha de la pierna antes de que te mate.

—Mi madre es la médica más famosa de toda esta región. Su fama como hechicera principal es conocida desde el océano hasta los grandes lagos. Ha salvado a cientos de nuestros *morani* heridos de lanza y flecha, o atacados salvajemente por leones. Tiene medicinas que los médicos blancos en Nairobi ni siquiera imaginan. —Manyoro se recostó otra vez sobre la pared. Ya su piel tenía un brillo grisáceo y el olor de su sudor era rancio. Se miraron uno a otro por un momento; luego León asintió con un gesto.

—Muy bien. Nos iremos al Sur por el Rift. Partiremos en la oscuridad antes de que salga la luna.

Pero Manyoro se incorporó otra vez y olfateó el aire sofocante, como un perro de caza que reconocía un olor distante.

—No, *bwana*. Si nos vamos, debemos irnos de inmediato. ¿No puede olerlo?

—¡Humo! —susurró León—. Los cerdos nos van a hacer salir con fuego. —Volvió a mirar por la ventana. La plaza de armas estaba vacía, pero sabía que no aparecerían otra vez desde esa dirección. No había ninguna ventana en la pared trasera del edificio. Iban a acercarse por ahí. Estudió las hojas de los bananeros más cercanos. Una ligera brisa las estaba moviendo—. Viento del Este —murmuró—. Eso nos conviene. —Miró a Manyoro—. Tenemos que llevar poca carga con nosotros. Cada gramo adicional será importante. Dejemos los rifles y las bandoleras. Llevaremos una bayoneta y una cantimplora de agua cada uno. Eso es todo. —Mientras hablaba, tomó la pila de correaes de lona que habían

salvado. Abrochó tres cinturones para formar un solo lazo, lo pasó por sobre su cabeza y lo acomodó en el hombro derecho. Colgaba justo hasta más abajo de su cadera izquierda. Levantó su cantimplora de agua hasta la oreja y la agitó—. Menos de la mitad. —Vertió en su cantimplora lo que quedaba en las otras que había recuperado y, luego, llenó la de Manyoro—. Lo que no podamos llevar nosotros lo beberemos aquí. —Entre ambos vaciaron el resto del agua en las otras.

—Vamos, sargento, levántate. —León puso una mano debajo de la axila de Manyoro y lo ayudó a ponerse de pie. El sargento mantuvo el equilibrio sobre su pierna sana mientras sujetaba su cantimplora y su bayoneta a la cintura. En ese momento algo pesado chocó con un ruido sordo contra el techo de juncos sobre sus cabezas.

—¡Antorchas! —reconoció rápidamente León—. Han llegado hasta la parte de atrás del edificio y están lanzando fuego al techo. —Se produjo otro ruido sordo en el techo y el olor a quemado en el lugar se hizo más fuerte.

—Tenemos que salir de acá —farfulló León, mientras un hilo de humo oscuro se movió a través de la ventana; luego la brisa lo llevó en diagonal por la plaza de armas hacia la línea de árboles. Escucharon los distantes cantos y gritos excitados de los nandi cuando, por un momento, la cortina de humo se despejó, para luego invadirlo todo densamente, de modo que ya no pudieron ver más allá de sus manos delante de ellos. El crepitar de las llamas se fue convirtiendo en un rugido sordo que ahogó incluso las voces de los nandi, y el humo era caliente y sofocante. León arrancó el faldón de su camisa y se lo pasó a Manyoro—. ¡Cúbrete la cara! —ordenó, y anudó su pañuelo sobre su propia nariz y boca. Luego levantó a Manyoro por encima del alféizar y saltó afuera detrás de él.

Manyoro se apoyó sobre el hombro de León y saltó con un solo pie junto a él mientras se acercaban rápidamente al muro de contención. León lo usó para orientarse mientras se acercaban a la esquina de la galería. Cayeron sobre ella y se detuvieron para abrirse camino en el denso humo. Las chispas del techo giraban alrededor de ellos y les quemaban la piel expuesta de sus brazos y piernas. Avanzaron otra vez tan rápidamente como Manyoro podía moverse en una sola pierna. León lo seguía de cerca. Ambos se estaban ahogando con el humo, les ardían los ojos y las lágrimas corrían por sus rostros. Luchaban contra el impulso de toser, acallando el ruido con los trapos que cubrían sus bocas. Luego, de pronto, se encontraron entre los primeros árboles de la plantación.

El humo todavía era espeso, y continuaron a tientas su camino hacia adelante, con las bayonetas listas, esperando tropezar con el enemigo en cualquier momento. León se daba cuenta de que Manyoro ya estaba desfalleciente. Desde que abandonaron la *boma* habían avanzado a un ritmo furioso de marcha que Manyoro, en una sola pierna, no podía sostener. Ya estaba apoyando la mayor parte de su peso sobre el hombro de León.

—No podemos detenernos antes de estar suficientemente lejos —susurró León.

—En una pierna iré tan lejos y tan rápido como usted sobre dos —dijo Manyoro jadeando.

—¿Manyoro, el gran fanfarrón, será capaz de apostar cien chelines que así será? —Pero antes de que el sargento pudiera responder León le apretó el brazo en una silenciosa advertencia. Se detuvieron, intentando ver por entre el humo hacia delante y tratando de escuchar. Oyeron el ruido otra vez. Alguien tosió roncamente más adelante. León sacó la mano de Manyoro de su hombro y le dijo moviendo los labios: « Espera aquí » .

Avanzó, agachado, con la bayoneta en la mano derecha. Nunca había matado a un hombre con una hoja antes, pero en los entrenamientos el instructor le había hecho practicar los movimientos. Una forma humana se alzó directamente delante de él. León saltó hacia adelante y usó el mango de la bayoneta como una manopla, golpeándolo en un lado de la cabeza con tal fuerza que el hombre cayó de rodillas. Tomó al nandi del cuello con un brazo ahogando cualquier sonido antes de que llegara a sus labios. Pero el nandi se había recubierto todo el cuerpo con aceite de palmera. Estaba tan resbaladizo como un pez y luchó con fiereza. Casi logró deshacerse de los brazos de León, pero éste envolvió el cuerpo del inquieto nandi con la mano que sostenía la bayoneta y clavó la punta por debajo de las costillas, sorprendido por la facilidad con que entró el acero.

El nandi redobló sus esfuerzos y trató de gritar, pero León ajustó aun más la llave en su garganta y los ruidos que emitió fueron amortiguados. La violenta resistencia del moribundo hizo que la hoja se moviera dentro de su cavidad torácica mientras León la retorcia y empujaba. De pronto el nandi tuvo una convulsión y de su boca salió un chorro de oscura sangre roja. Ésta salpicó el brazo de León y algunas gotitas volaron sobre su cara. El nandi hizo un último esfuerzo y luego su cuerpo se aflojó.

León lo sostuvo unos segundos más para asegurarse de que estaba muerto; luego soltó el cuerpo, lo empujó y retrocedió hasta donde había dejado a Manyoro.

—Vamos —dijo con voz ronca, y volvieron a avanzar, con Manyoro agarrándose de él, tambaleando y tropezando.

De pronto el suelo se hundió debajo de ellos y rodaron por una pendiente empinada de barro hasta un arroyo poco profundo. Allí, el humo era menos denso. Con cierto alivio León se dio cuenta de que habían avanzado en la dirección correcta: habían llegado a la corriente de agua que salía del manantial y corría al sur de la *boma*.

Se arrodilló en el agua y con las manos se mojó la cara, lavando sus ojos que ardían y limpiando la sangre del nandi de sus manos. Luego bebió sediento, lo mismo que Manyoro. León se enjuagó la boca y escupió el último trago. Tenía la

garganta irritada y áspera por el humo.

Dejó a Manyoro y trepó hasta la parte alta de la pendiente para tratar de ver por entre el humo. Escuchó voces, pero eran débiles debido a la distancia. Esperó algunos minutos hasta recuperar sus fuerzas y asegurarse de que ningún nandi se acercaba siguiendo sus huellas; luego se deslizó por la pendiente hasta donde Manyoro estaba agachado en el agua poco profunda.

—Déjame mirar tu pierna. —Se sentó junto al sargento y puso la pierna sobre su regazo. Las vendas de emergencia estaban empapadas y embarradas. Las sacó y de inmediato vio que la violenta actividad del escape había producido daños. El muslo de Manyoro estaba totalmente hinchado, la carne alrededor de la herida estaba desgarrada y con moretones donde el astil de la flecha se había movido de un lado a otro. Salía sangre por allí.

—¡Qué bonita vista! —murmuró entre dientes, y tocó suavemente detrás de la rodilla. Manyoro no se quejó, pero sus pupilas estaban dilatadas por el dolor mientras León tocaba algo metido en su carne.

Entonces León silbó sordamente.

—¿Qué tenemos aquí? —En el músculo flaco del muslo de Manyoro, justo encima de la rodilla, un cuerpo extraño yacía justo debajo de la piel. Lo exploró con el dedo índice y Manyoro se estremeció.

—Es la punta de la flecha —exclamó, en inglés, para luego volver al *swahili*—. Avanzó a través de su pierna desde atrás hacia adelante.

Era difícil imaginar el tremendo dolor que Manyoro estaba soportando, y León sintió que no estaba a la altura de las circunstancias ante semejante sufrimiento. Miró al cielo. El denso humo se estaba disipando en la brisa vespertina y a través de él podía ver las cimas occidentales de la escarpadura, tocadas por los intensos rayos del sol poniente.

—Creo que nos hemos librado de ellos por ahora, y pronto va a oscurecer —dijo, sin mirar la cara de Manyoro—. Puedes descansar hasta entonces. Necesitarás tus fuerzas para la noche que nos espera. —A León todavía le ardían los ojos por los efectos del humo. Los cerró y apretó con fuerza los párpados. Pero no pasaron muchos minutos antes de que los abriera otra vez. Escuchó voces que venían en la dirección de la *boma*.

—¡Están siguiendo nuestras huellas! —susurró Manyoro, y se hundieron más abajo en el costado del arroyo. En la plantación de bananas los nandi hablaban entre ellos en voz baja, como rastreadores tras la sangre, y León se dio cuenta de que su anterior optimismo era infundado. Los perseguidores estaban siguiendo las huellas de sus botas. Bajo el peso sumado de ambos, habrían dejado una clara señal en la tierra blanda. No había ningún lugar donde él y Manyoro pudieran esconderse en el lecho del arroyo, de modo que León sacó la bayoneta de su cinturón y trepó arrastrándose por la orilla hasta que quedó tendido justo debajo del borde. Si sus perseguidores miraban hacia abajo por el arroyo y los

descubrían, estaña lo suficientemente cerca para saltar sobre ellos. Según cuántos fueran, podría silenciarlos antes de que dieran una alarma general y atrajeran al resto del grupo hacia ellos. Las voces se fueron acercando hasta que pareció que estaban en el borde mismo de la orilla. León se encogió, pero en ese momento se oyó un coro de gritos distantes en dirección de la *boma*. Los hombres que estaban arriba gritaron con emoción, y León los escuchó correr deshaciendo el camino que los había traído.

Se deslizó por la orilla hasta donde estaba Manyoro.

—Ése fue casi el último *chucker* del partido —le dijo, mientras volvía a vendarle la pierna.

—¿Qué los hizo regresar?

—Creo que encontraron el cadáver del hombre que maté. Pero no los retrasará por mucho tiempo. Volverán.

Enderezó a Manyoro, puso el brazo derecho del sargento sobre su hombro y, a medias alzóndolo, a medias arrastrándolo, lo llevó hasta lo alto de la otra orilla del arroyo.

La detención en el lecho de la corriente de agua no había mejorado la condición de Manyoro. La inactividad había agarratado la herida y los músculos rotos alrededor de ella. Cuando Manyoro trató de poner el peso sobre ellos, la pierna se le dobló y se habría desplomado si León no lo hubiera sostenido.

—A partir de ahora sí que puedes llamarme «Caballo» efectivamente. —Le dio la espalda a Manyoro; luego se agachó y lo cargó. Manyoro lanzó un gruñido de dolor cuando su pierna se meneó libremente y se dobló en la rodilla; luego se controló y no emitió un solo sonido más. León ajustó los cinturones de los correajes para formar un asiento de cabestrillo para él; luego se enderezó con Manyoro instalado en lo alto de su espalda, con las piernas sobresaliendo, como un mono en un palo. León se asió a ellas como si fueran los brazos de una carretilla, para impedir cualquier movimiento superfluo; luego arremetió hacia el pie de las colinas. Al salir de la plantación irrigada hacia los matorrales, la cortina de humo, que los había ocultado hasta ese momento, se disipaba en pálidas hilachas grises. De todas maneras, ya el sol estaba bajo, manteniendo el equilibrio como una bola de fuego sobre la cima de la escarpadura, y la oscuridad aumentaba alrededor de ellos.

—Quince minutos —susurró con voz ronca—. Eso es todo lo que necesitamos.

Para entonces ya estaba en medio de la maleza que se extendía a lo largo del pie de la pared de las colinas. Era suficientemente espesa como para proporcionarles algo de protección, y había pliegues y salientes en el terreno que no eran visibles desde lejos. Con los instintos y los ojos de un cazador y de un soldado, León los escogió y los usó para proteger su laborioso avance. Cuando la oscuridad cayó de manera reconfortante sobre ellos y su entorno inmediato se sumió en las tinieblas, sintió que aumentaba su optimismo. Parecía que estaban

libres de perseguidores, pero todavía era demasiado pronto para saberlo con certeza. Se dejó caer al suelo sobre sus rodillas y luego rodó suavemente a un lado para proteger a Manyoro de los movimientos bruscos. Ninguno habló ni se movió durante un tiempo; luego León se incorporó lentamente y se desabrochó el cabestrillo para que Manyoro pudiera enderezar la pierna lastimada. Destapó la cantimplora con agua y se la pasó a Manyoro. Una vez que ambos bebieron, se estiró cuan largo era. Cada músculo y tendón de su espalda y de sus piernas parecía pedir a gritos un descanso.

—Esto es sólo el principio —se advirtió a sí mismo de manera implacable—, para mañana por la mañana vamos a estar realmente divirtiéndonos.

Cerró los ojos, pero los abrió otra vez cuando el músculo de su pantorrilla se trabó en un doloroso calambre. Se incorporó y se masajeó la pierna enérgicamente.

Manyoro le tocó el brazo.

—Lo admiro, *bwana*. Usted es un hombre de hierro, pero no es estúpido y sería una gran estupidez que ambos muriéramos aquí. Déjeme el revólver y siga su camino. Yo me quedaré aquí y mataré a cualquier nandi que trate de seguirlo.

—¡Vaya con los gemidos del bastardo! —gruñó León—. ¿Qué clase de mujer eres? No hemos siquiera empezado y ya quieres rendirte. Súbete a mi espalda otra vez, antes de que te escupa ahí mismo, donde estás. —Sabía que su cólera era excesiva, pero estaba asustado y dolorido.

Esta vez llevó más tiempo instalar a Manyoro en el lazo del cabestrillo. Durante los primeros cien pasos más o menos, León pensó que sus piernas lo abandonarían por completo. En silencio repitió sus insultos a Manyoro, para esta vez dirigidos a sí mismo. «¿Quién es el bastardo que gime ahora, Courtney?» Con toda la fuerza de su mente y su voluntad empujó afuera el dolor y sintió que las fuerzas poco a poco volvían a sus piernas. «Un paso por vez», las exhortó para que siguieran moviéndose. «Sólo uno más. Eso es. Ahora uno más. Y otro».

Sabía que si se detenía para descansar, nunca volvería a arrancar otra vez, y continuó hasta que vio la luna creciente aparecer por encima de la parte alta en el lado oriental del valle del Rift. Observó su magnífico avance por el cielo. Le indicaba el paso de las horas con la claridad del sonido de una campana. En su espalda Manyoro estaba tan quieto como un hombre muerto, pero León sabía que estaba vivo. Podía sentir el calor de la fiebre de su cuerpo contra su propia piel empapada de sudor.

Cuando la luna se dirigió hacia la alta pared negra de la pendiente occidental a su derecha, produjo raras sombras debajo de los árboles. La mente de León empezó a jugarle bromas. Una vez un león de negra melena se alzó sobre la hierba directamente en su sendero. Buscó el Webley en su pistolera y apuntó hacia la bestia, pero antes de que pudiera ver bien y apuntar con el corto cañón, el león se había convertido en un montículo de termitas. Se rio inseguro.



—¡Estúpido mendigo! Luego empezarás a ver duendes y fantasmas — exclamó.

Avanzó con dificultad con el revólver en la mano derecha, mientras los fantasmas aparecían y se disolvían delante de él. Con la luna colgada a mitad de camino por el cielo, los últimos restos de su fuerza desaparecieron, como agua por entre los dedos de una mano ahuecada. Se tambaleó y casi se cayó. Requirió un esfuerzo muy grande sostener sus piernas y recuperar el equilibrio. Se detuvo con las piernas muy separadas y la cabeza colgando. Estaba exhausto, en el límite de sus fuerzas.

Sintió que Manyoro se movía en su espalda, y luego, increíblemente, el masai empezó a cantar. Al principio, León no pudo reconocer las palabras pues la voz de Manyoro era un suspiro entrecortado, ligero como la brisa del amanecer en la hierba de la sabana. Luego su mente embotada por la fatiga recordó las palabras de la « Canción del león ». El conocimiento de *maa*, la lengua de los masai, de León era rudimentario... Manyoro le había enseñado lo poco que sabía. Era una lengua difícil, sutil y complicada, muy diferente de cualquier otra. Sin embargo, Manyoro había sido paciente y León tenía un don para los idiomas. La « Canción del león » les era enseñada a los jóvenes *morani* masai durante su preparación para la circuncisión. Los iniciados la acompañaban de una danza sobre una pierna rígida, saltando a gran altura por el aire, tan sin esfuerzo como una bandada de aves que levanta vuelo, con sus *shuka*, esa especie de capas rojas que se abrían como alas alrededor de ellos.

Somos los leones jóvenes.

Cuando bramamos, la tierra tiembla.

Nuestras lanzas son nuestros colmillos.

Nuestras lanzas son nuestras garras.

Temednos, oh, bestias.

Temednos, oh, desconocidos.

Apartad vuestros ojos de nuestros rostros, oh, mujeres.

No os atreváis a mirar la belleza de nuestros rostros.

Somos los hermanos del orgullo del león.

Somos los jóvenes leones.

Somos los masai.

Era la canción que los masai cantaban cuando salían a robar ganado y mujeres de tribus menores. Era la canción que cantaban cuando salían a demostrar su valor cazando al león con nada más que la afilada *assegai* en sus manos. Era la canción que les daba fuerza para la batalla. Era el himno de batalla de los masai. Manyoro empezó el coro de nuevo y esta vez León lo acompañó,

tarareando bajo cuando no podía recordar las palabras. Manyoro le apretó el hombro y le susurró en la oreja:

—¡Cante! Usted es uno de nosotros. Usted tiene el corazón del león y la fortaleza de una gran melena negra. Usted tiene el estómago y el corazón de un masai. ¡Cante!

Continuaron tambaleándose en dirección al Sur. Las piernas de León seguían moviéndose pues el coro de la canción era hipnotizante. Su mente se movía enloquecida entre la realidad y la fantasía. En la espalda sintió que Manyoro caía en estado de coma. Continuó a los tropezones, pero ya no estaba solo. Caras amadas y bien recordadas salían de la oscuridad. Su padre y sus cuatro hermanos estaban ahí, tironeándolo hacia adelante, pero cuando se acercaba a ellos, éstos retrocedían y sus voces se desvanecían. Cada paso lento y pesado reverberaba hasta dentro de su cráneo, y a veces ése era el único sonido. En otros momentos escuchaba miles de voces que gritaban y ululaban, con música de tambores y violines. Trató de ignorar la cacofonía pues lo estaban llevando al borde de la cordura.

Gritó para ahuyentar a los fantasmas:

—¡Déjenme tranquilo! ¡Déjenme pasar!

Y desaparecieron. Él siguió adelante hasta que el borde del sol comenzó a verse por sobre la cima de la pendiente. De pronto, sus piernas desaparecieron debajo de él y se desplomó como si le hubieran disparado a la cabeza.

El calor del sol en la parte de atrás de su camisa lo aguijoneó hasta despertarlo, pero cuando trató de levantar la cabeza, ésta se disolvió en el vértigo, y no podía recordar dónde estaba ni cómo había llegado allí. Sus sentidos del olfato y el oído lo estaban engañando en ese momento. Creyó poder detectar el olor de las vacas domésticas y el ruido de sus pezuñas pisando el suelo duro, sus tristes mugidos. Luego escuchó voces de muchachos que se llamaban a los gritos unos a otros. Cuando uno se rio, el sonido era demasiado real para ser una fantasía. Rodó apartándose de Manyoro y, con enorme esfuerzo, se incorporó sobre un codo. Miró con sus ojos nublados, entrecerrándolos debido a la luz intensa del sol brillante y al polvo.

Vio un gran rebaño de ganado de varios colores, con joroba y grandes cuernos. Los animales se movían no lejos del sitio donde él y Manyoro estaban tendidos. Los muchachos eran verdaderos también. Tres jovencitos desnudos, con bastones con los que arriaban al ganado hacia el abrevadero. Vio que estaban circuncidados, de modo que eran mayores de lo que parecían, quizás entre trece y quince años. Se gritaban entre ellos en lengua *maa*, pero él no podía comprender lo que estaban diciendo. Con otro enorme esfuerzo, León obligó a su dolorido cuerpo a sentarse. El muchacho más alto vio ese movimiento y se detuvo abruptamente. Observó a León consternado, claramente a punto de escapar, pero controlando su miedo, como debía hacerlo un masai que ya era

casi un *morani*.

—¿Quién es usted? —Blandió su palo en un ademán amenazador, pero su voz tembló y se quebró.

León comprendió las palabras simples y el desafío.

—No soy un enemigo —respondió con voz ronca—. Soy un amigo que necesita su ayuda.

Los otros dos muchachos escucharon la extraña voz y se detuvieron para mirar atentamente la aparición que parecía alzarse del suelo delante de ellos. El mayor y más valiente de ellos dio unos pasos hacia León; luego se detuvo para mirarlo con seriedad. Hizo otra pregunta en lengua *maa*, pero León no comprendió. A manera de respuesta estiró la mano hacia abajo y ayudó a Manyoro a sentarse junto a él.

—¡Hermano! —dijo—. ¡Este hombre es tu hermano!

El muchacho dio unos pasos rápidos hacia ellos y miró detenidamente a Manyoro. Luego se volvió hacia sus compañeros y les dio una serie de instrucciones acompañadas de amplios ademanes que los enviaron corriendo por la sabana. La única palabra que León había comprendido era « ¡Manyoro! ».

Los más pequeños se dirigieron hacia un grupo de chozas a menos de un kilómetro de distancia. Tenían techos de paja al estilo de los masai y estaban rodeadas por una cerca de arbustos espinosos. Era un *manyatta*, un pueblo masai. La empalizada de troncos que estaba afuera era el *kraal* en el que encerraban el valioso ganado por la noche. El mayor de los muchachos se acercó entonces a León y se puso en cuclillas delante de él. Señaló con el dedo a Manyoro y dijo, con admiración y asombro:

—¡Manyoro!

—Sí, Manyoro —confirmó León, mientras su cabeza volvía a dar vueltas sin sentido.

El muchacho dejó escapar una exclamación de alegría y comenzó otro entusiasmado discurso. León reconoció la palabra que quería decir « tío », pero no pudo entender el resto. Cerró los ojos y se recostó con el brazo sobre ellos para ocultar la luz del sol ardiente.

—Cansado —murmuró—. Muy cansado.

Se quedó profundamente dormido, y cuando despertó otra vez se encontró rodeado de un pequeño grupo de lugareños. Eran masai, no había ninguna duda de eso. Los hombres eran altos. En los lóbulos perforados de sus orejas llevaban grandes discos ornamentales o estuches de rapé de asta tallada. Estaban desnudos debajo de sus largas capas rojas, con sus genitales orgullosa y ostentosamente expuestos. Las mujeres también eran altas. Sus cráneos estaban afeitados y eran suaves como cascara de huevo, y llevaban varias capas de intrincados collares de cuentas que caían sobre sus pechos descubiertos. Sus minúsculos mandiles bordados con cuentas apenas cubrían sus partes pudendas.

León tuvo que hacer grandes esfuerzos para incorporarse y ellos lo miraban con interés. Las mujeres más jóvenes dejaron escapar risitas tontas y se dieron codazos unas a otras al ver una criatura tan extraña entre ellos. Era probable que ninguna hubiera visto antes a un hombre blanco.

Para atraer su atención, León levantó la voz hasta llegar al grito.

—¡Manyoro! —Señaló con el dedo a su compañero—. ¿Madre? ¿Mamá de Manyoro? —preguntó. Seguían mirándolo asombrados.

Entonces una de las niñas más jóvenes y más lindas comprendió lo que estaba tratando de decirles.

—¡Lusima! —gritó, y señaló al Este, al distante perfil azul de la pared de la elevación. Los demás comenzaron también a gritar con gran júbilo:

—¡Lusima Mama!

Era claramente el nombre de la madre de Manyoro. Todo el mundo estaba encantado por haber comprendido la situación.

León hizo el gesto de levantar y trasladar a Manyoro; luego señaló al Este.

—Lleven a Manyoro a Lusima. —Esto produjo una pausa en la algarabía de autocomplacencia y se miraron entre sí, perplejos.

Otra vez la hermosa niña adivinó lo que quería decir. Golpeó el suelo con el pie y sermoneó a los hombres. Al verlos vacilar, atacó a los feroces y temidos guerreros con sus manos desnudas, abofeteándolos y dándoles golpes, y hasta tironeó el elaborado peinado de trenzas de uno de ellos, hasta que se movieron para hacer lo que ella pedía, con avergonzadas risotadas. Dos volvieron corriendo al pueblo y regresaron con un palo largo y fuerte. Le colgaron una hamaca hecha con sus capas de cuero anudadas en las esquinas. Era una *mushila*, una camilla. Instantes después estaban cargando al inconsciente Manyoro en ella. Entre cuatro la alzaron y todo el grupo se puso en marcha trotando hacia el Este, dejando a León echado en la llanura polvorienta. El canto de los hombres y los aullidos de las mujeres se fueron desvaneciendo.

León cerró los ojos, tratando de reunir las reservas suficientes de fuerza para ponerse de pie y seguirlos. Cuando los abrió otra vez descubrió que no estaba solo. Los tres muchachos pastores desnudos que lo habían descubierto estaban allí de pie en fila, mirándolo solemnemente. El mayor dijo algo e hizo un gesto imperioso. Obedientemente, León se puso de rodillas; luego se puso de pie tambaleándose. El muchacho se acercó y se paró a su lado, le tomó la mano y tiró de él posesivamente.

—Lusima —dijo.

Su amigo vino y tomó la otra mano de León. Tiró de ella y dijo:

—Lusima.

—Muy bien. Parece que no hay otra alternativa —reconoció León—. Con Lusima iremos. —Tocó al muchacho mayor en el pecho con un dedo—. ¿Nombre? ¿Cómo te llamas? —preguntó, en lengua *maa*. Era una de las

expresiones que Manyoro le había enseñado.

—¡Loikot! —respondió el muchacho con orgullo.

—Loikot, iremos a ver a Lusima Mama. Muéstrame el camino.

Con León cojeando entre ellos, lo arrastraron hacia las lejanas colinas azules, siguiendo al grupo que transportaba la camilla con Manyoro.



Mientras avanzaban por el valle, León se dio cuenta de la existencia de una montaña aislada que se alzaba abruptamente desde el amplio piso de la llanura. Al principio pareció ser sólo un contrafuerte de la elevación oriental sin ninguna importancia en la inmensidad del gran valle, pero a medida que se acercaban vio que se elevaba en soledad y no tenía ninguna relación con el cordón elevado. Comenzó a adquirir una grandiosidad que era invisible a la distancia. Era más alta y más empinada que la pared del valle del Rift detrás de ella. Las laderas más bajas estaban cubiertas con majestuosas arboledas de acacias en forma de paraguas, pero a mayor altura éstas dejaban lugar a un denso bosque de montaña, que indicaba que la cumbre estaba por encima de las nubes, rodeada por una imponente pared de roca gris, como si fuera el glacis de una fortaleza hecha por el hombre.

A medida que se acercaban a este gran bastión natural, León vio que la cima de la montaña estaba cubierta por un denso bosque. Era evidente que su crecimiento había sido favorecido por la humedad de las nubes que lo rodeaban. Incluso a esa distancia podía ver que las largas ramas superiores de los árboles estaban adornadas con líquenes grises y orquídeas arbóreas florecidas. El denso follaje de los árboles más altos estaba engalanado con flores tan vivaces como ramos de novia. Águilas y otras aves de rapiña habían construido sus nidos en el despeñadero debajo de la cumbre y planeaban sobre sus grandes alas por el vacío azul del cielo.

Promediaba la tarde cuando León y sus tres compañeros llegaron al pie de la montaña. Habían quedado muy atrás, lejos de Manyoro y su grupo de camilleros, que ya estaban a medio camino por la senda que subía la empinada pendiente en una serie de zigzags. León sólo pudo aguantar los primeros sesenta

metros del ascenso antes de caer rendido a la sombra de una acacia junto al sendero. Sus pies no podían llevarlo un paso más por aquel camino rocoso. Cruzó uno sobre la rodilla opuesta y desabrochó los cordones de la bota. Al quitársela gimió de dolor. Su media de lana estaba dura con sangre negra seca. Con sumo cuidado se la sacó y miró consternado el pie. Gruesas capas piel se habían desprendido con la media y su talón estaba en carne viva. Ampollas reventadas colgaban destrozadas de la planta del pie y los dedos parecían haber sido mordidos por chacales. Los tres muchachos masai se pusieron en cuclillas en un semicírculo, observando sus heridas y hablando de ellas con macabro deleite.

Entonces Loikot tomó el mando otra vez y gritó una serie de órdenes perentorias que hicieron que los otros dos corrieran hacia los arbustos donde un pequeño rebaño de ganado masai de largos cuernos estaba mordisqueando las hierbas color gris verdoso que crecían debajo de las acacias. A los pocos minutos regresaron con varios puñados de bosta húmeda. Cuando León descubrió que con ella pensaban hacer cataplasmas para sus ampollas abiertas, manifestó con claridad que no iba a someterse una vez más a la prepotencia de Loikot. Pero los muchachos eran insistentes y siguieron importunándolo mientras él rasgaba las mangas de su camisa en tiras para envolver con ellas sus pies ensangrentados. Luego anudó los cordones de las botas uniéndolas y las colgó alrededor de su cuello. Loikot le ofreció su bastón de arrear. León lo aceptó y se puso en marcha rengueando por el sendero. Éste se hizo más empinado a cada paso y él empezó a tambalearse otra vez. Loikot se volvió a sus compañeros y dio otra serie de instrucciones en tono duro, que los envió volando sendero arriba sobre sus flacas piernas.

Loikot y León los siguieron, subiendo a paso cada vez más lento, dejando manchas de sangre de los pies vendados de León sobre las piedras del sendero. Un poco después se recostó sobre una roca y miró hacia las alturas, que estaban claramente más allá de su alcance. Loikot se sentó a su lado y empezó a contarle una larga y complicada historia. León comprendió algunas palabras, pero Loikot demostró ser un hábil actor. Saltó sobre sus pies e hizo la mímica de una escena de guerra, que León supuso era el relato de cómo había defendido los rebaños de su padre de los leones que merodeaban. La escena incluía muchos ruidos espeluznantes, saltos y puñaladas en el aire con su bastón. Después de los esfuerzos de los últimos días, aquella actuación fue una bienvenida distracción. León casi olvidó sus lastimados pies, y se rio de las encantadoras payasadas del muchacho. Estaba casi oscuro cuando escucharon voces en el sendero encima de ellos. Loikot gritó un desafío, que fue respondido por un grupo de media docena de *morani* envueltos en sus capas, que descendían hacia ellos al trote. Traían consigo la *mushila* en la que habían llevado a Manyoro. Ante una señal de ellos, León subió a la camilla y apenas se acomodó, cuatro hombres levantaron el palo entre ellos y lo pusieron sobre sus hombros. Luego partieron corriendo de

regreso, sendero arriba por la empinada montaña.

Al llegar al borde más alto del despeñadero, a la cima plana de la montaña, León vio, no lejos de allí, el brillo de los fuegos debajo de los enormes árboles. Los portadores de la *mushila* lo llevaron rápidamente hacia allí para entrar en una *zareba* de palos y ramas espinosas hacia un enorme corral abierto para el ganado. En un círculo sobre terreno abierto, más de veinte grandes chozas con techo de paja se levantaban alrededor de una higuera silvestre de gran tamaño. La calidad de la construcción era superior a cualquier otra cosa que León hubiera visto en sus recorridos por tierra masai. Los animales en el corral eran grandes y estaban en buen estado; su cuero brillaba a la luz de las llamas y sus cuernos eran inmensos.

Varios hombres y mujeres que estaban junto a los fuegos se adelantaron en grupo para observar al desconocido. Las *shukas* de los hombres eran de gran calidad, y las abundantes joyas y ornamentos de las mujeres estaban hermosamente realizados con costosas cuentas y marfiles de intercambio. No cabía la menor duda de que se trataba de una comunidad próspera. Con risas y preguntas hechas a los gritos a León, se reunieron alrededor de su *mushila* y muchas de las mujeres más jóvenes y más audaces estiraban la mano para tocarle la cara y tironear la tela de su uniforme raído. Las mujeres masai rara vez hacían esfuerzo alguno para ocultar su predilección por el sexo opuesto.

De pronto se hizo el silencio en el ruidoso grupo. Una figura femenina de porte real se dirigía hacia ellos desde las chozas. Los lugareños se apartaron para dejar un pasillo y ella se acercó a la *mushila*. Dos jóvenes criadas la seguían con antorchas encendidas que arrojaban una luz dorada sobre la figura alta e imponente de la mujer al deslizarse hacia León. La gente del pueblo se inclinaba como un campo de hierba en el viento, dejando escapar murmullos suaves y profundos de respeto y reverencia a medida que ella pasaba por entre ellos.

—¡Lusima! —susurraban, y aplaudían casi sin hacer ruido, apartando los ojos de su belleza deslumbrante. León se puso de pie abandonando la *mushila* con gran esfuerzo para saludarla. Ella se detuvo delante de él y lo miró a los ojos con una mirada oscura e hipnótica.

—Te saludo, Lusima —dijo él a manera de bienvenida, pero por un rato ella no dio señal alguna de haberlo escuchado. Era casi tan alta como él. Su piel era del color de la miel ahumada, satinada y sin arrugas a la luz de las antorchas. Si era efectivamente la madre de Manyoro, debía de tener bastante más de cincuenta años, pero parecía al menos veinte años más joven. Sus pechos desnudos eran firmes y redondos. Su vientre tatuado no tenía ninguna de las marcas de la edad o la maternidad. Sus rasgos nilóticos finamente esculpidos eran sorprendentes y sus ojos oscuros, tan penetrantes que parecían llegar sin esfuerzo hasta los lugares más secretos de su mente.

—*Ndio*. —Hizo un gesto con la cabeza.

—Sí. Soy Lusima. Esperaba tu llegada. Los he estado observando a ti y a Manyoro en su marcha nocturna desde Niombi. —León se sintió aliviado de que ella hablara en *swahili*, en lugar de hacerlo en *maa*. La comunicación entre ellos sería más fácil. Pero sus palabras no tenían sentido. ¿Cómo podía saber que habían venido desde Niombi? A menos que, por supuesto, Manyoro hubiera recuperado el conocimiento y se lo hubiera dicho.

—Manyoro no ha hablado desde que llegó a mí. Todavía está en lo más profundo de la tierra de las sombras —le aseguró Lusima.

Se sobresaltó. Ella había respondido a su pregunta no dicha como si hubiera escuchado las palabras.

—He estado velando por ustedes —repetió, y a pesar de sí mismo, él le creyó—. Te vi rescatar a mi hijo de una muerte segura y traérmelo. Por esto te has convertido en otro hijo para mí. —Le tomó la mano. Su apretón era frío y duro como el hueso—. Ven. Debo encargarme de tus pies.

—¿Dónde está Manyoro? —quiso saber León—. Dices que está vivo, pero ¿sobrevivirá?

—Ha sido dominado y los demonios están en su sangre. Será una lucha difícil y el resultado es incierto.

—Debo ir junto a él —insistió León.

—Te llevaré. Pero ahora está durmiendo. Debe reunir sus fuerzas para la prueba que le espera. No puedo sacar la flecha hasta tener la luz del día para trabajar. Luego necesitaré que un hombre fuerte me ayude. Pero tú también debes descansar, pues has llevado tu fuerza, que es mucha, a su límite. La vamos a necesitar después.

Lo llevó a una de las chozas y él tuvo que agacharse para pasar por la entrada baja hacia el interior apenas iluminado y con humo. Lusima le señaló una pila de mantas de piel de mono sobre la pared opuesta. Él se dirigió a ellas y se acomodó sobre el pelaje blando de una de ellas. Ella se arrodilló ante él y arrancó los trapos de sus pies. Mientras se ocupaba de esto, sus jóvenes criadas hicieron un preparado de hierbas en una olla de hierro negra de tres patas que estaba sobre la hoguera en el centro de la choza. León sabía que probablemente habían sido capturadas de una tribu subsidiaria y eran esclavas en todo menos en el nombre. Los masai tomaban lo que querían, ganado y mujeres, y ninguna otra tribu se atrevía a desafiarlos.

Cuando el contenido de la olla estuvo listo, las jóvenes lo trajeron a donde León estaba sentado. Lusima probó la temperatura y añadió un líquido frío pero igualmente maloliente de otro recipiente. Luego tomó sus pies uno por vez y los sumergió en la mezcla.

Necesitó de todo su autocontrol para no gritar pues el líquido parecía estar casi hirviendo y los jugos de las hierbas eran acres y cáusticos. Las tres mujeres



observaron su reacción atentamente e intercambiaron miradas de aprobación cuando él logró mantener una expresión impassible y un silencio estoico. Lusima levantó sus pies uno por vez y luego los envolvió con tiras de tela.

—Ahora debes comer y dormir —dijo, e inclinó la cabeza hacia una de las muchachas, que le trajo una calabaza y se arrodilló respetuosamente para ofrecérsela con ambas manos. León percibió el olor del contenido. Era una preparación típica de los masai, que no se atrevió a rechazar. Hacerlo ofendería a su anfitriona. Reunió fuerzas y levantó el tazón a sus labios.

—Está recién hecho —le aseguró Lusima—. Lo preparé con mis propias manos. Te devolverá las fuerzas y ayudará a curar rápidamente tus pies heridos.

Tomó un trago y su estómago se estremeció. Estaba tibio, pero la sangre fresca de buey mezclada con leche había adquirido una consistencia pegajosa parecida a la gelatina que recubrió su garganta. Siguió tragando hasta que el recipiente quedó vacío. Luego lo dejó y eructó ruidosamente. Las muchachas esclavas dejaron escapar exclamaciones de placer y hasta Lusima sonrió.

—Los demonios escapan de tu vientre —le dijo en tono de aprobación—. Ahora debes dormir. —Lo empujó para que se acostara sobre la manta de piel y extendió otra sobre él. Un gran peso le hizo cerrar los párpados.



Cuando abrió los ojos, el sol de la mañana brillaba a través de la entrada de la choza. Loikot lo estaba esperando en cuclillas junto a la puerta, pero se puso de pie de un salto apenas León se movió. Se acercó a él de inmediato y le hizo una pregunta, señalando con el dedo sus pies.

—Demasiado pronto para saberlo —respondió León. Aunque le dolían todos los músculos de su cuerpo, su cabeza estaba clara. Se incorporó y abrió los vendajes. Se sorprendió al ver que la mayor parte de la hinchazón y la inflamación había desaparecido—. El aceite de culebra de la doctora Lusima. — Sonrió. Estaba de buen humor, hasta que recordó a Manyoro.

Rápidamente volvió a vendarse los pies y rengueó hasta el gran recipiente de arcilla con agua que estaba afuera, junto a la puerta. Se quitó los restos de la camisa y se lavó la cara y el pelo para quitarse el polvo y el sudor seco. Cuando

se enderezó vio que la mitad de las mujeres del caserío, jóvenes y viejas, estaban sentadas en un círculo alrededor de él, observando cada uno de sus movimientos con ávida atención.

—¡Señoras! —se dirigió a ellas—. Estoy a punto de ir a orinar. No están invitadas a observar el procedimiento. —Apoyándose en el hombro de Loikot se dirigió a la entrada del corral del ganado.

Cuando regresó, Lusima lo estaba esperando.

—Ven —ordenó—. Es hora de empezar. —Lo llevó a la choza que estaba al lado. El interior era oscuro en contraste con brillante la luz del sol, y sus ojos necesitaron un minuto para adaptarse. El aire estaba saturado de humo de madera quemándose y de un olor más sutil, el olor dulzón y nauseabundo de carne que se corrompe. Manyoro yacía tendido boca abajo sobre una manta de cuero al lado del fuego. León se acercó a él rápidamente y su espíritu se entristeció. Manyoro estaba tendido como un hombre muerto y su piel había perdido el brillo. Estaba tan opaco como el hollín que cubría la parte inferior de la olla de cocina en el fuego. Los largos músculos de su espalda parecían haberse debilitado. Su cabeza estaba torcida hacia un lado y sus ojos habían retrocedido en sus órbitas. Detrás de los párpados entreabiertos, se veían tan opacos como los guijarros de cuarzo en el lecho del río. La pierna estaba totalmente hinchada por arriba de la rodilla, y el hedor del pus amarillo que salía de alrededor de la flecha rota llenaba la choza.

Lusima golpeó sus manos y entraron cuatro hombres. Tomaron las esquinas de la camilla en la que Manyoro estaba tendido y lo llevaron afuera, a través del terreno abierto del corral de ganado hasta el único y alto árbol *mukuyu* en el centro. Lo colocaron en la sombra mientras Lusima se quitaba su capa para quedar de pie con el pecho descubierto sobre él. Le habló a León en voz baja.

—La punta de la flecha no puede salir de la misma forma en que entró. Debo arrastrarla al otro lado. La herida está a punto. Puedes olería. Aun así, no dejará que la flecha salga fácilmente.

Una de las muchachas esclavas le entregó un cuchillo pequeño con asa de cuerno de rinoceronte y la otra trajo un recipiente de arcilla con fuego, balanceándolo alrededor de su cabeza, sostenido con asas de sogas, para dar aire a las brasas y encenderlas. Cuando éstas brillaron, puso el recipiente delante de su ama. Lusima sostuvo la hoja sobre las llamas, haciéndola girar lentamente hasta que el metal también brilló. Luego la metió en otro recipiente con un líquido que apestaba como la mezcla con la que había tratado los pies de León. El líquido burbujeó y echó vapor a medida que el metal se enfriaba.

Con el cuchillo en la mano, Lusima se puso en cuclillas al lado de su hijo. Los cuatro *morani* que lo habían sacado de la choza se arrodillaron con ella, dos junto a la cabeza de Manyoro y dos a sus pies. Ella miró a León y habló en voz baja:

—Harás esto. —Luego explicó en detalle lo que esperaba de él—. Aunque

eres el más fuerte de nosotros, se necesitará toda tu fuerza. El agarre de las lengüetas en su carne es fuerte. —Lo miró a los ojos—. ¿Comprendes, hijo mío?

—Comprendo, Mama.

Ella abrió la bolsa de cuero que colgaba de su cintura y tomó una madeja de fino hilo blanco.

—Ésta es la soga que vas a usar. —Se la dio—. La hice con el intestino de un leopardo. Es resistente. No hay hilo más fuerte. —Metió otra vez la mano en la bolsa y encontró una gruesa tira de cuero de elefante. Suavemente abrió la boca de Manyoro. Puso el cuero entre sus mandíbulas y lo sujetó con un trozo de tripa de impala para que Manyoro no pudiera escupirlo.

—Le impedirá romper sus dientes cuando el dolor llegue al máximo —explicó.

León asintió con la cabeza, pero él sabía que la razón principal para usar la mordaza era impedir que su hijo gritara y la deshonrara.

—Pónganlo boca arriba —ordenó Lusima a los cuatro *morani*—, pero háganlo con suavidad. —Mientras daban vuelta a Manyoro, ella guió el fragmento del astil de la flecha para que no se enganchara en las mantas. Luego puso un bloque de madera a cada lado de ésta para mantenerla lejos del suelo y dar una base firme a la pierna—. Sujétenlo —ordenó a los *morani*.

Se colocó en posición encima de la pierna herida y puso ambas manos sobre ella. Con cuidado palpó la parte de adelante del muslo de Manyoro en busca del sitio de la punta de la flecha debajo de la piel de la carne caliente e hinchada. Manyoro se movió inquieto cuando sus dedos descubrieron al tacto la forma de la punta de flecha allí metida. Puso la hoja del cuchillo con asa de cuerno precisamente en ese lugar y empezó a cantar un hechizo en *maa*. Después de un rato Manyoro pareció sucumbir al monótono estribillo. Su cuerpo encogido se relajó y roncó suavemente a través de la mordaza de cuero.

De pronto, sin interrumpir su canto, Lusima empujó la punta de la hoja hacia abajo. Casi sin detenerse se hundió en la carne oscura. Manyoro se puso tenso y cada músculo de su espalda se erizó. La hoja chirrió sobre el metal y el pus brotó de la herida que el cuchillo había abierto. Lusima sacó el cuchillo y apretó a cada lado del corte. La punta afilada de la flecha fue empujaba afuera por la herida agrandada y la primera hilera de lengüetas quedó a la vista.

León había podido revisar varias armas nandi capturadas durante la campaña, de modo que no se sorprendió al ver que la punta de flecha tuviera un diseño poco convencional. Había sido forjada con una pata de olla de hierro del grosor del meñique de Lusima. Estaba diseñada para penetrar profundamente en el enorme cuerpo del elefante, de modo que no tenía una sola lengüeta grande, como se veía en la punta de flecha que los arqueros ingleses medievales usaban contra los caballeros franceses fuertemente cubiertos por armaduras. En cambio, tenía hilera tras hilera de puntas diminutas, no más grandes que las escamas de

un foxino común, que se deslizaban a través de la carne con poca resistencia. Sin embargo, debido a su gran número y su ángulo mirando hacia atrás, era imposible retirar la punta de la flecha por su canal de entrada.

—¡Rápido! —le susurró Lusima a León—. ¡Átala!

Tenía el nudo corredizo de tripa listo y enlazó la punta de la flecha, justo detrás de la primera línea de puntas.

—La tengo —le dijo, mientras ajustaba el lazo.

—Sujétenlo ahora. No dejen que se mueva y retuerza el hilo pues los bordes de las lengüetas lo cortarán —advirtió Lusima a los *morani*. Juntos pusieron todo el peso de sus cuerpos sobre el cuerpo supino de Manyoro.

—Tira —dijo Lusima a León con tono urgente—, con toda tu fuerza, hijo mío. Saca esta cosa maligna de él.

León dio tres vueltas de tripa alrededor de su muñeca y la estiró con firmeza. Lusima empezó a cantar otra vez mientras él aplicaba toda la fuerza de su brazo derecho al delgado hilo. Tenía cuidado de no tirarlo o torcerlo sobre las muy filosas puntas. Lentamente aumentó la presión sobre el lazo. Sintió que se estiraba un poco, pero la punta de flecha seguía firme en su lugar. Le dio una vuelta más de hilo alrededor de su otra muñeca y se movió hasta que ambos hombros estuvieron frente al ángulo de entrada de la flecha. Tiró otra vez con ambos brazos, haciendo caso omiso del dolor intenso del hilo que le cortaba la carne. Los músculos de sus hombros debajo de la camisa hecha jirones se hincharon y sobresalieron. Los tendones se marcaron en su garganta y su cara se oscureció por el esfuerzo.

—¡Tira —exclamó Lusima—, y que Mkuba Mkuba, el más grande de los grandes dioses, les dé fuerza a tus brazos!

Para ese momento Manyoro se movía con tanta desesperación que los cuatro hombres no podían mantenerlo quieto. Dejaba escapar un ruido como de lamento por entre la mordaza, y sus ojos muy abiertos parecían a punto de salirse de las hundidas órbitas, inyectados de sangre y una expresión salvaje. La punta de flecha atrapada le levantó la carne rota e hinchada hasta formar un pico, pero de todas maneras las lengüetas resistían firmes.

—¡Tira! —insistió Lusima dirigiéndose a León—. Tu fuerza supera a la del león. Es la fuerza de *M'bogó*, el gran búfalo macho.

Y la punta de la flecha se movió. Con un suave ruido como de algo que se rasga, apareció una segunda hilera de puntas diminutas detrás de la primera, luego una tercera. Por fin, cinco centímetros de metal con manchas oscuras sobresalía de la herida. León descansó por un momento, reponiéndose para el esfuerzo final. Luego apretó los dientes hasta que su mandíbula pareció sobresalir y tiró otra vez. Otros dos centímetros se hicieron ver de mala gana. Luego se vio un chorro de sangre negra medio coagulada y pus color púrpura. El hedor hizo que hasta Lusima dejara escapar un grito ahogado, pero los fluidos parecieron

lubricar el astil de la flecha, que de inmediato se deslizó fuera de la herida, como un feto maligno en el horrible momento de su nacimiento.

León dio un paso atrás, sin aliento, y quedó mirando horrorizado el daño que había producido. La herida se abría como una boca oscura, mientras sangre y desechos manaban de la carne rota. En su sufrimiento Manyoro había atravesado la mordaza de cuero de elefante y se había mordido los labios. Sangre fresca goteaba desde su barbilla. Todavía se movía desenfrenadamente y los *morani* tuvieron que usar toda su fuerza y todo su peso para sujetarlo.

—Mantén su pierna inmóvil, *M'bogo* —Lusima le gritó a León. Una de sus criadas le pasó un cuerno fino y largo de antilope saltarrocas, que había sido tallado para formar un tosco embudo. Metió la punta aguda profundamente en la herida y Manyoro redobló su resistencia. La muchacha sostuvo un jarro junto a los labios de Lusima y le llenó la boca con el líquido que contenía. Unas pocas gotas le mancharon la barbilla y León percibió su olor astringente. Lusima puso los labios alrededor de la parte ancha del cuerpo, como un trompetista, y sopló la sustancia a través de él por la parte más delgada hacia las profundidades de la herida. Otro sorbo siguió al primero. El líquido burbujeó en la herida abierta, sacando sangre podrida y otros desechos.

—Denlo vuelta —le ordenó a los *morani*. Aunque Manyoro luchó contra ellos, lo dieron vuelta para ponerlo boca abajo y León se montó en su espalda, usando todo su peso para mantenerlo inmóvil. Lusima hizo llegar la punta del cuerno en la herida de entrada, en la parte posterior de la pierna; luego sopló más infusión muy adentro de la carne que supuraba.

—Suficiente —dijo por fin—. He lavado los venenos. —Dejó el cuerno a un lado, puso parches de hierbas secas sobre las heridas y las ató en su lugar con largas tiras de tela rústica. Poco a poco los movimientos de Manyoro cesaron hasta que por fin se desplomó hacia atrás en un coma como de muerte.

—Está hecho. No hay nada más que yo pueda hacer —aseguró—. Ahora es una lucha entre los dioses de sus ancestros y los demonios oscuros. Dentro de tres días sabremos el resultado. Llévelo a su choza. —Miró a León—. Tú y yo, *M'bogo*, debemos turnarnos para permanecer a su lado y darle fuerza para la pelea.



Durante los días que siguieron, Manyoro flotó en el vacío. Por momentos se hundía en un coma tan profundo que León tenía que poner la oreja sobre su pecho para escuchar la respiración. Otras veces se quejaba, se retorció y gritaba en su colchoneta, sudaba y hacía rechinar los dientes en medio de la fiebre. Lusima y León estaban sentados uno a cada lado, sujetándolo cuando parecía en peligro de hacerse daño con sus incontrolables convulsiones. Las noches eran largas y ninguno dormía. Hablaban en voz baja a lo largo de las horas, con el fuego bajo entre ellos.

—Intuyo que tú no has nacido en alguna isla lejana en el mar, como la mayoría de tus compatriotas, sino en esta misma África —le dijo Lusima. A León ya no le sorprendía la asombrosa percepción de ella. Él no respondió de inmediato, y ella continuó—: Tú naciste lejos, en el Norte, a orillas de un gran río.

—Sí —confirmó él—. Tienes razón. Ese lugar es El Cairo, y el río es el Nilo.

—Tú eres de estas tierras y nunca las abandonarás.

—Nunca he pensado en hacerlo —aseguró él.

Ella extendió la mano y le tomó la suya, cerró los ojos y permaneció en silencio por un rato.

—Veo a tu madre —dijo—. Es una mujer de gran comprensión. Ustedes dos están muy cerca en sus espíritus. Ella no quería que la dejaras.

Los ojos de León se llenaron con las sombras oscuras del pesar.

—También veo a tu padre. Fue debido a él que te fuiste.

—Me trataba como a un niño. Intentaba obligarme a hacer cosas que no quería hacer. Me negué. Discutimos, con lo que hicimos infeliz a mi madre.

—¿Qué quería que hicieras? —preguntó, con el aire de alguien que ya sabe la respuesta.

—Mi padre se dedica a hacer dinero. No hay nada más en su vida; ni su esposa ni sus hijos. Es un hombre duro, y no nos llevamos bien. Supongo que lo respeto, pero no lo admiro. Quería que yo trabajara con él, haciendo las cosas que él hace. Era una perspectiva sombría.

—De modo que saliste corriendo, ¿no?

—No corrí. Pero me aparté.

—¿Qué era lo que buscabas?—preguntó ella.

Se mostró pensativo.

—Realmente, no lo sé, Lusima Mama.

—¿No lo has encontrado?—quiso saber ella.

Él sacudió la cabeza con aire vacilante. Luego pensó en Verity O’Hearne.

—Quizá —dijo—. Quizás he encontrado a alguien.

—No. No la mujer en la que estás pensando. Ella es sólo una mujer entre muchas otras.

La pregunta salió antes de que él pudiera controlarla.

—¿Cómo supiste de ella?—Luego contestó él mismo—: Por supuesto. Estabas allí. Y tú sabes muchas cosas.

Ella chasqueó la lengua riéndose, y permanecieron en silencio un largo rato. Fue un silencio tibio y reconfortante. Él sintió un vínculo extraño con ella, una cercanía como si fuera realmente su madre.

—No me gusta lo que estoy haciendo con mi vida ahora —dijo por fin. No había pensado en eso hasta ese momento, pero cuando lo dijo, sabía que era verdad.

—Porque eres un soldado no puedes hacer lo que tu corazón te dice —coincidió ella—. Debes hacer lo que los hombres mayores ordenan.

—Tú lo comprendes —dijo—. Me desagrada perseguir y matar a gente que ni siquiera conozco.

—¿Quieres que te indique el camino, *M’bogo*?

—He llegado a confiar en ti. Necesito tu guía.

Ella quedó en silencio otra vez durante tanto tiempo que León estaba a punto de hablar. Entonces vio que sus ojos, muy abiertos, giraban hacia dentro en su cabeza de modo que a la luz del fuego sólo se veía la parte blanca. Se estaba meciendo rítmicamente sobre las piernas recogidas y después de un rato empezó a hablar, pero su voz se había convertido en un tono bajo, monótono e irritante.

—Hay dos hombres. Ninguno es tu padre, pero ambos serán más que tu padre —dijo—. Hay otro camino. Debes seguir el camino de los grandes hombres grises que no son hombres. —Tomó aire en una larga y profunda aspiración, como si fuera asmática—. Aprende las costumbres secretas de las criaturas salvajes, y los otros hombres te honrarán por ese conocimiento y esa comprensión. Caminarás con hombres muy fuertes y poderosos y te considerarán un igual. Habrá muchas mujeres, pero sólo una mujer que será muchas mujeres. Te vendrá de las nubes. Al igual que ellos, te mostrará muchas caras. —Se interrumpió e hizo un ruido como de estrangulamiento en la parte posterior de su garganta. Con un frío sobrenatural, él se dio cuenta de que ella estaba en pleno trance de adivinación. Finalmente, Lusima se sacudió con violencia y parpadeó. Sus ojos volvieron hacia adelante de modo que él pudo ver

sus centros oscuros cuando ella enfocó su cara—. Presta atención a lo que te he dicho, hijo mío —dijo en voz baja—. El tiempo para que elijas te llegará pronto.

—No entendí lo que me estabas diciendo.

—En su momento todo será claro para ti —le aseguró—. Cuando me necesites, estaré siempre aquí. No soy tu madre, pero me he convertido en algo más que tu madre.

—Me hablas en acertijos, Mama —dijo él, y ella le dirigió una sonrisa cariñosa pero enigmática.



En la mañana, Manyoro recobró el conocimiento, pero estaba muy débil y confuso. Trató de incorporarse, pero no tenía la fuerza necesaria para hacerlo. Los miró con ojos llorosos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es este lugar? —Entonces reconoció a su madre—. Mama, ¿eres realmente tú? Creí que era un sueño. He estado soñando.

—Estás a salvo en mi *manyatta* en el monte Lonsonyo —le explicó ella—. Sacamos la flecha nandi de tu pierna.

—¿La flecha? Sí, recuerdo... ¿Los nandi?

Las niñas esclavas le trajeron un tazón de sangre de buey y leche, que bebió con ganas, derramando un poco sobre el pecho. Se recostó suspirando. Luego, por primera vez, vio a León en cuclillas en la oscuridad de la choza.

—*Bwana!* —Esta vez se las arregló para incorporarse—. ¿Todavía está conmigo?

—Aquí estoy. —León fue hacia él en silencio.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuántos días desde que dejamos Niombi?

—Siete.

—En el cuartel general en Nairobi pensarán que usted está muerto o que ha desertado. —Agarró la camisa de León y lo sacudió agitado—. Usted debe informar al cuartel general, *bwana*. No debe descuidar sus obligaciones por mí.

—Nos iremos a Nairobi cuando estés listo para marchar.

—No, *bwana*, no. Usted debe irse inmediatamente. Usted sabe que el comandante no es su amigo. Le creará problemas. Debe irse de inmediato, y yo



lo seguiré cuando esté en condiciones.

—Manyoro tiene razón —intervino Lusima—. Ya no puedes hacer nada más aquí. Debes ir con tu jefe en Nairobi. —León había perdido la noción del tiempo, y en ese momento se dio cuenta, con sensación de culpa, de que debía de hacer más de tres semanas desde que había tenido contacto con el cuartel general de su batallón—. Loikot te guiará hasta las vías del ferrocarril. Él conoce bien esa parte del país. Ve con él —sugirió con cierta urgencia Lusima.

—Lo haré —aceptó, y se puso de pie. No había que hacer ningún preparativo para el viaje. No tenía armas ni equipaje, y apenas algo de ropa, aparte de sus pantalones rotos.

Lusima le proveyó una *shuka* masai.

—Es la mejor protección que puedo darte. Te protegerá del sol y del frío. Los nandi temen a la *shuka* roja. Hasta los leones le huyen.

—¿Los leones también? —León ahogó una sonrisa.

—Ya lo verás. —Ella le devolvió la sonrisa.

Él y Loikot partieron una hora después de tomar la decisión. Durante las lluvias de la estación anterior el muchacho había arreado los animales de su padre hacia el Norte, hasta las vías del ferrocarril, y conocía bien la región.

Los pies de León se habían curado lo suficiente como para que pudiera atarse las botas. Cojeando, con cuidado, siguió a Loikot montaña abajo hacia la gran llanura. Al llegar al pie se detuvo para volver a atar sus botas. Cuando se puso de pie, levantó la vista y vio la inconfundible silueta diminuta de Lusima parada en el borde del despeñadero. Él levantó un brazo a manera de despedida, pero ella no devolvió el saludo. En lugar de ello, dio media vuelta y desapareció.



Cuando sus pies se curaron y endurecieron, pudo aumentar la velocidad y seguirle el ritmo a Loikot. El muchacho avanzaba dando las largas y elegantes zancadas características de su pueblo. Mientras caminaba no dejaba de hacer comentarios acerca de todo lo que atraía su atención. Nada escapaba a sus ojos jóvenes y brillantes, que podían descubrir la forma gris etérea de un macho de antilope kudú en lo más profundo de la espesura formada por maleza espinosa a

trescientos metros de distancia.

La llanura por la que viajaban albergaba gran cantidad de criaturas vivientes. Loikot hacía caso omiso de las manadas de antílopes más pequeños que pasaban junto a ellos casi rozándolos, pero señalaba cualquier cosa que pareciera más interesante. Para entonces, con su buen oído para los idiomas, León había aprendido suficiente *maa* para seguir el parloteo del muchacho sin demasiadas dificultades.

No habían cargado nada de comida cuando partieron del monte Lonsonyo y León se había preguntado cómo iban a subsistir, pero no tenía por qué haberse preocupado. Loikot contaba con una extraña variedad de alimentos, que incluía pequeñas aves y su huevos, langostas y otros insectos, fruta y raíces silvestres, un francolín, que derribó del aire con bastón cuando levantó vuelo con un ruidoso aleteo desde abajo de sus pies, y una lagartija monitor grande que persiguió a lo largo de trescientos metros por la pradera antes de matarla de un golpe. La carne de la lagartija tenía el mismo sabor que el pollo, y había suficiente para alimentarlos durante tres días, aunque para ese entonces lo que quedaba del animal había sido colonizado por enjambres de moscas azules iridiscuentes y sus gordas y blancas crías.

León y Loikot durmieron todas las noches al lado de un pequeño fuego, cubiertos por sus *shukas* para protegerse del frío, y se ponían en marcha cuando el lucero del alba todavía estaba alto y brillante en el cielo del amanecer. En la tercera mañana, cuando el sol aún se ocultaba tras el horizonte y había poca luz, Loikot se detuvo de golpe y señaló en dirección a una acacia de copa chata a sólo cincuenta metros.

—Ah, tú, asesino de ganado, te saludo —gritó.

—¿Qué es eso? —quiso saber León.

—¿No lo ves? Abre tus ojos, *M'bogo*. —Loikot señaló con su bastón. Sólo entonces León pudo distinguir dos pequeños mechones negros en la hierba marrón entre ellos y el árbol. Uno hizo un rápido movimiento y la imagen entera quedó en foco. León estaba mirando a un enorme león macho, aplastado sobre la hierba y mirándolos con implacables ojos amarillos. Los delatores mechones eran las puntas negras de sus orejas redondas.

—¡Santo cielo! —exclamó León dando un paso hacia atrás.

Loikot se rio.

—Él sabe que soy masai. Escapará si lo desafío. —Blandió su bastón—. Eh, viejo, el día de mi prueba vendrá pronto. Te encontraré entonces y veremos cuál es el mejor de nosotros. —Se estaba refiriendo a la ritual prueba de coraje. Antes de poder ser considerado un hombre y tener el derecho de plantar su lanza en la puerta de cualquier mujer por la que se sintiera atraído, el joven *morani* debía enfrentar a su león cara a cara y matarlo con su *assegai* de ancha hoja.

—Debes temerme, tú, ladrón de ganado. ¡Debes temerme porque soy tu

muerte! —Loikot levantó su bastón, lo sostuvo igual que una lanza afilada y avanzó hacia el león con un flexible paso de danza. León quedó sorprendido cuando el león se levantó sobre sus patas y movió el labio lanzando un gruñido amenazador para luego alejarse y desaparecer en la hierba.

—¿Me viste, *M'bogo*? —se jactó Loikot—. ¿Viste cómo me teme Simba? ¿Viste cómo huyó de mí? Sabe que soy un *morani*. Sabe que soy masai.

—¡Muchacho loco! —León relajó sus puños cerrados—. Vas a lograr que nos coman a los dos. —Se rio aliviado. Recordó las palabras de Lusima, y se le ocurrió que durante los cientos de años que los masai habían cazado implacablemente generación tras generación de leones, esa persecución había hecho arraigar un recuerdo profundo en la memoria de las bestias. Habían llegado a reconocer una figura alta y envuelta en una capa roja como una amenaza mortal.

Loikot dio saltos en el aire, hizo piruetas de triunfo y lo condujo hacia el Norte. Durante la marcha, Loikot continuó enseñándole cosas. Sin desacelerar su paso, señalaba las huellas de grandes presas cuando las veía y describía al animal que las había dejado. León estaba fascinado por la profundidad de sus conocimientos de la naturaleza y sus criaturas. Por supuesto, no era difícil comprender cómo el muchacho se había vuelto tan hábil. Casi desde que había dado su primer paso, se había ocupado de los rebaños de su tribu. Manyoro le había contado que incluso el más joven de los niños pastores podía seguir a una bestia perdida durante días en los más difíciles terrenos. Pero quedó fascinado cuando Loikot se detuvo y, con la punta de su bastón, siguió el apenas visible contorno de la gran huella redonda. La tierra estaba dura, quemada por el sol, y cubierta con trozos de esquisto y pedernal. León jamás habría descubierto la huella de un elefante macho sin la ayuda del muchacho, pero Loikot podía leer cada detalle y cada matiz de esa huella.

—A éste lo conozco. Lo he visto a menudo. Sus colmillos son así de largos... —Hizo una marca en el polvo; luego dio tres de sus más largas zancadas e hizo una segunda marca—. Es un gran jefe gris de su tribu.

Lusima había usado la misma descripción: «Sigue a los grandes hombres grises que no son hombres». En aquel momento León había quedado desconcertado, pero ahora se daba cuenta de que ella estaba hablando de los elefantes. Reflexionó sobre su consejo mientras continuaban hacia el Norte. Siempre había estado fascinado por la caza mayor. En la biblioteca de su padre había leído todos los libros escritos por los grandes cazadores. Había seguido las aventuras de Baker, Selous, Gordon-Gumming, Cornwallis Harris y los demás. La atracción por la vida salvaje era una de las razones más fuertes por la que se había alistado en los RAR en lugar de entrar en el negocio de su padre. Para su padre cualquier actividad que no apuntara a la acumulación de dinero era calificada específicamente como «holgazanear». Pero León había escuchado

decir que los altos mandos del ejército alentaban a sus oficiales jóvenes a permitirse realizar actividades tan viriles como la caza mayor. Al capitán Cornwallis Harris se le había concedido un permiso de un año entero para ausentarse de su regimiento en la India para viajar a Sudáfrica y cazar en la tierra virgen inexplorada. León anhelaba poder imitar a sus héroes, pero hasta entonces había sido decepcionado.

Desde que se había unido a los RAR, había solicitado en más de una ocasión el permiso de algunos días para permitirse su primera experiencia de cacería mayor. El mayor Snell, su oficial al mando, había desestimado sus pedidos de inmediato.

—Si usted cree que ha firmado para participar en un glorioso safari de caza, entonces, está muy equivocado, Courtney —le dijo—. Regrese a sus tareas. Y no quiero volver a oír nada acerca de esta tontería.

Hasta ese momento su actividad cinegética había estado restringida a algunos antílopes pequeños, las gacelas Grant y Thomson —a las que todos llamaban Tommies—, a las que cazaba para alimentar a sus *askari* mientras estaban patrullando. Pero su corazón se estremecía cuando veía a los magníficos animales que abundaban a su alrededor. Anhelaba tener una oportunidad para ir tras ellos.

Se preguntaba si al aconsejarle que siguiera «a los grandes hombres grises» Lusima no le estaría sugiriendo que debía dedicar su vida a ser un cazador de marfil. Era una perspectiva fascinante. Continuó marchando más alegremente detrás de Loikot. La vida parecía hermosa y llena de promesas. Se había comportado de manera honorable durante su primera acción militar. Manyoro estaba vivo. Una nueva carrera se abría ante él. Y lo mejor de todo, Verity O’Hearne lo estaba esperando en Nairobi. Sí, la vida era hermosa, muy hermosa efectivamente.

Cinco días después de haber dejado el monte Lonsonyo, Loikot giró al Este y lo hizo subir los riscos del gran valle del Rift hacia las colinas onduladas y arboladas del altiplano. Llegaron a la cima de las colinas y miraron hacia el valle poco profundo que había más allá. A la distancia algo brilló en la luz del último sol de la tarde. León se protegió los ojos.

—Sí, *M’bogo* —confirmó Loikot—. Allí está tu serpiente de hierro.

Vio el humo de la locomotora que salía en pequeñas nubes regulares por encima de las copas de los árboles y escuchó el gemido triste de un silbato de vapor.

—Te dejaré ahora. Ni siquiera tú puedes perderte desde aquí —le dijo Loikot con aire altivo—. Debo volver a cuidar el ganado.

León lo vio irse con cierta tristeza. Había disfrutado la vivaz compañía del muchacho. Luego lo apartó de su mente y bajó por la colina.

El conductor de la locomotora se asomó por la ventana lateral de su cabina y

vio la alta figura junto a las vías bastante más adelante. De inmediato se dio cuenta de que era un masái por su *shuka* roja. Fue sólo cuando la máquina se acercó más que el hombre abrió su capa y el conductor vio que se trataba de un hombre blanco con los restos raídos de un uniforme caqui. Tomó la palanca de freno y las ruedas chirriaron sobre las vías de acero hasta detenerse en medio de una nube de vapor.



El mayor Frederick Snell, oficial al mando del Tercer Batallón, Primer Regimiento de los Rifles Africanos del Rey, no levantó la vista del documento que estaba leyendo cuando el teniente León Courtney fue introducido bajo escolta armada en su oficina, en el cuartel general del batallón.

Snell era viejo para ese cargo. Había peleado sin destacarse de manera especial en el Sudán contra el Mahdi, y otra vez en Sudáfrica contra los astutos bóers. Estaba cerca de la edad del retiro y temía el momento en que éste le llegara. Con su pensión del ejército sólo podría permitirse un pequeño alojamiento en una ciudad como Brighton o como Bournemouth, que iba a ser el hogar tanto para él como para su esposa desde hacía cuarenta años, por el resto de sus días. Maggie Snell había pasado su vida en los cuarteles del ejército en climas tropicales, lo que le había dado un color amarillento a su cutis, le había amargado el carácter y le había afilado la lengua.

Snell era un hombre pequeño. Su reluciente pelo color jengibre de otrora se había desteñido y caído hasta que sólo le quedó una escasa franja blanca alrededor de una calva pecosa. Su boca era amplia, pero sus labios, finos. Sus ojos eran redondos, azul pálido y saltones, lo que justificaba su apodo de Freddie la Rana.

Volvió a poner su pipa entre los labios y la chupó, haciéndola gorgotear ruidosamente. Tenía el ceño fruncido cuando terminó de leer la hoja de papel manuscrita. De todos modos no levantó la vista, pero sacó la pipa de su boca y la sacudió contra la pared de su oficina, dejando una salpicadura de gotas de nicotina amarilla sobre la pintura a la cal. La volvió a poner en su boca y regresó a la primera página del documento. La leyó otra vez con minuciosidad; luego la

dejó prolijamente delante de él y, finalmente, levantó la cabeza.

—¡Prisionero! ¡Atención! —ladró el sargento mayor M'fefe, que estaba al mando del destacamento de guardia. León golpeó con sus botas destruidas el piso de cemento y permaneció erguido.

Snell lo miró con desagrado. León había sido arrestado tres días antes, cuando se presentó en la entrada principal del cuartel general del batallón. Desde entonces había permanecido en el barracón de detención por órdenes del mayor Snell. No había podido afeitarse ni cambiar de uniforme. La barba crecida en su mandíbula era oscura y espesa. Lo que quedaba de su guerrera no eran más que harapos sucios. Las mangas habían sido arrancadas. Sus piernas y brazos desnudos estaban marcados con rasguños de espinas entrecruzados. Pero a pesar de sus circunstancias actuales todavía hacía que Snell no se sintiera a su altura. Aun cubierto de andrajos, León Courtney era alto y de cuerpo fuerte, e irradiaba un aire de ingenua confianza en sí mismo. La esposa de Snell, que rara vez manifestaba su aprobación respecto de alguien o algo, había comentado alguna vez con nostalgia cuan atractivamente apuesto era el joven Courtney.

—Ha hecho palpar unos cuantos corazones por aquí, te lo puedo asegurar —le había dicho a su marido.

« No más corazones palpitando por un tiempo. Me encargaré de ello », pensó Snell con disgusto. Finalmente dijo en voz alta:

—Bien, Courtney, esta vez usted se ha superado. —Golpeteó el montón de papeles delante de él—. He leído su informe con nada menos que asombro.

—¡Señor! —respondió León.

—Desafia toda credibilidad. —Snell sacudió la cabeza—. Incluso para alguien como usted, los hechos que describe no resultan verosímiles. —Suspiró, pero detrás de la expresión de desaprobación estaba eufórico. Por fin este jovencito presuntuoso y engreído había ido demasiado lejos. Quería disfrutar el momento. Lo había esperado casi durante un año—. Me pregunto cómo va a interpretar su tío este extraordinario informe cuando lo lea.

El tío de León era el coronel Penrod Ballantyne, el comandante del regimiento. Era muchos años más joven que Snell, pero ya tenía un rango mucho más alto que el suyo. Snell sabía que antes de que él mismo tuviera que retirarse, Ballantyne sería ascendido a general y quizá recibiría el mando de toda una división en alguna parte agradable del imperio. Después de eso, vendría naturalmente un título de caballero.

« ¡General Sir Penrod “maldito” Ballantyne! », pensó Snell. Odiaba a aquel hombre, y odiaba a su maldito sobrino, que estaba en ese momento delante de él. Durante toda su vida había sido dejado de lado mientras hombres como Ballantyne habían ascendido sin esfuerzo pasando por encima de él. « Bien, no puedo hacer mucho respecto del perro viejo —pensó sombríamente— pero este cachorro es algo completamente diferente ».

Se rascó la cabeza con la boquilla de su pipa.

—Dígame, Courtney, ¿comprende usted por qué lo hice detener desde que regresó al cuartel?

—¡Señor! —León miró fijo a la pared por encima de su cabeza.

—En caso de que usted quiera decir «No, señor», me gustaría repasar los hechos que describe en este informe y señalarle aquellos que me han preocupado. ¿Tiene alguna objeción?

—¡Señor! ¡No, señor!

—Gracias, teniente. El 16 de julio se le ordenó que llevara bajo su mando un destacamento de siete hombres y se dirigiera de inmediato a las oficinas centrales del comisionado del distrito en Niombi, donde debía cumplir funciones de guardia de seguridad para proteger el lugar contra posibles incursiones de los rebeldes nandi. Eso es correcto, ¿no?

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Como se le ordenó, salió de este cuartel el 16, pero usted y su destacamento no llegaron a Niombi hasta doce días después, aunque viajaron en ferrocarril hasta Mashi. Esto les dejaba una marcha de menos de sesenta kilómetros hasta Niombi, así que parece que usted cubrió esa distancia a un ritmo de menos de cinco kilómetros por día. —Snell levantó la vista del informe—. Eso difícilmente podría ser descrito como una marcha forzada. ¿Está usted de acuerdo?

—Señor, he explicado la razón en mi informe. —León seguía en posición de atención y mirando fijamente la pared manchada de nicotina por encima de la cabeza de Snell.

—¡Ah, sí! Usted encontró las huellas de un gran grupo de rebeldes nandi en pie de guerra y decidió, en su sabiduría infinita, ignorar sus órdenes de continuar hasta Niombi y, en lugar de ello, siguió a los rebeldes para enfrentarlos. Espero haber leído su explicación correctamente.

—Sí, señor.

—Por favor, explíqueme, teniente, cómo supo que estas huellas eran las de un grupo en pie de guerra y no de cazadores de una tribu diferente de los nandi, o de refugiados que huían de la zona del levantamiento.

—Señor, mi sargento me informó que se trataba de rebeldes nandi.

—¿Y usted aceptó esa interpretación?

—Sí, señor. El sargento Manyoro es un rastreador experto.

—Así que usted pasó seis días siguiendo a esos míticos insurgentes, ¿no?

—Señor, iban directamente hacia la misión en Nakuru. Parecía que estaban decididos a atacar y a destruir el establecimiento. Consideré que era mi deber impedirlo.

—Su deber era obedecer órdenes. Sea como fuere, el hecho es que usted nunca logró alcanzarlos.

—Señor, los nandi se dieron cuenta de que les estábamos pisando los talones, se separaron en pequeños grupos y se dispersaron en la selva. Di la vuelta y me dirigí a Niombi.

—¿Tal como le había sido ordenado?

—Sí, señor.

—Por supuesto, el sargento Manyoro no está en condiciones de corroborar su versión de los hechos. Sólo tengo su palabra —continuó Snell.

—¡Señor!

—Así que, para continuar —Snell miró el informe—, usted interrumpió la persecución y se dirigió finalmente a Niombi.

—¡Señor!

—Cuando usted llegó a la *boma*, descubrió que, mientras había estado paseando por el campo, el comisionado del distrito y su familia habían sido masacrados. Inmediatamente después de este descubrimiento, entonces, se dio cuenta de que había conducido a su destacamento de manera negligente a una emboscada nandi. Usted dio media vuelta y huyó, dejando a sus hombres para que se las arreglaran por su cuenta.

—¡Eso no es lo que ocurrió, señor! —León no podía ocultar su honor herido.

—¡Y ese arrebato es insubordinación, teniente! —A Snell le encantó esa palabra y la hizo rodar en su boca como si estuviera probando un fino vino de Burdeos.

—Me disculpo, señor. No fue ésa mi intención.

—Le aseguro, Courtney, que así es recibido. Sin embargo, usted no está de acuerdo con mi evaluación de los hechos en Niombi. ¿Tiene testigos que puedan confirmar su versión?

—El sargento Manyoro, señor.

—Por supuesto. Había olvidado que cuando usted abandonó Niombi cargó al sargento en su espalda y, adelantándose al ejército rebelde, lo llevó hacia el Sur, a la tierra de los masai. —Snell lo miró con un exuberante desdén—. Hay que destacar en este punto que usted lo llevó en dirección opuesta a Nairobi y luego lo dejó con su madre. ¡Su madre, por cierto! —Snell chasqueó la lengua—. ¡Qué conmovedor! —Encendió la pipa y dio una pitada—. El destacamento de auxilio que llegó a la *boma* de Niombi muchos días después de la masacre descubrió que todos los cadáveres de sus hombres habían sido tan mutilados por los rebeldes que era imposible identificarlos con alguna certeza, en especial porque aquellos que no habían sido decapitados, habían sido devorados en gran medida por los buitres y las hienas. Creo que usted dejó a su sargento entre esos cadáveres, en lugar de, como asegura, llevarlo con su madre. Creo que después de que abandonó el campo de batalla se quedó dando vueltas por esas tierras hasta que pudo recuperar la calma lo suficiente como para regresar a Nairobi con este cuento chino.



—No, señor. —León estaba temblando de furia, y tenía los puños apretados a los costados, a tal punto que los nudillos se pusieron blancos como un hueso.

—Desde que se incorporó al batallón, usted ha dado muestras de un delicado desprecio por la disciplina militar y la autoridad. Ha mostrado mucho más interés en actividades tan frívolas como el polo y la caza mayor que en dedicarse a las tareas de un oficial subalterno. Está claro que considera que esos servicios están por debajo de su dignidad. Es más, usted ha ignorado los requerimientos decorosos de la convención social. Usted ha adoptado el papel de un lujurioso Don Juan, provocando indignación en la gente decente de la colonia.

—Mi mayor, señor, no veo de qué manera puede usted probar esas acusaciones.

—¿Probar? Muy bien, se lo voy a probar. Quizás usted ignora que durante su larga ausencia en la tierra de los masai, el gobernador de la colonia ha creído conveniente repatriar a una viuda joven a Inglaterra para protegerla de sus depredaciones. La comunidad entera de Nairobi está indignada por su comportamiento. Usted, señor, es un maldito bribón, que no respeta nada ni a nadie.

—¡Repatriada! —León se puso color ceniza por debajo de la mugre y la piel bronceada—. ¿Han enviado a Verity a casa?

—Ah, de modo que usted reconoce la identidad de la pobre mujer. Sí, la señora O’Hearne se ha ido a Inglaterra. Partió hace una semana. —Snell hizo una pausa para que la idea llegara a destino. Se regocijaba sabiendo que él mismo había llevado el sórdido asunto a la atención del gobernador. Siempre había encontrado a Verity O’Hearne endemoniadamente atractiva. Después de la muerte de su marido, había fantaseado con frecuencia con poder consolarla y protegerla en su pérdida. A la distancia la había mirado deseándola cuando ella se sentaba en el jardín delantero del Club de los Colonos a tomar el té con su esposa y otras señoras del Instituto de Mujeres. Era tan joven, tan encantadora, tan alegre, y Maggie Snell, sentada junto a ella, tan vieja, fea y gruñona. Cuando le llegaron los comentarios de la relación con uno de sus subalternos, se sintió devastado. Luego se enojó mucho. El honor y la reputación de Verity O’Hearne estaban en peligro y era su deber protegerla. Había acudido al gobernador.

—Bien, Courtney, yo pienso dar más pruebas de mis acusaciones. Todo será decidido en una corte marcial. Su expediente ha sido entregado al capitán Roberts del 2.º Batallón. Ha aceptado actuar como oficial acusador. —Eddy Roberts era uno de los favoritos de Snell—. Será acusado de deserción, de cobardía, de negligencia en el cumplimiento del deber y de desobedecer las órdenes de un oficial superior. El segundo teniente Sampson del mismo batallón ha aceptado defenderlo. Sé que ustedes dos son amigos, así que espero que no se oponga a mi elección. Ha habido alguna dificultad para encontrar a tres personas para formar el tribunal. Naturalmente, y yo no puedo formar parte del panel, pues se me pedirá

que aporte pruebas durante el desarrollo de la corte marcial, y la mayoría de los oficiales está en el campo luchando contra los últimos rebeldes. Por fortuna, una nave de P&O atracó en Mombasa este fin de semana llevando a un grupo de licencia desde la India rumbo a Southampton. He arreglado que un coronel y dos capitanes viajen desde Mombasa por tren hasta Nairobi para conformar el panel de jueces. Deben llegar a las seis de la tarde hoy mismo. Deberán regresar a Mombasa antes del viernes para continuar su viaje, de modo que el proceso debe comenzar mañana por la mañana. Enviaré al teniente Sampson a sus habitaciones de inmediato para consultar con usted y preparar la defensa. Usted está en un estado lamentable, Courtney. Puedo olfatearlo desde mi asiento. Vaya a higienizarse y arreglarse. Debe estar listo para comparecer ante el tribunal a primera hora mañana por la mañana. Hasta entonces, está confinado a sus habitaciones.

—Solicito una entrevista con el coronel Ballantyne, señor. Necesito una extensión de tiempo para preparar mi defensa.

—Por desgracia, el coronel Ballantyne no está en Nairobi en este momento. Está en las tierras tribales nandi con el primer batallón en represalia por la masacre de Niombi y para aplastar lo que queda de la resistencia rebelde. No se espera que vuelva a Nairobi antes de pasadas varias semanas. Cuando regrese, estoy seguro de que escuchará su pedido. —Snell sonrió fríamente—. Eso es todo. Prisionero, ¡retírese!

Destacamento de guardia, ¡atención! —gritó el suboficial M'fefe—. ¡Media vuelta! ¡Marcha rápida! Izquierdo, derecho, izquierdo...

León se encontró bajo el sol brillante en la plaza de armas, conducido a paso ligero hacia los alojamientos de los oficiales. Todo estaba ocurriendo tan rápidamente que tenía dificultad para ordenar sus ideas.

Las habitaciones de León consistían en una construcción redonda de barro, de un solo ambiente y techo cubierto de paja. Estaba en el centro de una hilera de cabañas idénticas. Cada una estaba habitada por un oficial soltero. Al llegar a la puerta de su alojamiento, el suboficial M'fefe saludó con corrección a León y dijo en voz baja aunque con torpeza, en *swahili*:

—Lamento que esto haya ocurrido, teniente. Yo sé que usted no es un cobarde. —En veinticinco años de servicio, M'fefe nunca había tenido que arrestar y poner bajo custodia a uno de sus propios oficiales. Se sentía avergonzado y humillado.

Aun cuando la mayor parte de la compañía de León salía a aclamar su actuación en cualquier partido de cricket o de polo, y cuando lo saludaban era siempre con una abierta y brillante sonrisa africana, él era apenas superficialmente consciente de su popularidad entre los otros rangos, de modo que se sintió conmovido por las palabras del sargento mayor.

M'fefe continuó apresuradamente para ocultar su vergüenza.

—Después de que usted partió con la patrulla, una dama vino a la puerta principal y dejó una caja para usted, *bwana*. Me dijo que me asegurara de que la recibiera. La puse en su habitación, junto a la cama.

—Gracias, sargento mayor. —León se sentía igualmente incómodo. Dio media vuelta y entró en la cabaña escasamente amueblada. Había una cama de hierro con un mosquitero suspendido sobre ella de una viga, un solo estante y un ropero hecho con una vieja caja de embalaje. Estaba escrupulosamente limpio y ordenado. Las paredes habían sido recientemente blanqueadas y el piso brillaba con una capa de cera de abejas. Sus escasas posesiones estaban ordenadas con precisión geométrica sobre el estante encima de la cama. Durante su ausencia, Ishmael, su sirviente, había sido tan meticuloso como siempre. El único artículo fuera de sitio era la larga caja de cuero que estaba apoyada contra la pared.

León cruzó hasta la cama y se sentó. Estaba cerca de la desesperación. Eran muchos los desastres que lo habían golpeado a la vez. Casi sin voluntad consciente extendió la mano hacia la caja de cuero que M'fefe había dejado para él y la puso sobre sus rodillas. Era de un cuero marcado por los viajes, pero costoso, cubierta con etiquetas de barcos de vapor y provista con tres sólidos cerrojos de bronce, cuyas llaves colgaban de una correa atada a la manija. La abrió, levantó la tapa y miró asombrado su contenido. Acomodados en compartimientos de paño verde hechos a medida estaban los componentes de un rifle pesado, en sus lugares especiales: la baqueta, la lata de aceite y otros accesorios. En la parte interior de la tapa en una etiqueta de gran tamaño aparece el nombre del fabricante de armas impreso en ornamentada escritura:

---

*HOLLAND & HOLLAND*  
*Fabricantes de armas de fuego, rifles, pistolas*  
*y toda clase de armas de fuego con recámara de carga*  
*98 New Bond Street. Londres W.*

---

Con una sensación reverencial León ensambló el rifle, colocó los cañones de acción a cerrojo en su lugar y los ajustó con el guardamano. Acarició la madera terminada al aceite de la culata, la suavidad sedosa del nogal bajo las puntas de sus dedos. Levantó el rifle y lo apuntó a una pequeña lagartija que estaba cabeza abajo en la pared más lejana. La culata calzaba perfectamente en su hombro y los cañones se alinearon bajo su ojo. Sostuvo el centro de la mira sobre la cabeza de la lagartija.

—Pum, pum... estás muerta —le dijo y se rio por primera vez desde que había regresado al cuartel. Bajó el arma y leyó el grabado sobre los cañones. «H&H Royal 470 Nitro Express». Luego la incrustación ovalada de oro puro

que se veía en la culata de nogal atrajo su mirada. Estaba grabada con las iniciales del propietario original: PO'H.

—Patrick O'Hearne —susurró... La espléndida arma había pertenecido al marido muerto de Verity. Al lado de la etiqueta del fabricante había un sobre pinchado al paño verde de la tapa. Dejó el rifle cuidadosamente sobre la almohada en la cabecera de su cama y lo tomó. Rompió el sello con la uña del pulgar y sacó dos hojas de papel dobladas. La primera era un recibo fechado el 29 de agosto de 1906:

A quien corresponda.

En el día de la fecha he vendido el rifle

H&H .470 con número de serie 1863 al teniente León Courtney y he recibido de él la suma de veinticinco guineas como pago total y definitivo. Firmado: Verity Abigail O'Hearne.

Con este documento Verity había transferido el rifle legalmente a su nombre para que nadie pudiera poner en duda su propiedad. Dobló el recibo y lo volvió a poner en el sobre. Luego abrió la otra hoja de papel. No tenía fecha y la letra era desprolija e irregular, a diferencia de la del recibo. Dos veces su pluma había dejado machas de tinta sobre la página. Era obvio que estaba muy nerviosa cuando la escribió.

Mi muy querido León:

Cuando estés leyendo esto, yo ya estaré de regreso en Irlanda. No quería irme, pero no se me ha dado ninguna otra opción. En el fondo de mi corazón sé que la persona que me está enviando de vuelta tiene razón y es para bien. El próximo año yo tendré treinta años y tú sólo tienes diecinueve y eres un oficial subalterno muy joven. Estoy segura de que algún día serás un general famoso, cubierto de medallas y gloria, pero para entonces yo seré una solterona. Tengo que irme. Este obsequio que te dejo es una muestra de mi cariño por ti. Sigue adelante y olvídate. Encuentra la felicidad en alguna otra parte. Siempre te tendré en mi memoria como alguna vez te tuve en mis brazos.

Estaba firmado «V». La vista se le nubló y su respiración se volvió irregular mientras leía la carta.

Antes de que llegara a la última línea, hubo un educado golpe en la puerta de su cabaña redonda.

—¿Quién es? —dijo.

—Soy yo, *effendi*.

—Un momento, Ishmael.

Rápidamente se secó los ojos con la parte de atrás del antebrazo, puso la carta debajo de su almohada y volvió a colocar el rifle en su caja. Lo empujó debajo de la cama y gritó:

—Entra, Amado por el Profeta.

Ishmael, que era un devoto *swahili* de la costa, entró con una bañera de cinc haciendo equilibrio sobre su cabeza.

—Bienvenido, *effendi*. Usted trae el sol a mi corazón. —Dejó la bañera en el centro de la habitación y luego empezó a llenarla con humeantes baldes de agua del fuego detrás de la cabaña. Mientras el agua se enfriaba a una temperatura soportable, Ishmael hizo volar una sábana alrededor del cuello de León y luego, tijeras y peine en mano, se ubicó detrás de él y empezó a tijeretearle el pelo endurecido por el polvo y el sudor. Trabajó con habilidad y destreza, y cuando terminó, dio un paso atrás y asintió con un movimiento de cabeza, satisfecho. Luego, fue a buscar el pote y la brocha de afeitar. Produjo una espuma cremosa sobre la barba crecida de León, afiló la hoja larga de la navaja y se la pasó a su amo. Sostuvo el pequeño espejo de mano mientras León limpiaba su mandíbula y luego le sacó la sábana.

—¿Cómo me ves? —preguntó León.

—Su belleza cegaría a las huries del Paraíso, *effendi* —respondió Ishmael muy serio y probó el agua del baño con un dedo—. Está lista.

León se quitó sus hediondos andrajos y los lanzó contra la pared más alejada; luego fue a la bañera con agua caliente y se metió en ella, con un suspiro de placer. La bañera era apenas lo suficientemente grande para contenerlo y quedó sentado con las rodillas debajo de su barbilla. Ishmael recogió su ropa sucia, sosteniéndola ostentosamente a la distancia y se la llevó. Dejó la puerta abierta al salir. Sin golpear, Bobby Sampson entró.

—Un objeto bello es un placer para siempre —dijo, con una sonrisa desconfiada. Bobby era apenas un año mayor que León. Era un joven corpulento y desgarbado, pero afable, y por ser los dos oficiales más jóvenes del regimiento, él y León habían formado una amistad que tenía como punto principal el instinto de supervivencia. Habían sellado su amistad con la compra conjunta de un usado y gastado automóvil Vauxhall que había pertenecido a un hindú que cultivaba café, por la suma de tres libras y diez chelines, casi la totalidad de los ahorros sumados de ambos. Trabajando hasta cualquier hora de la noche, lo habían restaurado hasta convertirlo en una aproximación a su antigua gloria.

Bobby fue hasta la cama y se dejó caer, puso sus manos detrás de la cabeza, cruzó los tobillos y contempló la lagartija, que había trepado hasta las vigas y colgaba cabeza abajo encima de él.

—Bien, mi viejo, parece que te has metido en un serio problemita, ¿eh? Estoy seguro de que ya sabes que Freddie la Rana te está acusando de toda clase de

maldades y fechorías. Por una de esas casualidades, ocurre que tengo en mi poder una copia del pliego de acusaciones. —Metió la mano en el enorme bolsillo de un lado de la chaqueta de su uniforme y sacó una pelota de papeles arrugados. Los alisó sobre el pecho y luego los agitó mostrándoselos a León—. Unas cosas muy coloridas hay aquí. Estoy asombrado de tu mala conducta. El problema es que se me ha ordenado que te defienda. ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Eh?

—Por el amor de Dios, Bobby, deja de decir «¿eh?» . Sabes cuánto me irrita. Bobby puso cara de contrición.

—Lo siento, viejo. La verdad es que no tengo ni la más remota idea de qué se supone que debo hacer.

—Bobby, eres un idiota.

—No puedo evitarlo, mi hermoso amigo. Mamá debe de haberme dejado caer de cabeza, ¿no lo sabías? De todos modos, volvamos al tema principal de esta agenda. ¿Tienes alguna idea de qué es lo que debo hacer?

—Se supone que debes deslumbrar a los jueces con tu ingenio y tu erudición. —León estaba empezando a sentirse más alegre. Disfrutaba de la manera en que Bobby escondía su mente sagaz detrás de una fachada de hombre torpe.

—Estoy un poco escaso en el departamento de ingenio y erudición, por el momento —admitió Bobby—. ¿Qué otra cosa hay?

León se puso de pie en la bañera salpicando el suelo con agua jabonosa. Bobby hizo una bola con la toalla que Ishmael había dejado en el extremo de la cama y se la lanzó a la cabeza.

—Para empezar, leamos juntos todas las acusaciones —sugirió León, mientras se secaba con la toalla.

A Bobby se le iluminó la cara.

—Brillante idea. Siempre sospeché que eras un genio.

León se puso un par de pantalones caqui.

—Estamos escasos de asientos por aquí —dijo—. Mueve tu gordo culo.

Bobby se incorporó, serio esta vez. Hizo sitio para su amigo en la cama, y León se sentó junto a él. Entre los dos examinaron detenidamente el pliego de acusaciones.

Cuando la luz en la cabaña se desvaneció, Ishmael trajo una lámpara redonda y la colgó en un gancho. Trabajaron bajo su débil luz amarilla, hasta que por fin Bobby se frotó los ojos y bostezó; luego sacó su reloj de bolsillo y le dio cuerda vigorosamente.

—Hace rato que pasó la medianoche y tú y yo tenemos que estar en el tribunal a las nueve. Tendremos que dar por terminada la jornada. A propósito, ¿quieres saber lo que pienso de tus oportunidades de absolución?

—No realmente —contestó León.

—Si me ofrecieras apostar una contra mil, no correría el riesgo ni de medio penique —dijo Bobby—. Si pudiéramos encontrar a este sargento tuyo, la historia

podría tener un final diferente.

—Son pocas las probabilidades de que eso ocurra antes de las nueve de mañana. Manyoro está en la cima de una montaña en territorio masai, a cientos de kilómetros de aquí.



El casino de los oficiales había sido convertido en sala del tribunal para la realización de la corte marcial. Los tres jueces estaban sentados a la mesa principal sobre el estrado. Había dos mesas debajo de ellos, una para la defensa y la otra para la fiscalía. Hacía calor en la pequeña sala. En la galería exterior un *punkah-wallah* tiraba con regularidad de la soga que desaparecía en un agujero en el techo encima de él, y desde allí por una serie de poleas hasta el ventilador que colgaba encima de la mesa de los jueces. Sus hojas zumbaban con monotonía, moviendo el aire lánguido para crear una ilusión de frescura.

Sentado junto a Bobby Sampson en la mesa de la defensa, León estudiaba los rostros de sus jueces. Cobardía, desertión, negligencia en el cumplimiento del deber y desobedecer las órdenes de un oficial superior, todos ellos delitos por los que se lo acusaba, tenían como castigo la pena máxima de ejecución ante el pelotón de fusilamiento. La piel de sus antebrazos le picaba. Aquellos hombres tenían sobre él el poder de la vida y de la muerte.

—Míralos a los ojos y habla fuerte —susurró Bobby, levantando su libreta de notas para taparse los labios—. Eso es lo que mi viejo padre siempre me decía.

No todos sus jueces parecían humanos y compasivos. El más antiguo era el coronel del ejército indio que había llegado en ferrocarril desde Mombasa. Parecía que el viaje no le había hecho bien. Su expresión era ácida y dispéptica. Llevaba el llamativo uniforme del 11.º de Lanceros de Bengala (el del propio Príncipe de Gales). Llevaba dos hileras de cintas de condecoración sobre el pecho, las botas de equitación brillaban y la cola de su turbante de seda multicolor caía sobre un hombro. Su cara estaba colorada por el sol y el whisky, sus ojos eran tan feroces como los de un leopardo, y las puntas de su bigote estaban enceradas formando agudas puntas.

—Parece un auténtico devorador de hombres —susurró Bobby. Había

seguido la mirada de León—. Créeme, ése es al que tenemos que convencer, y no va a ser fácil.

—Caballeros, ¿estamos listos para empezar? —anunció el juez más antiguo y dirigió sus ojos fríos, ligeramente inyectados en sangre, hacia Eddy Roberts en la mesa de la fiscalía.

—Sí, mi coronel. —Roberts se había puesto respetuosamente de pie para responder. Era el favorito de la Rana Snell, razón por la que había sido elegido.

El presidente miró hacia la mesa de la defensa.

—¿Y usted qué dice? —quiso saber, y Bobby se puso de pie con tal presteza que hizo que su pila cuidadosamente organizada de papeles cayera en cascada al suelo.

—Oh, ¡qué barbaridad! —tartamudeó y cayó de rodillas para recogerlos—. Le ruego me perdone, señor.

—¿Está usted listo? —La voz del coronel Wallace era tan fuerte como una sirena de niebla dentro de aquella pequeña sala.

—Estoy listo, señor. Sí que lo estoy. —Bobby lo miraba desde el suelo, sosteniendo los papeles contra su pecho. Se había puesto totalmente rojo.

—No tenemos toda la semana. Comencemos, jovencito.

El ayudante, que se desempeñaba como secretario y taquígrafo del tribunal, leyó la lista de las acusaciones; luego Eddy Roberts se puso de pie para abrir el caso en nombre de la fiscalía. Su manera de hablar era relajada, y se expresaba clara y convincentemente. Los jueces siguieron su discurso con atención.

—Que me condenen, pero Eddy es muy bueno, ¿eh? —se preocupó Bobby.

Después de su introducción, Eddy llamó al mayor Snell, su primer testigo, al estrado. Lo llevó a través del pliego de acusaciones y le hizo confirmar los detalles incluidos en el documento. Luego lo interrogó acerca de la foja de servicios del acusado y la realización de sus funciones hasta el momento en que fue enviado a proteger la *boma* en Niombi. Snell era demasiado astuto como para dejar que su declaración pareciera parcial y prejuiciosa contra León. Sin embargo, se las arregló para hacer que sus calificadas y tibias evaluaciones parecieran fuertemente condenatorias.

—Respondería a esa pregunta diciendo que el teniente Courtney es un jugador de polo experimentado. También muestra pasión por la caza mayor. Estas actividades le toman gran parte de su tiempo, cuando podría ser mejor usado en otro lugar.

—¿Y su otro comportamiento? ¿Tiene usted noticias de que algún escándalo social esté relacionado con su nombre?

Bobby se puso de pie de un salto.

—¡Objeción, señor presidente! —gritó—. Eso es recurrir a conjeturas y habladerías. La conducta de mi cliente cuando está fuera de servicio no tiene relación con las acusaciones ante el tribunal.



—¿Qué dice a eso usted?—El coronel Wallace dirigió su mirada penetrante hacia Eddy Roberts.

—Creo que la integridad y el carácter moral del acusado tienen directa relación en este caso, señor.

—La objeción es rechazada y el testigo puede responder a la pregunta.

—La pregunta era... —Eddy fingió consultar sus notas...— ¿Tiene usted noticias de que algún escándalo social esté relacionado con el nombre del acusado?

Era lo que Snell había estado esperando.

—De hecho, recientemente ha habido un incidente poco feliz. El acusado se vio involucrado con una joven de buena familia, viuda. Fue tan descarado y escandaloso su comportamiento que puso en cuestión el honor del regimiento, y enfureció a la comunidad local. El gobernador de la colonia, sir Charles Eliot, no tuvo otra alternativa que la de hacer que la dama en cuestión fuera repatriada.

Las cabezas de los tres jueces se volvieron hacia León; sus expresiones eran adustas. Habían pasado apenas unos pocos años desde la muerte de la vieja reina, y a pesar de la reputación atrevida de su hijo, el soberano reinante, las generaciones más viejas todavía estaban influenciadas por las costumbres estrictas de Victoria.

Bobby garabateó algo sobre su libreta de notas; luego la giró para que León pudiera leer lo que había escrito. «No voy a repreguntar sobre este tema, ¿de acuerdo?»

León asintió con la cabeza, poco feliz con la idea.

Después de una larga pausa para dejar que la importancia de ese testimonio quedara en la memoria de los jueces, Eddy Roberts tomó un grueso libro que tenía delante de sí.

—Mayor Snell, ¿reconoce usted este libro?

—Por supuesto que lo reconozco. Es el libro de órdenes del batallón.

Eddy lo abrió en una página que estaba marcada y leyó en voz alta el fragmento que se refería a las órdenes dadas a León para llevar su destacamento a la *boma* de Niombi. Cuando terminó, preguntó:

—Mayor Snell, ¿éstas fueron sus órdenes al acusado?

—Sí.

Eddy leyó otra vez de la página abierta del libro de órdenes.

—«Se le ordena partir con la mayor celeridad...» —Miró a Snell—. «Con la mayor celeridad» —repitió—. ¿Ésas fueron sus instrucciones precisas?

—Efectivamente.

—Dado que el acusado tardó ocho días en hacer el viaje, ¿usted consideraría que actuó «con la mayor celeridad»?

—No. No lo consideraría así.

—El acusado ha dado como razón de su demora el hecho de que, mientras se

dirigía a Niombi, encontró huellas de un grupo rebelde en pie de guerra y sintió que era su deber seguirlo. ¿Usted estaría de acuerdo con él en que fue su deber?

—¡No, por cierto! Su deber era seguir a Niombi y hacerse cargo de la protección de los habitantes, como se le había ordenado.

—¿Cree usted que el acusado habría sido capaz de reconocer con certeza que las huellas que estaba siguiendo habían sido hechas por rebeldes nandi?

—No lo creo. Me siento fuertemente inclinado a dudar de la aseveración de que esas huellas fueron dejadas por seres humanos. Dada la predilección del teniente Courtney por la *shikari*, por la caza, lo más probable es que las huellas fueran de algún animal, como un elefante macho, lo cual provocó su atención.

—¡Objeción, Su Señoría! —gritó Bobby—. Eso es simplemente una conjetura por parte del testigo.

Antes de que el juez superior pudiera decidir, Eddy intervino con voz suave.

—Retiro la pregunta, señor. —Era suficiente para él saber que había instalado la idea en la mente de los tres jueces. Repasó con Snell todo el informe de León—. El acusado dice que, con casi todos sus hombres muertos y su sargento gravemente herido, realizó una valiente defensa sin casi ninguna posibilidad de éxito, y sólo fue obligado a salir de la *boma* de Niombi cuando los rebeldes prendieron fuego al edificio. —Golpeó con el dedo la página del documento—. Cuando eso ocurrió, puso al hombre herido sobre sus espaldas y, usando el humo del edificio como pantalla, lo sacó. ¿Es esto creíble?

Snell sonrió incrédulo.

—El sargento Manyoro era un hombre grande. Medía más de un metro ochenta y cinco.

—Tengo acá una copia de su informe médico. El hombre medía un metro noventa y dos, descalzo. Un hombre de gran tamaño, estará usted de acuerdo.

—Efectivamente. —Snell asintió con la cabeza—. Y el acusado asegura que lo llevó unos cuarenta y cinco kilómetros sin ser alcanzado por los rebeldes. —Sacudió la cabeza—. Dudo que incluso un hombre tan fuerte como el teniente Courtney sea capaz de semejante hazaña.

—Entonces, ¿qué cree usted que pasó con el sargento?

—Creo que el acusado lo abandonó en Niombi con el resto de su destacamento y escapó solo.

—Objeción. —Bobby se puso de pie de un salto—. ¡Conjetura!

—Se acepta la objeción. Que se elimine del registro del tribunal la pregunta y la respuesta del testigo —dijo el coronel con turbante, quien de todos modos lanzó una mirada de desaprobación a León.

Eddy Roberts consultó sus notas.

—Hemos escuchado pruebas de que la columna de refuerzo no pudo encontrar el cuerpo del sargento. ¿Cómo explica eso?

—Debo corregirlo en ese punto, capitán Roberts. Las pruebas indican que no

podieron identificar el cuerpo del sargento entre los muertos, lo cual es algo totalmente distinto. Encontraron cuerpos en el edificio calcinado, pero estaban carbonizados, lo que hacía imposible que fueran reconocidos. Los otros cuerpos habían sido decapitados por los rebeldes, o estaban tan destrozados por la acción de buitres y hienas que también eran irreconocibles. El sargento Manyoro podía haber sido cualquiera de esos cuerpos.

Bobby se tapó la cara con las manos y dijo cansadamente:

—Objeción. Son suposiciones.

—Aceptada. Por favor, aténgase a pruebas concretas, mayor. —Snell y su favorito cambiaron una mirada petulante.

Eddy continuó con un tono de indiferencia.

—Si el sargento Manyoro hubiera escapado de Niombi con la ayuda del acusado, ¿podría usted indicar dónde se encuentra en este momento?

—No, no puedo.

—¿En la *manyatta* de su familia, quizá? ¿Visitando a su madre, como el acusado ha dicho en su informe?

—En mi opinión, eso es muy poco probable —respondió Snell—. Dudo que alguna vez volvamos a ver al sargento.

Los jueces hicieron una interrupción para un almuerzo de carne asada fría de pollos de Guinea y champán en la amplia galería del casino de oficiales, y cuando regresaron Eddy Roberts continuó con sus preguntas a Snell hasta la mitad de la tarde, momento en que se volvió al más antiguo de los jueces.

—No más preguntas, Su Señoría. He terminado con este testigo. —Se sentía muy satisfecho y no intentó ocultarlo.

—¿Desea usted repreguntar, teniente? —quiso saber el juez superior, mientras consultaba su reloj de bolsillo—. Me gustaría concluir para mañana a última hora a más tardar. Tengo que alcanzar un barco en Mombasa el viernes por la noche. —Daba la impresión de que el veredicto ya estaba decidido.

Bobby hizo todo lo posible para sacudir la actitud de seguridad en sí mismo de Snell, pero tenía tan pocos elementos en los que apoyarse que el hombre pudo despachar sus preguntas en un tono indulgente y condescendiente, como si estuviera hablándole a un niño. Una o dos veces lanzó una mirada de complicidad hacia los tres jueces.

Finalmente, el coronel sacó su reloj de oro otra vez y anunció:

—Caballeros, damos por terminada la jornada. Nos reuniremos de nuevo mañana a las nueve de la mañana. —Se puso de pie y condujo a sus colegas jueces al bar en la parte posterior del casino.

—Me temo que no hice demasiado bien las cosas —confesó Bobby mientras él y León salían a la galería—. Todo depende de ti cuando ofrezcas tus pruebas mañana.



Ishmael les llevó la cena y dos botellas de cerveza desde la cocina exterior semicubierta, en la parte posterior de la cabaña redonda de León. No había ninguna silla allí, así que los dos hombres se recostaron en el suelo de barro mientras comían con poco apetito y repasaron con poco entusiasmo su estrategia para el día siguiente.

—Me pregunto si las damas de Nairobi te considerarán tan gallardo y apuesto cuando estés de pie contra una pared de ladrillo y con los ojos vendados —dijo Bobby.

—Vete de aquí, pájaro de mal agüero —ordenó León—. Quiero dormir un poco.

Pero el sueño no llegó, y giró, dio vueltas y sudó hasta las primeras horas de la mañana. Por fin se incorporó y encendió el farol. Entonces, vestido sólo con sus calzoncillos, se dirigió a la puerta y a la letrina compartida al final de la hilera de cabañas. Cuando volvió a su galería casi tropezó con un pequeño grupo de hombres en cuclillas junto a la puerta. León retrocedió alarmado y levantó la linterna.

—¿Quién diablos está ahí? —preguntó en voz alta. Entonces vio que eran cinco hombres, todos vestidos con los *shukas* color ocre rojizo de los masai.

Uno de ellos se puso de pie.

—Yo lo veo a usted, *M'bogo* —dijo, y la luz de la lámpara se reflejó en sus aretes de marfil, casi tan brillantes como sus dientes.

—¡Manyoro! ¿Qué diablos estás haciendo aquí? —casi gritó León, con creciente alegría y alivio.

—Lusima Mama me envió. Dijo que usted me necesitaba.

—¿Qué demonios te demoró tanto? —León quería abrazarlo.

—Vine tan rápidamente como pude, con la ayuda de éstos, mis hermanos. — Señaló a los hombres detrás de él—. Llegamos al desvío del tren en Naro Moru después de dos días de marcha desde el monte Lonsonyo. El maquinista del tren nos permitió sentarnos sobre el techo y nos trajo aquí a gran velocidad.

—Mama tiene razón. Tengo gran necesidad de tu ayuda, hermano mío.

—Lusima Mama siempre tiene razón —dijo Manyoro de manera terminante

— ¿Cuál es ese gran problema que le aqueja? ¿Vamos a la guerra otra vez?

—Sí —respondió León—. ¡Una gran guerra! —Los cinco masai sonrieron con feliz expectativa.

Ishmael había sido despertado por sus voces y apareció tambaleando, somnoliento, después de abandonar la choza detrás de la cabaña redonda para descubrir la causa.

—¿Estos infieles masai están causando algún problema, *effendi*? ¿Quieres que los eche de acá? —No había reconocido al sargento Manyoro con su ropaje tribal.

—No, Ishmael. Corre lo más rápido que puedas a buscar al teniente Bobby y dile que venga de inmediato. Ha ocurrido algo estupendo. Nuestras plegarias han sido respondidas.

—¡Alá es grande! Su caridad va más allá de toda comprensión —canturreó Ishmael y luego se dirigió a la cabaña de Bobby trotando con gran dignidad.



—¡Llamo al sargento Manyoro al estrado de los testigos! —dijo Bobby Sampson con mucha confianza y voz fuerte.

Un silencio abrumador se apoderó del casino de oficiales. Los jueces levantaron la vista de sus notas con un súbito interés cuando Manyoro atravesó la puerta cojeando, con una muleta toscamente tallada. Vestía su uniforme de gala número uno, con polainas prolijamente envueltas alrededor de las piernas, pero con los pies descalzos. Las insignias del regimiento en la parte de adelante de su fez rojo y en la hebilla de su cinturón habían sido amorosamente pulidas con Brasso hasta quedar brillantes como estrellas. El sargento mayor M'fefe marchaba detrás de él, tratando sin éxito de no mostrar su sonrisa. Ambos se detuvieron delante de la mesa alta y saludaron a los jueces con un floreo.

—El sargento mayor M'fefe actuará como intérprete para aquellos de nosotros con limitado conocimiento del *swahili* —explicó Bobby. Una vez que se le tomó juramento al testigo, Bobby miró al intérprete—. Sargento mayor, por favor, pídale al testigo que diga su nombre y rango.

—Soy el sargento Manyoro de la Compañía C, 3.<sup>er</sup> batallón, 1.<sup>er</sup> Regimiento de los Rifles Africanos del Rey —respondió Manyoro con orgullo.

La cara del mayor Snell se arrugó con consternación. Hasta ese momento no había reconocido a Manyoro. León lo había escuchado decir más de una vez en el bar del casino después de su tercero o cuarto whisky: «Estos malditos negros son todos iguales para mí». Estos comentarios peyorativos eran característicos de la actitud predominantemente despectiva de Snell. Ningún otro oficial habría usado esa palabra para describir a los hombres bajo su mando.

«Mira bien a este maldito negro, Ranita», pensó León con alegría. «No olvidarás fácilmente su cara».

—Su Señoría —comenzó Bobby dirigiéndose al juez principal—, ¿se le puede permitir al testigo dar su testimonio sentado? Recibió una flecha nandi en su pierna derecha. Como usted puede ver, todavía no ha curado del todo.

Todas las miradas en la sala se dirigieron al muslo de Manyoro, que había sido vendado con vendas nuevas aquella mañana por el médico del regimiento. Una mancha de sangre fresca había atravesado la gasa blanca.

—Por supuesto —dijo el juez principal—. Que alguien le traiga una silla.

Todos estaban inclinados hacia adelante, a la expectativa. El mayor Snell y Eddy Roberts intercambiaban susurros nerviosos. Eddy no dejaba de sacudir la cabeza.

—Sargento, ¿este hombre es su oficial jefe de compañía? —Bobby señaló a León a su lado.

—*Bwana* teniente, es mi oficial.

—¿Usted y sus soldados marcharon con él a la *boma* de Niombi?

—Así fue, *bwana* teniente.

—Sargento Manyoro, no tiene usted por qué seguir llamándome «*bwana* teniente» —protestó Bobby, en fluido *swahili*.

—*Ndio*, *bwana* teniente —estuvo de acuerdo Manyoro.

Bobby volvió al inglés pensando en los jueces.

—¿Durante la marcha encontró usted huellas sospechosas?

—Sí. Las encontramos donde un grupo de guerra de veintiséis guerreros nandi había bajado por la pared del valle del Rift desde Gelai Lumbwa.

—¿Veintiséis? ¿Usted está seguro?

—Por supuesto que estoy seguro, *bwana* teniente. —Manyoro se sintió ofendido por la fatuidad de la pregunta.

—¿Cómo supo usted con certeza que era un grupo de guerra?

—No llevaban mujeres ni niños con ellos.

—¿Cómo supo que eran nandi y no masai?

—Sus pies son más pequeños que los nuestros, y caminan de manera diferente.

—¿Por qué diferente?

—Pasos cortos... son enanos. No apoyan primero el talón y no empujan con el dedo gordo del pie como hacen los verdaderos guerreros. Golpean el suelo con sus pies como hembras de mandriles preñadas.

—¿De modo que estaba usted seguro de que se trataba de un grupo de guerra nandi?

—Sólo un tonto o un niño pequeño podría haber dudado.

—¿Adonde se dirigían?

—Hacia el establecimiento de la misión en Nakuru.

—¿Era su opinión que se dirigían a atacar la misión?

—No creí que fueran a beber cerveza con los sacerdotes —respondió Manyoro altivamente, y cuando el sargento mayor tradujo sus palabras, el juez superior sofocó una carcajada. Los otros jueces sonrieron y asintieron con la cabeza.

Eddy se veía sombrío en ese momento.

—¿Le dijo usted todo esto a su teniente? ¿Lo conversó con él?

—Por supuesto.

—¿Le dio órdenes de perseguir a este grupo de guerra? Manyoro asintió con la cabeza.

—Los seguimos durante dos días hasta que estuvimos tan cerca que se dieron cuenta de que los estábamos siguiendo.

—¿Cómo llegaron a esa conclusión?

—Los arbustos se iban apartando en esa zona y hasta los nandi tienen ojos en sus cabezas —explicó Manyoro pacientemente.

—Entonces su oficial le ordenó que interrumpiera la persecución y fueran a Niombi. ¿Sabe usted por qué no decidió enfrentar al enemigo?

—Veintisiete nandi salieron en veintisiete direcciones diferentes. Mi teniente no es tonto. Sabía que podríamos atrapar a uno si corríamos mucho y con suerte. Él también sabía que los habíamos asustado y espantado, de modo que ya no iban a continuar hacia Nakuru. Mi *bwana* había salvado a la misión de aquel ataque y no quería perder más tiempo.

—Pero ya habían perdido casi cuatro días, ¿no?

—*Ndio*, *bwana* teniente.

—Cuando llegaron a Niombi, ¿qué encontraron?

—Otro grupo de guerra nandi había atacado la *boma*. Habían matado al comisionado del distrito, a su esposa y a su hija. Habían atravesado con una lanza al bebé y habían ahogado al hombre y a la mujer orinando en sus bocas.

Los jueces siguieron con gran atención e inclinados hacia adelante, mientras Bobby conducía a Manyoro a la descripción de la emboscada nandi y la lucha desesperada que había seguido. Sin emoción visible, Manyoro contó cómo había sido eliminado el resto de la tropa, cómo él y León se habían abierto camino

luchando hacia la *boma* para rechazar a los atacantes.

—¿Durante la pelea su teniente se comportó como un hombre?

—Peleó como un guerrero.

—¿Usted lo vio matar a algún enemigo?

—Lo vi matar a ocho *nandi*, pero tal vez fueron más. Yo también estaba ocupado.

—Entonces usted fue herido. Cuéntenos sobre eso.

—Casi se nos habían terminado las municiones. Salimos para recuperar más de nuestros *askari* caídos, que estaban tendidos en la plaza de armas.

—¿El teniente Courtney fue con usted?

—Él iba adelante.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Uno de los perros *nandi* me disparó una flecha. Me dio aquí. —Manyoro levantó la pernera de sus pantalones cortos caqui y mostró la pierna vendada.

—¿Podía usted correr con esa herida?

—No.

—¿Cómo escapó?

—Cuando vio que yo había sido alcanzado, *bwana* Courtney regresó por mí. Me llevó a la *boma*.

—Usted es un hombre de gran tamaño. ¿Él lo cargó?

—Soy un hombre grande porque soy masai. Pero *bwana* Courtney es fuerte. Su nombre masai es Búfalo.

—¿Qué ocurrió después?

Manyoro describió en detalle de qué manera habían resistido hasta que los *nandi* prendieron fuego al edificio y se vieron obligados a abandonarlo y a usar la protección del humo del techo en llamas para escapar hacia la plantación de bananeros.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Cuando llegamos a terreno abierto más allá de la plantación, le pedí a mi *bwana* que me dejara con su revólver y siguiera él solo.

—¿Pensaba usted matarse porque estaba herido y no quería ser atrapado por los *nandi* para ser ahogado como habían hecho con el comisionado del distrito y su esposa?

—Me habría matado antes que morir en el estilo de los *nandi*, pero no antes de haberme llevado a algunos de esos chacales conmigo —concordó Manyoro.

—¿Su oficial se negó a dejarlo?

—Él quiso cargarme en su espalda hasta la línea del ferrocarril. Le dije que eran cuatro días de marcha a través de las tierras tribales de los *nandi* y que ya sabíamos que el terreno estaba lleno de sus grupos en pie de guerra. Le dije que la *manyatta* de mi madre estaba sólo a cuarenta y cinco kilómetros de distancia y



y a dentro de territorio masai, donde esos perros sarnosos de los nandi nunca se atreverían a seguirnos. Le dije que si estaba decidido a llevarme consigo, debíamos seguir ese camino.

—¿Y él hizo lo que usted sugirió?

—Lo hizo.

—¿Cuarenta y cinco kilómetros? ¿Lo cargó a usted en la espalda durante cuarenta y cinco kilómetros?

—Tal vez un poco más lejos. Es un hombre fuerte.

—Cuando ustedes dos llegaron a la aldea de su madre, ¿por qué no lo dejó allí y regresó de inmediato Nairobi?

—Tenía los pies destrozados por la marcha desde Niombi. Ya no podía seguir caminando. Mi madre es una conocida sanadora de gran poder. Trató sus pies con su medicina. *Bwana* Courtney dejó la *manyatta* apenas pudo caminar.

Bobby se detuvo y miró a los tres jueces. Luego preguntó:

—Sargento Manyoro, ¿cuáles son sus sentimientos por el teniente Courtney?

Manyoro contestó con serena dignidad.

—Mi *bwana* y yo somos guerreros hermanos de sangre.

—Gracias, sargento. No tengo más preguntas para usted.

Por un largo momento se produjo un silencio de admiración en la sala del tribunal. Luego el coronel Wallace se puso de pie.

—Teniente Roberts, ¿usted desea hacer alguna pregunta a este hombre?

Eddy consultó rápidamente con el mayor Snell; luego se puso de pie de mala gana.

—No, señor. No tengo ninguna pregunta que hacerle.

—¿Hay más testigos? ¿Llamará usted a su cliente al estrado, teniente Sampson? —preguntó el coronel Wallace. Sacó su reloj y lo consultó ostentosamente.

—Con la indulgencia del tribunal, llamaré al teniente Courtney. Sin embargo, ya he casi terminado y no retendré al tribunal por mucho más tiempo.

—Me tranquiliza escuchar eso. Proceda.

Cuando León subió al estrado, Bobby le dio un montón de papeles y le preguntó:

—Teniente Courtney, ¿es éste su informe oficial de la expedición a Niombi, que usted le entregó a su oficial al mando? León lo hojeó rápidamente. —Sí, éste es mi informe.

—¿Hay algo en él de lo que desee retractarse? ¿Algo que usted desee añadir?

—No, no quiero agregar nada.

—¿Afirma usted bajo juramento que este informe es verdadero y correcto en todos sus detalles?

—Lo juro.

Bobby volvió a tomar el documento y lo puso delante de los jueces.

—Deseo que este informe sea incluido entre las pruebas.

—Ya ha sido incluido —informó el coronel Wallace, de mal humor—. Ya todos lo hemos leído. Haga sus preguntas, teniente, y terminemos con esto.

—No tengo más preguntas, Su Señoría. La defensa ha terminado.

—Bien. —El coronel estaba agradablemente sorprendido. No esperaba que la intervención de Bobby fuera tan rápida. Miró con el ceño fruncido a Eddy Roberts—. ¿Tiene usted alguna pregunta?

—No, señor. No tengo ninguna pregunta para el acusado.

—Excelente. —Wallace sonrió por primera vez—. El testigo puede abandonar el estrado, y la fiscalía puede comenzar con sus conclusiones.

Eddy se puso de pie, tratando de mostrar una confianza de la que obviamente carecía.

—Le ruego al Tribunal que concentre su atención en el informe escrito por el acusado, el cual él ha ratificado bajo juramento como correcto en todos sus detalles, y también en la prueba que lo corrobora, presentada por el sargento Manyoro. Ambos confirman que el acusado deliberadamente hizo caso omiso de sus órdenes escritas de continuar con toda celeridad a la estación de Niombi, y en cambio decidió perseguir al grupo guerrero nandi que él creía podría estar dirigiéndose a la misión de Nakuru. Afirmo que el acusado ha admitido que es culpable de la acusación de negarse deliberadamente a seguir las órdenes de un oficial superior ante el enemigo. No cabe la menor duda de eso.

Eddy hizo una pausa para tomar aliento. Respiró hondo como si estuviera por zambullirse en un lago de agua helada.

—En cuanto a la servil confirmación de las acciones posteriores del acusado por parte del sargento Manyoro, puedo dirigir la atención a su declaración infantil y emocional acerca de que él y el acusado son «guerreros hermanos de sangre». —El coronel Wallace frunció el ceño y sus colegas jueces se movieron inquietos en sus asientos. No era la reacción que Eddy había esperado, y continuó rápidamente—: Sostengo que el testigo fue preparado por la defensa y que está totalmente sometido a la voluntad del acusado. Sugiero que ha repetido como un loro todas esas palabras puestas en su boca.

—Capitán Roberts, ¿está usted sugiriendo que el testigo se disparó a sí mismo la flecha en la pierna para cubrir la cobardía de su jefe de pelotón? —preguntó el coronel Wallace.

Eddy se sentó cuando la sala del tribunal estalló en carcajadas.

—¡Silencio en la sala! ¡Por favor, caballeros, por favor! —protestó el ayudante.

—¿Ésas son sus conclusiones, capitán? ¿Ha terminado? —preguntó Wallace.

—He terminado, Su Señoría.

—Teniente Sampson, ¿quiere refutar lo dicho por la fiscalía?

Bobby se puso de pie.

—Su Señoría, no sólo rechazamos la totalidad de las conclusiones de la fiscalía, sino que nos sentimos agraviados por la calumnia acerca de la honestidad del sargento Manyoro. Tenemos plena confianza en que el Tribunal aceptará las pruebas de un soldado sincero, valiente y leal, cuya dedicación al deber y el respeto a sus oficiales es la esencia misma de que está hecho el ejército británico. —Miró a los tres jueces uno por uno—. Caballeros, la defensa ha terminado.

—El tribunal se levanta para considerar su veredicto. Nos reuniremos otra vez al mediodía para expresarlo. —Wallace se puso de pie y le dijo a los otros dos jueces, en un *sotto voce* claramente audible—: Bien, colegas, parece que todavía podemos alcanzar esa nave.

Mientras se retiraban de la sala del Tribunal, León le dijo por lo bajo a Bobby:

—«La esencia misma de que está hecho el ejército británico». Eso fue magistral.

—Fue bastante bueno, ¿no?

—¿Te invito a una cerveza?

—No me ofenderé si lo haces.



Una hora después, el coronel Wallace estaba sentado a la mesa alta y revolvía sus papeles. Luego aclaró su cargada garganta y empezó:

—Antes de proceder a expresar nuestra decisión, deseo manifestar que este Tribunal ha quedado impresionado por el comportamiento del sargento Manyoro y las pruebas por él presentadas. Consideramos que es un soldado completamente creíble, sincero, leal y valiente. —Bobby sonrió radiante al escuchar que Wallace repetía fielmente su propia descripción—. Esta declaración debe ser añadida a la hoja de servicios del sargento Manyoro.

Wallace giró en su asiento y miró con energía a León.

—El juicio de este Tribunal es el siguiente. Por las acusaciones de cobardía, desertión y negligencia en el cumplimiento del deber consideramos que el acusado es inocente. —Se escucharon murmullos de alivio desde la defensa.

Bobby golpeó la rodilla de León por debajo de la mesa. Wallace continuó con severidad—. Aunque el Tribunal comprende y comparte el instinto del acusado de enfrentar al enemigo en toda ocasión, en la tradición del ejército británico encontramos que, cuando decidió perseguir al grupo de guerreros rebeldes a pesar de sus órdenes de dirigirse con la mayor premura a la estación de Niombi, transgredió los artículos de guerra, que exigen la obediencia estricta a las órdenes de un oficial superior. Por lo tanto, no tenemos otra alternativa más que considerarlo culpable de desobedecer las órdenes escritas de su oficial superior.

Bobby y León lo miraron consternados y Snell cruzó sus brazos sobre el pecho. Se reclinó en su asiento con una marcada sonrisa en su amplia boca.

—Vamos ahora a la sentencia. Que el acusado se ponga de pie. —León se puso de pie y se irguió rígido en posición de atención, mirando fijamente hacia la pared detrás de la cabeza de Wallace—. El veredicto de culpable será incluido en la foja de servicios del acusado. Quedará detenido hasta que este Tribunal levante la sesión y luego, de inmediato, deberá volver a sus funciones con todas las responsabilidades y privilegios de su rango. ¡Dios salve al Rey! Se da por terminado este proceso. —Wallace se puso de pie, hizo una inclinación hacia los hombres que estaban abajo y condujo a sus colegas jueces al bar—. Hay tiempo para un trago antes de que salga el tren. Yo tomaré un whisky. ¿Y ustedes, señores?

Mientras León y Bobby se dirigían hacia la puerta de la sala del Tribunal, que volvía a su antigua función de casino de oficiales, pasaron junto a la mesa a la que Snell todavía estaba sentado. Éste se puso de pie y volvió a colocarse la gorra en la cabeza, obligándolos a detenerse en posición de atención y a saludar. Sus pálidos ojos azules sobresalían de las órbitas y sus labios estaban tensos en una expresión que le daba el aspecto no tanto de una rana como de un sapo venenoso. Después de una pausa deliberada devolvió el saludo.

—Tendré nuevas órdenes para usted mañana por la mañana, Courtney. Preséntese en mi oficina a las ocho en punto. Mientras tanto, puede continuar —le espetó.

—Dudo mucho que hayas hecho que la Rana sea tu amigo para toda la vida —farfulló Bobby mientras salían a la soleada plaza de armas—. Hará que tu vida sea sumamente interesante a partir de ahora. Calculo que sus nuevas órdenes te llevarán de patrulla a pie hasta el lago Natron o a algún otro lugar abandonado por la mano de Dios. No te veremos muy seguido durante un mes más o menos, pero por lo menos conocerás mejor el país.

Sus *askari* se amontonaron alrededor de León para felicitarlo.

—*Jambo, bwana*. Bienvenido.

—Por lo menos te quedan algunos amigos —lo consoló Bobby—. ¿Puedo usar ese casajo de auto mientras estás pasando una temporada en la remota maleza?



Algunos meses después, dos jinetes cabalgaban estribo a estribo a lo largo de la costa del río Athi. Los mozos de cuadra los seguían a la distancia, conduciendo los caballos de repuesto. Los jinetes llevaban sombreros flexibles de ala ancha y las lanzas en descanso. Delante de ellos, la amplia y verde llanura de Athi se extendía hasta el horizonte. Estaba salpicada y cubierta con manadas de cebras, avestruces, impalas y ñus. Un par de jirafas los miraron con sus grandes ojos oscuros cuando pasaron a una distancia de apenas cien metros.

—Señor, no puedo soportarlo por mucho más tiempo —le dijo León a su tío favorito—. Tendré que solicitar una transferencia a otro regimiento.

—Dudo que ninguno quiera tenerte, muchacho. Tienes una gran marca negra en tu foja de servicios —replicó el coronel Penrod Ballantyne, oficial al mando del 1.<sup>er</sup> Regimiento de los Rifles Africanos del Rey—. ¿Qué te parece la India? Podría hablar en tu nombre con algunos amigos que estuvieron en Sudáfrica conmigo. —Penrod lo estaba probando.

—Gracias, señor, pero jamás soñaría con irme de África —respondió León—. Cuando uno ha sido destetado con agua del Nilo, no puede romper las amarras.

Penrod asintió con la cabeza. Era la respuesta que esperaba. Tomó una cigarrera de plata de su bolsillo superior y sacó un Player's Gold Leaf. Lo puso entre sus labios y ofreció uno a León.

—Gracias, señor, pero no me doy esos gustos. —León leyó las palabras grabadas en el interior de la tapa antes de que su tío la cerrara. «Para Dos Peniques, feliz 50.º cumpleaños, de tu esposa que te adora, Saffron». La tía Saffron tenía un sentido del humor peculiar. Su apodo para Penrod había sido al principio Penique, pero después de tantos años de matrimonio decidió que su valor se había duplicado.

—Bien, señor, si nadie más quiere recibirme, supongo que no me queda más remedio que presentar mis papeles y renunciar a mi comisión... ya he malgastado casi tres años dando vuelta en círculos por la espesura, sin llegar a ninguna parte, siguiendo las órdenes del mayor Snell. No lo soporto más.

Penrod reflexionó sobre esto, pero antes de que pudiera decidir cuál era la respuesta apropiada, un movimiento más adelante en la costa del río atrajo su mirada. Un jabalí verrugoso macho salió trotando de un denso grupo de arbustos junto al río. Sus colmillos blancos curvados casi se encontraban por encima de su cara cómicamente horrible, decorada con las protuberancias como verrugas negras que le daban su nombre. Llevaba su cola con penacho recta como una regla, señalando al cielo.

—¡Aquí vamos! —gritó Penrod—. ¡Adelante! —Pateó los flancos de su yegua con los talones y partió.

León corrió tras él, inclinado sobre el cogote de su caballo de polo a la vez que preparaba su lanza larga para cerdos.

—Por Dios, es una bestia enorme. ¡Mire esos colmillos! ¡Arriba y a él, tío!

La yegua de Penrod corría veloz, acercándose rápidamente a la presa, pero el caballo bayo castrado de León iba medio cuerpo detrás de la ondulante cola del animal. El jabalí verrugoso escuchó las pezuñas que golpeaban el suelo, se detuvo y miró hacia atrás. Observó sorprendido los caballos que atacaban; luego se dio vuelta como un azote y corrió por la llanura pateando nubecillas de polvo con cada golpe de sus pequeñas y afiladas pezuñas, pero no podía correr más que la yegua.

Penrod se inclinó levantándose de la montura y alineó la punta de su lanza, apuntando a la mancha pelada de piel gris entre los omóplatos en forma de joroba del animal.

—¡Atraviéselo, Dos Peniques! —En su entusiasmo León usó el nombre reservado para uso exclusivo de su tía. Penrod no dio ninguna señal de haber escuchado. Avanzó en su ataque, con la punta de su lanza dirigida directamente arriba de los omóplatos del jabalí. Pero en el último instante el jabalí verrugoso cambió de dirección y volvió sobre sus pasos por debajo de las patas delanteras de la yegua. Incluso ella, criada y entrenada para seguir la bola de madera en movimiento del polo, no pudo contrarrestar la maniobra y sobrepasó a la presa. La punta de la lanza rebotó en el cuero duro del jabalí sin que saliera sangre y Penrod hizo girar rápidamente la cabeza de la yegua. Ésta saltó sobre sí y mordió el freno, con sus ojos brillantes por la emoción de la persecución.

—¡Vamos, mi querida! ¡A toda carrera y a fondo! —la exhortó Penrod, y tocó sus costillas con las lascas desafiladas de sus espuelas. Se preparó para la próxima carrera, pero León se atravesó en su ruta y su caballo se pegó a los cuartos traseros del jabalí verrugoso como si estuviera atado por una correa. Caballo y jinete siguieron detrás del cerdo cuando éste giraba sobre sí y daba vueltas desesperadamente. Giraban en círculo mientras Penrod se reía y les gritaba consejos.

—¡Síguelo! ¡Cuidado con los colmillos... casi te agarra allí! —El jabalí giró otra vez por donde León no podía verlo y casi alcanzó el refugio de la densa

maleza de la que había salido, pero León, de pie muy erguido en sus estribos, cambió la lanza limpiamente a su mano izquierda y metió la punta entre los hombros del jabalí verrugoso. El animal fue atravesado directamente en el corazón. León dejó caer el asta cuando el caballo pasó sobre la bestia moribunda y la punta de la lanza quedó libre sin sacudirle la muñeca. El acero brillante y sesenta centímetros del asta detrás de él brillaron con la sangre del corazón del jabalí. Chilló una vez y sus patas delanteras se doblaron debajo de él. Cayó, se deslizó sobre su hocico, luego cayó sobre un costado, dio tres sacudidas con sus patas traseras y murió.

—¡Oh, bien hecho, señor! ¡Una cacería perfecta! —Penrod frenó junto a su sobrino. Ambos reían casi sin aliento—. ¿Cómo fue que me llamaste hace un momento?

—Mil perdones, tío. En el entusiasmo del momento se me escapó. —Bien, pues vuelve a guardarlo, joven insolente. No me sorprende que la Rana Snell no te tenga simpatía. En el fondo, lo comprendo y me compadezco de él.

—La cacería me ha dado sed. ¿Qué tal una taza de té, señor? —León cambió de tema con soltura.

Apenas Ishmael vio que mataron al cerdo, puso el carro con la comida a la sombra y ya estaba prendiendo el fuego.

—Es lo menos que puedes hacer como compensación. ¡Dos Peniques! ¿Adónde irá a parar la nueva generación? —gruñó Penrod.

Para cuando terminaron de desmontar, la tetera ya estaba hirviendo.

—Tres cucharaditas de azúcar, Ishmael, y un par de tus galletitas de jengibre —ordenó Penrod, mientras se sentaba en una de las sillas de campaña de lona a la sombra.

—A su honorable y estimada esposa no le gustaría eso, *effendi*.

—Mi honorable y estimada esposa está en El Cairo. No va a compartir el té con nosotros —le recordó Penrod, y se sirvió un bizcocho cuando Ishmael puso el plato delante de él. Masticó con placer, tragó las migas con un sorbo de té y se alisó el bigote—. Entonces, ¿qué piensas hacer después de renunciar a tu comisión, si no vas a la India?

—Me quedo en África. —León bebió de su taza y luego dijo en tono reflexivo —: He pensado que podría intentar algo cazando elefantes.

—¿Cazando elefantes? —Penrod no podía creerlo—. ¿Como profesión? ¿Como hicieron Selous y Bell?

—Bien, siempre me ha fascinado, desde que leí los libros sobre sus aventuras.

—¡Es un disparate romántico! Llegas treinta años demasiado tarde. Aquellos muchachos tenían toda África para ellos. Iban a donde deseaban y hacían lo que querían. Ahora estamos en la edad moderna. Las cosas han cambiado. Ahora hay caminos y ferrocarriles por todas partes. Ningún país en África sigue dando licencias para cazar elefantes sin restricciones, que le permitan al poseedor

masacrar a miles de esas grandes bestias. Todo eso se terminó y en buena hora que haya sido así, maldición. De todos modos, era una vida difícil y dura, y también solitaria y peligrosa; año tras año de vagar por estas tierras vírgenes sin nadie con quien hablar en su propia lengua. Sácate esa idea de la cabeza.

León se sintió desanimado. Permaneció mirando su taza mientras Penrod sacaba y encendía otro cigarrillo.

—Bien, no sé qué voy a hacer —admitió finalmente.

—Ánimo, mi muchacho. —El tono de Penrod se había vuelto amable—. ¿Quieres ser cazador? Bien, algunos hombres están ganándose muy bien la vida haciendo precisamente eso. Se los contrata para guiar a visitantes del exterior en un safari. Hay hombres ricos de Europa y de América, gente de la realeza, aristócratas y millonarios, que están dispuestos a pagar una fortuna por la oportunidad de abatir uno o dos elefantes. En estos tiempos, la caza mayor en África es la última moda en la alta sociedad.

—¿Cazadores blancos? ¿Como Tarlton y Cunninghame? —La cara de León se iluminó—. ¡Qué vida tan estupenda debe de ser ésa! —Su expresión se ensombreció otra vez—. ¿Pero cómo empezar? No tengo dinero y no le pediré a mi padre que me ayude. Se reiría de mí, de todos modos. Y no conozco a nadie. ¿Por qué querrían esos duques, príncipes y magnates de los negocios venir desde Europa a cazar conmigo?

—Yo podría llevarte a ver a un hombre al que conozco. Podría estar dispuesto a ayudarte.

—¿Cuándo podemos ir?

—Mañana. Su base de operaciones está a poca distancia de Nairobi.

—El mayor Snell me ha dado órdenes de llevar una patrulla al lago Turkana. Tengo que encontrar una ubicación para construir un fuerte allá.

—¡Turkana! —Penrod estalló de risa—. ¿Por qué habríamos de necesitar un fuerte allá?

—Ésa es su idea de la diversión. Cuando le presento los informes que pide, me los devuelve con comentarios burlones garabateados en los márgenes.

—Hablaré con él. Le pediré que te libere por poco tiempo para una tarea especial.

—Gracias, señor. Muchas gracias.





Salieron por los portones del cuartel para seguir por la calle principal de Nairobi. Aunque era temprano en la mañana, el amplio camino sin pavimentar estaba lleno de gente y en plena actividad como si se tratara de una ciudad en pleno auge de la fiebre del oro. Sir Charles, el gobernador de la colonia, alentó a los colonos a abandonar el viejo país ofreciendo concesiones de tierra por miles de hectáreas por un pago simbólico y aquéllos acudieron en tropel. El camino estaba casi bloqueado por sus carretas, que iban hasta el tope con sus escasas posesiones y sus tristes familias, en viaje para hacerse cargo de sus parcelas de tierra en territorios vírgenes. Hindúes, goaneses y comerciantes y tenderos judíos los seguían. Sus tiendas de adobe se alineaban en los costados del camino, con carteles pintados a mano en los frentes ofreciendo de todo, desde champán y dinamita hasta picos, palas y cartuchos para escopetas.

Penrod y León avanzaron con cuidado en medio de las carretas tiradas por bueyes y los grupos de mulas, hasta que Penrod se detuvo delante del Hotel Norfolk para saludar a un hombre pequeño, con un sombrero protector del sol, que iba montado como un duende en la parte de atrás de una calesa tirada por un par de cebras de Burchell.

—Buenos días, milord —lo saludó Penrod.

El hombre pequeño se ajustó los anteojos con marco de acero en el extremo de la nariz.

—Ah, coronel. Me alegra verlo. ¿Adónde va?

—Vamos a visitar a Percy Phillips.

—El querido viejo Percy. —Asintió con la cabeza—. Gran amigo mío. Salí de cacería con él el primer año que estuve fuera del hogar. Pasamos seis meses juntos, caminando hasta el distrito de la Frontera Norte y también por Sudán. Me guió hacia dos elefantes enormes. Hombre encantador. Me enseñó todo lo que sé sobre caza mayor.

—Y eso es mucho. Sus proezas con ese rifle 577uyo son casi tan legendarias como las de él.

—Muy amable de su parte, aunque advierto un toque de hipérbole en ese cumplido suyo. —Volvió sus ojos claros e inquisitivos hacia León—. ¿Y quién es

este joven?

—Permítame presentarle a mi sobrino, el teniente León Courtney. León, éste es lord Delamere.

—Muy honrado de conocerlo, milord.

—Sé quién es usted. —Los ojos de su señoría brillaron divertidos.

Aparentemente el hombre no pretendía tener las mismas altas normas morales que el resto de la sociedad local. León supuso que su próximo comentario sería alguna referencia a Verity O'Hearne, de modo que se apresuró a añadir.

—Me llaman mucho la atención los animales de su carruaje, milord.

—Las atrapé y entrené con mis propias manos. —Delamere le dirigió una última mirada penetrante y luego se volvió. « Puedo comprender por qué Verity estaba tan encantada con él —pensó— y por qué todas las gallinas viejas en el gallinero cacareaban indignadas y celosas. Este apuesto joven es la respuesta a las oraciones de una doncella» .

Tocó el ala de su casco con el látigo de su carruaje.

—Le deseo un muy buen día, coronel. Dele mis saludos a Percy. —Fustigó a la cebra y se fue.

—Lord Delamere fue alguna vez un gran *shikar*, pero ahora se ha convertido en un ardiente conservador de los animales salvajes —explicó Penrod—. Tiene una propiedad de más de cincuenta mil hectáreas en Soysambu, sobre el lado occidental del valle del Rift, a la que está convirtiendo en una reserva de animales salvajes, hipotecando sus propiedades ancestrales en Inglaterra hasta el cuello para hacerlo. Los mejores cazadores son todos así. Cuando se cansan de matar, se convierten en los más fieles protectores de sus antiguas presas.

Salieron del pueblo y siguieron a lo largo de las colinas Ngong hasta que se encontraron con un campamento cada vez más grande en la selva. Tiendas, chozas de ramas y cabañas redondas con techo de paja se extendían bajo los árboles sin ningún orden especial.

—Ésta es la base de operaciones de Percy, el campamento Tandala. —« *Tandala* » en *swahili* era el nombre del más grande de los *kudu*—. Trae a sus clientes desde la costa por ferrocarril, y desde aquí puede partir a pie, a caballo o en carro tirado por bueyes.

Siguieron adelante colina abajo, pero antes de llegar al campamento principal fueron a los cobertizos donde se preparaban y conservaban los trofeos de caza. Allí, las ramas superiores de los árboles estaban llenas de buitres posados en ellas y de las carnívoras cigüeñas marabú. El hedor de las pieles y las cabezas secándose era fétido y fuerte.

Detuvieron los caballos para observar a dos ancianos *ndorobo* que trabajaban en la calavera fresca de un elefante macho con sus hachas de mano, desportillando el hueso para dejar a la vista las raíces de los colmillos. Mientras

observaban, un hombre extrajo un colmillo liberado de su canal óseo. Ambos se tambalearon con él a cuestas, sus piernas flacas dobladas bajo el peso. Se esforzaron sin éxito por levantar la enorme pieza de marfil para colocarla en una lona colgada del gancho de una balanza romana. León abandonó la silla de montar y les quitó ese peso de encima. Sin esfuerzo lo alzó y lo puso en la lona. Bajo el peso del colmillo la aguja recorrió la mitad del disco numerado de la balanza.

—Gracias por su ayuda, jovencito.

León se dio vuelta. Un hombre alto estaba de pie detrás de su hombro. Tenía las facciones de un patricio romano. Su corta y prolija barba era gris plateado y sus brillantes ojos azules eran firmes. No podía haber la menor duda de quién se trataba. León sabía que el nombre *swahili* de Percy Phillips era «*bwana Samazoatí*»: «El hombre con los ojos color del cielo».

—Hola, Percy. —Penrod confirmó su identidad cuando llegó y desmontó.

—Penrod, te ves en forma. —Se dieron la mano.

—Tú también, Percy. Apenas un día más viejo que cuando nos vimos la última vez.

—Debes de estar queriendo un favor. ¿Éste es tu sobrino? —Percy no esperó la respuesta—. ¿Qué piensa de ese colmillo, jovencito?

—Magnífico, señor. Nunca he visto nada igual.

—Sesenta y un kilos. —Percy Phillips leyó el peso en la balanza y sonrió—. La mejor pieza de marfil que he tomado en muchos años. Ya no quedan muchos de éstos por estos lugares. —Movi6 la cabeza con satisfacción—. Demasiado bueno para el miserable italiano que le disparó. ¡Un caradura! Se quejó de que era demasiado poco para las miserables quinientas libras que pagó. No quería pagar al final del safari. Lo cierto es que tuve que hablarle en tono muy severo. —Sopló suavemente los nudillos lastimados de su puño derecho, y luego se volvió a Penrod—. Hice que mi cocinero horneara unas galletitas de jengibre para ti. Recuerdo que te gustaban mucho. —Tomó a Penrod del brazo y, cojeando un poco, lo llevó hacia la gran carpa-comedor en el centro del campamento.

—¿Cómo se lastimó la pierna, señor? —preguntó León, mientras los alcanzaba.

Percy se rio.

—Un enorme y viejo búfalo saltó sobre ella, pero eso fue hace treinta años, cuando todavía era un novato. Me enseñó una lección que nunca he olvidado.

Percy y Penrod se instalaron en las sillas plegables bajo la portezuela de la carpa-comedor para intercambiar noticias de conocidos comunes y ponerse al día con los acontecimientos en la colonia. Mientras tanto, León miraba el campamento con interés. A pesar de su diseño aparentemente azaroso, era obvio que resultaba conveniente y cómodo. El suelo estaba bien barrido. Las cabañas se encontraban todas en buen estado. En el borde del campamento principal, en

la ladera de la colina que lo dominaba, había un pequeño bungalow encalado y con techo de paja, que era obviamente la casa de Percy. Sólo había una excepción al orden del campamento, que atrajo la atención de León.

Estacionado detrás de una de las cabañas, había un automóvil Vauxhall, clásico como el vehículo que él y Bobby poseían. Estaba en terribles condiciones. Le faltaba una de las ruedas delanteras, el parabrisas estaba rajado y opaco por la mugre, el capó estaba levantado y sostenido por un tronco y el motor había sido trasladado a una rudimentaria mesa de trabajo a la sombra de un árbol cercano. Alguien había empezado a desarmarlo, pero aparentemente había perdido el interés y lo había abandonado. Se veían piezas del motor desparramadas o amontonadas en el asiento del conductor. Una cantidad de gallinas había adoptado la carrocería como percha y las manchas de su excremento blanco ocultaban del todo la pintura original.

—Su tío me dice que quiere ser cazador. ¿Es así?

León se volvió hacia Percy Phillips cuando se dio cuenta de que le hablaba a él.

—Sí, señor.

Percy se acarició la barba blanca y lo estudió pensativamente. León no apartó la mirada, lo cual le gustó a Percy. «Educado y respetuoso, pero seguro de sí», pensó.

—¿Le ha disparado alguna vez a un elefante?—No, señor.

—¿A un león?

—No, señor.

—¿A un rinoceronte? ¿A un búfalo? ¿A un leopardo?

—Me temo que no, señor.

—¿Qué ha cazado usted, entonces?

—Sólo unas pocas Tommies y Grant para la olla, señor, pero puedo aprender. Ésa es la razón por la que he venido a usted.

—Por lo menos es honesto. Si nunca ha cazado una pieza peligrosa, ¿qué es lo que puede hacer? Deme una buena razón por la que debo ofrecerle un trabajo.

—Bien, señor, sé montar.

—¿Está usted hablando de caballos o de hembras humanas?

León se ruborizó intensamente. Abrió la boca para responder, pero la cerró otra vez.

—Sí, jovencito, las noticias vuelan. Ahora bien, escúcheme. Muchos de mis clientes traen a sus familias consigo para el safari. A sus esposas e hijas. ¿Cómo sé que usted no tratará de empernarlas a la primera oportunidad?

—Sea lo que fuere que le han dicho de mí, no es verdad, señor —protestó León—. Yo no soy así, en absoluto.

—Pues mantendrá su bragueta cerrada aquí. —Percy lanzó un gruñido—. ¿Aparte de montar, qué más sabe hacer?

—Podría arreglar eso. —León señaló los restos del coche.

De inmediato, Percy mostró interés.

—Tengo uno de la misma marca y modelo —continuó León—. Estaba en una condición similar al suyo cuando lo compré. Lo volví a poner en condiciones y ahora funciona como un reloj suizo.

—¿En serio? ¡Caramba! Los malditos motores son un total misterio para mí. Muy bien, así que usted puede montar y reparar vehículos. Eso es un principio. ¿Qué otra cosa? ¿Sabe disparar?

—Sí, señor.

—León ganó la Copa del Gobernador en la competencia de rifle del regimiento a principios de año —confirmó Penrod—. Sabe disparar, doy fe de eso.

—Los blancos de papel no son animales vivos. No lo muerden a uno ni saltan sobre uno si se yerra —observó Percy—. Si usted quiere ser cazador, va a necesitar un rifle. No estoy hablando del pequeño Enfield que usan en el ejército... una cerbatana no es demasiado útil en una discusión con un búfalo enfadado. ¿Tiene usted un rifle de verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué es?

—Un Holland & Holland Roy al 470 Nitro Express.

Los ojos azules de Percy se abrieron muy grandes.

—Muy bien —reconoció—. Es decir, un rifle de verdad. No hay nada mejor que eso. Pero también necesitará a un rastreador. ¿Puede usted encontrar uno bueno?

—Sí, señor. —Estaba pensando en Manyoro, pero de pronto recordó a Loiket—. En realidad, tengo dos.

Percy observó a un brillante suimanga dorado y verde que revoloteaba sobre las ramas por encima de la tienda. Luego pareció decidirse.

—Tiene suerte. Ocurre que voy a necesitar ayuda. Voy a conducir un gran safari a principios del próximo año. El cliente es una persona sumamente importante.

—Este cliente tuyo, me pregunto, ¿podría ser Theodore Roosevelt, el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica? —preguntó Penrod inocentemente.

Percy se sobresaltó.

—Por todos los cielos, Penrod, ¿cómo demonios descubriste eso? —preguntó—. Se supone que nadie lo sabe.

—El Departamento de Estado de los Estados Unidos le envió un cable al comandante en jefe del ejército británico, lord Kitchener, en Londres. Querían saber algo más de ti antes de que el Presidente te contratara. Yo estuve en el Estado Mayor de Kitchener en Sudáfrica durante la guerra, así que me telegrafió

—admitió Penrod.

Percy se echó a reír.

—Eres una criatura astuta, Ballantyne. Aquí estaba yo creyendo que la visita de Teddy Roosevelt era un secreto de Estado. Así que diste buenas referencias mías. Parece que estoy todavía más en deuda contigo. —Se volvió a León—: He aquí lo que haré con usted. Voy a hacer que demuestre lo que vale. Primero, quiero que arme ese montón de basura y lo haga funcionar. —Movi6 la cabeza hacia el automóvil desarmado—. Quiero que demuestre ser digno de sus alardes. ¿Me comprende?

—Sí, señor.

—Cuando haya hecho eso, tomará su famoso 470 y sus dos rastreadores todavía más famosos, se irá tierra adentro y cazará a un elefante. Jamás podría darle trabajo a un cazador que nunca ha cazado. Cuando haya hecho lo que le digo, quiero que traiga los colmillos para demostrarlo.

—Sí, señor. —León mostró una gran sonrisa.

—¿Tiene usted dinero suficiente para comprar una licencia de caza? Le costará diez libras.

—No, señor.

—Se las prestaré —ofreció Percy—, pero el marfil será mío.

—Señor, présteme el dinero y usted puede elegir un colmillo. Me quedaré con el otro.

Percy chasqueó la lengua. El muchacho sabía defenderse. No era ningún incauto. Estaba empezando a disfrutarlo.

—Es razonable, jovencito.

—Si usted me contrata, ¿cuánto me va a pagar, señor?

—¿Pagarle? Le estoy haciendo un favor a su tío. Usted debería pagarme a mí.

—¿Qué le parece cinco chelines por día? —sugirió León.

—¿Qué tal un chelín? —contestó Percy.

—¿Dos?

—Hace usted un buen negocio. —Percy sacudió la cabeza con tristeza y extendió la mano.

León la sacudió enérgicamente.

—No lo lamentará, señor, se lo prometo.



—Usted ha cambiado mi vida. Nunca podré pagarle por lo que ha hecho por mí hoy. —León estaba eufórico cuando volvían a Nairobi por las colinas Ngong.

—No tienes que preocuparte demasiado por eso. No habrás pensado ni por un minuto que hago esto porque soy un tío que te consiente todo, ¿no?

—Lo juzgué mal, señor.

—Así es como me lo pagarás. Primero, no voy a aceptar tu renuncia al regimiento. En cambio, te transferiré a las reservas, para luego incorporarte al servicio militar de información y que trabajes bajo mis órdenes directas.

La cara de León indicaba su consternación. Hasta hacía un momento se había sentido un hombre libre. Pero de pronto estaba otra vez sometido al abrazo abrumador del ejército.

—¿Señor? —respondió cautelosamente.

—Se acercan tiempos peligrosos. El káiser Guillermo de Alemania ha más que duplicado la fuerza de su ejército permanente en los últimos diez años. No es un estadista ni un diplomático, sino que es un militar, por entrenamiento y por instinto. Ha pasado toda su vida entrenándose para la guerra. Todos sus consejeros son hombres del ejército. Tiene una ambición ilimitada en cuanto a la expansión imperial. Posee inmensas colonias en África, pero no son suficientes para él. Te puedo asegurar que tendremos problemas con ese hombre. Piensa, África Oriental Alemana está directamente en nuestra frontera sur. Dar-es-Salaam es su puerto. Puede hacer que un buque de guerra llegue ahí muy rápidamente. Ya tiene un regimiento entero de *askari* conducido por oficiales regulares alemanes, establecido en Arusha. Von Lettow Vorbeck, el oficial al mando, es un viejo soldado fuerte y astuto. En diez días de marcha podría estar en Nairobi. Le he señalado esto a la Secretaría de Guerra en Londres, pero tienen su atención puesta en otro lugar y no desean gastar dinero para reforzar un remoto lugar sin importancia del imperio.

—Esto me toma totalmente de sorpresa, señor. Nunca he considerado la situación de ese modo. Los alemanes allí han sido siempre muy amistosos con nosotros. Tienen mucho en común con nuestros propios colonos en Nairobi. Comparten los mismos problemas.

—Sí, hay algunos buenos tipos entre ellos... y siento simpatía por Von Lettow Vorbeck. Pero sus órdenes vienen de Berlín y del Káiser.

—El Káiser es nieto de la reina Victoria. Nuestro rey actual es su tío. El Káiser es almirante honorario en la Real Marina inglesa. No puedo creer que llegemos a estar en guerra con él —protestó León.

—Confía en el instinto de un viejo caballo de batalla. —Penrod mostró una sonrisa de quien sabe más de lo que dice—. De todos modos, ocurra lo que ocurriera, no me tomará desprevenido. Voy a mantener el ojo atento sobre nuestros encantadores vecinos del Sur.

—¿Y yo cómo entro en ese plan?

—En este momento nuestras fronteras con África Oriental Alemana están totalmente abiertas. No hay ninguna restricción en los movimientos, en ninguna dirección. Los masai y las otras tribus hacen pastar a sus manadas en el Norte y en el Sur sin la menor preocupación por los límites trazados por nuestros topógrafos. Quiero que organices una red de informantes, hombres de la tribu que se muevan con regularidad dentro y fuera de África Oriental Alemana. Tendrás funciones clandestinas. Ni siquiera Percy Phillips debe saber en qué estás involucrado. Tu actividad visible será convincente. Como cazador, tendrás la excusa perfecta para moverte libremente por la región en ambos lados de la frontera. Me informarás directamente a mí. Quiero que te conviertas en mis ojos en toda la frontera.

—Si hacen preguntas, puedo hacer que todos sepan que los informantes son mis exploradores de caza mayor, que los uso para que me mantengan informado acerca de los movimientos de las manadas de animales, en especial las de elefantes machos, para que yo conozca su ubicación exacta en cualquier momento y pueda así llevar a nuestros clientes directamente —sugirió León. En ese momento pareció que el juego podría ser excitante y muy divertido.

Penrod indicó con un gesto de la cabeza que estaba de acuerdo.

—Eso dejará tranquilo a Percy y a cualquiera que pregunte. Pero no menciones mi participación en esto o se enterará todo el mundo la siguiente vez que él vaya a beber al club. No se puede decir que Percy sea un dechado de discreción.





Unas pocas semanas después, León pasaba casi todas sus horas de vigilia tendido debajo del automóvil del Percy, con los brazos cubiertos hasta los codos con grasa negra. Había subestimado en gran medida la enormidad de la tarea y los grandes daños ocasionados por Percy con sus esfuerzos anteriores para repararlo. Había pocas piezas de repuesto disponibles en Nairobi, y León se vio obligado a considerar la posibilidad de reutilizar algunas del vehículo que él y Bobby poseían. Bobby se resistió firmemente a la idea, pero al final aceptó vender su parte del vehículo a León por la suma de quince guineas, pagaderas en cuotas de una guinea por mes. León retiró de inmediato una rueda delantera, el carburador y otras piezas, y llevó todo al campamento de Tandala.

Había estado trabajando en el motor durante diez días cuando despertó una mañana y encontró al sargento Manyoro en cuclillas delante de su tienda. No llevaba su uniforme caqui y el fez, sino que vestía una *shuka* ocre rojiza y llevaba una lanza de león.

—He venido —anunció.

—Ya lo veo. —León tuvo dificultad en disimular su alegría—. ¿Pero por qué no estás en el cuartel? Te fusilarán por desertión.

—Tengo el papel. —Manyoro sacó un sobre arrugado de su *shuka*. León lo abrió y leyó el documento rápidamente. Manyoro había sido dado de baja de los RAR honorablemente por razones médicas. Aunque la herida de la pierna se había curado, le había quedado una renguera que lo hacía inepto para funciones militares.

—¿Por qué has venido a verme a mí? —preguntó León—. ¿Por qué no regresaste a tu *manyatta*?

—Soy hombre suyo —respondió simplemente.

—No puedo pagarte.

—No le pedí que lo hiciera —contestó Manyoro—. ¿Qué quiere usted que haga?

—Primero, vamos a arreglar este *enchini*. —Por un momento contemplaron el lamentable espectáculo. Manyoro había ayudado con la restauración del

primer vehículo, así que sabía muy bien qué le deparaba el futuro—. Luego vamos a matar a un elefante —añadió León.

—Matar será más fácil que arreglar —fue la opinión de Manyoro.

Casi tres semanas después, León estaba sentado detrás del volante mientras, con un aire de resignación, Manyoro tomaba su puesto delante del automóvil, erguido y alerta. Había perdido toda fe en el posible éxito de las maniobras que había realizado repetidamente durante los pasados tres días. El primer día, Percy Phillips y todo el personal del campamento, incluyendo el cocinero y los viejos desolladores, constituyeron una audiencia atenta. Pero poco a poco fueron perdiendo el interés y se fueron yendo uno por uno, hasta que sólo quedaron los desolladores, sentados en cuclillas sobre sus talones, siguiendo cada movimiento con embelesada atención.

—¡Retarda la chispa! —León comenzó los conjuros a los dioses del motor de combustión interna.

Los dos viejos desolladores repitieron en coro:

—*Letaad la chips*. —Perfecto hasta la última palabra.

León movió la palanca de control de encendido, a la derecha del volante, a la posición vertical.

—Acelerador de mano.

Esto siempre llevaba a un extremo la capacidad de pronunciación de los desolladores.

—*Acereladó deman*. —Era lo más cerca que podían llegar.

—¡Freno de mano listo! —León lo tiró.

—¡Combustible de alto octanaje! —Giró la perilla del control hasta que el indicador señaló directamente adelante.

—Cebador. —Bajó de un salto, corrió a la parte de adelante del vehículo y tiró del anillo del cebador; luego regresó a su asiento.

—Manyoro, ¡prepara el carburador! —Manyoro se agachó y giró la manivela dos veces—. ¡Eso es suficiente! —advirtió León—. ¡Cebador fuera! —Salió de un salto otra vez, corrió adelante, empujó el anillo del cebador y luego volvió corriendo a su asiento.

—¡Dos vueltas más! —Manyoro se agachó otra vez y dio vuelta la manivela.

—¡Carburador listo! ¡Arranque! —León hizo girar el selector en el tablero de mandos a «batería» y miró al cielo—. Manyoro, ¡gira otra vez! —Manyoro se escupió la palma de la mano derecha, agarró la manivela y la hizo girar.

Hubo una explosión como de un disparo de cañón y una bocanada de humo azul salió volando del caño de escape. La manivela dio una violenta patada hacia atrás y derribó a Manyoro. Los dos desolladores se sorprendieron. No habían esperado algo tan espectacular como eso. Aullaron de terror y se escabulleron entre los arbustos fuera del campamento. Se escuchó el grito de una maldición que venía del bungalow con techo de paja de Percy en la primera ladera de la

colina, en el perímetro del campamento, y el hombre salió a los tropezones sólo con los pantalones del pijama, la barba revuelta y los ojos desenfocados por el sueño. Miró momentáneamente confundido a León, que sonreía radiante por el triunfo, detrás del volante. El motor rugió, tembló y dejó oír explosiones por el escape; luego se tranquilizó alcanzando un latido fuerte y ruidoso.

Percy se rio.

—Espere a que me ponga los pantalones y luego puede llevarme al club. Le compraré tanta cerveza como pueda beber. Luego puede salir y buscar a ese elefante. No lo quiero de vuelta en este campamento hasta que lo consiga.



León se detuvo debajo del conocido macizo Lonsonyo. Echó hacia atrás el sombrero de ala flexible y pasó el pesado rifle de un hombro al otro. Miró la cima de la montaña. Se necesitaron sus agudos ojos jóvenes para descubrir la solitaria figura recortada contra el cielo.

—Nos está esperando —exclamó con sorpresa—. ¿Cómo supo que vendríamos?

—Lusima Mama lo sabe todo —le recordó Manyoro, y comenzó a subir por el empinado sendero hacia la cumbre. Él llevaba las cantimploras, la mochila de lona, el rifle ligero Lee-Enfield 303 de León y cuatro bandoleras con municiones. Lo seguía León e Ishmael cerraba la columna, con las faldas del largo *kanza* blanco aleteando por entre sus piernas. Un enorme bulto se balanceaba sobre su cabeza. Antes de dejar el campamento Tandala, León lo había pesado. Llegaba a treinta y un kilos y contenía los elementos de cocina de Ishmael, todo lo necesario, desde ollas y sartenes hasta sal, pimienta y su propia mezcla secreta de especias. Con León proporcionando diariamente la carne tierna de las chuletas y los filetes de las jóvenes Tommy macho y las habilidades culinarias de Ishmael, habían comido como príncipes desde que dejaron la línea del ferrocarril en el desvío de Naro Moru.

Cuando llegaron a la cumbre, Lusima lo estaba esperando a la sombra de un gigantesco árbol de siringa florecido. Se puso de pie, alta y escultural como una reina, y les dio la bienvenida.

—Los veo a ustedes, mis hijos, y mis ojos se alegran.

—Mama, venimos a buscar tu bendición para nuestras armas y tu guía para nuestra caza —le dijo Manyoro cuando se arrodilló ante ella.

A la mañana siguiente, el pueblo entero se reunió en círculo alrededor de la higuera silvestre, el árbol de la asamblea, en el corral del ganado, para presenciar la bendición de las armas. León y Manyoro estaban en cuclillas con ellos. Ishmael se había negado a participar de ese ritual pagano, y hacía ruido con sus ollas ostentosamente en el fuego detrás de la cabaña más cercana. Los dos rifles de León estaban colocados juntos sobre una piel de león color bronce. Junto a ellos había vasijas de calabaza llenas con sangre y leche de vaca frescas, y recipientes de arcilla cocida con sal, rapé y brillantes cuentas de vidrio. Finalmente Lusima salió por la puerta baja de su cabaña. Los allí congregados aplaudieron y empezaron a cantarle alabanzas.

—Es la gran vaca negra que nos alimenta con la leche de sus ubres. Es la que ve todas las cosas. Es la sabia que lo sabe todo. Es la madre de la tribu.

Lusima estaba vestida con todas sus galas ceremoniales. Sobre la frente llevaba un colgante de marfil tallado con figuras místicas de animales. Su *shuka* estaba bordada con una cortina refulgente de cuentas y conchas de cauri. Pesadas vueltas de collares de cuentas colgaban sobre su pecho. Tenía la piel aceitada y lustrada con un color ocre rojizo, que brillaba a la luz del sol, y llevaba un hisopo hecho con la cola de una jirafa. Sus pasos eran majestuosos mientras caminaba en círculo alrededor de las armas expuestas y las ofrendas de sacrificio.

—Que la presa no escape del guerrero que empuñe estas armas —recitó mientras rociaba una pizca de rapé sobre ellas—. Que la sangre fluya abundante de las heridas que causen. —Bajó el hisopo hacia las vasijas y salpicó sangre y leche sobre los rifles. Luego fue hacia León y sacudió la mezcla sobre su cabeza y sus hombros—. Que tenga la fuerza y la determinación para seguir a la presa. Que sus ojos de cazador brillen para ver a la presa desde muy lejos. Que ninguna criatura se resista a su poder. Que el elefante más fuerte caiga ante la voz de su *bunduki*, su rifle.

Los allí presentes aplaudían siguiendo el ritmo y respondían a sus exhortaciones:

—Que sea el rey entre los cazadores. Concédele el poder del cazador.

Ella comenzó a bailar en un estrecho círculo, haciendo piruetas cada vez más rápidas, hasta que el sudor y un hilo de ocre rojo chorrearon por entre sus pechos descubiertos. Cuando se echó boca abajo sobre la piel de león delante de León, sus ojos se volvieron hacia atrás y una espuma blanca salió de los costados de su boca. Su cuerpo entero empezó a temblar y estremecerse mientras sus piernas pateaban cada tanto. Hizo rechinar los dientes y su dolorosa respiración produjo un ruido áspero en la garganta.

—El espíritu ha entrado en su cuerpo —susurró Manyoro—. Está lista para hablar con su voz. Hazle la pregunta.

—Lusima, favorita del Gran Espíritu, tus hijos buscan a un jefe entre los elefantes. ¿Dónde lo encontraremos? Muéstranos el camino al gran macho.

La cabeza de Lusima se movió de un lado a otro y su respiración se tornó más dificultosa hasta que por fin habló a través de los dientes apretados, con una voz artificial, áspera:

—Sigue el viento y escucha la voz del dulce cantante. Él marcará el camino. —Lanzó un grito entrecortado y profundo, y se sentó. Sus ojos se aclararon y volvieron a enforcarse. Miró a León como si lo estuviera viendo por primera vez.

—¿Eso es todo? —preguntó él.

—No hay nada más —contestó ella.

—No comprendo —insistió León—. ¿Quién es el dulce cantante?

—Ése es todo el mensaje que tengo para ti —informó ella—. Si los dioses favorecen tu cacería, entonces, en su momento, el significado será claro para ti.



Desde que León llegó a la montaña, Loikot lo había seguido a una distancia prudente. En ese momento, sentado junto a la fogata con una docena de ancianos del lugar, Loikot se mantenía en la sombra, detrás de él, escuchando atentamente la conversación; su cabeza se movía pasando de una cara a la otra a medida que los hombres iban hablando.

—Deseo conocer los movimientos de hombres y animales en todo el territorio masai y a lo largo de todo el valle del Rift, incluso en las tierras más allá de las grandes montañas del Kilimanjaro y de Meru. Quiero que esta información sea recogida y me sea enviada lo más rápidamente que se pueda.

Los ancianos del pueblo escucharon su pedido y luego lo discutieron animadamente entre ellos, cada uno dando a conocer su opinión diferente. El conocimiento que León tenía de la lengua *maa* no era todavía lo bastante amplio para seguir el rápido intercambio de argumentos a favor y en contra. En un susurro Manyoro le iba traduciendo.

—Hay muchos hombres en las tierras de los masai. ¿Usted quiere saber todo

acerca de cada uno de ellos? —preguntaron los ancianos.

—No quiero que me informen acerca de su gente, los masai. Sólo quiero estar al tanto de los movimientos de los desconocidos, de los hombres blancos y en especial los *Bula Matari*. —Éstos eran los alemanes. El nombre quería decir « los que rompen rocas» pues los primeros colonos alemanes eran geólogos que arrancaban trozos de las formaciones minerales de la superficie con sus martillos —. Quiero estar al tanto de los movimientos de los *Bula Matari* y de sus soldados *askari*. Quiero saber dónde levantan paredes o cavan zanjas en las que ponen sus *bunduki mkuba*, sus grandes cañones.

La discusión continuó hasta bien entrada la noche sin que se llegara a resolver demasiado. Finalmente, el autoproclamado portavoz del grupo, un anciano sin dientes, cerró la reunión con palabras fatídicas.

—Pensaremos sobre todas estas cosas. —Se pusieron de pie y se dirigió cada uno a su choza.

Cuando desaparecieron, una voz vino desde la oscuridad detrás de León.

—Hablarán y luego hablarán todavía más. Todo lo que escuchará de ellos es el sonido de sus voces. Sería mejor escuchar el viento en las copas de los árboles.

—Eso es una gran falta de respeto a tus mayores, Loikot —lo regañó Manyoro.

—Soy un *morani* y escojo cuidadosamente a aquellos a quien brindo mi respeto.

León entendió eso y se rio.

—Sal de la oscuridad, mi gran guerrero amigo, y muéstranos tu cara de valiente. —Loikot se acercó hasta ser iluminado por la luz del fuego y se sentó entre León y Manyoro.

—Loikot, cuando viajamos juntos hasta la línea del ferrocarril me mostraste las huellas de un elefante de gran tamaño.

—Lo recuerdo —contestó Loikot.

—¿Has vuelto a ver a ese elefante desde entonces?

—Cuando la luna estaba llena, lo vi mientras mordisqueaba los árboles cerca del lugar donde yo estaba acampando con mis hermanos.

—¿Dónde era ese lugar?

—Estábamos reuniendo el ganado cerca de la montaña humeante de los dioses; tres días enteros de viaje desde aquí.

—Ha llovido mucho desde entonces —informó Manyoro—. Las huellas habrán sido borradas. Además, han pasado muchos días desde que la luna estaba llena. En este momento, ese macho podría estar ya muy lejos al Sur, en el lago Manyara.

—¿Dónde deberíamos empezar la búsqueda si no desde donde Loikot lo vio por última vez? —se preguntó León.

—Debemos hacer lo que aconseja Lusima. Debemos seguir el viento —dijo

Manyoro.

A la mañana siguiente, mientras caminaban montaña abajo, la brisa llegaba del Oeste. Soplabla suave sobre la pared del valle del Rift y a través de la sabana masai. Nubes muy altas navegaban por encima de ellos como una flotilla de grandes galeones con blancas y deslumbrantes velas. Cuando el grupo llegó al fondo del valle, doblaron y avanzaron con el viento, y se movieron con rapidez por el bosque abierto trotando de manera rítmica y constante. Manyoro y Loikot iban adelante, escogiendo entre los miles de senderos de animales que cubrían la tierra, deteniéndose para señalarle a León aquellos que merecían atención especial, para luego seguir adelante otra vez. Poco a poco Ishmael se fue rezagando bajo su enorme carga hasta quedar muy atrás.

El viento llevó su olor hacia adelante y los animales de las manadas que pastaban levantaron sus cabezas cuando sintieron la presencia del hombre, para mirarlos. Luego se apartaron para dejarles paso, manteniéndose a una distancia segura.

Tres veces durante la mañana encontraron huellas de elefantes. Las heridas que las bestias habían dejado en los árboles donde habían quebrado grandes ramas eran aberturas blancas y llorosas. Nubes de mariposas flotaban sobre grandes montones de bosta fresca. Los dos rastreadores no perdieron tiempo en esta señal.

—Dos machos muy jóvenes —explicó Manyoro—. No interesan.

Continuaron hasta que Loikot descubrió otra señal.

—Una hembra muy vieja —sugirió—. Tan vieja que las bases de sus patas están casi lisas.

Una hora después Manyoro señaló una huella fresca.

—Aquí pasaron cinco hembras que están criando. Tres tienen a sus crías no destetadas pisándoles los talones.

Justo antes de que el sol llegara a su meridiano, Loikot, que iba adelante, se detuvo de pronto y señaló hacia una forma gris y voluminosa en un agradable espacio con acacias espinosas. Algo se movió y León reconoció el perezoso aleteo de las inmensas orejas. Su latido se aceleró cuando doblaron hacia un costado para dar un rodeo y moverse contra el viento antes de acercarse más. Se daban cuenta, por su tamaño, de que se trataba de un macho muy grande. Estaba comiendo un arbusto con la cola hacia ellos, de modo que no podían verle los colmillos. El viento continuó en la misma dirección y se acercaron por detrás sin hacer ruido, rodeándolo hasta que León pudo contar los pelos duros de su gastada cola y ver las colonias de garrapatas rojas que colgaban como racimos de uvas maduras alrededor de su ano fruncido. Manyoro le hizo señas a León para que estuviera listo. Descolgó el enorme rifle doble de su hombro y lo sostuvo con el pulgar en la palanca del seguro mientras esperaban que el macho se moviera y les permitiera ver sus colmillos.

Aquello era lo más cerca que León había estado de un elefante y estaba abrumado por su impresionante tamaño. Parecía tapar la mitad del cielo y se sintió como si estuviera debajo de un despeñadero de roca gris. De pronto el macho dio media vuelta y extendió por completo sus orejas. Miró directamente a León desde una distancia de una docena de pasos. Densas pestañas bordeaban sus pequeños ojos húmedos y las lágrimas habían dejado regueros oscuros sobre sus mejillas. Estaba tan cerca que León podía ver la luz reflejada en sus pupilas como si fueran dos grandes cuentas de ámbar pulido. Lentamente levantó el rifle hasta su hombro, pero Manyoro le apretó el hombro, instándolo a no disparar.

Uno de los colmillos del macho estaba cortado a la altura del labio, mientras que el otro estaba desportillado y desgastado hasta no ser más que un trozo sin punta. León se dio cuenta de que Percy Phillips lo cubriría de burlas si volvía con ellos al campamento Tandala. Pero el macho parecía dispuesto a atacar y podría verse obligado a dispararle. Noche tras noche en las últimas semanas, Percy se había sentado con él a la luz de la lámpara y le había dado lecciones sobre las destrezas requeridas para matar a uno de estos animales gigantescos con una sola bala. Juntos, habían revisado detenidamente su autobiografía, que había titulado *Nubes del monzón sobre África*. Le había dedicado un capítulo entero a la colocación del disparo, y lo había ilustrado con sus propios dibujos tomados del natural de animales africanos de caza.

—El elefante es un animal particularmente difícil de enfrentar. Hay que recordar que el cerebro es un blanco diminuto. Uno tiene que saber exactamente dónde está desde todo ángulo posible. Si se vuelve o levanta la cabeza, el sitio para apuntar cambia. Si está frente a uno y gira a un costado o se aparta, la imagen cambia otra vez. Uno debe mirar más allá de la cortina gris que es su cuero para ver los órganos vitales escondidos muy adentro de su enorme cabeza y de su enorme cuerpo.

En este momento León se dio cuenta, sobresaltado, de que lo que estaba delante de él no era una ilustración en un libro. Era una criatura que podía aplastarlo y convertirlo en papilla o romperle todos los huesos del cuerpo con un solo golpe de la trompa, y apenas necesitaba dos pasos largos para llegar a él. Si el macho se lanzaba contra él, se vería forzado a tratar de matarlo. La voz de Percy resonó en su cabeza: « Si se dirige de frente a ti, toma la línea entre sus ojos y síguela hasta que llegues a la primera arruga de su trompa. Si levanta la cabeza o si está muy cerca, debes ir todavía más abajo. El error que hace que el principiante resulte muerto es que dispara demasiado alto y la bala pasa por encima de la parte superior del cerebro» .

León fijó su mirada en la base de la trompa. Los pliegues laterales en la gruesa piel gris entre los ojos de color ámbar estaban profundamente marcados. Pero no podía visualizar lo que había más allá. ¿Estaba el macho demasiado cerca? ¿Debía disparar al segundo o al tercer pliegue en vez de hacerlo al



primero? Estaba indeciso.

De pronto, el macho sacudió la cabeza con tal violencia que sus orejas golpearon estruendosamente sobre los hombros y levantaron una nube de polvo del barro seco que cubría su cuerpo. León se puso el rifle en el hombro, pero la bestia salió corriendo y desapareció en una pesada carrera por entre las acacias espinosas.

León sentía las piernas débiles y las manos que sujetaban el rifle le temblaban. La comprensión de su propia inexperiencia había caído bruscamente sobre él. En ese momento se dio cuenta de por qué Percy lo había enviado a la sabana para ser iniciado. Aquélla no era una destreza que podía aprenderse en un libro ni tampoco con unas horas de instrucción. Se trataba de probar con el arma, y el error conducía a la muerte. Manyoro regresó a él y le ofreció una cantimplora con agua. Sólo entonces se dio cuenta de que tenía secas la boca y la garganta, y sentía la lengua hinchada por la sed. Bebió tres largos tragos antes de percibir que los dos masai estaban observándole el rostro. Bajó la cantimplora y sonrió de modo poco convincente.

—Hasta el más valiente de los hombres se asusta la primera vez —dijo Manyoro—. Pero usted no corrió.



Se detuvieron en el mediodía ardiente y encontraron sombra debajo de las amplias ramas de la acacia espina de jirafa mientras esperaban que Ishmael los alcanzara y preparara la comida del mediodía. Todavía estaba a unos setecientos metros de distancia por la llanura y su figura vibraba en el espejismo del calor. Loikot se puso en cuclillas delante de León y frunció el ceño, lo que indicaba que tenía algo importante para decir y que se trataba de una conversación de hombre a hombre.

—*M'bogo*, lo que voy a decirle es realmente la verdad —empezó.

—Te estoy escuchando, Loikot. Habla y te escucharé —le aseguró León, y supuso que una expresión de seriedad le daría aliento.

—No vale la pena hablar con esos ancianos como usted hizo hace dos noches. Sus mentes se han convertido en pasta de mandioca de tanto beber cerveza. Han

olvidado cómo rastrear una bestia. Lo único que escuchan es el parloteo de sus esposas. No ven nada más allá de las paredes de su *manyatta*. Lo único que hacen es contar su ganado y llenarse la barriga.

—Así es como viven los ancianos. —León era plenamente consciente de que, a los ojos de Loikot, él mismo estaba quizás al borde de la chochera.

—Si usted quiere saber qué está ocurriendo en el mundo, debe preguntarnos a nosotros.

—Dime, Loikot, ¿a quién te refieres con « nosotros » ?

—Nosotros somos los guardianes del ganado, los *chungaji*. Mientras los ancianos se sientan al sol a beber cerveza y hablar de hechos heroicos de otros tiempos, nosotros, los *chungaji*, recorremos todo el territorio con el ganado. Lo vemos todo. Lo escuchamos todo.

—Pero dime, Loikot, ¿cómo sabes tú lo que los otros *chungaji* ven y escuchan si están a varios días de distancia uno de otro?

—Son mis hermanos de cuchillo. Muchos de nosotros somos del mismo año de circuncisión. Compartimos las ceremonias de iniciación.

—¿Es posible que puedas enterarte de lo que vieron ayer los *chungaji* con su ganado en las llanuras más allá del Kilimanjaro? Están a diez días de marcha.

—Es posible —confirmó Loikot—. Nos hablamos.

León lo puso en duda.

—Después de la puesta del sol esta noche, hablaré con mis hermanos y usted nos escuchará —aseguró Loikot, pero antes de que León pudiera preguntarle algo más, escucharon gritos aterrorizados que venían de la llanura. León y Manyoro tomaron sus rifles y se pusieron de pie de un salto. Miraron hacia la figura distante de Ishmael. Venía en plena carrera hacia ellos, sujetando con ambas manos el bulto sobre su cabeza. No lejos detrás de él corría un enorme avestruz macho. Con sus largas patas rosadas se le acercaba rápidamente. Aun desde esa distancia, León podía ver que exhibía totalmente su plumaje de apareo. Su cuerpo era de un color negro profundo como el ónix y las nubes de plumas de la cola y los extremos de las alas eran de un blanco brillante. En ese momento todas las plumas se inflaban por la furia. Las patas y el pico eran de color escarlata por la locura sexual. Estaba decidido a matar para proteger su territorio de reproducción del invasor vestido de blanco.

León llevó consigo a dos masai para el rescate. Gritaban y agitaban desenfrenadamente los brazos para distraer al ave, pero ésta hizo caso omiso de ellos y continuó implacable su carrera detrás de Ishmael. Cuando se acercó lo suficiente, estiró su largo cuello y picó el bulto con las cosas de cocina con tanta fuerza que hizo caer al hombre. Cayó en medio de una nube de polvo. El bulto se abrió y las ollas y vajilla salieron rodando y haciendo ruido alrededor de él. El avestruz saltó sobre Ismael, pateando y clavándole las uñas con ambas patas. Bajó la cabeza para picarle los brazos y las piernas. Ishmael chilló cuando la

sangre brotó de las heridas infligidas.

Ágil como una liebre, Loikot dejó atrás a los dos hombres más viejos, gritando insultos desafiantes al avestruz a medida que se acercaba. El ave se apartó de un salto de la figura postrada de Ishmael y avanzó en actitud intimidante hacia Loikot. Sus alas infladas estaban extendidas y empezó su danza de advertencia, dando grandes saltos, levantando y bajando la cabeza de modo amenazador, graznando un furioso desafío.

Loikot se detuvo y extendió el faldón de su capa como si fueran alas. Luego comenzó una imitación perfecta de la danza del avestruz, con los mismos grandes saltos y el movimiento ritual de la cabeza. Estaba tratando de provocarlo para que atacara. El ave y el muchacho giraban uno en torno al otro.

El avestruz estaba siendo enfrentado en su propio territorio de apareamiento y al final su sensación de ultraje y afrenta fue más fuerte incluso que su instinto de supervivencia. Se lanzó al ataque con la cabeza; el largo cuello estirado al máximo. Atacó a Loikot en la cara, pero el muchacho supo exactamente cómo evadirlo, y León se dio cuenta de que debía haber hecho esto muchas veces antes. Con gran coraje Loikot saltó para enfrentar a la enorme ave y entrelazó ambas manos alrededor de su cuello, justo detrás de la cabeza. Entonces, levantó ambos pies del suelo y cargó todo su peso en el cuello del animal, arrastrando su cabeza hasta el suelo. El avestruz quedó desequilibrado e impotente. No podía levantar la cabeza. Dio vueltas sobre sí en círculo intentando permanecer sobre sus patas. León se acercó corriendo y levantó su rifle. Rodeó el tumulto para tener mejor ángulo de tiro.

—¡No! ¡*Effendi*, no! No dispare —gritó Ishmael— deje a este hijo del gran *shaitan* para mí. —Gateando sobre manos y rodillas, el hombre buscó algo entre los desparramados utensilios de cocina. Finalmente se puso de pie con un cuchillo de trinchar brillando en la mano derecha y corrió hacia el animal, que seguía luchando, con su arma lista para atacar.

—¡Tuércele la cabeza hacia atrás! —le gritó a Loikot. En ese momento la garganta del ave quedó expuesta y, con la destreza de un maestro carnicero, Ishmael deslizó la afiladísima hoja de un lado al otro del cuello, cortando las vértebras del avestruz con un solo golpe.

—¡Suéltalo! —ordenó Ishmael, y Loikot soltó el ave. Ambos saltaron bien lejos de sus patas, que seguían moviéndose con sus afiladas garras. El avestruz seguía dando saltos, pero un largo hilo de sangre se elevaba muy alto en el aire debido a las arterias abiertas en su garganta. Perdió la dirección y se tambaleó en un círculo; sus largas patas rosadas y escamosas se estaban quedando sin energía y su cuello estaba caído como el tallo de una flor marchita. Se desplomó y, tendido en el suelo, siguió luchando débilmente por levantarse, pero chorros periódicos de brillante sangre arterial continuaban cayendo sobre la tierra, reseca por el sol.

—¡Alá es grande! —se regocijó Ishmael, y se lanzó sobre el cuerpo todavía con vida del animal—. ¡No hay ningún otro Dios más que Dios! —Abrió prolijamente el vientre del ave y le cortó el hígado—. Esta criatura ha sido matada por mi cuchillo y he consagrado su muerte en nombre de Dios. Le he sacado la sangre. Declaro que esta carne es *halal*. —Sostuvo el hígado en lo alto—. He aquí la mejor carne de toda la creación. El hígado del avestruz sacado del ave con vida.

Comieron *kebab* de hígado de avestruz y grasa de panza asada a la parrilla sobre brasas de acacia espinosa. Luego, con la barriga llena, durmieron durante una hora en la sombra. Cuando despertaron, la brisa, que había desaparecido al mediodía, se levantó otra vez y sopló sin parar por la extensa sabana. Se echaron al hombro rifles y bultos, y siguieron la dirección del viento hasta que el sol no fue más que una mano abierta sobre el horizonte.

—Debemos ir a la cima de esa colina —le dijo Loikot a León, señalando una altura de roca volcánica que se alzaba directamente en su camino y se destacaba en el brillo color sangre del sol poniente. El muchacho trepó hasta la cumbre y observó el valle. Con el tono azul que da la distancia, tres enormes salientes de roca se elevaban hacia el cielo del sur—. Loolmassin, la montaña de los dioses. —Loikot apuntó hacia el pico más occidental cuando León terminó de subir para quedar junto a él. Luego se volvió hacia el Este y los dos picos más grandes—. Meru y Kilimanjaro, el hogar de las nubes. Esas montañas están en territorios que los *Bula Matan* llaman suyos, pero que han pertenecido a mi pueblo desde el principio de los tiempos. —Los picos estaban a más de cincuenta kilómetros sobre el lado más lejano de la frontera, bien dentro del África Oriental Alemana.

Sobrecogido y en silencio, León observó la luz del sol que destellaba sobre las extensiones de nieve en la redondeada cumbre del Kilimanjaro; luego se dio vuelta hacia la larga columna de humo que se movía con el viento desde el cráter volcánico del Loolmassin. Se preguntó si habría un espectáculo más magnífico en todo lo mundo.

—Ahora hablaré con mis hermanos *chungaji*. ¡Escúcheme! —anunció Loikot. Llenó sus pulmones, puso las manos ahuecadas alrededor de su boca y lanzó un aullido agudo y prolongado que sobresaltó a León. El volumen y el tono eran tan penetrantes que, instintivamente, se tapó las orejas. Loikot llamó tres veces; luego se sentó al lado de León y se envolvió los hombros con su *shuka*—. Hay una *manyatta* más allá del río. —Señaló la línea más oscura de árboles que seguían el lecho de un río.

León calculó que estaba a varios kilómetros.

—¿Te escucharán a esta distancia?

—Ya lo verá —respondió Loikot—. El viento se ha detenido y el aire está quieto y fresco. Cuando llamo con mi voz especial, ésta llega hasta allí y más lejos todavía.

Esperaron. Debajo de ellos, una pequeña manada de kudús se movió por entre las acacias espinosas. Tres graciosas hembras grises guiaban al macho, con la papada barbuda y los largos cuernos en tirabuzón. Sus formas eran etéreas como las nubes de humo cuando se esfumaron en silencio entre la maleza.

—¿Todavía crees que te escucharon?—preguntó León.

El muchacho no se dignó a responder de inmediato, sino que masticó por un rato más la raíz del arbusto *tinga* que los masai usaban para blanquear sus dientes. Luego escupió una bola de fibras húmedas y le dirigió a León una brillante sonrisa.

—Me han escuchado —dijo—, pero están trepando a un lugar alto para responder. —Quedaron en silencio otra vez.

Al pie de la pequeña colina, Ishmael había encendido un fuego no muy grande y estaba preparando el té en una pequeña tetera ennegrecida por el humo. León lo miró con avidez.

—¡Escuche! —dijo Loikot, y echó hacia atrás su capa mientras se ponía de pie de un salto.

Entonces León escuchó algo que venía desde la dirección del río. Sonaba como un lejano eco de la llamada original de Loikot. Éste inclinó la cabeza para seguirlo, luego ahuecó sus manos y envió un agudo y largo grito que resonó a través de la llanura. Escuchó otra vez la respuesta y el intercambio continuó hasta que ya estuvo casi oscuro.

—Ya terminó. Hemos hablado —informó finalmente, y emprendió la marcha colina abajo hacia donde Ishmael había preparado el campamento para pasar la noche. Le dio un jarro grande enlozado de té a León cuando se sentó junto al fuego. Mientras comían su cena de filetes de avestruz y pasteles secos de maíz amarillo, Loikot le transmitió a León los chismes que había obtenido en su larga conversación con el *chungaji* más allá del río—. Hace dos noches un león mató a uno de sus animales, un hermoso toro negro con buenos cuernos. Esta mañana el *morani* siguió al león con sus lanzas y lo rodeó. Cuando éste atacó, escogió a Singidí como su víctima y se dirigió a él. Lo mató con un solo lanzazo, lo que le valió un gran honor. Ahora ya puede poner su lanza ante la puerta de cualquier mujer en las tierras de los masai. —Loikot pensó en esto por un momento—. Algún día yo haré lo mismo, y luego las muchachas no se reirán de mí ni me dirán que soy un bebé —dijo melancólicamente.

—Benditos sean tus pequeños sueños lujuriosos —dijo León en inglés y luego volvió a hablar en *maa*—. ¿De qué más te enteraste? —Loikot comenzó un discurso que duró varios minutos, un catálogo de partos, matrimonios, animales perdidos y otros temas semejantes—. ¿Preguntaste si había hombres blancos viajando en este momento por las tierras de los masai? ¿Algunos soldados *Bula Matari* con *askari*?

—El comisionado alemán de Arusha está en viaje con seis *askari*. Van por el valle hacia Monduli. No hay más soldados en el valle.

—¿Algún otro hombre blanco?

—Dos cazadores alemanes con sus mujeres y carros están acampados en las colinas Meto. Han matado a muchos búfalos y han secado su carne.

Las colinas Meto se hallaban al menos a cuarenta kilómetros de distancia y León estaba asombrado ante la cantidad de información que había recogido el muchacho sobre una extensión tan vasta. Había leído cuentos acerca de la capacidad de información de los masai, pero no les había prestado demasiada atención. Esta red debía cubrir el territorio masai entero. Sonrió mirando su jarro. El tío Penrod tenía y a sus ojos a lo largo de la frontera.

—¿Y qué hay del elefante? ¿Preguntaste a tus hermanos si habían visto algún macho grande en esa área?

—Hay muchos elefantes, pero sobre todo hembras y crías. En esta estación los machos están arriba en las montañas o sobre las laderas de los cráteres de Ngorongoro y Empakaai. Pero eso lo sabe todo el mundo.

—¿No hay ningún macho en el valle?

—El *chungaji* vio uno cerca de Namanga, un macho muy grande, pero eso fue hace muchos días y nadie lo ha visto desde entonces. Creen que podría haber ido al desierto de Nyiri, donde no hay pasto para el ganado, de modo que no hay allí nadie de mi pueblo.

—Debemos seguir el viento —dijo Manyoro.

—O tú debes aprender a cantar dulcemente para nosotros —sugirió León.



Antes del amanecer León se despertó y se alejó para estar solo detrás del tronco de un árbol grande, bien lejos de donde los demás estaban durmiendo. Se bajó los pantalones, se puso en cuclillas y dejó escapar sus propios vientos. El suyo era el único viento que soplabá esta mañana, pensó. La selva que lo rodeaba estaba en silencio y tranquila. Las hojas en las ramas encima de él colgaban blandas e inmóviles sobre la pálida promesa del amanecer. Cuando regresó al campamento vio que Ishmael ya tenía la tetera en el fuego y los dos masai empezaban a

moverse. Se puso en cuclillas lo bastante cerca de las llamas como para sentir su tibieza. El amanecer estaba frío.

—No hay viento —le dijo a Manyoro.

—Quizá se levante con el sol.

—¿Debemos continuar sin él?

—¿Por dónde? No lo sabemos —señaló Manyoro—. Hemos llegado hasta acá con el viento de mi madre. Debemos esperar que él venga otra vez para seguir guiándonos.

León se mostró impaciente y descontento. Había soportado bastante el palabrerío de Lusima. Tenía un dolor constante detrás de los ojos. Durante la noche el frío lo había mantenido despierto y cuando había logrado dormir, fue víctima de pesadillas en las que veía a Hugh Turvey y su esposa crucificados. Ishmael le pasó un jarro de café, pero ni siquiera eso tuvo el efecto terapéutico acostumbrado. En la espesura más allá de la fogata, un petirrojo empezó su saludo melodioso al amanecer y a lo lejos rugió un león, al que le respondió otro todavía más lejos. Luego todo fue silencio otra vez.

León acabó un segundo jarro de café y por fin sintió que sus poderes curativos hacían efecto. Estaba a punto de decirle algo a Manyoro cuando fue distraído por un ruido fuerte y como de cascabel, algo que sonaba como una caja de pequeños guijarros que era agitada con fuerza. Todos levantaron la vista con interés. Sabían muy bien cuál era el ave que había producido el sonido. Un pájaro guía de la miel los estaba invitando a que lo siguieran a una colmena silvestre. Cuando los hombres la encontraran, esperaba que compartieran el botín con él. Los hombres se quedarían con la miel, dejando la cera de las abejas y las larvas para el pájaro. Era un arreglo simbiótico que, a lo largo de los tiempos, había sido respetado fielmente tanto por los hombres como por esas aves. Se decía que si alguien no le daba al pájaro su parte, la siguiente vez lo conduciría a una serpiente venenosa o a un león devorador de hombres. Sólo un tonto avaro se atrevería a estafarlo.

León se puso de pie y el pájaro marrón pálido y amarillo salió volando de las ramas del árbol y empezó con sus exhibiciones. Sus alas zumbaban y resonaban mientras se lanzaba en picada para elevarse otra vez y luego volver a bajar.

—¡Miel! —exclamó, goloso, Manyoro. Ningún africano podía resistir esa invitación.

—¡Miel, miel dulce! —gritó Loikot.

El último vestigio de dolor de cabeza de León desapareció como por milagro y agarró su rifle.

—¡Apúrense! ¡Vamos! —El pájaro guía vio que lo seguían y voló a toda velocidad, zumbando y lanzando excitado su llamado.

Durante la siguiente hora León trotó regularmente detrás del ave. No les había dicho nada a los demás, pero no podía sacarse de encima la idea obsesiva

de que el ave era el dulce cantante de Lusima. Sin embargo, sus dudas eran más fuertes que su fe y se preparó para una decepción. Manyoro iba cantando para alentar al pájaro, y Loikot, que corría junto a León, se unió al coro:

Llévanos a la colmena de las pequeñas que pican,  
y te agasajaremos con un festín sobre cera dorada.  
¿No sientes ya el sabor de las larvas dulces y gordas?  
¡Vuela, pequeño amigo! Vuela veloz y te seguiremos.

El ave pequeña revoloteó por la selva, saltando de árbol en árbol, gorjeando y danzando en las ramas altas hasta que lo alcanzaban, y entonces, salía volando otra vez. Un poco antes del mediodía llegaron a un lecho seco. La selva a lo largo de ambos lados era más espesa y los árboles, más altos, alimentados por el agua subterránea. Antes de llegar al curso de agua visible, el pájaro guía voló hasta la parte de arriba de los árboles más altos y allí los esperó. Cuando se acercaron, Manyoro gritó encantado y señaló el tronco del árbol.

—¡Allí está!

Como motas de polvo doradas volando a la luz del sol, León vio el vuelo de las abejas dirigiéndose a la colmena. Tres cuartas partes hacia arriba, el tronco se abría en un horquilla de dos pesadas ramas y el ángulo entre ellas estaba marcado por una hendidura angosta y vertical. De ella salía un fino hilo de savia del árbol para consolidarse en bolitas translúcidas de goma sobre la corteza que la rodeaba. En esta abertura revoloteaban las abejas que regresaban, mientras que las que salían de la colmena caminaban hasta los labios de la abertura y salían volando. Esta imagen trajo a Verity O'Hearne a la mente de León con aguda nostalgia erótica. Era la primera vez que pensaba en ella en varios días.

Los demás abandonaron sus cargas preparándose para la cosecha de la colmena. Manyoro cortó un cuadrado de corteza del tronco de otro árbol cercano, lo enrolló y lo ató con la fibra de la misma corteza para darle forma de tubo. Luego preparó una manija larga y curva con otro trozo de corteza. Ishmael había empezado a preparar un fuego pequeño y lo alimentaba con ramitas secas. Loikot se ciñó el vuelo de su *shuka* alrededor de la cintura, dejando las piernas y la parte baja del cuerpo desnudas. Luego se dirigió a la base del árbol y evaluó la textura de la corteza y la medida del tronco con sus brazos mientras miraba hacia arriba, donde estaba la colmena, preparándose mentalmente para el ascenso.

Ishmael puso pedacitos de madera verde en el fuego y los sopló hasta que brillaron y produjeron densas nubes de penetrante humo blanco. Con la ancha hoja de su *panga*, Manyoro retiró unas brasas, las puso en el tubo de corteza y se lo llevó a Loikot, quien usó la manija para colgar el tubo de su hombro; luego metió la *panga* en los pliegues de su *shuka*. Escupió sobre las palmas de sus



manos y le sonrió a León.

—Míreme, *M'bogo*. Nadie puede trepar como yo.

—No me sorprende saber que eres hermano de los mandriles —le respondió León, y Loikot se rio antes de saltar al tronco del árbol. Aferrándose alternativamente con las palmas de las manos y las plantas de los pies descalzos, subió por el tronco con asombrosa agilidad y llegó a la alta horquilla del árbol sin detenerse. Se montó en ella y se paró allí, erguido, con un enjambre de abejas enfadadas zumbando alrededor de su cabeza. Tomó el tubo de corteza del hombro y sopló por un extremo, como un trompetista. Un chorro de humo salió lanzado por el otro extremo. A medida que las iba envolviendo, las abejas se dispersaron.

Loikot se detuvo para quitarse algunos aguijones de los brazos y piernas. Luego tomó la *panga* y, manteniendo el equilibrio con facilidad, hizo caso omiso del profundo vacío debajo de él, se agachó y golpeó con la pesada hoja en la hendidura entre sus pies. Con una docena de sonoros golpes hizo volar blancos trocitos de madera. Luego espío por la abertura agrandada.

—Puedo oler el dulce —gritó hacia las caras que lo miraban desde abajo. Metió la mano en la colmena y sacó un grueso panal. Lo sujetó para que ellos lo vieran—. Gracias a las destrezas de Loikot, ustedes comerán algo hoy, mis amigos.

Todos se rieron.

—¡Bien hecho, pequeño mandril! —gritó León.

Loikot sacó cinco panales más, con cada celda hexagonal llena hasta el borde de miel marrón oscura y cerrada con una tapa de cera. Los envolvió suavemente en los pliegues de su *shuka*.

—No la saques toda —le advirtió Manyoro—. Deja la mitad para nuestras pequeñas amigas aladas; si no, morirán. —A Loikot le habían enseñado eso cuando todavía era un niño y no respondió. Ahora era un *morani* y conocedor de las tradiciones de la selva. Dejó caer el tubo de humo y la *panga* al pie del árbol, y se deslizó hacia abajo por el tronco para saltar ágilmente los últimos dos metros y aterrizar parado.

Se sentaron en círculo y dividieron los panales. En las ramas de arriba, el pájaro guía saltó y gorjeó para recordarles su presencia y la deuda que tenían con él. Con cuidado Manyoro rompió los bordes de los panales donde las celdas estaban llenas de blancas larvas de abeja y colocó los pedazos sobre una gran hoja verde. Dirigió su mirada al pájaro que se mantenía en el aire.

—Ven, hermano menor, te has ganado tu recompensa. —Llevó los trozos de panal llenos de larvas a una cierta distancia y los colocó con cuidado en un claro entre la maleza. Apenas se dio vuelta, el ave se lanzó en una audaz picada para participar del banquete.

Una vez que la costumbre y la tradición fueron observadas, los hombres

estaban libres de saborear el botín. Sentados alrededor del montón de panales dorados, arrancaban trozos más pequeños y se los metían en la boca, dejando escapar murmullos de placer mientras chupaban la miel de las celdas para luego escupir la cera y lamerse los dedos pegajosos.

León nunca había probado miel como esta variedad oscura, ahumada, obtenida del néctar de las flores de acacia. Le cubrió la lengua y la parte de atrás de la garganta con un sabor tan intenso y dulce que sintió que debía toser y sus ojos se llenaron de lágrimas. Los cerró con fuerza. El penetrante aroma silvestre le llenó la cabeza y casi lo sobrecoge. Le hormigueaba la lengua. Al respirar sintió que el sabor se arrastraba muy dentro en la garganta. Tragó y exhaló con brusquedad, como si hubiera tomado una copita de whisky escocés.

Medio panal fue suficiente para él. Tanto dulzor lo había saciado. Se sentó sobre los talones y observó a los demás por un rato. Finalmente, se puso de pie y los dejó con su gula. Los otros hicieron caso omiso de su alejamiento. Recogió su rifle y caminó sin prisa por entre los arbustos, yendo hacia donde creía que podía estar el lecho del río. La vegetación se hizo más densa a medida que se internaba, hasta que se abrió camino a través de la última cortina de ramas y se encontró en la orilla. Había sido reducida por las crecientes hasta convertirse en una abrupta pared que caía dos metros en vertical hasta un lecho de fina arena blanca de unos cien metros de ancho, pisoteada por las garras y las pezuñas de los animales que la habían usado como vía principal.

En la otra orilla las raíces de una enorme higuera silvestre habían quedado expuestas por la reducción. Se enroscaban y retorcían como serpientes apareándose, y las ramas que se extendían sobre el lecho estaban cargadas de racimos de pequeños higos amarillos. Una bandada de palomas verdes que se estaba atiborrando de fruta salió volando sobresaltada por la repentina aparición de León. El batir de sus alas rompió el silencio mientras volaban siguiendo el cauce.

Debajo de las ramas de higos silvestres, la arena blanca se apilaba en grandes montones. Alrededor de ellos se alzaban varias pirámides de bosta de elefante que atrajeron la atención de León. Sostuvo el rifle a un brazo de distancia delante de sí y saltó desde lo alto del barranco. La arena blanda amortiguó su caída y él se hundió en ella hasta los tobillos, pero pronto recuperó el equilibrio y caminó al otro lado del lecho. Cuando llegó a los montones, se dio cuenta de que los elefantes habían estado cavando en busca de agua. Con sus patas delanteras habían pateado la arena hasta llegar a una capa húmeda más firme. Luego habían usado sus trompas para excavar hasta llegar a la capa freática subterránea. Las huellas de sus patas en el lugar donde se habían detenido junto a los agujeros en los que había aparecido el agua eran claramente visibles. Allí, con sus trompas, chuparon el agua, que se depositaba en las cavidades esponjosas dentro de sus enormes cráneos, hasta que se llenaron. Luego levantaron las

cabezas para meter la trompa hasta el fondo de sus gargantas y enviar el chorro de agua a sus estómagos.

Había ocho agujeros abiertos donde había rezumado el agua. Fue hasta cada uno por turno para inspeccionar las huellas dejadas por los sedientos animales. Después de haber recibido lecciones de tres grandes maestros del oficio —Percy Phillips, Manyoro y Loikot—, había adquirido suficientes nociones de artes selváticas para leerlas con exactitud. La forma y el tamaño de las pisadas que los elefantes habían dejado alrededor de los primeros cuatro agujeros demostraban que se trataba de hembras.

Cuando llegó al quinto, sólo había huellas de un animal. Eran tan grandes que verlas por primera vez lo hizo detenerse a mitad de la marcha. Su respiración se aceleró, entrecortada por la emoción; luego apresuró el paso y cayó de rodillas junto a las huellas de las patas delanteras, que eran muy profundas en el borde del agujero donde la bestia debía de haber estado durante horas chupando el agua.

León las miró incrédulo. Eran enormes. El animal que las había hecho debió de haber sido un gran macho viejo, pues las plantas de sus patas estaban gastadas y suavizadas por los años. Un lado de la huella que estaba estudiando se extendía en una estela de arena blanda, lo que quería decir que el macho había dejado el cauce del río no hacía mucho. La tierra movida no había tenido tiempo de asentarse. Quizás el animal se había asustado por el ruido que hizo Loikot al abrir a golpes la entrada de la colmena.

León puso los cañones gemelos de su rifle sobre la huella para medir el tamaño y dejó escapar un suave silbido. Los cañones medían sesenta centímetros de largo y el diámetro de la pisada era sólo cinco centímetros más corto. Al aplicar la fórmula que Percy Phillips le había enseñado, calculó que este macho debía medir casi tres metros y medio de altura hasta el hombro: un gigante en una raza de gigantes.

León subió de un salto y volvió corriendo al otro lado del lecho. Trepó por la pendiente del borde del cauce y se abrió camino por entre el sotobosque hasta donde sus tres compañeros se inclinaban sobre los últimos restos de panal.

—Lusima Mama y su dulce cantante nos han mostrado el camino —les dijo—. He encontrado la huella de un gran elefante macho en el lecho del río. —Los rastreadores recogieron rápidamente su equipo y corrieron detrás de él, pero Ishmael colocó las sobras del panal en una de sus ollas antes de levantar el bulto para ponerlo sobre la cabeza y seguirlos.

—*M'bogo*, éste es exactamente el macho que le mostré la primera vez que viajamos juntos —exclamó Loikot apenas vio la huella, y bailó emocionado—. Lo reconozco. Éste es el máximo jefe de todos los elefantes.

Manyoro sacudió la cabeza.

—Es tan viejo que debe de estar cerca de morirse. Seguramente su marfil

está estropeado y desgastado.

—¡No! ¡No! —negó Loikot con vehemencia—. Con mis propios ojos he visto sus colmillos. ¡Son tan largos como tú, Manyoro, y más gruesos incluso que tu cabeza! —Hizo un círculo con los brazos.

Manyoro se rio.

—Mi pobre pequeño Loikot, has sido mordido por moscas azules que han llenado tu cabeza con gusanos. Le pediré a mi madre que te prepare una poción para aflojar tus intestinos y te borre esos sueños de los ojos.

Loikot se ofendió y lo miró furioso.

—Y quizá no es el elefante, sino tú quien se ha puesto viejo y senil. Debimos haberte dejado en el monte Lonsonyo, bebiendo cerveza con tus decrepitos compañeros.

—Mientras ustedes dos intercambian elogios, el macho se está alejando de nosotros —intervino León. Sigamos la huella y resolvamos este debate mirando sus colmillos y no sólo las huellas de sus patas.



Apenas salieron del lecho siguiendo las huellas y entraron en la sabana abierta, resultó obvio que el elefante macho se había alarmado mucho por el sonido de los golpes de hacha y por sus voces cuando saqueaban la colmena.

—Está en plena carrera. —Manyoro señaló la longitud de los pasos del macho. Había alcanzado un ritmo de pasos largos que recorrían distancias equivalentes a las que cubre un hombre corriendo. Todos sabían que podía mantener esa velocidad desde el amanecer hasta el anochecer sin detenerse a descansar.

—Está yendo hacia el Este. Me parece que se dirige al desierto Nyiri, esa tierra seca donde no hay hombres y sólo él sabe dónde cavar para conseguir agua —comentó Manyoro después de la primera hora—. A este paso, para el amanecer de mañana habrá subido la pendiente y estará en pleno desierto.

—No lo escuche, *M'bogo* —aconsejó Loikot—. Es hábito de ancianos ser sombríos. Puedenoler mierda en el perfume de la flor de kigelia. —Después de otra hora se detuvieron para tomar un trago de las cantimploras.

—El macho no se ha apartado del sendero que ha elegido —observó Manyoro—. Ni una vez se ha detenido para comer, y ni siquiera ha disminuido la velocidad. Ya nos lleva una ventaja de muchas horas.

—No sólo este anciano puede oler bosta en la flor de kígelia, sino que puede olería incluso en la flor entre los muslos de la más dulce de las vírgenes jóvenes. —Loikot le sonrió impertinente a León—. No le preste atención, *M'bogo*. Sígame y antes de que anochezca le mostraré unos colmillos que asombrarán a sus ojos y llenarán de alegría su corazón.

Pero la huella continuaba recta e inquebrantable. Pasó otra hora, e incluso Loikot comenzaba a dudar. Cuando se detuvieron por unos minutos para beber y echarse en la sombra, permanecieron en silencio y desanimados. Aunque se habían esforzado al máximo desde que abandonaron el lecho del río seco, sabían lo lejos que habían quedado detrás del elefante macho. León volvió a cerrar la tapa de la cantimplora y se puso de pie. Sin una palabra, los otros también se levantaron. Continuaron la marcha.

En medio de la tarde se detuvieron para descansar otra vez.

—Si mi madre estuviera con nosotros, haría un encantamiento para que el macho se detuviera para comer —dijo Manyoro—, pero lamentablemente ella no está con nosotros.

—Quizás está velando por nosotros, porque es una maga muy grande —dijo Loikot con entusiasmo—. Quizá puede escucharme si la llamo. —Se puso de pie de un salto y comenzó una danza ritual, saltando por el aire a gran altura sobre sus largas piernas flacas—. Escúchame, Gran Vaca Negra, escucha mi llamado a ti. —León se rio y hasta Manyoro sonrió y empezó a marcar el ritmo de la danza golpeando las manos.

—¡Escúchalo, Mama! ¡Escucha a nuestro pequeño mandril!

—¡Escúchame, Madre de la Tribu! Tú nos has mostrado las marcas de sus patas, ahora no lo dejes alejarse de nosotros. Disminuye la velocidad de sus grandes patas. Llena su estómago con hambre. Hazlo detenerse para comer.

—Esto ya es suficiente magia para un día. Seguramente el macho ya no puede escapársenos —intervino León—. Arriba, Manyoro. Sigamos.

La huella continuaba. El macho se movía tan rápido que cuando cruzaba áreas de tierra suelta, pateaba nubes de polvo hacia adelante con cada paso largo. Cuando León miró al sol, su corazón se estremeció. Sólo quedaba una hora de luz de día, sin ninguna posibilidad de alcanzar al elefante antes de que la oscuridad ocultara las huellas, obligándolos a interrumpir la persecución hasta el amanecer del día siguiente. Para entonces ya estaría treinta kilómetros delante de ellos.

Todavía estaba mirando el cielo cuando tropezó con Manyoro, que se había detenido de golpe. Ambos masai estaban examinando detenidamente la tierra. Miraron a León y, haciéndole señas con las manos, le indicaron que guardara silencio. Ambos sonreían y les brillaban los ojos. Habían sido revitalizados y ya

no había en ellos signos de fatiga. Manyoro señaló la huella modificada, con un ademán elocuente y elegante.

León comprendió que se había producido un pequeño milagro. El macho había disminuido la velocidad, su paso se había acortado, y se había apartado de su resuelta dirección hacia la pendiente oriental del valle. Manyoro señaló hacia una arboleda de nogales *ngong*, unos cuatrocientos metros a su derecha. Las copas de los árboles eran de formas redondas, más altas y más verdes que los árboles más bajos que los rodeaban. Se inclinó hacia León y acercó sus labios a la oreja de él.

—En esta estación los frutos maduran en los árboles. Ha oído las nueces maduras y no puede resistirse a ellas. Lo encontraremos en la arboleda. —Tomó un puñado de tierra y lo dejó deslizarse por entre sus dedos—. Todavía no hay viento. Podemos ir directamente hacia él. —Miró atrás hacia Ishmael y le hizo señas para que se quedara donde estaba. Ishmael dejó el bulto a sus pies y se sentó agradecido en el suelo junto a él.

Con los dos masai todavía adelante, avanzaron en silencio, yendo de un claro al otro, deteniéndose para examinar la selva adelante antes de avanzar otra vez. Llegaron al nogal más cercano. El suelo debajo de él estaba cubierto de nueces caídas, pero las ramas más altas todavía estaban llenas de racimos de frutos a medio madurar. El macho había estado debajo de este árbol por mucho tiempo, recogiendo las duras nueces con los dedos de la punta de su trompa para metérselas en la boca. Luego había cambiado de lugar. Siguieron las huellas de sus inmensas patas hasta el siguiente árbol, donde había comido otra vez; de allí había pasado a otro árbol y, luego, a otro más. Esta vez había ido hacia una depresión poco profunda, encima de la cual sólo se veían las copas de los nogales. Avanzaron en silencio hasta que pudieron mirar hacia abajo.

En el mismo instante, los tres vieron la enorme mole negra que era el elefante macho. Estaba a trescientos metros de distancia, parado en la sombra de uno de los nogales más grandes, presentándoles un ángulo de medio cuerpo. Se balanceaba con suavidad de una pata delantera a la otra, con las orejas abanicándose perezosamente y la trompa colgada con desenfado sobre la curva del único colmillo visible. El otro quedaba fuera de la vista, oculto por su enorme volumen, pero León se detuvo a mirar el que estaba visible, incapaz de creer que aquella fuera su longitud y su grosor. A él le pareció que era del tamaño de una columna de mármol de un templo griego.

—¿El viento? —le susurró a Manyoro—. ¿Cómo está el viento?

Manyoro recogió otro puñado de tierra y lo dejó deslizarse por entre sus dedos. Luego se limpió el polvo de la mano sobre la pierna e hizo una señal que resultó tan clara como las palabras: « Ningún viento. Nada » .

León abrió los cañones de su rifle y sacó los gruesos cartuchos de bronce de los cargadores, uno a la vez. Los revisó buscando manchas y los lustró en su

camisa antes de colocarlos en su sitio. Cerró el rifle y metió el mango del arma cargada debajo de su axila derecha. Luego le hizo una señal con la cabeza a Manyoro, y cuando avanzaron, León tomó la delantera. Se dirigió en ángulo hacia el macho hasta que el tronco del árbol cubrió su avance; luego fue directamente hacia él.

El árbol tapaba la cabeza del elefante, pero su cuerpo sobresalía por uno de los lados, mientras que la curva del colmillo más cercano salía por el otro. Un rayo de luz del sol perforaba el dosel de hojas por encima de su cabeza y caía sobre el marfil como el haz que ilumina el centro de un escenario. Se acercó más todavía, y León pudo escuchar el retumbar del vientre del animal como un trueno distante. Se le acercó lentamente, dando cada paso con exagerado cuidado. En ese momento sostuvo el pesado rifle manteniéndolo listo sobre el pecho.

El Holland era esencialmente un arma de corto alcance. Había disparado varias veces al blanco antes de partir del campamento Tandala y había descubierto que los cañones gemelos estaban regulados para disparar al mismo punto de la mira a precisamente treinta metros. A cualquier distancia más grande, las balas se dispersaban de manera impredecible. Sabía que para tener la absoluta seguridad de su disparo tenía que estar más cerca. Quería alcanzar el tronco del nogal y disparar protegido por él. Estaba ya tan cerca que podía ver los picabueyes trepando por todas partes sobre la arrugada piel gris del elefante. Había cinco o seis de esas pequeñas y delgadas aves amarillas, manteniendo el equilibrio con sus colas mientras buscaban alimento con sus afilados picos rojos entre los pliegues de la piel, donde encontraban garrapatas, moscas ciegas y otros insectos chupadores de sangre. Uno se metió en la oreja y el elefante la movió con fuerza para advertirle que se alejara de las partes interiores más sensibles. Otros pájaros colgaban al revés debajo de la panza o en la entrepierna, picoteando con deleite en los colgantes pliegues de cuero gris. Entonces, súbitamente, advirtieron la presencia de León y treparon por los flancos del macho para pararse en fila a lo largo de su espina dorsal, mirando con ojos brillantes al intruso.

Manyoro trató de advertir a León de lo que estaba a punto de ocurrir, pero no se atrevió a hablar, y León estaba tan concentrado en su acecho que no vio las señales desesperadas detrás de él. Todavía estaba a una docena de metros del tronco del nogal cuando la hilera de picabueyes sobre el lomo del elefante levantó vuelo, lanzando el frenético gorjeo que era su llamado de alarma. Fue una advertencia que la bestia comprendió muy bien, pues aquellas aves eran no sólo sus acicaladoras, sino también sus vigías.

De la cómoda somnolencia pasó a moverse hacia adelante, llegando a su máxima velocidad en media docena de pasos. No tenía idea de dónde estaba el peligro, pero confiaba en las aves y simplemente corrió en la dirección hacia

donde apuntaba su cuerpo. Se movía en un ángulo de treinta grados alejándose de León. Por un segundo, León quedó anonadado por la velocidad y la agilidad de la enorme criatura. Luego corrió persiguiéndolo, con la intención de adelantarsele antes de que pudiera escapar. Por un breve momento ganó terreno, acercándose justo por debajo de la distancia crítica de treinta metros. Fijó sus ojos en la cabeza del elefante. Las amplias orejas estaban recogidas hacia atrás, de modo que pudo ver la hendidura larga y vertical del agujero del oído. Pero la cabeza se movía con fuerza e iba de un lado al otro con cada zancada. Los picabueyes chillaban y, detrás de León, los dos masai gritaban de modo ininteligible. Por todas partes había movimiento y confusión salvaje, y el elefante se alejaba rápidamente. Pocos pasos más y estaría fuera de su alcance.

León se detuvo de golpe. Toda su visión y su atención estaban concentradas en la hendidura larga del oído en el centro de la cabeza que se balanceaba y sacudía rítmicamente. El rifle llegó hasta su hombro y él miró por encima de los cañones, apenas viéndolos, de tan intensa que era su concentración. El tiempo y el movimiento parecieron disminuir la velocidad en una irrealidad de ensueño. Su visión era tan nítida como un taladro de diamante. Vio el cuero y las anchas orejas. Vio el cerebro. Era una sensación rara. Percy Phillips la había llamado « el ojo del cazador ». Con el ojo del cazador podía ver a través del cuero y los huesos, y divisar la posición exacta del cerebro. Era del tamaño de una pelota de fútbol, ubicado detrás de la línea del agujero del oído.

El rifle disparó, e incluso a la luz del sol vio el fogonazo que salió de la boca del cañón. Se sobresaltó. No había sido consciente de haber tocado el gatillo. Apenas sintió el culatazo de dos mil kilos de energía pateándole el hombro. Su visión no fue desviada por eso. Vio que la bala golpeaba cinco centímetros detrás del agujero del oído, justo donde él sabía que debía golpear. Vio el ojo más cercano del elefante macho que se cerraba en un solo parpadeo, escuchó la pesada bala cuando golpeó el hueso con un ruido como el del hacha de un leñador cayendo contra un árbol de madera dura. Con su nuevo don del ojo del cazador podía imaginar la bala abriéndose camino a través de huesos y tejidos, arremetiéndolo para llegar al cerebro.

El elefante macho echó la cabeza hacia atrás, con los largos colmillos apuntando por un instante al cielo. Luego sus patas delanteras se doblaron debajo de él y se desplomó pesadamente sobre las rodillas. La fuerza del impacto hizo volar una nube de polvo y el suelo tembló debajo de los pies de León. El elefante permaneció sobre sus patas delanteras dobladas como si esperara ser montado por un cornaca, con la cabeza sostenida por las partes curvas de los colmillos, y los ojos sin vista abiertos de par en par. La cola se movió rápidamente una vez, luego todo quedó inmóvil. Los ecos del disparo resonaban en la cabeza de León, pero todo el lugar estaba en un profundo silencio.

—Es el elefante muerto el que mata. —Escuchó la advertencia de Percy en



su memoria—. Siempre hay que dar el golpe de gracia. —León levantó el rifle otra vez y apuntó al pliegue en la axila del elefante. Otra vez el rifle retumbó. La bestia ni siquiera tembló cuando la segunda bala le atravesó el corazón.

León avanzó lentamente y extendió la mano para tocar con la punta de un dedo el ojo de color ámbar que miraba fijo. No parpadeó. Sentía las piernas tan blandas y flojas como tallarines hervidos. Se relajó, apoyó la espalda contra el hombro del elefante y cerró los ojos. No sentía nada. Estaba vacío por dentro. No experimentaba ninguna sensación de triunfo o alegría, ningún remordimiento o pena por la muerte de tan magnífica criatura. Todo eso iba a llegar después. En ese momento sólo había un doloroso vacío, como si acabara de hacer el amor con una mujer hermosa.



León envió a Manyoro y a Loikot a algunas aldeas distantes, fuera de los confines de los territorios masai. Su tarea era reclutar porteadores para llevar el marfil hasta el ferrocarril. Tenían que ser de alguna tribu que no fuera masai, pues los *morani* no se rebajaban a tareas serviles. León e Ishmael acamparon durante los siguientes cinco días contra el viento a una distancia prudente del cuerpo del animal que se pudría y cuyo vientre se inflaba con gas. Custodiaban los colmillos mientras esperaban a que se aflojaran cuando se pudrieran sus canales óseos.

Las noches eran turbulentas al reunirse los carroñeros. Los chacales ladraban, y manadas de hienas se reían, chillaban y peleaban entre sí. A la tercera noche llegaron los leones y añadieron su rugido imperial a la cacofonía general. Ishmael pasó las horas de oscuridad trepado a las ramas más altas de uno de los nogales, recitando versos del Corán en *swahili* y pidiendo a Alá la protección contra esos demonios.

Al sexto día Manyoro y Loikot regresaron, seguidos por una cuadrilla de leales porteadores *luo* a los que Manyoro había contratado por diez chelines.

—Diez chelines al día, ¿cada uno? —León estaba aterrado ante semejante prodigalidad. Diez chelines eran casi la suma total de su fortuna en este mundo.

—No, *bwana*, por todos.

—¿Diez chelines al día por todos, por los seis? —León preguntó un poco más

tranquilo.

—No, *bwana*. Es para que los seis lleven los colmillos al ferrocarril, sin importar cuántos días se necesiten.

—Manyoro, tu madre debe de estar orgullosa de ti —le dijo León, aliviado—. Yo ciertamente lo estoy.

Llevó a los porteadores al lugar donde estaban los restos del animal. Sólo los grandes huesos y el cuero no habían sido arrastrados y devorados por los carroñeros. La cabeza todavía estaba apoyada derecha sobre las dos curvas de marfil. León hizo un lazo con un trozo de soga de corteza alrededor de uno de los colmillos y los porteadores *luo* entonaron un cántico de trabajo mientras tiraban de la cuerda. El extremo grueso del colmillo, que había estado incrustado en el cráneo, se deslizó afuera de su canal sin oponer demasiada resistencia. Hasta entonces casi la mitad de su longitud había permanecido oculta y sus verdaderas dimensiones sólo se veían por primera vez en ese momento. Cuando colocaron los dos colmillos juntos sobre una cama de hojas verdes frescas, León quedó asombrado por su longitud y encantadora simetría. Otra vez usó los cañones del rifle como referencia para medirlos. El más largo tenía el ancho de una mano por más de tres metros y el más chico era de casi exactamente tres metros.

Bajo la dirección de Manyoro, los *luo* cortaron dos palos largos de madera de acacia y ataron con correas un colmillo a cada uno. Con un porteador en cada extremo levantaron los palos y se dirigieron hacia el ferrocarril, mientras el resto del equipo trotaba detrás de ellos, listos para reemplazarlos cuando se cansaran.

León ya no tenía derecho a un pase militar para viajar, de modo que, sobre el trecho más empinado del ferrocarril, donde trepaba la pendiente desde el fondo del valle del Rift, esperaron el tren nocturno que venía del lago Victoria. Allí, incluso el equipo de dos locomotoras reducía la velocidad a paso de hombre. Protegidos por la oscuridad corrieron al lado de uno de los vagones de mercaderías hasta que pudieron agarrarse de la escalera de mano de acero y trepar al techo. Los porteadores *luo* les pasaron los colmillos y el bulto de Ishmael. León arrojó un monedero de lona con los chelines hacia el jefe, y los porteadores gritaron su agradecimiento y su saludo de despedida hasta que se perdieron en la oscuridad detrás del vagón de cola. Las locomotoras resoplaron valientemente hasta la cima de la pendiente. El vagón sobre el que se habían trepado estaba lleno de canastas de pescados secos del lago, pero cuando el tren aumentó la velocidad, el aire se llevó el mal olor.

Todavía estaba oscuro cuando dejaron caer los colmillos y su equipaje a un lado del vagón y saltaron del tren en marcha cuando disminuyó la velocidad antes de entrar echando vapor en la estación de Nairobi.

Percy Phillips estaba tomando el desayuno en la carpa-comedor cuando

entraron tambaleándose en el campamento Tandala, inclinados bajo el peso de los colmillos.

—¡Por todos los cielos! —farfulló sobre su café, e hizo caer su silla al ponerse de pie de un salto—. Ésos no son los suyos, ¿no?

—Uno lo es. —León mantuvo la cara seria—. Desafortunadamente, señor, el otro es suyo.

—Llévelos a la balanza romana. Veamos qué es lo que tenemos aquí —ordenó Percy.

Todo el personal del campamento fue en tropel detrás de ellos al cobertizo donde se preparaban los trofeos y se reunieron alrededor de la balanza cuando León colocó el colmillo más pequeño en la eslinga.

—Sesenta y cuatro kilos —dijo Percy sin comentarios—. Veamos ahora el otro.

León colocó el segundo en la eslinga y Percy parpadeó.

—Sesenta y nueve kilos. —Su voz apenas se quebró. Era el colmillo más grande que alguna vez hubieran traído al campamento Tandala. Sin embargo, no pudo pensar en ninguna buena razón por la cual debía decirle eso al joven. «No quiero que se sienta demasiado agrandado», pensó, mientras se rascaba la barba. Luego le dijo a Manyoro: Ata con correas los dos colmillos al coche. — Finalmente miró a León y sus ojos brillaron—. Muy bien, jovencito, puede usted conducirme al club. Estoy a punto de invitarlo a tomar un trago.

Mientras el vehículo rebotaba y hacía ruidos siguiendo el camino, Percy tuvo que levantar la voz para que lo escucharan por encima del ruido del motor.

—¡Muy bien! Cuénteme cómo fue. Empiece por el principio. No deje nada afuera. ¿Cuántas balas necesitó para derribarlo?

—Ése no es el principio, señor —le recordó León.

—Servirá como punto de partida. Usted puede retroceder desde allí. ¿Cuántos disparos?

—Un tiro al cerebro. Y luego recordé su consejo e hice uno para rematarlo cuando ya había caído.

Percy asintió con gesto de aprobación.

—Cuénteme el resto ahora.

Al escucharlo, Percy se asombró ante la descripción de la cacería que ofrecía León. La hacía parecer fascinante, incluso para Percy, que lo había vivido cientos de veces. Una de las obligaciones más importantes de un cazador blanco era entretener a sus clientes. Éstos querían algo más que simplemente derribar algunos animales. Pagaban una fortuna para participar en una aventura inolvidable y querían ser sacados de su cómoda existencia urbana para retroceder a los más remotos orígenes, llevados por alguien en quien pudieran confiar y a quien pudieran admirar. Percy conocía a varios excelentes individuos experimentados en las artes selváticas y las tradiciones de la vida en tierras

virgenes, pero carecían de encanto y simpatía. Eran serios y taciturnos. Comprendían íntimamente los encantos de la selva, pero no podían explicárselo a otras personas. Sus clientes nunca volvían a contratarlos. Sus nombres no eran mencionados con frecuencia en los palacios de Europa o en los clubes exclusivos de Londres, Nueva York y Berlín. Nadie clamaba por sus servicios.

Este muchacho no caía en esa categoría. Se mostraba bien dispuesto y con deseos de agradar. Era moderado, simpático y tenía tacto. Era elocuente. Tenía un sentido del humor peculiar y seco. Era atractivo. Le caía bien a la gente. Percy sonrió para sí. « Demonios, incluso a mí me gusta » .

Cuando llegaron al club, Percy le hizo estacionar el auto justo delante de la puerta principal. Condujo a León a la larga barra donde una docena de clientes habituales, la mayoría de ellos viviendo de las remesas enviadas por sus familias en Inglaterra, ya había ocupado todos los asientos.

—Caballeros —se dirigió Percy a los allí presentes—, quiero que conozcan a mi nuevo aprendiz, y luego voy a conducirlos afuera para mostrarles un par de colmillos. ¡Y qué par de colmillos!

Cuando salieron todos hacia el frente del edificio descubrieron que ya se había corrido la voz como un rayo en todo el pueblo y una pequeña multitud estaba reunida alrededor del auto. Percy los invitó a todos al bar.

Para el momento en que Hugh Delamere entró al bar cojeando de la pierna que había sido masticada hacía muchos años por un león, la reunión era ruidosa. Ésta era una situación que mucho agradaba a milord. Como ocurría con muchos ex alumnos de las mejores escuelas inglesas, Delamere disfrutaba de las reuniones bulliciosas que terminaban con mobiliario roto y otros daños periféricos. Esa noche estaba acompañado por el coronel Penrod Ballantyne. Felicitaron a León por su destreza como cazador y Delamere le sirvió una medida grande de whisky Talisker de su reserva particular, que guardaba debajo del bar. Luego desafió a tío y sobrino a una carrera aérea que consistía en correr alrededor de la gran sala sin tocar el piso. En un momento dado, los estantes detrás del bar no pudieron soportar el peso de milord y cayeron con gran estrépito de botellas rotas. Poco antes de la medianoche, uno de los residentes del club entró al bar para quejarse del ruido. Milord lo encerró en la bodega por el resto de la noche.

Unas horas después Percy fue llevado con los pies hacia adelante a la sala del billar para ser depositado sobre el paño verde de la mesa. León alcanzó a llegar al asiento delantero del auto, donde pasó lo que quedaba de la noche.

Despertó con un dolor de cabeza abominable.

—Buenos días, *effendi*. —Ishmael estaba de pie junto a la camioneta con un humeante jarro de café negro en la mano—. Le deseo un día perfumado de jazmines. —El café lo revivió lo suficiente como para hacer llamar a Manyoro. Entre ambos pudieron poner en marcha el automóvil y conducir por la calle

principal, hasta las oficinas centrales de la Compañía de Comercio Gran Lago Victoria. Debajo del nombre en el mismo cartel, se habían borrado recientemente otras palabras por orden directa de Su Excelencia el Gobernador. Sin embargo, el texto supuestamente eliminado todavía podía leerse debajo de la única mano de pintura que se suponía debía borrarlo: «Nombrado por Su Majestad el Rey de Inglaterra proveedor de artículos raros y de alta calidad». El texto original no censurado decía: «Comerciante en oro, diamantes, tallas de marfil y curiosidades, y toda clase de productos naturales. Artículos de todo tipo para la venta. Propietario: caballero Goolam Vilabjhi».

El propietario se apresuró a recibir a León cuando entró por la puerta principal, llevando el más pequeño de los colmillos. El señor Goolam Vilabjhi era un hombrecito bien alimentado con una brillante sonrisa.

—¡Por todos los cielos, teniente Courtney, para mí y mi establecimiento humilde éste es un muy grande honor!

—Buenos días, señor Vilabjhi, pero ya no soy más un teniente —explicó León mientras colocaba el colmillo sobre el mostrador.

—Pero usted todavía es el jugador de polo más grande de África y me han dicho que se ha convertido en un importante *shikari*. Y por lo que veo, trae usted la prueba de ello. —Llamó a los gritos a la señora Vilabjhi en la parte de atrás de la tienda pidiéndole que trajera café y frutas confitadas; luego hizo pasar a León entre hileras de estantes muy cargados para llegar al diminuto cubículo que era su oficina. Una biblioteca que ocupaba una pared entera estaba llena con los veintidós volúmenes del *Complete Oxford English Dictionary*, un juego completo de la *Encyclopedia Britannica*, la *Guía de la nobleza y pequeña aristocracia* de Burke y varias docenas de historias de los reyes de Inglaterra, su pueblo y su lengua. El señor Vilabjhi era un ardiente anglófilo, monárquico y defensor de la lengua inglesa.

—Por favor, tome asiento, distinguido señor. —La señora Vilabjhi entró apresuradamente con la bandeja de café. Ella era todavía más rolliza que su marido e igualmente amable. Una vez que llenó los vasos con el negro, espeso y pegajoso líquido, su marido la hizo salir y se volvió a León—. Ahora, dígame, *sahib*, ¿qué desea usted?

—Quiero venderle ese colmillo.

El señor Vilabjhi pensó en ello durante tanto tiempo que León se estaba poniendo intranquilo. Al final dijo:

—Ay, ay, ay, mi muy reverenciado *sahib*, no le compraré a usted ese marfil.

León se mostró sorprendido.

—¿Por qué demonios no va a comprarlo? —preguntó—. ¿Acaso no es usted un comerciante de marfil?

—¿Alguna vez le conté, *sahib*, que yo fui mozo de cuadra o, como decimos

en la India, un *syee*, en las cuadras del maharajá de Cooch Behar? Soy el más grande admirador y conocedor del real juego de polo y de los hombres que lo juegan.

—¿Y ésa es la razón por la que usted no va a comprarme mi colmillo? —preguntó León.

El señor Vilabjhi se rio.

—Ése es un buen chiste, *sahib*. ¡No! La razón es que si compro ese colmillo, lo enviaré a Inglaterra para que lo conviertan en teclas de piano o lo recorten hasta convertirlo en bolas de billar de hermosos colores. Entonces va a odiarme. Algún día, cuando usted sea un anciano, recordará lo que hice con su trofeo y se dirá a usted mismo, “¡Diez mil maldiciones caigan sobre la cabeza de aquel villano infame y tremendo sinvergüenza, aquel caballero Goolam Vilabjhi!”.

—Por otro lado, si usted no lo compra, invocaré cien mil maldiciones sobre su cabeza ahora mismo —le advirtió León—. Señor Vilabjhi, necesito el dinero y lo necesito con urgencia.

—¡Ah! El dinero es como la marea de los océanos. Va y viene. Pero un colmillo como éste nunca más volverá a ver en toda su existencia.

—En este momento mi marea está muy lejos, más allá del horizonte.

—Entonces, *sahib*, tenemos que encontrar algún truco o, como nos gustaba decir en Cooch Behar, alguna estratagema para satisfacer nuestros diferentes deseos. —Se detuvo por un momento más en una pose y actitud de profunda reflexión; luego levantó un dedo y se tocó la sien—. ¡Eureka! Lo tengo. Usted dejará el colmillo conmigo como garantía, y yo le prestaré el dinero que necesita. Me pagará un interés del veinte por ciento anual. Luego, un día, cuando usted sea el *shikari* más famoso y renombrado de África, volverá a mí y me dirá: «Mi amigo querido y de confianza, caballero Goolam Vilabjhi, he regresado a pagar la deuda que tengo con usted». ¡Entonces, yo le devolveré su espléndido y maravilloso colmillo y seremos amigos para toda la vida hasta el momento en que dejemos este mundo!

—Mi amigo querido y de confianza, caballero Goolam Vilabjhi, invoco diez mil bendiciones sobre su cabeza. —León se rio—. ¿Cuánto puede darme?

—Me he enterado de que ese colmillo pesa sesenta y cuatro kilos.

—¡Por Dios! ¿Cómo lo sabía?

—Toda criatura humana viviente en Nairobi ya lo sabe. —El señor Vilabjhi inclinó su cabeza a un lado—. A treinta chelines el kilo, creo que puedo adelantarle la imponente suma de noventa y seis libras esterlinas en soberanos de oro. —León parpadeó. Aquella suma de dinero era mayor de lo que alguna vez había tenido en sus manos.

Antes de abandonar la tienda del señor Vilabjhi, hizo su primera compra. Sobre uno de los estantes detrás del mostrador había visto una pila pequeña de paquetes de cartón rojos y amarillos con la cabeza de león característica de la

marca Kynoch, el mayor fabricante de cartuchos de Gran Bretaña. Cuando examinó las cajas en detalle, vio con placer que estaban identificadas como «H&H 470 Royal Nitro Express. 32,5 gramos. Sólido». De los diez cartuchos que Verity O’Hearne le había dejado como parte de su obsequio, sólo le quedaban tres. Había hecho cinco disparos para controlar la mira del rifle y dos más para matar al enorme elefante macho.

—¿Cuánto cuestan esas balas, señor Vilabjhi? —preguntó, vacilando, y tragó saliva a la espera de una respuesta.

—Para usted, *sahib*, y sólo para usted, haré mi mejor precio especial. —Miró al techo como si pidiera inspiración a Kali, Ganesha y a todos los demás dioses hindúes. Luego dijo—: Para usted, *sahib*, el precio es cinco chelines por cada bala.

Había diez paquetes y cada uno contenía cinco proyectiles. León hizo un rápido cálculo mental y el resultado lo horrorizó. ¡Doce libras y diez chelines! Tocó el pesado bulto en su bolsillo superior. « ¡No puedo permitírmelo! », se dijo a sí mismo. « Por otro lado —se respondió—, ¿qué clase de cazador profesional sale a la selva con sólo tres balas en su cinturón? » De mala gana metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsa de lona del banco que hacía apenas un momento había puesto allí.

La marea de su fortuna había regresado, muy bien; pero con la misma velocidad comenzaba a retirarse, tal como el señor Vilabjhi le había advertido que ocurriría.

Manyoro e Ishmael todavía estaban esperando delante de la tienda. León les pagó los sueldos que les debía.

—¿Qué vas a hacer con todo ese dinero? —le preguntó a Manyoro.

—Compraré tres vacas. ¿Qué otra cosa, *bwana*? —Manyoro sacudió la cabeza ante una pregunta tan tonta. Para un masai, el ganado era la única riqueza auténtica.

—¿Y tú, Ishmael?

—Lo enviaré a mis esposas en Mombasa, *effendi*. —Ishmael tenía seis esposas, el máximo que el Profeta permitía, y eran tan voraces como una manga de langostas.

León fue en coche al cuartel de los RAR, con Ishmael y Manyoro. Encontró a Bobby Sampson deprimido sobre una jarra de cerveza en el casino de oficiales. Su amigo mejoró cuando lo vio y se alegró mucho más cuando León le pagó las quince guineas que le debía por el Vauxhall; tanto, que lo invitó con una cerveza.

Del cuartel, León se dirigió en coche hacia los corrales en las afueras del pueblo.

—Manyoro, deseo enviar una vaca a Lusima Mama para agradecerle por su ayuda en el asunto del elefante.

—Un obsequio es lo que se acostumbra, *bwana* —estuvo de acuerdo

Manyoro.

—Nadie conoce de ganado vacuno más que tú, Manyoro.

—Eso es verdad, *bwana*.

—Cuando hayas escogido a tus propios animales, escoge uno para Lusima Mama y arregla un precio con el vendedor.

Eso le costó otras quince libras a León, pues Manyoro eligió el mejor animal en el corral.

Antes de que Manyoro partiera de regreso al monte Lonsonyo, León le dio una bolsa de lona con chelines de plata.

—Esto es para Loikot. Si sigue hablando con sus amigos y nos trae las noticias, habrá muchas más bolsas de chelines. Dile que ahorre todo el dinero y pronto tendrá lo suficiente para comprarse una buena vaca. Vete ahora, Manyoro, y regresa pronto. *Bwana Samawati* tiene mucho trabajo para nosotros.

Arreando a las vacas delante de él, Manyoro tomó la ruta llena de baches que conducía al valle del Rift. Cuando llegó a la primera curva, se dio vuelta y le gritó a León:

—Espéreme, mi hermano, porque regresaré en diez días.

León regresó al club para recoger a Percy Phillips. Lo encontró desplomado en uno de los sillones del amplio porche que daba al soleado jardín. Estaba de un humor horrible. Sus ojos estaban inyectados de sangre, su barba estaba desordenada y el rostro, tan arrugado como la chaqueta caqui para la selva con la que había pasado la noche.

—¿Dónde diablos estaba?—le gruñó a León y, sin esperar una respuesta, bajó los escalones hacia donde estaba el vehículo rugiendo y lanzando gas azul por el escape. Su expresión se aflojó un poco cuando vio el colmillo sobre el que Ishmael estaba sentado—. Bien, gracias al Señor que todavía tiene eso. ¿Qué pasó con el otro?

—Se lo vendimos al infiel Vilabjhi, *effendi*. —Ishmael había adquirido el hábito de referirse a su amo con el plural mayestático.

—¡Ese bribón! Apuesto a que lo estafó —dijo Percy, y subió al asiento delantero. No volvió a hablar hasta que estuvieron saltando por la peor y última parte del camino al campamento Tandala.

—Logré hablar un poco con su tío Penrod anoche. Había recibido un cable del Departamento de Estado estadounidense. El presidente de los Estados Unidos de Norteamérica y su séquito entero llegarán a Mombasa en dos meses a bordo del vapor alemán de lujo *Admiral* para comenzar el gran safari. Debemos estar listos para ellos.

Cuando estacionaron delante de la carpa-comedor, Percy gritó pidiendo que le trajeran té. Dos tazas de la infusión le restituyeron su sensación de bienestar y el buen humor.

—Tome su lápiz y su libreta —le ordenó a León.



—No tengo ninguna de esas cosas.

—En el futuro serán los artículos más esenciales de su equipo. Incluso más que el rifle y el frasco de quinina. Tengo algunos en mi biblioteca. Usted puede reponerlos la próxima vez que vaya a la ciudad. —Envió a uno de los criados a buscarlos, y pronto el lápiz de León estaba listo sobre la primera página.

—Bien, he aquí un panorama general de lo que va a ser este safari. Aparte del Presidente, estará su hijo, un muchacho de más o menos la misma edad que usted, y sus invitados, el señor Alfred Pease, lord Cranworth y Frederick Selous.

—¡Selous! —exclamó León—. Es una leyenda africana. Me crié con sus libros. Pero debe de ser un anciano.

—De ninguna manera —replicó Percy—. No creo que siquiera llegue a los sesenta y cinco todavía.

León estaba a punto de señalar que con sesenta y cinco años era más que anciano, cuando vio la mirada amenazadora de Percy. Comprendió que para Percy Phillips la edad era un tema sensible y se retiró de aquel campo minado en el que había estado a punto de meter la pata.

—Ah, entonces, todavía es muy joven —se apresuró a decir.

Percy asintió con la cabeza y continuó.

—El Presidente ha contratado a otros cinco cazadores blancos aparte de mí. A los que conozco bien son Judd, Cunninghame y Tarlton, todos excelentes tipos. Supongo que traerán a sus aprendices consigo. Entiendo, por lo que dijo Penrod, que habrá más de veinte naturalistas y taxidermistas del Instituto Smithsonian, el museo que patrocina parcialmente el safari. Le pregunté a Penrod acerca de reporteros y otros miembros de la prensa, pero me dice que el Presidente ha prohibido su presencia. Después de dos periodos completos en el poder, ha llegado a valorar su privacidad.

—¿Así que no habrá ningún periodista? —León levantó la vista de la libreta.

—No se preocupe por eso. Nadie que sea medianamente conocido puede escapar de esas cucarachas. La American Associated Press enviará una plaga de ellos, pero irán en un safari distinto que seguirá atentamente al nuestro todo el camino, enviando material a Nueva York cada vez que puedan. Una peste en todos los hogares.

—Eso quiere decir que nuestro safari estará compuesto por más de treinta personas. Habrá que ocuparse de una pequeña montaña de equipaje, equipo y provisiones.

—Efectivamente —acordó Percy con sarcasmo—. El cálculo aproximado inicial de Nueva York es que embarcarán alrededor de noventa y seis toneladas. El resto será comprado acá. Eso incluirá cinco toneladas de sal para proteger los especímenes y los trofeos, y forraje para los caballos. El envío desde los Estados Unidos llegará antes que el grupo principal, lo cual nos dará tiempo de traerlo de la costa y repartirlo en bultos de treinta kilos para los porteadores.

—¿Cuántas monturas necesitarán? —preguntó con interés León.

—Piensan hacer gran parte de la cacería a caballo. El Presidente quiere al menos treinta animales —contestó Percy—. Éste es un campo en el que usted es un experto, así que, entre sus otros servicios, lo dejo a cargo de los caballos. Tendrá que reclutar a un equipo de *syces* confiables para que los cuide. —Se detuvo—. Y, por supuesto, los dos automóviles también serán su responsabilidad. Quiero usarlos para reabastecer elementos como comida fresca en los lugares en que el Presidente esté acampado, en cualquier momento.

—¿Dos automóviles? Usted tiene sólo uno.

—Estoy requisando otro vehículo, el suyo, por la duración del safari. Es mejor que usted se asegure de que ambos funcionen correctamente. —Percy no hizo ninguna mención de la remuneración por el uso del vehículo de León, o por el costo de las reparaciones para volver a ponerlo sobre sus cuatro ruedas y hacer que éstas rodaran—. Lord Delamere nos va a prestar su chef del Hotel Norfolk. Habrá cuatro o cinco cocineros subalternos. Voy a incluir a su hombre Ishmael para trabajar en las cocinas de campamento. Ah, a propósito, Cunninghame va a reclutar a unos mil porteadores nativos para que lleven el equipaje y las provisiones para el safari. Anoche le dije que usted hablaba bien el *swahili* y que estaría feliz de ayudarlo con esa tarea.

—¿Le mencionó usted que yo también estaría encantado de ayudarlo en la cacería propiamente dicha? —preguntó León con gesto inocente.

Percy levantó una abultada ceja.

—¿En serio? Dada su gran experiencia, estoy seguro de que el Presidente se sentiría honrado de tenerlo como guía. Sin embargo, usted tendrá muchas otras tareas importantes para entretenerlo, jovencito. —Esa forma especial de tratarlo estaba empezando a irritar a León, pero se había dado cuenta de que ésa era precisamente la razón por la que Percy la usaba con tanta frecuencia.

—Tiene usted mucha razón, señor. No había pensado en eso. —Y le devolvió su mejor sonrisa a Percy.

Éste tuvo problemas para evitar sonreír. Le gustaba cada vez más que el muchacho aceptara lo que le encomendaba sin lloriquear. Se ablandó.

—Habrá muchas más de mil bocas para alimentar. Según las leyes de caza de la colonia, los búfalos están considerados plaga. No hay ningún límite para la cantidad que se desee matar. Una de sus tareas será proveer de carne al safari. Usted podrá cazar todo lo que su corazón pueda desear. Se lo aseguro.



Dos meses y seis días después, el vapor alemán de pasajeros *Admiral* entró en la laguna Kilindini, el puerto de aguas profundas que servía de puerto para la ciudad costera de Mombasa. El cordaje de la nave brillaba con banderines de color. Al tope del palo mayor se veía la bandera de los Estados Unidos y en el de mesana, las águilas negras del Káiser de Alemania. En la cubierta principal la banda tocaba con energía el Himno Nacional de los Estados Unidos y «Dios salve al Rey». La playa estaba atestada de espectadores y dignatarios del gobierno, encabezados por el gobernador del territorio y el comandante del ejército de Su Majestad en África Oriental Británica, todos con uniformes de gala, incluidos los sombreros de tres picos con plumas y las espadas en las caderas.

Detenida en las aguas profundas, una flotilla de barcazas y fuertes botes de remo esperaba para transportar a los pasajeros a la playa. El presidente coronel Teddy Roosevelt y su hijo fueron los primeros en bajar a uno de los botes. Mientras los ilustres visitantes ocupaban sus asientos y los remeros dirigían el bote hacia la playa, las oscuras nubes de lluvia que amenazaban sobre la laguna abrieron sus compuertas y dejaron caer un aguacero torrencial sobre la escena, con un aluvión de truenos y relámpagos. Roosevelt llegó a la playa transportado sobre las aguas poco profundas en las espaldas de un musculoso porteador semidesnudo. Su chaqueta de caza estaba empapada y él estaba muerto de risa. Aquél era el tipo de aventura que más le gustaba.

El gobernador se acercó presuroso a saludarlo, agarrando con una mano el penacho de blancas plumas de avestruz de su sombrero de tres picos, y con la otra, tratando de desenredar su espada de entre las piernas. Había puesto su tren particular a disposición del Presidente y su séquito. Tan pronto estuvieron todos a salvo a bordo, las nubes desaparecieron y el sol brilló sobre las agitadas aguas de la laguna. La gran multitud estalló en un coro cantando «Porque es un buen compañero». El rollizo Teddy Roosevelt estaba de pie sonriendo y radiante, apoyado en la barandilla del vagón principal, y agradeció las aclamaciones mientras el maquinista hacía sonar el silbato y el tren arrancaba dando comienzo al viaje hacia el interior, hacia Nairobi.

Ciento cincuenta kilómetros tierra adentro el tren se detuvo en el desvío Voi, el

extremo sur de las vastas llanuras que se extendían entre los ríos Tsavo y Athi. Un banco de madera había sido instalado a manera de plataforma de observación sobre el paragolpes delantero de la locomotora. El Presidente y Frederick Selous subieron y se acomodaron sobre el banco. Selous era el más admirado de todos los cazadores africanos, autor de muchos libros de viajes y aventuras, y un naturalista que había dedicado su vida a estudiar y apreciar a los animales del gran continente. Famoso por su fortaleza y determinación, se decía de él que « cuando todos los demás quedan a la orilla del camino, Selous sigue adelante hasta el final ». Su físico era robusto; su barba, gris acero; tenía una mirada firme y de largo alcance, y su expresión era delicada y piadosa. Selous y Roosevelt, aunque tan diferentes en su apariencia, eran almas gemelas en las tierras salvajes.

Mientras el tren resoplaba por las llanuras de Tsavo, llenas de manadas de antílopes hasta el horizonte, los dos grandes hombres no dejaban de hablar entre ellos sobre las maravillas que los rodeaban. Cuando oscureció, se retiraron a la comodidad del vagón del gobernador. Cuando el tren llegó a la estación de Nairobi temprano a la mañana siguiente, toda la población estaba en la plataforma para ver, aunque no fuera más que por un momento, al Presidente.

Para los días siguientes se había organizado un programa de recepciones, bailes y encuentros deportivos que incluían polo y carreras de caballos, para agasajarlo. Pasó una semana antes de que Roosevelt terminara con sus obligaciones sociales y el safari estuviera listo para partir. Otra vez viajaron en tren hasta el remoto desvío en pleno monte, en las planicies de Kapiti. Cuando llegaron, el safari estaba formado como un pequeño ejército para encontrarse con ellos.

A la mañana siguiente, cuando comenzó la marcha, el Presidente, con Selous y su hijo a cada lado, cabalgaba encabezando la columna. Detrás de ellos, llevada por un *askari* uniformado, iba la bandera de los Estados Unidos flameando en la brisa. Luego seguía la banda de marchas de los RAR, ofreciendo una interpretación aproximada de « Dixie ». El resto del grupo de más de mil personas se extendía hacia atrás a lo largo de tres kilómetros sobre la pradera.

León Courtney no formaba parte de esa multitud. Durante las pasadas seis semanas había estado instalando montones de provisiones en los pozos de agua a lo largo de la ruta prevista del safari.



A regañadientes, Percy Phillips le había dado un ayudante a León. Al principio León se había sentido horrorizado.

—¿Hennie du Rand? —protestó—. Lo conozco. Es un afrikáner de Sudáfrica. El tipo luchó contra nosotros en la guerra. Actuó bajo el mando del famoso Koos de la Rey. Sólo Dios sabe cuántos ingleses mató.

—La Guerra de los Bóers terminó hace varios años —observó Percy—. Hennie puede ser un personaje duro, pero en el fondo es un buen tipo. Como la mayoría de los bóers, es un verdadero conocedor de la vida salvaje y ha matado a más elefantes y búfalos que cualquier otro hombre que yo conozca. También es un buen mecánico de motores. Puede ayudarlo a mantener en buen estado los vehículos y conducir uno. Usted necesitará que alguien lo ayude a matar suficiente cantidad de búfalos para mantener al safari bien provisto de carne fresca, y no hay nadie mejor que él. Puede aprender mucho de él, si sabe escuchar. Pero su principal recomendación es que trabajará por su comida y algunos chelines al día.

—Pero... —dijo León.

—No más peros. Hennie es su ayudante, y es mejor que se acostumbre a ello, jovencito.

En apenas las primeras pocas semanas, León descubrió que Hennie era no sólo un trabajador infatigable, sino que sabía mucho más acerca de mantenimiento de motores y de la vida en el monte que León, y estaba más que dispuesto a compartir esos conocimientos con él. Sus relaciones con el personal eran excelentes. Había vivido con personas de las tribus africanas toda su vida y comprendía sus hábitos y costumbres. Los trató con humor y respeto. Hasta les gustaba a Manyoro y a Ishmael. León descubrió en él una buena compañía para sentarse alrededor de la fogata en las noches, y era un fascinante contador de historias. Tenía más de cuarenta años y era flaco y musculoso. Su barba era entrecana y la cara y los brazos mostraban un oscuro bronceado. Hablaba con un fuerte acento afrikaans.

—*Ja, my jong boet* —le dijo a León, después de haber seguido a pie una manada de búfalos, matando a ocho hembras jóvenes y gordas con igual

cantidad de disparos—. Sí, mi joven amigo. Parece que vamos a poder hacer un cazador de usted todavía.

Con la ayuda de Manyoro y otros cuatro hombres desollaron, destriparon y descuartizaron a los animales muertos, para cargarlos en los dos vehículos y entregarlos a menos de un kilómetro del enorme campamento principal del safari presidencial. Eso era lo más cerca que Percy les permitía llegar. No quería que el Presidente y Selous fueran molestados por el ruido de los motores. Otro grupo de porteadores llegó desde el campamento para llevar la carne.

Cuando quedaron solos, León y Hennie dejaron el Vauxhall más viejo debajo de una afzelia africana e instalaron una polea en la rama principal del árbol. Levantaron la parte trasera del coche y entre ambos sacaron el diferencial, que había estado haciendo un alarmante ruido metálico. Empezaban a dismantelar la pieza en cuestión y a colocar las partes sobre un gastado cuadrado de lona impermeable cuando oyeron el ruido de cascos de caballos que se acercaban. El jinete era un joven que llevaba pantalones de montar y un sombrero de ala ancha. Desmontó y ató su caballo; luego se acercó hasta donde estaban trabajando.

—Hola. ¿Qué están haciendo? —Habló arrastrando las palabras, con un inconfundible acento nasal estadounidense.

Antes de responder, León lo miró de arriba abajo. Sus botas de equitación eran costosas y los pantalones caqui estaban recién lavados y planchados. Tenía una cara agradable, pero no muy atractiva. Cuando se quitó el sombrero, apareció el pelo de un color castaño indefinido, pero su sonrisa era amistosa. León tuvo la impresión de que ambos eran casi de la misma edad. El otro no tendría más de veintidós años como máximo.

—Tenemos un problemita con este viejo carromato —explicó León, y el desconocido sonrió.

—Tienen un problemita con este viejo carromato —repitió—. Dios mío, adoro ese acento inglés. Podría escucharlo todo el día.

—¿Qué acento? —lo imitó León—. Yo no tengo ningún acento. Pero tú, tú sí que tienes un acento gracioso. —Se echaron a reír.

El desconocido extendió la mano.

—Me llamo Kermit. —León se miró la palma de sus manos llenas de grasa negra—. No hay problema —le aseguró Kermit—. Me encanta jugar con los coches. Tengo un Cadillac en casa.

León se limpió la mano en los pantalones y la extendió.

—Yo soy León, y este tipo zaparrastroso es Hennie.

—¿Molesto si me siento un rato?

—Ya que eres tan buen mecánico, puedes darnos una mano. ¿Qué tal si sacamos esta cadena y el piñón? Toma una llave inglesa.

Trabajaron concentrados y en silencio durante varios minutos, pero tanto

León como Hennie observaban con disimulo al recién llegado. Por fin, Hennie dio su opinión *sotto voce*.

—*Hy weet wat hy doen.*

—¿Qué lengua es ésa, y qué dijo Hennie?

—Es afrikaans, una versión africana del holandés, y dijo que sabes lo que estás haciendo.

—Ustedes también, amigos.

Siguieron trabajando por un rato, luego León le preguntó:

—¿Eres parte del gran circo Barnum y Bailey?

Kermit se rio divertido.

—Sí, supongo que sí.

—¿Cuál es tu trabajo? ¿Eres del Instituto Smithsonian?

—Se podría decir que sí, aunque la mayor parte del tiempo me quedo por ahí escuchando a un grupo de ancianos diciendo montones de cosas acerca de cuánto mejor era todo en sus tiempos —respondió Kermit.

—Parece muy divertido.

—¿Ustedes cazaron todos esos búfalos que llevaron al campamento esta mañana?

—Es parte de nuestro trabajo mantener al día la provisión de carne del campamento.

—Eso sí que es divertido. ¿Les molesta si voy con ustedes la próxima vez que salgan de cacería?

León y Hennie intercambiaron una mirada. Luego León preguntó con cautela:

—¿Qué calibre es el rifle que llevas?

Kermit se dirigió a su caballo y sacó el arma de su funda debajo del faldón de la montura. Volvió y se la pasó a León, que movió la palanca de acción manual para verificar que la recámara estuviera vacía y luego se la puso sobre el hombro.

—Un Winchester 405. Tengo entendido que es un buen rifle para búfalos, pero que patea como los puñetazos de Bob Fitzsimmons —dijo—. ¿Eres bueno con él?

—Creo que sí. —Kermit recuperó el arma—. Lo llamo Gran Medicina.

—Muy bien. Encontrémonos aquí pasado mañana a las cuatro de la mañana.

—¿Por qué no me recoges en el campamento principal?

—Está prohibido —explicó León—. A nosotros, formas inferiores de vida animal, no se nos permite molestar a los grandes y poderosos.

A las cuatro de la mañana todavía estaba oscuro, y él y Hennie fueron al lugar del encuentro, seguidos por los desolladores y los rastreadores con un grupo de mulas; allí estaba Kermit esperándolos. León se sorprendió. Había dudado de que apareciera. Siguieron un rastro de presas durante las horas que quedaban de

oscuridad. Manyoro caminaba adelante para advertir la presencia de tocones y agujeros. Hacía frío y Kermit se acurrucaba debajo de una pieza de lona impermeable para protegerse del viento. Cuando el rastro llegó al lecho de un río seco que era un obstáculo insuperable para los vehículos, detuvieron el vehículo debajo de un árbol y bajaron. Cuando sacaron los rifles, Kermit observó atentamente el de León.

—Esa arma ha tenido una vida larga.

—Ha visto algo de acción —aceptó León. Percy le había prestado un muy viejo y maltrecho Jeffreys 404 de su propia colección de armas porque su munición costaba menos de la cuarta parte que la del Holland 479 y era más fácil de conseguir. A pesar de su aspecto, el arma era exacta y confiable, pero León no se sentía orgulloso de ella.

—¿Eres bueno con ella? —se burló discretamente Kermit.

—En un buen día.

—Esperemos que hoy sea un buen día —lo acicateó el otro.

—Ya lo veremos.

—¿Adonde nos estamos dirigiendo? —Kermit cambió de tema.

—Ayer a última hora Manyoro descubrió una manada grande que se movía en esta dirección. Él nos está llevando.

Bajaron al lecho y pasaron junto a un enorme charco verde cuyas aguas no se habían secado todavía desde la anterior estación de lluvias. Los bordes habían sido pisoteados por muchos animales, incluyendo manadas de búfalos, que bebían en él con regularidad. Subieron por la otra orilla hacia un área de acacias en flor y claros abiertos cubiertos de verde hierba nueva. El amanecer llegó esplendoroso, con su aire fresco y suave. Los habitantes de la selva despertaban a la vida. Los hombres se detuvieron por varios minutos en un claro para observar a un grupo de mandriles que buscaban insectos y raíces para alimentarse. Eran conducidos por machos jóvenes, alertas y atentos al peligro. Detrás de ellos seguían las hembras, con sus colas en alto para exhibir sus desnudos traseros rosados y partes íntimas, anunciando su madurez y disponibilidad. Algunas llevaban las crías en el lomo, como jinetes. Los pequeños más crecidos retozaban y se perseguían con bravuconadas en el claro. En la retaguardia, los enormes machos mayores se movían con arrogancia y pavoneándose, listos para correr hacia adelante para enfrentar cualquier amenaza que los machos más jóvenes en la vanguardia descubrieran. Una pequeña manada de antilopes jeroglífico, animales de cuerpo delicado con cuernos en espiral y rayas color crema sobre los hombros, acompañaba al grupo. Usaban la avanzada de simios vigilantes como centinelas y vigías, para evitar leopardos y otros predadores.

Cuando el desfile de animales pasó, los hombres continuaron; pero se detuvieron otra vez detrás de Manyoro cuando éste señaló con su lanza la tierra blanda en el otro lado del claro, que había sido pisoteada por el paso de grandes



pezuñas.

—Ésa es la manada.

—¿Cuántos, Manyoro?

—Doscientos, quizá trescientos.

—¿Cuándo?

Manyoro trazó un breve arco sobre el cielo del amanecer.

—Menos de una hora —tradujo León para Kermit—. Están comiendo lentamente mientras se dirigen hacia un refugio más espeso debajo de las colinas donde permanecerán tendidos durante el calor del mediodía. Recuerda ahora lo que te dije. Les disparamos sólo a las hembras de tres y cuatro años.

—¿Por qué no podemos dispararles a los machos grandes? —objetó Kermit.

—Porque la carne es dura como los neumáticos del coche y sabe mucho peor. Ni siquiera un ndorobo hambriento la tocaría. Kermit asintió tristemente con la cabeza. León miró otra vez a Manyoro.

—Sigue la huella —ordenó.

No habían andado más de un kilómetro y medio cuando el monte abierto se hizo mucho más denso. A poca distancia se volvió tan espeso que no podían ver a través de él a más de unos pocos metros. De pronto Manyoro alzó la mano y se detuvieron para escuchar. Desde adelante llegaba el crujido de muchos cuerpos grandes que se movían a través del sotobosque, y luego escucharon el bramido quejoso de un ternero destetado pidiendo a gritos la ubre de su madre.

León se inclinó hacia Kermit y susurró:

—¡Bien! Aquí vamos. No dispares hasta que uno de nosotros lo haga. Tenemos que acercarnos lo suficiente para poder darles en los sesos. No les dispares al cuerpo. No queremos dañar la carne y no será muy bueno para nuestra salud tener que seguir a un búfalo herido a través de esta espesura. —Le hizo una seña con la cabeza a Manyoro y continuaron.

Entraron en un área de segundo crecimiento donde, en la anterior temporada seca, un incendio de bosques lo había quemado todo. La maleza era suficientemente baja para dejar a la vista a cientos de oscuros lomos bovinos, pero bastante alta para cubrir el resto de sus cuerpos. La manada estaba comiendo cuando ellos se acercaron, así que tenían las cabezas bajas. Entonces, uno se irguió y los miró directamente. La base de los cuernos se unía por encima de su cabeza en un bulto redondeado y las puntas se curvaban hacia abajo a cada lado, lo que daba a la bestia un aspecto de tristeza. Se quedaron inmóviles de inmediato y el búfalo no pareció reconocerlos como humanos. Estaba masticando un bocado de hierba áspera, y después de un rato bufó y bajó la cabeza para continuar con la comida.

—Manyoro, esto es demasiado espeso —susurró León—, pero han cambiado de dirección. Parece que no piensan quedarse acá hasta mucho más tarde en el día. Ahora están retrocediendo hacia el río que cruzamos más temprano esta

mañana. Creo que van a beber en aquel charco.

—*Ndio, bwana*. Nos han llevado en círculo. El río corre precisamente por este lado de esa colina pequeña. —Manyoro señaló una elevación rocosa a menos de dos kilómetros hacia adelante.

—Debemos adelantarnos a la manada para esperarlos, echados, al otro lado del charco —ordenó León.

En fila india, Manyoro los llevó al trote, rodeando a la manada que se movía lentamente, manteniéndose con el viento a favor. Una vez que se adelantaron, se lanzaron a la carrera y corrieron a toda velocidad hacia el río. Cuando llegaron al lugar, continuaron hasta el otro lado del amplio lecho arenoso y tomaron posiciones entre los árboles en el lado más alejado.

No tuvieron que esperar demasiado tiempo antes de que los búfalos guías bajaran al lecho todos juntos. Bufando y mugiendo de sed, corrieron en estampida al charco, y cuando los animales conductores estuvieron con el agua hasta la panza, bajaron las cabezas y bebieron con avidez. El ruido que estaban haciendo era tan fuerte que ahogaron el susurro de León a Kermit.

—Elige una hembra en el lado de la manada más cerca de ti. El alcance es de treinta metros. Recuerda, apunta a la cabeza. Si yerras, sabré apoyar tu disparo.

—No erraré —respondió Kermit en otro susurro, y levantó el Winchester. Alarmado, León vio que el estadounidense estaba temblando. La boca del rifle se movía de manera irregular.

¡Fiebre de novato! Había reconocido los síntomas de la emoción incontrolable que puede dominar a un principiante cuando se encuentra por primera vez con una peligrosa pieza de caza mayor. Abrió la boca para pedirle que no disparara, pero el Winchester rugió y el cañón saltó alto en el aire. León vio la bala que rebotaba en el lomo de un macho enorme en el borde del charco para luego volar hasta darle en el cuarto trasero a la hembra que estaba detrás de él. Se dio cuenta de que el fuerte culatazo del Winchester le había hecho perder el equilibrio a Kermit y por el momento no podía vérselo. Antes de que pudiera recuperarse, León hizo dos tiros rápidos, volviendo a mover el cerrojo del Jeffreys suavemente sin bajar la culata del hombro. La primera bala le dio al macho herido justo debajo de la unión de sus cuernos y el animal cayó muerto antes de que golpeará el suelo. El segundo le dio a la hembra herida en el momento en que se preparaba para regresar corriendo barranco arriba. Le dio en la base del cráneo, en la coyuntura con la columna vertebral. La bestia cayó con la nariz hacia adelante sobre la arena blanca y quedó inmóvil.

A la izquierda de León, Hennie estaba trabajando con la rapidez de una máquina, disparándole a la manada de animales apiñados y aterrorizados. Con cada disparo, uno caía. Kermit se recuperó del culatazo del Winchester y vio que el macho al que le había disparado estaba muerto, como también lo estaba la

hembra detrás de él. Dejó escapar un grito salvaje de vaquero.

—*Yee-ha!* Bajé a dos con un tiro.

Levantó su rifle otra vez, pero León le gritó:

—¡Basta! No dispares. —Kermit pareció no escucharlo. Disparó otra vez. León dio media vuelta para seguir la trayectoria de su bala, listo para terminar a cualquier animal que hiriera. Pero esta vez Kermit había logrado un disparo perfecto al cerebro y otro búfalo macho cayó.

—¡Basta! —gritó León—. ¡Deja de disparar! —Empujó hacia abajo el cañón del rifle de Kermit cuando trató de levantarlo otra vez. Debajo de ellos la manada subió ruidosamente la orilla opuesta del lecho seco, y retumbó entre los arbustos, dejando nueve búfalos muertos tendidos alrededor del charco.

Kermit todavía estaba temblando por la emoción.

—¡Madre mía! —exclamó casi sin aliento—. Ésta fue la mejor diversión que alguna vez he vivido. ¡Conseguí tres búfalos con dos tiros! Debe de ser una especie de récord.

León estaba divertido ante su júbilo infantil. No se animaba a decirle lo que realmente había ocurrido y arruinarle la emoción. En cambio, se rio con él.

—¡Bien hecho, Kermit! —Le dio un ligero golpe en el hombro—. Qué buen disparo. Nunca he visto algo semejante. —Kermit le sonrió con gran entusiasmo. Ni por un momento León sospechó que esa pequeña mentira piadosa cambiaría para siempre su vida.



Para cuando terminaron de descuartizar los enormes cuerpos, ya estaba oscuro. En lugar de arriesgarse a viajar de noche por los senderos de los animales, que estaban llenos de tocones de árboles viejos y pozos de cerdos hormigueros que podían hacer añicos la suspensión del coche, acamparon al costado del cauce seco. Ishmael preparó lengua de búfalo para la cena, y después tomaron el café alrededor del fuego escuchando a las hienas, que habían sido atraídas por el olor a la sangre y los intestinos de los búfalos, y que aullaban y gritaban entre la maleza oscura alrededor del campamento. Hennie revolvió su mochila y encontró una botella, le sacó el corcho y se la ofreció a Kermit, que la sostuvo

contra el fuego. Estaba medio llena con un pálido líquido marrón.

—El Presidente no permite licores fuertes en el campamento. No he tomado un verdadero trago en un mes. ¿Qué clase de veneno es esto? —preguntó con cautela.

—Mi querida tía en Malmesbury, allá en Ciudad del Cabo, lo hace con duraznos. Se llama *mampoer*. Te hará crecer el pelo en el pecho y pondrá perdigones en tu rifle de juguete.

Kermit tomó un trago. Sus ojos se abrieron muy grandes cuando tragó.

—Tú puedes llamarlo *mam...* lo que sea. Para mí es un licor destilado de contrabando... alcohol puro. —Se secó la boca con el dorso de la mano y le pasó la botella a León—. ¡Bebe un chorro de esto, compañero! —Todavía estaba eufórico, y León estaba aún más contento porque le había permitido atribuirse las muertes de los búfalos. La botella dio dos vueltas alrededor del fuego antes de quedar vacía. Los tres estaban de un humor expansivo.

—Así que, Hennie, tú eres de Sudáfrica. ¿Estuviste allí durante la guerra? —quiso saber Kermit.

Hennie pensó su respuesta por un minuto.

—*Ja*, estuve ahí.

—Leímos mucho sobre eso en los Estados Unidos. Los periódicos decían que era algo como nuestra propia guerra contra el Sur. Muy dura y amarga.

—Para algunos de nosotros fue peor que eso.

—Da la impresión de que estuviste involucrado en la lucha.

—Estuve con De la Rey.

—Leí acerca de él —dijo Kermit—. Era el jefe de comandos más grande de todos. Cuéntanos algo sobre eso.

El *mampoer* había aflojado la lengua del habitualmente taciturno bóer. Se puso casi elocuente al describir la lucha en los campos de Sudáfrica, donde treinta mil agricultores bóers llevaron casi hasta sus límites el poderío militar del imperio más grande que el mundo alguna vez había visto.

—Jamás nos habrían obligado a rendirnos si ese maldito carnicero de Kitchener no se hubiera vuelto contra las mujeres y los niños que habíamos dejado en nuestras granjas. Quemó las granjas y mató el ganado. Arreó a todas las mujeres y los niños a sus campos de concentración y puso anzuelos de pesca en su comida para que escupieran sangre antes de morir. —Una sola lágrima se deslizó sobre una de sus curtidas mejillas marrones. La secó y se excusó tartamudeando—. ¡Ah! Lo siento. Es el *mampoer*, pero son malos recuerdos. Mi esposa, Annetjie, murió en los campos. —Se puso de pie—. Voy a acostarme. Buenas noches. —Recogió su manta enrollada y se alejó hacia la oscuridad. Después de que se retiró, Kermit y León permanecieron sentados en silencio por un rato. Su estado de ánimo era melancólico en ese momento.

León habló en voz baja.

—No eran anzuelos. La difteria fue la que los mató. Hennie no puede comprender que eso no fue deliberado de nuestra parte, pero las mujeres bóers habían vivido siempre en campo abierto. Cuando las pusieron a todas juntas, no tenían la menor idea de la higiene. No sabían cómo mantener limpios los campamentos. Se convirtieron en sucios pozos que fueron el origen de la plaga. —Suspiró—. Después de la guerra, el gobierno británico ha tratado de compensarlos. Se han gastado millones de libras en el país para reconstruir las granjas. El año pasado se permitieron elecciones libres. Ahora un gobierno encabezado por los dos generales bóers, Louis Botha y Jannie Smuts, conduce el país. Nunca un vencedor ha tratado al vencido con tanta generosidad y magnanimidad como la que ha mostrado Gran Bretaña.

—Pero comprendo los sentimientos de Hennie —dijo Kermit—. Hay muchas personas en el Sur de nuestro país que, incluso después de cuarenta años, no han podido olvidarse y perdonar.



A la mañana siguiente Hennie actuó como si la conversación no hubiera ocurrido. Después de desayunar con café y las sobras de la lengua fría, subieron al coche. Los rastreadores y los desolladores acomodaron los trozos ensangrentados de los búfalos en las mulas de carga. Kermit persuadió a León para que lo dejara conducir el vehículo, y Hennie los siguió en el segundo coche.

Otra vez el humor de Kermit era alegre y despreocupado. A León le parecía una compañía agradable. Tenían mucho en común. A ambos los apasionaban los caballos, los automóviles y la caza, y tenían muchos temas para hablar. Aunque Kermit no dio más detalles, dejó entrever que tenía un padre rico y poderoso que dominaba su vida.

—Mi padre era igual —dijo León.

—¿Y tú qué hiciste?

—Le dije: «Papá, yo lo respeto, pero no puedo vivir según sus reglas». Entonces, me fui de casa y entré en el ejército. Esto fue hace cuatro años. No he vuelto desde entonces.

—¡Hijo de tu madre! Eso debe de haber requerido agallas. Muchas veces

deseo poder hacer lo mismo, pero sé que nunca lo haré.

León descubrió que cuanto más conocía a Kermit, más le gustaba. «Qué diablos —pensó—. Dispara como un loco maniático, pero nadie es perfecto». Durante sus conversaciones, descubrió que Kermit era un entusiasta naturalista y ornitólogo. Tenía que serlo, si estaba en el Smithsonian, razonó León, y le dijo a Kermit que detuviera el coche cada vez que descubriera algún insecto, ave o animal pequeño interesante para mostrarle. Hennie continuó avanzando y desapareció en la distancia.

No estaban lejos del sitio donde Kermit había dejado el día anterior su caballo, apenas a unos kilómetros del campamento presidencial, cuando repentina e inesperadamente dos hombres blancos salieron de entre los arbustos para quedar en el camino delante de ellos. Estaban vestidos con ropa de safari, aunque ninguno llevaba un rifle. Sin embargo, uno estaba armado con una cámara grande y un trípode.

—¡Que se vayan al infierno! Los caballeros del cuarto poder —farfulló Kermit—. No puedo librarme de ellos. —Frenó hasta detener el vehículo—. Supongo que no hay más remedio que ser simpáticos y educados con ellos o nos van a destrozarnos.

El más alto de los dos desconocidos se acercó al lado del conductor.

—Disculpen, caballeros —dijo sonriendo, para tratar de congraciarse con ellos—. ¿Puedo abusar de su buen talante y hacerles algunas preguntas? ¿Están ustedes por casualidad relacionados con el safari del presidente Roosevelt?

—El señor Andrew Fagan de la Associated Press, supongo, para parafrasear las palabras inmortales del doctor David Livingstone. —Kermit echó su sombrero hacia atrás y le devolvió la sonrisa.

El periodista retrocedió, asombrado; luego lo miró con más atención.

—¡El señor Roosevelt hijo! —exclamó—. Por favor, perdóneme. No lo reconocí con esa ropa. —Tenía los ojos puestos en la ropa sucia y manchada de sangre de Kermit.

—¿Hijo de quién? —preguntó León.

Kermit se sintió incómodo, pero Fagan se apuró a responder.

—¿Usted no sabe con quién está viajando? Éste es Kermit Roosevelt, el hijo del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

León se volvió a su nuevo amigo con mirada acusadora.

—¡No me lo dijiste!

—No me preguntaste.

—Podrías haberlo mencionado —insistió León.

—Eso habría cambiado las cosas entre nosotros. Siempre ocurre.

—¿Quién es este joven amigo suyo, señor Roosevelt? —quiso saber Andrew Fagan y sacó su libreta de notas de su bolsillo trasero.

—Éste es mi cazador, el señor León Courtney.

—Parece demasiado joven. —Fagan observó con recelo.

—No es necesario tener una larga barba gris para ser uno de los mejores cazadores de África —replicó Kermit.

—¡... de los mejores cazadores de África! —Fagan garabateó los signos taquigráficos en su libreta—. ¿Cómo deletrea su nombre, señor Courtney? ¿Con una « e », o con dos?

—Sólo una. —León se sentía incómodo y miró furioso a Kermit—. Mira en lo que me has metido ahora.

—Supongo que ustedes han salido de caza. —Fagan señaló la cabeza del búfalo macho en la parte de atrás—. ¿Quién le disparó a esa criatura?

—El señor Roosevelt lo hizo.

—¿Qué es?

—Es un búfalo del Cabo, *Syncerus caffer*.

—Mi Dios, ¡es inmenso! ¿Podemos tomar algunas fotografías, por favor, señor Roosevelt?

—Sólo si usted nos da un par de copias. Una para León y otra para mí.

—Por supuesto. Traigan sus armas. Sacaremos una con cada uno de ustedes a cada lado de los cuernos.

El fotógrafo armó el trípode y armó la pose. Kermit se mostró sereno y elegante. León, como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento. El polvo del flash estalló en una nube de humo, para consternación de los desolladores y otro personal del campamento, que se habían detenido en el carro.

—¡Bien! ¡Perfecto! ¿Podemos ahora hacer que ese nativo con túnica roja aparezca en la fotografía? Dígale que sostenga la lanza más en alto. Así. ¿Quién es? ¿Alguna especie de jefe?

—Es el rey de los masai.

—¿En serio? Dígale que adopte un gesto de ferocidad.

—Este estúpido loco cree que estás vestido como una mujer —le dijo León a Manyoro en lengua *maa*, y éste lanzó una furiosa mirada con el ceño fruncido al fotógrafo.

—¡Perfecto! ¡Santo cielo, eso es fantástico!

Pasó otra media hora antes de que pudieran continuar.

—¿Siempre ocurre esto? —preguntó León.

—Uno se acostumbra. Tienes que ser amable con ellos; de otra manera, escriben toda clase de sandeces acerca de uno.

—Sigo pensando que debiste haberme dicho que tu padre era el bendito presidente.

—¿Podemos cazar juntos otra vez? Me han asignado como cazador a un viejo llamado Mellow. Me sermonea como si fuera un niño de escuela y trató de impedirme disparar.

León pensó en ello.

—En dos días, el campamento principal se va a trasladar hasta el río Ewaso Ng'iro. Tengo que transportar las carpas y el equipo pesado hasta ese lugar antes de que llegue. Pero me gustaría cazar otra vez contigo si mi jefe me lo permite. No eres un mal tipo, a pesar de tus pobres antecedentes.

—¿Quién es tu jefe?

—Un viejo caballero llamado Percy Phillips, aunque mejor no le digas viejo en la cara.

—Lo conozco. Cena a menudo con mi padre y con el señor Selous. Haré lo que pueda. No creo que pueda seguir mucho más con el señor Mellow.



El destino jugó a favor de Kermit. Dos noches después de que el gran safari se trasladó al campamento en la orilla sur del río Ewaso Ng'iro, el chef que lord Delamere le había prestado al Presidente preparó un banquete para celebrar el Día de Acción de Gracias estadounidense. No había pavos así que el Presidente mismo cazó una gigantesca avutarda Kori. El chef asó el ave e inventó un relleno que contenía hígado de búfalo especiado.

A la mañana siguiente, la mitad de los hombres en el campamento fueron atacados por una virulenta diarrea. Aparentemente, el hígado de búfalo se había deteriorado con el calor. Incluso Roosevelt —él, que tenía una constitución de hierro— estaba descompuesto. Frank Mellow, que había sido asignado como el cazador de Kermit, fue uno de los más afectados, y el médico del campamento lo envió al hospital en Nairobi.

Kermit, que no había comido el relleno, aprovechó la situación. Negoció el nombramiento de su cazador sustituto con su padre a través de la puerta del rudimentario excusado exterior al que el Presidente se había visto confinado debido a su indisposición. Roosevelt opuso apenas una resistencia simbólica a la propuesta de su hijo, y Kermit pudo dirigirse a Percy Phillips como el portador del decreto presidencial. Aquella noche, León se vio conducido a entrar en la carpa de Percy.

—No sé qué ha estado maquinando usted, pero las cosas se han complicado. Kermit Roosevelt quiere que sea nombrado su cazador en reemplazo de Frank



Mellow y ha persuadido a su padre para que lo autorice. No consultaron conmigo, de modo que no tuve otra opción más que aceptar. —Miró furioso a León—. Usted aún usa pañales. No se ha enfrentado todavía a un león, ni a un leopardo, ni a un rinoceronte, y se lo dije al Presidente. Pero está enfermo y no quiso escuchar. Kermit Roosevelt es un joven bribón salvaje e imprudente, igual que usted. Si él llega a sufrir alguna herida, usted y yo estamos terminados. Nunca volveré a tener otro cliente y a usted lo estrangularé lentamente con mis propias manos. ¿Me comprende?

—Sí, señor, comprendo muy bien.

—Muy bien, vaya y hágase cargo. No puedo impedirlo.

—Gracias, señor.

León comenzó a retirarse, pero Percy lo detuvo.

—¡León!

Se volvió, sorprendido. Percy nunca antes lo había llamado por su nombre. Luego, con una sorpresa todavía mayor, vio que Percy estaba sonriendo.

—Ésta es tu gran oportunidad. Nunca tendrás otra igual. Si tienes suerte y sabes aprovecharla, estarás en camino a lo más alto. Buena suerte.



Al día siguiente, León y Kermit salieron sin rumbo fijo, sin buscar ninguna presa en particular, pero listos para tomar lo que la jornada les deparara.

—Si encontráramos un león, un macho viejo de melena negra, sería mi sueño hecho realidad. Ni siquiera mi padre ha cazado uno de éstos.

—Tal vez tengas que esperar hasta que abandonemos el territorio masai —informó León—. Este país es muy poco saludable para los grandes leones de melena negra.

—¿Por qué? —Kermit estaba intrigado.

—Todo joven *morani* anhela tener la oportunidad de matar a su león y demostrar su virilidad. Todos los *morani* del mismo año de circuncisión salen en un grupo de guerra. Cazan a un león y lo rodean. Cuando el león se da cuenta de que no puede escapar, escoge a uno de los hombres y lo ataca. El *morani* debe permanecer de pie y enfrentar el ataque con su escudo y su *assegai*. Cuando lo

mata, se le permite hacerse un tocado de guerra con la melena y llevarlo con honor. También puede escoger a cualquier muchacha de la tribu. Esta costumbre reduce bastante la población de leones.

—Estoy seguro de que yo tomaría a la muchacha antes que el tocado de piel. —Kermít se rio—. Pero uno no puede menos que admirar este tipo de coraje. Son un pueblo magnífico. Mira a tu hombre, Manyoro. Se mueve con toda la gracia de una pantera.

Manyoro iba trotando delante de los caballos, pero en ese momento se detuvo y se apoyó sobre su lanza, esperando que los jinetes lo alcanzaran. Señaló hacia la inmensa forma oscura que se hallaba en la llanura abierta, en el borde de un monte bajo. Estaba casi a un kilómetro y medio de distancia y su contorno se veía etéreo a través del reflejo trémulo del aire recalentado.

—Rinoceronte. Desde aquí parece un macho grande. —León buscó en las alforjas de su montura y sacó un par de binoculares Cari Zeiss que Percy le había dado como reconocimiento por su ascenso de aprendiz de cazador a cazador oficial. Enfocó las lentes y estudió aquella forma distante—. Es un rinoceronte, sin duda, y el más grande que jamás he visto. ¡Ese cuerno es increíble!

—¿Más grande que el que mi padre cazó hace cinco días?

—Yo diría que es mucho, mucho más grande.

—Lo quiero —dijo Kermít, con vehemencia.

—Yo también —coincidió León—. Daremos la vuelta contra el viento y lo acecharemos desde aquellos arbustos. Tendríamos que poder lograr un disparo limpio para ti desde treinta o cuarenta metros.

—Eres igual que Frank Mellow. Quieres que vaya gateando en cuatro patas o me arrastre sobre mi panza como una serpiente de cascabel. Estoy harto de eso. —Kermít ya estaba temblando por la emoción de aquella perspectiva de caza—. Te voy a mostrar cómo solían cazar bisontes los viejos pioneros del Oeste norteamericano. Sígueme, compañero. —Dicho esto, apretó los talones en los flancos de su yegua y partió al galope por la llanura directamente hacia el distante animal.

—¡Kermít, espera! —gritó León detrás de él—. No seas tonto. —Pero Kermít ni siquiera miró hacia atrás. Sacó su Gran Medicina de la funda debajo de su rodilla y lo blandió por encima de la cabeza.

—Percy tiene razón. Eres un bribón salvaje e imprudente —se lamentó León, a la vez que hacía que su propio caballo se lanzara detrás de él.

El rinoceronte los escuchó venir, pero su vista era tan débil que no pudo ubicarlos de inmediato. Dio la vuelta por completo con su enorme cuerpo, pateando polvo y resoplando con fiereza, mientras miraba para todos lados con sus miopes ojitos de cerdo.

—*Ye-ha!* —Kermít dejó escapar su grito de vaquero.

Guiado por el ruido, el rinoceronte se concentró en la forma de caballo y jinete, y de inmediato se lanzó al ataque. Kermit, que iba parado en los estribos, levantó su rifle y disparó desde la parte posterior del caballo al galope. Su primera bala voló a gran altura sobre el lomo del rinoceronte y levantó polvo de la llanura doscientos metros detrás de él. Volvió a cargar con un rápido movimiento de la palanca y disparó otra vez. León escuchó el ruido sordo de carne que hizo la bala al encontrarse con el cuerpo de la bestia, pero no pudo ver dónde había golpeado. El rinoceronte ni se inmutó por ese disparo, sino que fue precipitadamente a encontrarse con el caballo.

Kermit erró otra vez en su siguiente disparo al azar, y León vio que el polvo volaba entre las patas delanteras del rinoceronte. Kermit disparó otra vez, y León escuchó que este disparo daba sobre los pliegues del cuero gris. El enorme macho corcoveó, dolorido, y levantó con fuerza su cuerno, para luego bajarlo, preparado para cornear al caballo apenas estuvieran juntos.

Pero Kermit fue demasiado rápido para él. Con la destreza de un experto jugador de polo, usó las rodillas para hacer girar a su caballo fuera de la línea de ataque. Caballo y rinoceronte pasaron uno junto al otro en direcciones opuestas, y aunque este último apuntó a Kermit con su largo cuerno, la punta pasó veloz a un palmo de su rodilla. Al mismo tiempo, Kermit se inclinó fuera de la silla de montar y disparó, con la boca del arma casi tocando el cuero gris entre los hombros hundidos del enorme macho. Cuando el rinoceronte recibió la bala, encorvó sus hombros y corcoveó. Dio la vuelta para perseguir al caballo, pero ahora su andar era más corto y dificultoso. Espuma con sangre goteaba de su boca abierta. Kermit frenó su caballo mientras recargaba el rifle; luego disparó dos veces más. Cuando el rinoceronte recibió estas últimas balas, su cuerpo tuvo una convulsión y disminuyó la velocidad casi a ritmo de marcha. La enorme cabeza colgaba baja y el animal se tambaleaba de manera irregular de un lado al otro.

Mientras se acercaba al galope, León quedó horrorizado ante aquel brutal despliegue. Iba en contra de toda idea que él tenía de juego limpio y de matar de manera humanitaria. Hasta entonces no había podido intervenir en la carnicería por miedo a herir a Kermit o dañar su montura, pero en ese momento su campo de fuego estaba claro. El rinoceronte herido se encontraba a menos de treinta pasos y Kermit estaba a un costado recargando su rifle. León hizo que su caballo frenara con las patas traseras y patinara hasta detenerse. Sacó de un golpe los pies de los estribos y saltó al suelo, llevando consigo el Holland. Apuntó al lugar donde la espina dorsal del rinoceronte se unía al cráneo, y la bala partió las vértebras como la hoja del hacha de un verdugo.

Kermit trotó hasta el cuerpo del animal y desmontó. Su cara estaba roja y los ojos le centelleaban.

—Gracias por tu ayuda, socio. —Se rio—. ¡Por Dios! ¡Eso sí que fue muy

emocionante! ¿Qué te pareció el estilo del Lejano Oeste para la caza? Grandioso, ¿no? —No dio muestras de la más mínima culpa o remordimiento por lo que acababa de ocurrir.

León tuvo que respirar hondo para controlar su enojo.

—Fue salvaje, te concedo eso. No estoy tan seguro acerca de que fuera grandioso —dijo, sin cambiar el tono de voz—. Se me cayó el sombrero. —Montó de un salto y regresó a buscarlo.

«¿Qué hago ahora? —se preguntó—. ¿Me enfrento con él? ¿Le digo que se busque otro cazador?» Vio el sombrero en el suelo más adelante, cabalgó hasta él y desmontó. Lo recogió y le quitó el polvo contra su pierna. Luego se lo puso. «¡Sé sensato, Courtney! Si te alejas, estás terminado. Sería lo mismo que regresar a Egipto a trabajar con tu padre».

Montó y cabalgó lentamente de regreso a donde estaba Kermit, parado junto al rinoceronte muerto, acariciando el largo cuerno negro. Levantó la vista con expresión pensativa cuando León desmontó.

—¿Algo te molesta? —preguntó en voz baja.

—Me estaba preocupando por cómo va a sentirse el Presidente cuando vea ese cuerno. Debe de estar muy cerca del metro y medio de largo. Espero que no se ponga verde brillante. —León consiguió mantener su sonrisa natural. Sabía que esas palabras eran un perfecto signo de reconciliación.

Kermit se relajó visiblemente.

—Ese color le podría quedar muy bien. No veo la hora de mostrárselo.

León miró al sol.

—Es tarde. No podremos regresar al campamento principal ahora. Pasaremos la noche aquí.

Ishmael los había seguido, montado en una mula, con otra que llevaba las ollas de cocina y los demás utensilios que necesitaban. Apenas se acercó, comenzó a preparar un rudimentario campamento para esa noche.

Antes de que estuviera completamente oscuro, les trajo la cena. Se inclinaron contra las sillas de montar, con los platos enlozados haciendo equilibrio sobre sus rodillas, para devorar el guiso de arroz amarillo y gacelas Tommy macho.

—Ishmael es un mago —dijo Kermit con la boca llena—. He comido cosas peores en los restaurantes de Nueva York. Díselo, por favor.

Ishmael recibió el cumplido con seriedad.

León dejó su plato limpio y puso la última cucharada en su boca. Todavía masticando, metió la mano en la alforja de su montura y sacó una botella. Le mostró la etiqueta a Kermit.

—Whisky Bunnahabhain de una sola malta. —Kermit sonrió alegremente.

—¿Dónde demonios encontraste esto?

—Con los saludos de Percy. Aunque él no tiene conciencia de su propia generosidad.

—Por Dios, Courtney. Eres tú el auténtico mago.

León vertió una medida en sus jarros esmaltados y bebieron a sorbos, suspirando con placer.

—Supongamos por un momento que soy tu hada madrina —propuso León— que puedo concederte cualquier deseo. ¿Cuál sería?

—¿Aparte de una hermosa y bien dispuesta muchacha?

—Aparte de eso.

Ambos chasquearon la lengua, y Kermit lo pensó durante sólo unos segundos.

—¿De qué tamaño era ese elefante que mi padre cazó hace algunos días?

—Dos metros sesenta, dos metros setenta. No llegó al número mágico de tres metros.

—Quiero superarlo.

—Te preocupas mucho por superarlo. ¿Qué es esto? ¿Una competencia?

—Mi padre siempre ha tenido éxito en todo lo que decide hacer. Mira, fue un héroe de guerra, gobernador del estado, cazador y deportista; todo antes de cumplir cuarenta años, y como si eso no fuera suficiente, se convirtió en el presidente más joven y exitoso de los Estados Unidos. Respeta a los ganadores y desprecia a los perdedores. —Tomó un trago—. Por lo que me has dicho, tú y yo hemos pasado por la misma situación. Debes comprender.

—¿Crees que tu padre te desprecia?

—No. Me quiere. Pero no me respeta. Quiero su respeto más que cualquier otra cosa en todo el mundo.

—Acabas de cazar un rinoceronte más grande que el que cazó él.

Miraron el cuerpo del enorme animal, con su cuerno que brillaba a la luz del fuego.

—Eso es un principio. —Kermit asintió con la cabeza—. Sin embargo, conociendo a mi padre, le daría mucho más valor a un elefante o a un león. Encuentra uno de éstos para mí, hada madrina.

Manyoro estaba sentado alrededor del otro fuego con Ishmael, y León lo llamó.

—Ven aquí, hermano mío. Hay algo importante de lo que debemos hablar.

Manyoro se levantó y se acercó para ponerse en cuclillas al otro lado del fuego.

—Tenemos que encontrar un elefante grande para este *bwana*.

—Le hemos puesto un nombre en *swahili* —dijo Manyoro—. Lo llamamos *bwana Popoo Hima*.

León se rio.

—¿De qué se ríen? —preguntó Kermit.

—Has sido honrado —explicó León—. Por lo menos, Manyoro te respeta. Te ha puesto un nombre *swahili*.

—¿Qué nombre? —preguntó Kermit.

—*Bwana Popoo Hima*.

—Suena bastante repugnante —dijo Kermit, desconfiado.

—Significa « Señor Rala Veloz» .

—*Popoo Hima!* ¡Eh! ¡Dile que me gusta eso! —Kermit estaba contento—.

¿Por qué escogieron ese nombre?

—Están muy impresionados por el modo en que disparas. —León se volvió a Manyoro. —*Bwana Popoo Hima* quiere un elefante muy grande.

—Todo hombre blanco quiere un elefante muy grande. Pero debemos ir al monte Lonsonyo a buscar el consejo de nuestra madre.

—Kermit, el consejo que tengo de Manyoro es que tenemos que ir a consultar a una hechicera masai que vive en la cima de una montaña. Ella nos dirá dónde encontrar tu elefante.

—¿Tú crees en ese tipo de cosas realmente? —preguntó Kermit.

—Sí.

—Bien, pues ocurre que yo también. —Kermit asintió seriamente con un gesto de la cabeza—. En las colinas al norte de nuestro rancho, en las tierras baldías de Dakota, vive un viejo indio chamán. Nunca voy de caza sin ir a verlo primero a él. Todo verdadero cazador tiene sus pequeñas supersticiones, incluido mi padre, que es el tipo más duro que puedas conocer. Lleva siempre la pata de un conejo cuando sale de cacería.

—Vale la pena hacerle un guiño y una inclinación de cabeza a La Señora Suerte —coincidió León—. Esta dama a la que quiero que conozcas es la hermana gemela de ella. Y es también mi madre adoptiva.

—Entonces, supongo que podemos confiar en ella. ¿Cuándo podemos partir?

—Estamos a más de treinta kilómetros del campamento principal.

—Perderemos un par de días si llevamos allá la cabeza del rinoceronte primero. Lo mejor será guardarla aquí y Manyoro la recogerá después. Así podemos salir para la montaña de inmediato.

—¿A qué distancia estamos?

—Dos días, si nos apuramos.

A la mañana siguiente subieron la cabeza del rinoceronte hasta las ramas altas de una *afzelia africana* y la aseguraron en una horqueta donde quedaba totalmente fuera del alcance de las hienas y otros carroñeros. Luego se dirigieron al Este y acamparon sólo cuando estuvo demasiado oscuro para ver el terreno adelante. León no quería arriesgarse a que uno de los caballos se rompiera una pata en un agujero de cerdo hormiguero.

Durante la noche se despertó y permaneció tendido por un minuto, atento a lo que los había perturbado. Uno de los caballos relinchó y dio patadas en el suelo.

« ¡Leones! », pensó. En busca de los caballos. Se quitó la manta y tomó el rifle al incorporarse. Luego vio una figura extraña sentada junto a las brasas sin llamas del fuego. Estaba envuelto en una *shuka* ocre rojizo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy yo, Loikot. He venido.

Se puso de pie y León lo reconoció de inmediato, aunque estaba varios centímetros más alto que cuando estuvieron juntos la última vez, hacía apenas seis meses. En ese mismo tiempo la voz le había cambiado y ya era todo un hombre.

—¿Cómo nos encontraste, Loikot?

—Lusima Mama me dijo dónde estaba usted. Me envió para darle la bienvenida.

Sus voces habían despertado a Kermit. Se sentó y preguntó con sueño:

—¿Qué está ocurriendo? ¿Quién es este muchacho flaco?

—Es un mensajero de la dama a quien vamos a visitar. Lo envió para encontrarnos y llevarnos a la montaña.

—¿Cómo diablos supo ella que estábamos en camino? Ni siquiera nosotros lo sabíamos hasta anoche.

—Despiértate, *bwana Popoo Hima*. Piensa un poco. La dama es una hechicera. Tiene siempre un ojo sobre el camino y el pie en el acelerador. No querías jugar poker con ella.



A mitad de la mañana divisaron la cima plana del monte Lonsonyo por encima del horizonte azul de ensoñación más adelante, pero ya había avanzado mucho el día cuando llegaron al pie de la imponente mole, y se puso oscuro antes de que arribaran con sus caballos a la *manyatta* y desmontaran delante de la choza de Lusima. Ésta había escuchado los caballos y estaba de pie en la entrada, su alta figura recortada por el fuego detrás de ella. Estaba desnuda, salvo por el cordel de cuentas alrededor de la cintura. Su piel había sido unguida recientemente con grasa y ocre, y lustrada hasta que brillara.

León se acercó a ella y cayó sobre una rodilla.

—Dame tu bendición, Mama —pidió.

—La tienes, hijo mío. —Le tocó la cabeza—. Mi amor maternal es también tuyo.

—Te he traído a otro suplicante. —León se puso de pie y le hizo señas a Kermit para que se acercara—. Su nombre *swahili* es *bwana Popoo Hima*.

—Así que éste es el príncipe, el hijo de un gran rey blanco. —Lusima miró atentamente la cara de Kermit—. Es una pequeña rama de un árbol muy fuerte, pero nunca crecerá tan alto como el árbol del que surgió. Siempre hay un árbol en el bosque que crece más alto que cualquier otro, un águila que vuela más alto que cualquiera otra ave. —Le sonrió con dulzura a Kermit—. Todas estas cosas él las sabe en su corazón y lo hacen sentirse pequeño y desdichado.

Hasta León estaba asombrado por su capacidad de ver más allá de lo visible.

—Anhela profundamente ganarse el respeto de su padre —coincidió él.

—Entonces, viene a mí para que le consiga un elefante. —Asintió con la cabeza—. Por la mañana consagraré su *bunduki* y le indicaré el sendero del cazador para él. Pero ahora comerán conmigo. He matado a una cabra joven para ti y para este *mzungu*, que no bebe sangre y leche, y prefiere la carne cocida.

Se reunieron al mediodía del día siguiente bajo el árbol del consejo en el corral del ganado. La Gran Medicina estaba tendida sobre una piel bronceada de león. El metal azulado estaba recién aceitado y sus partes de madera brillaban.



Allí estaban listas también las ofrendas de sangre, leche fresca de vaca, sal, rapé y cuentas de vidrio para el sacrificio. León y Kermit se pusieron en cuclillas juntos ante la cabeza de la piel de león, con Manyoro y Loikot detrás de ellos.

Lusima emergió de su choza, magnífica y engalanada. Se acercó al árbol del consejo con sus pasos de reina y sus jóvenes esclavas siguiéndola de cerca. Los hombres aplaudieron con respeto y le dirigieron alabanzas: «Es la gran vaca negra que nos alimenta con la leche de sus ubres. Es la que ve todas las cosas. Es la sabia que lo sabe todo. Es la madre de la tribu. Es la sabia que conoce todas las cosas de esta tierra. Reza por nosotros, Lusima Mama».

Se puso en cuclillas delante de los hombres e hizo las preguntas rituales:

—¿Por qué vienes a mi montaña? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Te pedimos que bendigas nuestras armas —respondió León—. Te importunamos para que adivines el sendero que los grandes hombres grises siguen por las tierras salvajes.

Lusima se puso de pie y salpicó el rifle con sangre y leche, rapé y sal.

—Haz que esta arma sea terrible y que pueda matar a aquello que mira el ojo del cazador. ¡Que su *popoo* vuele derecho como la abeja que regresa a la colmena!

Luego fue hasta Kermit y, con su hisopo de cola de jirafa, salpicó con sangre y leche su cabeza inclinada.

—La presa nunca se le escapará, porque tiene el corazón del cazador. Que siga a su presa de manera infalible. ¡Que nunca escape a la mirada de su cazador!

León susurró la traducción a Kermit, y después de cada frase que ella decía, todos aplaudían y repetían el estribillo de su plegaria:

—Incluso cuando la gran vaca negra habla, que así sea.

Lusima empezó a bailar, girando en pequeños círculos, con los pies descalzos como los de una niña joven, y el sudor se le mezcló con el aceite y el ocre hasta que brilló como una escultura de valioso ámbar. Finalmente se dejó caer sobre la piel de león y el rostro se le contrajo. Se mordió los labios hasta que la sangre chorreó por la barbilla. Todo su cuerpo tembló y se agitó; la respiración era un ronquido áspero en su garganta; la espuma le cubría los labios y se mezclaba con la sangre para adquirir un color rosado. Cuando habló, su voz era tan gruesa y ronca como la de un hombre.

—El cazador va camino a su hogar. El cazador inteligente escucha el piar de las pequeñas aves negras al amanecer —dijo con voz áspera—. Si espera en la cima de la colina, el cazador será bendecido tres veces. —Tosió y se sacudió como hacen los perros spaniel de caza cuando salen del agua al borde del río.



—Bueno, las pistas de tu Mama fueron bastante crípticas —comentó secamente Kermit, mientras comían la cena de puercoespín asado, tan tierno y jugoso como un lechón, que Ishmael había preparado—. ¿Crees que me estaba diciendo que abandonara y me fuera a mi casa?

—¿Tu chamán indio no te enseñó que cuando se trata de predicciones ocultas hay que prestar gran atención a cada palabra por sus asociaciones posibles? Uno no puede tomar nada de manera literal. Para darte un ejemplo, la última vez que pedí su ayuda, Lusima me dijo que siguiera al dulce cantante. Éste resultó ser el pájaro guía de la miel.

—Parece que tiene algo de ornitóloga, pero esta vez nos habló de aves negras en lugar de guías de la miel.

—Empecemos por el principio. ¿Te dijo que regresaras a casa o que fueras camino al hogar?

—¡Camino al hogar! Mi hogar está en Nueva York, en los Estados Unidos.

—Bien, eso nos daría una dirección Nornoroeste, y un poco al Norte, calculo.

—En ausencia de otras sugerencias, tendremos que probar eso —coincidió Kermit.

León se guiaba con una brújula del ejército que había llevado consigo cuando abandonó a los RAR. Acamparon esa primera noche al abrigo de una pequeña elevación rocosa. Poco antes del amanecer estaban bebiendo café mientras esperaban que saliera el sol. De pronto Loikot inclinó la cabeza y levantó la mano pidiendo silencio. Dejaron de hablar y escucharon. El sonido era tan débil que sólo se podía oír cuando la brisa de la mañana cesaba un poco o viraba en dirección favorable.

—¿Qué es, Loikot?

—Los *chungaji* se están llamando entre ellos. —Se puso de pie y recogió su lanza—. Debo subir a la colina para poder escuchar lo que están diciendo.

Se escabulló en la oscuridad mientras los demás prestaban atención a los lejanos sonidos.

—No suenan como voces humanas —dijo Kermit—, parecen más bien los silbidos de los gorriones.

—¿O el piar de pequeñas aves negras? —preguntó León—. ¿Las pequeñas aves negras de Lusima Mama?

Ambos se echaron a reír.

—Creo que ya lo tienes. Loikot tendrá noticias para nosotros cuando baje de la colina.

Escuchaban sus gritos, más cercanos y más claros que las otras voces, y el intercambio de noticias en la red no oficial de comunicaciones de los masai continuó hasta que el sol estuvo bien separado del horizonte. Luego, finalmente, se acallaron cuando el viento y el creciente calor hicieron que todo intercambio posterior fuera ininteligible. Poco después, Loikot regresó. Venía henchido de su propia importancia. Estaba claro que no iba a hablar hasta que alguien le suplicara que lo hiciera.

León le dio el gusto.

—Dime, Loikot, ¿de qué hablaron tú y tus hermanos durante la charla sobre el cuchillo de circuncisión?

—Se habló mucho acerca del safari de diez mil portadores y muchos *wazungu* acampados junto al río Ewaso Ng'iro, y sobre la gran matanza de animales por parte del rey de una tierra llamada Emelika.

—Y después de eso, ¿de qué hablaron?

—Ha habido un brote de la enfermedad del agua roja en el ganado cerca de Arusha. Diez animales murieron.

—¿Es posible que también hablaran del movimiento de elefantes en el valle del Rift?

—Sí, hablamos de eso —respondió Loikot—. Todos coincidimos en que ésta es la estación en que los grandes machos bajan al valle del Rift. En los últimos días los *chungaji* han visto muchos en la región entre Maralal y Kamnoru. Se habló de tres que viajaban hacia el Este en grupo, todos muy grandes. —Entonces, finalmente, mostró una gran sonrisa y su voz adquirió un tono de urgencia—. Si vamos a atraparlos, *M'bogo*, debemos ir rápidamente hacia el Norte para cortarles el paso antes de que sigan hacia los territorios de los samburu y Turkana.

Manyoro y Loikot corrían adelante de los caballos con los largos pasos rítmicos a los que asociaban con «devorar la tierra golosamente». Los dos jinetes trotaban detrás de ellos; luego Ishmael, más atrás, montaba una mula y llevaba la otra cargada con todas las ollas, cacerolas y provisiones.

Kermit estaba de su habitual humor incontenible.

—¡Un buen caballo entre las piernas, un rifle en la mano y la promesa de presas más adelante! Hijo de tu madre, ésta es la vida de un hombre.

—No puedo pensar en nada que prefiera a eso —coincidió León.

Kermit frenó súbitamente y le dio sombra a sus ojos con el sombrero, para mirar a un lado, hacia un monte gris de arbustos espinosos.

—Aquello que hay allí es un gran macho kudú —dijo—. Más grande que ninguno de los que Mellow me consiguió.

—¿Quieres otro kudú, o quieres al gigante de cientos de kilos? Decídetelo, amigo. No puedes tener ambas cosas.

—¿Por qué no? —preguntó Kermit.

—El enorme elefante macho con tu nombre marcado con hierro en el lomo puede estar precisamente detrás de la siguiente colina. Disparas una bala aquí y saldrá corriendo a muchos kilómetros por hora. No dejará de correr hasta cruzar al otro lado del Nilo.

—¡Aguafiestas! Eres tan malo como el maldito Frank Mellow. —Kermit picó a su caballo para llevarlo a medio galope y así alcanzar a los dos masai, que se habían adelantado mucho.

En medio de la tarde, una línea de colinas bajas mostraba sus cimas sobre el horizonte plano, como los nudillos de un puño cerrado. Esa noche acamparon debajo del más alto. Antes del amanecer de la mañana siguiente, bebieron café alrededor del fuego; luego dejaron a Ishmael con los caballos para que levantara el campamento y cargara su mula mientras ellos trepaban a la cumbre de la colina. Cuando llegaron allí, Loikot gritó por sobre el valle. Recibió la respuesta casi de inmediato; fue un grito similar pero distante que salía de los jirones que quedaba de la noche. El intercambio continuó por un rato antes de volverse a León.

—Ese con el que estaba hablando no es masai. Ésta es la frontera entre nuestros territorios y los de los samburu —explicó Loikot—. Él es mitad samburu, la tribu que son nuestros primos bastardos. Hablan *maa* pero no igual que nosotros. Lo hablan de una manera graciosa, así. —Hizo girar los ojos y produjo unos rebuznos raros, como los de un burro enloquecido. Manyoro consideró que esto era hilarante y comenzó a saltar en círculos, golpeándose las mejillas y repitiendo la imitación de un samburu hablando *maa*.

—Ahora que ustedes dos payasos han hecho su pequeña broma, ¿nos dirás qué tenía para decir tu primo bastardo, el samburu?

Todavía agitado y con la voz entrecortada por la risa, Loikot respondió:

—El burro samburu dijo que anoche, cuando llevaban el ganado a la *manyatta*, vieron a los tres machos. Agregó que cada uno de ellos tiene dientes blancos muy largos.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó, ansioso, León.

—Venían directamente hacia este valle, hacia donde estamos ahora.

Rápidamente León tradujo estas noticias a Kermit y vio que sus ojos se iluminaban.

—Entonces, si yo te dejaba disparar a ese kudú ayer, habrías eliminado toda posibilidad de atraparlos.

—Estoy cubierto de vergüenza y remordimiento. En el futuro prometo

escuchar las palabras del Grande que lo sabe todo. —Kermit le dirigió un saludo burlón.

—¡Vete al infierno, Roosevelt! —León sonrió—. Enviaré a Manyoro y a Loikot al valle para confirmar que no lo hayan abandonado durante la noche. Pero como estamos en luna nueva, dudo que hayan seguido moviéndose después del anochecer. Apostaría mucho dinero a que descansaron durante las horas más oscuras y que recién ahora están empezando a moverse. —Se sentaron y observaron a los dos masai que bajaban por la ladera y desaparecían entre los árboles en el fondo del valle.

—Hasta ahora hemos seguido el consejo de Lusima sobre las pequeñas aves negras que pían al amanecer. ¿Cuál fue su siguiente sugerencia? —preguntó de pronto Kermit.

—Habló del cazador que espera en la cima y es bendecido tres veces. Aquí estamos sobre la cima. Veamos si tus tres bendiciones están en camino.

Tan pronto como el sol sacó su fogosa cabeza por encima del horizonte, León descolgó la correa de los binoculares de su hombro y apoyó la espalda contra el tronco de un árbol. Lentamente recorrió con las lentes todo el valle abajo. Una hora después descubrió las siluetas de Manyoro y Loikot que regresaban colina arriba, caminando tranquilamente a paso lento mientras conversaban. Bajó los binoculares.

—Regresan sin prisa, lo cual quiere decir que no han tenido suerte. Los machos no han pasado por aquí. No todavía por lo menos. —Los dos masai llegaron y se pusieron en cuclillas cerca de ellos. León miró a Manyoro con gesto de interrogación, pero éste sacudió la cabeza.

—*Hapana*. Nada. —Sacó su caja de rapé y le ofreció un pellizco a Loikot antes de tomarlo él. Inspiraron y estornudaron cerrando los ojos; luego hablaron en voz baja para que sus voces no se oyeran abajo, en el valle. Kermit se estiró sobre el suelo pedregoso, puso el ala de su sombrero sobre los ojos, y en unos minutos, estaba roncando suavemente. León continuó moviendo los binoculares por el valle, bajándolos de vez en cuando para descansar los ojos y limpiar las lentes con el faldón de su camisa.

A través de los tiempos, numerosas grandes rocas redondas se habían desprendido de la ladera y habían bajado rodando hasta el fondo del valle. Algunas se parecían a la parte trasera de un elefante, y más de una vez el corazón de León se sobresaltó al observar una forma gris enorme dentro del campo de visión de los binoculares, hasta que luego se daba cuenta de que era una roca gris y no cuero de elefante lo que estaba viendo. Una vez más bajó los binoculares y le habló en voz baja a Manyoro.

—¿Cuánto tiempo debemos esperar aquí?

—Hasta que el sol llegue allí. —Manyoro señaló el cénit—. Si no aparecen entonces, es posible que hayan cambiado de ruta. En ese caso, debemos ir a

caballo a la *manyatta* donde el samburu los vio ayer. Allí podemos seguir la huella hasta que los alcancemos.

Kermit apartó el sombrero de sus ojos y preguntó:

—¿Qué dijo Manyoro? —León le contó y él se sentó—. Me estoy aburriendo —anunció—. Parece un juego de apurarse y esperar.

León no se molestó en responder. Levantó los binoculares y reanudó la búsqueda.

A menos de un kilómetro abajo en el valle, había un sector de plantas más verdes, que antes no había visto. Sabía por el color y la densidad del follaje que era una arboleda de bayas de mono. Los frutos eran morados y amargos para el gusto humano, pero atraían a toda clase de animales salvajes, grandes y pequeños. En el centro de la arboleda, había una de esas grandes rocas redondas, cuya curvada línea superior sobresalía por entre las plantas de bayas. La observó otra vez y estaba a punto de pasar a otra cosa cuando sus nervios se tensaron de golpe. La roca pareció haber cambiado de forma y haberse hecho más grande. La miró fijamente hasta que sus ojos se humedecieron. Luego cambió de forma otra vez. Contuvo la respiración. Un elefante se estaba levantando detrás de la roca, a medias oculto por ésta, de modo que sólo su nalga y la curva de su espina dorsal quedaban a la vista. De qué manera el animal había llegado a esa posición sin que ninguno de ellos lo viera era otra manifestación de cuan en silencio y furtivamente podía moverse una criatura tan grande. Sintió que el pecho se le cerraba hasta que empezó a respirar como un asmático. Siguió mirando al elefante, pero éste no se movió otra vez. « Hay sólo uno, así que no puede ser la manada que estamos buscando. Quizá sea una hembra extraviada o un macho joven ». Trató de fortalecerse ante la decepción.

Luego sus ojos se desplazaron rápidamente a la derecha cuando vio otro movimiento. La cabeza de un segundo elefante apareció a través de la pantalla de ramas de bayas de mono. La respiración de León se entrecortó otra vez. Éste era un macho. La cabeza era enorme, la frente sobresalía de modo notable y las orejas estaban extendidas como las velas de una goleta. La trompa colgante estaba enmarcada por un par de colmillos largos y curvados, de marfil grueso y brillante.

—¡Manyoro! —susurró León con urgencia.

—¡Lo veo, *M'bogo!*

León lo miró y vio que ambos masai estaban de pie, con la vista fija en la arboleda de bayas de mono.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Tres —contestó Loikot—. Uno se halla detrás de la roca. El segundo está mirando hacia nosotros y el tercero, parado entre ellos, pero escondido detrás de los árboles. Sólo puedo verle las patas.

Kermit se sentó de inmediato, alertado por la tensión contenida en sus voces.

—¿Qué es? ¿Qué han visto?

—No demasiado. —León estaba temblando—. Sólo uno de cientos de kilos, tal vez dos o incluso tres. Pero supongo que estás demasiado aburrido para que te importe.

Kermit se puso de pie velozmente, todavía medio aturcido por el sueño.

—¿Dónde? ¿Dónde?

León señaló con el dedo. Entonces Kermit los vio.

—Vaya, que me... —espeto—. ¡Golpéame en la cabeza! ¡Sacúdeme para despertarme! Esto no es verdad, ¿no? Dime que no estoy soñando. Dime que esos colmillos son reales.

—¿Sabes qué, mi amigo? Desde aquí me parecen muy reales.

—¡Toma tu rifle! Vamos tras ellos —estalló la voz de Kermit.

—¡Qué buen plan, señor Roosevelt! No veo ninguna falla en él. —Mientras miraban, los tres elefantes salieron de la arboleda de bayas de mono y se movieron por el valle hacia ellos. En fila, uno detrás del otro, siguieron un ancho sendero de animales que pasaba cerca del pie de la colina en la que estaban ellos.

—¿Cuántos elefantes tengo en mi permiso? —preguntó Kermit—. ¿Tres?

—Sabes muy bien cuántos. ¿Estás pensando en cazarlos a todos? Muchacho codicioso.

—¿Cuál tiene los colmillos más grandes? —Kermit estaba llenando con cartuchos el cargador del Winchester.

—Difícil de distinguir desde aquí. Los tres son grandes. Tendremos que acercarnos más para elegir al más grande. Pero es mejor que nos apuremos. Se mueven con rapidez.

Se lanzaron colina abajo por la ladera, y las piedras sueltas rodaban debajo de sus botas. Perdieron de vista a los machos, ocultos por los árboles y la alta línea de la pendiente. Llegaron al fondo del valle con León en primer lugar. Dobló a la izquierda por la base de la colina, corriendo veloz para llegar a una posición en la que pudieran interceptar a los elefantes.

Llegó al sendero de los animales, que era ancho y había sido suavizado a través del tiempo por el paso de pezuñas, patas y garras, y siguió por ahí. Kermit le estaba pisando los talones y los dos masai estaban apenas unos pasos más atrás. León vio que, más adelante, el sendero estaba cortado por una hondonada poco profunda que bajaba de la ladera de la colina. Había sido arrasada por el torrente de agua de tormenta. Antes de llegar a ella, varias cosas ocurrieron casi simultáneamente. León vio al macho líder cuando salía de entre los árboles en el lado más alejado de la hondonada, unos cuatrocientos o quinientos metros adelante, seguido de cerca por los otros dos, todos moviéndose en una sola fila directamente hacia ellos.

Entonces, un grito cada vez más fuerte hizo eco en la parte alta de la colina a la izquierda. Era el llamado de alarma de un mandril vigilante que advertía a los

demás del peligro. Había descubierto a los hombres en el valle debajo de su puesto. De inmediato, el grito fue repetido por el resto. El clamor de los ásperos sonidos resonó por todo el valle. Los tres elefantes se detuvieron de golpe. Se mantuvieron en un grupo apretado, balanceándose con aire vacilante, levantando sus trompas para explorar el aire en busca del olor del peligro, moviendo sus cabezas de un lado al otro, con las orejas extendidas para escuchar.

—¡Que nadie se mueva! —les advirtió León a los otros—. Pueden descubrir hasta el menor movimiento. —Permaneció en su lugar y los miró atentamente. «¿Hacia dónde iban a correr?», se preguntó. El corazón le golpeteaba contra la caja torácica debido al esfuerzo de la carrera colina abajo y por la emoción. Los tres elefantes llevaban al menos cincuenta kilos de marfil a cada lado de sus cabezas.

«¿Por dónde debemos irnos?», pensó. Luego se decidió.

—Tenemos que meternos en la hondonada antes de que nos descubran —dijo sin aliento y comenzó moverse hacia adelante otra vez. Llegaron a la hondonada sin que el elefante los hubiera localizado y se dejaron caer por el empinado barranco para quedar en medio de una manada de impalas, que estaban mordisqueando las ramas bajas de los arbustos que cerraban el cauce seco. La manada estalló en una aterrorizada carrera de animales que saltaban y resoplaban, trepó por el otro lado de la hondonada y escapó en estampida por el sendero de animales, directamente hacia los tres grandes machos.

El líder vio que se lanzaban hacia él, dio media vuelta y corrió derecho a la empinada ladera de la colina. Los otros dos lo siguieron.

León miró por sobre el barranco y vio lo que estaba ocurriendo.

—¡Malditos sean estos condenados impalas! —dijo con los dientes apretados. Los tres elefantes corrían por la primera pendiente que había en la base de la colina, alejándose de él en diagonal, directo a la cima—. Vamos, Kermit —gritó con desesperación—. Si no podemos interceptarlos antes de que lleguen a la cima, nunca volveremos a verlos.

Cruzaron corriendo la angosta franja de terreno horizontal y llegaron a la base de la colina. Ya estaban doscientos metros detrás del elefante. León fue derecho a la pendiente, dando grandes zancadas, saltando por encima de las rocas más pequeñas en su camino.

Los elefantes no podían subir esa pendiente tan empinada de manera directa. El líder dobló al otro lado y empezó a dar una serie de giros con curvas pronunciadas para trepar. Mientras tanto, León y Kermit continuaron moviéndose directamente hacia arriba, atravesando sin desviarse cada una de las vueltas que los machos se veían obligados a dar. En cada tramo se acercaban más a su gigantesca presa.

—No creo poder seguir con esto —dijo Kermit sin aliento—. No doy más.

—Continúa, amigo. —León extendió la mano hacia atrás y le agarró la



muñeca—. ¡Vamos! Ya casi llegamos. —Lo arrastró hacia arriba—. Estamos delante de ellos ahora. No es mucho lo que falta.

Finalmente llegaron tambaleándose a la cima de la colina y Kermit se apoyó contra un tronco de árbol. Su camisa estaba empapada de sudor, su pecho subía y bajaba, y el aire silbaba en su garganta. Le temblaban las piernas, como si tuviera convulsiones. León miró hacia atrás, pendiente abajo. El macho líder estaba a unos treinta metros debajo de su nivel, pero se acercaba rápidamente, siguiendo cada curva por todo el contorno. León calculó que iba a pasar a menos de treinta metros del lugar donde estaban en la línea de la colina contra el cielo, pero el animal no parecía darse cuenta de su presencia.

—Prepárate, amigo. Abajo. Haz un disparo firme. Rápido ahora. Estarán sobre nosotros en unos segundos —le susurró a Kermit—. Sólo te darán una oportunidad. Toma al líder. Tirale a la axila, justo detrás del hombro. Busca su corazón. No intentes dispararle al cerebro.

De repente, el macho líder vio las figuras agachadas y recortadas sobre el cielo encima de él y se detuvo otra vez, balanceando su trompa con aire vacilante. Comenzó a volverse para regresar ladera abajo, pero Manyoro y Loikot se acercaban por detrás de él. Gritaron y agitaron los brazos, tratando de hacerlo volver hacia los cazadores en la cima.

El macho vaciló otra vez, balanceando su cabeza de un lado al otro. Sus compañeros se acercaban detrás de él. Los dos masai corrieron hacia ellos, aullando como demonios y moviendo sus *shuka*. Por el contrario, los hombres en la cresta esperaban inmóviles y en silencio. Para el macho líder, éstos parecían ser la amenaza menor. Se volvió otra vez y siguió moviéndose colina arriba, directamente hacia donde estaban León y Kermit. Los otros dos lo seguían.

—Aquí vienen. Prepárate —dijo León en voz baja.

Kermit estaba sentado sobre su trasero, con los codos apoyados en las rodillas. Pero todavía le faltaba el aliento y, consternado, León vio que el cañón de su Winchester se movía. Temió que Kermit estuviera a punto ofrecer una de sus excéntricas demostraciones de puntería, pero el momento había llegado. Respiró hondo y espetó:

—¡Ahora, Kermit! ¡Dispárale!

Levantó el Holland, listo para apoyarlo cuando Kermit errara, como seguramente iba a ocurrir. Se oyó el ruido del Winchester que saltó en las manos de Kermit. León tragó con fuerza y bajó su rifle. La bala no había dado al macho líder en el hombro, sino en el agujero del oído. El elefante cayó sobre sus rodillas, muerto instantáneamente. León saltó cuando el Winchester volvió a hacer ruido. El segundo macho, que se acercaba detrás del líder caído, cayó sin vida después de otro perfecto tiro al cerebro. Pero cayó en la pendiente empinada y empezó a bajar rodando. El cuerpo muerto del animal fue aumentando la velocidad mientras bajaba ruidosamente hacia abajo, provocando

una avalancha de rocas sueltas y pedregullo. Manyoro y Loikot casi se vieron arrastrados por ella. A último momento se arrojaron a un lado y el cuerpo del animal pasó resbalándose.

El tercer macho quedó sobre la pendiente abierta debajo de la cumbre, acorralado entre los dos grupos de hombres. Manyoro se puso de pie de un salto y fue hacia él, gritando y agitando su *shuka*. Los nervios del macho cedieron y huyó hacia la cima. León y Kermit estaban exactamente en su línea de escape. La huida de la bestia se convirtió en una pura y violenta embestida. A mitad de camino echó las orejas hacia atrás y corrió directamente hacia ellos, chillando con rabia.

—¡Otra vez! —gritó León—. ¡Hazlo otra vez! ¡Dispárale! —Preparó el Holland, pero antes de que pudiera disparar, el Winchester lo hizo por tercera vez. Este elefante estaba debajo del nivel de Kermit, pero de frente, de modo que el punto al cual disparar estaba engañosamente más alto. Sin embargo, lo calculó a la perfección y su puntería dio con precisión en el blanco. El último macho lanzó la trompa sobre su cabeza y murió tan rápidamente y sin sufrimiento como sus compañeros. También rodó colina abajo por la pendiente, resbalando los últimos cincuenta metros hasta que su cuerpo se detuvo contra el tronco de uno de los árboles más grandes cerca de la base de la colina. Desde el primer disparo hasta el último, sólo habían pasado uno o dos minutos. León no había disparado una sola vez.

Los ecos de los disparos se fueron apagando contra las colinas en el otro lado del valle y un silencio profundo descendió sobre el lugar. Ningún ave cantó y ningún simio gritó. Toda la naturaleza parecía contener la respiración y escuchar.

Finalmente León rompió el silencio.

—Cuando digo que dispares a la cabeza, tú le tiras al cuerpo. Cuando digo tírale al cuerpo, le disparas a la cabeza. Cuando te doy una presa fácil, la estropeas. Cuando te doy un tiro imposible, das perfectamente en el blanco. ¿Qué diablos, Roosevelt? No sé realmente para qué me necesitas aquí.

Kermit no parecía escucharlo. Estaba sentado mirando fijamente el rifle en su regazo con una mirada pasmada en su rostro marcado por el sudor.

—¡Dios me ama! —susurró—. Nunca he disparado tan bien antes. —Levantó la cabeza y observó los tres enormes cuerpos abajo. Despacio se puso de pie y caminó hacia el elefante más cercano. Se agachó y colocó su mano derecha con reverencia sobre uno de los colmillos largos y brillantes—. No puedo creer lo ocurrido. Gran Medicina simplemente pareció dominarme. Fue como si yo estuviera fuera de mí mismo y observando todo lo que ocurría desde una cierta distancia. —Levantó el Winchester hasta sus labios como un cáliz de comunión y besó el bloque de metal azul de la recámara—. Vaya, Gran Medicina, Lusima Mama te envolvió con un tremendo hechizo, ¿no?



Pasaron seis días antes de que los colmillos pudieran ser sacados de la carne en descomposición y para entonces Manyoro ya había reunido a un grupo de porteadores de las cercanas aldeas samburu para llevarlos al campamento base en el río Ewaso Ng'iro. En el viaje de regreso hicieron un desvío para recoger la cabeza escondida del rinoceronte. La larga fila de porteadores llevaba un impresionante despliegue de trofeos de caza mayor al acercarse al campamento. Estaban todavía a unos cuantos kilómetros del río cuando vieron un pequeño grupo de jinetes que cabalgaban hacia ellos. Venían de la dirección donde estaba el campamento.

—Apuesto a que es mi papá que viene a ver qué es lo que he estado haciendo. —Kermit tenía una gran sonrisa ante esa expectativa—. No puedo esperar a ver su cara cuando vea lo que traigo.

Mientras frenaban para esperar que los jinetes se acercaran, León subió sus binoculares y los observó.

—¡Espera! Ése no es tu padre. —Miró un poco más—. Es ese tipo del periódico y su camarógrafo. ¿Cómo diablos supieron dónde encontrarnos?

—Calculo que deben de tener un informante en nuestro campamento. Aparte de eso, tienen ojos como buitres que merodean —comentó Kermit—. Nada se les escapa. De todos modos, no podemos evitar hablar con ellos.

Andrew Fagan se acercó y levantó su sombrero.

—Buenas tardes, señor Roosevelt —gritó—. ¿Eso que llevan sus hombres son colmillos de elefantes? No tenía idea de que crecieran tanto. Son gigantescos. Están realizando un safari maravillosamente exitoso. Le doy mis más calurosas felicitaciones. ¿Podría echar una mirada más detallada a sus trofeos?

León ordenó a los porteadores que bajaran sus cargas. Fagan desmontó y fue a inspeccionarlas, exclamando asombrado.

—Me encantaría escuchar su relato de esta cacería, señor Roosevelt —dijo—, si usted pudiera concederme ese tiempo. Y, por supuesto, estaría sumamente agradecido si usted y el señor Courtney tuvieran la bondad de posar para un par de fotografías más. Mis lectores estarán fascinados al enterarse de sus aventuras. Como usted sabe, mis artículos se publican en casi todos los periódicos del mundo

civilizado, desde Moscú hasta Manhattan.

Una hora después, Fagan y su camarógrafo habían terminado. Fagan había llenado media libreta con sus garabatos de taquigrafía y el fotógrafo había expuesto varias docenas de placas con flash de los cazadores y sus trofeos. Fagan estaba ansioso por regresar a su máquina de escribir. Pensaba enviar a un veloz mensajero a la oficina de telégrafo en Nairobi con su texto e instrucciones de que debía ser enviado de manera urgente a su director en Nueva York. Cuando todos ya se habían estrechado las manos, Kermit, inesperadamente, le preguntó a Fagan:

—¿Conoce usted a mi padre?

—No, señor, no lo conozco, aunque debo añadir que soy uno de sus más fervientes admiradores.

—Venga a verme mañana al campamento principal —invitó Kermit—. Se lo presentaré.

Fagan quedó pasmado por la invitación, y cuando se marchó todavía seguía agradeciéndole a gritos.

—¿Qué te ha ocurrido, amigo? —preguntó León—. Creía que odiabas al cuarto poder.

—Los odio, pero es mejor tenerlos de amigos que de enemigos. Algún día podría ser útil conocer a un hombre como Fagan. Ahora me debe un gran favor.

León y Kermit entraron en el campamento principal junto al río a última hora de la tarde. Nadie los estaba esperando. Con su robusta constitución, el Presidente se había recuperado por completo de los efectos de la cena de Acción de Gracias. Estaba sentado debajo de un árbol afuera de su carpa, leyendo un ejemplar encuadernado en cuero de *Los papeles del Club Pickwick*, de Dickens, uno de sus eternos favoritos. Con aire desconcertado miró el alboroto que el arribo de su hijo había provocado. Todo el personal del campamento, casi unas mil personas, se acercaban rápidamente desde todas partes para dar la bienvenida a los cazadores que regresaban. Se amontonaron alrededor de ellos, estirando el cuello para ver mejor los colmillos y la cabeza del rinoceronte.

Teddy Roosevelt dejó a un lado su libro, se ajustó los anteojos con marco de metal sobre la nariz, se levantó de su sillón, metió la camisa en el pantalón sobre su prominente abdomen y fue a descubrir la causa de aquella conmoción. La multitud se apartó con deferencia para dejarlo pasar. Kermit desensilló de un salto para saludar a su padre. Se dieron la mano afectuosamente y el Presidente tomó el brazo de su hijo.

—Bien, mi muchacho, has estado ausente durante casi tres semanas. Estaba empezando a preocuparme por ti. Ahora lo mejor es que le muestres a tu padre lo que has traído. —Ambos se dirigieron a donde estaban los porteadores que habían ordenado las cargas para su inspección. León todavía estaba montado y lo suficientemente cerca del Presidente para poder verle claramente el rostro por

encima de las cabezas del resto de la gente. Podía observar cada matiz de sus expresiones.

Vio que su moderado e indulgente interés dejaba paso al asombro cuando Roosevelt contó los colmillos desplegados en el suelo. Después el asombro dio lugar a la consternación cuando se dio cuenta del tamaño de las piezas de marfil. Dejó caer el brazo de Kermit y caminó lentamente recorriendo la fila de trofeos. Estaba de espaldas a su hijo, pero León vio que la consternación se endurecía para convertirse en envidia e indignación. Se dio cuenta de que, para que el Presidente hubiera llegado a su posición de máxima eminencia, debía de ser uno de los hombres más competitivos del mundo. Estaba acostumbrado a destacarse en todo lo que emprendiera y a ser el primero y más importante en cualquier empresa. En ese momento se veía obligado a aceptar el hecho de que, esta vez, había sido superado por su hijo.

El Presidente se detuvo al final de la fila y permaneció allí con sus manos agarradas atrás. Se chupaba los extremos del bigote y fruncía el ceño con fuerza. Luego su expresión cambió y sonreía cuando se volvió hacia Kermit. León se llenó de admiración al ver la rapidez con la que había controlado sus emociones.

—¡Magnífico! —exclamó Roosevelt—. Estos colmillos superan todo lo que ya tenemos, y casi con certeza todo lo que podamos conseguir antes de que termine la expedición. —Le dio otra vez la mano a Kermit—. Estoy orgulloso de ti, real y verdaderamente orgulloso. ¿Cuántos disparos hiciste para conseguir estos extraordinarios trofeos?

—Es mejor que usted se lo pregunte a mi cazador, papá.

Todavía agarrando la mano derecha de Kermit, el Presidente miró a León.

—Bien, señor Courtney, ¿cuántos fueron? ¿Diez, veinte o más? Cuéntenos, por favor.

—Su hijo mató a los tres machos con tres balas consecutivas —respondió León—. Tres tiros perfectos al cerebro.

Roosevelt miró a Kermit a la cara por un momento, luego lo envolvió con fuerza en el círculo de sus brazos musculosos y lo abrazó con ferocidad.

—Estoy orgulloso de ti, Kermit. No podría estar más orgulloso de lo que estoy en este momento.

Por encima del hombro del Presidente, León pudo ver la cara de Kermit. Estaba encantado. En ese momento fue el turno de León de sentir emociones mezcladas. Se regocijaba por su amigo, pero sintió por sí mismo un fuerte dolor. «Ojalá mi padre pudiera llegar a decirme eso algún día —pensó—, pero sé que nunca lo hará» .

El Presidente soltó finalmente el abrazo y sostuvo a Kermit a la distancia de sus brazos, con una sonrisa radiante en el rostro y la cabeza inclinada hacia un lado.

—Que me condenen si no he engendrado a un campeón —dijo—. Quiero que

me lo cuentas todo en la cena. Pero mi nariz advierte que necesitas un baño antes de comer. Ve a higienizarte. —Luego miró a León—. Me encantará que usted también nos acompañe para la cena, señor Courtney. ¿Digamos entre las siete y media y las ocho?

Mientras León pasaba su navaja sobre los pelos oscuros y densos que cubrían sus mandíbulas, Ishmael llenaba la bañera de metal galvanizado casi hasta el borde con agua caliente que olía a humo de madera quemada. Cuando León salió de ella con su cuerpo brillante y rosado, Ishmael tenía una toalla grande lista para él, que había entibiado de antemano ante el fuego. Sobre la cama de León había una par de pantalones caqui prolijamente planchados y en el suelo, un par de botas altas, bien lustradas.

Al rato, con su pelo peinado con fijador, León se dirigió a la carpa-comedor, grande como la carpa de un circo. Decidido a no llegar tarde a la cena del Presidente, estuvo allí media hora antes. Al pasar por la tienda de Percy Phillips, su voz familiar lo llamó.

—León, entra aquí un minuto.

Se agachó para atravesar la portezuela y encontró a Percy sentado con un vaso en la mano. Le hizo señas para que se sentara en la silla vacía delante de él.

—Bebe un trago. En la mesa del Presidente no hay alcohol. La bebida más fuerte que te van a ofrecer esta noche seguramente será jarabe de arándano. —Hizo un pequeño gesto de repugnancia y señaló la botella en la mesa al lado de la silla de León—. Es mejor que te fortalezcas.

León se sirvió dos dedos de whisky Bunnahabhain de una sola malta y lo completó con agua de río que había sido hervida, y luego enfriada en una porosa bolsa de agua de lona. Lo probó.

—¡Un elixir! Podría volverme adicto a esto.

—No puedes permitirte. Por lo menos, no todavía. —Percy le acercó su propio vaso—. Sírvenme un poco a mí también, ya que estás en eso. —Cuando su vaso estuvo lleno otra vez, lo levantó hacia León—. ¡A tu salud! —dijo.

—¡Arriba los rifles! —respondió León. Bebieron y saborearon el fragante licor.

Luego Percy dijo:

—A propósito, ¿te felicité por tus recientes y espectaculares éxitos?

—No que yo recuerde, señor.

—Maldito de mí. Podría haber jurado que lo hice. Debo de estar poniéndome viejo. —Sus ojos resplandecieron. Eran de un azul brillante y claro en su cara arrugada y curtida por el sol—. Muy bien, entonces, escucha bien. Sólo voy a decir esto una vez. Demostraste tu valía hoy. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, señor. —León estaba más profundamente conmovido de lo que había esperado estar.

—En el futuro puede dejar de decirme « señor ». Llámame Percy.

—Gracias, señor.

—Percy. Simplemente Percy.

—Gracias, Simplemente Percy.

Bebieron en amable silencio por un rato. Luego Percy continuó.

—Supongo que sabes que cumpliré sesenta y cinco años el próximo mes.

—Nunca lo habría pensado.

—Al diablo con eso. Quizá pensaste que tenía más de noventa. —León abrió la boca para protestar cortésmente, pero Percy lo hizo callar con un gesto—. Éste no es tal vez el momento de sacar a colación el tema, pero me siento más débil. Estas viejas piernas ya no son lo que alguna vez fueron.

Ahora cada kilómetro que recorro parece que son cinco. Hace dos días no le di a un Tommy macho a cien metros, aunque era un blanco perfecto. Necesito alguna ayuda por aquí. Estaba pensando en tener un socio. Un socio menor. A decir verdad, un socio muy menor.

León asintió con la cabeza cautelosamente, a la espera de escuchar algo más.

Percy tomó el reloj de plata de su bolsillo y abrió la tapa grabada, miró la esfera, cerró la tapa, vació su vaso y se puso de pie.

—No estaría bien hacer esperar al Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica para la cena. Él disfruta de sus comidas. Lástima que no sienta lo mismo respecto del vino. Sin embargo, no tengo duda de que sobreviviremos.

Eran diez personas para cenar en la gran carpa. Freddie Selous y Kermit tenían los asientos de honor a cada lado del anfitrión. León quedó ubicado en el otro extremo de la mesa, en la silla más alejada del Presidente. Teddy Roosevelt era un contador de historias nato. Su lengua era de plata; sus conocimientos, enciclopédicos; su intelecto, impresionante; su entusiasmo, contagioso y su encanto, irresistible. Tenía a sus acompañantes embelesados mientras los llevaba de un tema a otro, de la política y la religión a la ornitología y la filosofía, de la medicina tropical a la antropología africana. León dejó que el filete de antílope eland en su plato se enfriara mientras escuchaba con absoluta atención al Presidente, que estaba evaluando las tensiones internacionales de ese momento en Europa. Éste era un tema que Penrod Ballantyne había expuesto en gran profundidad ante su sobrino, cuando estuvieron sentados junto al fuego en sus incursiones para lancear cerdos en la selva, de modo que le resultaba familiar.

De pronto, el Presidente se dirigió a él personalmente.

—¿Cuál es su opinión sobre esto, señor Courtney?

León se sintió consternado cuando todas las cabezas se volvieron hacia él, a la expectativa. Su primer instinto fue librarse respondiendo que no le interesaba demasiado el tema y que no se sentía en condiciones de expresar una opinión, pero luego cambió de idea.

—Bien, señor, usted me disculpará por mirar esto desde un punto de vista británico. Creo que el peligro está en las aspiraciones imperiales de Alemania y

Austria. A esto hay que sumarle la proliferación de tratados exclusivos entre numerosos Estados, que se están firmando por toda Europa. Estas alianzas son complejas, pero todas toman medidas para protección mutua y apoyo en caso de conflicto con un tercer Estado. Eso podría provocar un efecto dominó si el socio menor de esa alianza se viera envuelto en un enfrentamiento con su vecino y llamara a su aliado más fuerte para que interviniera.

Roosevelt parpadeó. No había esperado una respuesta tan sólida.

—Ejemplos, por favor —pidió.

—Nosotros creemos que el Imperio británico sólo puede mantenerse unido con una poderosa fuerza naval. El káiser Guillermo II no ha ocultado su intención de convertir a la marina alemana en la fuerza más poderosa del mundo. Nuestro imperio es amenazado por esto. Hemos sido forzados a firmar tratados con otros países en Europa, como Bélgica, Francia y Serbia. Alemania tiene tratados con Austria y Turquía, un país musulmán. En 1905, cuando aumentó la tensión entre Marruecos y Francia, nuestro nuevo aliado estratégico, se precipitó una crisis por todo el norte de África. Debido a su alianza con Turquía, Alemania se vio obligada a intervenir contra Francia. Francia es nuestro aliado, por lo que estábamos obligados a intervenir en nombre de ellos. Fue un efecto en cadena. Sólo las intensas negociaciones diplomáticas y una montaña de suerte evitaron la guerra.

León vio que las expresiones en las caras de la audiencia mostraban respeto, lo que lo animó a continuar. Hizo un ademán de desaprobación.

—Me parece que el mundo está haciendo equilibrio al borde del abismo. Hay ruedas dentro de ruedas, e incontables hilos en la red, y sé, señor Presidente, que usted, particularmente, es muy consciente de ello.

Roosevelt cruzó los brazos sobre el pecho.

—Una sabia cabeza sobre hombros jóvenes. Usted debe cenar con nosotros otra vez mañana por la noche. Me gustaría conocer sus opiniones sobre las divisiones raciales y las tensiones en África. Pero ahora pasemos a asuntos más importantes. A mi hijo le gusta cazar con usted. Me dice que ustedes dos han hecho planes para ir más allá de sus recientes triunfos con elefantes y rinocerontes.

—Me encanta que Kermit desee continuar cazando conmigo, señor. Disfruto enormemente de su compañía.

—¿Cuál será su próxima presa?

—Mi rastreador principal ha descubierto el refugio de un cocodrilo muy grande. ¿Un espécimen semejante sería de interés para el Smithsonian?

—Por supuesto. Pero eso no les tomará demasiado tiempo, si ya sabe dónde está escondido el cocodrilo. Después de eso, ¿cuáles son sus planes?

—Kermit quiere cazar un buen león.

—¡Endemoniado joven descarado! —Le dio un puñetazo juguetón a Kermit



en el hombro—. ¡No contento con ganarme con los elefantes y el rinoceronte, ahora quieres un tercer triunfo consecutivo! —Los comensales rieron con él y Teddy Roosevelt continuó—. Está bien, amigo, ¡hecho! ¿Apostamos diez dólares? —Ambos se dieron la mano para sellar la apuesta y luego el Presidente dijo:

—Ya que hablamos de leones, tenemos la suerte de tener aquí con nosotros al más grande experto del mundo en este tema. —Se volvió hacia el apuesto anciano en el otro lado—. Quizá, Selous, podría darnos algunas pistas sobre cómo actuar con ellos. En particular, estoy interesado en que nos hable de las señales de advertencia que un león le da al cazador antes de atacar. ¿Podría usted describirlos para nosotros y decirnos qué se siente al enfrentar un ataque semejante?

Selous dejó el cuchillo y el tenedor.

—Coronel, siento el mayor respeto y admiración por el león. Aparte de comportarse como un rey, su fuerza es tal que puede llevar el cuerpo de un buey en sus mandíbulas cuando salta por encima de una cerca de casi dos metros de un corral para el ganado. Sus mandíbulas son tan temibles que pueden aplastar el hueso más duro como si fuera tiza blanda. Es rápido como la muerte. Cuando ataca, su primer impulso de velocidad alcanza los cincuenta kilómetros por hora.

Con su voz suave pero autorizada, Selous mantuvo a todos cautivados durante casi una hora hasta que el Presidente lo interrumpió.

—Gracias. Quiero levantarme temprano mañana, de modo que si ustedes, caballeros, me disculpan, me voy a la cama.

León caminó con Percy cuando regresaron a sus carpas.

—Estoy impresionado, León, con tu perspicacia política, aunque detecté los tonos de tu tío Penrod en lo que dijiste esta noche. Creo que Teddy Roosevelt también quedó impresionado. Me parece que te las has arreglado para poner ambos pies bien seguros sobre la escalera hacia las estrellas. Siempre y cuando logres que a su hijo no lo muerda un león. Recuerda el consejo de Frederick Selous. Son criaturas endiabladamente peligrosas. Cuando el león echa las orejas hacia atrás y sacude la cola para dejarla derecha hacia arriba, es señal de que va a atacar, y es mejor que estés listo para disparar directamente. —Llegaron a la carpa de Percy—. Buenas noches —saludó Percy. Se agachó para atravesar la portezuela y dejó caer la solapa de lona.



León y Kermit estaban tendidos uno junto al otro en la ribera del río detrás de una pantalla fina de juncos que Manyoro y Loikot habían construido la tarde anterior. Los dos rastreadores masai estaban echados detrás, cerca de ellos. Habían estado esperando desde el amanecer que el cocodrilo de Manyoro se mostrase. Había mirillas en la pantalla a través de las que podían ver el agua estancada, verde por las algas. Había casi doscientos metros hasta la orilla del otro lado, que quedaba bajo la sombra de un bosque de altos ejemplares de afzelias africanas, con sus ramas adornadas con lianas enroscadas y decoradas con los nidos de los pájaros tejedores, de color amarillo brillante. Los machos colgaban cabeza abajo de los nidos que habían tejido, haciendo vibrar sus alas y chillando excitados para atraer a alguna hembra que estuviera observando por ahí y bajara a instalarse. León pasaba el tiempo mirando aquellas maniobras, pero Kermit ya empezaba a ponerse nervioso.

Manyoro había colocado el escondite encima del barranco empinado directamente sobre el sendero de animales que corría a través de los juncales al borde del agua. Había pocos lugares por allí que proporcionaran un acceso tan fácil al agua. Los cazadores se habían instalado en el escondite mientras todavía estaba oscuro, y cuando aumentó la luz, Manyoro le indicó a León el lugar donde el cocodrilo se había escondido debajo del barranco enterrándose en el barro blando debajo de la superficie. Había rodado sobre sí mismo retorciéndose hasta convertir el fango de abajo en una sopa espesa; luego se había quedado inmóvil para dejar que el barro fino se le asentara otra vez sobre la cabeza y el lomo. El único signo de su presencia era el diseño de alambreira en el barro que hacía adivinar su lomo de escamas. León apenas podía distinguir la forma de la cabeza y las dos prominencias en el cráneo, que contenían sus ojos.

Les tomó un poco de tiempo tanto a él como a Manyoro señalar la forma confusa del enorme cuerpo a Kermit. Cuando por fin lo ubicó, Kermit, con su impetuosidad acostumbrada, quiso dispararle de inmediato a la forma borrosa de la cabeza. Se necesitaron varios minutos de argumentaciones susurradas antes de que León pudiera persuadirlo de que incluso el Winchester, a pesar de la bendición de Lusima, no podría disparar una bala a través de un metro de agua

sin ser detenida como si hubiera una pared de ladrillo.

Ya era casi el mediodía y, en el calor, manadas de antílopes y cebras habían llegado a beber en los otros tres puntos con agua alrededor del charco, pero nada se acercó al lugar donde estaba escondido el cocodrilo. Kermit se ponía más nervioso con cada minuto que pasaba. León pensó que estaba al borde de la rebelión y exigiría disparar.

León seguía con suerte. Descubrió un movimiento sobre su flanco izquierdo. Tocó el brazo de Kermit y señaló con la barbilla hacia el pequeño grupo de cebras de Grevy que salían de entre los árboles y se dirigían tímidamente por el sendero de animales hacia el abrevadero. Kermit recuperó su buen ánimo.

—Tal vez veamos un poco de acción finalmente —murmuró, y tocó la culata de la Gran Medicina.

Las Grevy son los miembros más grandes de la familia de los caballos, más grandes incluso que un caballo percherón. Ésta es una buena razón para que su nombre alternativo sea el de «cebra imperial». El semental que las guiaba medía un metro y medio de altura hasta el hombro y pesaba tal vez unos quinientos kilos. La manada se movía con gran precaución, como hacen todos los animales de presa cuando saben que los predadores pueden estar vigilando el agua. Dieron sólo algunos pasos antes de detenerse a buscar cualquier señal de peligro por todas partes, para luego dar unos pasos más.

Kermit observaba sus movimientos con ansiedad. Su Gran Medicina estaba cargado y delante de él, que se había apoyado sobre una alforja de su montura y le daba un sostén firme. Por fin, el semental que las guiaba entró cautelosamente en el sendero que había sido abierto por las pezuñas de los miles de animales sedientos que habían venido antes que él y bajó a la playa angosta. Se detuvo en el borde del agua e hizo otro minucioso examen de los barrancos alrededor. Finalmente, tomó la decisión fatídica: bajó la cabeza y hundió su hocico negro aterciopelado en el agua. Tan pronto como empezó a beber, el resto de la manada lo siguió por el sendero, empujándose entre ellos en su ansiedad por llegar al agua.

Ése era el momento que el cocodrilo había estado esperando con tanta paciencia. Usó su cola para propulsarse hacia arriba y salió velozmente del barro y a través de la superficie en medio de una brillante nube de gotas de agua. Los hombres en la orilla retrocedieron instintivamente, sorprendidos por el tamaño del monstruoso lagarto, por la velocidad y por la violencia del ataque.

—¡Santo Cielo, debe medir seis metros de largo! —exclamó Kermit.

El semental era pesado, pero esta bestia lo era cuatro o cinco veces más. A pesar de esta diferencia, las pezuñas de la cebra andaban en tierra firme y todo su poder estaba en sus patas. Las del cocodrilo eran pequeñas, torcidas y débiles. Toda su fuerza se concentraba en la cola. En un directo tira y afloja, la cebra obtendría la ventaja. El cocodrilo tenía que lograr llevarlo al agua más profunda,

donde sus pezuñas no tendrían apoyo. Allí, la enorme cola del cocodrilo le daría una ventaja abrumadora.

No trató de agarrar al semental con sus mandíbulas para arrastrarlo, sino que movió la cabeza como un garrote de lucha. Con todo ese peso y esa fuerza detrás del golpe, éste fue tan rápido que el ojo apenas si pudo seguirlo. El horrible y córneo cráneo se estrelló en un lado de la cabeza de la cebra, rompiendo el hueso y dejándola sin sentido. Cayó de lado con las cuatro patas en el agua, pateando convulsivamente por encima de la superficie, moviendo la cabeza de un lado al otro cuando empezó a ahogarse. En ese momento el cocodrilo se lanzó hacia adelante, tomó el hocico de la cebra en sus mandíbulas y la arrastró hacia el agua profunda. Empezó una serie de vueltas que agitaron el agua hasta hacer espuma, mientras retorció el cuello de la cebra como si fuera un pollo, al mismo tiempo que lo desorientaba y ahogaba. El cocodrilo siguió rodando hasta que el último destello de vida se extinguió en el cuerpo rayado; entonces lo soltó y retrocedió.

A veinte metros de la costa, permaneció en la superficie, observando el cuerpo de la cebra muerta a la espera de alguna última señal de vida. El cuerpo flotaba casi totalmente sumergido, con sólo una pata trasera saliendo de la superficie, apuntando al cielo. El cocodrilo estaba completamente de costado hacia los cazadores, con sólo la parte de arriba del lomo y la mitad superior de la cabeza a la vista. La cabeza se veía todavía más horrorosa por su abierta sonrisa fija y sardónica.

Kermit estaba estirado boca abajo detrás de la alforja de su montura, con el rifle apoyado en el hombro y la mejilla apretada contra la curva de la culata. Tenía el ojo izquierdo cerrado con fuerza y el derecho entrecerrado y concentrado, a la altura de la mira del arma.

León se inclinó más cerca de él.

—Apúntale hacia la comisura de la sonrisa, exactamente en el nivel del agua, debajo del ojo. —Las últimas palabras todavía estaban en sus labios cuando el Winchester rugió. Al mirar con los binoculares, León vio las gotas de agua que saltaban cuando la bala sacudió la superficie directamente debajo del pequeño y perverso ojo, para luego seguir hasta estrellarse dentro de la cabeza del cocodrilo.

—¡Perfecto! —gritó León mientras se ponía de pie de un salto.

—*Piga!* —gritó Manyoro—. ¡Dio en el blanco!

—*Ngwenya kufa!* ¡El cocodrilo está muerto! —chilló Loikot riéndose mientras se ponía de pie y se lanzaba a una danza desenfrenada dando saltos. El cocodrilo sacó todo su cuerpo fuera del agua, azotando la superficie con su cola en una serie de gigantescas convulsiones. Golpeó las mandíbulas, luego saltó otra vez a gran altura fuera del agua y cayó con tremendo estrépito, salpicándolo todo, dando vueltas una y otra vez sobre sí, con su cola haciendo olas que rompían

pesadamente en la playa.

—*Ngwenya kufa!* —se regocijaban los hombres en la costa mientras la locura de muerte del cocodrilo alcanzó un *crescendo*.

De pronto el enorme cuerpo se paralizó, la cola se arqueó y se puso rígida, y el cocodrilo quedó inmóvil en la superficie por un momento y luego se hundió, para desaparecer debajo de las aguas verdes.

—¡Vamos a perderlo! —gritó Kermit preocupado y saltó en una sola pierna mientras se quitaba las botas.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —exclamó León, frenándolo.

—Voy a sacarlo.

Kermit se esforzó por liberarse, pero León lo sujetó fácilmente.

—Escucha, idiota, si entras en esa agua, el abuelo del cocodrilo estará esperando para conocerte.

—¡Pero vamos a perderlo! ¡Tengo que pescarlo y sacarlo!

—¡No, nada de eso! Manyoro y Loikot esperarán aquí hasta mañana, cuando el cocodrilo esté hinchado de gas y flotando en la superficie. Entonces, tú y yo volveremos para ponerle sogas.

Kermit se calmó un poco.

—Se lo va a llevar la corriente.

—El río no está corriendo. Éste es un charco aislado. Tu cocodrilo no va a ir a ninguna parte, amigo.



Era ya la tarde avanzada y estaban sentados debajo del toldo de la carpa de León, bebiendo el té y repasando una y otra vez los detalles de la caza del cocodrilo, cuando un clima de excitación y revuelo atravesó el campamento, lo que indicaba el regreso inminente del Presidente. Kermit se puso de pie de un salto.

—¡Vamos! —le dijo a León—. Veamos lo que mi padre ha conseguido. —Se alejó a grandes zancadas y se dio vuelta—. No digas nada sobre el cocodrilo. No lo va a creer hasta que lo vea.

Teddy Roosevelt entró cabalgando al campamento y ellos estaban ahí para

darle la bienvenida cuando desmontó y le entregó las riendas a un mozo de cuadra. Sonrió cuando vio a Kermit y había un centelleo de triunfo en sus ojos detrás de los anteojos con marco de metal.

—Hola, papá —gritó Kermit—. ¿Ha tenido usted un buen día?

—No estuvo malo. Abrí la cuenta de los leones.

La cara de Kermit se transformó.

—¿Cazó un león?

—¡Así es! —confirmó el Presidente, siempre sonriente. Señaló con el pulgar por encima del hombro. Kermit vio al grupo de porteadores que se acercaba por el sendero a través de los árboles. Llevaban un cuerpo color bronce colgado de un palo que cargaban. Bajaron su carga junto a la carpa de taxidermia, y salieron tres científicos del Smithsonian para ver lo conseguido aquel día. Cortaron las sogas que unían las garras del león al palo y estiraron el cuerpo del animal en el suelo para medirlo y fotografiarlo.

Kermit se rio, aliviado. Hasta él, que conocía poco acerca de aquellos animales, pudo ver que se trataba de una leona joven.

—¡Eh, papá! —Chasqueó la lengua al dirigirse a su padre—. Si crees que eso es un león de verdad, yo podría muy bien considerarme presidente de los Estados Unidos. Es una cachorra.

—Tienes razón, hijo —aceptó su padre, todavía con una sonrisa petulante—. Pobre pequeña criatura, tuve que dispararle. No nos permitía acercarnos al cuerpo de su compañero. Lo vigilaba con ferocidad. Por lo menos, podremos exhibirla embalsamada como parte de un grupo familiar en una de las vitrinas de la Sala de África en el museo. ¿Qué le parece? —Dirigió la pregunta a George Lemmon, jefe del equipo de científicos.

—Estamos encantados de tenerla, señor. Es un espléndido espécimen. Su cuero es perfecto, todavía tiene las manchas de los cachorros jóvenes y sus dientes son perfectos.

El Presidente miró hacia atrás por sobre su hombro y comentó sin premura:

—¡Ah, bien! Están trayendo al macho ahora. —Otro equipo de porteadores estaba precisamente saliendo del bosque. Cuatro hombres se inclinaban bajo el peso del enorme cuerpo que cargaban.

—¡Santo cielo! Me parece que ése es un espléndido león. —Frederick Selous había salido de su carpa en mangas de camisa, con el bloc de dibujos en la mano—. Debemos asegurarnos de que esos hombres lo manejen con cuidado. No sería bueno que su piel se marcara o dañara.

Los porteadores se acercaron con el león balanceándose en el palo al ritmo de su trote. Lo bajaron suavemente al lado de la leona. Sammy Edwards, el principal taxidermista, lo estiró con cuidado y sacó su cinta de medir, que colocó desde la punta de la nariz negra como el ónix hasta el mechón negro en el extremo de su cola.

—Dos metros con cincuenta centímetros. —Miró al Presidente—. Es un gran león, señor, el más grande que haya medido.



Después de la cena de aquella noche, Kermit fue a la carpa de León. Llevaba consigo una petaca de plata con whisky Jack Daniels. Bajaron la intensidad de la lámpara, se sentaron en las sillas de lona debajo del mosquitero y mantuvieron la voz baja.

—Andrew Fagan fue el invitado de honor esta noche —le dijo Kermit a León. En respuesta a la invitación de Kermit, Fagan había llegado al campamento durante la tarde—. Se llevó bien con mi padre. Al viejo le encantó tener una nueva audiencia.

Estuvieron en silencio durante varios minutos y luego Kermit continuó.

—No guardo rencor hacia mi padre. Él tiene tanto interés de conseguir buenos trofeos como cualquiera de nosotros, y se mueve como un hombre de la mitad de su edad. No estabas ahí, por supuesto, pero puedo decirte que casi exageró durante la cena esta noche. En realidad, no se jactó ni se regodeó conmigo, pero estuvo muy cerca. Por supuesto, Fagan estaba encantado con todo eso.

León observó el líquido de color ámbar en su vaso y murmuró su acuerdo con simpatía.

—Quiero decir que era un buen león, un espléndido animal, pero no el mejor león que nadie hubiera cazado jamás en África, ¿no? —preguntó Kermit seriamente.

—Tienes toda la razón. Era un león muy grande de cuerpo, pero su melena era un collarín de pelos. No era mucho más grande que la boa de pluma de avestruz de una dama —le aseguró León, y Kermit se echó a reír. Luego se puso una mano sobre la boca. Estaban a más de cien metros de la carpa del Presidente, pero el gran hombre esperaba silencio en el campamento después de la hora de acostarse.

—La boa de una dama —repitió Kermit con alegría, y luego hizo un intento de fasete femenino—. ¿Vamos al ballet, mis queridos? —Saborearon la broma

durante un tiempo y bebieron el JackDaniels.

Luego Kermit dijo:

—A veces casi odio a mi padre. ¿Eso me convierte en malvado?

—No, te hace humano.

—Dime con toda sinceridad, León, ¿qué pensaste realmente de ese león?

—Podemos superarlo.

—¿Te parece? ¿De verdad lo crees?

—El león de tu padre no tiene un solo pelo negro en su boa. Ni uno —dijo, y Kermit tuvo que acallar otro estallido de risa ante la palabra «boa». El Jack Daniels estaba calentando su estómago y levantándoles el ánimo.

Cuando su amigo logró controlar su regocijo, León repitió:

—Podemos superarlo. Podemos conseguir un león más grande y más negro. Manyoro y Loikot son masai. Tienen una afinidad especial con los grandes gatos. Dicen que podemos conseguir algo mejor y yo les creo.

—Dime cómo vamos a hacerlo. —Kermit observaba con seriedad su rostro.

—Haremos una columna ligera y nos adelantaremos al safari principal para ir más allá del territorio masai, donde los leones no han sido perseguidos por los *morani* en los últimos mil años. Podemos movernos con mayor rapidez que los demás porque ellos están limitados al ritmo de los porteadores. En pocos días podemos adelantarnos unos ciento cincuenta kilómetros o más. ¿Cuándo piensa tu padre dirigirse hacia el Norte? ¿Lo sabes?

—Mi padre nos dijo a la hora de la cena que piensa quedarse aquí durante un tiempo. Parece que hace algunos días los guías locales lo llevaron a él y al señor Selous a un gran pantano que queda a unos treinta kilómetros al este de aquí. Cerca de ese lugar encontraron huellas que el señor Selous cree que pueden ser de unos antílopes sitatunga machos, pero serían más grandes que la especie que él mismo descubrió en 1881, en el delta de Okavango. A ése le pusieron su nombre, *Limnotragus selousi*. Ha convencido a mi padre de que ésta podría ser una nueva subespecie completamente nueva. A mí padre le resulta irresistible la oportunidad de descubrir una especie hasta ahora desconocida por la ciencia. Sueña con que haya un sitatunga que se llame *Limnotragus roosevelti*. Sacrificaría a su primogénito para eso. —Mostró una amplia sonrisa—. ¡Y el primogénito es quien te habla, por supuesto! Espero que quiera permanecer por aquí hasta que encuentre a ese macho o se convenza de que no existe.

—Puedo comprender su interés. ¿Qué sabes sobre el sitatunga?

—No mucho —admitió Kermit.

—Es una criatura fascinante, muy rara y escurridiza. Es el único antílope realmente acuático. Sus pezuñas son tan largas y separadas que en tierra apenas sí puede caminar, pero en el barro profundo o en el agua es tan ágil como un bagre. Cuando se ve amenazado, se mete debajo del agua y puede quedarse sumergido durante horas con sólo la punta de sus orificios nasales por encima del



agua.

—Diablos, me encantaría conseguir uno de éstos —exclamó Kermit.

—No puedes tenerlo todo, amigo. O leones o sitatunga, tú decides. —León no esperó una respuesta—. Los planes del Presidente nos vienen muy bien a nosotros. Podemos dejar que ellos sigan esos planes y partir pasado mañana. Ahora, dime, ¿crees que podría haber otro trago en el fondo de tu petaca? Si lo hay, no creo que debamos desperdiciarlo, ¿no?



Pasaron el día siguiente reuniendo a toda prisa al personal y el equipo para su columna ligera. Escogieron un grupo de seis caballos y tres mulas de carga. Luego, con la alegría de escolares que se libran de la vigilancia de su director, cabalgaron en dirección norte.

A última hora de la tarde del tercer día, estaban siguiendo el curso de un pequeño río no identificado cuando se oyó un grito de los rastreadores masai, que iban unos cien metros más adelante. Gesticularon y señalaron hacia una rápida forma de felino que había salido de unos matorrales y se alejaba veloz por la planicie aluvial abierta, dirigiéndose en busca de refugio en el bosque espeso que había más allá.

—¿Qué es? —Kermit se puso de pie en los estribos y protegió sus ojos de la luz con el sombrero.

—Leopardo —explicó León—. Un gran gato.

—No tiene manchas —protestó Kermit.

—No puedes verlas a esta distancia.

—¿Puedo alcanzarlo y derribarlo?

—Los disparos no molestarán a los leones que los escuchen —le aseguró León—, no como a los elefantes. Son curiosos como los gatos. Algunos disparos podrían incluso atraerlos. —Kermit no tuvo que escuchar más. Dejó escapar un desenfundado grito de vaquero y, con su sombrero, instó a su montura a lanzarse en un galope loco, a la vez que sacaba a Gran Medicina de la funda debajo de su rodilla derecha para blandirla sobre la cabeza.

—Aquí vamos otra vez, amigos. —León se rio—. Otro discreto y

cuidadosamente planeado acecho del Señor Bala Veloz. —Hizo que su propio caballo saliera al galope y corrió tras él. El leopardo escuchó aquella conmoción, se detuvo y se sentó sobre sus patas traseras, mirando inmóvil hacia atrás, asombrado. Luego se dio cuenta de lo precaria que era su situación, dio velozmente media vuelta y se alejó corriendo, estirándose en cada salto; largo, elegante y grácil.

—*Yee-ha!* ¡Vamos a él! —aulló Kermit, e incluso León fue contagiado por la emoción de la carga al galope.

—*View halloo!* ¡Vamos! —Lanzó el viejo grito de la caza del zorro y se inclinó a lo largo del pescuezo de su caballo, haciéndolo correr, con ambas manos en las riendas. La sensación del viento en la cara era embriagadora. Abandonando todo control, corrieron compitiendo entre sí por la planicie.

La nariz del caballo de León se estaba acercando a la altura de las botas de Kermit. Éste miró hacia atrás por debajo de la axila, vio a León que ganaba terreno, golpeó con el sombrero el cuello de su caballo y apretó los talones en los flancos.

—¡Vamos! —lo alentó—. ¡Vamos, bebé! ¡Ve adelante! —En ese momento su caballo tropezó en un agujero de suricatas. Su pata delantera derecha se rompió, con un ruido como de un latigazo, y cayó como si le hubieran disparado al cerebro. Kermit fue lanzado por lo alto. Golpeó el suelo con el hombro y el costado de la cara. Su rifle voló de su mano y rodó como una pelota por debajo de las pezuñas en movimiento del caballo de León. Éste hizo girar la cabeza de la yegua y apenas si lograron evitar pisotear a Kermit. El animal había respondido a la presión de las riendas, el bocado y las espuelas, sacudiendo la cabeza violentamente. Cabalgaron de regreso hacia el jinete derribado. El caballo de Kermit estaba tratando de ponerse de pie, pero su pata delantera tenía una fractura limpia, justo encima del menudillo, con la pezuña que colgaba suelta. Kermit estaba tendido inmóvil, estirado sobre la tierra dura.

«Se mató. ¡Dios mío! ¿Qué le voy a decir al Presidente?» León estaba desesperado mientras sacaba los pies de los estribos. Pasó la pierna derecha por sobre el pescuezo de su caballo y se dejó caer al suelo. Corrió hacia Kermit, pero cuando llegó a él, su amigo se estaba incorporando, aturdido. La piel del lado izquierdo de su cara estaba raspada y tenía la ceja rota y a medias colgando sobre su ojo cubierto de polvo.

—¡Fue un error! —farfulló, y escupió sangre y barro—. ¡Fue un gran error!

León se rio, aliviado.

—¿Tratas de decirme que no fue deliberado? Creí que lo habías hecho sólo para impresionarme.

Kermit movió la lengua por todo el interior de la boca.

—No falta ningún diente —anunció, hablando como si tuviera el paladar roto.

—Afortunadamente, caíste de cabeza, porque de otro modo podrías haberte

lastimado. —León se arrodilló junto a él, le tomó la cabeza con ambas manos y la giró de un lado a otro, revisándole el ojo—. Trata de no parpadear así, o el polvo te va a lastimar el globo ocular.

—Eso se dice fácil. ¿Qué tal si tu próxima instrucción estúpida es «trata de no respirar»?

Ishmael se acercó al galope en su mula y le dio a León una bolsa de agua.

—Manténle el ojo abierto, Ishmael —ordenó León, y luego vertió agua en él, lavando casi todo el barro. Después le alcanzó la bolsa a Kermit—. Enjuágate la boca y lávate la cara. —Los dos masai estaban en cuclillas cerca, desde donde podían ver muy bien lo que estaban haciendo, a la vez que comentaban lo ocurrido con placer—. Ustedes dos, hienas, dejen de reírse y preparen la tienda portátil, y pongan ahí la manta de *Popoo Hima*. Quiero sacarlo del sol.

Mientras ayudaban a Kermit a ubicarse en la pequeña carpa, León sacó el enorme Holland de su funda en la montura y le disparó al caballo herido. Hizo que aquello pareciera frío y limpio, pero su simpatía por los caballos era intensa y, aunque se trataba de un acto de piedad, esa muerte le desgarró la conciencia.

—Sáquenle la silla de montar y los arreos a esa pobre criatura —le dijo a Manyoro, mientras extraía el cartucho de bronce vacío y volvía a poner el rifle en la funda. Se dirigió a la pequeña carpa y se agachó para atravesar la entrada.

—¿Dónde está Gran Medicina? —preguntó Kermit, y trató de levantarse.

León lo empujó hacia abajo.

—Enviaré a Manyoro a buscarlo. —Levantó la voz—: ¡Manyoro! Trae el *bunduki* del *bwana*. —Luego puso un dedo delante de los ojos de Kermit—. Síguelo. —Lo movió lentamente de un lado al otro; luego, satisfecho, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—. A pesar de todos tus esfuerzos, no parece que hayas conseguido producirte una conmoción cerebral, gracias a Dios. Ahora echemos un vistazo al lugar donde tu ceja izquierda solía estar pegada a la cara. —Revisó el daño minuciosamente—. Voy a tener que darte unos puntos.

Kermit se mostró alarmado.

—¿Qué sabes tú de suturar a la gente?

—He suturado a muchos caballos y perros.

—Yo no soy ningún caballo ni ningún perro.

—No, esos animales son muy inteligentes. —Luego, dirigiéndose a Ishmael, dijo—: Trae tu equipo de costura.

En ese momento Manyoro apareció en la entrada con expresión triste. Tenía una parte separada del Winchester en cada mano.

—Está roto —dijo en *swahili*.

Kermit le quitó las partes rotas.

—¡Maldición! ¡Por todos los demonios! —gimió. La culata se había partido en el cuello de la empuñadura y el punto de mira estaba torcido. Era obvio que no se podía disparar con el rifle. Kermit lo sostuvo como si se tratara de un hijo

enfermo—. ¿Qué voy a hacer? —Miró a León con aire lastimoso—. ¿Puedes repararlo?

—Sí, pero recién cuando regresemos al campamento y disponga de mi juego de herramientas. Tendré que atar la culata con piel fresca de la oreja de un elefante. Cuando se seque, estará tan duro como el hierro y mejor que si fuera nueva.

—¿Y el punto de mira?

—Si no podemos encontrar el original, limaré un trozo de metal y lo soldaré en su lugar.

—¿Cuánto tiempo tomará todo eso?

—Una semana aproximadamente. —Vio la expresión afligida de Kermit y trató de suavizar un poco las cosas—. Tal vez menos. Depende de cuánto demoremos en encontrar una oreja de elefante fresca y de lo rápidamente que se seque. Ahora, quédate quieto mientras te coso.

Kermit estaba en tal estado de angustia que parecía habituado a la primitiva cirugía que León le practicó. Primero lavó la herida con una solución diluida de yodo; luego se puso a trabajar con la aguja y el hilo. Cualquiera de ambos procedimientos eran razón más que suficiente para hacer llorar a un hombre fuerte, pero Kermit parecía más preocupado por Gran Medicina que por su propio sufrimiento.

—¿Con qué voy a disparar mientras tanto? —se lamentó, todavía sosteniendo el rifle.

—Afortunadamente traje mi viejo Enfield 303 como refuerzo. —León pasó la aguja a través de un pliegue de la piel.

Kermit hizo una mueca pero se aferró al tema obstinadamente.

—Ésa es un arma para jugar. —Parecía ofendido—. Podría estar bien para las Tommy, los impala o incluso para seres humanos, pero es demasiado liviana para un león.

—Si te acercas lo suficiente y pones la bala en el lugar adecuado, cumplirá con su misión.

—¿Acercarme? ¡Ya sé lo que eso significa para ti! ¿Quieres que meta el cañón en el agujero del oído del maldito gato?

—Muy bien, sigue con tu estilo acostumbrado y dispara a seiscientos metros de distancia. Pero no creo que dé resultado.

Kermit pensó en ello por un momento, pero no se mostró demasiado contento con la idea.

—¿Qué tal si me prestas ese enorme y viejo Holland que tienes?

—Te quiero como si fueras mi propio hermano, pero antes te prestaría a mi hermana menor por una noche.

—¿Tienes una hermana menor? —preguntó Kermit, con un súbito interés—. ¿Es bonita?

—No tengo ninguna hermana —mintió León, ansioso por proteger a sus hermanos de las atenciones de Kermit— y no voy a prestarte mi rifle.

—Bien, no quiero tu pequeño y patético 303 —reaccionó Kermit con mal humor.

—¡Bien! Entonces, te sugiero que le pidas a Manyoro que te preste su lanza.

Manyoro sonrió expectante ante la mención de su nombre.

Kermit sacudió la cabeza y usó todo el *swahili* que conocía para dirigirse a él.

—*Mazuri sana*, Manyoro. *Hacuna matatu!* Muy bien, Manyoro. No te preocupes. —El masai pareció decepcionado y Kermit se volvió a León—. Está bien, amigo. Probaré algunos tiros con tu rifle de juguete.



Por la mañana, el ojo de Kermit estaba hinchado y cerrado, y su torso, decorado con algunos moretones espectaculares. Afortunadamente el daño estaba en el ojo izquierdo, de modo que su ojo para apuntar todavía estaba sano. León abrió la corteza de un árbol de la fiebre para darle un blanco a sesenta pasos y luego le pasó el 303.

—A esta distancia disparará un par de centímetros más arriba, de modo que mantén la punta de la mira un poco más abajo —le aconsejó.

Kermit hizo dos disparos, que dieron junto a la marca, un dedo a cada lado.

—¡Vaya! Nada mal para un principiante. —Kermit también se había impresionado. Estaba visiblemente alegre.

—Maravillosamente bien incluso para un gran tirador como *Popoo Hima* —coincidió León—. Pero sólo recuerda que no debes disparar a nada que esté por encima del horizonte.

Kermit no se dio cuenta de la broma.

—Vamos a buscar un león —dijo.

Aquella noche acamparon junto a un pequeño abrevadero que todavía tenía agua de las últimas lluvias. Se metieron entre sus mantas tan pronto comieron y ambos hombres se quedaron dormidos en unos minutos.

En la madrugada León sacudió a Kermit para despertarlo. Éste se incorporó aturdido.

—¿Qué sucede? ¿Qué hora es?

—No te preocupes por la hora, sólo escucha —le dijo León.

Kermit levantó la vista y vio que los dos masai e Ishmael estaban sentados junto al fuego. Lo habían alimentado con trocitos de madera y las llamas bailaban agitadas. Sus rostros estaban concentrados y embelesados. Estaban escuchando. El silencio se prolongó varios minutos.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Kermit.

—¡Paciencia! Sólo mantén los oídos abiertos —lo regañó León. De pronto la noche se llenó con un ruido. Era un sonido bajo que retumbó muy fuerte, que subía y bajaba como olas empujadas por un huracán. Producía un hormigueo en la piel y hacía erizar los pelos en los brazos y hasta la nuca. Kermit echó a un lado su manta y se puso de pie de un salto. El sonido se apagó en una serie de gruñidos como sollozos. El silencio posterior pareció apoderarse de todo hombre y bestia en la creación.

—¿Qué diablos fue eso? —susurró Kermit.

—Un león. Un gran león macho dominante que proclama su reino —respondió León en voz baja. Manyoro añadió algo en *maa*, luego él y Loikot se rieron de la broma.

—¿Qué dijo? —preguntó Kermit.

—Dijo que hasta el hombre más valiente es dos veces asustado por un león. La primera vez cuando escucha su rugido, la segunda y última vez cuando conoce a la bestia cara a cara.

—Tiene razón sobre la primera vez —admitió Kermit—. Es un sonido increíble. ¿Pero cómo sabes que es un macho grande y no una leona?

—¿Cómo se distingue la voz de Enrico Caruso de la de Dame Nellie Melba?

—Vamos a dispararle.

—Buen plan, amigo. Yo sostengo la vela y tú disparas. Debería ser fácil.

—¿Entonces, qué vamos a hacer?

—Yo, por lo menos, voy a meterme debajo de mi manta y voy a tratar de dormir un poco. Tú deberías hacer lo mismo. Mañana va a ser un día agitado. —Otra vez se acostaron al lado del fuego, pero ambos estaban muy lejos de conciliar el sueño cuando otro rugido estruendoso resonó a través de la noche.

—¡Escúchalo! —murmuró Kermit—. El hijo de su madre me está invitando a salir para jugar. ¿Cómo puedo dormir con ese ruido por ahí? —Los últimos gruñidos como de una sierra se perdieron en el silencio, y luego llegó otro sonido, casi un eco distante del primer rugido, lejano y débil. Se sentaron y los masai dejaron escapar exclamaciones.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó Kermit—. Parecía otro león.

—Eso es exactamente lo que era —le aseguró León.

—¿Es un hermano del primero?

—De ninguna manera. Es el rival del primer león y enemigo a muerte. —

Kermit estaba a punto de hacer otra pregunta, pero León lo detuvo—. Déjame hablar a los masai. —El debate se desarrollaba en *maa* hablado con rapidez, hasta que al final León regresó a Kermit—. Muy bien, esto es lo que está ocurriendo por ahí. El primer león es el macho más viejo y dominante. Éste es su territorio y casi con seguridad tiene un harén grande de hembras y sus cachorros. Pero ya se está poniendo viejo y sus fuerzas se están debilitando. El segundo macho es joven y fuerte, en la flor de su vida. Se siente listo para desafiarlo y quedarse con el territorio y el harén. Está merodeando por los límites y juntando valor para la lucha a muerte. El viejo está tratando de asustarlo y ahuyentarlo.

—¿Manyoro puede decir todo eso después de escuchar sólo algunos rugidos?

—Tanto Manyoro como Loikot hablan la lengua de los leones con fluidez — explicó León, con expresión seria.

—Esta noche creeré cualquier cosa que me digas. ¿Así que tenemos no uno sino dos leones grandes?

—Sí, y no se irán lejos. El viejo no se atreve a dejar la puerta abierta, y el joven puede olfatear a esas damas. Tampoco se irá a ninguna parte.

Después de esto, ya no era cuestión de que nadie durmiera. Se sentaron junto al fuego, planeando la cacería con los masai y bebiendo el mejor de los cafés de Ishmael, hasta que los primeros rayos del sol doraron las copas de los árboles. Luego desayunaron con las famosas tortillas de huevo de avestruz de Ishmael y una fuente de sus bollos igualmente famosos, calientes y recién sacados del fuego. Un huevo de avestruz era el equivalente de dos docenas de huevos grandes de gallina, pero no quedaron sobras. Mientras recogían las últimas gotas de grasa de la cacerola con trozos de bollo, Ishmael y los masai levantaron el campamento y cargaron las mulas. El aire todavía era suave y fresco cuando partieron para ver lo que el día les iba a deparar.

Un par de kilómetros en las barrancas río abajo, sorprendieron a una manada de varios cientos de búfalos que regresaban del agua. León derribó a dos con disparos consecutivos del cañón izquierdo y luego del derecho del Holland. Les abrieron las panzas para que el olor a carroña fuera transmitido en la brisa sofocante; luego las mulas los arrastraron a posiciones más favorables, con terreno abierto alrededor de ellos y sin posibilidad de refugio en alguna espesa maleza cercana en la que un león herido pudiera esconderse. Mientras estaban colocando el cebo, los porteadores cortaron manojos de ramas verdes y cubrieron los cuerpos de los animales para que los buitres y las hienas tuvieran dificultades para alcanzarlos. Para un león, ese obstáculo no sería un impedimento para llegar a la presa.

Cabalgaron río abajo y hacia el área donde los leones habían estado rugiendo durante la noche. Cada dos o tres kilómetros, León le disparaba a cualquier mamífero grande que apareciera: jirafas, rinocerontes o búfalos. Para la puesta de sol habían preparado una muy atractiva serie de cebos para leones, en un

trcho de unos quince kilómetros.

Esa noche fueron otra vez privados de un sueño tranquilo por el rugido y el contrarrugido de los dos antagonistas. En un momento el león más viejo estuvo tan cerca de donde estaban acostados que el suelo tembló debajo de sus mantas con el imperioso poder de su voz, pero esta vez no hubo respuesta de su retador.

—El león joven ha encontrado una de nuestras carnadas. —Manyoro interpretó su silencio—. Se la está comiendo.

—Creía que los leones nunca comían carroña —dijo Kermit.

—No creas. Son tan haraganes como los gatitos domésticos. Prefieren que les den de comer, sin preocuparse de lo podrido y maloliente que esté. Sólo se toman el trabajo de cazar sus propias presas cuando todo lo demás falla.

Dos horas después de la medianoche, el león viejo había dejado de rugir, y la oscuridad estaba en silencio.

—Ahora ha encontrado un cebo para él —observó Manyoro—. Los tendremos a ambos mañana.

—¿Cuántos leones me permite mi licencia? —preguntó Kermit.

—Los suficientes para satisfacerte incluso a ti —le dijo León—. Los leones son una plaga en el África Oriental Británica. Puedes matar todos los que desees.

—¡Bien! Quiero a estos dos tipos grandes. Quiero llevármelos para mostrárselos a mi padre.

—Yo también —coincidió León fervientemente—. Yo también.



Apenas hubo luz suficiente para que los rastreadores leyeran las señales, comenzaron a retroceder por la cadena de cebos. León y Kermit llevaban chaquetas de abrigo pues la mañana era fría y perfumada como un buen Chablis.

Las primeras tres carnadas que visitaron no habían sido tocadas, aunque los buitres esperaban oscuros, encorvados y taciturnos como sepultureros en las copas de los árboles alrededor de ellas. Cuando llegaron a la cuarta, León se detuvo a unos cientos de metros de ella y, con los binoculares, inspeccionó minuciosamente la pila de ramas que la cubrían.

—Estás perdiendo el tiempo, amigo. No hay nada ahí —dijo Kermit.



—Todo lo contrario —respondió León en voz queda, sin bajar los binoculares.

—¿Qué quieres decir? —El interés de Kermit aumentó.

—Quiero decir que hay un gran león macho por allí.

—¡No! —protestó Kermit—. ¡No veo nada, maldito sea!

—Toma. —León le pasó los binoculares—. Usa éstos.

Kermit enfocó las lentes y observó a través de ellas durante un minuto.

—Todavía no veo ningún león.

—Mira en el lugar donde la cubierta de ramas ha sido abierta. Puedes ver las patas traseras rayadas de la cebra en la abertura...

—¡Sí! Ya las veo.

—Mira ahora por encima de la cebra. ¿Ves dos pequeños bultos oscuros en el otro lado?

—Sí, pero eso no es un león.

—Ésas son las puntas de sus orejas. Está aplastado contra el suelo detrás de la cebra, mirádonos.

—¡Santo cielo! ¡Tienes razón! Vi que una oreja se movía —exclamó—. ¿Cuál de los leones es? ¿El joven o el viejo?

León consultó rápidamente con Manyoro. Loikot agregaba sus propias y autorizadas opiniones cada tanto. Finalmente se volvió a Kermit.

—Respira hondo, amigo. Te tengo noticias. Es el grande. Manyoro lo llama «el león de todos los leones».

—¿Qué hacemos ahora? ¿Cabalgamos hacia él para derribarlo?

—No, caminamos para que se muestre. —León ya estaba desmontando de la silla y sacando el gran Holland de la funda. Lo abrió, sacó los cartuchos de bronce del cargador y los reemplazó por un par nuevo de su cartuchera. Kermit siguió su ejemplo con el pequeño Lee-Enfield. Los mozos de cuadra se adelantaron y tomaron las riendas de sus caballos para llevarlos a la retaguardia; luego dejaron en el suelo sus recipientes para el agua y se pusieron en cuclillas para tomar un poco de rapé. Pronto se pusieron de pie de un salto, levantaron sus lanzas para leones y las movieron en el aire con gruñidos sedientos de sangre, mientras daban grandes saltos con cada movimiento de las largas hojas brillantes, preparándose para la lucha.

Tan pronto como todos los cazadores estuvieron listos, León le dio sus instrucciones a Kermit.

—Tú irás adelante. Yo estaré tres pasos detrás de ti, para no bloquear tu campo de fuego. Camina despacio y de manera regular, pero no directamente hacia él. Haz que parezca que vas a pasar unos veinte pasos a su derecha. No lo mires de frente. Mantén los ojos en el suelo delante de ti. Si lo miras, lo asustarás y saldrá corriendo o atacará prematuramente. A unos cincuenta pasos, te lanzará un gruñido de advertencia. Verás que su cola empieza a moverse. No te detengas y no te apresures. Sigue caminando. A unos treinta pasos se levantará y te mirará

de frente. En ese momento un león corriente escapa o ataca. Éste es diferente. El hecho de probarse con el joven pretendiente lo ha puesto de un humor belicoso y temerario. Su sangre está en ebullición. Atacará. Te dará tres o cuatro segundos y luego avanzará. Debes dispararle antes de que empiece a moverse; de otro modo, antes de que siquiera puedas parpadear, estará corriendo a sesenta kilómetros por hora derecho hacia ti. Cuando te grite que dispaes, apúntale al centro del pecho, justo debajo de la barbilla. Estos gatos son blandos. Incluso el 303 lo derribará. De todos modos, debes seguir disparando mientras esté sobre sus patas.

—Tú no vas a disparar, ¿no?

—No hasta que empiece a masticar tu cabeza, mi amigo. Ahora, ¡camina!

Avanzaron en formación abierta. Kermit iba adelante; León, unos pasos atrás, y los dos masai, detrás de él, marchando codo a codo con sus *assegai* listas.

—Excelente —alentó León a Kermit en voz baja—. Mantén esa velocidad y dirección. Lo estás haciendo bien. —Otros cincuenta pasos más y León divisó a la bestia que alzaba la cabeza unos centímetros. La parte superior de su cráneo ya era visible y levantó su melena en un gesto amenazador. Era como un pequeño pajar, denso y negro como el infierno. Kermit vaciló a mitad de un paso.

—Tranquilo, tranquilo. ¡Sigue avanzando! —le advirtió León. Siguieron caminando y ya podían ver los ojos del león debajo de la gran mata que era su melena. Eran fríos, amarillos e inexorables. Otros diez lentos pasos y el león gruñó. Era un sonido bajo y grave, infinitamente amenazador, como un trueno de verano a la distancia. Hizo que Kermit se detuviera y se volviera para mirar a la bestia de frente, a la vez que empezaba a subir el largo rifle. Ese movimiento y la mirada directa de Kermit provocaron al león.

—¡Ten cuidado! Va a atacar —dijo León en un tenso tono de voz, pero el león estaba ya en pleno ataque, corriendo hacia Kermit, gruñendo en estallidos entrecortados y breves como los pistones de vapor de una locomotora que va acelerando, con la melena negra completamente erizada por la furia y la cola larga sacudiéndose de un lado a otro. Era enorme y se hacía más grande a medida que se achicaba la distancia entre ellos con cada zancada.

—¡Dispara! —La voz de León se perdió en medio del ruido nitido del 303. La bala, apuntada de manera apresurada, pasó volando por encima del lomo del león y levantó una nube de polvo doscientos metros detrás de él. Kermit fue rápido para recargar. Su siguiente disparo fue demasiado bajo y dio en el suelo entre las patas delanteras de la bestia. El león siguió avanzando en línea recta: una mancha amarilla a toda velocidad, gruñendo con una furia que hacía helar el corazón, pateando polvo y moviendo la cola.

« ¡Jesús! —pensó León—, ¡lo va a derribar!» Colocó el Holland en posición, concentrando todos sus poderes mentales y físicos en la gran cabeza con melena

y las mandíbulas abiertas que lanzaban gruñidos. Estaba apenas consciente de que su índice iba a apretar el gatillo. Un instante antes de que el león estrellara su cuerpo de doscientos cincuenta kilos contra el pecho de Kermit a sesenta kilómetros por hora, Kermit disparó su tercera bala.

La boca del Lee-Enfield 303 estaba casi tocando la brillante punta negra de la nariz del león. La liviana bala dio en la punta misma del hocico y fue directamente al cerebro. El cuerpo color bronce se aflojó y quedó flácido como un saco de paja. Kermit se arrojó a un lado en el último instante y el león cayó en el mismo lugar donde él había estado parado. Lo miró. Le temblaban las manos y el aliento gemía en su garganta. El sudor le goteaba sobre los ojos.

—Dispárale otra vez —gritó León, pero las piernas de Kermit se le aflojaron y se sentó. León se acercó corriendo y se detuvo junto al león. A quemarropa le disparó al corazón. Luego regresó a donde Kermit estaba sentado con la cabeza entre las rodillas.

—¿Estás bien, amigo? —le preguntó muy preocupado.

Lentamente Kermit levantó la cabeza y lo miró como si fuera un desconocido. Agitó la cabeza, en estado de confusión. León se sentó a su lado y le puso su brazo musculoso alrededor de los hombros.

—Tranquilo, amigo. Hiciste un gran trabajo. Te mantuviste firme ante el ataque. Nunca cediste. Permaneciste allí y lo derribaste como un héroe. Si tu papá hubiera estado aquí, se habría sentido orgulloso de ti.

Los ojos de Kermit se aclararon. Respiró hondo y luego dijo con voz ronca:

—¿Te parece?

—Lo sé perfectamente —le aseguró León, con total convicción.

—¿Tú no disparaste, no? —Kermit todavía estaba tan poco estable como un corredor de fondo que recupera su aliento después de una carrera difícil.

—No. No disparé. Tú lo mataste, sin ninguna ayuda mía —le aseguró León.

Kermit no volvió a hablar, sino que siguió sentado mirando en silencio el cuerpo magnífico del animal. León se quedó a su lado. Manyoro y Loikot comenzaron a hacer un círculo alrededor de ellos en una danza en la que arrastraban los pies con las piernas rígidas y daban saltos cambiando de pie y luego con ambos pies juntos.

—Están a punto de interpretar la danza del león en tu honor —explicó León.

Manyoro empezó a cantar. Su voz era fuerte y auténtica.

Somos los leones jóvenes.

Cuando rugimos, la tierra tiembla.

Nuestras lanzas son nuestros colmillos.

Nuestras lanzas son nuestras garras...

Después de cada verso saltaban muy alto con la facilidad de aves que

emprenden el vuelo y Loikot comenzaba con el estribillo. Cuando la canción terminó, se dirigieron al león muerto y mojaron los dedos en su sangre. Luego regresaron a donde Kermit todavía estaba sentado. Manyoro se agachó sobre él y marcó una raya de sangre sobre su frente.

Tú eres masai.

Tú eres morani.

Tú eres un león guerrero.

Tú eres mi hermano.

Retrocedió y Loikot se ubicó delante de Kermit. También le ungió la cara, pintando rayas rojas en cada mejilla mientras canturreaba.

Tú eres masai.

Tú eres morani.

Tú eres un león guerrero.

Tú eres mi hermano.

Se pusieron en cuclillas delante de él y aplaudieron rítmicamente con las manos.

—Te están convirtiendo en masai y en un hermano de sangre. Es el honor más alto que pueden ofrecerte. Deberías agradecerles.

—Ustedes también son mis hermanos —dijo Kermit—. Aun cuando estemos separados por la gran agua, los recordaré todos los días de mi vida.

León hizo la traducción y los masai murmuraron complacidos.

—Dígale a *Popoo Hima* que nos hace un gran honor —respondió Manyoro.

Kermit se puso de pie y se dirigió al cuerpo del león. Se arrodilló ante él como si se tratara de un santuario. No lo tocó de inmediato, pero su rostro brillaba con un resplandor especial mientras estudiaba la enorme cabeza. La melena comenzaba cinco centímetros por encima de los opacos ojos amarillos y seguía hacia atrás, ondas tras ondas por sobre la cabeza y el cuello, sobre los grandes hombros, por debajo del pecho, para terminar sólo a la mitad de su ancho lomo.

—Déjalo tranquilo —le dijo Manyoro a León—. *Popoo Hima* está recogiendo el espíritu de su león para ponerlo en su propio corazón. Es lo correcto y apropiado. Es lo que hace un verdadero guerrero.

El sol se había puesto antes de que Kermit dejara el león y se acercara al pequeño fuego junto al que León estaba sentado solo. Ishmael había puesto un tronco a cada lado que servían de asientos y otro, vertical, sobre el que colocó dos jarros y una botella. Cuando Kermit se sentó frente a León, echó un vistazo a la botella.

—Whisky Bunnahabhain. Treinta años de añejamiento —informó León—. Le rogué a Percy que me lo diera en caso de que algo como esto ocurriera y nos viéramos obligados a celebrar. Desgraciadamente, sólo me dio media botella. Dijo que es demasiado bueno para personas como tú. —León sirvió los jarros y le alcanzó uno a Kermit.

—Me siento diferente —confesó Kermit, y tomó un sorbo.

—Comprendo —dijo León—. Hoy fue tu bautismo de fuego.

—¡Sí! —Kermit respondió con vehemencia—. Es eso, precisamente. Fue una experiencia mística, casi religiosa. Algo extraño y maravilloso me ha sucedido. Me siento como si fuera otra persona, no el de antes, alguien mejor de lo que alguna vez fui. —Buscó las palabras adecuadas—. Me siento como si hubiera vuelto a nacer. Mi yo anterior se sentía asustado e inseguro. Éste ya no tiene más miedo. Ahora sé que puedo enfrentar al mudo a mi manera.

—Comprendo —confirmó León—. Rito de tránsito.

—¿Te ha pasado a ti? —preguntó Kermit.

León entrecerró los ojos con dolor al recordar los pálidos cuerpos desnudos crucificados sobre la tierra seca por el sol, al escuchar otra vez las flechas nandi y al recordar el peso de Manyoro en la espalda.

—Sí... Pero fue algo muy diferente de lo de hoy.

—Cuéntame cómo fue.

León sacudió la cabeza.

—Éstas son cosas de las que no debemos hablar demasiado. Las palabras sólo pueden manchar y minimizar su significado.

—Por supuesto. Es algo muy privado.

—Precisamente —coincidió León, y levantó su jarro—. No tenemos que insistir en ello. Lo sabemos en nuestros corazones. Los masai tienen una descripción para esta verdad compartida. Dicen sólo « guerreros hermanos de sangre » .

Permanecieron sentados durante un largo rato en un silencio compartido. Luego Kermit dijo:

—No creo que pueda dormir esta noche.

—Haré vigilia contigo —ofreció León.

Después de un rato empezaron a recordar y a hablar de los detalles más pequeños de la cacería del día, de cómo había sonado el primer gruñido, de lo grande que el león se había mostrado cuando se incorporó totalmente, de la velocidad con que se acercó. Pero eludieron los aspectos emocionales. El nivel de whisky bajó lentamente en la botella.

Un poco antes de medianoche, se sobresaltaron al escuchar caballos que se acercaban al campamento en la oscuridad, y voces hablando inglés. Kermit se puso de pie.

—¿Quién diablos puede ser?

—Creo que puedo adivinar. —León se rio entre dientes cuando una silueta en pantalones de equitación y sombrero inclinado se acercó al fuego.

—Buenas noches, señor Roosevelt, señor Courtney. Andaba por acá y se me ocurrió pasar a saludar.

—Señor Andrew Fagan, espero que no le moleste que diga que es usted un maldito mentiroso. Ha estado vigilándonos noche y día durante casi dos semanas. Mis rastreadores han descubierto sus huellas casi todos los días.

—Vamos, vamos, señor Courtney. —Fagan se rio—. «Vigilar» es una palabra demasiado fuerte. Pero es verdad que tengo algo más que un interés pasajero en lo que ustedes dos han estado haciendo, interés compartido por todo el mundo. —Se quitó el sombrero—. ¿Podemos prolongar esta visita por un rato?

—Me temo que ha llegado usted un poco tarde —dijo Kermit—. Como puede ver, la botella está casi vacía.

—Por algún notable vuelco del destino, tengo una de repuesto en mis alforjas. —Fagan llamó a su fotógrafo—: ¿Cari, puedes buscarnos esa botella de Jack Daniels y venir con nosotros a participar de la reunión? —Cuando todos estuvieron en sus sitios alrededor del fuego y habían ya tomado el primer sorbo de sus jarros, Fagan preguntó—: ¿Algo interesante ocurrió hoy? Escuchamos unos cuantos disparos en esta dirección.

—¡Diselo, León! —Kermit estaba exultante, pero no quería mostrarse fanfarrón.

—Bien, ahora que lo menciona, esta tarde el señor Roosevelt logró dispararle al león que hemos estado buscando desde el principio de nuestro safari.

—¡Un león! —Fagan derramó unas pocas gotas de whisky—. Ésa sí que es una verdadera noticia. ¿Cómo se compara con el que hace más o menos una semana cazó el Presidente?

—Tendrá que evaluarlo usted mismo —dijo León.

—¿Podríamos verlo?

—Venga por acá —invitó ansioso Kermit y, tomando una rama en llamas de la fogata, los llevó al lugar donde yacía el león. Hasta ese momento había permanecido oculto por la noche. Levantó la llama para iluminar el lugar.

—¡Vaya, maldición, es un monstruo! —exclamó Fagan y se volvió rápidamente a su fotógrafo—. Cari, trae tu cámara.

Durante casi otra hora más, persuadió a Kermit y a León para que posaran junto al trofeo, aunque a Kermit no hubo que insistirle demasiado. Sus ojos estaban encandilados por las numerosas explosiones de polvo de flash cuando finalmente regresaron al fuego y tomaron sus jarros otra vez. Fagan sacó su libreta de notas.

—Bien, díganos, señor Roosevelt, ¿qué se siente después de haber hecho lo que usted hizo hoy?

Kermit pensó en ello por un momento.

—Señor Fagan, ¿es usted cazador? Será más fácil de explicar si lo es.

—No, señor. Soy golfista, no cazador.

—Está bien. Para mí este león fue como si usted hiciera un hoyo de un golpe en el Campeonato Abierto, en un desempate con Willie Anderson por el título.

—¡Una descripción estupenda! Usted tiene el don de saber elegir las palabras, señor. —Fagan escribió rápidamente—. Cuéntemelo todo, paso a paso, desde que vio a esa bestia inmensa por primera vez hasta el momento en que la mató.

Kermit seguía todavía excitado por la emoción y el whisky. No dejó ningún detalle fuera, y no escatimó el uso de las hipérboles. Apeló a León varias veces para que confirmara los detalles más finos. « ¿No es así? ¿No es así exactamente como ocurrió?» Y León lo apoyaba lealmente, como corresponde que haga un cazador con su cliente. Finalmente, cuando todo estuvo dicho, permanecieron en silencio digiriendo los detalles. León estaba a punto de sugerir que ya era hora para que todo el mundo se acostara, cuando un rugido estruendoso surgió de la oscuridad.

—¿Qué fue eso? —Andrew Fagan estaba alarmado—. Por el amor de Dios, ¿qué fue eso?

—Ése es el león que vamos a cazar mañana —explicó Kermit, sin darle la menor importancia.

—¿Otro león? ¿Mañana?

—Sí.

—¿Le molesta si seguimos con ustedes? —preguntó Fagan, y León abrió la boca para oponerse, pero Kermit se le adelantó.

—Por supuesto, ¿por qué no? Es usted bienvenido, señor Fagan.



Temprano a la mañana siguiente, los desolladores empezaron a trabajar sobre el león y cubrieron la piel mojada con una capa gruesa de sal de roca.

—Esperen aquí cuando terminen —les ordenó León—. Hasta que yo envíe a Loikot a buscarlos.

Mientras la luz aparecía rápidamente por el Este, observaba la copa de los árboles en el otro lado del claro. Apenas pudo distinguir las hojas individuales

contra el cielo del amanecer, dijo:

—¡Buena luz para disparar! A montar, por favor, caballeros. —Cuando todos estuvieron en sus monturas, le hizo una señal con la mano a Manyoro.

Con los dos rastreadores masai a la cabeza, comenzaron la marcha en formación cerrada. Poco a poco, León hizo que su caballo fuera quedando más atrás en la columna hasta que quedó cabalgando estribo a estribo con Fagan. Habló en voz baja pero con firmeza.

—El señor Roosevelt fue muy generoso al permitir que usted se uniera a la cacería. Si hubiera sido por mí, no lo habría permitido. De todas maneras, usted podría haber subestimado el peligro que esto significa. Si las cosas se ponen feas, alguien podría salir seriamente lastimado. Debo insistir en que se mantenga bien atrás y lejos de donde pueda haber peligro.

—Por supuesto, señor Courtney. Lo que usted diga.

—Por «bien atrás» quiero decir al menos doscientos metros. Yo voy a estar cuidando a mi cliente. No podré cuidarlos a ustedes también.

—Comprendo. Permaneceremos a doscientos metros y tan silenciosos como un ratón, señor. Usted ni siquiera se dará cuenta de que estamos allí.

Manyoro los guió tres kilómetros hasta el siguiente cebo para leones. Cuando se acercaron al cadáver hinchado de la vieja jirafa, una gran colonia de buitres que se había estado alimentando de ella levantó vuelo y un clan de unas doce o más hienas salieron huyendo en grotesco pánico, con sus colas enroscadas sobre sus cuartos traseros, riéndose de manera estridente, con las mandíbulas sonrientes cubiertas con sangre y otros restos.

—*Hapana*. —Manyoro se encogió de hombros—. Nada.

—Hay tres cebos más. Tiene que estar en uno de ellos. No pierdas tiempo, Manyoro, llévanos —ordenó León.

El segundo cuerpo estaba en el centro de un claro abierto de hierba carbonizada no hacía mucho por el fuego, rodeado en tres de sus lados por verdes arbustos Kusaka-saka, cuyo denso follaje colgaba cerca del suelo y proporcionaba una retirada segura para un animal que huyera. Pero León se había asegurado de que hubiera un amplio espacio de terreno descubierto alrededor del animal muerto. Espacio suficiente para que ellos pudieran operar.

Lo primero que llamó la atención de León y puso sus nervios en tensión fue que las ramas más altas de los árboles estaban cargadas con una gran colonia de buitres y un grupo pequeño de cuatro hienas se mantenían al borde del Kusaka-saka. Tanto los buitres como las hienas se mantenían a buena distancia de la hembra de búfalo muerta en medio del claro. Debía de haber algo allí que no les gustaba. Entonces, Manyoro, que se había adelantado bastante, se detuvo e hizo un discreto gesto que advirtió a León con la misma claridad que si hubiera hablado.

—León ubicado. Ten cuidado. Está aquí —le dijo a Kermit—. Espera.



Manyoro se está acercando. Déjalo que trabaje para nosotros. —Fagan y su grupo se acercaron—. Ustedes se quedarán aquí —les dijo—. No se acerquen más hasta que les dé la señal. Podrán ver todo muy bien desde acá, pero deben mantenerse lejos del peligro.

Observaron a Manyoro que estudiaba el viento. Era ligero y tibio, pero soplaba directamente desde ellos hacia el cebo. Manyoro sacudió la cabeza e hizo otro gesto.

—Correcto, amigo, el león está sobre la presa —le indicó León a Kermit—. Estamos yendo a él. Misma maniobra que la última vez. Tranquilo. No te apures. Pero, haz lo que hagas, no mires al maldito león esta vez.

—Está bien, jefe. —Kermit estaba sonriendo con nervioso entusiasmo y su mano temblaba cuando fue a sacar el rifle de la funda. León esperaba que el lento avance le diera tiempo para poder dominarse.

Desmontaron.

—Verifica tu arma. Asegúrate de tener una bala en el cargador. —Kermit hizo lo que le decía y León vio con alivio que sus manos ya no temblaban. Le hizo señas a Manyoro para que fuera a su puesto detrás de ellos, y empezaron la lenta y larga marcha por la abierta área quemada.

Pequeñas nubes de ceniza fina se levantaban con cada paso que daban. Estaban todavía a doscientos cincuenta metros del cuerpo del animal cuando el león se irguió atrás de éste. Era muy grande, en todo tan grande como el viejo león. Su melena estaba completa, pero era de color jengibre, con apenas las puntas negras como el tizne. Estaba en espléndidas condiciones, con el cuero elegante y satinado, sin feas cicatrices. Cuando gruñó, sus colmillos eran blancos y brillantes, largos y perfectos. Pero era joven y, por lo tanto, imprevisible.

—¡No lo mires! —advirtió León, en un susurro—. Sigue caminando pero, por el amor de Dios, no lo mires. Debemos acercarnos más. Mucho más cerca. — Cuando estaban todavía a ciento cincuenta metros del león, éste gruñó otra vez y su cola se movió con aire vacilante. Giró la enorme cabeza con melena y echó un vistazo detrás de él.

« ¡Oh, mierda! ¡No! —se lamentó León en silencio—. Se acobardó. No va a defender su terreno. Se va a ir» .

El león volvió a mirarlos y gruñó por tercera vez, pero el sonido carecía de intensidad asesina. Entonces, repentinamente, giró sobre sí y corrió por el terreno abierto hacia la seguridad de la espesura del Kusaka-saka.

—¡Está huyendo! —gritó Kermit; corrió tres pasos rápidos hacia adelante y luego se detuvo de golpe. Levantó el Lee-Enfield.

—¡No! —gritó León con tono de urgencia—. No dispaes. —La distancia era demasiado grande y el león era un blanco móvil muy veloz. León corrió hacia adelante para detener a Kermit, pero el Lee-Enfield hizo escuchar su ruido agudo y la boca saltó hacia arriba. Los músculos largos y delgados del león se movían

por debajo del cuero satinado como los de un atleta en su plenitud. León vio que la bala golpeaba. En el punto del impacto la piel dio un salto y se rizó, como cuando se arroja una piedra en una laguna serena y profunda. Fue a dos palmos detrás de la última costilla en el flanco del león, y abajo de la línea central del cuerpo del animal.

—¡Tiro en las tripas! —se lamentó León—. Demasiado atrás.

El león gruñó al recibir el impacto y se lanzó a toda carrera. En el tiempo que le tomó a León llevar su rifle al hombro, la bestia casi había llegado a la seguridad del Kusaka-saka. Estaba mucho más allá de la distancia de precisión del Holland. De todas maneras, León se sentía obligado a disparar. La bestia estaba herida. Era su deber moral tratar de matarla, por remotas que fueran las posibilidades de éxito. Disparó el primer cañón, sólo para ver que la pesada bala caía antes de alcanzarlo y levantaba polvo debajo del pecho del león. El ruido de su segundo disparo se mezcló con el primero, pero no vio el impacto antes de que el león desapareciera entre los arbustos. Miró atrás rápidamente a Manyoro, que se tocó la pierna izquierda.

—Rota su maldita pata trasera —exclamó León airadamente—. Eso no le hará disminuir mucho la velocidad. —Expulsó los cartuchos usados y recargó el Holland.

—No te quedes allí parado con un rifle vacío mirando el paisaje —le espetó a Kermit—. Recarga esa maldita cosa.

—Lo siento —dijo Kermit, avergonzado.

—Yo también lo siento —replicó León con severidad.

—Se estaba escapando —trató de explicar.

—Pues bien, ahora se ha escapado del todo, con tu bala en su estómago.

León le hizo señas a Manyoro para que se reuniera con él y ambos se pusieron en cuclillas, con las cabezas juntas. Hablaban seriamente. Después de un rato, Manyoro volvió para unirse a Loikot y los dos masai tomaron rapé juntos. León se sentó sobre la tierra vacía con el Holland cruzado sobre las piernas. Kermit estaba sentado un poco más lejos, observando la expresión de León. Éste lo ignoró.

—¿Qué hacemos ahora? —Kermit preguntó por fin.

—Esperamos.

—¿Para qué?

—Para que el pobre infeliz sangre y sus heridas se afirmen.

—¿Y entonces?

—Entonces, Manyoro y yo iremos y lo haremos salir.

—Iré contigo.

—No. Decididamente no, maldición. Ya has tenido tu dosis de diversión por este día.

—Podrías resultar lastimado.

—Ésa es una clara posibilidad. —León chasqueó la lengua amargamente.

—Dame otra oportunidad, León —pidió Kermit en tono lastimero.

León giró la cabeza y lo miró directamente por primera vez. Sus ojos eran duros y fríos.

—Dime por qué debería hacerlo.

—Porque ese magnífico animal se está muriendo lenta y dolorosamente, y soy yo quien lo lastimó. Se lo debo a Dios, al león y a mi sagrado honor, ir tras él como un hombre y poner fin a su agonía. ¿Comprendes eso?

—Sí —respondió León, y su expresión se suavizó—. Lo comprendo muy bien y te felicito por ello. Iremos juntos y consideraré un honor tenerte a mi lado.

Estaba a punto de decir algo más, pero al mirar hacia el claro su expresión se transformó en una de horror. Se puso de pie de un salto.

—¿A qué piensa ese idiota imbécil que está jugando?

Andrew Fagan cabalgaba lentamente a lo largo del borde mismo del Kusaka-saka. Iba directo al sitio donde el león herido había desaparecido. León se lanzó a correr para tratar de desviarlo.

—¡Regrese, maldito idiota! ¡Regrese, carajo! —bramó con toda la fuerza de sus pulmones. Fagan ni siquiera se dio vuelta. Cabalgaba lentamente hacia un peligro mortal. León corría a toda velocidad, avanzando con rapidez, y esta vez no gritó. Estaba reservando aliento para el momento terrible que él sabía estaba por llegar. Cuando estuvo suficientemente cerca para que Fagan lo escuchara, gritó:

—¡Fagan, idiota! ¡Apártese de allí! —Agitó el rifle por encima de su cabeza. Esta vez Fagan se dio vuelta para mirarlo y agitó con alegría su fusta de equitación, pero no detuvo a su caballo.

—¡Vuelva aquí de inmediato! —La voz de León estaba al máximo de la desesperación.

Esta vez Fagan detuvo al caballo y su sonrisa desapareció. Se volvió hacia León, y en ese momento el león irrumpió desde la densa cortina de Kusaka-saka a toda carrera, gruñendo de furia. Con la melena erizada y los ojos amarillos echando chispas, corría hacia Fagan.

Su caballo levantó la cabeza para luego pararse enloquecido sobre las patas traseras. Fagan perdió un estribo y fue lanzado por sobre el cuello de su cabalgadura. El caballo salió corriendo y Fagan se aferró a él con ambos brazos. En una distancia pequeña, el león era más rápido que el caballo y el jinete, así que los sobrepasó rápidamente. Saltó y clavó las grandes garras amarillas de ambas patas delanteras en la grupa del caballo.

El caballo relinchó de dolor y corcoveó con violencia en un intento por liberarse de las terribles garras. Fagan salió expulsado de la montura y chocó contra el suelo con un ruido sordo, como un saco de carbón lanzado de un cargamento, pero un pie le quedó atrapado en un estribo y fue arrastrado detrás

del caballo que luchaba desesperado, debajo de las patas traseras del león. El caballo chillaba y coceaba salvajemente, tratando de deshacerse de su atacante. Sus pezuñas pasaban como un rayo alrededor de la cabeza de Fagan. Como una de las patas traseras del león estaba quebrada, no podía afirmarse para frenar al caballo. La pelea quedó oculta casi por completo por las nubes de ceniza de la hierba quemada que levantaban las patas de los animales. Sin poder ver a través de esa nube de polvo, León no se atrevía a disparar por miedo de darle al hombre en lugar de al león. Entonces, el cuero del estribo de Fagan se rompió debido a la tensión y rodó lejos del combate.

—¡Fagan, venga a mí! —rugió León.

Esta vez Fagan respondió con presteza. Se levantó con el acero del estribo todavía en su pie derecho y trastabilló hacia él. Detrás, el león y el caballo aún estaban luchando. El caballo todavía lanzaba coces con ambas patas traseras, arrastrando al león en un círculo; el león rugía, con las garras delanteras firmes y tratando de morder las inquietas ancas de su presa.

El caballo coceó otra vez y dio con ambas pezuñas fuertemente sobre el pecho del león. El golpe fue tan fuerte que lo lanzó hacia atrás y sus garras soltaron la carne del caballo. Rodó sobre el lomo, pero en el mismo movimiento, saltó sobre sus patas. El caballo escapó en un galope desenfrenado, salpicando sangre de las profundas heridas en la grupa y el león empezó a perseguirlo, pero la figura de Fagan corriendo desvió su atención. Cambió rápidamente la dirección y fue tras el hombre. Fagan miró hacia atrás y gimió lastimosamente.

—¡Venga hacia mí! —León estaba corriendo para encontrarse con él, pero el león era más rápido. Todavía no podía disparar porque Fagan estaba directamente entre él y la bestia. En un segundo lo tendría.

—¡Al suelo! —gritó León—. Échese al suelo para que yo pueda disparar.

Tal vez obedeciendo, aunque era muy probable que sus piernas simplemente se aflojaran debajo de él en una parálisis de miedo, Fagan se desplomó, y como un armadillo, se hizo una pelota sobre la tierra seca, con las rodillas contra el pecho y ambas manos agarradas detrás de la cabeza. Sus ojos estaban cerrados con fuerza en un rostro que era una pálida máscara de terror. Era casi demasiado tarde. El león se acercó veloz y silencioso como la muerte, ya sin gruñir en los últimos momentos fatales del ataque, con las mandíbulas abiertas y los colmillos a la vista. Estiró su cuello para morder el cuerpo indefenso de Fagan.

León disparó con el primer cañón y la bala se aplastó contra la mandíbula inferior del animal. Trocitos blancos de dientes volaron como salen los dados del cubilete al jugar. Luego la bala expandida continuó con gran fuerza a todo lo largo del gran cuerpo leonado, desde el pecho hasta el ano. Hizo que el león cayera atrás, un extremo sobre el otro, en una voltereta desmañada. Rodó hacia atrás para quedar sobre sus patas, balanceándose inestable, con la cabeza colgando y la sangre cayéndole de las mandíbulas abiertas. El segundo tiro de

León se estrelló contra su hombro, haciendo añicos el hueso y destrozando el corazón. El león cayó hacia atrás en un enredo de miembros sueltos, con los ojos cerrados con fuerza. Sus mandíbulas rotas y ensangrentadas buscaban el aire infructuosamente.

León tenía otros dos gruesos cartuchos de bronce listos entre los dedos de la mano izquierda. Con un movimiento del pulgar en la palanca de arriba y un movimiento seco de su muñeca, el Holland se abrió y cuando los casquillos de los cartuchos usados saltaron, los reemplazó con un hábil movimiento, veloz como un tahúr que escondía un as en la palma. El Holland saltó de nuevo al hombro. Disparó la bala de remate al pecho del león, y la pata trasera sana siguió pataleando espasmódicamente en las garras finales de la muerte. Luego quedó inmóvil.

—Gracias por su cooperación, señor Fagan. Puede usted ponerse de pie ahora —dijo León con cortesía.

Fagan abrió los ojos y miró como si esperara encontrarse ante las doradas puertas del paraíso. Dolorosamente se puso de pie.

Su rostro estaba tan blanco como una máscara Kabuki, pero brillante por el sudor. Su cuerpo estaba lleno de polvo de ceniza. Sin embargo, la parte de adelante de sus pantalones de montar de veinte dólares de Brooks Brothers estaba empapada. Cuando comenzó a avanzar a paso inseguro hacia León, sus botas chapotearon.

El caballero Andrew Fagan, baluarte del cuarto poder, decano de la American Associated Press, miembro del comité del New York Racquets Club y capitán con ocho de handicap del Golf Club de Pensilvania acababa de orinarse copiosamente en sus pantalones.

—Dígame la verdad, señor, ¿no le parece que esto fue mucho más excitante que dieciocho hoyos de golf? —preguntó León con suavidad.



Al final, el gran safari presidencial dejó las orillas del río Ewaso Ng'iro y se deslizó pesadamente hacia el Noreste por aquel interior de una salvaje belleza. Kermit y León aprovecharon al máximo los días cada vez más cortos que les

quedaban. Cabalgaban largas distancias y salían mucho de cacería, a menudo con éxitos notables. Una vez que León reparó la Gran Medicina, Kermit nunca más erró otro disparo. León se preguntaba si ello se debía al hechizo de Lusima o simplemente a que él había inculcado en Kermit su propio código de ética, sus conocimientos y su respeto por la presa que ambos perseguían. Pero la verdadera magia no estaba en ningún hechizo, sino en el propio Kermit, que había madurado hasta convertirse en un cazador experimentado y responsable, un hombre con aplomo y seguridad. Su amistad, probada y exigida, asumió un carácter firme y duradero.

Cuatro meses después de abandonar el Ewaso Ng'iro, el safari llegó a la poderosa corriente del Nilo Victoria en un lugar llamado Jinja, en la cabecera de ese vasto cuerpo de agua dulce, el lago Victoria. En ese punto se iban a separar.

El contrato de Percy Phillips terminaba en el río. En la costa oriental del Nilo se podía ver otro gran campamento. Quentin Grogan estaba a la espera de suceder a Percy para conducir al presidente Roosevelt en dirección Norte, por Uganda, Sudán y Egipto hasta Alejandría, en el Mediterráneo. Desde allí, él y su comitiva iban a embarcarse rumbo a Nueva York.

Roosevelt dio un almuerzo de despedida a orillas del Nilo. Aunque él no bebía alcohol, permitió que se sirviera champán a sus invitados. Fue una reunión cordial, que terminó con un discurso del Presidente. Uno por uno fue escogiendo a sus invitados y entretuvo a los otros con alguna anécdota divertida o conmovedora relacionada con la persona a la que se estaba dirigiendo. Se oyeron gritos de « ¡Bravo, bravo!» y « ¡Porque es un buen compañero!» .

Por fin llegó a León. Narró los detalles de la cacería del león y el rescate de Andrew Fagan. Su audiencia se sintió muy complacida cuando se refirió a ese desafortunado caballero como representante del « periodismo de poca monta » . Fagan no estaba presente pues había abandonado su persecución del safari poco después del episodio con el león. Conmocionado, había regresado a Nairobi.

—Eso me recuerda... casi me olvido. ¿No había hecho yo una apuesta contigo, Kermit? ¿Algo relacionado con el león más grande? —continuó el presidente Roosevelt, entre las risas de los invitados.

—¡Efectivamente, padre, y de hecho fue más grande!

—Apostamos cinco dólares, según recuerdo, ¿no?

—No, papá, fueron diez.

—¡Caballeros! —Roosevelt recurrió al resto de los comensales—. ¿Eran cinco o eran diez?

Hubo gritos divertidos de « ¡Eran diez! ¡Pague, señor! ¡Una apuesta es una apuesta!» .

Suspiró y buscó su billetera, sacó un billete verde y lo hizo pasar por la mesa hasta donde estaba sentado Kermit.

—Pagado en su totalidad —dijo—. Todos ustedes son testigos. —Luego se

volvió a sus invitados—: No muchos de ustedes saben que mi hijo fue nombrado miembro honorario de la tribu masai por sus dos rastreadores después de dispararle a aquel espléndido león.

Se oyeron más gritos de « ¡Bravo! ¡Kermit es un buen compañero!» .

El Presidente alzó una mano pidiendo silencio.

—Pienso que sería justo que yo retribuyera ese honor. —Miró a León—. ¿Quiere usted llamar a Manyoro y a Loikot, por favor? —Más temprano le habían avisado a León que ambos iban a ser convocados por *bwana Tumbo*, el nombre *szuahili* del presidente Roosevelt, que quería decir «Caballero Gran Panza» .

Manyoro y Loikot estaban esperando en la parte posterior de la carpa y se acercaron rápidamente. Estaban resplandecientes con sus *shukas* rojas y el pelo trenzado, adornado con rojo ocre y grasa. Llevaban consigo sus *assegai* para león.

—León, por favor traduzca a estos espléndidos caballeros lo que quiero decirles —solicitó el Presidente—. Ustedes le han otorgado a mi hijo, *bwana Popoo Hima*, el gran honor de su tribu. Le han dado el título de *morani* de los masai. Ahora yo les otorgo a ustedes dos el título de guerreros de mi país, los Estados Unidos. He aquí los documentos que prueban que ustedes se han convertido en estadounidenses. Pueden venir en cualquier momento a mi país y yo personalmente les daré la bienvenida. Ustedes son masai, y ahora también son estadounidenses. —Se volvió a su secretario, que estaba detrás de su silla, y tomó los rollos de los certificados de ciudadanía atados con cintas rojas. Se los entregó a los masai y luego le dio la mano a cada uno de ellos. De manera espontánea, Manyoro y Loikot comenzaron la danza del león alrededor de la mesa del almuerzo. Kermit se puso de pie de un salto y se unió a ellos, saltando, moviendo los pies y haciendo gestos. Los presentes aplaudieron y los aclamaron, mientras Roosevelt se mecía en su silla riéndose. Cuando el baile terminó, Manyoro y Loikot salieron de la carpa con paso majestuoso y gran dignidad.

El Presidente se puso de pie otra vez.

—Ahora, para los amigos que nos dejan hoy, tengo algunos recuerdos del tiempo que hemos pasado tan agradablemente juntos. —Su secretario entró en la carpa otra vez, llevando una pila de carpetas con dibujos. El Presidente las tomó y caminó alrededor de la mesa entregándoselas a cada uno de sus invitados. Cuando León abrió su carpeta, encontró que estaba dedicada a él personalmente:

Para mi buen amigo y gran cazador, León Courtney, como recuerdo de los felices días pasados con Kermit y conmigo en los Campos Eliseos de África, Teddy Roosevelt.

La carpeta contenía docenas de escenas dibujadas a mano. Cada una de ellas era una representación de algún incidente que había tenido lugar durante los últimos meses. Una mostraba a Kermit siendo lanzado de su caballo y se titulaba: «Hijo y heredero del autor cae y recibe burlas hilarantes del poderoso cazador al presenciar esa caída». En otra se veía a León dando muerte al león y en ella Roosevelt había anotado: «Conocido periodista salvado de convertirse en cena del león por el poderoso cazador, y expresiones de alegría de mi hijo y heredero al ser testigo de la destreza del mencionado y poderoso cazador». León estaba asombrado y sobrecogido por el obsequio, que él sabía era de un valor incalculable, pues cada línea había sido hecha por la mano del poderoso hombre.

Muy pronto el almuerzo llegó a su fin. Las embarcaciones estaban esperando en la costa para llevar a la comitiva presidencial al otro lado del río. León y Kermit caminaron juntos por la costa en silencio. Ninguno podía pensar en palabras para decir que no parecieran sensibleras o trilladas.

—¿Le llevarías un obsequio mío a Lusima, compañero? —Kermit rompió el silencio al llegar al borde del agua. Le entregó a León un pequeño rollo de billetes verdes—. Son sólo cien dólares. Ella merece mucho más. Dile que mi *bunduki* disparó realmente bien gracias a ella.

—Es un regalo generoso. Con eso se comprará diez buenas vacas. No hay nada más deseable para un masai que eso —dijo León, mientras se daban la mano.

—Hasta pronto, compañero. Como dirían los ingleses, fue una buena cacería —afirmó Kermit.

—En dialecto norteamericano, fue súper maravilloso. Adiós y buen viaje, amigo. —León le tendió la mano derecha.

Kermit la tomó.

—Te escribiré.

—Apuesto a que eso es lo que les dices a todas las muchachas.

—Ya lo verás —replicó Kermit, y bajó al bote que lo esperaba. Se apartó de la costa para atravesar las amplias y rápidas aguas del Nilo. Cuando estaba casi más allá de que el otro pudiera oírlo, Kermit se puso de pie en la popa y gritó algo. León apenas si pudo entender las palabras por encima del rugir de las cascadas aguas abajo—. ¡Guerreros hermanos de sangre!

León se rio, agitó el sombrero y gritó en respuesta:

—¡Arriba los Rifles!





—Y ahora, mi amigo cubierto de honores, es tiempo de volver a la realidad. Para ti la diversión ha terminado. Tienes trabajo que hacer. Primero, debes encargarte de los caballos y asegurarte de que sean devueltos sanos y salvos a Nairobi. Luego recogerás los trofeos que dejamos en los campamentos, en todo el camino. Asegúrate de que hayan sido bien secados y salados, para empacarlos y llevarlos al ferrocarril en las llanuras de Kapiti. Tienen que ser enviados al Smithsonian en los Estados Unidos lo antes posible, preferentemente ayer. Debes ocuparte de todos los equipos y vehículos, incluyendo los cinco carros tirados por bueyes y los dos automotores. Todo ha estado en operaciones durante casi un año y buena parte estaba en condiciones ruinosas. Luego debes regresar al campamento Tandala a fin de que todo esté listo para lord Eastmont... hace dos años que contrató su safari conmigo. Por supuesto, tendrás a Hennie du Rand para ayudarte, pero aun así te mantendrá alejado de toda travesura por un buen tiempo. No tendrás demasiado tiempo para las damas de Nairobi, me temo.

Percy le hizo un guiño.

—En cuanto a mí, dejo todo en tus manos. Yo volveré a Nairobi. Mi vieja pierna de búfalo me está doliendo como el demonio y el doctor Thompson es el único que puede arreglarla.

Algunos meses después, León condujo uno de los automóviles con toda clase de herramientas a Tandala, seguido de cerca por el segundo vehículo con Hennie du Rand al volante. Desde el amanecer de ese día, habían recorrido casi trescientos kilómetros por caminos polvorientos y llenos de baches. León apagó el motor, que tartamudeó antes de detenerse. Bajó ágilmente del asiento del conductor, se quitó el sombrero y lo golpeó contra la pierna, y luego tosió como resultado de la nube de polvo fino como talco.

—¿Dónde diablos has estado?—Percy salió de su carpa—. Casi te había dado por muerto. Quiero hablar contigo de inmediato.

—¿Dónde es el incendio?—preguntó León—. He estado conduciendo desde las tres de la mañana. Necesito un baño y una afeitada antes de pronunciar otra

palabra, y no estoy de humor para escuchar sandeces de nadie, ni siquiera de usted, Percy.

—¡Bueno, bueno! —Percy sonrió—. Date tu baño. Lo necesitas realmente. Llego a deseo tener unos minutos de tu precioso tiempo.

Una hora más tarde, León entró a la carpa-comedor, donde Percy estaba sentado detrás de la larga mesa con sus anteojos para leer en la punta de la nariz. Sobre la mesa delante de él había una pila de cartas sin responder, cuentas, libros de contabilidad y otros documentos. Los dedos que usaba para escribir estaban negros de tinta.

—Discúlpeme, Percy. No debí haberle hablado de ese modo. —León estaba arrepentido.

—No es nada. —Percy dejó su pluma en el tintero e hizo un gesto en dirección a la silla, en el otro lado de la mesa—. Un hombre famoso como tú tiene derecho a ponerse enredado cada tanto.

—El sarcasmo es la forma más baja del ingenio. —León se molestó otra vez—. Lo único que soy por aquí es un famoso botones.

—¡Mira! —Percy empujó una pila de recortes de diarios sobre la mesa—. Es mejor que leas estos papeles. Le dará un buen impulso a tu decaída moral.

Perplejo al principio, León empezó a recorrer los textos de aquella pila. Descubrió que los recortes habían sido tomados de docenas de periódicos y revistas de los Estados Unidos y de Europa, publicaciones tan diversas que iban desde *Los Angeles Times* hasta el *Deutsche Allgemeine Zeitung* de Berlín. Había más artículos en alemán que en inglés, cosa que lo sorprendió. De todas maneras, su alemán aprendido en la escuela fue suficiente para permitirle entender su esencia. Observó uno que decía: «El más grande cazador blanco de África. Eso dice el hijo del Presidente de los Estados Unidos». Abajo había una fotografía de León, con aspecto heroico y galante. Lo dejó a un lado y tomó el siguiente, que mostraba una fotografía suya dándole la mano a un Teddy Roosevelt que sonreía radiante. El titular debajo de ella decía: «Denme un cazador con suerte en lugar de uno inteligente. El coronel Roosevelt felicita a León Courtney después de cazar a un inmenso león devorador de carne humana».

El próximo tenía como protagonista a León, sosteniendo un par de largos y curvados colmillos de elefante de modo que formaban un arco muy alto por encima de su cabeza. El epígrafe debajo decía: «El cazador más grande de África, con un par de colmillos de elefante de inusual tamaño». Otros artículos mostraban a León apuntando con un rifle a una bestia imaginaria fuera de cuadro, o galopando a caballo por la sabana entre manadas de animales salvajes, siempre desenfadado y cortés. Había cientos de centímetros de columnas de texto. León contó cuarenta y siete artículos. El último tenía como título «El hombre que salvó mi vida. ¿No encontró usted que esto fue mucho más vigorizante que dieciocho hoyos de golf? Autor: Andrew Fagan, redactor

especial, colaborador de American Associated Press» .

Cuando terminó de recorrer todos los artículos, León apiló los recortes prolijamente y los deslizó de vuelta a lo largo de la mesa, hacia Percy, quien de inmediato los empujó de nuevo.

—No los quiero. No sólo dicen tonterías, sino que son demasiado enfermizos y aduladores para mi gusto. Puedes quemarlos o devolvérselos a tu tío Penrod. Fue él quien los coleccionó. A propósito, quiere verte, pero hablaremos de eso después. Primero quiero que leas este otro correo. Es mucho más interesante. —Percy le pasó una pila de sobres a través de la mesa.

León los tomó y los hizo correr entre sus dedos. Vio que casi todas las cartas estaban escritas en costoso papel pergamino o pesado papel de lino, con adornados membretes impresos en relieve. La mayoría estaba escrita a mano, pero algunas habían sido escritas a máquina sobre papel más barato. Estaban dirigidas con enunciados muy diferentes: «*Herr Courtney, Glücklicher Jäger, Nairobi Afrika*»; o «*M. Courtney, Chasseur Extraordinaire, Nairobi, Afrique de l'Est*»; o, más sencillamente, «*Para el cazador más grande de África, Nairobi, África*» .

León miró a Percy.

—¿Qué es esto?

—Solicitudes de personas que han leído los artículos de Andrew Fagan y quieren venir a cazar contigo, pobres almas ignorantes. No saben lo que hacen —explicó Percy brevemente.

—¡Están dirigidas a mí, pero usted las abrió! —lo acusó León con severidad.

—Pensé que querías que lo hiciera. Podrían haber contenido algo que necesitaba una réplica urgente —contestó Percy, con aire inocente y un encogimiento de hombros como arrepentimiento.

—Un caballero no abre el correo dirigido a otro. —León lo miró a los ojos.

—Yo no soy un caballero, soy tu jefe, y no te olvides de ello, muchacho.

—Eso puedo cambiarlo con la velocidad de un relámpago. —León había intuido la nueva autoridad y el nuevo estatus que las cartas en su mano le habían dado.

—Vamos, vamos, mi querido León, no nos apresuremos. Tienes razón. No debí haber abierto tus cartas y me disculpo. Fue terriblemente torpe de mi parte.

—Mi querido Percy, su muy decente disculpa es aceptada de manera incondicional.

Permanecieron en silencio mientras León leía la última carta de su correspondencia.

—Hay una de una princesa alemana, Isabella von Hoherberg o algo por el estilo. —Percy rompió el silencio.

—La vi.

—Adjuntó su fotografía —añadió Percy servicialmente—. Para nada mal.

Adecuada para un hombre de mi edad. Pero a ti te gustan maduras, ¿no?

—Cállese, Percy. —Por fin León levantó la vista—. Leeré el resto después.

—¿Te parece que éste podría ser el momento de hablar de mi propuesta de formar una sociedad?

—Percy, estoy profundamente conmovido. Ni por un momento pensé que hablaba usted en serio.

—Absolutamente en serio.

—Muy bien. Hablemos.

Se hizo casi la noche antes de haber terminado de hablar sobre las bases de su nuevo arreglo financiero.

—Una última cosa, León. Tú debes pagar el uso privado que haces del coche. No voy a financiar tus incursiones amorosas a Nairobi.

—Me parece justo, Percy, pero si usted va a imponer esa condición, yo quiero imponer dos condiciones.

Percy se mostró receloso e incómodo.

—Escuchemos de qué se trata.

—El nombre de la nueva firma...

—Es Phillips & Courtney Safaris, por supuesto. —Percy interrumpió apresuradamente.

—Eso no es alfabético, Percy. ¿No debería ser Courtney & Phillips, o más simplemente C&P Safaris?

—Es mi circo. Debe ser P&C Safaris —protestó Percy.

—Ya no es más su circo. Es *nuestro* circo ahora.

—Pequeño cabrón presumido. Lo dejaremos a la suerte. —Buscó en su bolsillo y sacó un chelín de plata—. ¿Cara o cruz?

—¡Cara! —dijo León.

Percy lanzó la moneda al aire y la atrapó sobre el dorso de su mano izquierda cuando cayó. La cubría con la derecha.

—¿Estás seguro de que quieres cara realmente?

—Vamos, Percy. Veamos qué cayó.

Percy espío por debajo de su mano y suspiró.

—Esto es lo que le pasa al león viejo cuando el joven empieza a probar su avena —dijo con tristeza.

—Los leones no comen avena. Veamos lo que está escondiendo.

Percy le mostró la moneda.

—Muy bien, tú ganas —se rindió—. Será C&P Safaris. ¿Cuál es tu segunda condición?

—Quiero que nuestro contrato de sociedad lleve la fecha del primer día del safari de Roosevelt.

—¡Eh! ¡Eso es un golpe bajo! ¡Realmente me estás pasando tu fama por la nariz! ¡Quieres que te pague la comisión completa por tu cacería con Kermit

Roosevelt! —Percy hizo una pantomima con gestos de incredulidad y profundo dolor.

—Basta, Percy, me está rompiendo el corazón. —León sonrió.

—Sé razonable, León. ¡Eso llegará a casi doscientas libras!

—Doscientas quince, para ser precisos.

—Te estás aprovechando de un hombre viejo y enfermo.

—Yo lo veo rozagante y saludable. ¿Estamos de acuerdo, entonces?

—Supongo que no tengo otra alternativa, muchacho sin corazón.

—¿Puedo tomar eso como un « sí » ?

Percy asintió con la cabeza de mala gana, luego sonrió y le tendió la mano. Con el apretón de manos, Percy sonrió triunfante.

—Habría subido hasta el treinta por ciento de comisión si hubieras insistido, en lugar del mísero veinticinco que aceptaste.

—Y yo habría bajado hasta veinte si usted hubiera presionado un poco más.

—La sonrisa de León era igualmente de triunfo.

—Bienvenido a bordo, socio. Creo que nos vamos a llevar muy bien. Supongo que quieres tus doscientas quince libras en este preciso momento, ¿no? Por casualidad, ¿no quieres esperar hasta fin de mes?

—Supone usted bien. Las quiero ahora y no esperar hasta fin de mes. Otra cosa. Hace casi un año que no tengo un momento para mí. Me voy a tomar un par de días libres y voy a necesitar un vehículo. Tengo asuntos que atender en Nairobi y tal vez incluso más lejos.

—Dale a la dama, quienquiera que sea, mis saludos cariñosos.

—Percy, debo advertirle que los botones de su bragueta están desabrochados y su mente está desvariando.



La primera parada de León en Nairobi fue en las oficinas centrales de la Compañía de Comercio Gran Lago Victoria, en la calle principal. El motor del Vauxhall todavía estaba tartamudeando y haciendo explosiones como paso previo a la detención, cuando el caballero Goolam Vilabjhi se precipitó a darle la bienvenida antes de que entrara a su emporio. Venía seguido de cerca por la señora Vilabjhi y una horda de pequeños querubines femeninos de piel color caramelo, con el cabello negro azabache y enormes y transparentes ojos oscuros, todas vestidas con brillantes saris y chillando como estorninos.

El señor Vilabjhi tomó la mano de León antes de que se hubiera bajado del auto y la sacudió enérgicamente.

—Usted es mil y una vez bienvenido, honorable *sahib*. Desde que nos visitó la última vez, mis ojos no han encontrado ningún otro mejor panorama para posarse que su amable rostro.

Condujo a León al negocio sin soltarle la mano derecha. Con la otra hizo gestos hacia el enjambre de niños que daba vueltas.

—¡Fuera ustedes! ¡Fuera! Niñas malas. ¡Perversos e incivilizados personajes de sexo femenino! —gritó, y ellas no le prestaron la menor atención, salvo por el hecho de mantenerse lejos de su alcance—. Por favor, perdone y olvide, *sahib*. ¡Ay, ay, ay! La señora Vilabjhi produce sólo personajes de sexo femenino, a pesar de mis más dedicados esfuerzos en sentido contrario.

—Son todas muy bonitas —dijo León galantemente. Esto animó a la más pequeña a moverse sigilosamente por debajo de la mano de su padre que se movía sin ningún resultado y acercarse de puntillas para tomar ella la mano de León. Ayudó a su padre a conducirlo al edificio.

—¡Adelante! ¡Adelante! Se lo ruego, *sahib*. Usted es diez mil veces bienvenido. —El señor Vilabjhi y la niña lo llevaron hasta la pared trasera de la tienda. Las coloridas imágenes religiosas de la diosa de rostro verde y muchos brazos, Kali, y del dios con cabeza de elefante, Ganesh, habían sido trasladadas a la pared de atrás para hacer sitio a la más reciente incorporación a la galería. Ésta era un gran marco dorado con una placa de madera, ricamente tallada y

dorada a la hoja. Tenía una inscripción:

Respetuosamente dedicado al caballero sahib León Courtney.  
Jugador del polo conocido en todo el mundo y shikari.  
Estimado y profundamente amado amigo y buen compañero del  
coronel Theodore Roosevelt,  
Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica  
y del  
señor Goolam Vilabjhi.

Detrás del vidrio del marco se veían pegados varios recortes de diarios en lengua inglesa originados en la American Associated Press.

—Mi familia y yo esperamos, y rogamos que así sea, que usted firme una de estas publicaciones magníficas para que sea la joya en la corona de mi colección de preciosos objetos de interés relacionados con nuestra amistad.

—Nada me daría placer más grande, señor Vilabjhi. —A pesar de sí mismo, León estaba profundamente conmovido. Las niñas de Vilabjhi se amontonaron a su alrededor cuando firmó una fotografía suya: « A mi buen amigo y benefactor, señor Goolam Vilabjhi. Sinceramente, León Courtney » .

Mientras soplabla la tinta húmeda, el señor Vilabjhi le aseguró:

—Valoraré este autógrafo personalmente manuscrito por el resto de mis días y por todo el tiempo que tenga vida. —Luego suspiró—. Supongo que ahora usted desea hablar para recuperar su colmillo de genuino marfil de elefante, que todavía tengo en mi posesión.

Cuando Manyoro y Loikot llevaron el colmillo al automóvil, León los siguió con algunas niñas pequeñas colgadas de sus dos manos y con otras que agarraban con fuerza las perneras de sus pantalones. Después de grandes esfuerzos pudo apartarlas y subir al asiento del conductor. Se dirigió al nuevo Muthaiga Country Club, cuyas paredes de ladrillos y yeso pintadas de rosado habían reemplazado las de barro blanqueado del viejo Club de los Colonos, en un sitio muy alejado del alboroto incesante de la calle principal.

Su tío Penrod lo estaba esperando en el bar de los socios. Lo primero que León advirtió cuando el coronel se puso de pie para darle la bienvenida fue que estaba más entrado en carnes, especialmente por la zona del cinturón. Desde la última vez que estuvieron juntos hacía más de un año, Penrod había subido de la categoría de bien provisto a la de claramente corpulento. También había un poco más de gris en su bigote. Tan pronto se dieron la mano, Penrod sugirió:

—¿Vamos a almorzar? Hoy el chef va a servir pastel de carne y riñones. Es uno de mis favoritos. No quiero que toda esa guntuza llegue antes que yo. Podemos hablar mientras comemos.

Llevó a León a una mesa en la terraza debajo de la pérgola de buganvilla

morada, ubicada discretamente a una distancia desde la que los otros comensales no podrían oírlos. Una vez que se puso la servilleta blanca en la pechera, Penrod preguntó:

—Supongo que Percy te ha mostrado los artículos escritos por ese yanqui Andrew Fagan, y las cartas de personas ilustres que ellos evocaron.

—Sí, señor, los tengo conmigo —respondió León—. En realidad, me resultaron ligeramente embarazosos. La gente parece estar haciendo un terrible escándalo. Por cierto, no soy el más grande cazador de África. Eso fue una broma del peculiar sentido del humor de Kermit Roosevelt, que Fagan tomó en serio. En realidad, todavía soy un novato.

—Nunca lo admitas, León. Déjalos que piensen lo que quieran. De todos modos, según me he enterado, estás aprendiendo rápido. —Penrod sonrió con agrado—. En realidad, yo tuve algo que ver con todo este asunto. Con mucha precisión, pensé un pequeño toque maestro.

—¿Cómo estuvo involucrado en esto, tío? —León estaba sorprendido.

—Estaba yo en Londres cuando aparecieron los primeros artículos. Eso puso en marcha en mí una pequeña onda cerebral. Cablegrafié al agregado militar en nuestra embajada en Berlín y le pedí que promocionara los artículos en la prensa alemana, especialmente en las publicaciones deportivas y de caza que lee la clase alta. Es un estereotipo de que la mayoría de esa clase de alemanes, al igual que sus homólogos ingleses, son entusiastas deportistas y tienen sus propios campos para la caza. Mi plan fue atraer a las personas importantes entre ellos para que fueran de safari contigo. Esto te dará la oportunidad de reunir toda clase de información, que resultará de inestimable valor sin duda, cuando llegue el momento de tener que luchar contra ellos.

—¿Por qué querrían confiar en mí, tío?

—León, mi muchacho, no puedo creer que seas totalmente inconsciente de tus cualidades ganadoras. A la gente le gustas, en especial a las *Fräulein* y a las *mademoiselles*. La vida del safari, que se desarrolla cerca de la Madre Naturaleza y de sus criaturas, tiene algo que induce incluso al más reservado a que se relaje, a que baje su guardia y hable más libremente. Para no mencionar la manera en que también afloja las cintas de los corsés y los calzones del sexo femenino. ¿Y por qué una figura de primer nivel de la Alemania del Káiser, un fabricante de armas muy importante o alguna de sus consortes habría de sospechar que un rostro inocente como el tuyo es el de un terrible agente secreto?

Penrod levantó un dedo en dirección del jefe de camareros, que rondaba en las cercanías vestido con un *kanza* blanco, hasta el tobillo, faja escarlata y fez con borla.

—¡Malonzi! Por favor, tráenos una botella del Château Margaux 1879 de mi reserva privada.

Malonzi regresó trayendo la botella granate ligeramente polvorienta en sus



manos enguantadas de blanco, con la reverencia que se merecía. Penrod lo observó mientras realizaba el solemne ritual de sacar el corcho, olfatearlo y luego decantar el brillante vino tinto. Sirvió las primeras gotas en un vaso de cristal. Penrod lo hizo girar y olfateó el perfume.

—¡Perfecto! Creo que vas a disfrutar esto, León. El conde Pillet-Will fue galardonado con la denominación de Premier Grand Cru para esta cosecha en particular.

Después de que León rindió los honores al noble vino de Burdeos, Penrod le hizo una seña con la mano a Malonzi para que trajera las fuentes humeantes de pastel de carne y riñones, con una dorada corteza. Luego lo atacó con entusiasmo, y habló con la boca llena.

—Me tomé la libertad de revisar tu correo, en especial el de Alemania. Simplemente no podía esperar a ver qué pescados teníamos en nuestra red. Espero que no te moleste.

—De ninguna manera, tío. Por favor, hizo usted bien. —Escogí seis cartas especialmente dignas de nuestra atención y luego cablegrafíe al agregado militar en la embajada en Berlín, quien me envió evaluaciones políticas de los sujetos seleccionados. León asintió con la cabeza cautelosamente.

—Cuatro son personas de particular importancia e influyentes, sea en los círculos sociales, o en los políticos o militares. Seguramente están enterados de todos los asuntos de Estado y, si bien no forman parte de su consejo privado, ciertamente son confidentes del káiser Guillermito. Conocerán a fondo cuáles son sus intenciones y preparativos respecto al resto de Europa, junto con Gran Bretaña y nuestro imperio. —León asintió con la cabeza otra vez, y Penrod prosiguió—. He hablado de esto con Percy Phillips y le he dicho que tú eres, además de todas tus otras responsabilidades, un oficial en actividad de la Inteligencia Militar Británica. Ha aceptado cooperar con nosotros de todas las maneras posibles. —Comprendo, señor.

—El posible cliente a quien hemos escogido por sobre los demás es la princesa Isabella Madeleine Hoherberg von Preussen von und zu Hohenzollern. Es una prima del Káiser y su marido es el mariscal de campo Walter Augustus von Hoherberg, del Alto Mando Alemán.

León se mostró impresionado, como correspondía.

—¿A propósito, cómo anda tu alemán, León?

—Alguna vez lo hablaba entre regular y más o menos, pero ahora mi alemán es apenas un poco más que pobre, tío. Estudié alemán y francés en la escuela.

—Lo leí en tu hoja de servicios. Parece que eras bueno para las lenguas. Debes de tener buen oído para ellas. Percy me dice que hablas *swahili* y *maa* como un nativo. Pero no has tenido mucho contacto con gente de habla alemana, ¿no?

—Fui a una excursión a pie a la Selva Negra en unas vacaciones con otros

grupos de estudiantes. Conocí a varias personas del lugar con las que me llevé bastante bien. Una de ellas era una niña llamada Ulrike.

—El mejor lugar para aprender una lengua —comentó Penrod— es abajo de las frazadas.

—Jamás llegamos a eso, señor, muy lamentablemente.

—Es de esperar que no... un joven caballero con clase como tú... —Penrod sonrió—. De todos modos, es mejor que lo repases un poco. Pronto vas a pasar mucho tiempo en compañía de alemanes, buena parte del cual será, efectivamente, debajo de las frazadas, dadas las predilecciones de las *Fräulein* de la clase alta. ¿Esta posibilidad ofende tus altos principios morales?

—Trataré de adaptarme, tío. —León apenas pudo abstenerse de sonreír.

—¡Buen hombre! Nunca olvides que todo es por el Rey y por la Patria.

—Cuando el deber llama, ¿quiénes somos nosotros para negarnos? —preguntó León.

—Exactamente. No podría yo mismo haberlo expresado mejor. Y no te preocupes, ya he encontrado a un profesor particular de lengua para ti. Se llama Max Rosenthal. Era ingeniero en los Talleres Meerbach Motor en Wieskirche antes de trasladarse al África Oriental Alemana. Durante unos años después de su llegada, administró un hotel en Dar-es-Salaam. Allí desarrolló una relación de amistad más que íntima con la botella de coñac, lo cual hizo que perdiera el trabajo. De todas maneras, sólo es un borracho periódico. Cuando está sobrio, es un trabajador de primera. Convencí a Percy de que le diera trabajo para administrar tus campamentos de safari y perfeccionar tu uso de la lengua cotidiana.

Cuando se despidieron en las escalinatas del club, Penrod tomó el brazo de León en un gesto conspirativo y le dijo seriamente:

—Sé que eres nuevo en esto de ser espía, de modo que te ofrezco algunos consejos. No escribas nada. No guardes notas de nada de lo que observes. En lugar de eso, graba todo en tu cabeza e infórmame todo la próxima vez que nos encontremos.



Cuando León conoció a Max Rosenthal en el campamento Tandala, éste resultó ser un corpulento bávaro con manos inmensas y enormes pies, y un comportamiento franco y jovial. A León le gustó a primera vista.

—¡Buenas! —Se dieron la mano—. Vamos a trabajar juntos. Estoy seguro de que llegaremos a conocernos muy bien —saludó León.

Max dejó escapar una divertida risa ahogada que le hizo sacudir la panza.

—¡Ah, sí! Usted habla un poco de alemán. Eso es muy bueno.

—No tan bueno —lo corrigió León—. Pero usted me ayudará a mejorarlo.

Casi de inmediato, Max resultó ser inestimable, un profesor talentoso y un trabajador muy eficiente, que alivió a León de gran parte del trabajo rutinario de la organización del campamento y de los suministros de comida. Él y Hennie du Rand formaron un buen equipo de trabajadores sin descanso y liberaron a León de aprender las destrezas organizativas y económicas que exigía la compañía de safaris. León se impuso la regla de comunicarse con Max sólo en alemán y, en consecuencia, su dominio de la lengua se fortaleció con rapidez sorprendente.

Sólo faltaban algunas semanas para que llegara lord Eastmont para su safari cuando León recibió un cable de Berlín que informaba que la princesa Isabella Madeleine Hoherberg von Preussen von und zu Hohenzollern había decidido ir a África en el próximo viaje del vapor de pasajeros alemán *Admiral* desde Bremerhaven. Sus obligaciones eran tantas que sólo podía permitirse seis semanas en África antes de tener que regresar a Alemania. Exigía que todo estuviera listo para cuando ella llegara.

Esta comunicación perentoria convirtió a Tandala en un torbellino. Percy se movía como loco por todo el campamento, entorpeciendo, en lugar de facilitar, los esfuerzos desesperados de León y su personal para cambiar los arreglos ya hechos y listos para Eastmont. Tenían en ese momento dos safaris muy importantes para dirigir simultáneamente, algo que nunca habían intentado antes. Al final, la única circunstancia que alivió la jornada era que la princesa se quedaría sólo seis semanas, mientras que lord Eastmont había organizado una aventura de cuatro meses. León pudo asegurarle a Percy que el día que la princesa se embarcara de regreso a Alemania, él iba a correr con su personal para ayudar a Percy con el resto de su expedición.

Así pues, cuando la princesa llegó a la laguna de Kilindini a bordo del *Admiral*, León abandonó la playa en una lancha para darle la bienvenida. Esperó en cubierta durante casi una hora antes de que ella se dignara abandonar su camarote. Cuando finalmente subió la escalerilla hacia la cubierta principal, iba acompañada por el capitán de la nave y cuatro de sus oficiales superiores, todos adulándola de manera obsequiosa. El resto de su séquito, incluyendo su secretaria y dos doncellas gorditas y bonitas, seguía detrás de ella.

La figura de la princesa resultó sorprendente cuando se mostró iluminada por el sol. León había visto fotografías de ella, pero de todas maneras no estaba

preparado para lo que vio en carne y hueso. Lo primero que le impresionó fue su gran altura y su contrastante cuerpo delgado. Era casi tan alta como él, pero León podría fácilmente haberle rodeado la cintura con sus manos. Su busto era juvenil y su porte, arrogante. Sus ojos eran acerados y tan penetrantes como un estoque, y sus rasgos eran duros y tan afilados como una sierra. Vestía una falda de equitación de loden verde, de excelente corte. Las puntas de sus botas, que se veían por debajo de la falda, resplandecían con el brillo del cuero más caro. Sorprendentemente, llevaba una pistola Luger 9 mm en una pistolera en su cinturón, y un sombrero de safari de ala ancha en su mano izquierda. Tenía el pelo rubio ceniza recogido en dos gruesas trenzas envueltas encima de la cabeza. León sabía por Penrod que tenía cincuenta y dos años, pero parecía de treinta.

—Su Alteza Real, soy su siervo.

Ella no se molestó en responder a su reverencia, sino que continuó mirándolo como si él hubiera dejado escapar un pedo particularmente repugnante. Por fin habló, en su tono helado.

—Usted es muy joven.

—Su Alteza Real, ésta es una circunstancia lamentable por la que debo disculparme. Con el tiempo espero corregirla.

La Princesa no sonrió.

—Dije que usted era joven. No dije que usted era demasiado joven. —Estiró la mano derecha.

Cuando él la tomó en la suya, la encontró tan dura y fría como su expresión. Besó el aire un par de centímetros antes de tocar sus nudillos blancos y huesudos. El crepé de arrugas diminutas en el dorso delataba su edad.

—El gobernador del territorio del África Oriental Británica ha puesto su tren privado a su disposición para el viaje a Nairobi —informó León.

—*Ja!* Es lo que corresponde y estaba previsto —asintió.

—Su Excelencia también ruega su presencia como invitada de honor en una cena especial en la Casa de Gobierno que va a organizarse en cualquier momento que usted decida, princesa.

—No vine a África para comer en compañía de funcionarios menores. Vine aquí para matar animales. Muchos animales.

León hizo otra reverencia.

—De inmediato, señora. ¿Su Alteza Real tiene alguna preferencia especial en cuanto a los animales que desea matar?

—¡Leones! —respondió—. Y cerdos.

—¿Y algunos elefantes y búfalos?

—¡No! Sólo leones grandes y cerdos con colmillos largos.



Antes de partir hacia la selva, la princesa probó montar todos los caballos pura sangre que León había reunido para ella. Ella montaba a horcajadas como un hombre. Al observarla evaluar al primer caballo con su expresión desdeñosa, caminando alrededor de él dos veces antes de saltar elegantemente a la silla de montar y manejar al animal a voluntad, León se dio cuenta de que era una excelente amazona. A decir verdad, rara vez había visto a otra mujer que se le pareciera.

Cuando salieron a caballo de Tandala y estuvieron entre las manadas de animales, olvidó su exigencia original de leones y cerdos y se volvió mucho menos selectiva. Tenía un pequeño y bellissimo rifle Mannlicher 9.3 × 74 fabricado por Joseph Just de Ferlach, incrustado en oro por Wilhelm Roöder con escenas silvestres de faunos y ninfas desnudas retozando todos alegremente.

Cuando derribó tres gacelas Grant corriendo a una distancia de trescientos metros, con tres disparos consecutivos sin desmontar, León decidió que ella tal vez era el tirador más mortal, hombre o mujer, que él jamás hubiera conocido.

—Sí, quiero acabar con muchos animales —exigió, mientras recargaba el Mannlicher. Sonreía afectuosamente por primera vez desde que había llegado a África.



Cuando llevó a la princesa al monte Lonsonyo para conocer a Lusima, León no estaba preparado para la manera en que las dos mujeres reaccionaron de

inmediato una frente a la otra. En sentido figurado, arquearon sus lomos y se erizaron como dos gatos.

—*M'bogo*, ésta es una mujer con muchas pasiones hondas y oscuras. Ningún hombre podrá llegar al fondo de ella. Es tan mortal como una mamba. No es la que te prometí. Cuidate —le dijo Lusima a León.

—¿Qué dijo la bruja? —preguntó la princesa. La hostilidad entre ambas chisporroteaba en el aire como electricidad estática.

—Que es usted una dama de gran poder, princesa.

—Dígale a la gran vaca que no lo olvide.

Cuando llegaron a la ceremonia de la bendición de los rifles debajo del árbol del consejo, Lusima salió de su choza vestida con sus galas ceremoniales, pero cuando todavía estaba a diez pasos de donde se hallaba el Mannlicher colocado sobre la piel de león, se detuvo. Su cara cambió y se puso del color del barro seco.

—¿Qué le preocupa, Mama? —preguntó León en voz baja.

—Esta *bunduki* es una cosa del mal. La mujer de pelo blanco es una hechicera tan fuerte como yo. Ha puesto un hechizo sobre su propio *bunduki* que me asusta. —Regresó a su choza—. No dejaré mi choza hasta que esa bruja se vaya del monte Lonsonyo —juró.

—Lusima se siente mal. Debe volver a su choza para descansar —tradujo León.

—*Ja*, sé muy bien lo que le preocupa. —La princesa mostró una de sus poco frecuentes sonrisas de labios finos.



Veinte días más tarde, en un terreno que Manyoro y Loikot habían declarado totalmente carente de leones, salieron a caballo del campamento al amanecer para que la princesa continuara su matanza de jabalíes verrugosos. Ya había acabado con más de cincuenta, incluidos tres jabalíes con colmillos increíblemente largos. No se habían aventurado más de un kilómetro fuera del campamento cuando se encontraron con un solitario y enorme león de melena negra que permanecía erguido en medio de un prado abierto y pantanoso

cubierto de hierbas. Sin vacilar un momento y sin desmontar, la princesa subió el pequeño Mannlicher y, con la precisión de un cirujano, puso una bala en el cerebro del león.

Los dos masai debieron de haber estado encantados con este hecho, pero estaban extrañamente apocados cuando empezaron a desollar el cuerpo del animal. Quedó en manos de León presentar las felicitaciones, que la princesa ignoró. Escuchó que Loikot le decía a Manyoro en un murmullo:

—Este león nunca debió haber estado aquí. ¿De dónde vino?

—*Nywele Mweupe* lo convocó —dijo Manyoro con humor sombrío. Le habían dado a la princesa el nombre *swahili* de « Pelo Blanco ». Manyoro no lo había combinado con ninguno de los títulos de respeto, como *memsahib* o *beibi*.

—Manyoro, incluso para ti eso es una gran estupidez —le espetó León—. Ese león vino atraído por el olor de todos esos cuerpos de jabalíes verrugosos. — Detectó el motín en el aire. Lusima obviamente había hablado algo con Manyoro.

—*Bwana* sabe más que yo —concedió Manyoro con ostentosa cortesía, pero ni miró a León ni le sonrió. Cuando terminaron de desollar al animal, los dos masai no realizaron el baile del león para la princesa. En cambio, se sentaron aparte y juntos tomaron rapé. Cuando León comentó la omisión, Manyoro no respondió, pero Loikot habló entre dientes:

—Estamos demasiado cansados para bailar y cantar.

Cuando se echó al hombro el bulto de piel verde y ya liado y se puso en camino de regreso al campamento, la renguera de Manyoro con la pierna que había recibido la flecha nandi, que por lo general era apenas perceptible, se hizo sumamente pronunciada. Era su manera de expresar protesta o desaprobación.

Cuando regresaron al campamento, la princesa saltó de su montura y se dirigió dando zancadas a la carpa-comedor, donde se dejó caer en un sillón de lona. Lanzó su fusta de equitación a la mesa, se quitó el sombrero y lo lanzó al otro lado de la carpa; luego agitó sus trenzas y ordenó:

—Courtney, dígame a ese cocinero inútil suyo que me traiga una taza de café.

León transmitió el orden a la carpa de la cocina y minutos después Ishmael entró rápidamente con una cafetera de porcelana humeando sobre una bandeja de plata. La puso en la mesa, sirvió una taza de la preparación y la puso delante de ella. Luego permaneció firme detrás de su silla, esperando la orden de retirarse.

La princesa llevó la taza a sus labios y bebió un sorbo. Hizo un gesto de enorme desagrado y arrojó la taza con su contenido a la pared más lejana de la carpa.

—¿Crees que soy una cerda a la que puedes servirle semejante bazofia para chanchos? —gritó. Tomó la fusta de equitación de la mesa y se puso de pie de un salto—. Te enseñaré a mostrarme más respeto, salvaje. —Echó el brazo con la

fusta hacia atrás para golpear a Ishmael en la cara. Él no hizo esfuerzo alguno para protegerse, pero la miró con gesto de aterrizado asombro.

Detrás de ella, León saltó de su sillón y le tomó la muñeca antes de que pudiera lanzar el golpe. La hizo girar sobre sí para quedar mirándolo a él.

—Su Alteza Real, no hay ningún salvaje entre mi gente. Si usted quiere que este safari continúe, tendrá que tener esto muy en cuenta. —La sujetó fácilmente hasta que ella dejó de resistirse. Luego continuó—: Usted debería retirarse a su tienda ahora y descansar hasta la hora de cenar. Por cierto, está sobreexcitada por la emoción de haber cazado un león.

La soltó y ella partió hecha una furia hacia la carpa. No se presentó cuando Ishmael tocó el gong para la cena y León cenó solo. Antes de retirarse, verificó discretamente la carpa de ella y vio que su lámpara estaba todavía encendida. Se dirigió luego a su propia tienda y comenzó a escribir en el diario del safari. Estaba a punto de añadir un comentario sobre el incidente en el comedor, pero recordó el consejo de Penrod y, en lugar de aliviar sus sentimientos, escribió: «Hoy la princesa demostró una vez más que es una amazona extraordinaria y una gran tiradora. La fría manera en que despachó al magnífico león fue extraordinaria. Cuanto más la observo, más admiro sus destrezas como cazadora».

Secó la página, puso el diario del safari en su escritorio de campaña y cerró con llave el cajón. Luego, durante media hora, leyó el libro que su tío Penrod había escrito sobre sus experiencias durante la guerra Bóer, titulado *Con Kitchener a Pretoria*. Cuando sus párpados se le cerraron, lo dejó a un lado, se desvistió y se metió debajo del mosquitero. Sopló la lámpara y se acomodó para disfrutar satisfecho de una buena noche de descanso.

Apenas había cerrado los ojos cuando fue despertado con sobresalto por el fuerte ruido de un tiro de pistola que venía de la dirección de la carpa de la princesa. Su primera idea fue que algún animal peligroso, león o leopardo, había entrado en ella. Se abrió paso por entre los pliegues del mosquitero y agarró el enorme Holland, que estaba completamente cargado al lado de la cama, listo para una emergencia como ésa. Vestido sólo con los pantalones del pijama, corrió a la carpa de ella. Vio que su lámpara todavía estaba encendida.

—Su Alteza Real, ¿están todos ustedes bien? —gritó. Al no recibir respuesta, abrió la portezuela de lona y se metió en la carpa, con el rifle listo. Entonces se detuvo asombrado. La princesa estaba de pie frente a él en medio del lugar. Su pelo color plata caía en cascada sobre sus hombros y hasta la cintura. Llevaba un camisón color rosado casi transparente. La lámpara estaba detrás de ella, de modo que cada línea de su cuerpo flaco y largo estaba expuesta. Tenía los pies desnudos y eran asombrosamente pequeños y bien formados. Sostenía la fusta de equitación en una mano y la pistola Luger 9 mm en la otra. El olor a pólvora quemada todavía flotaba en el aire. Su cara estaba pálida de cólera y sus ojos



brillaron como zafiros cortados al mirarlo. Levantó la Luger y disparó una segunda bala a través del techo de lona. Luego arrojó la pistola a la enorme cama que llenaba la mitad del espacio disponible.

—¡Usted, cerdo! ¿Cree que puede tratarme como basura delante de todos sus criados? —preguntó mientras daba un paso hacia él, moviendo la fusta de modo amenazador—. Usted no es mejor que las criaturas que trabajan para usted.

—Le ruego que se controle, señora —le advirtió.

—¿Cómo se atreve a dirigirse a mí de esa manera? Soy una princesa real de la Casa de Hohenzollern. Y usted es un plebeyo de raza mezclada. —Su inglés era de una pronunciación perfecta. Sonrió con frialdad—. ¡Ah, sí! ¡Ahora por fin crece el enfado en usted, siervo! Quiere defenderse pero no se atreve. Sus tripas son demasiado flojas. No tiene el coraje. Usted me odia, pero debe soportar cualquier humillación que yo decida infligirle.

Arrojó la fusta a los pies de él.

—Deje ese rifle. No puede usarlo para reforzar su debilitada virilidad. ¡Recoja la fusta! —León colocó el Holland sobre el suelo impermeable, debajo de la pared de entrada de la carpa, y tomó la fusta. Temblaba de rabia. Los insultos de ella lo habían herido cruelmente y lo habían llevado al borde de abandonar todo intento de autocontrol. No estaba seguro de qué hacer con la fusta, pero le gustaba sentirla en su mano derecha.

—*M'bogo*, ¿todo está bien? Escuchamos los disparos. ¿Hay problemas? —Manyoro habló en voz baja a través de la pared de lona y la princesa se retiró algunos pasos.

—Vete, Manyoro, y llévate a los demás contigo. Ninguno de ustedes debe regresar hasta que yo lo llame —respondió León.

—*Ndio, bwana*.

Escuchó los pasos que se retiraban y la princesa se rio en su cara.

—Debiste haberles pedido que te ayudaran. No tienes el valor de enfrentarme solo. —Se rió.

—*Ja*, ahora te enfadas otra vez. Eso es bueno. Quieres golpearme pero no te atreves a hacerlo. —Se inclinó hacia él hasta que sus caras estuvieron apenas separadas por unos centímetros.

—Tienes un látigo en la mano. ¿Por qué no lo usas? Tú me odias, pero me temes. —De pronto y de manera inesperada, lo escupió en la cara. Instintivamente, él movió con fuerza la fusta, que la golpeó en la mejilla. Ella se tambaleó hacia atrás, con la mano sobre la marca roja en su rostro y gimió lastimeramente—. ¡Sí! Me merecía eso. Eres tan imperioso cuando estás enfadado. —Se arrojó a sus pies y se abrazó a sus rodillas. Él estaba temblando con desagrado y arrojó la fusta al otro lado de la carpa.

—Le deseo buenas noches, su Alteza Real. —Trató de darse vuelta para dirigirse a la puerta pero, con fuerza sorprendente, ella lo hizo tropezar. En el

instante en que él perdió el equilibrio, ella se lanzó sobre su espalda con todo su peso y León cayó sobre la cama, con la princesa encima de él—. ¿Está usted loca? —preguntó.

—¡Sí! —respondió ella—. Estoy loca por ti.

Faltaba solamente una hora para el amanecer cuando ella le permitió abandonar su carpa. Al dirigirse a su propio lecho, León advirtió que las carpas del personal de la princesa, su secretaria y sus doncellas, estaban a oscuras, a pesar de los gritos de ella, que habían hecho que la larga noche fuera ruidosa. Parecía que todos ellos ya estaban habituados desde hacía mucho tiempo a los deslices de la princesa.



A la mañana siguiente, en el desayuno, ella actuó como si nada hubiera cambiado. Les contestó con brusquedad a sus doncellas, fue cruelmente sarcástica con su secretaria e hizo caso omiso de León, sin siquiera responderle su saludo formal hasta haber terminado su segunda taza de café. Luego se puso de pie y anunció:

—Courtney, hoy tengo un gran deseo de matar cerdos.

León había creado una serie de recorridos de caza que brindaba a la princesa placeres interminables. Él y los rastreadores arrinconaban a uno de los mejores jabalíes verrugosos en un grupo de densa maleza, luego colocaban a la princesa en una posición estratégica en terreno abierto más allá de la espesura, y los batidores hacían ruido para empujar a los jabalíes hacia ella. Tan pronto como salían de la espesura que los protegía, ella arremetía contra ellos con su Mannlicher. Había entrenado a Heidi, la más bonita de sus doncellas, para que recargara los cargadores vacíos. Cada uno llevaba seis balas, y la princesa podía reemplazar el que había vaciado en un instante. Abría el cierre con un solo movimiento y lo dejaba caer. Heidi lo atrapaba al caer y lo recargaba con sus rosados y hábiles dedos, entrenados desde la infancia con incansables labores de bordado y costura. Luego la princesa metía un cargador completo en la recámara y seguía disparando casi sin pausa. Su velocidad de fuego era tan sorprendente como su precisión. Podía hacer doce disparos en la misma cantidad

de segundos. Con frecuencia los jabalíes verrugosos no cooperaban con los batidores, pues solían escapar de su refugio en una dirección inesperada o volver sobre sus pasos para atravesar la línea de batidores, sin ofrecer a Su Alteza Real una sola oportunidad de disparar. Cuando esto ocurría, ella era presa de un enojo friamente rabioso y recriminaba a León y su equipo, o se sumía en un silencio helado del que sólo podía ser sacada por la posibilidad de derramar más sangre.

Más adelante aquella tarde, León y sus batidores, con las filas reforzadas por la inclusión de Max Rosenthal, Ishmael y los desolladores, lograron producir la batida más espectacular del safan. Llevaron a veintitrés jabalíes verrugosos, machos, hembras y crías, hacia la princesa y su cargador. Logró matar veintidós. La única que escapó fue una vieja hembra flaca, que cambió de dirección justo cuando ella disparó. La bala partió y la cerda volvió sobre sus pasos por entre las piernas de la princesa cuando ésta menos lo esperaba, haciéndola volar por el aire. Se incorporó con sus faldas por encima de las rodillas y el sombrero sobre los ojos.

—¡Tú, pequeña y sucia tramposa! —le gritó, cuando la cerda desapareció en la espesura, con la cola erguida y recta como un banderín.



Aquella noche en la cena, estuvo casi amistosa y expansiva, pero no del todo, por cierto. Insistió para que León tomara otro vaso del excelente Krug, y peló una uva con sus dedos blancos y largos antes de ponerla entre los labios de la regordeta Heidi.

—¡Come, mi querida! Hiciste un excelente trabajo hoy —insistió. Pero inmediatamente después le ordenó con un chillido a su secretaria que abandonara la mesa por sus malas maneras cuando tomó una chuleta de jabalí con los dedos sin disculparse con ella. Cuando terminó, se puso de pie sin decir otra palabra y se dirigió con paso majestuoso a su carpa.

Había sido un día largo, caluroso y difícil, y León esperaba ansioso toda una noche de sueño. Acababa de cepillarse los dientes y se estaba abotonando la chaqueta de su pijama cuando escuchó el temido disparo de pistola.

—¡Por el Rey y por la Patria! —se quejó, mientras iba a la carpa de ella,

aunque sentía curiosidad por descubrir qué diversión había preparado la princesa para esa noche.

La princesa estaba tendida lánguidamente sobre la gran cama. Pero no estaba sola. Su doncella, Heidi, estaba arrodillada en medio de la carpa. Estaba completamente desnuda, salvo por una silla de montar en miniatura en su espalda y un bocado de oro en la boca. Las campanitas de oro en las riendas tintineaban cuando sacudía la cabeza y relinchaba.

—Su corcel lo aguarda, Courtney —dijo la princesa—. ¿Le gustaría dar un breve trote con él?

Cuando ella agotó su imaginación, despidió a Heidi, pero cuando León se disponía a seguir a la joven, la princesa lo detuvo.

—No dije que usted podía partir, Courtney. —Se corrió sobre la cama y dio golpecitos con la palma de la mano sobre el colchón junto a ella—. Quédense un rato y le contaré interesantes historias acerca de las cosas perversas y estupidas que hago con mis amigos en Berlín.

El colchón de pluma de ganso era extraordinariamente blando y tibio. León se estiró sobre él. Al principio escuchó distraidamente sus anécdotas. Parecían tan inverosímiles que debían de ser cuentos de hadas, del tipo que los demonios en el infierno deben inventar para sus vástagos. Eran sobre brujería y adoración a Satán, sobre rituales obscenos y sacrílegos.

Entonces, con una sensación escalofriante que le hizo erizar el pelo en la nuca, empezó a darse cuenta de que estaba nombrando a conocidos personajes de los altos niveles de la aristocracia y el ejército alemanes. Lo que ella estaba relatando como chismes divertidos era dinamita política... y dinamita que sudaba y era inestable, para colmo. ¿Qué iba a hacer Penrod con tan volátil información? ¿Creería una sola palabra de todo ello?



A la noche siguiente, mientras escribía en su diario del safari después de un día de dura tarea, trató de recordar todos los nombres que la princesa había mencionado. Empezó a escribirlos en una de las páginas de atrás. Había dieciséis en su lista una vez que terminó. Estaba a punto de cerrar con llave el libro cuando

se sintió incómodo.

«Nadie, salvo Penrod y yo, debe leer eso». Una duda persistente permaneció en algún lugar de su mente mientras se preparaba para acostarse. Finalmente abrió el escritorio y tomó la navaja de afeitar. Abrió el diario del safari y cortó la página delatora con cuidado. La sostuvo sobre la llama de la lámpara y dejó que se quemara hasta transformarse en una sustancia negra y crujiente. Luego convirtió estas cenizas en polvo y se metió en la cama a la espera del llamado de su cliente. Pero esa noche no sonó ningún disparo de pistola antes de quedarse dormido.

Se despertó con la luz del amanecer que entraba a su carpa, sintiéndose fresco y lúcido después de dormir siete horas completas.



Antes de que el grupo hubiera terminado el desayuno, Manyoro se acercó a la carpa-comedor y se puso en cuclillas cerca de la puerta donde sólo León podía verlo. Tan pronto como se miraron a los ojos, Manyoro se puso de pie y se alejó. León se excusó y lo siguió. Manyoro lo estaba esperando en el sector de los criados.

—¿Qué te aflige, hermano? —le preguntó León.

—A Swalu lo mordió una serpiente.

Swalu era el jefe de los desolladores.

—¿Vio qué clase de serpiente era? —preguntó León, con gesto de preocupación.

—Era una *futa*, *M'bogo*.

—¿Estás seguro? —Se aferró a la remota esperanza de que no hubiera sido una mamba negra, la serpiente más venenosa de África.

—Se metió en su cama. Después de que lo mordió tres veces, la mató con su cuchillo de desollar. Yo vi la serpiente. Es una *futa*.

—¿Swalu ya murió?

—No, *M'bogo*. Espera tu bendición antes de irse con sus ancestros.

—Rápido. Vamos a verlo. —Corrieron hasta una de las chozas de ramas del campamento y León se agachó para pasar por la puerta baja. Swalu estaba

tendido en su estera para dormir. Los otros tres desolladores estaban sentados en círculo alrededor de él. El cuerpo de la serpiente estaba cerca de ellos. Le habían cortado la cabeza, pero una sola mirada confirmó la identificación de Manyoro. Era una mamba negra, no un ejemplar particularmente grande, ya que sólo medía aproximadamente un metro veinte, pero una sola de sus mordidas contenía veneno suficiente para matar a veinte hombres. Y Swalu había sido mordido tres veces.

Swalu estaba tendido boca arriba, destapado, salvo por el taparrabo. Su cabeza estaba apoyada en una almohada de madera tallada. Tenía dos marcas dobles de colmillos en el pecho y una en la mejilla. Tenía los ojos muy abiertos, pero estaban vidriosos y no veían. De la boca y de las fosas nasales le salía una espuma blanca.

León se arrodilló a su lado y le tomó la mano. Estaba fría, pero los dedos temblaban.

—Vete en paz, Swalu —susurró León en su oreja—. Tus antepasados te esperan para darte la bienvenida. —De manera apenas perceptible, los fríos dedos de Swalu le apretaron la mano. Entonces, Swalu sonrió débilmente y murió. León permaneció sentado junto a él un rato; luego se inclinó hacia adelante y le cerró los ojos, que seguían muy abiertos.

—Caven profunda su tumba —les dijo León a los otros desolladores—. Pongan piedras encima de él para que las hienas no puedan encontrarlo.

—¿Por qué ella iba a desear matar a Swalu? —preguntó Manyoro sin referirse a nadie en particular. Los desolladores se movieron inquietos.

—¡Basta de eso! —espetó León mientras se levantaba—. La *futa* era una *futa* y nada más. ¡No tuvo nada que ver con una bruja!

—Como *bwana* diga —aceptó Manyoro, con elaborada cortesía, pero no miró a León.

León se puso de pie y regresó a la carpa-comedor. La princesa estaba terminando una taza de café. Lo recibió fríamente.

—¡Ah, vaya! Se ha hecho tiempo para ocuparse de las necesidades de su cliente. Me alegra.

—Perdóneme, Su Alteza Real, un pequeño asunto requería mi atención. ¿Qué puedo hacer por usted?

—He perdido uno de mis guardapelos de oro. Contiene un mechón de pelo de mi madre. Es de gran importancia para mí.

—Lo encontraremos —le aseguró—. ¿Cuándo y dónde recuerda haberlo visto por última vez?

—Después de la batida de cerdos de ayer. Me senté debajo de ese árbol mientras esperaba que usted y sus hombres descuartizaran a los animales. Recuerdo haber tenido el guardapelo entre mis dedos. Debe de haberseme caído allí.

—Iré a recuperarlo de inmediato. —León se inclinó ante ella—. Regresaré antes del mediodía. —Ella lo despidió con un gesto y él salió de la carpa para llamar a un mozo de cuadra para que le trajera su caballo.

Cuando León y los rastreadores llegaron al área donde habían reunido a los jabalíes verrugosos, encontraron un enorme y espléndido leopardo moteado alimentándose con las sobras de los cuerpos de los animales. Salió corriendo y desapareció en la hierba alta. León y los rastreadores fueron al lugar donde la princesa había estado sentada y registraron toda el área circundante.

—*Hapana*. —Al final Manyoro admitió la derrota—. No hay nada.

Regresaron al campamento.

Las doncellas de la princesa estaban sentadas en la carpa-comedor, trabajando en sus bastidores de bordado, bebiendo café, cuchicheando y dejando escapar risitas entre ellas.

—¿Dónde está su ama? —preguntó León, y ellas intercambiaron miradas. Sus risitas volvieron a escucharse por un momento y se encogieron de hombros, pero no respondieron. Las dejó y fue a su propia carpa, se agachó apartando el mosquitero para entrar y encontró a la princesa sentada en su cama. Su escritorio de campaña estaba abierto y su contenido desparramado alrededor de ella. Tenía el diario del safari abierto sobre su regazo.

—Princesa. —Hizo una rígida reverencia—. Lamentablemente, no pudimos encontrar su joya.

Ella tocó el guardapelo, que colgaba en ese momento de su garganta. El solitario y enorme diamante engarzado en la tapa destellaba en la tenue luz.

—No importa —dijo—. Una de mis doncellas lo encontró debajo de mi cama. Debe de haberseme caído allí.

—Me alegra que así haya sido. —Miró ostentosamente el diario—. ¿Hay algo en particular que Su Alteza Real estuviera buscando?

—No, nada, realmente. Me aburría en su ausencia, de modo que estaba pasando el tiempo. Me entretuve con sus comentarios acerca de mi destreza... —hizo una significativa pausa y lo miró a los ojos—... para la caza. —Cerró el diario y se puso de pie—. Y bien, Courtney, ¿cómo piensa usted divertirme hoy? ¿Qué hay por allí para que yo mate?

—He encontrado un formidable leopardo para usted.

—¡Lléveme a él!



El leopardo estaba en la flor de su vida, hermoso incluso en la muerte. El pelaje del lomo era oro oscuro mezclado con cobre, que le daba un tono de crema batida debajo de la panza. Estaba moteado con grupos de manchas muy negras, como si hubiera sido tocado muchas veces por las puntas juntas de todos los dedos de Diana, la diosa de la caza. Los pelos de los bigotes eran blancos, duros y vidriosos; los colmillos y las garras, perfectos. Había muy poca sangre. El único disparo de la princesa había dado directamente al corazón cuando salió corriendo para alejarse de uno de los cuerpos de jabalí. Cuando lo cargaron en el lomo de una mula, Manyoro le susurró a Loikot, aunque en un volumen que León pudiera escuchar:

—¿Enviaré al compañero de la *futa* esta noche para visitarnos a uno de nosotros?

León lo ignoró, fingiendo no haber escuchado. Manyoro siguió a la mula con una cojera teatralmente exagerada.



Aquella noche en la cena, la princesa le ordenó a León que abriera una botella de champán Louis Roederer Cristal cosecha 1903 de su provisión. Dos veces durante la comida lo tocó íntimamente por debajo de la mesa, algo que nunca antes había hecho. Contra su voluntad, el cuerpo de León respondió a la destreza de sus dedos. Cuando ella lo sintió, sonrió y lo soltó. Luego susurró algo a Heidi que él no



pudo escuchar, pero sus dos criadas estallaron en ataques desenfundados de risitas.

Más tarde, esa noche, el disparo de la Luger a través del techo de la carpa real convocó a León antes de que hubiera terminado la anotación en su diario del safari acerca de la caza del leopardo. Cuando lo dejó a un lado, sintió que sucumbía a la excitación sexual perversa que ella era capaz de provocar en él tan fácilmente. « Podría corromper a San Pedro y a todos los ángeles del Cielo », se dijo, mientras iba a cumplir con su deber.



A la mañana siguiente, mientras cabalgaban para continuar la cacería de jabalíes verrugosos, ella espoleó a su caballo para quedar al lado del caballo de León y charlar alegremente como una jovencita. Una vez más León quedó desconcertado por el cambio en su humor voluble y se preguntó qué era lo que presagiaba. No tuvo que esperar mucho tiempo para enterarse.

—¡Ah, cómo adoro matar cerdos! —comentó—, y éstos africanos son divertidos, pero no se pueden comparar con nuestro jabalí alemán.

—Tenemos otros cerdos que son más grandes y más peligrosos —protestó León—. El jabalí gigante del bosque que vive en los bosques de bambú de las montañas de Aberdare puede pesar más de quinientos kilos.

—¡Bah! —Desestimó su afirmación con un gesto de la mano—. Sólo hay una clase de presa de caza que realmente me emociona más que todas las demás.

—¿Cuál es? ¿Es una especie muy rara? —preguntó él interesado, y ella se rio alegremente.

—De ninguna manera. En las islas polinesias los llaman « cerdos largos ». — Él la miró sin poder creer lo que escuchaba—. ¡Ah, ya veo! Ahora por fin usted comprende. —Se rio otra vez—. He matado a muchos, pero la emoción nunca desaparece. ¿Quiere que le cuente acerca del primero, Courtney?

—Si usted lo desea. —La voz de él era áspera, horrorizada.

—Él era un joven guardabosques en una de las propiedades reales. Yo tenía trece años. Aunque era todavía virgen, lo deseaba, pero él estaba casado y amaba a su esposa. Se rio de mí. Cuando estuve a solas con él en el bosque

cazando urogallos negros, lo envié adelante a recoger un ave que yo había derribado. Cuando se había alejado diez pasos le disparé a la parte de atrás de sus piernas con los dos cañones de mi escopeta. La explosión le rompió el hueso y sus piernas quedaron sostenidas sólo por tendones y trozos de carne. Había mucha sangre. Me senté a su lado y le hablé mientras él estaba tendido desangrándose para morir. Le expliqué por qué había tenido que matarlo. Supliqué piedad, no para él, dijo, sino para su puerca esposa y la miserable criatura que llevaba en su vientre. Lloró y me rogó que fuera a buscar un médico para salvarlo. Me reí de él, como él se había atrevido a reírse de mí alguna vez. Tardó casi una hora en morir. —Su expresión era de ensoñación. Cabalgaron en silencio durante un rato, y luego preguntó inocentemente:

—Usted nunca va a decepcionarme como hizo el guardabosques, ¿no, Courtney?

—Espero que no, señora.

—Yo también lo espero así, Courtney. Bien, ahora que nos comprendemos tan bien el uno al otro, quiero que usted me consiga cerdos de dos patas para cazar. ¿Hará eso por mí?

León sintió que la garganta se le cerraba y respondió con voz trémula.

—Su Alteza Real, esto es algo que nunca esperé. Usted debe darme un poco de tiempo para pensar en ello. ¿Sabe que me está pidiendo que cometa un delito que se castiga con la pena de muerte?

—Soy una princesa. Lo protegeré del castigo. Nadie jamás me ha cuestionado por lo del guardabosques ni por ninguno de los otros. No soy una persona común. Tengo el derecho divino de la realeza. Yo seré su escudo. La desaparición de algunos salvajes no será siquiera notada. —Se inclinó a un costado y desde su caballo le acarició el antebrazo musculoso. Con esfuerzo, él se resistió al impulso de empujarla hacia atrás y darle un puñetazo en la cara. La voz de ella era baja y seductora—. Courtney, hasta que uno lo experimenta no puede imaginar el placer de ese especial tipo de caza.

León respiró hondo para tranquilizarse, pero sus sentidos se tambaleaban ante este recital de lujuria insensata y brutalidad. Le resultaba difícil pensar con claridad. Sentía la compulsión casi abrumadora de ponerle ambas manos alrededor de la garganta y matarla. Entonces, se dio cuenta de que su respuesta instintiva estaba diametralmente en contra de su deber, que era el de obtener hasta el último grano de información de ella, costara lo que le costase a él y a quienes lo rodeaban. Después de eso, debía usar las influencias de ella para obtener acceso a otros de su misma condición y hacerles lo mismo. Era la llave a la más alta jerarquía de la sociedad alemana, que había sido fortuitamente puesta en sus manos. No era el juez ni el verdugo. Era simplemente una pieza diminuta en la gran maquinaria del servicio de inteligencia militar británico.

Al final, el deber prevaleció. Con un enorme esfuerzo de voluntad, logró

controlar sus manos. En lugar de tomarla por la garganta, le tomó las manos y las apretó. Luego sonrió y susurró:

—Por supuesto, Su Alteza Real. Haré lo que me pide. Sin embargo, debe darme tiempo para hacer los arreglos.

—Este safari termina dentro de dieciséis días. Después, debo regresar a Alemania. Me enojaré mucho si usted me decepciona... Me enojaré mucho. — Había una fría amenaza en su tono y la imagen del joven guardabosques alemán volvió a su mente.



Todavía era temprano cuando regresaron al campamento. La princesa fue a su carpa a bañarse y León se apresuró a llegar a la suya y garabateó una rápida nota a Penrod en su diario del safari:

Tío, tengo tales historias para contarle sobre mi nueva amiga y sus viejos amigos en las más altas posiciones que harán que su pelo se vuelva blanco. Sin embargo, ahora estoy en las garras de este monstruo. Exige que cometa un acto tremendamente horrible para que ella se divierta. Tanto mi propia conciencia como la ley prohíben que yo le obedezca. Si me veo obligado a negarme directamente, ella se sentirá muy ofendida, y cerrará la vía de información desde Alemania que usted está tan cuidadosamente elaborando. Le imploro que consiga alguna manera de apartarla diplomáticamente de África Oriental Británica antes de que eso ocurra.

*Su afectuoso sobrino*

Arrancó la página del libro, la dobló y la guardó en el bolsillo abotonado del frente de su chaqueta de caza. Abandonó su carpa y regresó a la carpa-comedor, pasando tan cerca de la tienda real como para escuchar a la princesa que sermoneaba a Heidi furiosamente y los sollozos sofocados de la doncella. Siguió caminando hacia la zona de los criados, donde encontró a Manyoro y a Loikot sentados delante de su choza, tomando rapé. Quedaron en silencio cuando vieron que se acercaba.

Con una mirada rápida alrededor para asegurarse de no ser observados, le dio la nota doblada a Manyoro.

—Lleva a Loiket contigo. Ve a Nairobi de inmediato a toda velocidad. Entrégale este papel a mi tío, el coronel Ballantyne, en el cuartel general de los RAR. No te entretengas en el camino. Vete ya. No hables con nadie de este asunto, salvo con mi tío.

Se pusieron de pie de inmediato y tomaron sus lanzas, que fueron plantadas en el suelo a cada lado de la entrada de la choza.

León tomó los hombros de Manyoro para reforzar sus órdenes.

—Hermano mío —dijo en voz baja—, corre rápido y la bruja desaparecerá pronto.

—*Ndio, M'bogo.* —Manyoro sonrió por primera vez en semanas, y no cojeaba cuando él y Loiket trotaron para salir del campamento y dirigirse a Nairobi.



Aquella noche, cuando ella lo llamó a su carpa, él pudo asegurarle a la princesa:

—He enviado a mis rastreadores a fin de hacer los arreglos para que cacemos cerdos largos. Ellos conocen a un árabe cuyos *dhows* de vela triangular recorren el lago Victoria a lo ancho y a lo largo. Su negocio principal es el marfil y las pieles, pero clandestinamente comercia con otros artículos.

—Esto es muy excitante. Sabía que podía contar con usted, Courtney. —La princesa se movió nerviosa, cruzando y volviendo a cruzar las largas piernas, moviendo su trasero sobre el asiento de lona de su sillón como si estuviera luchando contra alguna picazón—. La sola idea me excita. ¿Cuándo cree que regresará su gente?

—Calculo que estarán acá en cinco o seis días, lo que deja tiempo suficiente como para que usted me introduzca en este nuevo deporte antes de partir.

—Hasta entonces debemos divertirnos lo mejor que podamos. —Se recostó en su sillón y se levantó las faldas de ropa de montar hasta las rodillas—. Estoy segura de que usted puede encontrar algo para entretenerme.



Cuatro tardes después, León condujo a la princesa de regreso al campamento tras un día de perseguir jabalíes. Ella estaba de un humor negro y furioso. Había organizado cuatro circuitos para ellos y ninguno había sido exitoso. Cada vez, habían salido veloces del refugio inesperadamente y los habían sorprendido desprevenidos. La princesa no había hecho un solo disparo en todo el día contra su presa favorita. En el camino de regreso descargó un poco de su ira sobre un grupo de mandriles, disparándoles a cinco que cayeron de las copas de los árboles antes de que los sobrevivientes escaparan chillando de pánico.

Al acercarse al campamento, León se sorprendió al ver dos automóviles Ford, pintados en el oscuro marrón militar, estacionados junto al cobertizo donde se desollaba a los animales. Al pasar por ahí, un puñado de *askari* con el uniforme de los RAR, prolijamente formado en fila, presentó armas y saludó. León reconoció al sargento y a sus soldados. Eran miembros de la guardia del cuartel general del regimiento. Al reconocerlos, se le levantó el ánimo.

—Descanse, sargento Miomani.

El suboficial sonrió, encantado de que León lo recordara, y bajó su brazo con elegancia.

—¡Bajen armas! —les gritó a sus hombres—. ¡Descanso! ¡Rompan filas! ¡Uno, dos, tres!

Entraron al campamento.

—¿Quién es esa gente, y qué están haciendo aquí, Courtney? —preguntó la princesa.

—Son soldados británicos, Su Alteza Real, de eso estoy seguro. Pero en cuanto a por qué están aquí, no tengo la menor idea —mintió serenamente—. Creo que nos enteraremos muy pronto. —Estaba pensando en que Loikot y Manyoro debían de haber corrido como gacelas y Penrod Ballantyne debía de haber conducido como una furia para llegar al lugar un día antes de lo que había previsto.

León y la princesa desmontaron delante de la carpa-comedor y León le gritó a Ishmael en la cocina que trajera café.

—¡Y asegúrate de que esté caliente! —Luego hizo pasar a la princesa a la

fresca sombra de la carpa.

Penrod se levantó de uno de los sillones de campaña y se anticipó rápidamente a cualquier comentario que León pudiera hacer.

—Supongo que te sorprende verme acá. —Tomó la mano derecha de León y la sacudió; luego se volvió hacia la princesa—. ¿Serías tan amable de presentarme a Su Alteza Real?

—Su Alteza Real, permítame presentarle al coronel Penrod Ballantyne —dijo, y en ese momento vio la corona y las tres estrellas en las charreteras de Penrod. El ascenso de su tío debió de haberse producido después de la última vez que estuvieron juntos, y se corrigió rápidamente—: Mis disculpas, princesa. Debí haber dicho el general de brigada Penrod Ballantyne, el oficial al mando del ejército de Su Majestad Británica en África Oriental Británica.

Penrod saludó, luego dio tres elegantes pasos adelante y le ofreció su mano derecha.

La princesa lo ignoró y estudió friamente su cara.

—¡Ah, sí! —dijo, pasó junto a él y se sentó en su sitio acostumbrado a la mesa—. Courtney, dígame a su cocinero que se apure con mi café. Estoy sedienta. —Había hablado en alemán. Luego miró a Penrod otra vez—. ¿Qué hace usted aquí? Éste es un safari privado. Usted está perturbando mis distracciones. —Su inglés era perfecto.

Penrod fue a la silla frente a ella, al otro lado de la mesa. Mientras se sentaba, dijo:

—Su Alteza Real, me disculpo por mi intrusión, pero estoy aquí enviado por Su Excelencia el Gobernador de África Oriental Británica.

—No lo invité a sentarse —dijo la princesa, y Penrod se puso de pie de inmediato.

Su rostro se puso morado, pero su voz permaneció inalterada.

—Mis disculpas, señora.

—Estos ingleses no tienen modales. —Le habló al aire por encima de su cabeza—. ¿Ja, entonces? ¿Qué quiere de mí su gobernador?

—Me ha enviado para informarle a usted que ha estallado una grave epidemia de rabia en el valle del Rift y se está extendiendo por todo el territorio. Ya más de mil habitantes del lugar han sucumbido a la enfermedad y cada vez más mueren día a día. Las últimas muertes conocidas se han producido en pueblos no lejos de aquí. Su Alteza Real, usted está en peligro mortal. —La expresión altiva de la princesa cambió drásticamente. Miró horrorizada a Penrod.

—¿Qué es esta rabia del valle del Rift?

—Creo que la traducción en alemán es *Tollwut*, señora.

—*Tollwut? Mein Gott!*

—Efectivamente, Su Alteza Real. Y ésta es una forma particularmente virulenta y contagiosa. Lleva a una muerte horriblemente cruel pero inevitable,

con la víctima retorciéndose en convulsiones, pidiendo agua a gritos para finalmente morir ahogada en su propia saliva espumosa.

—*Mein Gott!* —repitió en voz baja.

—El gobernador se sintió en la obligación de no permitir que usted continúe en peligro de contraer la enfermedad, pero antes de tomar cualquier decisión cablegrafió a Berlín. El secretario de Su Majestad Imperial ha transmitido las instrucciones del Káiser ordenándole a usted que dé por terminada su estadía aquí y regrese a Alemania de inmediato. Por lo tanto, Su Excelencia ha reservado un camarote para usted a bordo de la nave italiana *Roma*. Zarpa de la laguna Kilindini el 15 de este mes con rumbo al puerto de Génova. Allí usted podrá tomar el expreso nocturno a Berlín. He venido a acompañarla hasta el *Roma*, que atracará en Kilindini en cinco días. Debemos apurarnos para llegar a tiempo.

—¿Cuándo desea usted partir? —preguntó la princesa y se puso de pie.

—¿Puede usted estar lista en una hora, señora?

—*Jawohil!* —Salió rápidamente, llamando a los gritos a sus doncellas—. ¡Heidi! ¡Brunhilde! ¡Preparen mis valijas! No se preocupen por los baúles de viaje. ¡Partimos dentro de una hora!

Apenas ella se fue, Penrod y León se sonrieron uno al otro como escolares que acabaran de llevar a cabo una espectacular travesura.

—¡Rabia del valle del Rift, qué interesante! ¿Cómo fue que llegó a eso, oh, pérfida Albión?

—¡Una enfermedad completamente mortal! —Penrod hizo un guiño casi imperceptible—. Interesante señalar que se trata del primer brote en la historia de la medicina.

—¿Qué le parece Su Alteza Real?

—Simpática —respondió—. ¡Tremendamente simpática! Me gustaría ponerla sobre mis rodillas y darle seis buenas palmadas.

—Si lo hubiera hecho, probablemente ella se habría enamorado profundamente de usted.

—¿Así son las cosas? —Penrod dejó de sonreír—. Debes de tener datos muy interesantes para contar.

—Relatos que van a hacer arder sus pelos, se lo aseguro. Usted nunca ha escuchado nada semejante. Pero no aquí, ni ahora.

Penrod asintió con la cabeza.

—Estás aprendiendo rápidamente el juego. Tan pronto como haya puesto a la encantadora princesa en su barco, en Kilindini, volveré para escuchar tus historias y para invitarte a un almuerzo en el Club Muthaiga.

—¿Con una botella de Margaux 79 para regarlo? —sugirió León.

—Dos, ¡si eres un hombre de verdad! —prometió Penrod.

—Usted es un gran tipo, tío.

—No es nada, mi querido muchacho.



Mucho antes de la hora señalada, la princesa salió de su tienda con su secretaria y doncellas siguiéndola con los brazos cargados con sus abrigos y vestidos de seda. Penrod tenía un automóvil listo, con el motor haciendo explosiones y rugiendo. León le ofreció su mano a la princesa para subir al asiento del acompañante. Le rozó la ingle con la punta de sus dedos al sentarse y bajó la voz para que sólo él pudiera escucharla.

—Dele mi cariñoso saludo de despedida a mi enorme amigo.

—Gracias, señora. Su cabeza se inclina al pensar en que usted se va.

—¡Muchacho impúdico! —Pellizcó su carne tierna con tanta fuerza que casi le quita el aliento y sus ojos lagrimearon—. No sea confianzudo. No debe usted olvidar cuál es su lugar.

—Por favor, perdone mi insolencia, Su Alteza Real. Estoy desolado. Pero, dígame, ¿qué debo hacer con todo el equipo que deja, el mobiliario, los rifles y el champán? ¿Lo hago empacar y se lo envío?

—*Nein*. No lo quiero. Puede quedarse con todo o quemarlo.

—Usted es muy generosa. ¿Pero alguna vez regresará para cazar conmigo?

—¡Jamás! —dijo con vehemencia—. ¿Con la rabia? ¡No, gracias!

—¿Enviaré a sus amigos para cazar conmigo, princesa?

—Sólo a los que realmente odio. —Vio la expresión de él y se ablandó un poco—. Pero no se preocupe, Courtney. Los amigos a los que realmente odio son más numerosos que aquellos a los que realmente quiero. —Se volvió a Penrod en el asiento detrás de ella—. Dígale a su conductor que me saque de este horrible lugar infectado de rabia.

—¡*Aufwiedersehen*, princesa! —León se quitó el sombrero y saludó con la mano, pero ella no se molestó en volverse mientras el vehículo avanzaba a los saltos por el camino lleno de baches.





Dos semanas después, Penrod se dirigió al campamento Tandala en su semental gris e Ishmael tenía una olla de té Lapsang Souchong recién preparado y un plato de bizcochos de jengibre listo para darle la bienvenida. Ishmael no ofrecía sus bizcochos de jengibre a cualquiera, sino que los reservaba para los invitados que él distinguía especialmente. Después de que Penrod descansó, él y León montaron y partieron en una marcha de doce kilómetros ida y vuelta a Muthaiga.

—Estaba realmente deseando hacer una cabalgata —dijo Penrod—. Parece que nunca puedo abandonar mi escritorio en estos tiempos. —Miró a León—. Por otro lado, tú parece estar de buen ánimo, querido muchacho.

—La princesa me dio mucho trabajo. ¿No le contó que derribó más de cien jabalíes verrugosos, además de un enorme león de melena negra y un espléndido leopardo?

—Esa gentil dama y yo apenas si intercambiamos una docena de palabras en todo el viaje a la costa. Cuento contigo para que me pongas al día. Por eso fue que vine a buscarte. Aquí podemos hablar sin temor a que nos escuchen sin darnos cuenta. —Hizo un gesto con la mano hacia el bosque circundante y las verdes colinas onduladas—. No hay muchas orejas y ojos por aquí. Así que ahora, León, cuéntale todo a tu indulgente tío.

—Será mejor que ajuste la correa de su casco, señor, o es muy probable que salte por los cielos al oír mis revelaciones.

—Empieza por el principio y no dejes nada afuera.

La cabalgata sin prisa hasta el Muthaiga Country Club les llevó casi una hora y media, el tiempo suficiente para que León hiciera su informe. Penrod no lo interrumpió más que para confirmar un nombre o pedirle que se extendiera un poco sobre algún detalle. Más de una vez respiró con fuerza mientras sus facciones expresaban extrema desaprobación. Al llegar al sendero de entrada al club, León dijo:

—Y eso es todo, tío.

—Suficiente y más que suficiente —respondió Penrod con severidad—. Si me lo hubiera contado otra persona que no fueras tú, tendría reservas. Parte de todo ello es tan estrambótico que escapa a la comprensión de una mente racional.

Has logrado más de lo que yo podría haber esperado.

—¿Quiere que le escriba todo esto, señor?

—No. Si lo hubieras hecho antes, ella lo habría descubierto cuando registró tu carpeta. Lo recordaré; es muy probable que nunca lo olvide por el resto de mis días. —Penrod permaneció en silencio hasta que llegaron al final del sendero de entrada y dejaron sus caballos delante del edificio principal del club. Entonces dijo en voz baja—: Una dama notable, esta princesa tuya, León.

—No es mía, señor, se lo aseguro. En lo que a mí concierne, las hienas pueden quedarse con ella.

—Ven, vamos a almorzar. El chef tiene huesos de tuétano y estofado de carne en conserva en el menú de hoy. Espero que tus espeluznantes relatos no hayan estropeado mi apetito.

—Nada podría hacer eso, señor.

—Ten cuidado, mi muchacho. Muestra un poco de respeto por mis pelos grises y las estrellas sobre mis hombros.

—Perdóneme, general. No fue mi intención ofender. Sólo estaba sugiriendo que usted es un conocedor de gusto impecable.

En cuanto Penrod terminó de saludar a la mayoría de los demás comensales en el lugar, deteniéndose por un momento en cada mesa, finalmente llegaron a la terraza y se sentaron en sus sillas debajo de las buganvillas. Malonzi abrió y sirvió el vino, trajo el entremés de tuétano sobre tostadas y se retiró discretamente.

—Déjame ponerte al día con todo lo que ha estado ocurriendo en el amplio mundo mientras tú retozabas con la realeza y los jabalíes verrugosos en la selva. —Penrod sacó un gran trozo grasoso de tuétano del hueso para ponerlo en su tostada mientras comenzaba su breve resumen de los acontecimientos en Europa —. El dato más sorprendente para comentar es que en las últimas elecciones el Partido Socialdemócrata, por primera vez en la historia, se ha convertido en el partido más grande en el Reichstag alemán. Ha obtenido más del doble de las bancas que tenía en las elecciones de 1907, lo cual constituye una gran amenaza para más adelante. La élite militar alemana que tiene el poder tendrá que hacer algo espectacular para poder sostenerse. ¿Alguien quiere una linda y pequeña guerra? —Se metió la tostada con tuétano en la boca y masticó con placer—. Y seguramente Serbia querrá meterse en Austria. ¿Qué tal otra guerra pequeña? Y hablando de ello, la que se desarrolla en Turquía continúa ruidosamente. Los turcos han rechazado a los búlgaros en las puertas de Constantinopla, pero les costó veinte mil bajas... —Devoró el resto del tuétano y lo bañó con una copa de Margaux.

Mientras esperaban que Malonzi sirviera el estofado, continuó:

—Ahora, para hablar de cosas más cercanas, se te ha acumulado una gran cantidad de correspondencia, en la que se incluye una docena o más de pedidos de tus servicios como cazador. Recogí las cartas en el correo y las leí para

ahorrarte el trabajo.

—Ya lo he dicho antes, pero lo diré otra vez. Tío, ¡usted es un gran tipo!

Penrod agradeció el cumplido con un elegante movimiento del tenedor.

—La mayoría de estas comunicaciones eran de don nadie... ésas las descarté. De todas maneras, eso es prometedor, ya todas provienen de nuestro país favorito, Alemania. Una es de un ministro conservador del gobierno, la segunda es de un conde Bauer, consejero del canciller imperial, Theobald von Bethmann-Hollweg, y la tercera es de un capitán de la industria que es el contratista particular más grande del ejército. Naturalmente deseamos cultivar a los tres. Sin embargo, el más atractivo desde nuestro punto de vista es el industrial. Su nombre es el *Graf* Otto Kurt Thomas von Meerbach. Es la cabeza de los Talleres Meerbach.

—Sé quienes son. —León estaba impresionado—. Desarrollaron el motor rotativo Meerbach para aviones. Están en competencia con el conde Zeppelin por la construcción de naves aéreas dirigibles. ¡Por todos los demonios! Me encantaría conocer a ese tipo. Estoy fascinado con la idea de volar por el cielo, pero hasta la fecha nunca he visto siquiera de lejos una de las nuevas e increíbles máquinas voladoras, y ni hablar de tener la oportunidad de subir a una.

Penrod sonrió ante su entusiasmo juvenil.

—Si todo sale como está planeado, podrías tener pronto esa oportunidad. Con la aprobación de Percy he respondido por cable urgente a Von Meerbach en tu nombre. Le di todos los detalles de lo que tienes para ofrecer, incluyendo fechas disponibles y tus precios habituales. Pero, mientras tanto, no has probado el estofado. Está muy bueno. Ah, y a propósito, también hay una carta de tu amigo Kermit Roosevelt.

—Que usted abrió para ahorrarme el trabajo.

—Santo Cielo, no. —Penrod estaba horrorizado—. Ni soñar con hacer tal cosa. Ésa es tu correspondencia privada.

—¿A diferencia de toda mi otra correspondencia, que es pública, tío? —preguntó León, y Penrod sonrió sin incomodarse.

—Es parte de mi trabajo, mi querido muchacho. —Luego cambió de tema—. Bien, tengo entendido que, liberado ya de la princesa, vas de inmediato a colaborar con tu socio, Percy, en el safari de Eastmont.

—Eso es correcto. Parto mañana a primera hora. Percy está cazando en la costa oeste del lago Manyara, en territorio alemán. Dejó una nota para mí en Tandala. Dice que lord Eastmont quiere conseguir un búfalo de por lo menos un metro veinte y Manyara es el mejor lugar para encontrar uno.

—Percy me presentó a Eastmont cuando pasó por Nairobi. Cenamos juntos aquí, Percy, yo y los dos lores, Eastmont y Delamere.

—¿Qué le pareció Eastmont, si puedo preguntarle, señor?

—Puedes preguntar. No hay problema. A decir verdad, estaba a punto de

contarles todo. Tú y Percy tienen que saberlo. Desde nuestro primer encuentro, me pareció que era un bicho raro. Algo en él me molestaba. Fue sólo después de que él y Percy partieron hacia Manyara cuando todo volvió a mi mente, de manera precipitada y rugiente, si me permites la licencia poética.

—Permiso concedido, señor. Por favor, continúe. Soy todo oídos.

—Recordé que había habido un pequeño incidente desagradable en la campaña sudafricana allá en el 99. Un joven capitán del Regimiento de Caballería de Middlesex llamado Bertie Cochrane estaba al mando de un pelotón de reconocimiento de avanzada en un lugar llamado Slang Nek cuando tropezaron con un fuerte contingente bóer. A los primeros disparos el joven Cochrane huyó. Dejó que su sargento tratara de rechazar a los bóers y huyó a su casa. Fue una masacre. El pelotón tuvo quince bajas de veinte hombres antes de poder liberarse. Cochrane fue llevado a consejo de guerra por cobardía ante el enemigo, fue encontrado culpable y destituido. Podrían haberle puesto una venda en los ojos y una bala 303 si no fuera por sus amigos en altos cargos. Cuando recordé todo esto, envié un cable a alguien que conozco en el Ministerio de Guerra para verificar lo que recordaba del incidente. La respuesta fue afirmativa. Cochrane y Eastmont son una y la misma persona, pero había algunos fragmentos más de información. Después de su baja deshonrosa, el joven Bertie Cochrane se casó con una muy rica estadounidense, heredera de negocios relacionados con el aceite. Menos de dos años después, la nueva señora Cochrane se ahogó en un accidente en un bote en Ullswater, en el Distrito de los Lagos en Cumberland. Cochrane fue juzgado por los tribunales de Middlesex por el homicidio de su esposa, pero absuelto por falta de pruebas. Heredó su fortuna y dos años más tarde, a la muerte de su tío, se convirtió en el conde de Eastmont, con una propiedad de más de cuatro mil hectáreas cerca de Appleby, en Westmorland. Así pues, el común y viejo Bertie Cochrane se convirtió en Bertram, conde de Eastmont.

—¡Santo cielo! ¿Percy lo sabe?

—No todavía, pero confío en que tú le darás las buenas nuevas.

León estaba de un humor meditabundo cuando regresó a caballo a Tandala. Cuando llegó, Manyoro y Loikot lo estaban esperando. Les dio instrucciones para comenzar temprano a la mañana siguiente el viaje para unirse al campamento de caza de Percy, en las orillas del lago Manyara; luego fue a su tienda para leer su correspondencia.

Había tres cartas maravillosamente cariñosas y entretenidas de su madre. Cada una tenía más de veinte páginas de extensión y, aunque estaban fechadas con un mes de separación entre ellas, habían llegado al correo de Nairobi juntas. Se enteró de que su padre estaba bien y próspero, como siempre. El más reciente

libro de su madre se llamaba *Reflexiones africanas* y había sido aceptado para su publicación por Macmillan de Londres. La hermana mayor de León, Penélope, iba a casarse con su novio de la infancia en mayo, es decir, hacía seis semanas. Tendría que enviarle un tardío regalo de bodas. Colocó aparte las tres cartas maternas para responderlas y luego abrió el sobre con el matasellos de Nueva York y el sello rojo de cera de Kermit en la solapa.

Kermit había cumplido con su palabra. Su carta era refrescante y estaba llena de noticias. Contaba los últimos meses del gran safari con Quentin Grogan por el Nilo a través de Sudán y Egipto. Gran Medicina había continuado haciendo estragos entre las manadas de animales de caza. En el viaje desde Alejandría hasta Nueva York, se había enamorado otra vez, pero la niña ya estaba comprometida. Parecía haber aceptado bien este rechazo. Luego pasaba a describir una cena en la casa de Andrew Carnegie, el multimillonario del acero que había financiado el gran safari del Presidente. Entre los demás invitados estaba el industrial alemán de Wieskirche en Baviera. Su nombre era Otto von Meerbach. Kermit había estado sentado frente a él durante la cena y se habían llevado muy bien de inmediato. Después de la cena, cuando las damas se habían retirado, se quedaron juntos tomando oporto y fumando cigarrillos.

Otto es un personaje extraordinario, salido de las páginas de una novela barata, con cicatrices dejadas por los duelos a espada y todo —había escrito Kermit—. Es un hombre de gran tamaño, lleno de energía y muy seguro de sí, y aun si a uno no le gustara, tendría que admirarlo. Es el propietario de los Talleres Meerbach. Estoy seguro de que habrás oído hablar de estos talleres. Es más, creo recordar que tú y yo hablamos de esto. Es una de las empresas más grandes y más prósperas de toda Europa, que da trabajo a más de treinta mil personas. Talleres Meerbach desarrolló el motor rotatorio para máquinas voladoras y aeronaves dirigibles. También produce automóviles y camiones para el ejército alemán, y aviones para su fuerza aérea. Pero lo que es muy interesante acerca de Otto es que es un ávido cazador. Tiene enormes propiedades en Baviera donde caza a ciervos y jabalíes. En invierno realiza reuniones de caza en su *Schloss*, que son famosas. No es nada fuera de lo habitual que los cazadores maten más de doscientos jabalíes en un día. Me ha invitado a participar de esas cacerías con él la próxima vez que yo lo visite en Europa. Lo conté sobre nuestro safari y se mostró muy interesado. Me dijo que había estado pensando en un safari africano desde hacía años. Me pidió tu dirección y, por supuesto, se la di. Espero que no te moleste.

—De modo que así fue como Von Meerbach se enteró de dónde encontrarme —dijo León en voz alta—. Gracias, Kermit. —La carta continuaba unas cuantas

páginas más.

La esposa de Otto, o tal vez es su amante, no estoy muy seguro de cuál es la relación, es realmente una de las damas más hermosas que jamás haya visto. Su nombre es Eva von Wellberg. Es muy refinada y serena pero, mi dulce Jesús, cuando volvió esos ojos hacia mí, mi corazón se derritió como manteca en una sartén. Me habría batido gustosamente a duelo con Otto para obtener sus favores, aunque tiene fama de ser uno de los mejores espadachines de Europa. Así son de fuertes los sentimientos que provocó en mí esta encantadora acompañante de él.

León se rio. La hipérbole era muy característica de Kermit. Interpretó que la descripción que hacía su amigo quería decir que lo más probable era que Eva fuera medianamente atractiva. Kermit terminaba exhortando a León para que respondiera pronto, para contarle todas las noticias de sus propias actividades y de los muchos amigos que Kermit había hecho en África Oriental Británica, en particular Manyoro y Loikot. Concluía: «*Salaam y Waidmanns Heil* (Otto me enseñó que éste es el saludo de los cazadores) de tu GHS». León necesitó un momento para darse cuenta de lo que significaban estas letras. Sonrió otra vez.

—Y mis mejores deseos para ti, también, Kermit Roosevelt, guerrero hermano de sangre.

León abrió su escritorio de campaña para comenzar a responderles a su madre y Kermit, pero antes de que pudiera poner la pluma en el tintero, Ishmael tocó el gong de la cena. León gruñó. No se había recuperado del todo de su almuerzo con Penrod. Pero las comidas de Ishmael no eran opcionales. Eran obligatorias.



El viaje hacia el Sur, al lago Manyara, transitó por caminos brutalmente malos durante los primeros trescientos kilómetros. El Vauxhall recibió un castigo cruel y se vieron obligados a detenerse y reparar neumáticos pinchados por lo menos

una docena de veces. Manyoro y Loikot se habían convertido en grandes maestros en el arte de ubicar y retirar las espinas que los habían perforado. En las partes arenosas del camino, el motor hervía con regularidad y tenían que esperar a que se enfriara antes de volver a llenar el radiador.

El límite entre el África Oriental Británica y el África Oriental Alemana no estaba marcado ni protegido. No había postes indicadores en la ruta, aparte de los incendios de árboles a los costados del camino y algunos cráneos blanqueados de animales colocados sobre palos. Guiándose sobre todo por instinto y por el cielo, llegaron finalmente a un pequeño negocio de campaña manejado por un comerciante indio en el río Makuyuni. Percy había dejado un par de buenos caballos en manos del dueño de la tienda para cuando ellos llegaran.

León detuvo el coche debajo de una higuera en la parte de atrás de la tienda y ensilló uno de los animales. Desde allí seguirían a caballo por unos ochenta kilómetros hasta el campamento de caza de Percy, que estaba instalado sobre un promontorio a orillas del lago.

Al día siguiente, una hora después del anochecer, León y sus masai llegaron al lugar. Descubrió que ni Percy ni ninguno de sus nobles clientes habían regresado al campamento. El cocinero de Percy le sirvió a León una cena de corazón de hipopótamo asado a la parrilla con crema de tapioca, puré de calabaza y un espeso jugo de carne Bisto.

Después, León se sentó junto al fuego a observar a los flamencos que volaban contra la luna en filas oscuras y ondulantes. Un incendio de arbustos ardía a la distancia, en la otra orilla del lago. Parecía una serpiente encendida que se deslizaba por las colinas oscuras, y se podía oler el humo. Eran más de las diez cuando escuchó los caballos que venían y se dirigió al borde del campamento para recibirlos.

Cuando Percy bajó entumecido y dolorido de su silla de montar, reconoció a León que esperaba en las sombras. Enderezó los hombros y su cara se arrugó en una sonrisa de bienvenida.

—¡Muy bienvenido, realmente! —exclamó—. Tus tiempos son immaculados, León. Ven al fuego y te presentaré al conde. Y hasta podría ser que te sirviera un trago de Talisker.

Eastmont era una persona alta y desgarbada, con enormes manos y pies, y una cabeza del tamaño de una sandía. Sus miembros largos y delgados no hacían juego con su torso voluminoso. Percy medía un poco más de un metro ochenta y su rastreador masai era un par de centímetros más alto, pero Eastmont sobresalía sobre ellos, y León calculó que debía de medir casi un metro noventa. Cuando se dieron la mano, su puño envolvió los dedos de León como si fueran los de un niño. A la luz temblorosa del fuego, las facciones de Eastmont se veían demacradas y huesudas, y su expresión, sombría y taciturna. Hablaba poco y le dejó toda la conversación a Percy. Una vez que se sirvieron los vasos,

permaneció sentado con la mirada fija en el fuego mientras Percy contaba la cacería del día.

—Bien, milord quería un búfalo realmente monumental y, por todos los dioses, encontramos uno esta mañana. Era un viejo solitario y, juro por todo lo que es sagrado, que medía casi un metro cuarenta.

—Percy, ¡eso es increíble! Pero le creo —le aseguró León—. Muéstreme la cabeza. ¿Su gente está trayéndola esta noche, o los desolladores vendrán con ella mañana?

Se produjo un incómodo silencio y Percy miró a su cliente por encima del fuego. Eastmont parecía no haber escuchado. Continuó con la mirada fija en las llamas.

—Bien —dijo Percy, y se detuvo otra vez. Luego continuó con una catarata de palabras—. Hay un pequeño problema. La cabeza del búfalo continúa unida a su cuerpo, y el cuerpo sigue vivo y coleando.

León sintió un escalofrío en la nuca, pero preguntó con cuidado:

—¿Herido?

Percy asintió de mala gana para luego admitirlo.

—Sí, pero muy mal herido, creo.

—¿Cuan herido, Percy? ¿En la cabeza o en las tripas? ¿Cuánta sangre?

—Pata trasera —respondió Percy. Luego se apresuró a decir—: Con el hueso largo roto, creo. Debería estar rígido e inmóvil para mañana por la mañana.

—¿Sangre, Percy? ¿Cuánta?

—Algo.

—¿Arterial o venosa?

—Difícil decirlo.

—Percy, no es difícil distinguir entre la arterial y la venosa. Usted me enseñó a hacerlo, así que debe saberlo. Una es rojo brillante; la otra, oscura. ¿Por qué fue difícil notar la diferencia?

—No había mucha sangre.

—¿Hasta dónde lo rastrearon?

—Hasta que se puso oscuro.

—Hasta dónde, Percy, no cuánto tiempo.

—Unos tres kilómetros.

—¡Mierda! —exclamó León, como si realmente quisiera decir esa palabra.

—La versión educada de esa palabra es *merde*. —Percy trató de darle al asunto un toque de humor.

—Me quedo con la vieja y expresiva palabra anglosajona. —León no sonrió.

Estuvieron en silencio durante varios y largos minutos. Entonces, León miró a Eastmont.

—¿Qué calibre estaba usando, milord?

—Tres siete cinco —Eastmont no levantó la vista cuando habló.



« ¡Mierda otra vez! », pensó León, pero no lo dijo. « ¡Maldita cerbatana! »

—¿Es muy espeso el lugar donde se escondió, Percy?

—Es espeso —admitió Percy—. Lo seguiremos mañana con las primeras luces. Estará inmóvil y dolorido. No debería llevarnos demasiado tiempo alcanzarlo.

—Tengo un mejor plan. Ustedes dos se quedan aquí y se toman un día de descanso en el campamento. Reposo para su pierna, Percy. Yo lo seguiré y terminaré con el asunto —sugirió León.

El conde dejó escapar un bramido como el de un león marino macho en la temporada de apareamiento.

—Usted no hará semejante cosa, mocoso insolente. Es mi búfalo y yo me ocuparé de él.

—Con todo el debido respeto, milord, demasiadas armas de fuego podrían convertir una situación potencialmente peligrosa en fatal. Permítame ir. Para esto es para lo que nos paga tanto dinero. —León sonrió en un intento poco convincente de diplomacia.

—Pagué tanto dinero para que usted haga lo que carajo se le diga, mi muchacho. —La boca de León se endureció. Miró a Percy, que sacudió la cabeza.

—León, todo estará bien —dijo—. Probablemente lo encontremos mañana.

León se puso de pie.

—Como usted quiera. Estaré listo para montar al clarear el día. Buenas noches, milord. —Eastmont no respondió y León se volvió a Percy. Se lo veía viejo y enfermo en la luz del fuego—. Buenas noches, Percy —dijo en tono amable—. No se preocupe. Tengo el presentimiento de que todo irá bien. Lo encontraremos. Lo sé.



León estaba en el borde del despeñadero con Manyoro y Loikot. El sol no había salido todavía y a baja altura se veía un banco de neblina sobre el agua. El amanecer no era ventoso y el lago era de un color gris peltre brillante. Bandadas de luminosos flamencos rosados volaban en largas y ondulantes filas sobre el

agua gris y serena, que reflejaba sus imágenes perfectas como un espejo. Era muy hermoso.

—*Bwana Samawati* cree que su pata trasera está fracturada —informó León, todavía mirando a los flamencos—. Tal vez eso le haga disminuir la velocidad un poco. —Loikot escupió un poco de moco a la arena de lava negra; Manyoro se hurgó la nariz y luego observó con atención el producto seco en la punta de su dedo índice. Ninguno respondió la necia afirmación. Una pata fracturada no iba a hacer disminuir la velocidad de un búfalo macho enfadado.

—*Bwana Mjiguu* quiere ir adelante —continuó León—. Dice que es su búfalo. Él le disparará. —Los masai se referían a Eastmont con el nombre de «el señor de pies grandes» y recibieron esta última información con tanto júbilo como si les hubieran informado la muerte de un amigo querido.

—Tal vez le dispare a la otra pata. Eso sí le hará disminuir la velocidad —sugirió Manyoro, y Loikot se dobló en medio de un ataque de risa. León no pudo controlarse. Tuvo que participar y la risa alivió un poco sus sentimientos.

Detrás de ellos, Percy salió de su carpa, y León se apartó de los masai para saludarlo. Su rostro estaba tan gris como las aguas del lago y su rengaera, más pronunciada.

—Buen día, Percy. ¿Pasó una buena noche?

—La maldita pierna me mantuvo despierto.

—Hay café en la carpa-comedor —le informó León, y se dirigieron a ella—. Vi a mi tío Penrod en Nairobi. Me pidió que le dijera algo.

—Adelante.

—Eastmont fue destituido del ejército en África del Sur. Cobardía ante el enemigo. —Percy se detuvo y lo miró a los ojos—. Ya en el país, fue encontrado inocente de la acusación de ahogar a su esposa, que era sumamente rica. Falta de pruebas.

Percy pensó en esto por un momento. Luego dijo:

—¿Sabes una cosa? Eso no me sorprende en lo más mínimo. Lo llevé casi junto al búfalo ayer. Veinte metros. Ni un centímetro más. Le disparé a la pata trasera porque estaba sobrecogido por el terror.

—¿Y va a dejarlo ir adelante hoy?

—Lo escuchaste anoche. No tenemos muchas alternativas, ¿no?

—¿Usted quiere que yo lo apoye?

—¿Crees que ya no puedo hacer nada más? —Percy parecía desolado.

León se sintió dolido por el remordimiento.

—¡Demonios, no! Usted todavía es pura dinamita.

—Gracias. Necesitaba escuchar eso. Pero Eastmont sigue siendo mi cliente. Yo lo apoyaré, pero, agradecería tenerte detrás de mí. —En ese momento, Eastmont salió de su carpa y caminó arrastrando los pies hacia ellos. Su manera de caminar era desgarbada, como un oso bailarín atado a una cadena.

—Buenos días, milord —saludó Percy con entusiasmo—. ¿Ansioso por encontrar su búfalo?



Cabalgaron durante una hora antes de llegar al sitio donde Percy había abandonado la huella de sangre la noche anterior. Era un mal lugar. La maleza espinosa era densa y lo cubría todo hasta el suelo. Había estrechos pasajes a través de ella que habían sido abiertos por rinocerontes, elefantes y manadas de búfalos.

El rastreador de Percy, que había estado con él durante treinta años, se llamaba Ko'twa. Señaló la huella vieja, que había sido casi borrada por el paso de otros animales grandes durante la noche, y Manyoro y Loiket partieron trotando.

Los tres cazadores los siguieron a caballo. Si bien la maleza era espesa, el suelo era blando y arenoso, de modo que cubrieron los primeros tres kilómetros rápidamente. Luego el tipo de terreno cambió para convertirse en grava firme que se resistía a las huellas de las pezuñas del búfalo. Había poca sangre, que se había secado y vuelto negra, de modo que resultaba casi imposible distinguir las manchas en el mantillo de hojas muertas y ramitas secas debajo de los arbustos. Los jinetes seguían muy atrás para permitir a los tres rastreadores realizar sus pequeños milagros de detección sin interferencia. Al cabo de otra hora, el sol estaba ya alto y caliente como un horno. No había ninguna brisa y el aire era sofocante. Hasta las aves y los insectos estaban inactivos. El silencio era melancólico y ominoso, y la maleza espinosa se hacía más densa, hasta parecer casi sólida. Los rastreadores se metieron por los estrechos senderos y las aberturas entre las hirientes y puntiagudas ramas. Incluso desde el lomo de los caballos, la vista hacia adelante estaba muy reducida.

Finalmente, León detuvo su animal y le susurró a Percy:

—Estamos haciendo demasiado ruido. El búfalo va a escuchar nuestro acercamiento a más de un kilómetro. No queremos obligarlo a moverse. Eso le aflojaría la herida. Debemos dejar los caballos. —Desensillaron y ataron sus cabalgaduras, pero les pusieron morrales con alimento para mantenerlos contentos.

Mientras tomaban el último trago de agua de las cantimploras, Percy le dio las últimas instrucciones a Eastmont.

—Cuando el búfalo avance, y quiero decir cuando lo haga, no si lo hiciera, lo hará con la nariz alta en el aire. Es probable que avance en zigzag frente a usted. Uno podría pensar que se mueve lentamente y que en realidad no se dirige hacia donde está uno. No se engañe. Vendrá muy rápido y dispuesto a atacarlo. Se verá tan grande que usted podría sentirse confundido respecto a dónde apuntar su disparo. Podría sentirse tentado a disparar en medio de su cuerpo. No lo haga. Sólo hay un lugar para dispararle si quiere detenerlo. Dispárele al cerebro. Recuerde, su nariz está muy levantada. Apunte al extremo. Estará húmeda y brillante, y le dará una buena marca para apuntar. Siga disparándole a la nariz hasta que caiga. Si no cae y sigue avanzando, córrase a la izquierda. Yo estaré junto a su codo derecho y usted debe dejarme un buen espacio para disparar. ¡Izquierda! Muévase a la izquierda. ¿Me entiende?

—No soy un niño, Phillips —dijo el conde con cierta rigidez—. No me hable como si lo fuera.

« No, usted no es niño —pensó León con amargura—. Usted es el caballero valiente que dejó que su pelotón fuera despedazado a tiros por los viejos y buenos bóers. Creo que podríamos divertirnos un poco con usted hoy, milord » .

—Mis disculpas —respondió Percy—. ¿Está usted listo para partir? Se ubicaron en formación de batalla. Eastmont iba en la punta, con Percy cerca de su codo derecho y León cerraba la retaguardia. Todos los rifles estaban cargados y con el seguro puesto. León llevaba dos cartuchos 470 de repuesto sostenidos entre los dedos de la mano izquierda, listos para una recarga rápida. Seguían a los rastreadores, que sabían exactamente lo que tenían que hacer sin que nadie se lo dijera. Eso era todo lo que iban a hacer en aquella jornada. Apenas el búfalo saliera de su refugio, su obligación era despejar el frente y dejar el terreno libre a Eastmont para enfrentarse con el animal. Avanzaban lentamente y en silencio, comunicándose entre ellos por lenguaje de señas.

El sol subió hacia su cénit. El aire estaba tan caliente como el aliento del infierno. La espalda de la camisa de Eastmont estaba empapada de sudor. León vio gotas que bajaban por su nuca desde la línea del pelo. Podía escucharlo respirar en el silencio: una respiración entrecortada, breve y con dificultad, como la de un asmático. Habían avanzado no más de doscientos lentos pasos en la última hora y la tensión parecía crepitar en el aire alrededor de ellos, como electricidad estática.

De pronto, hubo un ruido que venía directamente desde adelante, como dos ramitas secas golpeadas una con otra. Los rastreadores se quedaron inmóviles. Loikot estaba parado en una pierna, con la otra estirada para dar el siguiente paso.

—¿Qué fue eso? —preguntó Eastmont. En el silencio su voz sonó como una sirena de niebla.

Percy le tomó el hombro y lo apretó con fuerza para hacerlo callar. Luego se inclinó hacia adelante hasta que sus labios casi quedaron tocando la oreja de Eastmont.

—El búfalo nos escuchó acercarnos. Se paró y se levantó del lugar donde estaba descansando. Su cuerno tocó una rama. Está cerca. Haga absoluto silencio.

Nadie más habló y nadie se movió. Loikot todavía estaba parado en una pierna. Todos escuchaban, inmóviles como figuras de cera. Duró como toda una eternidad y un poco más. Luego Loikot bajó su pie al suelo y Manyoro giró la cabeza para mirar atrás. Le hizo un movimiento elegante y elocuente con la mano derecha a León. «El búfalo se ha ido hacia adelante —dijo la mano—. Podemos seguir».

Continuaron cautelosamente pero no escucharon ni vieron nada. En ese momento la tensión era como la vibración de cables de acero estirados al punto límite. El pulgar de León estaba en el seguro del Holland y la culata estaba metida debajo de su axila derecha. Podía montar, apuntar y disparar al instante. Entonces lo escuchó, blando como la lluvia en la hierba, débil como la respiración de un bebé dormido. Miró a la izquierda, y el búfalo se movía hacia él.

Había vuelto sobre sus pasos y les tendía una emboscada, escondido en la impenetrable espesura de espinas grises. Había dejado pasar a los rastreadores y después salió, negro como el carbón y grande como una montaña de granito. La amplitud de los grandes cuernos curvos era lustrosa y brillante, más ancha que un hombre alto con los dos brazos extendidos. Las puntas eran agudas como dagas y la protuberancia entre ellas era nudosa como la cascara de una nuez gigantesca, y grande como un monolito de obsidiana.

—¡Percy! ¡A tu izquierda! ¡Viene! —León gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Se movió para tener un campo de fuego claro, pero cuando levantó el rifle hasta su hombro, el búfalo galopó detrás de un grupo de arbustos espinosos que había en el medio. No podía apuntarle.

—¡Es suyo, Percy! ¡Atrápelo! —gritó León otra vez, y por el rabillo del ojo vio que Percy se volvía a la izquierda y se acomodaba para quedar en posición. Pero su pierna lisiada le incomodaba y le hizo disminuir la velocidad. Se preparó y se inclinó sobre su rifle, nivelándolo contra el macho que atacaba. León supo que Percy le iba a dar en el cerebro desde esa distancia. Percy era un viejo cazador. No lo iba a estropear, no en ese momento, ni nunca.

Pero se habían olvidado de lord Eastmont. Cuando Percy ajustó su índice en el gatillo, los nervios de Eastmont no resistieron más. Dejó caer su rifle, dio media vuelta y corrió en busca de seguridad. Sus ojos estaban desorbitados y su cara, de color blanco ceniza por el pánico, mientras retrocedía pesadamente por el sendero. No pareció siquiera ver a Percy cuando chocó contra él con todo su

peso. Percy cayó y el rifle voló de sus manos cuando golpeó el suelo con los hombros y la parte posterior de la cabeza. Eastmont ni siquiera detuvo su carrera, sino que fue directamente contra León. El sendero era demasiado angosto para que León pudiera evitarlo. Dio vuelta su rifle y usó la culata en un esfuerzo por apartar a Eastmont en su loca carrera.

Fue inútil. Eastmont era un hombre enorme y estaba fuera de sí por el terror. Nada podía detenerlo. León lo golpeó con la culata del rifle en el centro del pecho. El bloque de madera de nogal se rompió limpiamente en la parte más estrecha, pero Eastmont ni siquiera parpadeó. Fue hacia León como una avalancha y éste fue lanzado a un lado por la colisión. Eastmont continuó corriendo. León aterrizó sobre su hombro derecho en un costado del sendero. Tenía el mango del rifle roto en la mano izquierda y se empujó con la derecha para levantarse. Miró desesperadamente por el sendero donde Percy había caído.

Percy se esforzaba por ponerse de rodillas. Había perdido su rifle y estaba aturrido por el golpe en la parte posterior de la cabeza. Detrás de él, León vio que el búfalo se lanzaba afuera de la maleza espinosa hacia el angosto sendero. Sus ojos pequeños estaban inyectados de sangre y fijos en Percy. Bajó su gran cabeza y se lanzó hacia él. Su pata trasera inutilizada iba balanceándose y colgando sin vida del hueso roto, pero el animal corría con las otras tres, rápido y oscuro como un tornado de verano.

León levantó el rifle roto. La culata había desaparecido, pero iba a disparar con una sola mano. Sabía que el culatazo podía romperle la muñeca.

—Percy, ¡agáchese! —gritó—. ¡Al suelo! Deme una oportunidad. —Pero Percy estaba de pie con toda su altura, obstruyendo su disparo. Sacudía la cabeza en estado de confusión, tambaleándose como si estuviera ebrio y mirando vagamente a su alrededor. León trató de gritar otra vez, pero su garganta se paralizó por el horror y no pudo pronunciar un sonido. Observó al búfalo que movía la cabeza a un lado, preparando el gancho, mientras cubría los últimos metros para llegar a Percy. Su cuello era tan grueso como un tronco de árbol y lleno de músculos abultados. Usó toda esa fuerza contenida para mover aquella media luna de cuernos.

La punta de un cuerno golpeó a Percy en la parte baja de su espalda, a la altura de los riñones. El búfalo sacudió la cabeza hacia arriba y lo atravesó. Sin poder creerlo, León vio que la punta del largo cuerno curvo aparecía por el vientre de su amigo. El búfalo sacudió la cabeza en un esfuerzo por deshacerse de ese cuerpo blando. Percy fue sacudido de un lado a otro y sus brazos y piernas se agitaron sin resistencia, pero el cuerno seguía atravesado en su vientre. León podía escuchar el ruido como de seda rasgada que hacían su piel y sus carnes al romperse. Percy había quedado colgado sobre la cabeza del búfalo y le impedía a éste la visión. León corrió hacia adelante, sacando el seguro de su rifle

roto. Antes de que pudiera alcanzarlos, el búfalo bajó la cabeza y arrastró a Percy contra el suelo. Apenas se libró de él, lo golpeó con su gran cornamenta y, parado sobre él, empezó a aplastarlo contra el suelo. León oyó el ruido de las costillas de Percy que se rompían como ramitas secas. No podía dispararle al cráneo del macho porque la bala lo habría atravesado para entrar en el cuerpo enganchado de Percy.

Se apoyó en una rodilla junto al hombro del búfalo y apretó los cañones del Holland contra el enorme cogote, en la coyuntura de la espina dorsal y el cuerpo. Había esperado que el culatazo del rifle le rompiera la muñeca, pero era tal su furia y concentración que apenas si lo sintió y pensó que el cartucho había fallado. Pero el macho se tambaleó, alejándose del disparo, y cayó sentado sobre sus patas traseras, con las delanteras juntas por delante. Bajó la cabeza; por fin León podía alcanzar el cerebro. Se puso de pie de un salto y avanzó corriendo otra vez, cuidándose de quedar lejos del amplio movimiento de aquellos letales cuernos. Apretó la boca del cañón todavía cargado contra la parte posterior del cráneo, detrás del bulto intermedio de los cuernos, y disparó con el segundo cañón. La bala hizo volar el cerebro de la bestia en pedazos dentro de su ataúd de hueso. Cayó hacia adelante y luego rodó a un costado. Su pata posterior sana pateó convulsivamente y dejó escapar un bramido de muerte largo y triste; luego quedó inmóvil.

León dejó caer el rifle roto y se volvió hacia donde Percy yacía tendido. Cayó de rodillas junto a él. Percy estaba boca arriba con los brazos abiertos como un crucifijo. Tenía los ojos cerrados. La herida en su estómago era espantosa. Los violentos movimientos del macho la habían abierto más, de modo que los intestinos rotos y enredados escapaban por la abertura mientras el contenido salía a borbotones por la herida. Por el color oscuro de la sangre se dio cuenta de que a Percy le sangraban los riñones.

—¡Percy! —gritó León. Se resistía a tocarlo, temeroso de producirle más dolor y daño—. ¿Percy?

Su socio abrió los ojos y con gran esfuerzo se concentró en la cara de León. Sonrió lamentándolo, con tristeza.

—Bien, no me salvé la segunda vez. La primera fue sólo mi vieja pierna, pero ahora me han matado, realmente.

—No diga tantas tonterías. —La voz de León era severa, pero su visión se estaba poniendo borrosa. Sintió la humedad en sus mejillas y esperó que fuera sólo el sudor—. Tan pronto como lo remiende, lo llevaré al campamento. Va a estar bien. —Se quitó la camisa e hizo una pelota con ella—. Esto podría ser un poco incómodo, pero tenemos que contener todo adentro hasta que lleguemos. —Metió la camisa en el agujero del abdomen de Percy. Entró fácilmente pues la herida era amplia y profunda.

—No siento nada —dijo Percy—. Esto va a ser mucho más fácil de lo que

alguna vez imaginé que iba a ser.

—Cállese, viejo. —León no pudo mirarlo a los ojos donde las sombras se iban reuniendo—. Ahora, vamos. Voy a levantarlo y llevarlo a su caballo.

—No —susurró Percy—. Deja que suceda aquí. Estoy listo para ello, si tú me ayudas.

—Cualquier cosa —dijo León—. Lo que quiera, Percy. Usted lo sabe.

—Entonces dame tu mano. —Percy la buscó a tientas y León le tomó la mano con firmeza. Percy cerró los ojos—. Nunca tuve un hijo —dijo en voz baja—. Quería tenerlo, pero nunca lo tuve.

—No lo sabía —dijo León.

Percy abrió los ojos.

—Supongo que no hay más remedio que conformarme contigo en cambio. —El viejo brillo estaba otra vez en sus ojos. León trató de responder, pero su garganta estaba ahogada. Tosió y giró la cabeza. Tardó un momento para encontrar su voz.

—No soy bueno para esa tarea, Percy.

—Nunca nadie lloró por mí antes. —Había admiración en la voz de Percy.

—¡Mierda! —exclamó León.

—*Merde* —lo corrigió Percy.

—*Merde* —repitió León.

—Ahora, escucha. —Había una urgencia repentina en el tono de Percy—. Sabía que esto iba a ocurrir. Tuve un sueño, una premonición. Dejé algo para ti en el viejo baúl metálico para viajes debajo de mi cama en Tandala.

—Lo quiero, Percy, viejo duro y bastardo.

—Nadie nunca me dijo eso tampoco. —El brillo en los ojos azules empezó a desvanecerse—. Prepárate. Va a ocurrir ahora. Prepárate a apretarme la mano para ayudarme a cruzar al otro lado. —Cerró los ojos con fuerza durante un largo minuto; luego los abrió muy grandes—. Aprieta, hijo. ¡Aprieta con fuerza! —León apretó y le sorprendió la fuerza con que el viejo le devolvió el apretón.

—¡Oh, Dios, perdóname mis pecados! ¡Oh, dulce, amoroso Padre! Ahí voy. —Percy lazó su último suspiro. Su cuerpo se puso rígido y, luego, su mano en la de León se aflojó. León permaneció sentado junto a él un largo rato. No se dio cuenta de que los rastreadores habían regresado y estaban en cuclillas detrás de él. Cuando León extendió la mano y cerró suavemente los ojos abiertos de Percy, Ko'twa se puso de pie de un salto y volvió corriendo por el sendero, blandiendo su *assegai*.

Con cuidado León arregló los miembros de Percy y lo levantó en sus brazos como si fuera un niño dormido. Se dirigió de regreso hacia donde habían atado los caballos, con la cabeza de Percy apoyada en su hombro. No había avanzado cincuenta pasos cuando escuchó gritos desenfrenados.

—*Bwana*, ¡venga rápido! ¡Ko'twa está matando a *Mjiguul*! —León reconoció



la voz de Manyoro en el alboroto. Todavía con Percy en sus brazos, comenzó a correr. Al doblar en la siguiente curva del angosto sendero, se encontró con una escena de gran confusión.

Eastmont estaba acurrucado en posición fetal en medio del sendero. Tenía las rodillas recogidas sobre el pecho y con sus grandes manos se cubría la cabeza a la defensiva. Ko'twa bailaba sobre él con su afilada *assegai* en el aire. Le estaba gritando al cuerpo postrado.

—¡Cerdo e hijo de cerdos! ¡Has matado a Samawati! ¡Tú no eres un hombre! Lo dejaste morir. Él era un hombre entre los hombres y tú lo mataste, tú, criatura inútil. Ahora voy a matarte. —Trató de clavar la brillante punta de su *assegai* en la espalda de Eastmont, pero Manyoro y Loikot se habían colgado del brazo que sostenía la lanza para impedir que el golpe llegara a destino.

—¡Ko'twa! —La voz de León sonó como el disparo de un rifle y llegó al rastreador incluso en su excesivo pesar. Miró a León, pero sus ojos seguían ciegos por la rabia y la pena.

—Ko'twa, tu *bwana* te necesita. Ven, llévalo de regreso. —Le ofreció el cuerpo sin vida. Ko'twa lo miró a los ojos. Lentamente regresó de las remotas regiones de su mente y las marcas rojas de la rabia desaparecieron de sus ojos. Dejó caer su *assegai* y con un movimiento de los hombros apartó las manos de los dos masai que lo sujetaban. Se acercó a León, con la cara bañada en lágrimas, y León colocó a Percy en sus brazos—. Llévalo con suavidad, Ko'twa. —Asintió con la cabeza sin decir una palabra y llevó a Percy hacia donde esperaban los caballos.

León fue al lugar donde Eastmont estaba tendido y lo empujó con la punta de su bota.

—Levántese. Todo ha terminado. Ya no corre peligro. Levántese. —Eastmont sollozaba en silencio—. ¡Levántese, maldición, cobarde bastardo! —insistió León. Eastmont recompuso su enorme cuerpo y lo miró sin comprender.

—¿Qué ocurrió? —preguntó con aire vacilante.

—Usted huyó, milord.

—No fue mi culpa.

—Eso debe ser un gran consuelo para Percy Phillips y para los soldados que usted dejó morir en Slang Nek O, ya que estamos, para quien usted ahogó en Ullswater.

Eastmont no pareció darse cuenta de las acusaciones.

—No quise que ocurriera —gimoteó—. Quería probarme a mí mismo. Pero no pude evitar que ocurriera otra vez. Por favor, trate de comprender. Por favor.

—No, milord, no lo voy a comprender. Sin embargo, tengo algo que aconsejarle. No vuelva a dirigirme la palabra. Jamás. Si vuelvo a escuchar sus gimoteos, no podré contenerme. Le retorceré esa gran cabeza grotesca hasta arrancársela de su cuerpo monstruosamente deforme. —León se volvió y llamó

a Manyoro—. Lleva de regreso a este hombre al campamento. —Se apartó de ellos y volvió al lugar donde yacía el cuerpo del búfalo. Encontró las partes de su rifle entre los arbustos junto al sendero donde las había arrojado. Cuando llegó a los caballos; Ko`twa lo esperaba. Todavía sostenía a Percy en sus brazos.

—Hermano, por favor, déjame llevar a Samawati porque era mi padre. — León tomó el cuerpo de los brazos del rastreador que lloraba y llevó a Percy a su caballo.



Cuando León llegó al campamento junto al lago, encontró a Max Rosenthal que había llegado de Tandala en el otro automóvil. León le dijo que hiciera los arreglos para que el equipaje de Eastmont fuera preparado y llevado. Cuando Eastmont, guiado por Manyoro, llegó al campamento, estaba abatido y hosco.

—Lo voy a enviar a Nairobi —le informó León con frialdad—. Max lo pondrá en el tren a Mombasa y reservará un camarote para usted en el primer barco que salga para Europa. Le enviaré la cabeza de búfalo y sus otros trofeos tan pronto como hay an sido curados. Estará usted contento de saber que su búfalo mide bastante más de un metro veinte. Le debo un dinero como un reembolso por haber acertado este safari. Le haré llegar el giro bancario tan pronto como haya calculado la cantidad precisa. Suba al coche ahora y manténgase fuera de mi vista. Tengo que enterrar al hombre a quien usted mató.



Cavaron la tumba de Percy muy hondo debajo de un antiguo baobab sobre el promontorio que daba al lago. Envolvieron a Percy en su bolsa de dormir y lo colocaron en el fondo del pozo. Luego lo taparon con una capa de las piedras más grandes que pudieron llevar, antes de cubrirlo de tierra. León permaneció de pie junto al montículo mientras Manyoro conducía a los otros en la danza del león.

León se quedó allí después de que todos los demás regresaron al campamento. Se sentó en una rama seca que había caído del baobab, con la mirada perdida en el lago. En ese momento, con el sol sobre el agua, era tan azul como habían sido los ojos de Percy. Hizo su última despedida en silencio. Si Percy andaba por allí cerca, sabría lo que él estaba pensando sin necesidad de que se lo dijera.

Al mirar hacia el lago, León quedó satisfecho con el hermoso lugar que había elegido para que Percy pasara la eternidad. Pensó que cuando a él le llegara el momento, no le molestaría ser enterrado en un sitio así. Cuando por fin se alejó de la tumba y regresó al campamento, descubrió que Max ya había partido a Nairobi con lord Eastmont.

«Bien, por lo menos todavía estoy bebiendo su whisky», pensó León con amargura. Esas palabras habrían sido la síntesis de Percy ante un safari que había salido horriblemente mal.



León recorrió el áspero camino a Arusha, el centro administrativo local del gobierno de África Oriental Alemana. Se presentó ante el *Amtsrichter* del distrito e hizo una declaración jurada acerca de las circunstancias de la muerte de Percy. El juez extendió un certificado de defunción.

Algunos días más tarde, cuando llegó al campamento Tandala, Max y Hennie du Rand aguardaban su regreso, preocupados por lo que les deparaba el destino en ese momento, después de la muerte de Percy. León les dijo que hablaría con ellos tan pronto como supiera cuál era la situación de la empresa.

Después de haber bebido toda una tetera, para que el té lavara el polvo de su garganta, se afeitó, se bañó y se vistió con ropa recién planchada por Ishmael. Entonces, se enfrentó con el hecho de que estaba haciendo tiempo

deliberadamente, renuente a dirigirse al bungalow de Percy. Percy había sido un hombre muy discreto con su vida y León se iba a sentir culpable de sacrilegio si hurgaba entre sus pertenencias personales. Sin embargo, se dio fuerzas a sí mismo con la idea de que eso era lo que el mismo Percy le había encargado que hiciera.

Subió la colina hasta el pequeño bungalow con techo de paja que había sido el hogar de Percy durante los últimos cuarenta años. De todas maneras, todavía se sentía renuente a entrar y se sentó en el porche por un rato, recordando algunas de las bromas que ambos habían disfrutado sentados en los cómodos sillones de teca con sus almohadones de piel de elefante y los posa-vasos para el whisky tallados en los apoyabrazos. Por fin se puso de pie otra vez y fue hasta la puerta principal. Ésta se abrió cuando la tocó. En todos esos años, Percy nunca se había molestado en ponerle una cerradura.

León ingresó al interior fresco y en sombras. Las paredes del salón estaban cubiertas con bibliotecas cuyos estantes estaban llenos de cientos de libros. La biblioteca de Percy era un tesoro de todo lo que tuviera que ver con África. Instintivamente León fue hasta el estante central y tomó un ejemplar de *Sol brillante y tormenta sobre África*, de Percy «Samawati» Phillips. Era su autobiografía. León la había leído más de una vez. En ese momento dejó correr rápidamente las páginas, disfrutando algunas de las ilustraciones. Luego volvió a ponerlo en el estante y entró en el dormitorio de Percy. Nunca antes había estado en esa habitación y miró a su alrededor tímidamente. Sobre una pared colgaba un crucifijo. León sonrió. «Percy, viejo perro astuto, siempre creí que tú eras un ateo impenitente, pero todo el tiempo eras secretamente católico».

Había otro adorno en las paredes monásticamente austeras. Un antiguo daguerrotipo coloreado a mano, que mostraba a una pareja sentada rígidamente y vestida con lo que eran obviamente sus mejores ropas de domingo, estaba frente a la cama. La mujer sostenía a un niño pequeño de sexo indefinido sobre el regazo. A pesar de sus patillas, el hombre era un doble exacto de Percy. La pareja era sin duda la de sus padres y León se preguntó si el niño sería Percy mismo o alguno de sus hermanos.

Se sentó en el borde de la cama. El colchón era tan duro como el concreto y las mantas estaban gastadas. Metió la mano debajo de la cama y arrastró un muy usado baúl metálico de viaje. Al intentar sacarlo se encontró con alguna resistencia. Se agachó apoyado en una rodilla para ver qué era lo que lo atascaba.

—¡Por todos los cielos! —susurró entre dientes—. Me preguntaba qué habrías hecho con esto. —Necesitó un esfuerzo mucho mayor para arrastrar el pesado objeto hasta dejarlo a la vista. Luego León se puso de pie otra vez. Ante sus ojos había un gran colmillo de marfil, el compañero del que él había empeñado con el caballero Goolam Vilabjhi—. Creí que lo habías vendido, Percy, pero todo el

tiempo lo tuviste guardado aquí, como una ardilla.

Volvió a sentarse al borde de la cama y puso ambos pies sobre el colmillo en un gesto de posesión; luego abrió la tapa del baúl. El interior estaba prolijamente ocupado con todos los tesoros y objetos de valor de Percy, desde su pasaporte hasta sus cuentas y su chequera, desde pequeños estuches de joyería con gemelos y broches de etiqueta hasta viejos boletos de viajes en barco y fotografías desteñidas. También había varios prolijos montones de documentos atados con cintas. León sonrió otra vez cuando vio el que correspondía a todos los recortes de periódicos sobre el gran safari, en el que él mismo había tenido un papel tan importante. Encima de este tesoro, un documento doblado, sellado con cera roja, tenía una inscripción hecha con letras mayúsculas: PARA SER ABIERTO POR LEÓN COURTNEY SÓLO EN CASO DE MI MUERTE.

León lo pesó con la mano y sacó el cuchillo de caza de la funda en su cinturón. Con cuidado abrió el precinto de cera y desdobló la única hoja de pesado papel manila. Su título era «Última voluntad y testamento». León miró al pie de la página. Estaba firmado por Percy, y sus dos testigos eran el general de brigada Penrod Ballantyne y Hugh, Tercer Barón Delamere.

«Impecable», pensó León. Percy no podía haber encontrado a testigos más creíbles que esos dos. Volvió otra vez a la parte de arriba de la página y leyó cuidadosamente el documento manuscrito completo. La esencia era clara y simple. Percy dejaba todos sus bienes, sin excluir nada, a su socio y querido amigo León Ryder Courtney.

A León le llevó un poco de tiempo darse cuenta de la magnitud del último obsequio de Percy. Tuvo que leer el documento tres veces más para asimilarlo. Todavía no tenía la más leve idea de la riqueza total de Percy, pero sus armas y equipos de safari debían de valer por lo menos quinientas libras, para no mencionar el enorme colmillo de marfil que León estaba usando como escabel. Pero el valor intrínseco de los bienes no era lo que preocupaba a León, sino el obsequio en sí mismo, la profundidad del cariño y la estima de Percy; ése era el verdadero tesoro.

No tenía prisa por revisar los otros contenidos del baúl y permaneció sentado por un rato pensando en el testamento. Finalmente llevó el baúl al porche, donde la luz era mejor, y se sentó en el sillón que había sido el favorito de Percy.

—Lo mantendré tibio para ti, mi viejo amigo —susurró entre dientes a manera de disculpa, y empezó a sacar todo.

Percy había sido meticuloso en mantener sus registros en orden. León abrió su libro de cuentas y parpadeó asombrado cuando vio los resúmenes de los depósitos en la sucursal de Nairobi de Barclays Bank para los Dominios, las Colonias y el Extranjero, a nombre del señor Percy Phillips. Sumaban un poco más de cinco mil libras esterlinas. Percy lo había convertido en un hombre rico.

Pero eso no era todo. Encontró títulos de propiedad de tierras y casas no sólo

en Nairobi y Mombasa, sino también en la ciudad de Bristol, el lugar de nacimiento de Percy, en Inglaterra. León no tenía modo de calcular cuánto valía todo aquello.

El valor era más fácilmente evidente en el manajo de Consols, los títulos al portador al cinco por ciento constante, expedidos por el gobierno de Gran Bretaña, la inversión más segura y confiable que existía. Su valor nominal era de doce mil quinientas libras. El interés sobre eso sólo era de más de seiscientas libras al año. Eran unos ingresos principescos.

—¡Percy, yo no tenía idea de todo esto! ¿De dónde diablos lo sacaste?

Cuando oscureció, León entró en el salón y encendió las lámparas. Trabajó hasta después de la medianoche, ordenando documentos y mirando cuentas. Cuando se le cerraban los ojos fue al pequeño y austero dormitorio y se estiró debajo del mosquitero sobre la cama de Percy. El duro colchón le dio la bienvenida a su cuerpo cansado. Fue agradable. Después de todas sus andanzas, había encontrado un lugar que parecía ser un hogar.



Se despertó con el coro del amanecer de los tordos junto a la ventana. Fue colina abajo y encontró a Max Rosenthal y Hennie du Rand, que lo esperaban preocupados en la carpa-comedor. Ishmael tenía el desayuno listo, pero nadie lo había tocado. León se sentó en su lugar en la cabecera de la mesa.

—Relájense y pónganse cómodos, nada de seguir sentados en el borde de las sillas. Sírvanse los huevos y el tocino antes de que se enfríen e Ishmael tenga un berrinche —les dijo—. C&P Safaris sigue operando. Nada ha cambiado. Ustedes todavía tienen sus trabajos. Sólo deben continuar exactamente como antes.

Apenas terminó el desayuno, se dirigió al Vauxhall. Después de que Manyoro hizo arrancar el motor con la manivela, él y Loikot subieron a la parte posterior y León se dirigió a la ciudad. Su primera parada fue en el pequeño edificio con techo de paja detrás de la Casa de Gobierno, donde funcionaba el Registro de Propiedad. El empleado registró el certificado de defunción de Percy y su testamento, y León firmó las anotaciones en el inmenso libro encuadernado en cuero.

—Como albacea testamentario de la herencia del señor Phillips, tiene usted treinta días para presentar una declaración detallada de los bienes —informó el empleado—. Luego usted debe pagar el impuesto antes de que los demás bienes puedan ser entregados a los herederos designados.

León se sorprendió.

—¿Qué quiere decir? ¿Está usted tratando de decirme que hay que pagar por morir?

—Eso es correcto, señor Courtney. Impuestos a la herencia. Dos y medio por ciento.

—Esto es un robo flagrante, una extorsión —exclamó León—. ¿Y si me niego a pagar?

—Embargaremos los bienes y, además, lo pondremos en prisión.

León todavía estaba furioso por semejante injusticia cuando pasó con su vehículo a través de los portones de ingreso del cuartel de los RAR. Estacionó el auto delante del edificio del cuartel general y subió los peldaños, respondiendo a los saludos de los centinelas mientras pasaba. El nuevo ayudante estaba sentado en la sala de guardia. Para sorpresa de León, éste no era otro que Bobby Sampson. Llevaba ya las insignias de capitán en sus charreteras.

—Parece que todo el mundo por aquí ha sido ascendido, hasta las formas inferiores de vida animal —comentó León desde la entrada.

Bobby lo miró sin comprender por un momento; luego saltó por encima de su escritorio y se precipitó a estrechar efusivamente la mano de León con gran júbilo.

—¡León, mi vieja alhaja! ¡Algo bello es un placer para siempre! No sé qué decir. ¿Eh? ¿Eh?

—Acabas de decirlo todo, Bobby.

—Dime —insistió Bobby—, ¿en qué has estado metido desde que nos vimos por última vez?

Hablaron animadamente por un rato. Luego León dijo:

—Bobby, me gustaría ver al general.

—No tengo duda de que el viejo estará encantado de recibirte, ¿eh? Espera aquí y hablaré un momento con él. —Minutos después regresó e hizo pasar a León a la oficina del comandante.

Penrod se puso de pie y estiró el brazo por encima de su escritorio para estrecharle la mano a León; luego señaló la silla frente a él.

—Esto es un poco sorprendente, León. No te esperaba en Nairobi hasta dentro de un mes más, aproximadamente. ¿Qué ocurrió?

—Percy murió, señor. —La voz de León se quebró cuando pronunció abruptamente estas palabras.

Penrod lo miró en silencio. Luego se apartó de su escritorio y fue hasta la ventana para permanecer allí mirando hacia la plaza de armas, con las manos

tomadas en la espalda. Estuvieron en silencio durante un largo rato, hasta que al final Penrod regresó a su asiento.

—Cuéntame lo que ocurrió —le ordenó.

León lo hizo, y cuando terminó, Penrod dijo:

—Percy sabía que ese momento se acercaba. Me pidió que fuera testigo de su testamento antes de dejar la ciudad. ¿Sabías que había hecho uno?

—Sí, tío. Él me dijo dónde encontrarlo. Ya lo he inscripto en el registro.

Penrod se puso de pie y se puso la gorra en la cabeza.

—Es un poco temprano, el sol no está todavía sobre el patio de armas, pero tenemos la obligación de darle a Percy una despedida decente. Vamos.

Aparte del barman, el casino de oficiales estaba vacío. Penrod pidió las bebidas y se sentaron juntos en el rincón tranquilo, tradicionalmente reservado para el oficial al mando y sus invitados. Por un rato la conversación giró en torno a Percy y la manera en que murió. Finalmente Penrod preguntó:

—¿Que harás ahora?

—Percy me dejó todo a mí, señor, de modo que mantendré la empresa funcionando, si no por otras razones, por lo menos para honrar su memoria.

—Me alegra eso, por todas las razones que tú conoces muy bien —dijo Penrod, aprobando de todo corazón—. Sin embargo, supongo que le cambiarás el nombre.

—Ya lo he hecho, tío. Inscribí el nuevo nombre en el Registro esta mañana.

—¿Safaris Courtney?

—No, señor. Phillips y Courtney. P&C Safaris.

—No has quitado su nombre. ¡En cambio, le has dado la prioridad sobre el tuyo, que antes no tenía!

—El nombre anterior fue decidido por la suerte de una moneda. Percy lo quería tal como es ahora. Ésta es sólo mi manera de tratar de devolverle todo lo que él hizo por mí.

—Bien hecho, mi muchacho. Pero ahora, a otra cosa; tengo algunas buenas noticias para ti. P&C Safaris tiene un buen comienzo. La princesa Isabella Madeleine Hoherberg von Preussen von und zu Hohenzollern le ha dado su apoyo a tu empresa. Parece que el *Graf Otto von Meerbach*, amigo de familia de la princesa, le habló cuando ella regresó a Alemania y te recomendó sin reservas. Von Meerbach ha aceptado el precio de Percy que le envié y ya ha pagado el depósito solicitado en tu cuenta bancaria. Ha confirmado que vendrá a África Oriental Británica con todo su séquito a principios del próximo año para un safari de seis meses.

León forzó una sonrisa e hizo girar el hielo en su vaso.

—De algún modo, no parece importar mucho, ahora que Percy se ha ido.

—Levanta ese ánimo, muchacho. Von Meerbach va a traer un par de prototipos de sus máquinas voladoras. Parece que quiere probarlas en las



condiciones del trópico. En apariencia, las está desarrollando como transporte de correo, pero en este safari planea usarlas para descubrir las presas desde el aire. Por lo menos, eso es lo que dice pero, teniendo en cuenta sus conexiones con el ejército alemán, dudo de que ésa sea toda la verdad. Creo que las estará usando para explorar el interior a lo largo de nuestra frontera con el África Oriental Alemana, con vistas a alguna ofensiva militar futura contra nosotros. Sea como fuere, ésta podría ser tu oportunidad de cumplir el sueño de navegar entre las nubes mientras recoges algunos fragmentos útiles de información para mí. Ahora, si terminas tu bebida, podemos regresar a mi oficina. Te daré una copia de la confirmación que envió Von Meerbach. Es el cablegrama más largo que jamás han visto mis ojos: veintitrés páginas en total, donde expone sus requisitos para el safari. Debe de haberle costado una verdadera fortuna esa transmisión.



León estaba esperando en la playa de la laguna Kilindini cuando el vapor alemán privado *Silbervogel* ancló en lugar protegido. Se dirigió a él en el primer lanchón. Cuando subió por la escalerilla, cinco pasajeros estaban esperando encontrarse con él en la cubierta de popa, el ingeniero y los mecánicos de los Talleres Meerbach, parte del equipo que el *Graf Otto von Meerbach* había enviado como su vanguardia.

El hombre a cargo se presentó como Gustav Kilmer. Era un tipo musculoso y de aspecto capaz, de cincuenta y tantos años, con una mandíbula fuerte y pelo gris acero rapado. Tenía las manos manchadas con grasa muy metida en la piel y sus uñas estaban rotas de tanto manejar herramientas pesadas. Invitó a León a que tomara un vaso de cerveza con él en el salón de pasajeros antes de desembarcar.

Cuando estaban sentados, con los vasos en las manos, Gustav repasó el inventario de la carga guardada en las bodegas del *Silbervogel*, que comprendía cincuenta y seis cajones inmensos que pesaban veintiocho toneladas en total. También había siete mil quinientos litros de combustible especial para los motores rotatorios del avión, en tambores de doscientos litros, y otra tonelada de aceite lubricante y grasa. Además, tres vehículos automotores de Meerbach estaban

atados con correas debajo de los protectores de lona verde impermeable, sobre la cubierta de popa. Gustav explicó que dos eran camiones de transporte pesados y el tercero era un automóvil de caza abierto que había sido diseñado conjuntamente por él mismo y por el *Graf Otto*, y construido en la fábrica de Wieskirche. Era el único de su tipo.

Les tomó tres días a los lanchones transportar esa enorme carga a tierra. Max Rosenthal y Hennie du Rand estaban esperando a la cabeza de un grupo de doscientos porteadores negros para pasar los tambores y los cajones desde las barcazas hasta los vagones de carga en el desvío del ferrocarril de Kilindini.

Cuando los tres vehículos automotores fueron bajados a tierra y quedaron a la vista después de que les quitaron las pesadas lonas impermeables, Gustav los examinó en busca de daños que podrían haber sufrido durante el viaje. León observaba cada movimiento con fascinación. Los camiones eran grandes y fuertes, mucho más avanzados que cualquier otra cosa que él hubiera visto alguna vez. Uno había sido equipado con un tanque de cuatro mil litros para el combustible de los vehículos terrestres y los aviones, y en un compartimiento separado, entre el tanque de combustible y el asiento del conductor, había una compacta sala de herramientas y taller a la vez. Gustav le aseguró que, desde ese taller, podía mantener en buen estado los tres vehículos y la aeronave en cualquier lugar del campo.

León estaba impresionado por todo esto, pero el vehículo abierto de caza fue lo que más lo asombró. Jamás había visto una máquina tan hermosa. Desde los asientos tapizados en cuero, el bar de bebidas empotrado y los soportes para armas, hasta el enorme motor de cien caballos de fuerza y seis cilindros bajo el capó largo y brillante, aquello era la sinfonía de un genio de la ingeniería.

Gustav ya había sido conquistado por el carisma juvenil de León y se sintió halagado por el interés que demostraba por sus creaciones, así como por sus desinteresados elogios. Invitó a León a viajar con él en la larga travesía tierra adentro hacia Nairobi.

Cuando por fin la carga principal fue subida a los vagones del ferrocarril, León le ordenó a Hennie y a Max que la acompañaran hasta Nairobi. Cuando el tren salió del apartadero y se dirigió echando humo hacia las colinas del litoral, Gustav y sus mecánicos se subieron a los tres vehículos de Meerbach y pusieron en marcha los motores. Con León en el asiento de pasajero del vehículo de caza, Gustav guió a los camiones hacia el camino. El viaje le pareció corto a León, quien disfrutó cada kilómetro con deleite. Iba sentado en el asiento de cuero, que era más cómodo que los sillones en la terraza del Muthaiga Country Club, y viajaba acunado por la exclusiva suspensión patentada por Meerbach. Miró el velocímetro con asombro cuando Gustav aceleró su espléndida máquina a casi ciento treinta kilómetros por hora en un trecho particularmente suave y recto del camino.

—Hasta no hace mucho tiempo, hubo un gran debate acerca de si el cuerpo humano podía sobrevivir o no a velocidades de esta magnitud —explicó Gustav con serenidad.

—Me quita el aliento —confesó León.

—¿Le gustaría conducir un rato? —preguntó Gustav con magnanimidad.

—Podría matar por menos que esa oportunidad —admitió León. Gustav rio jovialmente entre dientes y se detuvo a un costado del camino para entregarle el volante.

Llegaron a Nairobi casi cinco horas antes que el tren de carga y estaban ya en la plataforma para darle la bienvenida cuando entró con su traqueteo y su silbato de vapor chillando. El maquinista llevó a los vagones de carga a un desvío ferroviario para que fueran descargados a la mañana siguiente. León había contratado a una empresa de servicios que disponía de una poderosa máquina de tracción a vapor para arrastrar la carga a su destino final.

De acuerdo con una de las numerosas instrucciones que se habían cableografiado desde las oficinas centrales de Meerbach en Wieskirche, León ya había construido un hangar de lados abiertos con techo de lona impermeable para que sirviera de taller y área de almacenamiento. Lo había ubicado sobre un terreno libre que había heredado de Percy. Lindaba con el campo de polo, que pensaba usar como pista de aterrizaje para las aeronaves, que estaban todavía en cajones a la espera de ser armadas.

Aquéllos fueron días de gran actividad para León. Uno de los cables del *Graf Otto von Meerbach* daba instrucciones detalladas para que tuviera listas todas las comodidades necesarias para sí y su acompañante de sexo femenino. En cada sitio de caza, León debía preparar alojamientos contiguos para la pareja y se le habían suministrado detalladas especificaciones para estas amplias y lujosas suites. Los muebles para ellas venían en uno de los cajones e incluían camas, guardarropas y ropa de cama. También había recibido instrucciones respecto de cómo debían ser organizadas las comidas. El *Graf Otto* había enviado juegos completos de loza y platería, con un par de enormes candelabros de plata maciza —cada uno pesaba diez kilos—, que estaban cincelados con escenas de caza de ciervos y jabalíes. El bello servicio de mesa de porcelana blanca y las copas de cristal estaban adornados con el escudo de armas de Meerbach dorado a la hoja: un puño cerrado blandiendo una espada y el lema «*Durabo*» sobre un estandarte. «¡Sobreviviré!», tradujo León del latín. La mantelería de fino lino blanco estaba bordada con el mismo motivo.

Había doscientas veinte cajas de los mejores champañas, vinos y licores, y cincuenta cajas de madera de exquisiteces enlatas y embotelladas: salsas y condimentos, especias raras como azafrán, *foie gras* de Lyon, jamón de Westfalia, ostras ahumadas, arenques encurtidos de Dinamarca, sardinas portuguesas en aceite de oliva, vieiras en salmuera y caviar de beluga de Rusia.

Max Rosenthal quedó embelesado al posar por primera vez sus ojos sobre ese tesoro de sibiritas.

Aparte de todo esto, había seis grandes baúles de viaje con etiquetas que decían «*Fräulein* Eva von Wellberg. No abrir antes de la llegada del propietario». De todas maneras, uno de los más grandes se había abierto por accidente desparramando una colección de magnífica ropa femenina y calzado apropiado para toda ocasión imaginable. Cuando León fue llamado por Max para ocuparse de la catástrofe del equipaje roto, no pudo menos que mirar maravillado la exquisita ropa interior, cada artículo envuelto por separado en papel de seda, que atrajo especialmente su atención. Recogió una prenda de seda delicada como una pluma, y una fragancia encantadora y erótica salió de ella, envolviéndola. Imágenes lujuriosas se despertaron en su imaginación. Las reprimió severamente, y volvió a colocar la prenda en el montón mientras le daba órdenes a Max de poner todo de nuevo en el baúl para luego arreglar la tapa dañada y volverla a sellar.

A lo largo de las semanas que siguieron, León delegó la mayor parte de los pequeños detalles en Max y en Hennie, mientras él pasaba cada momento que podía permitirse en el hangar en el campo de polo, observando a Gustav y su equipo que armaban las dos aeronaves. Gustav trabajaba con precisión y minuciosidad. Cada uno de los cajones exhibía la lista de su contenido, de modo que fueron desarmados en la secuencia correcta. Lentamente, día tras día, el rompecabezas de las diversas partes del motor, los cables de aparejo y las barras de resistencia, el ala y el fuselaje empezaron a adquirir la forma identificable de las aeronaves. Cuando por fin Gustav terminó el armado, León quedó asombrado por su tamaño. Los fuselajes tenían dieciocho metros de largo y las alas medían unos prodigiosos treinta metros de punta a punta. La estructura estaba cubierta por una lona que había sido tratada con un derivado de celulosa para darle la fuerza y la tensión del acero. Los aviones estaban pintados con dibujos maravillosamente llamativos y coloridos. El primero era un deslumbrante tablero de ajedrez de cuadrados escarlata brillante y negro y el nombre pintado en la trompa era *Das Schmetterling*, «*Mariposa*». El segundo estaba decorado con franjas negras y doradas. El *Graf Otto* lo había bautizado «*Das Hummel*», «*Abejorro*».

Una vez que los cuerpos de las máquinas estuvieron armados, las aeronaves estaban listas para recibir sus motores. Había cuatro motores Meerbach giratorios de doscientos cincuenta caballos, siete cilindros y catorce válvulas para cada uno. Después de que Gustav los atornilló por turno a bancos de pruebas hechos con durmientes de ferrocarril de teca, los puso en marcha. Su rugido podía ser escuchado a kilómetros del Muthaiga Country Club, y pronto todo holgazán de Nairobi se había acercado para amontonarse alrededor del hangar, como moscas alrededor de un perro muerto. Entorpecían seriamente el trabajo y León hizo que

Hennie tendiera un cerco de alambre de púa alrededor de la propiedad para mantener a la asombrada multitud a la distancia.

Una vez que Gustav afinó los motores, manifestó que estaba listo para instalarlos en las alas de las dos aeronaves. Uno por uno fueron levantados por las poleas en grúas colocadas sobre las alas. Luego él y sus mecánicos los movieron hábilmente hasta dejarlos en posición y los fijaron a sus soportes, dos motores sobre cada ala.

Tres semanas después de comenzados los trabajos, el ensamble de las máquinas quedó terminado. Gustav le dijo a León:

—Ahora es necesario probarlos.

—¿Usted mismo será el piloto? —León tenía dificultad para contener su emoción, pero se sintió inmediatamente desilusionado cuando Gustav sacudió la cabeza con vehemencia.

—*Nein!* No estoy loco. Sólo el *Graf Otto* vuela en estos artilugios. —Vio la expresión de León y trató de consolarlo un poco—. Sólo voy a ubicarlos correctamente en tierra, pero usted vendrá conmigo.

Temprano a la mañana siguiente, León trepó la escalerilla para subir a la espaciosa cabina del piloto del *Mariposa*. Gustav, con una chaqueta larga de cuero negro y casco del mismo material y color, con un par de antiparras en la frente, lo siguió y se sentó en el asiento del piloto en la parte de atrás de la cabina. Primero le mostró a León cómo atarse con las correas. Desde allí León miró cada movimiento de Gustav mientras movía los timones de profundidad y los alerones con la palanca de mando, y luego hacía lo mismo con las barras del timón. Cuando estuvo satisfecho de que los controles estaban en orden, dio la señal a sus ayudantes en tierra y éstos empezaron la complicada rutina de arranque. Finalmente los cuatro motores estaban funcionando como correspondía y Gustav les hizo la señal de aprobación con los pulgares hacia arriba a sus ayudantes, que sacaron las cuñas que fijaban las ruedas.

Mientras Gustav movía los aceleradores de mano como si se tratara de los registros de un órgano de catedral, el *Mariposa* rodó majestuosamente fuera del hangar y hacia el brillante sol africano. Los varios cientos de espectadores que bordeaban el cerco de alambre de púa lanzaron una aclamación. Los hombres de Gustav corrían junto a los extremos de las alas para ayudar a dirigir la máquina mientras, saltando y bamboleándose, el *Mariposa* daba cuatro pesadas vueltas por el campo de polo.

Gustav vio el gran deseo de León y, una vez más, tuvo compasión de él.

—¡Venga, tome los controles! —gritó por encima del estrépito de los motores—. Veamos si usted puede llevarla.

Con alegría, León tomó su lugar en el sitio del piloto y Gustav asintió aprobatoriamente cuando León le tomaba la mano a la palanca de mandos y al timón, refinando rápidamente su toque en las palancas de los cuatro

aceleradores.

—*Ja*, mis motores pueden sentir que usted los respeta y los cuida. Aprenderá pronto a lograr lo mejor de ellos.

Finalmente regresaron al hangar, y cuando León bajó a tierra por la escalerilla, se puso en puntas de pie para estirar la mano y acariciar la nariz cuadrículada en escarlata y negro del *Mariposa*.

—Un día yo te voy a hacer volar, belleza —susurró a la altísima máquina—. ¡Que me condenen si no lo hago!

Detrás de él bajó Gustav, y León aprovechó la oportunidad para preguntarle acerca de algo que lo desconcertaba desde hacía un tiempo. Señaló la serie de ganchos y abrazaderas debajo de las alas a cada lado del fuselaje.

—¿Para qué es todo esto, Gustav?

—Para las bombas —respondió Gustav inocentemente.

León parpadeó, pero mantuvo su expresión de mera curiosidad.

—Por supuesto —dijo—. ¿Cuántas puede llevar?

—¡Muchas! —respondió Gustav orgullosamente—. Es una máquina muy fuerte. Permítame darle las cifras en medidas inglesas, que tal vez usted comprenda mejor. Puede levantar mil kilos de bombas, unas dos mil libras, más una tripulación de cinco personas y los tanques llenos de combustible. Puede volar a ciento setenta kilómetros por hora, unas ciento diez millas por hora, a una altitud de dos mil quinientos metros, unos nueve mil pies por una distancia de setecientos cincuenta kilómetros, unas quinientas millas, y después volver a su base.

—¡Es asombroso!

Gustav acarició el colorido fuselaje como un padre que acaricia a su primogénito.

—No hay ninguna otra máquina en el mundo que se le compare —se jactó.

Para el mediodía del día siguiente, Penrod Ballantyne había cableografiado las cifras exactas de ese rendimiento del Meerbach Mark III Experimental al Ministerio de Guerra en Londres.



La siguiente tarea de León fue seleccionar cuatro pistas de aterrizaje en territorio salvaje, una en cada parada del safari, bien separadas una de otra, donde pensaba llevar a cazar a su cliente. El *Graf Otto* le había cableografiado instrucciones detalladas, informándole las dimensiones requeridas y su orientación de acuerdo con los vientos predominantes. Una vez que encontró los lugares apropiados, León tiró los niveles con un teodolito y marcó con estacas las pistas de aterrizaje. Mientras tanto, Hennie du Rand reclutó a cientos de hombres de las aldeas circundantes y los puso a trabajar talando árboles y alisando la tierra. En algunos lugares tuvo que dinamitar enormes hormigueros de termitas; en otros, tuvo que rellenar numerosos agujeros de cerdos hormigueros y cursos de agua secos. Cuando cada pista quedó terminada, marcó la periferia de cada una con cal quemada para que fueran visibles desde el aire. Luego instaló a cierta altura una de las mangas de viento que Gustav le había dado. Se llenó con la brisa y voló orgullosamente al tope de su mástil de madera verde.

Mientras Hennie construía los campos de aviación, Max Rosenthal era responsable de la construcción de los elaborados campamentos que el *Graf Otto* había especificado. León tuvo que conducir con firmeza a ambos hombres a fin de tener todo listo para la inminente llegada de sus invitados. Al final tuvieron éxito, pero con sólo algunos días libres antes de la fecha en que el barco que traía al *Graf Otto* von Meerbach tenía previsto anclar en los muelles de Kilindini.



León logró subir a bordo de la lancha del práctico cuando éste zarpó y atravesó la boca de la laguna Kilindini para encontrarse con el vapor de pasajeros alemán *Admiral* de Bremerhaven, cuando comenzó a verse sobre el horizonte. El mar estaba en calma, de modo que fue fácil pasar de la lancha del práctico al buque. Al subir por la escalerilla fue detenido por el cuarto oficial de la nave. Pero cuando mencionó el nombre de su cliente, la actitud del hombre cambió rápidamente y condujo a León al puente.

Por la descripción de Kermit, León reconoció al *Graf Otto* von Meerbach a primera vista. Estaba de pie en el ala del puente fumando un cigarro Cohiba y

charlando con el capitán, cuya actitud hacia él era deferente. El *Graf Otto* era el único pasajero que había sido autorizado a permanecer en el puente durante la complicada maniobra de anclaje del enorme buque. León lo estudió durante varios minutos y luego fue hacia él para presentarse.

El *Graf Otto* vestía un elegante traje tropical color crema. Era tan grande y duro como un roble, tal como había dicho Kermit. Daba la impresión de ser todo músculos, pero se movía con el aplomo y la confianza dominante de un hombre de riqueza y poder ilimitados. No era apuesto en un sentido convencional; en cambio, sus facciones eran duras e intransigentes. Su boca era ancha, pero una blanca y apretada cicatriz, producto de batirse a duelo, corría de una comisura hasta justo debajo de la oreja derecha, de modo que parecía congelada en un torcido gesto despectivo. Sus ojos verde pálido tenían un destello alerta, inteligente. Llevaba un panamá blanco en la mano izquierda y en ese momento tenía la cabeza descubierta. Su cráneo estaba bien formado y bien proporcionado, y su pelo grueso, brillante y muy corto, era del color del jengibre.

« ¡Éste es un bastardo fuerte y temible! » León se formó una rápida opinión antes de acercarse a él.

—¿Tengo el honor de dirigirme al *Graf Otto* von Meerbach? —León hizo una ligera reverencia.

—*Jawohl*, así es. ¿Puedo preguntar quién es usted? —La voz del conde era estentórea, y su tono, dictatorial.

—Soy León Courtney, señor, su cazador. Bienvenido al África Oriental Británica.

El *Graf Otto* sonrió con cordialidad condescendiente y le dio la mano derecha. León vio que era fuerte y que el dorso estaba cubierto de pecas doradas y pelo color jengibre enlulado. Llevaba un anillo de oro con un enorme diamante blanco sobre su dedo mayor. León se preparó para el apretón de manos. Sabía que sería aplastante.

—Tenía muchas ganas de conocerlo, Courtney, desde que hablé tanto con el señor Kermit Roosevelt como con la princesa Isabella von und zu Hohenzollern. —León descubrió que podía igualar la fuerza de aquella enorme mano pecosa, pero necesitó toda la energía de que disponía—. Ambos tienen una gran opinión de usted. Espero que usted pueda mostrarme un poco de buen deporte, ¿no? —El *Graf Otto* hablaba un inglés excelente.

—Por supuesto, señor. Así lo espero. He obtenido permisos de caza a su nombre para toda una serie de especies. Pero usted debe informarme qué presa le interesa más. ¿Leones? ¿Elefantes?

Por fin, el *Graf Otto* le soltó la mano y la sangre volvió a circular de manera tan dolorosa que León requirió toda su voluntad para no masajearla. Percibió un



destello de respeto en los ojos verde pálido. Sabía que la mano del otro también estaba entumecida, aunque no dio la menor señal de que le dolía.

—Su alemán es bueno, aunque ya me lo habían dicho —respondió el *Graf Otto*, en la misma lengua—. Para responder a su pregunta, me interesa cazar ambas especies, pero especialmente leones. Mi padre era embajador en El Cairo en tiempos de la guerra de Kitchener con el Mahdi. Eso le dio la oportunidad de cazar en Abisinia y Sudán. Tengo muchas de sus pieles de león en mi pabellón de caza en la Selva Negra, pero ya están viejas y algunas han sido comidas por las polillas y los gusanos. Me dicen que los negros aquí cazan leones con lanza. ¿Es verdad?

—Lo es, señor. Entre los masai y los samburu es una prueba de valor y hombría para los jóvenes guerreros.

—Me gustaría presenciar esta manera de cazar.

—Organizaré las cosas para que así sea.

—Bueno, pero también deseo conseguir varios pares de grandes colmillos de elefante. Dígame, Courtney, en su opinión, ¿cuál es el animal salvaje más peligroso de África? ¿Es el león o el elefante?

—*Graf Otto*, los viejos conocedores de África dicen que el animal más peligroso es el que lo mata a uno.

—*Ja*, eso lo entiendo. Es una típica broma inglesa. —Se rio entre dientes—. ¿Pero qué dice usted, Courtney? ¿Cuál es?

León tuvo una vivida imagen del cuerno negro y curvado que salía del vientre de Percy Phillips y dejó de sonreír.

—El búfalo —respondió seriamente—. Un búfalo herido en un espeso refugio es el que se lleva mi voto.

—Veo por su expresión que usted está hablando desde el corazón. Ya no se trata de una broma inglesa, *nein*? —dijo el *Graf Otto*—. Entonces, cazaremos elefantes y leones, pero sobre todo cazaremos búfalos.

—Usted comprende, señor, que aunque haré todo lo posible para ayudarle a conseguir trofeos, se trata de bestias salvajes y mucho dependerá de la suerte.

—He sido un hombre con suerte —respondió el *Graf Otto*. Era una declaración de hechos, no un alarde.

—Eso es bastante obvio incluso hasta para la mente más simple, señor.

—Y es igualmente obvio que usted no tiene una mente simple, señor Courtney.

Como dos boxeadores de peso pesado al comenzar el primer round, se miraban uno al otro a los ojos mientras sonreían y hacían fintas, manteniendo la guardia alta mientras se tanteaban, haciendo rápidas evaluaciones y modificando ligeramente su postura para compensar cada matiz en la corriente cargada que fluía entre ellos.

Entonces, inesperadamente, León percibió un perfume sutil en el aire tibio y

tropical. Era ligero y fragante, el mismo perfume encantador que lo había cautivado ya una vez antes, cuando tuvo en sus manos la prenda de seda del baúl roto. Entonces, vio que los ojos del *Graf Otto* se movían rápidamente para mirar por sobre su hombro. León giró la cabeza para seguir su mirada.

Ella estaba ahí. Desde que había leído la carta de Kermit, había estado esperando este encuentro, pero todavía no estaba preparado para ese momento. Sintió un revoloteo en el pecho, como alas de un ave encerrada que trataba de escapar de la jaula de sus costillas. Su respiración se hizo más agitada.

Su belleza superaba la mezquina descripción de su amigo por cientos de veces. Kermit había sido preciso sólo en un detalle: sus ojos. Eran de un color azul intenso, un tono más oscuro que el violeta y más suave que el gris perla, inclinados hacia arriba en los bordes exteriores. Estaban bien separados y enmarcados por largas y densas pestañas que se entrelazaban cuando los cerraba. Su frente era ancha y profunda, y la línea de su mandíbula estaba finamente tallada. Sus labios eran carnosos y se separaban ligeramente cuando sonreía para mostrar un destello de dientes muy blancos y pequeños. Su pelo era brillante como el de una marta cebellina. Lo llevaba estirado hacia atrás dejando libre su rostro, por debajo del ala del sombrero pequeño y a la moda, inclinado en un ángulo desenfadado sobre un ojo. Algunos delicados mechones se habían escapado de las horquillas y se enrulaban sobre sus pequeñas orejas rosadas. Era alta. Le llegaba casi al hombro a León, pero él podría haber rodeado su cintura con las dos manos.

Las mangas cortas y abultadas de su chaqueta de terciopelo dejaban sus brazos desnudos por debajo de los codos. Tenían buenas formas y eran ligeramente musculosos: los miembros de una amazona. Sus manos estaban elegantemente formadas, sus dedos largos y finos, las uñas perladas; las manos de una artista. Por debajo de su falda larga, se veían las puntas afiladas de un par de botas de motar de cuero de víbora. Imaginó que los pies dentro de aquel cuero costoso debían de ser tan elegantes como las manos.

—Eva, te presento a *Herr Courtney*. Es el cazador que se ocupará de nosotros durante nuestra pequeña aventura africana. *Herr Courtney*, permítame presentarle a *Fräulein von Wellberg* —dijo Otto.

—Encantado, *Fräulein* —respondió León. Ella sonrió y le ofreció su mano derecha, con la palma hacia abajo. Cuando él la tomó, descubrió que era tibia y firme. Hizo una reverencia y la levantó hasta que los dedos estuvieron a un par de centímetros de sus labios, luego la soltó y dio un paso hacia atrás. Ella lo miró a los ojos sólo por un momento más. Al mirar en esas profundidades él vio que su mirada era enigmática y llena de insinuaciones en distintos niveles. Tuvo la sensación de mirar dentro de un lago cuyas secretas profundidades jamás podrían ser comprendidas del todo.

Cuando ella se volvió para hablar con el *Graf Otto*, él sintió una punzada de

una emoción que le era totalmente extraña, en nada parecida a lo que alguna vez había experimentado antes. Era una mezcla rara de júbilo y pesar, de logro y de entumecedora pérdida. En un instante parecía haber descubierto algo de valor infinito que, casi en el mismo momento, le había sido arrebatado. Cuando el *Graf Otto* puso una enorme mano pecosa en la cintura diminuta de Eva y la atrajo hacia él, y ella le sonrió a su cara, León lo odió con un amargo placer que sabía a pólvora quemada en la profundidad de su garganta.



El traslado a tierra fue realizado con rapidez pues el *Graf Otto* y su encantadora acompañante llevaban poco equipaje consigo, menos que una docena de grandes baúles de viaje más algunos contenedores con los rifles, escopetas y municiones del *Graf*. Todo lo demás había sido enviado en la primera carga a bordo del *Silbervogel*. Mientras este equipaje era rápidamente cargado en el enorme camión *Meerbach* que estaba junto a la playa listo para recibirlo, el *Graf Otto* saludó a sus empleados de *Wieskirche*, que habían formado fila para darle la bienvenida. Su actitud hacia ellos era la de un padre hacia sus hijos pequeños. Los saludó por su nombre y bromeó con cada uno haciendo pequeñas referencias personales. Se movían como inquietos cachorros, sonreían y farfullaban con satisfacción ante su condescendencia. León se dio cuenta de que lo veneraban como si fuera Dios.

Luego se volvió a León.

—Puede presentarme a sus ayudantes —le dijo, y León llamó a Hennie y Max para que se acercaran. El *Graf Otto* los trató de la misma manera sencilla y condescendiente, y León vio como casi de inmediato ellos sucumbían a su encanto. Sabía cómo tratar a los hombres, pero León advirtió que si alguien alguna vez lo enojaba o lo decepcionaba, se volvería contra quienquiera que fuera en forma vengativa y despiadada.

—*Sehr gut, meine Kinder*. Muy bien, niños. Ahora podemos ir a Nairobi — dijo el *Graf*. Con los mecánicos de *Meerbach*, Hennie, Max e Ishmael subieron a la parte trasera del camión; Gustav tomó el volante, y el inmenso vehículo bramó

por el camino que llevaba a Nairobi.

—Courtney, usted viajará conmigo en el vehículo de caza —le dijo el conde Otto a León—. *Fräulein* von Wellberg se sentará a mi lado y usted se sentará atrás para indicarme el camino y mostrarnos los puntos de interés.

Se ocupó de acomodarla a ella en el asiento de adelante, con una manta de mohair para cubrir su regazo, un par de antiparras para proteger sus ojos del viento, guantes de cabritilla para que el sol no tocara sus manos perfectas y un pañuelo de seda anudado por debajo de la bonita barbilla para evitar que su sombrero se volara. Finalmente, revisó los tres rifles en el soporte para las armas detrás de su asiento, luego se sentó detrás del volante, se ajustó las antiparras, arrancó el motor y partió a toda velocidad, siguiendo al camión. Conducía muy rápido, pero con habilidad y sin esfuerzo. Más de una vez León vio que Eva apretaba la manija de su lado hasta que los nudillos se le ponían blancos cuando él aceleraba en una curva cerrada, corregía una patinada alarmante cuando las ruedas tocaban una parte del camino con tierra suelta y polvorienta, o rebotaba al pasar por una serie de irregularidades del terreno, pero su expresión permanecía serena.

Una vez que el camino subió alejándose de la costa, entraron en territorio de caza y pronto estaban pasando a toda velocidad junto a manadas de gacelas y antílopes más grandes. Esto distraía a Eva; sobre todo, la rapidez con que aquellos animales se movían. Se reía y aplaudía encantada ante aquellas multitudes y sus graciosos gestos de alarma al paso del automóvil que rugía.

—¡Otto! —gritó—. ¿Qué son aquellos encantadores animalitos, esos que bailan y dan saltos de una manera tan simpática?

—Courtney, responda a la pregunta de *Fräulein* —gritó el *Graf* Otto, por encima del zumbido del viento.

—Ésas son gacelas de Thomson, *Fräulein*. Usted va a ver muchos miles más en los próximos días. Son la especie más común en este país. Esos saltos raros con las patas tiesas que usted ha visto se llaman *stotting* y son una alarma visual que advierte a toda otra gacela en las cercanías que hay amenaza de peligro.

—Detén el auto, por favor, Otto. Me gustaría hacer unos dibujos.

—Como tú quieras, mi preciosa. —Se encogió de hombros con indulgencia y se detuvo. Eva puso su cuaderno de dibujos en su regazo. Su carbonilla voló sobre la página y, con una discreta inclinación hacia adelante, León vio que la imagen perfecta de un animal saltando con las cuatro patas tiesas y el lomo arqueado aparecía en el papel como por arte de magia ante sus ojos. Eva von Wellberg era una artista talentosa. Recordó entonces el caballete, las cajas de pasteles y pinturas al aceite que habían sido enviados a bordo del *Silbervogel* antes de su llegada. No les había prestado mucha atención en el momento, pero ahora su importancia era clara.

A partir de ese momento, el viaje fue interrumpido en varias ocasiones a

pedido de Eva, que elegía los temas que deseaba dibujar: un águila en su nido en las ramas altas de una acacia, o un guepardo hembra que caminaba con sus largas patas por la sabana reseca por el sol con sus tres cachorros jóvenes siguiéndola en fila india. Aunque él la complacía, pronto resultó obvio que el *Graf Otto* empezaba a aburrirse de aquellos bosquejos y de las demoras. En la siguiente parada, él bajó y sacó un rifle del soporte para armas. Parado al lado del automóvil mató a cinco gacelas con esa misma cantidad de disparos mientras cruzaban el camino saltando delante del vehículo. Fue una increíble demostración de buena puntería. Aunque León despreciaba todo tipo de masacre gratuita, mantuvo un tono de voz correcto y preguntó:

—¿Qué desea hacer con los animales muertos, señor?

—Déjelos —dijo el *Graf Otto*, sin darle la menor importancia, mientras volvía a colocar el rifle en su lugar.

—¿No desea revisarlos, señor? Uno tiene un buen par de cuernos.

—*Nein*. Usted dice que habrá muchos más. Deje que alimenten a los buitres. Simplemente estaba verificando la mira de mi rifle. Sigamos.

León se dio cuenta de que la mejilla de Eva estaba pálida cuando se pusieron en marcha, y sus labios estaban fruncidos. Lo interpretó como una prueba de su desagrado, y su opinión acerca de ella mejoró.

La atención del *Graf Otto* estaba puesta en el camino adelante y Eva no había mirado a León directamente desde su primer encuentro en el puente de la nave. Tampoco le había hablado. Todas sus preguntas y comentarios le llegaban a través del *Graf Otto*. Esto le llamó la atención. Quizás era sumamente modesta por naturaleza, o no le gustaba hablar con otros hombres. Luego recordó que ella se había mostrado amistosa con Gustav y había charlado fácilmente con Max y con Hennie cuando fueron presentados en Kilindini. ¿Por qué se mostraba tan distante con él, tan alejada? Desde el asiento trasero podía estudiar con disimulo sus facciones. Una o dos veces Eva se movió inquieta en el asiento, o metió un mechón de pelo debajo del pañuelo con gesto cohibido, y la mejilla que él podía ver se ruborizó con delicadeza, como si estuviera totalmente consciente del interés de él.

Un poco después del mediodía, llegaron a otra curva en el camino polvoriento y encontraron a Gustav parado en el borde, esperándolos. Le hizo señas al auto para que se detuviera y, cuando frenó, fue al lado del conductor.

—Disculpe, señor, pero su almuerzo ha sido preparado, si usted desea compartirlo. —Señaló hacia donde el camión grande estaba estacionado en un bosquecillo de acacias de corteza amarilla a doscientos metros del camino.

—Bien. Estoy muerto de hambre —respondió el *Graf Otto*—. Sube al estribo, Gustav, y te llevamos. —Con Gustav agarrado a un lado del vehículo, continuaron saltando por el desparejo terreno hacia donde el camión estaba estacionado.

Ishmael había extendido un toldo para el sol entre cuatro árboles y a la

sombra de él había puesto una mesa de caballetes y sillas de campaña. La mesa estaba cubierta con un mantel de lino blanco como la nieve, cubiertos de plata y vajilla de porcelana. A medida que salían entumecidos del automóvil y estiraban las piernas, Ishmael, con su fez rojo y su largo *kanza* blanco, se acercó a cada uno por turno con una palangana de agua tibia, un jabón perfumado con lavanda y una toalla de mano limpia en el brazo.

Una vez que se lavaron, Max los condujo a la mesa. Allí encontraron fuentes de jamón trinchado y queso, y también canastas de pan negro, mantequeras y una enorme fuente de plata llena de caviar de beluga ruso. Sacó el corcho de la primera de la fila de botellas de vino que esperaban formadas sobre la mesa auxiliar y sirvió el Gewürztraminer amarillo seco en copas de pie alto.

Eva comió con delicadeza. Bebió algunos sorbos de vino y se sirvió una sola galleta con una cucharada de caviar, pero el *Graf Otto* comió con apetito voraz. Cuando la comida terminó, ya había acabado con dos botellas de Gewürztraminer él solo y había casi vaciado la fuente de caviar, así como las de jamón y queso. No dio muestras de ningún efecto negativo del vino cuando volvió a ocupar el asiento del conductor para dirigirse a Nairobi, pero su velocidad aumentó considerablemente, su risa era irrefrenable y su sentido del humor, menos decoroso.

Cuando llegaron a un grupo de mujeres que caminaba en fila india en el borde del camino llevando grandes haces de paja cortada para los techos en equilibrio sobre sus cabezas, el *Graf Otto* disminuyó la velocidad a paso de hombre para observar abiertamente los pechos descubiertos de las muchachas. Luego, cuando volvió a acelerar, puso una mano sobre el regazo de Eva de una manera posesiva y familiar. Ella le agarró la muñeca y volvió a poner la mano de él sobre el volante.

—El camino es peligroso, Otto —comentó en tono sereno, y León hirvió de indignación ante la humillación que él le había infligido con toda tranquilidad. Quería intervenir para protegerla de alguna manera, pero intuía que, después de beber, el *Graf Otto* debía de ser imprevisible y peligroso. Para proteger a Eva, se contuvo.

Pero luego su enojo se volvió hacia ella. ¿Por qué permitía que la convirtiera en objeto de semejante comportamiento? No era una puta. Entonces, conmocionado, se dio cuenta de que eso era precisamente lo que era. Era una cortesana de clase alta. Era el juguete del *Graf Otto*, y había puesto su cuerpo a disposición de él a cambio de algunos ornamentos baratos, baratijas y, muy probablemente, las ganancias de una ramera. Trató de despreciarla. Quería odiarla, pero otra idea lo asustó, como el golpe de un puño entre los ojos. Si ella era una prostituta, entonces, él también lo era. Pensó en la princesa, y en los otros a los que se había vendido a sí mismo y sus servicios.

« Todos tenemos que sobrevivir lo mejor que podemos —pensó, tratando de

justificarse a sí mismo y a ella—. Si Eva es una prostituta, entonces, todos somos prostitutas». Pero él sabía que nada de esto era relevante. Era demasiado tarde para odiarla o despreciarla, porque ya se había enamorado perdidamente de ella.



Llegaron al campamento Tandala cuando el sol se estaba poniendo, y el *Graf Otto* desapareció con Eva en los lujosos alojamientos que estaban listos para recibirlos. Ishmael y tres miembros de su personal de cocina les llevaron la cena a su comedor privado. La pareja no volvió a reaparecer hasta después del desayuno a la mañana siguiente.

—*Guén Tag*, Courtney. Asegúrese de que estas cartas sean despachadas de inmediato. —El conde Otto le entregó un manojo de sobres sellados con obleas de cera roja y con las águilas de dos cabezas del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán en Berlín. Estaban dirigidos al gobernador de la colonia, y a todas las otras personas importantes en Nairobi, incluyendo a lord Delamere y el oficial que comandaba el ejército de Su Majestad Británica en África Oriental Británica, general de brigada Penrod Ballantyne—. Son mis cartas de presentación del gobierno *Kaiserliche* —explicó— y deben ser entregadas hoy, sin falta, *ja*?

—Por supuesto, señor. Veré que esto sea hecho de inmediato. —León hizo llamar a Max Rosenthal y, en presencia del *Graf Otto*, le encargó que repartiera las cartas—. Toma uno de los autos, Max. No vuelvas hasta que cada una haya sido entregada en mano.

Mientras Max se alejaba, Eva salió de sus aposentos privados para reunirse con ellos. Estaba vestida con ropa de montar y se la veía fresca y descansada, con el pelo brillante a la luz del sol y la piel reluciente con la dulce sangre joven debajo de ella.

El *Graf Otto* la observó con aprobación y luego se volvió a León.

—Y ahora, Courtney, iremos al campo de aviación. Volaré en mis máquinas. —Durante la noche el vehículo de caza había sido lavado y lustrado. Subieron los tres y atravesaron el pueblo hacia el campo de polo.

Cuando llegaron, Gustav ya tenía al *Mariposa* y al *Abejorro* colocados al borde del campo. El *Graf Otto* caminó alrededor de cada aeronave, inspeccionándolas cuidadosamente, mientras conversaba en tono serio con Gustav. Por fin satisfecho, subió a las alas para verificar la tensión de los cables del aparejo y las riestras. Abrió las cubiertas de los motores y revisó los conductos de combustible y los cables de los aceleradores. Desenroscó las tapas de los tanques de combustible y usó una varilla para controlar los niveles.

Era ya media mañana cuando expresó su total satisfacción con las dos aeronaves; luego se dirigió a una de las escalerillas y subió a la cabina del *Abejorro*. Abrochó la correa de su casco de vuelo por debajo de la barbilla y le hizo una seña a Gustav para que se acercara. Ambos farfullaron algunas palabras mientras Otto señalaba el punto de caza. Luego Gustav puso en marcha los motores. Una vez que se calentaron y estuvieron funcionando correctamente, *Graf Otto* lo hizo rodar hacia el final más alejado del campo de polo e hizo girar la inmensa máquina hasta que su trompa quedó de punta hacia la brisa.

El ruido de los motores había atraído a toda la población de Nairobi y, otra vez, estaban alrededor del campo con ansiedad y expectativa. Los cuatro motores estallaron en un ahogado rugido felino y el *Abejorro* empezó a moverse de regreso hacia donde Eva y León estaban parados delante del hangar. León estaba unos pasos detrás de ella, en la posición de un asistente más que de un par. Rápidamente el *Abejorro* adquirió velocidad. Levantó la rueda de cola del suelo, y León contuvo la respiración cuando vio que el enorme tren de aterrizaje rebotaba ligeramente sobre la tierra para luego escapar de la gravedad y alzarse por el aire. A sólo seis metros de altura, la máquina bramó por sobre sus cabezas. La multitud se agachó instintivamente... todos, excepto Eva.

Cuando León se enderezó, vio que ella lo había estado mirando disimuladamente. Una sonrisa apenas burlona le hizo levantar la comisura de la boca.

—¡Santo cielo! —se burló de él ligeramente—. ¿Éste es el cazador intrépido y el asesino valeroso que mata animales salvajes?

Era la segunda vez, desde que se conocían, que ella lo miraba de frente a la cara, y la primera que se dirigía a él directamente. Le sorprendió la manera en que su comportamiento cambiaba cuando el conde no estaba presente.

—*Fräulein*, espero que ésta sea la única vez que defraude sus expectativas. —Hizo una ligera reverencia.

Ella se volvió, poniendo fin deliberadamente al breve contacto, y se protegió los ojos del sol para observar al *Abejorro* que daba la vuelta al campo. Fue un leve rechazo, pero León saboreó el recuerdo de su sonrisa, sin importar que hubiera sido de burla y no de amistad. Siguió la mirada de ella y vio que el *Abejorro* ya estaba descendiendo hacia el campo para aterrizar.



El *Graf Otto* aterrizó e hizo rodar al avión sobre el suelo de regreso al hangar. Apagó los motores y bajó. La multitud que observaba lo aclamó desenfrenadamente y él les agradeció con un movimiento de su mano enguantada. Gustav se precipitó a encontrarse con él y los dos hombres caminaron hacia el *Mariposa* absortos en una conversación. El *Graf Otto* lo dejó al pie de la escalerilla, subió a la cabina y puso en marcha los motores. Hizo rodar la aeronave hasta el extremo del campo del polo, dio la vuelta y volvió ruidosamente hacia ellos. Otra vez León se maravilló del milagro de volar cuando el *Mariposa* dejó el suelo y pasó bajo sobre su cabeza. Esta vez se mantuvo erguido, inmóvil, y cuando miró a Eva, ella lo estaba mirando otra vez. Inclínó su cabeza y sus ojos color violeta dejaron ver un brillo pícaro y divertido. Su voz fue ahogada por el griterío de los espectadores, pero pudo leer sus labios cuando formaban una sola palabra: « ¡Bravo! ». La burla estaba ablandada por otra leve sonrisa secreta. Luego se volvió para observar la aeronave que daba vueltas alrededor del campo dos veces antes de ponerse a favor del viento para el aterrizaje. Aterrizó y rodó hasta donde ellos estaban, delante del hangar.

León esperaba que el piloto detuviera los motores y bajara, pero en lugar de ello se inclinó a un lado de la cabina y escudriñó las caras de la multitud allá abajo. Cuando la vio a Eva, le hizo señas para que se acercara. Ella se movió rápidamente para hacer lo que él le decía; Gustav y dos de sus hombres iban corriendo delante de ella con la escalerilla para subir al avión. A medio camino del *Mariposa*, el viento de las hélices la atrapó e hizo que sus faldas se apretaran alrededor de sus piernas. El sombrero de ala ancha voló de su cabeza, y el largo pelo oscuro bailó alrededor de su cara. Se rio y continuó corriendo. Su sombrero voló hacia donde estaba León y lo atrapó cuando pasó rodando junto a él.

Eva llegó a la parte inferior de la escalerilla y subió los peldaños con facilidad. Era evidente que lo había hecho muchas veces antes. León la vio desaparecer por sobre el borde de la cabina. Luego la cabeza con casco del *Graf Otto* se volvió hacia él y le hizo señas. Tomado de sorpresa, León se tocó el pecho en un ademán interrogativo. « ¿Quién? ¿Yo? » El piloto asintió con la cabeza enfáticamente e hizo señas de nuevo, esta vez de manera más imperiosa.

León atravesó la corriente de viento de las hélices; el corazón le latía con fuerza por la emoción y trepó por la escalerilla. Cuando entró a la cabina de piloto le entregó el sombrero a Eva. Ésta apenas giró la cabeza hacia él al tomarlo. Los intercambios juguetones de hacía algunos minutos podrían muy bien no haber existido. De algún sitio ella había sacado un casco de cuero para volar, que ajustó debajo de la barbilla. Luego se cubrió los ojos con los cristales ahumados de las antiparras.

—¡Suban la escalerilla! —gritó el piloto, y reforzó la orden mediante una señal con la mano. León se inclinó sobre el costado, la levantó y la enganchó en las abrazaderas que la sostenían sobre el fuselaje.

—Bien. ¡Siéntese aquí! —El *Graf* Otto le indicó el asiento al lado de él. León se sentó y abrochó la correa de seguridad por sobre su regazo. El conde ahuecó sus manos en forma de trompeta y le gritó en la oreja—: Usted será mi copiloto, *ja*? Guíeme.

—¿Adonde vamos?—respondió León a gritos.

—Al más cercano de sus campamentos de caza.

—Eso es a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia —protestó León.

—Un corto viaje. *Ja*! Allí iremos. —Aceleró y rodó otra vez hacia el lado más alejado del campo, se detuvo para verificar los instrumentos en el tablero de mandos y, luego, lentamente, empujó las cuatro palancas de los aceleradores hacia adelante al máximo. El estruendo de los motores Meerbach era ensordecedor. El *Mariposa* comenzó a moverse, dando saltos con cada irregularidad del terreno; sus alas temblaban y vibraban a medida que adquiría velocidad rápidamente.

León se agarró al borde de la cabina, mirando con atención hacia adelante. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas cuando el viento lo golpeó, pero su corazón estaba cantando casi tan fuerte como los motores. Luego, repentinamente, todos los balanceos y saltos terminaron con una teatral brusquedad. León miró a un lado y vio que la tierra caía alejándose de él.

—¡Estamos volando! —gritó en el viento—. ¡Estamos volando realmente!

Vio la ciudad debajo de él pero tardó unos momentos en reconocerla. Todo parecía tan diferente desde ese ángulo. Tuvo que orientarse por el serpenteo de la línea del ferrocarril antes de poder precisar otras marcas en el terreno: las paredes rosadas del Muthaiga Country Club; el techo de brillante chapa ondulada del nuevo hotel de Delamere; el volumen blanqueado de la Casa de Gobierno y la residencia del gobernador.

—¿Hacia dónde? —El *Graf* Otto tuvo que sacudirle el brazo para que le prestara atención.

—Siga la línea del ferrocarril. —León señaló hacia el Oeste. Con ambas manos, estaba tratando de proteger sus ojos del viento de ciento cincuenta kilómetros por hora que le golpeaba la cara. El conde Otto le tocó las costillas con un huesudo dedo y señaló una guantera en el costado de la cabina. León la abrió y encontró otro casco de cuero para volar en el fondo. Se lo puso, abrochó la correa debajo de la barbilla y ajustó las antiparras sobre sus ojos. Ahora podía ver y las orejeras del casco le protegían los tímpanos del rugido del viento que pasaba a toda velocidad.

Mientras había estado concentrado en ponerse bien el casco, Eva se había levantado de su asiento para ir a la parte delantera de la cabina, donde estaba parada, sosteniéndose en el pasamano sobre del borde. Parecía el mascarón de proa de una nave de guerra mientras se balanceaba con elegancia contra los movimientos del *Mariposa*.

En ese momento, el avión cayó a plomo de manera desagradable e inesperada. León se agarró de la manija más cercana, en estado de pánico. Supo, sin la menor sombra de duda, que estaban a punto de caer del cielo para tener una muerte rápida pero violenta en medio de una pila de restos allá abajo en la tierra. Pero el *Mariposa* permaneció imperturbable. Movi6 las alas en un gesto de desprecio por la fuerza de gravedad y vol6 serenamente hacia el Oeste.

Eva todavía seguía parada y sólo entonces León vio el cintur6n de seguridad abrochado a su cintura y el mosquet6n en el otro extremo del cord6n enganchado en un pasador de acero, atornillado al suelo entre sus pies. Eso había impedido que fuera arrojada por el costado cuando el *Mariposa* había bajado bruscamente.

El *Graf Otto* todavía seguía manejando los controles con delicados movimientos de sus manos grandes y pecosas. Le sonri6 a León, con el cigarro Cohiba sin encender en un costado de la boca.

—¡Una corriente térmica! —gritó por encima del viento—. No es nada.

León se sintió avergonzado por su despliegue de pánico. Había leído lo suficiente acerca de la teorí a del vuelo para saber que el aire actuaba del mismo modo que el agua, con todas sus corrientes y remolinos imprevisibles.

—Vaya adelante. —El *Graf Otto* le hizo un gesto—. Vaya adelante desde donde pueda ver bien para guiarme.

León se movió con precaución hacia la parte delantera de la cabina. Sin una sola mirada en direcció n a él, Eva se movió para hacerle sitio y él se ubicó al lado de ella. Se sujetaban con ambas manos de la baranda del borde. Estaban tan cerca el uno del otro que él imaginó, a pesar del viento, que podía percibir un vestigio de su perfume tan especial. Mientras miraba hacia adelante, la observaba por el rabillo del ojo. La corriente de aire le ajustaba la blusa y la falda larga contra su cuerpo y sus miembros, de modo que cada curva y contorno quedaban acentuados. Por primera vez pudo darse cuenta de la forma de sus piernas, largas y esbeltas, y luego miró los montes gemelos de sus pechos bajo la chaqueta de pana. De inmediato, se dio cuenta de que eran más grandes de lo que le habían parecido, más redondos y más llenos que los de Verity O’Hearne. Se forzó a apartar los ojos y mirar hacia adelante.

Se estaban acercando ya al borde del gran valle del Rift. Pudo ver el brillo de las vías de acero donde el ferrocarril comenzaba su descenso por la pendiente hacia la estepa volcánica del fondo del valle. Se dio vuelta para mirar al *Graf Otto* y le hizo una seña l con la mano para que girara noventa grados hacia el Sur. El alemán asintió con la cabeza y el *Mariposa* bajó un ala y entró en una tranquila maniobra hacia la izquierda. La fuerza centrífuga empujó a Eva ligeramente contra él, y por un largo y exquisito momento, León sintió la parte exterior del tibio muslo de ella apretado contra el suyo. Ella pareció no darse cuenta, ya que no hizo ningún movimiento para apartarse. Luego el *Graf Otto*

levantó el ala de babor y el *Mariposa* volvió a ponerse horizontal. El contacto se rompió.

El gran valle del Rift se abría ante ellos. Desde esa altura era una visión que no pertenecía a la insignificante humanidad, sino a Dios y a sus ángeles. En ese momento León pudo apreciar realmente la inmensidad de la región. Las colinas abrasadas y rocosas, las llanuras color de león, manchadas con oscuras zonas de bosque, y los acantilados azules de colinas y montañas que se extendían hasta distancias infinitas.

De pronto, el piso se inclinó bajo sus pies cuando el *Graf Otto* bajó la trompa del *Mariposa* y cayó en el vacío aéreo. Los despeñaderos de la pendiente pasaban veloces debajo de ellos, tan cerca que parecía que sus ruedas iban a rebotar en las rocas. El fondo del valle ascendía para encontrarse con ellos. León vio que los puños de Eva se apretaban con fuerza en el pasamano. Podía ver que la tensión en su cuerpo hacía que se arqueara hacia atrás. Para devolverle sus ironías anteriores, él se soltó de la barandilla y puso las manos sobre las caderas, apoyándose fácilmente en la caída mientras el avión descendía. Esta vez ella no pudo ignorarlo y le lanzó una rápida mirada mientras él mantenía el equilibrio contra las diferentes fuerzas que arrastraban su cuerpo. Luego miró hacia adelante, pero soltó una mano y la giró con la palma hacia arriba en un gesto de resignación.

El *Graf Otto* enderezó la trompa del *Mariposa* para sacarlo de la picada por la pared del valle. Las rodillas de León se doblaron bajo la fuerza de gravedad y Eva fue empujada otra vez contra él. Se apartó de León tambaleándose cuando el *Mariposa* volvió a ponerse horizontal. Se movían rápidamente junto a la pendiente, con la pared pasando por babor tan cerca que parecía que el extremo del ala podría tocarla en cualquier momento.

De pronto León vio, a una distancia de más o menos un kilómetro y medio, lo que parecía ser un enjambre de grandes escarabajos negros en movimiento. Fue sólo cuando el *Mariposa* se lanzó sobre ellos que vio que se trataba de una gran manada de búfalos que escapaban aterrorizados por el avión que se acercaba. Le hizo otra señal con la mano al *Graf Otto* y el *Mariposa* se inclinó abruptamente hacia la manada que huía. Otra vez Eva fue empujada contra él, pero esta vez ella le dio un golpe deliberado con su cadera. Con una oleada como de electricidad en la ingle, se dio cuenta de que le hacía saber que era tan consciente de esos contactos físicos como él.

Pasaron veloces sobre los lomos amontonados de los búfalos, tan cerca que León podía ver cada resto de barro seco adherido a su pelo y, con la misma claridad, darse cuenta del dibujo de cicatrices paralelas sobre los hombros del macho líder, dejadas por las garras filosas de algún león merodeador.

Siguieron volando hasta que Eva movió la mano nerviosamente y señaló

hacia su lado del fuselaje. El *Graf Otto* se inclinó hacia donde ella indicaba. El *Mariposa* se enderezó y se alineó con cinco inmensos elefantes machos que atravesaban el denso sotobosque espinoso no muy lejos más adelante. Aunque ya no tenía más la excusa de la gravedad, Eva le dio otro golpecito pícaro con la cadera. Era un excitante aunque peligroso jueguito el que estaban jugando, justo debajo de las narices del *Graf Otto* von Meerbach. León se rio en el viento y, sin mover la cabeza, Eva lo miró a través de sus pestañas bajas y le sonrió en secreto.

Bajaron sobre los elefantes que corrían. León vio que todos eran machos viejos y por lo menos dos tenían colmillos de más de cincuenta kilos en cada lado. Un tercero tenía sólo uno y el otro estaba quebrado a la altura del labio, pero el que le quedaba era colosal y hacía parecer pequeños los de sus compañeros. Otto bajó más y luego, más bajo todavía, hasta que pareció que quería lanzarse directamente sobre la manada. Los elefantes parecieron darse cuenta de que no podían correr más rápido que el *Mariposa* y giraron para agruparse, hombro con hombro, formando una falange sólida para enfrentar esta amenaza que venía del cielo. Barritaban tan fuerte que León podía escucharlos por encima de los motores y avanzaron precipitadamente hacia la aeronave. Cuando ésta pasó casi rozándolos, se enfurecieron, abrieron las orejas y estiraron sus trompas sinuosas como si quisieran atraparla en el aire.

El *Graf Otto* trepó a varias decenas de metros sobre la tierra y voló hacia el Sur. Nuevos e inesperados panoramas se abrieron ante ellos. Volaron sobre valles escondidos, en secretas entradas y salidas en las paredes de la escarpadura, algunas de las cuales no aparecían en ningún mapa del terreno que León había estudiado alguna vez. Dos o tres valles estaban alimentados por corrientes de agua junto a las que crecía la hierba verde en la que manadas de grandes mamíferos, desde jirafas hasta rinocerontes, se habían congregado. León trató de memorizar la ubicación exacta de cada uno con el propósito de regresar para explorarlos, pero volaban tan rápido que le resultaba difícil seguir los detalles de la ruta.

Subieron todavía más hasta que pudieron ver el enorme macizo del Kilimanjaro, que se alzaba sobre el horizonte sur, a unos ciento cincuenta kilómetros o más hacia adelante. La montaña se veía azul a la distancia, con la cima envuelta en una nube plateada a través de la que el sol lanzaba rayos dorados de luz. Luego el *Graf Otto* meneó las alas para que León se volviera hacia él y señaló una montaña más cerca, a sólo unos treinta o cuarenta kilómetros de distancia. La cima plana era inconfundible, y era quizá lo que le había llamado la atención.

—¡Monte Lonsonyo! —gritó León, pero su voz se perdió entre el rugido del viento y el de los motores—. ¡Vamos allí! —Hizo insistentes señales con la mano

y el *Graf Otto* aceleró al máximo. El *Mariposa* subió todavía más, pero la mesa del Lonsonyo estaba casi a tres mil metros sobre el nivel del mar, cerca del techo de la aeronave. Al principio trepó con rapidez, pero a medida que la altitud aumentaba, su velocidad bajaba. El avión se puso tan lento que pasaron por sobre los despeñaderos apenas a quince metros.

Ante ellos se veía el ganado de Lusima desparramado, pastando sobre la hierba fresca de la alta planicie. Más allá, León vio el dibujo de las cabañas y los corrales que constituían la *manyatta*, e hizo señas a Otto para que girara hacia el pueblo. Cabras, pollos y niños pastores desnudos se dispersaron al verlos. Era fácil individualizar la choza de Lusima entre las demás, pues era la más grande y más imponente, la que estaba más cerca de las ramas extendidas del árbol del consejo. No hubo señales de Lusima hasta que estuvieron casi directamente sobre ella. Entonces, de repente, apareció, agachándose para salir por la puerta baja de su cabaña y mirándolo a él. Estaba desnuda, salvo por su diminuto taparrabo rojo, con los coloridos brazaletes y collares alrededor de sus tobillos, muñecas y cuello. Miró al *Mariposa* con una expresión de cómica perplejidad.

—¡Lusima! —gritó León, y se quitó el casco y las antiparras—. ¡Lusima Mama! ¡Soy yo! ¡*M'bogo*, tu hijo! —Saludó con la mano desesperadamente hasta que ella lo reconoció. Estaban tan cerca que vio cómo su rostro se iluminaba y le respondía saludando con ambas manos, pero rápidamente estuvieron lejos y bajando por el otro lado del monte.

Otra vez, *Graf Otto* meneó las alas y le hizo gestos con las manos a León pidiéndole que señalara el curso que debía seguir para llegar al campamento de caza. Lo habían dejado en el otro lado del monte Lonsonyo, de modo que León lo condujo en un circuito a la derecha de los despeñaderos escarpados más abajo de la mesa. Nunca había visto este lado de la montaña antes. Hasta ese momento, siempre se había acercado y subido por el lado sur.

La roca era tan vertical e impenetrable como la pared exterior de alguna gigantesca fortaleza medieval y los líquenes habían pintado un mosaico de muchos colores sobre ella. Entonces, inesperadamente, el *Mariposa* estuvo ante una fractura en la pared, una chimenea vertical de roca, que dividía el despeñadero desde la cumbre hasta la pendiente de pedregullo al pie de la montaña. Desde el borde del acantilado en la cima de la chimenea se derramaba una brillante cascada de agua, una corriente que drenaba las aguas de lluvia de la húmeda mesa más arriba y caía en ondulantes cortinas de encaje sobre las piedras ennegrecidas por el musgo. Cuando pasaron junto a ella, el viento sopló remolinos de finas gotitas sobre sus caras, que les salpicaron las antiparras. Las sintieron frías como copos de nieve sobre sus mejillas.

La cascada caía varios cientos de metros en la cuenca que estaba en la base del despeñadero. Los rayos del sol no llegaban hasta ese desfiladero oscuro y misterioso, tan sombrío que hacía que el agua en la cuenca se viera negra como

en un tintero. Era tan perfectamente circular que podría haber sido construido por antiguos arquitectos egipcios o romanos. Sólo pudieron ver esta imagen imponente por unos breves segundos antes de que el *Mariposa* pasara por allí a toda velocidad; la chimenea de roca pareció cerrarse detrás de ellos con la determinación de una inmensa puerta de catedral, ocultando a la cascada de toda posibilidad de ser vista.

Cuando salieron de la sombra de la montaña, el sol ya estaba poniéndose rojo al atravesar la neblina de polvo y humo suspendidos muy bajo sobre el horizonte. León miró afuera, hacia la llanura color púrpura, tratando de descubrir el campamento de caza. Finalmente, más adelante, pudo ver la salchicha plateada de la manga que indicaba el lugar de la pista de aterrizaje, planeando en la punta de su mástil. Le hizo señas al *Graf Otto* para que se dirigiera hacia ella, y pronto pudieron divisar el grupo de lonas y techos de paja recién hechos de lo que León había bautizado como Campamento Percy. Justo detrás se levantaba una pequeña colina de apenas un par de cientos de metros de altura, pero visible desde varios kilómetros a la distancia.

El *Graf Otto* dio la vuelta al campamento para verificar la dirección del viento y la orientación de la pista de aterrizaje. Mientras se inclinaban por el lado más alejado de su campamento, León miró por sobre el ala hacia un terreno virgen, denso y aparentemente impenetrable de arbustos de acacias espinosas. Se extendía muchos kilómetros, y en el medio descubrió otro grupo de esas formas oscuras. Por su tamaño, supo de inmediato que eran búfalos machos, tres viejos solteros. Algo era seguro: esos viejos solitarios eran ariscos y muy peligrosos. Cuando levantaron sus cabezas y miraron torvamente a la aeronave, León hizo una rápida evaluación y luego farfulló:

—Ni una cabeza decente entre ellos. Todos usan *yarmulkas*. —Era una referencia irreverente al tocado judío de oración, hecha por los viejos cazadores para describir un par de cuernos de búfalo tan viejos y gastados que las puntas había desaparecido, dejando sólo un córneo solideo.

Cuando el *Graf Otto* aterrizó y dejó que el *Mariposa* siguiera rodando hasta el extremo más lejano de la pista, vieron una nube de polvo que se acercaba por la ruta llena de baches que venía del campamento. Un automóvil apareció ruidosamente con Hennie du Rand al volante y Manyoro y Loikot en la parte de atrás.

—¡Disculpe, jefe! —saludó Hennie a León cuando éste bajó por la escalerilla de la cabina—. No esperábamos que llegara antes de unas cuantas semanas. Nos toma de sorpresa. —Estaba visiblemente nervioso.

—Yo estoy tan sorprendido de estar aquí como ustedes de verme. El *Graf* trabaja con sus propios planes. ¿Hay comida y licor en el campamento?

—*¡Ja!* —asintió Hennie—. Max trajo mucho de Tandala.

—¿Hay agua caliente en la ducha? ¿Las camas están hechas y hay papel higiénico en el baño?

—Habrá antes de que vuelva a preguntar —prometió Hennie.

—Entonces, estaremos bien. El lema de la familia del conde es *Durabo*, «sobrevivir ». Lo pondremos a prueba esta noche —dijo León, y se volvió hacia el *Graf* Otto mientras bajaba por la escalerilla.

—Me complace poder decirle que todo est  listo para usted, señor —mintió ligeramente, y condujo a la pareja a su alojamiento.





De alguna manera, Hennie y su chef habían realizado un milagro de improvisación. Habían preparado una comida pasable usando el contenido de los cajones de provisiones que Max había traído de Tandala, y León esperaba a sus huéspedes en la carpa-comedor. Cuando Eva entró, él se quedó sin aliento ante la imagen que ofrecía. Era la primera vez que veía a una mujer hermosa con falda-pantalón, una moda muy audaz y de vanguardia que no había llegado todavía a las colonias. Cortada como estaba en las piernas y el trasero, él pudo imaginar lo que debía de haber debajo de la fina tela. Apartó sus ojos de Eva justo antes de que el *Graf* Otto entrara detrás de ella.

Hennie había enfriado algunas cajas de cerveza rubia Meerbach Eisbock en las bolsas de lona para el agua. Se trataba de una cerveza que había ganado innumerables medallas de oro en las *Oktober Bierfests* anuales de Múnich. Se producía en una gran cervecería bávara que constituía una pequeña parte del imperio industrial de Meerbach. Como era su mejor cliente, el *Graf* bebió poco más de dos litros de cerveza para abrir su apetito antes de que sirvieran la cena.

Cuando ocupó su lugar en la cabecera de la mesa, pasó de la cerveza al borgoña, un notable Romanee Conti 1896, que él personalmente había seleccionado de sus sótanos en Wieskirche. Iba a la perfección con el entremés de paté de hígado de gacela jirafa y la entrada de pechugas de pato silvestre sobre rebanadas de *foie gras* frito. El *Graf* Otto completó la comida con algunas copas de un vino de Oporto de cincuenta años y un cigarro Montecristo de La Habana.

Dio una pitada al cigarro y suspiró con placer cuando se reclinó en la silla y se aflojó el cinturón algunos agujeros.

—Courtney, usted vio a esos búfalos sobre los que volamos cuando nos acercábamos para aterrizar, *ja*?

—Así es, señor.

—Estaban en un espeso refugio, *nein*?

—Efectivamente, muy espeso. Pero ninguno vale la pena de gastar un

cartucho.

—¿Ah, sí...? No serán peligrosos, entonces.

—Son muy peligrosos. Y mucho más si están heridos —concedió León—, pero...

El *Graf Otto* lo interrumpió.

—«Pero» es una palabra que no me gusta mucho, Courtney. —Su humor había cambiado en un instante y de manera dramática—. Por lo general, es una señal de que alguien está a punto de presentar una excusa para desobedecerme. —Frunció el entrecejo y la cicatriz que le cruzaba la mejilla resultado de un duelo cambió de blanco vidrioso a rosado intenso.

León todavía no había aprendido que ésa era una señal de peligro. Continuó a pesar de todo.

—Sólo iba a decir que...

—No tengo ningún interés en lo que usted iba a decir, Courtney. Preferiría que escuchara lo que yo le voy a decir.

León se ruborizó ante la reprimenda, pero luego vio que Eva, que estaba sentada fuera del campo de visión del *Graf Otto*, fruncia los labios y sacudía la cabeza de manera casi imperceptible. Entonces, respiró hondo y, con esfuerzo, prestó atención a la advertencia de ella.

—¿Usted desea cazar a esos machos, señor?

—Ah, Courtney, ¿usted no es un *Dummkopf* tan grande como a menudo parece ser! —Se rio cuando volvió a adoptar un tono de cordialidad—. Sí, efectivamente, deseo dispararles a esos machos. Les daré la oportunidad de mostrarme lo peligrosos que realmente son, ¿a?

—No traje mi rifle de Tandala.

—No lo necesita. Seré yo quien dispare.

—¿Desea usted que lo acompañe desarmado?

—¿La salsa es demasiado grasosa para su estómago, Courtney? Si es así, puede quedarse en cama mañana, o debajo de ella. Donde se sienta más tibio y seguro.

—Cuando usted esté cazando, estaré a su lado.

—Me complace que nos comprendamos. Hace que todo sea más sencillo, ¿no? —Le dio una pitada a su cigarro hasta que la punta brilló con intensidad; luego soltó un perfecto anillo de humo que flotó por sobre la mesa, hacia la cara de León, quien metió un dedo en el centro y lo rompió antes de que llegara a él.

Eva intervino con delicadeza para apagar las llamas en ascenso de sus temperamentos.

—Otto, ¿qué era esa montaña tan hermosa con la cumbre plana sobre la que nos hiciste volar esta tarde?

—Díganos algo sobre ella, Courtney —ordenó.

—Se llama monte Lonsonyo, un sitio sagrado de los masai, y hogar de uno de

sus más poderosos líderes espirituales. Es una vidente que puede adivinar el futuro con asombrosa exactitud. —León no miró en dirección a donde estaba Eva cuando respondió.

—¡Oh, Otto! —exclamó—. Ésa debe de haber sido la mujer a la que vimos salir de la cabaña más grande. ¿Cómo se llama esta profetisa?

—¿Te divierte toda esa tontera de la magia, tontita? —le preguntó Otto con indulgencia.

—Sabes que adoro que me adivinen la suerte. —Sonrió con gracia y los últimos restos del enojo de él desaparecieron—. ¿Recuerdas a aquella gitana en Praga? Me dijo que mi corazón pertenecía de verdad a un hombre que me amaría intensamente, que me iba a cuidar para siempre. ¡Ése eras tú, por supuesto!

—Por supuesto. ¿Quién más podría haber sido?

—Otto, ¿cómo se llama esta adivina?

Él apartó su mirada de ella y levantó una ceja color jengibre hacia León.

—Se llama Lusima, señor. —León había aprendido a jugar este juego de preguntas y repuestas elípticas.

—¿La conoce usted bien? —quiso saber el *Graf Otto*.

León se rio livianamente.

—Me ha adoptado como su hijo, así que nos conocemos bien.

—¡Ja, ja, ja! Si lo ha adoptado, me parece que no es una mujer de buen criterio. De todas maneras... —el alemán abrió las manos en un gesto de rendición mirando a Eva—... veo que no tendré paz hasta que te conceda este capricho tuyo. Muy bien, te llevaré a visitar a esta anciana de la montaña para que te adivine la suerte.

—Muchas gracias, Otto. —Eva le acarició el dorso de la mano. León sintió un torrente ácido de celos que le quemaba el interior del estómago—. Ya ves, la gitana de Praga tenía razón. ¡Eres tan amable conmigo! ¿Cuándo me llevarás? ¿Después de que hayas cazado a esos búfalos tuyos, quizás?

—Veremos —dijo dando un rodeo, y cambió de tema—. Courtney, estaré listo al amanecer. No son más que unos pocos kilómetros hasta donde vimos esa manada la última vez. Deseo llegar antes de que el sol esté alto.

El mundo en silencio esperaba la salida del sol, y el frío de la noche estaba todavía en el aire cuando el *Graf Otto* estacionó el vehículo de caza en el borde de la espesura de arbustos espinosos más allá de la pista de aterrizaje donde Manyoro y Loikot permanecían en cuclillas delante de un humeante fuego pequeño de ramitas secas, calentándose las manos. Patearon tierra sobre las llamas y se pusieron de pie cuando León bajó de un salto y se acercó.

—¿Qué tienen para decirme?

—Después de que la luna se hundió, los escuchamos beber en el abrevadero cerca del campamento. Cuando encontramos las huellas esta mañana, las seguimos desde el abrevadero hasta aquí. Están cerca de esta maleza. Hace apenas un ratito los escuchábamos moverse por ahí —informó Manyoro, y continuó—: Son realmente muy viejos y muy feos. ¿*Kichwa Muzuru* está seguro de que desea cazar uno de ellos? —Le habían puesto el nombre de «Cabeza de fuego» al *Graf Otto*, por el color de su pelo y también por su evidente falta de miedo, algo que los masai admiraban enormemente.

—Sí, está seguro. No pude hacerle cambiar de idea —dijo León.

Manyoro se encogió de hombros con resignación. Luego preguntó:

—¿Qué *bunduki* llevará usted, *M'bogo*? Su arma grande la dejamos en Tandala.

—No tendré una *bunduki* hoy. Pero no temas. *Kichwa Muzuru* dispara como un mago.

Manyoro lo miró con recelo.

—¿Y si alguien vuelca el barril de cerveza, *M'bogo*, qué pasará?

—Entonces, Manyoro, le pegaré a los búfalos con esto en el ojo. —León mostró un palo pesado que había recogido de un costado de la pista.

—Ésa no es un arma. Ni siquiera es bueno para rascarse los piojos. Tenga. —Manyoro dio vuelta una de sus dos lanzas de punta filosa y se la dio a León con el mango hacia él—. Un arma de verdad para que usted lleve.

Era una espléndida arma, de un metro de largo y con filo en ambos bordes. León la probó en su antebrazo. Afeitó los pelos tan limpiamente y sin esfuerzo como si fuera su navaja de afeitar.

—Gracias, mi hermano, pero espero no tener que usarla. Sigue la huella otra vez, Manyoro, pero ¡debes estar listo para correr si *Kichwa Muzuru* vuelca el barril de cerveza!

León los dejó y volvió al vehículo de caza donde el *Graf Otto* estaba sacando el rifle de su funda de cuero. León se sintió un poco más tranquilo cuando vio que se trataba de un arma de dos cañones de gran calibre, probablemente una continental 10.75 mm. Tenía más que suficiente fuerza de choque para enfrentarse con eficacia con un búfalo.

—Entonces, Courtney, ¿está usted listo para un poco de deporte? —preguntó el *Graf Otto* mientras León se acercaba a él. Tenía un cigarro sin encender entre los labios y un sombrero loden de caza echado hacia atrás. Estaba cargando cartuchos con cubierta de acero en la recámara abierta del rifle.

—Espero que usted no esté planeando divertirse demasiado, señor, pero, sí, estoy listo.

—Veo que lo está. —Sonrió ante la lanza en la mano de León—. ¿Va a cazar conejos o búfalos con eso?

—Si se la clava en el lugar preciso, servirá.

—Le hago una pequeña promesa, Courtney. Si usted mata un búfalo con eso, le enseñaré como pilotear un avión.

—Me sobrecoge su magnanimidad, señor. —León hizo una ligera reverencia—. ¿Podría usted pedirle a *Fräulein* von Wellberg que se quede en el vehículo hasta que regresemos? Estos animales son imprevisibles y apenas se dispare la primera bala, cualquier cosa podría ocurrir.

El *Graf* Otto retiró el cigarro de su boca para dirigirse a Eva.

—¿Serás una buena niña obediente hoy, *meine Schatze*, y harás lo que nuestro joven amigo pide?

—¿No soy siempre una niña obediente, Otto? —preguntó, pero algo en sus ojos negaba la azucarada respuesta.

Volvió a poner el cigarro en su boca y le pasó a ella su caja de Vesta en un estuche de plata. Ella levantó la tapa y sacó un fósforo de cabeza roja, lo raspó contra la suela de su bota; cuando encendió, lo sostuvo a un brazo de distancia para evitar el humo del azufre y luego puso la llama en la punta del cigarro. El *Graf* Otto observaba los ojos de León mientras fumaba su Cohiba. León sabía que esta pequeña demostración de dominio y servilismo era quizá para que él la viera. El otro hombre no era tan ingenuo. Seguramente intuía el trueno emocional que vibraba en el aire y estaba marcando su poder sobre Eva. León mantuvo una expresión neutral.

Entonces, Eva intervino otra vez con suavidad.

—Por favor, ten cuidado, Otto. Yo no sabría qué hacer sin ti.

León se preguntó si ella lo estaba protegiendo de la cólera celosa del *Graf*. Si ésa era su motivación, funcionaba bien.

El *Graf* Otto chasqueó la lengua.

—Preocúpate por los búfalos, no por mí. —Se echó el rifle al hombro y siguió a los masai por entre los arbustos de espinas, sin decir otra palabra. León siguió detrás de él y avanzaron en silencio.

Una vez que los tres machos estuvieron protegidos por la espesa maleza, se separaron para comer y sus huellas iban y venían de un lado a otro. Era muy posible que, mientras seguían la huella de uno de los integrantes del trío, tropezaran con la huella de otro, de modo que se movían lentamente, verificando el movimiento hacia adelante cada tanto, después de unos pocos pasos. No habían dado más de cien cuando escucharon cerca el crujido de ramitas que se rompían, seguido por un suave bufido. Manyoro alzó una mano: la señal de permanecer inmóvil y en silencio. Todo fue quietud durante un minuto entero, minuto que pareció mucho más largo. Luego se oyó un crujido de plantas. Algo grande se estaba abriendo paso a través de las espinas, yendo directamente hacia ellos. León tocó el brazo del *Graf* Otto y éste bajó el rifle de su hombro para

sostenerlo alto sobre el pecho.

De pronto, la pared de arbustos espinosos se abrió directamente delante de ellos y allí, en la abertura, aparecieron la cabeza y los hombros de un búfalo. Era una criatura vieja, gastada y llena de cicatrices, con un cuerno roto y convertido en un tocón irregular, y el otro casi desgastado por completo de tanto afilarlo contra troncos de árboles y montículos de termitas. El cuello era flaco y tenía partes a las que les faltaba pelo. El ojo más cercano era blanco y cristalino, cegado totalmente por la oftalmía de la mosca. Al principio no los vio. Por un momento permaneció allí masticando un montón de hierba, mientras paja e hilos de saliva colgaban de los costados de su boca. Agitó la cabeza para espantar las mosquitas negras que caminaban por los párpados del ojo ciego, amontonadas para beber el pus amarillo que goteaba por la mejilla del búfalo.

«Pobre viejo —pensó León—. Una bala en tu cabeza sería un verdadero acto de bondad». Tocó el hombro del *Graf Otto*.

—Hágalo —susurró, y se preparó para el disparo. Pero nada podría haberlo preparado para lo que siguió.

Otto echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito salvaje.

—¡Ven, entonces! Muéstranos cuan peligroso puedes ser. —Hizo un disparo por sobre la cabeza del búfalo. El macho retrocedió con violencia y giró para enfrentarlos. Los miró con su ojo sano, dejó escapar un fuerte bufido de consternación y luego se fue. A todo galope, huyó directamente hacia el cerco de espinas. Un momento antes de que desapareciera, el *Graf Otto* disparó otra vez.

León vio que volaba polvo sobre la pata trasera del búfalo, un palmo a la izquierda de las vértebras nudosas de la espina dorsal que se veía a través del cuero gris lleno de cicatrices. Miró consternado al macho que huía.

—¡Usted lo hirió deliberadamente! —lo acusó, en un tono de total incredulidad.

—*Jawohl!* Por supuesto. Usted dijo que tenían que estar heridos si queríamos un poco de diversión. ¡Bien, ahora está herido y les voy a hacer cosquillas a los otros dos también! —Antes de que León pudiera recuperarse de la conmoción, el *Graf Otto* lanzó otro salvaje grito de guerra y comenzó a correr persiguiendo al animal herido. Los dos masai estaban tan anonadados como León, y los tres formaban un grupo perplejo que seguía con la mirada al alemán.

—¡Está loco! —dijo Loikot, con asombro.

—Sí —dijo León, con voz sombría—. Está loco. Escúchenlo.

Había un gran alboroto en la maleza justo adelante. El resonar de muchas pezuñas y ramas que se rompían, bufidos de enojo y de alarma, la detonación de disparos de rifle y el golpe seco de las pesadas balas que atravesaban carne y huesos. León se dio cuenta de que el *Graf Otto* estaba disparándoles a los tres machos, no a matar sino para herirlos. Se volvió hacia los masai.

—No hay nada más que ustedes puedan hacer aquí. *Kichwa Muzuru* ha

pateado el barril de cerveza para hacerlo añicos. Vuelvan al automóvil —ordenó—. Ocúpense de la *memsahib*.

—*M'bogo*, eso es una gran estupidez. Avanzamos todos juntos o no nos movemos de aquí.

Hubo otro tiro y éste fue seguido por el bramido de muerte de uno de los machos. «Al menos uno ha caído», pensó León, pero había dos todavía. No había tiempo ni espacio para discusiones.

—Vamos, entonces —espetó León. Corrieron hacia adelante y encontraron al *Graf Otto* parado en el borde de un pequeño claro entre las espinas. A sus pies yacía el cuerpo sin vida de uno de los machos. Sus patas traseras todavía estaban pataleando convulsivamente en su agonía de muerte. La bestia debió de haberse lanzado contra él cuando entró en el claro. Lo había derribado con una bala en el cerebro.

—Estaba equivocado, Courtney. No son tan peligrosos —comentó fríamente, mientras metía otra carga de municiones en la recámara del rifle.

—¿A cuántos ha herido? —gritó León.

—A ambos, por supuesto. No se preocupe. Usted todavía podría tener una oportunidad de aprender a pilotear un avión.

—Usted ha demostrado su valor más allá de cualquier duda, señor. Ahora, deme su rifle y déjeme terminar el trabajo.

—Nunca envío a un niño para hacer el trabajo de un hombre, Courtney. Además, usted tiene su buena lanza. ¿Para qué necesita un rifle?

—Usted va a lograr que alguien caiga muerto.

—*Ja*, quizás. Pero no creo que ése sea yo. —Avanzó dando zancadas hacia el muro de maleza espinosa, en el lado más alejado del claro—. Uno de ellos se metió ahí. Lo voy a sacar agarrado de la cola.

Era inútil intentar detenerlo. León contuvo la respiración mientras el *Graf Otto* llegaba al otro extremo del claro.

El búfalo herido lo estaba esperando detrás de la primera franja de vegetación. Lo dejó acercarse, luego se lanzó sobre él desde apenas cinco metros. La maleza explotó ante su ataque. El *Graf Otto* llevó el rifle al hombro en un instante y las bocas de los dos cañones quedaron casi tocando los húmedos y negros orificios nasales del macho cuando disparó. Fue otro tiro perfecto al cerebro. Las patas delanteras del búfalo se aflojaron debajo de él. Sin embargo, el impulso de su ataque lo llevó hacia adelante y resbaló en las piernas de su torturador como una avalancha negra. Éste fue lanzado hacia atrás dando vueltas y el rifle se escapó de sus manos, hasta que dio en el suelo de lleno con la espalda. León escuchó que el aire salía ruidosamente expulsado de sus pulmones. Se incorporó con dolor, respirando con dificultad, mientras León corría a ayudarlo.

León estaba en el centro del claro cuando Manyoro gritó una advertencia

urgente detrás de él.

—A su izquierda, *M'bogo*. ¡Ahí viene el otro!

Viró bruscamente a la izquierda y vio al tercero de los búfalos heridos casi sobre él, tan cerca que ya estaba bajando la cabeza para engancharlo con sus cuernos. Vio el ojo del macho, ciego y supurando. Éste era el primer animal al que el *Graf Otto* le había disparado. León giró para mirarlo y se afirmó, parado sobre los talones, con el cuerpo en perfecto equilibrio, esperando el momento. Mientras el macho se le acercaba, se movió hacia el lado ciego de la bestia y ésta dejó de verlo, corneando de manera salvaje en el lugar donde él había estado un segundo antes. Si el cuerno no hubiera estado roto y gastado quizás habría abierto el vientre de León, y aunque hizo una pirueta para salir del lugar, la punta rota le enganchó la camisa, pero ésta se rompió dejándolo libre. León arqueó la espalda y el enorme cuerpo del macho pasó rozándolo, salpicando las perneras de sus pantalones con sangre al pasar como un trueno.

—¡Hala, toro! —gritó el *Graf Otto* alentándolo. Se estaba poniendo de pie con esfuerzo, con la voz áspera por la risa a pesar del dolor de sus pulmones vacíos—. ¡Hala, torero! —Todavía se estaba riendo y jadeando cuando se agachó para recoger el rifle.

—¡Dispárale! —gritó León, cuando el macho patinó hasta detenerse con las patas delanteras tensas.

—*Nein!* —respondió el *Graf Otto* a los gritos—. Quiero verlo usar su pequeña lanza. —Mantenia su rifle con las bocas apuntando al suelo—. ¿Quiere aprender a volar? Entonces, debe usar la lanza.

Su primera bala había roto la pata trasera del macho en la cadera, así que fue lento para recuperarse de su ataque frustrado. Pero luego se dio vuelta con torpeza y enfocó otra vez su único ojo en León. Se lanzó al ataque a todo galope contra él. León había ganado experiencia con la primera pasada del macho. Sostuvo la lanza a la manera clásica de los masai, con la larga hoja alineada con su antebrazo como un florete de esgrima, y dejó que el macho se acercara, esperando hasta el último instante antes de balancear su cuerpo fuera de la línea de carga y hacia el punto ciego del búfalo otra vez. El gran cuerpo negro le rozó las piernas; él se apoyó sobre el hombro y puso la punta de la lanza en el hueco entre los omóplatos. No trató de apuñalarlo con ella. Simplemente dejó que el impulso del ataque del mismo macho hiciera entrar la hoja. Quedó asombrado por la gran facilidad con la que el afiladísimo acero se deslizó hacia adentro. Apenas sintió la sacudida cuando el metro entero desapareció en el cuerpo negro que empujaba. Soltó la empuñadura y dejó que el macho se llevara la lanza, mientras caía y balanceaba la cabeza de un lado al otro, luchando contra el penetrante dolor de la hoja. León vio que estos violentos movimientos hacían que el acero se moviera en su pecho, desgarrando los tejidos del corazón y los pulmones.



Una vez más, el macho corcoveó hasta detenerse en el lado más alejado del claro. Todavía seguía balanceando la cabeza, tratando de encontrarlo. Se quedó inmóvil. Por fin el macho lo descubrió y se volvió hacia él, pero sus movimientos eran lentos e inciertos. Se tambaleó, pero siguió avanzando. Antes de llegar a él, abrió la boca y dejó escapar un bramido largo y profundo. Una gruesa gota de sangre de sus pulmones lacerados salió expulsada de sus mandíbulas y cayó de rodillas. Luego rodó lentamente sobre un lado.

—¡Olé! —gritó el *Graf Otto*, pero esta vez su tono no era de burla y cuando León lo miró, vio un nuevo respeto en sus ojos.

Manyoro fue despacio hasta donde estaba tendido el búfalo. Se agachó y con ambas manos tomó la empuñadura de su *assegai*, que sobresalía por entre los omóplatos. Se enderezó, se echó hacia atrás y arrancó el acero ensangrentado de la herida. Luego saludó a León con la lanza.

—Te admiro. Estoy orgulloso de ser tu hermano.



Cuando regresaron al campamento, el *Graf Otto* convirtió el desayuno en un festejo por su destreza. Estaba sentado a la cabecera de la mesa devorando jamón y huevos, y bebiendo el café que había mezclado generosamente con coñac mientras entretenía a Eva con una descripción muy colorida de la cacería. Hizo una rápida referencia a León al final del largo relato.

—Cuando había sólo un viejo animal ciego todavía en pie, dejé que Courtney se ocupara de él. Por supuesto, yo lo había herido tan gravemente que no era un verdadero desafío pero, diré esto en su favor, se las arregló para matarlo de una manera muy profesional.

En ese momento su atención fue atraída por una repentina actividad fuera de la carpa. Hennie du Rand estaba con los desolladores, que estaban subiendo en la parte posterior del carro tirado por caballos. Iban armados con hachuelas y cuchillos de carnicero.

—¿Qué va a hacer esa gente, Courtney?

—Va a traer a sus búfalos muertos.

—¿Para qué? Las cabezas son inútiles, como usted ya me lo había dicho, y

seguramente la carne es tan vieja y dura que resultará incomible.

—Cuando esté ahumada y secada, los portadores y los otros trabajadores la comerán con placer. En este país cualquier carne es muy valorada.

El *Graf Otto* se limpió la boca con su servilleta y se puso de pie.

—Iré con ellos para mirar.

Ésta fue otra de sus decisiones característicamente idiosincrásicas, pero de todos modos tomó a León de sorpresa.

—Por supuesto. Iré con usted.

—No es necesario, Courtney. Usted puede quedarse aquí y encargarse de que el *Mariposa* cargue combustible para el vuelo de regreso a Nairobi. Llevaré a *Fräulein von Wellberg* conmigo. Se aburriría sentada aquí en el campamento.

«Yo haría todo lo posible para entretenerla, si usted me diera media oportunidad», pensó León, pero se guardó el comentario.

—Como usted desee, conde —aceptó.

Hennie se sintió intimidado por tener tan ilustre compañía viajando con él en el viejo automóvil, incluso en el breve paseo hasta donde estaban los cuerpos de los animales. Cuando subió a ocupar el asiento del conductor, el *Graf Otto* lo tranquilizó ofreciéndole un cigarro. Después de las primeras bocanadas de humo, Hennie se había relajado hasta el punto de poder responder a las preguntas del hombre de manera coherente, y no con un tímido murmullo.

—Así que Du Rand. Me dicen que usted es sudafricano, *ja*?

—No, señor. Soy bóer.

—¿Eso es diferente?

—*Ja*, es muy diferente. Los sudafricanos tienen sangre británica. Mi sangre es pura. Soy uno del *Volk* elegido.

—Me da la sensación de que no le gustan mucho los británicos.

—Me gustan algunos de ellos. Me gusta mi jefe, León Courtney. Es un buen *Sout Piel*.

—¿*Sout Piel*? ¿Qué es eso?

Hennie miró incómodo a Eva.

—Es cosa de hombres, señor. No apta para los oídos de damas jóvenes.

—No se preocupe. *Fräulein von Wellberg* no habla inglés. Dígame qué es.

—Significa «pene salado», señor.

*Graf Otto* empezó a sonreír con ganas, previendo un buen chiste.

—¿Pene salado? Explíqueme eso.

—Tienen un pie en Ciudad del Cabo y el otro en Londres, con sus penes colgando en el océano Atlántico —explicó Hennie.

El *Graf Otto* dejó escapar una divertida carcajada.

—*Sout Piel! Ja. ¡Me gusta!* Es un buen chiste. —Sus risas ahogadas se apagaron, y luego retomó la conversación donde se habían desviado—. Así que

no le gustan los británicos. Usted luchó contra ellos en la guerra, ¿no?

Hennie pensó en la pregunta con cuidado, mientras cuidaba al viejo vehículo por un trecho particularmente áspero de la ruta.

—La guerra terminó —dijo finalmente en tono inexpresivo y evasivo.

—*Ja*, terminó. Pero fue una guerra horrible. Los británicos quemaron sus granjas y mataron el ganado.

Hennie no respondió, pero sus ojos se ensombrecieron.

—Pusieron a sus mujeres y niños en campos de refugiados. Muchos murieron allí.

—*Ja*. Es verdad —susurró Hennie—. Muchos murieron.

—Ahora la tierra está arruinada y no hay comida para los niños, y su *Volk* se ha convertido en esclavo de Gran Bretaña, *nein*? Por eso, usted se fue, para librarse de los recuerdos.

Los ojos de Hennie estaban llenos de lágrimas. Las secó con su pulgar encallecido.

—¿En qué comando luchó usted?

Hennie lo miró directamente por primera vez.

—No dije que hubiera luchado con ningún comando.

—Déjeme adivinar —sugirió el *Graf Otto*—. Tal vez usted luchó con Smuts.

Hennie sacudió la cabeza con expresión de amargo desagrado.

—Jannie Smuts es un traidor a su pueblo. Él y Louis Botha se han pasado a los caquis. Están vendiendo nuestros derechos de nacimiento a los británicos.

—¡Ah! —exclamó el *Graf Otto*, con el aire de un hombre que ya conocía la respuesta a su pregunta—. Usted odia a Smuts y a Botha. Entonces, ya sé con quién luchó usted. Debe de haber sido Koos de la Rey. —No esperó una respuesta—. Dígame, Du Rand, qué clase de hombre era el general Jacobus Herculaa de la Rey? He oído decir que era un gran soldado, mejor que Louis Botha y Jannie Smuts juntos. ¿Es eso verdad?

—No era un hombre corriente. —Hennie fijó la vista en el camino adelante—. Para nosotros era un dios.

—Si alguna vez hubiera otra guerra, ¿usted seguiría a De la Rey otra vez, Hennie?

—Lo seguiría a través de las puertas del infierno.

—Los otros de su comando, ¿también lo seguirían?

—Lo seguirían. Todos lo seguiríamos.

—¿Le gustaría encontrarse con De la Rey otra vez? ¿Le gustaría estrechar su mano una vez más?

—Eso no es posible —masculló Hennie.

—Conmigo todo es posible. Puedo hacer que todo suceda. No le diga nada a nadie más. Ni siquiera a su jefe *Sout Piel*, que a usted le gusta. Esto es sólo entre

usted y yo. Un día, pronto, lo llevaré conmigo a ver al general De la Rey.

Eva iba apretada al lado de él. Estaba obviamente incómoda y cada vez más aburrida de esa conversación en una lengua que no comprendía. El Graf Otto sabía que los únicos idiomas que ella sabía eran el alemán y el francés.



León llenó de combustible al *Mariposa* con uno de los tambores de doscientos litros que Gustav había traído desde Nairobi en el enorme camión Meerbach. Mientras hacía esto, envió a Manyoro y a Loikot a la cima de la colina junto al campamento para comunicarse con la red masai de comunicaciones y recoger cualquier noticia que pudiera haber de interés. Una o dos veces levantó la vista de la tarea de reabastecer de combustible para escuchar las voces chillonas y distantes, que se llamaban de cima a cima. Los *chungaji* usaban una especie de taquigrafía verbal y él podía entender algunas palabras aisladas, pero no podía seguir todo el sentido de sus conversaciones.

No mucho después de haber llenado el último de los cuatro tanques de combustible del *Mariposa* y cuando se estaba lavando las manos en el cuenco delante de su carpa, los dos masai bajaron de la colina. Empezaron a informarles los pocos puntos de interés que habían recogido.

Le contaron que con la próxima luna llena, como era costumbre en esa época del año, Lusima iba a presidir una conferencia de los ancianos tribales masai en el monte Lonsonyo. Iba a sacrificar una vaca blanca por los antepasados. El bienestar de la tribu dependía de que estos rituales fueran respetados.

Se decía también que había habido una incursión por parte de un grupo nandi en pie de guerra. Habían escapado con treinta y tres cabezas de ganado masai de la mejor calidad, pero los *morani* encargados de la venganza los alcanzaron a orillas del río Tishimi. Habían recuperado todo el ganado perdido y arrojaron los cadáveres de los ladrones al río. Los cocodrilos se habían hecho cargo de estas pruebas. En ese momento, el comisionado del distrito había iniciado una investigación en Narosura, pero parecía que toda el área estaba sufriendo un ataque de amnesia. Nadie sabía nada acerca de ganado robado ni de guerreros

nandi desaparecidos.

Además, contaron que cuatro leones habían bajado al valle del Rift. Venían de Keekorok y eran todos machos jóvenes. Habían recibido una paliza por parte del enorme macho dominante y fueron expulsados de la manada en la que habían nacido. Aquél no iba a tolerar ninguna competencia cuando se trataba de aparearse con sus hembras. Dos noches antes, los jóvenes habían matado a seis vaquillas de la *manyatta* directamente al oeste del monte Lonsonyo. Habían llamado a todos los *morani* para que se reunieran en ese pueblo, llamado Sonjo. Les iban a dar una sucinta lección de buenos modales a esos cuatro asesinos de ganado.

León estaba encantado con esas noticias. El *Graf Otto* había expresado su gran deseo de presenciar una cacería ceremonial y ésta era una muy afortunada coincidencia. Envió a Manyoro a la *manyatta* Sonjo, que estaba hospedando a los cazadores de leones, con un obsequio de cien chelines para el jefe local, con el pedido de que permitiera que los *wazungu* presenciaran esa cacería.

Para cuando el *Graf Otto* regresó con Hennie en el Vauxhall después de descuartizar los cuerpos de los búfalos, León tenía los caballos ensillados y las mulas de cargas listas con provisiones suficientes para la no prevista expedición a Sonjo. Cuando su cliente regresó, León le comunicó las buenas noticias apresuradamente.

El *Graf Otto* se mostró entusiasmado.

—¡Rápido, Eva! Debemos cambiarnos de ropa y ponernos la de montar, para partir de inmediato. No quiero perderme el espectáculo.

Avanzaron con los caballos a medio galope, cubriendo casi treinta kilómetros antes de que se pusiera demasiado oscuro como para ver el camino adelante. Luego desmontaron y desensillaron. Comieron una cena fría y durmieron al raso. A la mañana siguiente, estaban ya en marcha otra vez antes de que estuviera del todo claro.

Un poco antes del mediodía del día siguiente, al acercarse al pueblo de Sonjo, escucharon tambores y cantos. Manyoro había llegado desde el pueblo para aguardar su llegada y estaba en cuclillas junto al camino. Se puso de pie y se acercó para recibir los caballos.

—Todo está arreglado, *M'bogo*. El jefe de la *manyatta* aceptó retrasar la cacería hasta que ustedes llegaran. Pero deben apurarse. Los *morani* se están poniendo intranquilos. Están ansiosos por manchar con sangre sus lanzas y ganar honor. El jefe no puede contenerlos por mucho tiempo más.

Los *morani* estaban reunidos en el centro del corral para el ganado. Constituían un grupo de élite, seleccionado por los mayores entre los más valientes y los mejores. Era un grupo de cincuenta jóvenes, vestidos con faldas rojas de cuero decoradas con cuentas de marfil y conchas de cauri. Sus torsos

descubiertos brillaban con una capa de grasa y ocre rojizo. Llevaban el pelo arreglado en un peinado de trenzas enrolladas. Eran delgados y de miembros largos, fuertes y elegantemente musculosos; tenían facciones apuestas, con gestos agresivos, y ojos brillantes y codiciosos, que indicaban su entusiasmo por la cacería que iba a comenzar.

Estaban formados en una sola fila, hombro con hombro. A la cabeza, estaba un *morani* de mayor jerarquía, un guerrero experimentado que llevaba cinco colas de león en su falda, una por cada nandi que había matado en combate singular. Su tocado de guerra era la piel de la cabeza de un león de melena negra, una prueba adicional de su destreza. Él solo había cazado al león con su *assegai*. Tenía un silbato de señales hecho con el cuerno de un macho de antilope redunda, colgado de una correa alrededor del cuello.

Varios cientos de hombres más viejos, con mujeres y niños, bordeaban la empalizada exterior para mirar la danza. Las mujeres aplaudían y ululaban. Cuando los tres blancos entraron a la *manyatta*, los tambores adquirieron un ritmo todavía más salvaje y frenético. Los tamborileros golpeaban los troncos huecos, llevando a los guerreros a una locura de combate hasta que irrumpieron en la danza del león, cantando y saltando a gran altura en el aire sobre las piernas rígidas, gruñendo como leones cuando volvían a tocar el suelo.

Entonces, el jefe hizo sonar su silbato en una aguda orden y el grupo empezó a salir del corral, siempre en una sola fila. Espaciados de manera uniforme, formaban una serpiente larga y sinuosa, que se movía pendiente abajo por entre la hierba, con la luz del sol que se reflejaba en el pulido acero de sus *assegai*. Colgados en los hombros, llevaban sus largos escudos de cuero crudo, cada uno pintado con un solo ojo grande, negro y ocre, cuya pupila era de un blanco deslumbrante.

—¿Por qué tienen ojos en sus escudos, Otto? —preguntó Eva.

—Responda la pregunta, Courtney.

—Los *morani* dicen que provocan a los leones para que ataquen. Vamos, no debemos quedar atrás. Cuando ocurra, ocurrirá muy rápido. —Los jinetes siguieron la larga y serpenteante fila de guerreros.

—¿Cómo saben dónde encontrar a la presa? —preguntó el *Graf Otto*.

—Tienen exploradores observando a los leones —explicó León—. Pero los leones no se habrán ido lejos. Han matado a seis animales y no se irán hasta que hayan terminado toda esa carne.

Manyoro corrió junto al estribo de León. Dijo algo y León se agachó en la silla de montar para escucharlo. Cuando se enderezó, le dijo al *Graf Otto*:

—Manyoro dice que el ganado muerto está en una cuenca poco profunda detrás de la siguiente elevación. —Señaló hacia adelante—. Si damos vuelta por la derecha y nos ubicamos en el terreno alto, tendremos una vista privilegiada. —

Los condujo fuera del sendero y avanzaron a medio galope en un amplio círculo para adelantarse a la fila de los *morani*; llegaron al lugar desde donde iban a ver mejor justo cuando la cabeza de la larga fila de guerreros llegaba a la cima y comenzaba el descenso hacia la cuenca.

Manyoro los había aconsejado bien. Cuando detuvieron sus cabalgaduras en la cima, se encontraron con una espléndida vista sobre el valle cubierto de hierba. Los cuerpos muertos de los animales pudriéndose yacían a plena vista, con los vientres hinchados por el gas. Algunos habían sido parcialmente devorados, pero otros parecían no haber sido tocados.

En ese momento, la fila única de guerreros cambió de formación. Al llegar a un sitio predeterminado, cada *morani* giraba en dirección contraria a la del hombre delante de él. Al igual que una fila de bailarines siguiendo una coreografía, la fila única se dividió en dos. Las filas gemelas se abrieron para formar un lazo que iba a rodear la hondonada cubierta de hierba. Luego, al agudo toque del silbato, los extremos de las filas de guerreros comenzaron a converger. Pronto la maniobra quedó terminada. Una pared de escudos y lanzas rodeó la cuenca.

—No veo a los leones —dijo Eva—. ¿Está usted seguro de que no se escaparon?

Pero antes de que alguno de los hombres pudiera responderle, un león se alzó para quedar totalmente a la vista. Había estado tendido, aplastado contra el suelo, y su piel se fundía a la perfección con la hierba marrón abrasada por el sol. Aunque joven, era grande y estilizado. Su melena era corta y escasa, una simple pelusa de pelo rojo. Les gruñó a los *morani* y levantó los labios mostrando sus colmillos largos y brillantes.

Ellos le devolvieron el saludo.

—¡Ya te vemos, malvado! Te vemos, asesino de nuestro ganado.

El sonido de cincuenta voces alarmó a los otros leones. Se levantaron saliendo de sus escondites en la hierba corta, se agacharon y miraron furiosos, con sus ojos amarillo topacio, el anillo de escudos. Sus colas se movían nerviosas; gruñían y rugían con miedo y furia. Eran jóvenes y aquello estaba fuera de su propia experiencia.

El silbato de cuerno de antilope sonó otra vez y los *morani* comenzaron a cantar el coro de la canción del león. Luego, siempre cantando, avanzaron todos a la vez, arrastrando los pies y golpeando el suelo. Lentamente se fueron acercando a los cuatro leones como una pitón que aprieta su cuerpo sobre la presa. Uno de los leones hizo un breve amago de ataque hacia ese muro, y los *morani* agitaron sus escudos mientras le gritaban:

—¡Ven! ¡Ven! ¡Estamos listos para recibirte!

El león interrumpió su ataque, frenando sobre sus patas delanteras rígidas. Miró furioso a los hombres, luego dio media vuelta y regresó corriendo a

reunirse con sus hermanos. Daban vueltas de un lado a otro, inquietos, gruñendo, erizando sus melenas en actitud amenazadora, haciendo rápidas carreras hacia el muro de escudos para luego detenerse y regresar.

—El de la melena rubia será el primero en atacar. —El *Graf* Otto pronunció su evaluación y, mientras hablaba, el más grande de los cuatro leones se lanzó en un ataque rápido y decidido, directamente a los escudos. El mayor de los *morani*, con el tocado de melena negra, hizo sonar súbitamente su silbato de cuerno de antilope. Luego, con su lanza, apuntó a un hombre en la fila que estaba directamente en la línea de ataque. Gritó el nombre del hombre:

—¡Katchikoi!

El guerrero que había sido escogido saltó alto en el aire para agradecer el honor; luego salió de la fila y corrió con largos y flexibles pasos hacia el león que atacaba. Sus compañeros lo alentaron con gritos salvajes cada vez más fuertes. El león lo vio acercarse y se volvió bruscamente hacia él, gruñendo con cada zancada: era como una raya marrón que se movía bajo, casi aplastada contra el suelo, mientras la cola con un mechón negro golpeaba contra sus flancos. Sus ojos amarillo brillante estaban fijos en Katchikoi.

Al ir acercándose, el *morani* modificó el ángulo de su avance, volviéndose sobre el león, forzándolo a acercársele por la derecha, hacia su brazo armado. Entonces, cayó sobre una rodilla detrás de su escudo. La punta de su *assegai* estaba apuntando al centro del pecho del león, y la bestia corrió directamente hacia al acero. La larga hoja plateada desapareció con mágica rapidez y entró cuan larga era en el cuerpo marrón claro. Katchikoi soltó la empuñadura, dejando la lanza enterrada en el pecho del animal. Levantó el escudo de cuero crudo y el león chocó precipitadamente contra él. No trató de resistir el peso y la velocidad del salto del enorme gato, sino que rodó hacia atrás y se acurrucó como una pelota sosteniendo el escudo entre él y la bestia. A pesar de la *assegai*, que lo atravesaba, la fuerza y la rabia del león no habían disminuido. Desgarró el escudo con ambas garras delanteras y las amarillas uñas abrieron grandes agujeros en él. Gruñía de modo horrible y trataba de morder el escudo, pero el cuero seco era duro como el hierro y sus colmillos no podían encontrar un agarre.

El jefe de la cacería hizo un breve toque con su silbato de cuerno y cuatro de los compañeros de Katchikoi abandonaron el anillo de guerreros y corrieron hacia adelante, separados, dos a cada lado. El león concentraba todo su esfuerzo en Katchikoi, de modo que no los vio venir hasta que lo tuvieron rodeado. Sus *assegai* subían y bajaban cada vez que ellos hundían las largas hojas en los órganos vitales del león. La bestia lanzó un fortísimo quejido que llegó claramente hasta los jinetes en la altura; luego se desplomó y rodó lejos del escudo. Se estiró y permaneció inmóvil.



Katchikoi se puso de pie de un salto, tomó el mango de su *assegai*, puso un pie sobre el pecho del león y sacó la lanza. Blandiendo el acero ensangrentado, condujo a sus cuatro compañeros de regreso a sus lugares en el círculo de guerreros. Fueron recibidos con gritos y ovaciones que parecían chocar contra el cielo y con un saludo de lanzas levantadas. Luego el círculo de *morani* avanzó otra vez, cerrándose inexorablemente alrededor de los tres leones restantes. Mientras el círculo se achicaba, los guerreros se comprimían en un sólido muro en el que los bordes de sus escudos se iban superponiendo.

En el centro, los tres leones se movían de un lado a otro buscando un escape. Se lanzaban en un ataque, pero luego se detenían y regresaban con las colas entre las patas. Finalmente uno reunió todo su coraje hasta el límite fatal y atacó. El *morani* que lo enfrentó, metió la hoja de su *assegai* completamente, pero cuando retrocedió con el león casi encima de él, sus garras pasaron por el borde del escudo y lo arrancó de sus manos, dejando expuestos la cabeza del hombre y su torso desnudo. Mientras sus garras rompían y abrían el pecho del *morani*, el león herido de muerte abrió sus mandíbulas al máximo y envolvió su cabeza. Mordió hasta que los largos colmillos se entrechocaron, aplastando el cráneo humano como una nuez en un cascanueces. Los compañeros del hombre muerto atravesaron con sus lanzas al león en una furia de venganza.

En rápida sucesión, los últimos dos leones se lanzaron sobre la fila de guerreros, que se rompió sobre ellos, como una ola del mar se rompe sobre una roca. Murieron bajo las lanzas, dejando escapar gruñidos, arremetiendo con garras agudas y desesperada inutilidad, mientras las afiladas hojas entraban profundamente en ellos.

Sus hermanos de circuncisión levantaron del suelo el cuerpo destrozado del *morani* y lo colocaron sobre su escudo. Entonces, lo alzaron muy alto con los brazos extendidos y lo llevaron de regreso cantando su canción de alabanza. Cuando pasaron junto a los espectadores en la cima, el *Graf* Otto levantó un puño cerrado a manera de saludo al muerto. Los *morani* lo agradecieron con sus *assegai* levantadas y un grito salvaje.

—He ahí un hombre que murió como muere un hombre. —Habló con solemne intensidad, en un tono que León no le había escuchado usar antes, y quedó en silencio. Los tres estaban profundamente conmovidos por la sublime tragedia. Luego el *Graf* Otto habló otra vez—: Lo que he presenciado aquí hoy hace que toda la ética de la caza en la que he creído parezca innoble. ¿Cómo puedo considerarme a mí mismo un verdadero cazador mientras no haya enfrentado a tan magnífica bestia sólo con una lanza en la mano? —Giró en su montura y lanzó una mirada de furia a León—. Esto no es un pedido, Courtney, es una orden. Consígame un león, un león de melena negra. Lo enfrentaré a pie. Sin ninguna arma de fuego. Sólo la bestia y yo.



Acamparon esa noche en la *manyatta* de Sonjo y permanecieron despiertos escuchando los tambores que interpretaban una endecha por el *morani* muerto en la cacería del león, el lamento de las mujeres y el canto de los hombres.

En la oscuridad antes del amanecer, se pusieron otra vez en marcha. Cuando el sol salió sobre la escarpadura del valle del Rift, inundó el cielo del Este con una deslumbrante grandiosidad de oro y carmesí, encandilando los ojos y calentando sus cuerpos, de modo que se quitaron los abrigos y cabalgaron en mangas de camisa. De alguna manera, ese amanecer era un adecuado epílogo para aquella cacería del león. Estimuló sus sentidos y les aligeró el humor de modo que pudieron ver la belleza en todo lo que los rodeaba y se maravillaron ante las pequeñas cosas que podían haber pasado inadvertidas antes: la joya azul celeste del pecho de un martín pescador al atravesar veloz el camino adelante, la gracia de un águila que vuela alto con sus alas extendidas contra el cielo empapado en oro, la cría de una gacela arrodillada sobre sus patas delanteras debajo del vientre de la hembra y empujando hambrienta las ubres con su hocico, mientras la leche le chorrea por la barbilla. La hembra los vio pasar, tranquila, con sus enormes y brillantes ojos de mirada dulce.

Eva también estaba de buen humor. Señaló con su fusta de montar y gritó alegremente:

—¡Oh, Otto! Mira esa pequeña criatura oliendo y resoplando entre la hierba como un anciano que ha perdido sus anteojos de leer. ¿Qué es?

Aunque se estaba dirigiendo al *Graf Otto*, León tuvo la sensación de que estaba compartiendo el momento con él a solas y contestó:

—Es un tejón de la miel, *Fräulein*. Aunque parece apacible, es una de las criaturas más feroces de África. No sabe lo que es el miedo. Es tremendamente fuerte. Su piel es tan dura que resiste los agujijones de las abejas, así como las garras y los colmillos de animales mucho más grandes. Hasta los leones lo evitan. Es riesgoso entrar en contacto con él.

Eva le dirigió una mirada con sus ojos violeta y luego se volvió al *Graf Otto* con un ronroneo de melodiosa risa.

—En todo eso se parece a ti. En el futuro pensaré en ti como mi tejón de la miel.

«¿A cuál de ellos le estaba hablando?» , se preguntó León. Con esta mujer, un hombre nunca podía estar seguro de nada. Siempre había mucho en ella que era enigmático o ambiguo.

Antes de que él pudiera decidirlo, ella espoleó su caballo para adelantarse. Parada en los estribos, señaló hacia el horizonte del Sur.

—¡Mire esa montaña allá! —La distante forma con la cumbre plana se destacaba de manera teatral con el sol naciente—. Seguramente es la montaña sobre la que volamos, la montaña donde vive la profetisa de los masai.

—Sí, *Fräulein*. Ése es el monte Lonsonyo —confirmó León.

—¡Oh, Otto, está tan cerca! —gritó.

Él se rio entre dientes.

—Para ti es cerca porque es adonde quieres ir. Para mí está a una distancia de un día de dura cabalgata.

—¡Me prometiste llevarme allí! —Su voz estaba opacada por la decepción.

—Efectivamente, te lo prometí —aceptó él—. Pero no prometí cuándo lo haría.

—Entonces, prométemelo ahora. ¿Cuándo? —exigió ella—. ¿Cuándo, Otto querido?

—No ahora. Debemos regresar a Nairobi de inmediato. Esta demora fue una concesión. Tengo asuntos importantes que atender. Este safari africano no ha sido todo por placer.

—Por supuesto que no. —Hizo una mueca—. Para ti todo siempre es negocios.

—¿De qué otra manera podría permitirme tenerte como mi amiga? —replicó el *Graf* Otto, con humor tosco, y León se dio vuelta para no revelar su rápido enojo ante tan desagradable comentario. Pero Eva no pareció escuchar ni pareció tampoco que le importaba. Él continuó—: Tal vez compre algunas propiedades por aquí. Parece que hay posibilidades de invertir en un país nuevo con tantos recursos para explotar.

—Y cuando hayas terminado con tus negocios, ¿me llevarás al monte Lonsonyo? —insistió Eva.

—No te rindes fácilmente. —El *Graf* Otto sacudió la cabeza en un gesto de simulada desesperación—. Muy bien. Haré un trato contigo. Después de que mate a mi león con la *assegai*, te llevaré a ver a esa bruja.

Otra vez el humor de Eva cambió sutilmente. Sus ojos eran una máscara; su expresión, cerrada y fría. Justo cuando León sintió que podría vislumbrar algo más allá del velo, ella se volvió distante e incomprensible.

Hicieron descansar a los caballos al mediodía, desmontando en una majestuosa arboleda de afzelias junto a pequeño remanso encerrado por cañas

en un arroyo sin nombre.

Después de una hora volvieron a montar para seguir adelante, pero Eva, parada junto a su yegua, exclamó irritada:

—El broche de seguridad de mi estribo derecho está trabado. Si llegara a caer, me arrastraría.

—Encárguese de eso, Courtney —ordenó el *Graf Otto*—, y asegúrese de que no ocurra otra vez.

León le arrojó sus riendas a Loikot y fue rápidamente al lado de Eva. Ella se movió un poco para permitirle a él tomar el cuero del estribo, pero permaneció cerca de León mientras él se agachaba para revisar el acero. El cuerpo del caballo impedía que el *Graf Otto* los viera. León descubrió que tenía razón, el broche de seguridad estaba trabado. No lo estaba cuando abandonaron la *manyatta* de Sonjo aquella mañana... él mismo lo había verificado. Entonces, Eva le tocó la mano y su corazón se sobresaltó. Ella debía de haber trabado el broche como una excusa para estar a solas por un momento con él. La miró de costado. Eva estaba tan cerca que podía sentir su respiración en su mejilla. No llevaba perfume, pero olía tan afectuosa y amable como un gatito alimentado con leche. Por un instante miró hacia las profundidades color violeta de sus ojos y vio más allá del velo: vio a la mujer detrás de la encantadora máscara.

—Debo ir a la montaña. Hay algo allí para mí. —Su susurro fue tan suave que podría haber sido algo imaginado por él—. Él nunca me llevará. Usted debe hacerlo. —Se produjo una muy leve interrupción, y luego dijo—: Por favor, Tejón. —Su ruego y el sobrenombre con el que ella lo había bautizado le hicieron retener el aliento.

—¿Cuál es el problema, Courtney? —gritó el *Graf Otto*. Siempre alerta, algo había intuido.

—Estoy contrariado porque el broche está trabado. Podría haber sido peligroso para *Fräulein* von Wellberg. —León sacó su cuchillo y usó la hoja para arreglar el broche—. Ahora estará bien —le aseguró a Eva. Todavía estaban protegidos por la yegua así que se atrevió a acariciar el dorso de su mano, que estaba apoyada en la silla de montar. Ella no la retiró.

—¡Monta! Debemos seguir adelante —ordenó el *Graf Otto*—. Ya hemos perdido bastante tiempo aquí. Deseo volar de regreso a Nairobi hoy. Debemos llegar a la pista de aterrizaje mientras haya todavía luz suficiente para volar. —Cabalgaron con rapidez, pero el sol rojo sangre se apoyaba en el horizonte, como un *morani* moribundo sobre su escudo, cuando finalmente treparon por la escalerilla a la cabina del *Mariposa*. Inexperto como era, hasta León sabía que el *Graf Otto* había extendido el despegue más allá de los límites de la prudencia. En esta estación del año, el atardecer duraría poco. Estaría oscuro en menos de una hora.

Cuando cruzaron la pared del valle del Rift volaban a una altura suficiente para recibir los últimos rayos del sol, pero la tierra abajo ya estaba envuelta en una impenetrable sombra morada. Pronto el sol desapareció, apagado como una vela, y no quedó ningún reflejo posterior.

Continuaron volando en la oscuridad, hasta que León pudo vislumbrar el diminuto grupo de luces lejanas adelante, que indicaban dónde estaba la ciudad, insignificante como luciérnagas en la inmensidad oscura de la región. Estaba totalmente oscuro cuando por fin estuvieron encima del campo de polo. El *Graf Otto* aceleró y desaceleró repetidas veces los motores mientras daba vueltas. De pronto, los faros de los dos camiones Meerbach se encendieron debajo de ellos, en extremos opuestos del campo para aterrizar, iluminando la pista cubierta de hierba. Gustav Kilmer había escuchado los motores del *Mariposa* y se apresuró a rescatar a su amado patrón.

Guiado por las luces, el *Graf Otto* puso al *Mariposa* sobre el césped con la misma suavidad de una gallina clueca echándose sobre un montón de huevos.



León creyó que la visita relámpago al campamento Percy en el valle del Rift y la desenfadada cacería de búfalos en la maleza espinosa marcaban el verdadero comienzo del safari. También pensó que el *Graf* estaba por fin listo para adentrarse en tierra salvaje. Pero tal suposición era incorrecta.

La segunda mañana después de su regreso del campamento Percy y el aterrizaje nocturno en el campo de polo, el *Graf Otto* estaba sentado a la cabecera de la mesa del desayuno en el campamento Tandala con una docena de sobres apilados delante de él. Todos ellos eran las respuestas a las cartas oficiales del Ministerio de Relaciones Exteriores en Berlín que Max Rosenthal había distribuido a los dignatarios de África Oriental Británica.

Le estaba traduciendo algunos pasajes de cada misiva a Eva, que permanecía sentada delante de él mordisqueando delicadamente algunas frutas. Parecía que toda la sociedad de Nairobi estaba muerta de curiosidad por tener a un hombre como el *Graf Otto* von Meerbach entre ellos. Como cualquier otro pueblo de

frontera, Nairobi no necesitaba demasiadas excusas para una fiesta, y él era la mejor que habían tenido desde la inauguración del Muthaiga Country Club tres años antes. Cada carta contenía una invitación.

El gobernador de la colonia iba a ofrecer una cena especial en su honor en la Casa de Gobierno. Lord Delamere iba a dar un baile formal en su nuevo hotel, el Norfolk, para darle la bienvenida al territorio a él y a *Fräulein* von Wellberg. La comisión del Muthaiga Country Club había nombrado miembro honorario del club al *Graf Otto* y, para no ser superado por Delamere, también iba a dar un baile para celebrar su admisión al club. El oficial que comandaba las fuerzas armadas de Su Majestad Británica en África Oriental no quería ser menos. La invitación del general de brigada Penrod Ballantyne era para un banquete en el casino del regimiento. Lord Charlie Warboys había invitado a la pareja a una estadia de cuatro días para una cacería de cerdos en su propiedad de veinte mil hectáreas junto al valle del Rift. El Club de Polo de Nairobi le había concedido la admisión como socio de pleno derecho al *Graf Otto*, y le solicitaba que jugara en su equipo principal en un partido de desafío contra los Rifles Africanos del Rey el primer sábado del siguiente mes.

El *Graf Otto* estaba encantado por el furor que había provocado. Al escucharlo hablar de cada invitación con Eva, León se dio cuenta de que su partida de Nairobi se había ubicado en algún tiempo en el futuro lejano. El alemán aceptó todas las invitaciones y en retribución envió sus propias invitaciones a espectaculares cenas, banquetes y bailes que él iba a ofrecer en el Norfolk, el Muthaiga o en el campamento Tandala. León comprendió entonces por qué había enviado tan enormes provisiones de comida y bebida a bordo del *Silbervogel*.

Sin embargo, el golpe maestro de hospitalidad del *Graff*, que entusiasmó a todos los corazones de la colonia y le valió la reputación inmediata de ser un gran tipo, fue su día al aire libre. Hizo una invitación pública a un picnic en el campo de polo. En esta reunión, invitados especiales como el gobernador, Delamere, Warboys y el general de brigada Ballantyne iban a ser agasajados con un vuelo sobre la ciudad en uno de sus aviones. Luego Eva ejerció su influencia y lo persuadió para que extendiera la invitación a cada niño y niña entre los seis y los doce años. Todos harían un paseo en avión.

La colonia entera entró en éxtasis. Las damas estaban decididas a convertir el día al aire libre en un equivalente africano de Ascot. De un simple picnic creció hasta convertirse en una oportunidad casi equivalente a las ofrecidas por la monarquía. Lord Warboys donó tres vacunos jóvenes para que fueran asados a las brasas. Todas las socias del Instituto de Mujeres pusieron manos a la obra en sus hornos para ofrecer tortas y pasteles. Lord Delamere se encargó del suministro de cerveza. Envío un cable urgente a la cervecería en Mombasa y recibió una garantía de que una cantidad grande estaría en camino en unos días.

La noticia de la invitación llegó al interior, y las familias de colonos en las lejanas granjas cargaron sus carros preparándose para el viaje a Nairobi.

Había sólo cuatro modistas en el pueblo y pronto sus servicios se vieron superados por los pedidos. Los barberos al aire libre en la calle principal no paraban de trabajar arreglando barbas y cortando el cabello. La escuela de niños y el convento de niñas declararon un día feriado, y se corrió el rumor por las aulas de que cada niño que hiciera el vuelo recibiría del *Graf Otto* un obsequio de conmemoración, un modelo a perfecta escala del *Mariposa*.

León fue absorbido por toda esta actividad febril. El *Graf Otto* decidió que necesitaba a un segundo piloto para ocuparse de las hordas de niños deseosos que iban a estar haciendo cola para un vuelo. Él sería el piloto para los invitados importantes, pero no tenía ningún deseo de llenar la cabina con sus vástagos. Como le comentó a Eva, delante de León, él prefería a los niños en su espíritu melodioso más que en su ruidosa y molesta realidad de carne y hueso.

—Courtney, le prometí que le enseñaría a volar.

Esto sorprendió a León. Era la primera vez que mencionaba la instrucción de vuelo desde la cacería de búfalos, y había pensado que la promesa había sido convenientemente olvidada.

—Vamos al campo de aviación de inmediato. ¡Courtney, hoy usted aprende a volar!

León estaba sentado al lado del *Graf Otto* en la cabina de mando del *Abejorro* y lo escuchaba atentamente mientras describía las funciones y la operación de cada cuadrante e instrumento, de las llaves e interruptores, de las palancas y los controles. A pesar de su complejidad, ya tenía algunos conocimientos operativos de la distribución del tablero de mandos, adquiridos según el principio «el mono ve, el mono hace». Cuando el *Graf Otto* escuchó a León que repetía todo lo que acababa de aprender, se rio entre dientes y asintió con la cabeza.

—*Ja!* Ha estado mirándome cuando yo vuelo. Usted es rápido, Courtney. ¡Eso es bueno!

León no había esperado que el otro fuera un buen instructor y se sorprendió agradablemente por la atención que le prestaba a cada detalle y por su paciencia. Empezaron por el encendido y el apagado del motor, luego pasaron rápidamente a los movimientos en tierra: viento cruzado, viento a favor y viento en contra. León empezó a sentir los controles y las respuestas de la gran máquina, como las riendas y los estribos en un caballo. De todos modos, se sorprendió cuando el *Graf Otto* le lanzó un casco de cuero para volar.

—Póngaselo. —Se habían detenido en un extremo del campo de polo, y gritó por encima del rugido del motor—. ¡La trompa hacia el viento! —León movió el

timón totalmente a estribor y aceleró los dos motores de babor. Ya había asimilado el uso de impulsos opuestos para maniobrar la máquina. El *Aberrojo* dio vuelta fácilmente y puso la trompa al viento.

—¿Usted quiere volar? ¡Entonces, vuele! —le gritó el otro en la oreja.

León le dirigió una mirada horrorizada e incrédula. Era demasiado pronto. No estaba listo todavía. Necesitaba un poco más de tiempo.

—*Gott en Himmel!* —bramó el *Graf Otto*—. ¿Qué está esperando? ¡Levante vuelo!

León respiró hondo lentamente y puso la mano en el tablero de mando en busca de los aceleradores. Los abrió gradualmente, atento al ritmo de cada uno de los motores, a la espera de que se sincronizaran. Como una anciana dama que corre hacia un autobús, el *Abejorro* se lanzó a un trote, luego a un medio galope y finalmente a una carrera corta. León sintió que la palanca cobraba vida en sus manos. Sintió la ligereza del vuelo inminente en la punta de sus dedos, en sus pies sobre las barras del timón y en su espíritu. Era una sensación de absoluto poder y control. Su corazón empezó a cantar con el zumbido del viento. La trompa se desvió de su línea y él corrigió con un ligero toque de timón y la volvió a su lugar. Sintió que el *Abejorro* rebotaba un poco debajo de él. « Quiere volar —pensó—. ¡Los dos queremos volar!»

A su lado, el *Graf Otto* hizo un pequeño gesto y León comprendió lo que quería decir. La palanca de mando estaba temblando en sus dedos y la empujó suavemente hacia adelante. Detrás de él, la gran cola del avión se separó de la superficie cubierta de hierba, y el *Abejorro* reaccionó agradecido ante la disminución de la fricción. Sintió que la palanca se aceleraba en sus manos y, cuando el *Graf Otto* hizo la siguiente señal, ya la estaba moviendo hacia atrás. Una vez, dos veces, las ruedas rebotaron y a continuación comenzaron a volar. Levantó la trompa y la acomodó sobre el horizonte adelante, en posición de ascenso. Ascendieron y ascendieron. Echó una mirada a un costado de la cabina y vio que la tierra caía, alejándose. Estaba volando. Sus manos eran las únicas en la palanca, sólo sus pies estaban sobre las barras del timón. Estaba realmente volando. Siguió ascendiendo con alegría.

A su lado, el *Graf Otto* asintió con la cabeza con gesto de aprobación, le dio la señal de enderezarse y dejar de subir, de inclinarse a la izquierda y a la derecha. Palanca y timón juntos, León puso al *Abejorro* en posición y éste respondió dócilmente.

El *Graf Otto* asintió con la cabeza otra vez y levantó la voz para que León comprendiera las palabras:

—Algunos hemos nacido con el viento en nuestro pelo y la luz de las estrellas en nuestros ojos. Creo que usted podría ser uno de nosotros, Courtney.

León hizo un gran círculo siguiendo sus instrucciones, luego se alineó sobre la



pista de aterrizaje. No había aprendido todavía a disminuir la velocidad de la máquina y a perder altura al mismo tiempo. Debió haber mantenido la trompa alta y dejado que perdiera velocidad, hundiéndose por su propio peso. En cambio, empujó la trompa hacia abajo y se precipitó hacia el campo; lo hizo demasiado rápido. El *Abejorro* todavía estaba volando cuando golpeó el suelo con un crujido y rebotó rápidamente sobre la pista cubierta de hierba. Se vio forzado a acelerar al máximo y dar otra vuelta. Junto a él, el *Graf Otto* reía.

—Todavía tiene mucho que aprender, Courtney. Intente otra vez.

El siguiente acercamiento lo hizo mejor. Con la vasta área de su ala, el *Abejorro* tenía una baja entrada en pérdida. Pasó sobre la cerca del campo de polo a diez metros sobre el suelo, con una velocidad del viento de setenta y cinco kilómetros. Levantó la trompa y dejó que se hundiera a tierra. Aterrizó con una sacudida que le hizo entrechocar los dientes, pero no rebotó, y el *Graf Otto* volvió a reírse.

—¡Bien! ¡Mucho mejor! Dé otra vuelta.

León le estaba tomando la mano rápidamente. Cada una de las tres aproximaciones siguientes fue una mejora respecto del esfuerzo precedente, y la cuarta fue un perfecto aterrizaje de tres puntos, con el tren de aterrizaje y la rueda de la cola tocando el suelo simultáneamente.

—¡Excelente! —gritó el *Graf Otto*—. ¡Hágalo rodar hasta el hangar!

León se sentía embriagado por el éxito. Su primer día de instrucción había sido un triunfo y sabía que podía esperar que la mejora continuara en los días siguientes.

Cuando hizo girar al *Abejorro* delante del hangar, tomó la llave del combustible para apagar los motores, pero el *Graf Otto* lo detuvo.

—¡No! Yo me bajo, pero usted no.

—No comprendo. —León estaba perplejo—. ¿Qué quiere que haga?

—Prometí enseñarle a volar, y lo he hecho. Ahora vaya y vuele, Courtney, o vaya y mátese. A mí me da lo mismo. —El *Graf Otto* von Meerbach saltó por su lado de la cabina y desapareció, dejando que León, después de un total de tres horas completas de entrenamiento, comenzara su primer vuelo solo.

Necesitó un esfuerzo deliberado de mente y cuerpo para obligarse a estirar la mano hacia adelante y agarrar la manija del acelerador. Su mente giraba sobre sí. Había olvidado todo lo que acababa de aprender. Comenzó su carrera para el despegue con el viento detrás de la cola. El *Abejorro* corrió y corrió, levantando velocidad de aire tan gradualmente que sólo pudo ponerlo en el aire unos segundos antes de golpear contra el cerco que servía de límite a la pista. Pasó sobre él apenas un metro arriba, pero por lo menos estaba volando. Echó un vistazo atrás por encima de su hombro y vio al *Graf Otto* de pie delante del hangar, con los puños sobre las caderas, la cabeza hacia atrás y todo su cuerpo

retorciéndose de risa.

«Maravilloso sentido del humor tiene usted, Von Meerbach. Hiere deliberadamente a un par de búfalos y envía a un total principiante a matarse. ¡Cualquier cosa con tal de divertirse!» Pero su enojo fue efímero y olvidado casi de inmediato. Estaba volando solo. La tierra y el cielo le pertenecían sólo a él.

El cielo estaba brillante y claro, salvo por una única nube plateada que no parecía mucho más grande que su mano. Hizo subir al *Abejorro* y giró hacia ella. Parecía casi sólida como la tierra y voló cerca, por encima de ella. Luego dobló y regresó, y esta vez tocó los bordes plateados de las nubes con sus ruedas como si estuviera aterrizando sobre ellas.

—¡Estoy jugando con las nubes! —exclamó exultante—. ¿Así es como los ángeles y los dioses pasan el tiempo?— Bajó a través del banco de nubes y quedó cegado por unos segundos en la niebla plateada; luego salió de golpe al atravesarlas para volver a la luz del sol, riéndose por el placer que ello le causaba. Se lanzó en picada bajando y bajando, y la enorme tierra marrón se apresuraba en su ascenso para encontrarse con él. Enderezó la máquina y las ruedas pasaron rozando las copas de los árboles. La amplia extensión de las llanuras de Athi se extendía hacia adelante y se dejó caer todavía más bajo. A diez metros por encima del suelo y a ciento cincuenta kilómetros por hora se lanzó por la tierra salvaje carente de árboles. Las manadas de animales se dispersaban en un pandemonio bajo sus ruedas. Volaba tan bajo que tuvo que levantar el extremo del ala de babor para evitar chocar con el cuello extendido de una jirafa macho al galope.

Trepó otra vez y se volvió hacia la línea de las colinas Ngong. A tres kilómetros de distancia pudo ver los techos de paja del campamento Tandala. Voló sobre él tan bajo que pudo reconocer las caras del personal del campamento, que lo miraban asombradas. Allí estaban Manyoro y Loikot. Sacó la cabeza por el costado de la cabina y saludó con la mano, y ellos bailaron haciendo piruetas, devolviéndole el saludo con la mano en un estado de salvaje euforia.

Buscó una cara blanca entre ellos, no cualquier cara blanca, sino aquella que era especial, y sintió una cierta decepción al no encontrarla. Regresó hacia la pista de aterrizaje y estaba casi rozando las alturas de las colinas Ngong cuando vio el caballo. La yegua gris que ella siempre elegía estaba en la línea del cielo directamente adelante. Luego la vio parada al lado. Llevaba una blusa amarilla brillante y un sombrero de paja de ala ancha. Miró al avión que se acercaba, pero no hizo movimiento alguno.

«Por supuesto, no sabe que soy yo. Piensa que es el *Graf Otto*». León le sonrió y bajó hacia ella. Empujó sus antiparras hacia atrás y se inclinó sobre el costado de la cabina. Estaba tan cerca de ella que pudo ver el instante en que lo reconoció. Ella echó la cabeza hacia atrás y vio el destello de sus dientes cuando

se rio. Se quitó rápidamente el sombrero y lo agitó cuando él pasó ruidosamente sobre ella, tan cerca que la yegua cabriólo y sacudió la cabeza alarmada. Imaginó incluso haber visto el color de los ojos de Eva.

Mientras subía alejándose, se volvió en su asiento para mirarla. Ella todavía estaba saludando con la mano. La quería en la cabina junto a él. Quería poder extender la mano y tocarla. Entonces, recordó el bloc de señales en la guantera junto a él. El *Graf Otto* había usado una página del bloc para ilustrar un punto de la instrucción. Atado a él con un trozo de cuerda había un lápiz. Sujetó el bloc con las rodillas e hizo rápidamente unos garabatos, mientras mantenía la otra mano en los controles. « Vuela conmigo a monte Lonsonyo. Tejón ». Arrancó la página y la dobló en un cuadrado diminuto. En la guantera donde había encontrado el bloc, había un ovillo de cintas color escarlata para mensajes, cada una de casi dos metros de largo. Sacó una. En un extremo tenía un peso de plomo del tamaño de una bala de mosquete y en el otro había una bolsita pequeña con un broche. Metió la página doblada en ella y la cerró. Luego dio la vuelta con el *Abejorro*.

Ella todavía se hallaba en la cima de la colina, pero ahora estaba montada en la yegua gris. Cuando vio al *Abejorro* que regresaba, se paró en los estribos. Él hizo un cálculo apresurado de altura y velocidad, y luego dejó caer la cinta de señales por un lado de la cabina de piloto. Se desenrolló en la estela y bajó ondeando.

Eva hizo girar a la yegua y galopó hacia el trozo escarlata que caía. Cuando él hizo girar la máquina en un círculo cerrado de regreso hacia ella, la vio saltar de la silla de montar cuando encontró la cinta. Abrió la bolsita y sacó su nota, la leyó y agitó ambas manos por encima de su cabeza, asintiendo efusivamente con la cabeza. Sus dientes destellaron cuando se rio.



El día al aire libre de Otto von Meerbach en el campo de aviación subió gradualmente de estatus hasta que llegó a eclipsar casi cualquier otro acontecimiento en la historia de la colonia, incluyendo la llegada del primer tren de la costa o incluso la visita de Theodore Roosevelt, el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Como comentó alguno de los graciosos concurrentes de la larga barra del Muthaiga Country Club, este último no había ofrecido viajes gratis en avión.

Para el amanecer del gran día, una pequeña ciudad de carpas rodeaba el campo de polo. La mayor parte de ellas alojaba a las familias de colonos que habían venido de las zonas rurales circundantes, pero otros eran puestos de refrescos en los que lord Delamere distribuía gratis cerveza y limonada, y el Instituto de Mujeres repartía tortas de chocolate y pasteles de manzanas.

El chef del Hotel Norfolk supervisaba los animales en los asadores sobre las brasas. La banda de los RAR afinaba sus instrumentos preparándose para la llegada del gobernador. Pandillas de niños pequeños y perros vagabundos se movían por el campo en busca de sobras y travesuras. Los puestos de refresco no dejaban de trabajar y las apuestas eran de tres a uno a que la provisión de cerveza sería insuficiente para durar todo el día. Los mecánicos de Gustav Kilmer estaban ocupados poniendo a punto los motores de los aviones y llenando los tanques de combustible. Filas de niños excitados se iban formando para los vuelos prometidos, gritando de emoción cada vez que uno de los motores bramaba.

Para entonces, León había volado un total de doce horas en el *Abejorro* y el *Graf Otto* les aseguraba a los padres preocupados que sus vástagos estarían muy seguros con un piloto tan experimentado al mando. Eva asumió la responsabilidad de controlar aquellos amontonamientos de niños. Obligó a sus madres y a las señoras miembros de la comisión del Club de Polo a que actuaran como ayudantes. Algunas sabían un poco de alemán o francés y parecían entenderse bastante bien. Cada vez que León la miró durante la mañana, ella tenía a un niño pequeño sobre la cadera y media docena de otros colgados de sus brazos o faldas.

Ésta era una mujer diferente de la enigmática y hermosa acompañante del *Graf Otto*. Sus instintos maternos habían sido activados, su cara se veía radiante y le brillaban los ojos. Sus risas eran rápidas y no contenidas mientras alzaba a los pequeños hasta la cabina del *Abejorro*, donde León y Hennie du Rand los sujetaban con correas a los asientos. Cuando la cabina estuvo llena casi hasta el borde con todos aquellos niños, León hizo arrancar los motores y los niños chillaron aterrados y felices. A un costado, la banda de los RAR hacía escuchar una entusiasta marcha militar. Luego el *Abejorro* rodó hacia la pista, siguiendo al *Graf Otto* en el *Mariposa* con pasajeros más dignos e ilustres. Las dos aeronaves despegaron en formación, dieron dos vueltas alrededor de la ciudad, y luego regresaron para aterrizar. Eva estaba junto a la escalerilla del *Abejorro* ayudando a los niños a bajar. Hennie y Max Kosenthal les entregaban el modelo de la aeronave y la siguiente tanda de pequeños pasajeros era subida a bordo.

León estaba fascinado por esta nueva manifestación de Eva. Había levantado

las cortinas para permitir que su tibieza interior y su capacidad femenina de bondad y afecto brillaran hacia afuera. Los niños vieron esto y eran atraídos hacia ella como hormigas hacia un tazón de azúcar. A León le pareció que Eva se había convertido ella misma en niña, totalmente feliz y natural. A medida que pasaba el día y las filas de niños parecían no acabar nunca, la mayoría de sus ayudantes estaban desfallecientes de calor, pero Eva era infatigable. León la observó cuando se arrodilló en el polvo, con mechones de pelo húmedos por el sudor, que le caían sobre los ojos, lo que la obligaba a fruncir los labios y soplar para apartarlos mientras limpiaba a una niñita que había vomitado por el mareo. Tenía las botas cubiertas de polvo y sus faldas llevaban las marcas de muchos dedos sucios, pero su rostro brillaba por el sudor y la felicidad.

León miró a su alrededor. El *Graf Otto* había despegado en el *Mariposa* para su siguiente vuelta, llevando consigo al general de brigada Penrod Ballantyne y al director del Barclays Bank Gustav Kilmer estaba junto al hangar, de espaldas a ellos mientras retiraba el tapón de otro tambor de combustible. Por el momento no estaban bajo vigilancia.

—¡Eva! —la llamó.

Ella devolvió los niños a sus madres y se acercó a un costado de la aeronave, donde fingió ocuparse de los que estaban esperando. Le habló a León sin mirarlo.

—Te gusta vivir peligrosamente, Tejón. Bien sabes que no debemos hablar en público.

—Debo aprovechar toda oportunidad de tenerte a solas.

—¿Qué querías decirme? —Su expresión se había ablandado, pero apartó la mirada rápidamente.

—Eres buena con los niños —le dijo—. No esperaba eso de una gran dama como tú.

Otra vez lo miró, sonriendo, con sus ojos brillantes y espontáneos que no ocultaban nada.

—Si crees que soy una gran dama, no me conoces bien.

—Creo que sabes lo que siento por ti.

—Sí, Tejón. Lo sé. No eres bueno para guardar secretos. —Se rio.

—¿No hay ninguna posibilidad de que alguna vez podamos estar solos los dos juntos? Son tantas las cosas que quiero decirte.

—Gustav nos está mirando. Ya hemos hablado demasiado tiempo. Debo irme.

Para la media tarde, las filas de niños llegaban a su fin. León estaba agotado. Había perdido la cuenta del número de despegues y aterrizajes que había llevado a cabo. No todos habían sido perfectos, pero no le había hecho ningún daño obvio al *Abejorro* y tampoco había recibido ninguna queja de sus pequeños clientes. Miró la fila con cansancio. Quedaban cinco niños, de modo que éste sería su último vuelo del día.

Entonces, algo atrajo su atención. Alguien lo estaba saludando con la mano desde el otro lado de la cerca. Le tomó un momento reconocer la cara del hombre, y podría haber necesitado más si no hubiera sido por las niñas vestidas con brillantes saris que estaban detrás de él.

—¡Por todos los cielos! —León se dio cuenta—. Es el señor Goolam Vilabjhi con sus querubines. —Entonces vio que el más pequeño estaba llorando y los otros parecían tener sus corazones a punto de romperse. Se paró en la cabina y les hizo señas para que se acercaran. Se dirigieron a los portones del campo en un grupo familiar compacto. Pero uno de los miembros de la comisión del Club de Polo, que estaba cumpliendo funciones de guardián, se ocupaba de impedir el ingreso de elementos no deseados. Era un hombre grande y fornido, con un vientre como barril de cerveza y una cara muy roja y quemada por el sol. León sabía que era un colono reciente que había abandonado la madre patria para ocuparse de su concesión de mil quinientas hectáreas. Evidentemente, había aprovechado sin límites la cerveza gratis de lord Delamere. Había interceptado al señor Vilabjhi con movimientos negativos de cabeza. La consternación en las caras de las niñas era patética.

León bajó de un salto de la cabina y se dirigió hacia la puerta, pero era demasiado tarde. Eva se le había adelantado. Ella corrió hacia el guardia como un Jack Russell terrier detrás de una rata, y él se retiró apresuradamente antes de su arremetida. Tomó con sus manos a dos de las niñas de Vilabjhi y León corrió para tomar el resto. Le habló por sobre sus cabezas.

—¿Cuándo tendremos una oportunidad de estar solos?

—Ten paciencia, Tejón. Por favor. Ahora basta. Gustav nos está mirando otra vez.

Ella hizo subir al último niño por la escalerilla de la cabina y fue hasta donde el señor Vilabjhi estaba mirando nervioso desde el portón. Cuando León hizo regresar al *Abejorro* a la pista después del vuelo, ella seguía manteniendo una larga conversación con él junto al portón.

« Todo hombre en la colonia está fascinado con ella y yo soy el último de la fila ». León se sorprendió por la fuerza de sus propios celos.



La Noche de Damas en el casino del regimiento de los RAR fue otro enorme éxito para todos, menos para León. Estaba en la barra y miraba a Penrod, que bailaba el vals con Eva. Su tío era una figura imponente vestido con el uniforme de gala y bailaba con elegancia. Eva se veía ligera y encantadora en los brazos de él, con su pelo brillante balanceándose y los hombros desnudos. Su vestido era de una sutil tonalidad de violeta que acompañaba sus ojos y destacaba la piel satinada de su escote. Tenía pechos redondos y bien formados. Sus brazos eran largos y elegantes. La piel le brillaba y las mejillas estaban ligeramente coloradas mientras se reía de una de las ocurrencias de Penrod. Al pasar junto a él dando vueltas, León pudo escuchar algo de su conversación. Estaban hablando en francés y Penrod desplegaba toda su simpatía y sociabilidad.

« ¡El viejo bastardo! —pensó León amargamente—. Tiene edad como para ser su abuelo, pero yo no le dejaría nada cerca de él». Luego vio el destello en los ojos de Eva y el brillo de sus dientes blancos perfectos cuando le sonrió. « Ella no es mejor que él. ¿No puede resistir la tentación de sonreírle a cada hombre que pasa por su vida?»

La noche se extendió de manera interminable. Los chistes de sus hermanos oficiales se caían de viejos, los discursos fueron aburridos, la música era fuerte y desafinada y hasta el whisky tenía mal sabor. Hacía calor esa noche y el aire en el salón era sofocante. Se sentía enjaulado. La niña a quien nadie sacaba a bailar, y con la que estaba cumpliendo con su deber padecía de halitosis; apenas se la devolvió a su enorme y esperanzada madre, se escapó agradecidamente hacia la noche.

El aire era agradable, el cielo estaba claro y las estrellas eran maravillosas. Escorpio estaba cabeza abajo con su agujijón levantado, listo para atacar. León se metió las manos en los bolsillos y se paseó tristemente por la plaza de armas. Cuando terminó de dar la vuelta y estuvo de regreso en el casino, vio a un pequeño grupo de hombres en la galería. Estaban fumando cigarros, y León escuchó la carcajada de una voz que le resultaba familiar y que se destacaba en el centro del grupo. Fue respondida casi de inmediato por otra que le crispó los nervios de manera tan dolorosa como la primera. «La Rana Snell y su servil chupamedias Eddy Roberts —pensó irritado—. Justo cuando empezaba a sentirme mejor, aparecen las dos personas en el mundo con quienes menos quiero encontrarme» .

Por suerte, había una entrada trasera al salón de baile, así que se dirigió silenciosamente por la pared lateral del edificio, que estaba cubierto por una densa enredadera, una bignonia roja.

Cuando dobló la esquina, se encendió un fósforo Vesta, que brilló en la oscuridad, y vio a una pareja parada entre la discreta cortina de las hojas y las flores de la enredadera. La mujer estaba de espaldas a él. Ella había encendido el Vesta y lo sostenía para el hombre, que se agachó sobre la llama para

encender su cigarro. Él se enderezó echando hilos de humo. El Vesta todavía se estaba quemando y gracias a su luz León vio que el hombre era Penrod. Ni él ni la mujer se dieron cuenta de su presencia.

—Gracias, mi querida —dijo Penrod en inglés. Entonces, descubrió a León y su expresión cambió a una de cierta alarma—. ¡Es León! —exclamó.

«Raro comentario», pensó León. Sonaba más como una advertencia que como un saludo amistoso. La mujer dio la vuelta para mirarlo, todavía sosteniendo el Vesta encendido. Lo dejó caer y le puso el pie encima para apagar la llama, pero él alcanzó a ver la expresión de su cara. Ella y Penrod estaban actuando como un par de conspiradores.

—*Monsieur* Courtney, ¡qué susto me dio! No lo escuché acercarse.

Habló en francés... pero ¿por qué hacía apenas unos segundos, Penrod le había hablado en inglés?

—Perdóneme. Estoy interrumpiendo.

—De ninguna manera —negó Penrod—. El aire en el salón está sofocante. Esos pequeños ventiladores *punkah* son peor que inútiles. *Fräulein* von Wellberg se sintió mal y necesitaba un poco de aire fresco. Y yo, por otro lado, necesitaba fumar. —Pasaba al francés cuando se dirigía a Eva—. Le estaba diciendo a mi sobrino que usted estaba un poco indispuesta por el calor y el aire viciado.

—Me siento bien ahora —respondió, en la misma lengua, y aunque León no podía ver su cara, parecía completamente serena otra vez.

—Estábamos hablando de la banda y su repertorio musical —informó Penrod—. *Fräulein* von Wellberg siente que su interpretación de Strauss se parece a una danza tribal de guerra y prefiere la manera en que se las arreglan con la polca.

«Tío, me parece que usted está hablando demasiado —pensó con cierta amargura—. Algo muy extraño está pasando aquí». Por un rato más, participó en esa conversación insignificante; luego se inclinó ante Eva.

—Por favor, excúseme *Fräulein*, pero yo no soy tan fuerte como ustedes dos. Debo ir a mi casa a dormir un poco. ¿Usted y el *Graf* regresarán al campamento Tandala después del baile, o se alojarán en el Hotel Norfolk?

—Tengo entendido que Gustav nos llevará de regreso al campamento en el vehículo de caza —respondió Eva.

—Muy bien. He dado órdenes a mi personal para que tengan todo listo a su regreso. Si hay algo que usted necesite, no tiene más que hacérselos saber. Imagino que mañana usted y el *Graf* Otto querrán dormir hasta más tarde. El desayuno será servido cuando usted lo pida. —Inclinó la cabeza hacia Penrod—. Aunque claramente hay que cumplir con el deber, señor, estoy descubriendo que la carne se cansa rápido. Uno o dos más bailes por deber y me veré envuelto en una nube de polvo cuando me vaya a la cama.

—Como buen tío, haré una mención amable sobre ti en los despachos, mi muchacho. Has mantenido en alto el honor del regimiento. La manera en que



llevaste la antorcha encendida con la hija de Charlie Warboys fue muy agradable de observar. Has sido evaluado y no has quedado mal.

—Muy amable de su parte, tío. —Los dejó, pero cuando llegó a la puerta del salón se dio vuelta para mirarlos. Eran dos siluetas oscuras y no pudo ver sus caras, pero había algo en la manera en que se inclinaban uno hacia el otro, una tensión en la manera en que sostenían sus cabezas que lo convenció de que ya no estaban hablando de la interpretación de la polca, sino de algo de mucha más importancia.

«¿En qué andan ustedes dos? ¿Quién eres realmente, Eva von Wellberg? Cuanto más me acerco a ti, más escurridiza te vuelves. Cuanto más me entero de ti, menos te conozco» .



León fue despertado por el ruido del vehículo de caza Meerbach que llegaba por el camino de la ciudad con el *Graf* cantando la canción de cervecería alemana «Perdí mi corazón en Heidelberg» a todo pulmón. Se sentó en la cama, encendió un Vesta y verificó la hora en el reloj de plata de Percy, que estaba en la mesa de luz. Faltaban seis minutos para las cuatro de la mañana. Escuchó el ruido del automóvil al detenerse en el campamento y el sonido de las puertas al cerrarse, la voz del *Graf* Otto que le gritaba las buenas noches a Gustav y la risa de Eva. León sintió una puñalada de celos y farfulló:

—Por el ruido que haces, has bebido un barril, *Graf*. Deberías tener más cuidado cuando bebes con Delamere. Espero que tengas una resaca atroz por la mañana. Te lo mereces, bastardo.

Quedó decepcionado. El *Graf* Otto apareció en la carpa-comedor un poco después de las ocho, con aspecto alegre y descansado. El blanco de sus ojos era tan claro y brillante como el de un bebé. Le gritó a Ishmael que le trajera café y cuando éste llegó, echó un chorro de coñac en el jarro caliente.

—Beber me da mucha sed. Ese inglés loco de Delamere se quedó sin gente por la que brindar, así que al final de la noche estábamos brindando por su caballo favorito y por su perro de caza. Está loco ese tipo. Habría que encerrarlo por su propio bien y por el bien de todos los demás.

—Según recuerdo, no fue lord Delamere el que se paró de cabeza en medio de la pista de baile y bebió un vaso de coñac estando boca abajo.

—No, ése era yo —admitió el *Graf Otto*—. Pero fui desafiado por Delamere. No tuve más remedio que hacerlo. ¿Usted sabía que fue mordido por un león cuando era más joven? Ésa es la razón por la que cojea.

—Todo el mundo en la colonia conoce esa historia.

—Estaba tratando de matarlo con un cuchillo. —El *Graf Otto* sacudió la cabeza tristemente—. ¡Qué loco! Habría que encerrarlo, realmente.

—Dígame, *Graf Otto*, ¿no es igualmente loco tratar de matar uno con una *assegai*?

—*Nein!* ¡De ninguna manera! Un cuchillo es algo estúpido, pero una lanza es sumamente lógica. —El *Graf Otto* terminó su café y golpeó la mesa con su jarro—. Le agradezco que me lo recuerde, Courtney. Ya estoy harto de estas bromas de estudiantes, como dice el loco Delamere. He brindado por todo el mundo y he bailado con cada una de las gordas matronas británicas en la colonia. He hecho volar en mis hermosas máquinas a sus malcriados hijos que vomitan. En pocas palabras, he cumplido con todas las finezas requeridas y he dado cumplimiento a mis obligaciones sociales con el gobernador y los ciudadanos de esta colonia. Ahora quiero salir a la tierra virgen y dedicarme un poco a la caza de verdad.

—Me encanta escucharlo decir eso, señor. Como usted, yo ya he tenido suficiente de Nairobi por un tiempo.

—¡Bien! Puede partir de inmediato. Convoque a esos dos altos paganos suyos y lleve al *Abejorro* a los terrenos de caza. Haga correr la voz en todas las tribus a lo largo y lo ancho del valle del Rift de que estoy buscando el león más grande que haya existido en la tierra de los masai. Le daré una recompensa de veinte cabezas de ganado vacuno al jefe cuyo pueblo lo encuentre para mí. Váyase ahora y no regrese hasta que tenga buenas noticias para traerme. Recuerde, Courtney, debe ser grande y su melena debe ser tan negra como el sabueso del infierno.

—De inmediato, *Graf*, pero ¿puedo acabar esta taza de café antes de partir?

—Otro buen chiste inglés. *Ja*, es gracioso. Ahora le contaré un buen chiste alemán. Encuentre mi león o le patearé el culo hasta que usted cojee peor que el maldito Delamere. Éste sí que es un chiste realmente gracioso, ¿no?

Cuando Eva entró en la carpa-comedor una hora después, el *Graf Otto* estaba solo en la larga mesa con un motón de documentos apilados delante de él. Examinaba detenidamente uno que llevaba el escudo del águila negra del Ministerio de Guerra alemán y hacía anotaciones en su libreta. Lo dejó a un lado y levantó la vista cuando Eva apareció en la entrada de la carpa con la luz de la

mañana detrás de ella. Llevaba sandalias y un ligero vestido de verano con un estampado floral encantador, que la volvía tan atractiva como una escolar. Tenía el cabello recién lavado y cepillado en una cascada de pequeñas ondas como de piel de marta cebellina que le caían por la espalda. Sus labios estaban sin pintar. Se le acercó por detrás y le puso un brazo sobre el hombro. Él le tomó la mano, le abrió los dedos y le besó la palma.

—¿Cómo puedes ser tan hermosa? —le preguntó—. ¿No te sientes culpable por hacer que cualquier mujer que esté cerca de ti se vea insulsa y fea en comparación?

—¿Y tú no te sientes culpable por mentir con tanta facilidad y de manera tan convincente? —Lo besó directamente en la boca; luego dejó escapar unas risitas y se apartó cuando él extendió su mano para tocarle los pechos—. Debes alimentarme primero, mi querido *Graf* Otto.

Ishmael se había preparado para su llegada. Llevaba su mejor fez escarlata con una borla negra; su *kanza* había sido lavada cuidadosamente y luego planchada para que quedara inmaculada como una nevada nueva. Sus dientes destellaron brillantes cuando sonrió.

—Buenos días, *memsahib*. ¡Que su día esté lleno del perfume de las rosas y tenga el sabor de frutas tan dulces como éstas! —Habla en francés mientras ponía una fuente de rebanadas de mangos, bananas y papayas delante de ella.

—*Merci beaucoup*, Ishmael. ¿Dónde aprendió usted a hablar tan buen francés?

—Trabajé muchos años para el cónsul en Mombasa, *memsahib*. —Ishmael sonrió radiante. Ella había hechizado a todo el personal del campamento Tandala.

—Fuera de aquí, infiel de falsa sonrisa —intervino el *Graf* Otto—. Mi café está frío. Tráeme otra cafetera. —Tan pronto como Ishmael se retiró, su estilo cambió y se puso formal y serio—. Bien, me pude deshacer de Courtney. Lo envié a los lugares de caza a buscar el león del que tanto hemos hablado. Estará bien lejos mientras se ocupa de su tarea. A pesar de su aspecto honesto y su personalidad cautivadora, no confío en él. Es demasiado sagaz para mi gusto. Anoche llevaba puesto el uniforme del ejército. Ése fue el primer indicio que tuve de que estaba en la lista de reserva del ejército británico. Además, me enteré por Delamere que el general de brigada Ballantyne es su tío. Sus conexiones con el ejército británico son fuertes. En el futuro debemos ser más cuidadosos con él.

—Por supuesto, Otto. —Se sentó en la silla al lado de él y concentró su atención en la fuente de fruta.

—Llegó un cable de Berlín ayer. Han organizado mi reunión con Von Lettow para el día diecisiete —continuó—. Es un vuelo largo a Arusha, pero no puedo permitirme estar lejos mucho tiempo. Hay demasiadas personas que nos observan. Empaca algunas de tus cosas bonitas, Eva. Quiero estar orgulloso de ti.

—¿Realmente me necesitas contigo, *Graf Otto*? Serán todas charlas de hombres y muy aburridas. Preferiría quedarme aquí y pintar un poco. —Pinchó una rebanada de mango maduro.

Su actitud de cierto desinterés por sus asuntos de negocios y sus propiedades era una pose que ella había perfeccionado a lo largo de su prolongada relación con él. Le proporcionaba frutos mucho más grandes que si hubiera tratado de obtener información de él. Una vez más su paciencia había sido recompensada generosamente. Por primera vez desde que habían partido de Wieskirche, había mencionado a Von Lettow Vorbeck. Ella sabía que ése era el verdadero propósito de su expedición africana. Eso era lo que estaba tras toda esa actuación y falsas demostraciones.

—Sí, efectivamente, *Liebling*. Sabes que siempre te necesito conmigo.

—¿Quién estará ahí, aparte de Von Lettow? ¿Habría alguna otra mujer?

—Lo dudo. Von Lettow es soltero. Es posible que el gobernador Schnee esté ahí, pero él y Von Lettow no se llevan bien, o por lo menos eso creo. No será una ocasión social. La persona más importante en la reunión será el bóer sudafricano, Koos de la Rey. Él es el eje en torno al que todo gira.

—Tal vez soy sólo una niña tonta, como a menudo dices, pero ¿no es ésta una manera muy complicada de encontrarse? ¿No habría sido más fácil para este general bóer simplemente haber viajado a Berlín... o no podíamos nosotros haber viajado a Ciudad del Cabo en la comodidad de un transatlántico como el *Admiral*?

—En Sudáfrica, De la Rey es un hombre marcado. Fue uno de los líderes bóers que luchó muy duro contra los británicos. Desde el armisticio, no es ningún secreto que él alberga profundos sentimientos contra los británicos. Cualquier contacto entre él y nuestro gobierno encendería las alarmas en Londres. La reunión tiene que ser fuera de su propio país. Hace diez días, con gran secreto, fue recogido de la costa sudafricana por uno de nuestros submarinos y traído a Dar-es-Salaam. Después de nuestra reunión, regresará por la misma ruta.

—Mientras tanto, tú estás en un safari de caza mayor en un país vecino. No hay nada que lleve a alguien a sospechar que ustedes dos alguna vez estuvieron en contacto. Ahora veo que se trata de una muy prolija conspiración.

—Me alegro que lo apruebes. —Sonrió sarcásticamente.

—Todo este asunto debe ser muy importante para ti si vas a pasar tanto tiempo en eso, cuando podrías haber estado cazando.

—Lo es. —Asintió con la cabeza seriamente—. Créeme, lo es.

El instinto le advirtió que había ido bastante lejos por el momento. Suspiró y murmuró:

—Muy importante y mortalmente aburrido. Si voy contigo, ¿me comprarás un bonito regalo cuando regresemos a Alemania? —Hizo un mohín y movió las largas pestañas oscuras, usando sus ojos con astucia. Esto tenía mucho más que

ver con el personaje que había construido para complacerlo. Era el tipo de respuesta superficial que él había llegado a esperar de ella. En el tiempo que llevaban juntos, ella había descubierto cómo manejar cada situación que pudiera surgir entre ellos y cómo satisfacer de la mejor manera todas sus expectativas. Comprendía precisamente qué necesitaba él de ella. Otto no quería que fuera una compañera, o alguien que le diera estímulo intelectual. Había muchos otros que podían hacer eso. Él la quería como un ornamento, una belleza poco complicada y dócil, alguien que pudiera primero excitar para luego hábilmente satisfacer sus pasiones animales. La quería como una pertenencia agradable, que provocara la envidia y la admiración de otros hombres y mujeres; una condecoración que aumentara su propia posición y prestigio social. Tan pronto como ella se convirtiera en una molestia, la descartaría con la misma facilidad con que se tira un par de zapatos que hacen doler los pies. Ella sabía muy bien que cientos de otras mujeres hermosas estarían encantadas de tomar su lugar. Era una medida de sus habilidades como cortesana el hecho de que él la hubiera conservado tanto tiempo a su lado.

—Será el regalo más bonito que podamos encontrar en todo Berlín —acordó fácilmente.

—¿Te parece que lleve el vestido de Fortuny que me compraste en París? ¿Qué crees que el general Von Lettow Vorbeck pensará de él?

—Una mirada a ti con ese vestido y sus pensamientos harían que lo metieran entre rejas en cualquier sociedad decente —dijo el *Graf* Otto riéndose. Luego levantó la voz y gritó—: ¡Ishmael! —Apenas éste apareció, le ordenó—: ¡Haz que *bwana* Hennie venga acá! Dile que venga de inmediato.

En unos minutos, Hennie du Rand apareció en la puerta de la carpa. El gesto apretado de su cara marrón y curtida por el clima era de preocupación y sostenía su manchado sombrero flexible sobre el pecho, retorciéndolo entre los dedos con manchas de grasa.

—Entra, Hennie. No te quedes allí parado. —El *Graf* Otto lo saludó con una sonrisa amistosa y luego miró a Eva—. Debes perdonarnos, *Liebling*. Ya sabes que Hennie no habla alemán, así que hablaremos en inglés.

—Por favor, *Graf* Otto, no te preocupes por mí. Tengo mi libro de aves y mis binoculares. Estaré muy bien. —Se agachó para besarlo cuando pasó junto a su silla; luego fue a sentarse justo afuera de la carpa, donde tenía una buena vista del bebedero y el comedero para pájaros que León había instalado para que ella estuviera entretenida. Bandadas ruidosas de pájaros cantores estaban reunidas a su alrededor: pinzones de fuego, picos de coral, pájaros tejedores y canarios silvestres.

Aunque estaban a una distancia desde la que podía escucharlos, ignoró la conversación de los dos hombres en la carpa-comedor mientras se concentraba en capturar en su cuaderno de dibujo las formas y los colores de aquellas

pequeñas criaturas que eran como joyas.

Casi de inmediato, el *Graf Otto* se olvidó de ella y dedicó toda su atención a Hennie.

—¿Conoces bien Arusha y el campo de esa zona, Hennie?

—Trabajé en una compañía maderera allí durante dos años. Estaban talando en las pendientes bajas del monte Meru. Llegué a conocer bien el área.

—Hay un fuerte militar sobre el río Usa, ¿ja?

—*Ja*. Es un punto de referencia de la zona. La gente de por allí lo llama el Castillo Bañado de Azúcar. Está pintado de blanco brillante y hay torrecillas y almenas en toda la parte de arriba de las murallas. Parece salido de un libro ilustrado pava niños.

—Vamos a volar a ese lugar. ¿Crees que podrías encontrarlo desde el aire?

—Nunca he volado en avión, pero estoy seguro de que hasta un ciego podría ver esa construcción desde una distancia de cien kilómetros.

—Bien. Prepárate para partir mañana por la mañana al clarear el día.

—Apenas puedo creer que estaré volando en una de sus máquinas, señor. — Sonrió—. Puedo ayudar con el mantenimiento y el abastecimiento de combustible.

—No te preocupes por eso. Gustav se ocupa de esos detalles. No es para eso que vienes conmigo. Necesito que me presentes a un viejo amigo tuyo.



El sol estaba todavía debajo del horizonte cuando el *Mariposa* levantó vuelo del campo de polo. Hacía frío por las ráfagas de aire de las horas previas al amanecer y todos en la cabina iban protegidos con grandes abrigos. El *Graf Otto* fue directamente al Sur a mil metros sobre el suelo y no mucho después de que cruzaron la escarpadura del valle del Rift, el sol apareció por encima del horizonte con sorprendente rapidez e iluminó el gran bastión montañoso del Kilimanjaro, el cual, aunque estaba a más de ciento cincuenta kilómetros de allí, seguía dominando el horizonte del Sur.

Eva iba sola en el asiento trasero de la cabina, fuera de la vista del *Graf Otto*,

que estaba sentado adelante, frente a los controles. Estaba acurrucada detrás del parabrisas, envuelta en su pesado abrigo de loden. Llevaba el pelo cubierto con su casco y los ojos, protegidos con las lentes ahumadas de sus antiparras. Gustav y Hennie iban en la parte de adelante de la cabina, absortos en la vista ante de ellos. Ninguno se dio vuelta para mirarla. Por lo general, todos los ojos estaban sobre ella, y era extraño no ser observada. Por una vez no tenía que actuar. Por una vez podía dejar que sus emociones se soltaran del freno que ella les ponía y se sintieran libres.

Al mirar por el lado de estribor de la cabina, pudo tener una amplia vista de la enorme región color marrón, a lo largo y a lo ancho del amplio valle del Rift. Aquellos espacios inmensos aumentaban su sensación de soledad. La hacían sentirse diminuta e insignificante. La sensación de total aislamiento de todo contacto humano significativo la sobrecogió. Consideró las profundidades de su desesperación y lloró. Era la primera vez que derramaba lágrimas desde aquel frío día de noviembre de hacía seis largos años en que, parada junto a la tumba, vio el ataúd de su padre cuando lo bajaban a la tierra. Había estado sola desde entonces. Era demasiado tiempo.

Oculto por el casco, lloró en silencio y en secreto. Esta debilidad repentina la aterrorizó. En todos los años en que se había visto forzada a vivir una vida de ilusión y desilusión, de jugar el juego de sombras y espejos, nunca había sido asaltada por sentimientos como éstos. Siempre fue fuerte. Siempre supo cuál era su deber y era constante en su determinación. Pero en ese momento algo había cambiado y no sabía qué era.

Entonces, sintió que el avión descendía en un ángulo pronunciado y vio una montaña que aparecía en lo alto. Se había retirado tan profundamente dentro de sí que creyó que era un truco de su imaginación. La montaña era tan etérea que flotaba sobre una nube plateada. Sabía que no podía ser real. ¿Era un rayo de esperanza en medio de su desolación? ¿Era su refugio en el cielo, donde podía esconderse de las manadas de lobos que la perseguían? Imágenes tan inconsistentes y extravagantes como esta montaña de ensueño pasaban fugazmente por su mente.

Entonces, con un sobresalto, se dio cuenta de que no se trataba de un sueño. Era Lonsonyo. Las nubes sobre las que parecía flotar eran un compacto banco de neblina plateada en su base. Mientras miraba la neblina empezó a disiparse en la tibieza del sol naciente y el macizo de Lonsonyo quedó a la vista.

Sintió que la desesperación abandonaba su alma como una vieja piel y la fuerza volvía a ella. Comprendió los cambios que la habían abrumado de manera tan repentina y completa. Hasta ese momento había creído que sólo la fuerza la mantenía en el curso trazado, pero ahora sabía que era resignación. No había habido ningún otro camino posible para ella. Pero eso había cambiado. No era la desesperación la que la había sobrecogido de manera tan repentina, sino la

esperanza. Una esperanza tan fuerte que superaba todo lo demás.

—La esperanza que nace del amor —susurró para sí. Nunca había podido amar a un hombre antes. Nunca había podido confiar en un hombre antes. Nunca antes había permitido que un hombre penetrara en sus sitios más secretos y bien protegidos. Por eso fue que el sentimiento le había resultado tan extraño. Por eso fue que no lo había sabido de inmediato. En ese momento, había encontrado a un hombre que le había hecho atreverse a tener esperanza. Hasta entonces ella se había resistido, pues lo conocía poco a él, tanto como él la conocía a ella. Pero en ese momento su resistencia se había desmoronado. Lo había dejado entrar. A pesar de sí misma, se había rendido a él. Por primera vez en su vida, le había dado a alguien su confianza y su amor incondicional.

Sintió que esta nueva esperanza contenía sus lágrimas y fortalecía su determinación. «¡Tejón, oh, Tejón! Sé que el camino que vamos a recorrer juntos será largo y duro. Tantas trampas y escollos asedian nuestro camino. Pero sé con igual certeza que juntos podemos llegar a la cumbre de nuestra montaña».



El *Graf Otto* volaba por los cañones aéreos del cielo, con las nieves eternas y los brillantes glaciares del Kilimanjaro, que se alzaba a gran altura y proyectaba su sombra sobre ellos. El *Mariposa* fue sacudido de manera implacable por los vientos que giraban en torno a los tres picos volcánicos extinguidos de la montaña. Luego escapó de la influencia del Kilimanjaro y voló hacia la luz del sol. Pero había otra cordillera directamente delante de ellos y Meru era muy diferente del gran macizo que habían dejado atrás. Eva imaginó que, si el Kilimanjaro fuera el macho, Meru sería la hembra. Era más baja y más apacible en su aspecto, cubierta con densos y verdes bosques en lugar de ásperas rocas y hielo.

Hennie du Rand le hizo un gesto al *Graf Otto*, señalándole el nuevo curso. Giró en un ángulo cerrado por las pendientes más bajas de Meru y pasó volando sobre la ciudad de Arusha, que se acurrucaba al pie de la montaña. Luego Hennie señaló hacia adelante y vieron el brillo blanco de las murallas almenadas del fuerte Usa, que se alzaba sobre el río. Cuando el avión se acercó, pudieron ver la



bandera izada sobre la torrecilla central, que flameaba en la brisa, con el águila imperial negra de dos cabezas de Alemania sobre un fondo rojo, amarillo y negro.

El avión pasó volando bajo junto a las murallas blancas, y las figuras uniformadas sobre las almenas los observaron. Un automóvil del Estado Mayor salió por el portón principal y se dirigió hacia el terreno abierto junto a las orillas del río Usa, levantando un manto de polvo detrás de él. El *Graf* hizo un gesto de satisfacción con la cabeza. El vehículo era uno de los más recientes modelos de su propia fábrica. Había dos hombres en el asiento trasero.

Tal como había solicitado, una franja de tierra paralela a la costa del río había sido limpiada antes de su arribo. La tierra se veía tan fresca como un campo arado y los árboles arrancados se amontonaban desordenadamente a los costados. En un extremo flotaba en el aire una manga de viento en la punta de un mástil alto. El diseño de la pista de aterrizaje era exactamente como él había estipulado que debía ser en sus cables al coronel Von Lettow Vorbeck. Aterrizó con suavidad y dejó rodar al *Mariposa* hasta donde estaba estacionado el automóvil del Estado Mayor. Un oficial alemán uniformado estaba parado junto a la puerta delantera abierta del vehículo, con un pie en el estribo.

Apenas el *Graf* Otto bajó la escalerilla del avión, el oficial se adelantó para darle la bienvenida. Era un hombre alto, delgado pero con hombros anchos, con uniforme de campaña gris y casco tropical cubierto de fieltro. Llevaba las insignias rojo y oro de oficial del Estado Mayor en el cuello y la Cruz de Hierro, primera clase, en la garganta. Su prolijo bigote estaba salpicado de gris y su mirada era directa y aguda.

—¿Conde Otto von Meerbach? —preguntó mientras saludaba con elegancia.— Soy el coronel Paul von Lettow Vorbeck. —Su voz era clara y precisa, acostumbrada a mandar.

—Efectivamente, coronel. Después de toda nuestra correspondencia, estoy encantado de conocerlo. —El *Graf* Otto le estrechó la mano y observó atentamente sus facciones. Antes de partir de Berlín había hecho una visita especial al cuartel general del ejército en la avenida Unter Den Linden, donde había tenido acceso a la hoja de servicios de Von Lettow Vorbeck. Era un documento impresionante. Quizá no había ningún otro oficial de rango equivalente que hubiera estado en servicio activo tanto como él. En China había participado en la campaña para aplastar a los bóxers. En el sudoeste del África alemana había peleado a las órdenes de Von Trotha durante su despiadado genocidio de los *hereros*. Sesenta mil hombres, mujeres y niños habían sido exterminados, más de la mitad de la tribu. Después de eso, Von Lettow Vorbeck había pasado a comandar las *Schutztruppe* en el Camerún, antes de ser nombrado para la misma tarea allí, en África Oriental Alemana.

—Coronel, permítame presentarle a *Fräulein* von Wellberg.

—Encantado, *Fräulein*. —Von Lettow Vorbeck volvió a hacer el saludo militar, golpeó los tacos e hizo una reverencia mientras sostenía la puerta abierta del vehículo para que Eva se sentara en el asiento de atrás. Dejaron que Gustav y Hennie se ocuparan del *Mariposa* y partieron hacia el fuerte.

El *Graf Otto* fue directamente a lo importante. Sabía que el coronel esperaba e iba a valorar un enfoque directo.

—¿Ha llegado bien nuestro visitante del Sur, coronel?

—Lo está esperando en el fuerte.

—¿Qué le ha parecido? ¿Está a la altura de su reputación?

—Difícil decirlo. No habla ni alemán ni inglés. Sólo su *afrikáans* nativo. Me temo que usted tendrá alguna dificultad para comunicarse con él.

—Ya he tomado medidas al respecto. Uno de los hombres que traje conmigo es *afrikáner*. Es más, luchó a las órdenes de De la Rey contra los británicos en África del Sur. Además, habla un inglés fluido, como sé que usted también, coronel. No tendremos problemas para comunicarnos.

—¡Excelente! Eso sin duda va a facilitar las cosas. —Von Lettow Vorbeck asintió con la cabeza mientras atravesaban los portones para llegar al patio interior—. Después de su viaje, usted y *Fräulein* von Wellberg querrán bañarse y descansar un rato. El capitán Reitz los llevará a los aposentos que han sido preparados para ustedes. A las cuatro, es decir, en dos horas, Reitz regresará y lo conducirá a la reunión con De la Rey.

Como Von Lettow Vorbeck lo había prometido, Reitz llamó a la puerta de la suite de huéspedes precisamente a las cuatro.

El *Graf Otto* controló su reloj.

—Es puntual. ¿Estás lista, Eva? —La puntualidad era algo que esperaba de todo el mundo a su alrededor, incluso de ella. La miró desde lo alto de su brillante cabeza hasta sus pequeños y delicados pies. Ella se había ocupado de su apariencia y sabía lo encantadora que estaba.

—Sí, *Graf Otto*. Estoy lista.

—Ése es el vestido de *Fortuny*. Te queda maravillosamente.

Llamó al capitán Reitz, que entró y saludó respetuosamente. Detrás de él, Hennie du Rand estaba en la entrada abierta. Llevaba una camisa limpia, se había afeitado y alisado el cabello con fijador.

—Te ves muy elegante, Hennie —le dijo Eva. Él sabía bastante alemán rudimentario como para comprenderla y se ruborizó con placer debajo de su piel bronceada.

—Si está listo, por favor sígame, señor —lo invitó Reitz, y lo siguieron por el pasillo con suelo de piedra hasta la escalera circular que conducía arriba, a las almenas. Allí, en la terraza, el coronel Von Lettow Vorbeck los esperaba bajo un

todo de lona. Estaba sentado a una pesada mesa de teca sobre la que había una variedad de bebidas y refrigerios.

En el otro extremo de las almenas, se veía otra figura alta con levita negra. Estaba de espalda a ellos y tenía las manos agarradas por detrás. Miraba hacia el otro lado del río, al monte Meru, que podía verse entre la distante neblina.

Von Lettow Vorbeck se puso de pie para darles la bienvenida, y apenas terminó de preguntar cortésmente por la comodidad de su alojamiento, miró a Hennie con interés.

—Éste es Du Rand, el hombre del que le hablé. —Los presentó el *Graf Otto*—. Estuvo bajo las órdenes De la Rey. —Cuando se mencionó su nombre, la figura vestida de negro que estaba en el extremo de las almenas se volvió hacia ellos. Tendría unos sesenta años, y su pelo plateado había retrocedido para dejar ver una frente ancha y redonda; la piel era blanca y suave donde había sido protegida del sol por su sombrero. Los rulos que le quedaban le caían hasta los hombros, moteando la tela oscura de su levita con manchas de caspa. Tenía una barba densa, abundante y rebelde. Su nariz era grande; la línea de su boca, adusta e implacable. Sus ojos hundidos eran tan agudos y fanáticos como los de un profeta bíblico. Es más, llevaba una pequeña Biblia en la mano derecha, que metió en el bolsillo de su levita cuando se acercó hacia el *Graf Otto*.

—Éste es el general Jacobus Herculaas de la Rey —lo presentó Von Lettow Vorbeck, pero antes de que llegara a ellos, Hennie corrió para interceptarlo y cayó sobre una rodilla delante de él.

—¡General Koos! Le ruego que me dé su bendición.

De la Rey se detuvo y miró hacia abajo.

—No se arrodille ante mí. No soy sacerdote y no soy más un general. Soy agricultor. ¡Levántese, hombre! —Luego miró a Hennie con mayor atención—. Conozco su cara, pero he olvidado su hombre.

—Du Rand, general. Hennie du Rand. —Hennie sonrió radiante de placer al ver que lo recordaba—. Estuve con usted en Nooitgedacht y Ysterspruit. —Ésas eran dos de las victorias notables que los bóers habían obtenido durante la guerra. En Ysterspruit, las tropas volantes de De la Rey habían capturado tal cantidad de provisiones de los depósitos británicos que el pequeño ejército bóer se había rejuvenecido, lo que les dio la voluntad y el deseo de seguir luchando por otro año.

—*Ja*, me acuerdo. Usted fue el que nos guió para cruzar el río después de la lucha en Langlaagte, cuando los soldados nos tenían rodeados. Usted salvó al grupo esa noche. ¿Qué está haciendo aquí, hombre?

—Vine a estrecharle la mano, general.

—¡Será un placer para mí! —respondió De la Rey mientras recibía el fuerte apretón de manos de Hennie. Resultaba claro ver por qué sus hombres lo admiraban y lo reverenciaban tanto—. ¿Por qué abandonaste la República Libre

de Orange, Hennie?

—Porque ya no era una república y ya no era libre. La convirtieron en parte de un Estado extranjero llamado Imperio Británico —respondió Hennie.

—Será una república otra vez. ¿Entonces, volverás conmigo? Necesito a buenos combatientes como tú.

Antes de que Hennie pudiera responder, el *Graf* Otto se adelantó.

—Por favor, dile al general que me siento profundamente honrado de conocer a un soldado valiente y patriota. —Hennie tomó el papel de traductor rápida y fácilmente, haciendo las presentaciones primero, y luego sentándose al lado de De la Rey bajo el toldo para el sol.

Al principio, tanto Von Lettow Vorbeck como el general se sintieron tensos e incómodos con Eva en la mesa de conferencia, y el *Graf* Otto se disculpó con ellos:

—Espero que no le moleste que *Fräulein* von Wellberg esté presente en nuestras deliberaciones. Yo respondo por ella. Nada de lo que se diga aquí hoy saldrá con ella cuando se vaya. *Fräulein* es una artista importante. Con su permiso, caballeros, y como un recuerdo de tan histórico cónclave, le he pedido que mientras hablamos, haga retratos de ustedes.

Von Lettow y De la Rey asintieron con la cabeza. Eva les agradeció con una sonrisa; luego colocó su bloc de dibujo y el lápiz sobre la mesa y empezó a trabajar.

El *Graf* Otto se volvió a De la Rey.

—Usted tiene a Hennie du Rand para que le traduzca, general. El coronel Von Lettow Vorbeck y yo no tenemos problemas con el inglés, de modo que ésa es la lengua que usaremos. Espero que eso sea aceptable para usted. —Cuando Hennie tradujo esto, De la Rey inclinó su cabeza, y el *Graf* Otto continuó—. Primero quiero presentar una carta de introducción y autoridad del ministro de Relaciones Exteriores en Berlín. —La entregó pasándola sobre la mesa.

Hennie la leyó en voz alta mientras De la Rey escuchaba atentamente. Luego dijo:

—No habría hecho un viaje tan terrible por debajo del mar si no hubiera sabido quién es usted, *Graf* Otto. Alemania era un aliado incondicional y un buen amigo de mi pueblo durante la guerra con los británicos. Jamás olvidaré eso. Todavía los considero a ustedes amigos y aliados.

—Gracias, general. Usted me hace a mí y a mi país un gran honor.

—Soy un hombre simple, *Graf*. Me gustan las conversaciones directas y francas. Dígame por qué me ha invitado a venir aquí.

—A pesar del gran valor y determinación con el que peleó, el pueblo afrikáner ha sufrido una derrota y una humillación terribles. —De la Rey no dijo nada, pero sus ojos se veían oscuros y trágicos. El *Graf* Otto permaneció en

silencio por un momento. Luego continuó—: Los británicos son una nación belicosa y codiciosa. Se han apoderado de la mayor parte del mundo y la dominan, y todavía su sed de conquista es insaciable. Aunque nosotros los alemanes somos un pueblo pacífico, también somos orgullosos y estamos preparados para defendernos de la agresión.

De la Rey escuchó la traducción.

—Tenemos mucho en común —estuvo de acuerdo—. Estábamos dispuestos a enfrentar a la tiranía. Nos costó muchísimo, pero yo y muchos como yo no lo lamentamos.

—Se acercan tiempos en los que usted tal vez se vea forzado a tomar esa decisión otra vez. Pelear con honor o capitular con vergüenza y desgracia. Alemania se enfrentará con la misma tremenda decisión.

—Parece que los destinos de nuestros dos pueblos están unidos. Pero Gran Bretaña es un enemigo temible. Su marina es la más poderosa en todos los mares. Si Alemania se viera obligada a oponérsele, ¿cuál sería su plan de lucha? ¿El Káiser enviaría un ejército para defender sus colonias en África? —preguntó De la Rey.

—Hay visiones diferentes sobre eso. La opinión predominante en Alemania es que nuestras colonias deben ser defendidas en el Mar del Norte, no en su propio suelo.

—¿Usted suscribe esa opinión, *Graf*? ¿Usted abandonaría sus colonias africanas y a sus viejos aliados?

—Antes de responder a esa pregunta, examinemos los hechos. Alemania tiene dos colonias en el África subsahariana al sur del ecuador, una sobre la costa sudoeste; la otra aquí, sobre la costa este. Ambas están a miles de kilómetros de Alemania y muy separadas una de otra. Actualmente, la fuerza que los defiende es minúscula. En el Sudoeste alemán hay alrededor de tres mil *schutztruppe* regulares y siete mil colonos, la mayoría de los cuales está en la lista de la reserva del ejército o ha recibido entrenamiento militar. Aquí, en África Oriental Alemana, los números son parecidos. —El *Graf* Otto miró a Von Lettow Vorbeck—. ¿Tengo razón, coronel?

—Sí, son muy similares. Tengo doscientos sesenta oficiales blancos y dos mil quinientos *askari* bajo mi mando. Además, hay una gendarmería policial de cuarenta y cinco oficiales blancos y un poco más de dos mil *askaris* policía, que ayudarán a defender la colonia si se llega a desatar la guerra.

—Es una fuerza lastimosamente pequeña para defender tan vasto territorio —señaló el *Graf*—. Con la marina británica dominando los mares alrededor del continente, la posibilidad de reforzar y abastecer a estos dos pequeños ejércitos sería insignificante.

—Es una perspectiva desalentadora —coincidió Von Lettow Vorbeck—. Nos veríamos obligados a adoptar las mismas tácticas de guerrilla que ustedes, los

bóers, emplearon con tanto éxito en África del Sur contra ellos.

—Todo eso cambiaría totalmente si África del Sur ingresara a la guerra al lado de Alemania —dijo el *Graf* Otto sin levantar la voz. Tanto él como Von Lettow Vorbeck miraban atentamente a De la Rey.

—Nada de esto me es completamente nuevo. Yo también he pensado mucho sobre estos temas y he consultado con muchos de mis viejos compañeros de armas. —De la Rey acarició su barba pensativamente—. Sin embargo, Smuts y Botha se han entregado de cuerpo y alma a los británicos. Y ellos tienen un gran dominio sobre las riendas del poder. Un dominio firme, pero no inquebrantable. Gran parte de la población sudafricana es de ascendencia británica y sus corazones y lealtades están con Gran Bretaña.

—¿Cuál es la situación del ejército sudafricano? —preguntó el *Graf* Otto—. ¿Cuáles son los números y quién está al mando?

—Sin excepción, todos los oficiales superiores son afrikáner y lucharon contra los británicos —respondió De la Rey—. Eso incluye a Smuts y Botha, que se han pasado al lado de ellos. Sin embargo, hay muchos que no han seguido ese camino.

—La guerra terminó hace casi doce años —señaló Von Lettow Vorbeck—. Muchas cosas han cambiado desde entonces. Las cuatro antiguas repúblicas de África del Sur han sido fusionadas en la Unión Sudafricana. Los bóers tienen dos veces más poder e influencia de lo que tenían antes. ¿Se conformarán con esto o lo arriesgarán todo poniéndose del lado de Alemania? ¿No están los bóers cansados de la guerra? Ahora forman parte del Imperio Británico. ¿Lograrán Smuts y Botha apartar de Alemania a sus antiguos compañeros? —Von Lettow y el *Graf* Otto esperaron que el viejo bóer respondiera.

—Usted podría tener razón —dijo por fin—. Tal vez el tiempo ha curado algunas de las heridas del *Volk* afrikáner, pero las cicatrices están todavía allí. Sin embargo, voy más allá. Consideremos el ejército que existe en África del Sur, la Fuerza de Defensa de la Unión, como se llama ahora. Es temible, tal vez llega a los sesenta mil hombres, y está bien equipado. Es perfectamente capaz de controlar todo el sur de África, desde Nairobi y Windhoek hasta el Cabo de Buena Esperanza. Cualquier gobierno que domine esa región tendrá control de las rutas marítimas y de los puertos del continente. Tendrá bajo su control los enormes recursos de las minas de oro de Witwatersrand, las minas de diamante de Kimberley y las nuevas plantas siderúrgicas y de armamentos en Transvaal. Si África del Sur jugara su destino junto a Alemania, Gran Bretaña quedaría sometida a un tremendo esfuerzo. Tendría que sacar un gran ejército de Europa y enviarlo a recuperar este país, con lo cual la marina del Reino Unido se vería forzada al máximo de su capacidad para defender y abastecer ese ejército. África del Sur podría muy bien ser el eje en torno al cual girara el resultado de esa guerra.

—¿Si usted decidiera luchar contra los británicos otra vez, a quién seguirían sus antiguos compañeros? Sabemos que Botha y Smuts apoyarían a Gran Bretaña, pero ¿qué me puede decir de los demás antiguos jefes de los comandos? ¿Hacia dónde se inclinarían Wet, Maritz, Kemp, Beyers y los otros? ¿Lo seguirían a usted o a Botha?

—Conozco a esos hombres —dijo De la Rey en voz baja—. He peleado con ellos y conozco sus corazones. Eso fue hace mucho tiempo, pero no han olvidado las cosas terribles que los británicos les hicieron a ellos, a sus mujeres, a sus hijos y a la tierra que amamos. En mi corazón sé que volverían a montar y formar conmigo contra el enemigo, y para mí el enemigo sigue siendo Gran Bretaña.

—Eso es lo que esperaba escucharle decir, general. El Káiser y mi gobierno me han dado total autoridad para asegurarle a usted todo lo que necesite en materia de suministros, armas y dinero.

—Necesitaremos todas esas cosas —estuvo de acuerdo De la Rey—, especialmente al principio, antes de haber podido arrancarle el control a Botha y de que nos hayamos apoderado de los arsenales del ejército y de las bóvedas de seguridad del Banco de Reserva en Pretoria, donde está el dinero.

—Dígame lo que va a necesitar, general. Lo conseguiré en Berlín para usted.

—No necesitaremos comida ni uniformes. Somos agricultores que tenemos nuestros cultivos, de modo que podemos alimentarnos. Lucharemos, como lo hicimos antes, vestidos con nuestra ropa de trabajo. No necesitaremos armas livianas. Cada uno de nosotros todavía tiene su máuser.

—¿Qué necesitará, entonces? —insistió el *Graf* Otto.

—Para empezar, necesitaré ciento cincuenta ametralladoras pesadas y cincuenta morteros de trinchera, con la munición y las bombas para ellos. Sigamos: un millón de balas y quinientas bombas de mortero. Luego necesitaremos suministros médicos... —El *Graf* Otto tomaba notas rápidamente en su bloc mientras De la Rey enumeraba sus requerimientos.

—¿Cañones pesados? —sugirió Von Lettow Vorbeck.

—No. Nuestros primeros ataques dependerán de la velocidad y la sorpresa. Si tenemos éxito, nos apoderaremos de los arsenales del gobierno y la artillería pesada caerá en nuestras manos.

—¿Qué más necesita?

—Dinero —respondió De la Rey simplemente.

—¿Cuánto?

—Dos millones de libras en soberanos de oro.

Por un minuto, todos quedaron en silencio ante la enormidad del pedido. Entonces el *Graf* Otto dijo:

—Eso es mucho dinero.

—Ése es el precio del país más rico del hemisferio sur. Es el precio de un ejército de sesenta mil hombres entrenados y endurecidos por la lucha. Es el

precio de la victoria sobre los británicos. ¿Cree usted que sea demasiado alto realmente, *Graf*?

—¡No! —El *Graf Otto* sacudió la cabeza enfáticamente—. Dicho de esa manera, es un precio razonable. Usted tendrá los dos millones. Me aseguraré de que así sea.

—Todo esto, la totalidad del dinero y las armas, será inútil hasta que sea entregado en nuestras bases en África del Sur.

—Dígame cómo debemos hacérselo llegar.

—No se podría pasar de contrabando a través de los puertos principales, como Ciudad del Cabo o Durban. El control aduanero es muy estricto. Sin embargo, África del Sur tiene una frontera común con su colonia en el Sudoeste. Están unidas por una buena línea de ferrocarril. Los directivos y los empleados de Ferrocarriles Sudafricanos son casi exclusivamente afrikáners. Podemos confiar en que ellos simpatizarán con nuestra causa. Una ruta alternativa podría ser desde aquí, desde el África Oriental Alemana, por el lago Tanganyika en barco hasta la zona del cobre en Rodesia y desde allí hacia el sur, otra vez por ferrocarril.

Von Lettow Vorbeck parecía preocupado.

—Tardaría semanas o incluso meses hacer que los suministros le lleguen por esas rutas. A cada paso existiría el peligro de que el cargamento fuera descubierto e interceptado por el enemigo. Sería demasiado peligroso.

Ambos hombres miraron al *Graf Otto* en busca de un plan alternativo.

—¿Cómo podría usted hacernos llegar esos envíos? —preguntó De la Rey. Todos quedaron a la espera de una respuesta.

Eva continuaba dibujando imperturbable. Obviamente, no había seguido una sola palabra de la conversación, pero el *Graf Otto* la miró, luego lo miró a Hennie y frunció ligeramente el ceño. Durante un poco más, permaneció en silencio, tamborileando con los dedos sobre la mesa, sumido en profundos pensamientos. Luego pareció haber llegado a una decisión.

—Puede hacerse. Lo haremos. Le doy mi palabra, general. Le entregaré todo lo que usted necesite donde usted lo necesite. Pero, a partir de ahora, nuestro lema debe ser el secreto. Le informaré sólo a usted y al coronel Von Lettow acerca del método de entrega que emplearemos cuando estemos más cerca del momento de hacerlo. En esta etapa debo pedirle que confíe en mí.

De la Rey lo miró con aquellos ojos ardientes de fanático y el *Graf Otto* le devolvió la mirada con tranquilidad. Finalmente, De la Rey levantó la hoja de papel con el membrete del águila que todavía estaba sobre la mesa delante de él.

—Ésta es la garantía de su Káiser y su gobierno. No es un incentivo suficiente para convencerme de que conduzca a mi *Volk* al holocausto una vez más.

El *Graf Otto* y Von Lettow Vorbeck continuaron mirándolo sin decir nada.



Todo el plan parecía a punto de fracasar.

Entonces De la Rey continuó.

—Usted me ha dado otra garantía, *Graf*. Usted me ha dado su palabra. Sé que usted es un hombre que ha movido grandes montañas. Sus logros son ya parte de la leyenda. Sé que es un hombre que ni siquiera admite la posibilidad del fracaso. —Se detuvo otra vez, quizá para organizar sus ideas—. Soy un hombre humilde, pero sólo en una cosa soy orgulloso. Me siento orgulloso de mi capacidad para juzgar a los caballos y a los hombres. Usted me ha dado su palabra, y ahora le doy la mía. El día en que el azote de la guerra se extienda otra vez por África, estaré listo para usted con un ejército de sesenta mil combatientes detrás de mí. Deme su mano, *Graf*. A partir de este momento soy su aliado hasta la muerte.

Desde el amanecer hasta el anochecer, durante los cuatro días anteriores, León Courtney había volado con el *Abejorro* a la altura de la copa de los árboles por toda la amplia sabana. Manyoro y Loikot iban en la parte de adelante de la cabina, alertas como buitres en el aire, mirando y buscando. Habían encontrado muchos leones, probablemente más que doscientos, hembras y cachorros, machos jóvenes y viejos solitarios sin dientes. Pero *Kichwa Muzuru* les había dicho: «Debe ser grande y su melena debe ser tan negra como el sabueso del infierno». Hasta ese momento, no habían encontrado ningún animal que se acercara a esa descripción.

Al cuarto día Manyoro sugirió abandonar la búsqueda en tierra masai para volar hacia el distrito de la Frontera Norte, a los territorios salvajes entre el lago Turkana y Marsabit.

—Allí encontraremos leones debajo de cada acacia. Leones suficientemente grandes y feroces para dejar contento incluso a *Kichwa Muzuru*.

Loikot se había opuesto enérgicamente a esa sugerencia. Le había contado a León acerca de un par de leones legendarios que dominaban un territorio inmenso entre el lago Natron y la ladera occidental del valle del Rift.

—Conozco bien a esos leones. Muchas veces los vi durante los años en que cuidé los rebaños de mi padre. Son gemelos, hermanos nacidos de la misma leona en el mismo día. Eso fue en la estación de las mangas de langosta, hace once años, cuando yo era apenas un niño. Año tras año los he visto crecer en tamaño, fuerza y arrojo. En este momento están en la flor de su vida. No hay ningún otro león que se compare con ellos en toda la región. Han matado cien cabezas de ganado, tal vez más —había dicho Loikot—. Han matado a dieciocho *morani* que salieron a cazarlos. Ningún hombre ha sido capaz de enfrentarlos porque son demasiado feroces y astutos. Algunos *morani* creen que son leones fantasmas que pueden transformarse en gacelas o en aves cuando escuchan a los

cazadores que los persiguen.

Manyoro se había burlado, había puesto los ojos en blanco y se había tocado la sien con el índice para indicar el grado de demencia de Loikot. Pero León lo apoyó, de modo que durante los últimos días habían explorado la amplia pradera marrón. Vieron inmensas manadas de búfalos e incontables miles de presas más pequeñas de las llanuras, pero los leones o eran muy jóvenes o muy viejos, de ninguna manera dignos de la lanza.

Aquella noche, sentados alrededor del fuego, Loikot trató de mantener en alto su entusiasmo desfalleciente.

—Se lo aseguro, *M'bogo*, estos dos son los máximos jefes de todos los leones del valle. No hay ningún otro más grande, más feroz o más astuto. Éstos son los *Kichwa Muzuru* nos ha enviado a buscar.

Manyoro tosió y escupió en el fuego. Se quedó mirando el montoncito de flema que hervía y burbujeaba en las llamas antes de dar su opinión.

—Durante muchos días he escuchado esta historia tuya, Loikot. Hay una parte de ella en la que he llegado a creer: que estos leones de los que tú hablas pueden cambiar de forma y convertirse en aves. Eso es lo que debe de haber ocurrido. Se han convertido en pequeños gorriones para irse volando. Creo que debemos dejar a estos pájaros-leones e irnos a Marsabit a encontrar a uno de verdad.

Ofendido, Loikot cruzó sus brazos sobre el pecho y miró con altivez a Manyoro.

—Te lo aseguro, los he visto con mis propios ojos. Están aquí. Si nos quedamos, los encontraremos.

Ambos miraron a León a la espera de una decisión.

Mientras terminaba su jarro de café y sacudía las borras sobre el fuego, León consideró la situación. Ya estaban escasos de combustible para el *Abejorro* y sólo tenían para uno o dos días más. Si continuaban hacia el Norte, tendrían que transportar más suministros por tierra. Eso requeriría más días y el *Graf Otto* no era un hombre paciente.

—Un día más, Loikot. —Había tomado su decisión—. Encuentra a esas bestias de las que hablas para mañana, o las dejamos y nos vamos a Marsabit.

Levantaron vuelo antes del amanecer y reanudaron la búsqueda en el punto donde la habían dejado la tarde anterior. Una hora después y a treinta kilómetros de la pista de aterrizaje en el campamento Percy, León descubrió una gran manada de búfalos que regresaban por la sabana desde la orilla del lago donde habían estado bebiendo. Debía de haber más de mil animales. Los grandes machos iban agrupados adelante, con las hembras, los terneros y los demás animales jóvenes, desparramados sobre casi dos kilómetros detrás de ellos. Voló hacia allí. Sabía que las manadas de leones seguían a esos grandes grupos de animales para escoger a los más débiles y a los rezagados.

De pronto, en la parte de adelante de la cabina, Loikot comenzó a hacer nerviosas señales con las manos y León se inclinó hacia adelante para ver qué era lo que lo había excitado. Un par de búfalos se había separado de la manada principal y estaban a unos cuatrocientos metros detrás de ella. Estaban cruzando un claro de altas hierbas doradas, caminando juntos. Sólo sus lomos eran visibles por encima de la hierba y por ello León calculó que se trataba de machos, pesados y de cuerpo negro, pero jóvenes, y se preguntó por qué Loikot estaba haciendo semejante escándalo.

Entonces, al observarlos en detalle, el par salió de las hierbas altas para continuar por la pradera más baja, abierta, y León sintió que cada nervio de su cuerpo se tensaba. No eran búfalos sino leones. Nunca antes había visto leones de ese tamaño o color. El sol de la mañana estaba detrás de ellos, lo que destacaba aún más su paso majestuoso e imponente. Sus melenas eran de un negro tenebroso y profundo, abundantes como pajaros al aire libre, que se movieron con la primera brisa del día cuando se detuvieron para mirar al avión que se acercaba.

León desaceleró los motores y dejó que el *Abejorro* cayera hasta que las ruedas de su tren de aterrizaje pasaran rozando el suelo. Al dirigirse directamente hacia los leones, éstos inflaron sus melenas y movieron sus largas colas con negros mechones en la punta para golpear contra sus flancos en estado de creciente agitación. Uno se aplastó contra el suelo para ocultarse entre la hierba baja mientras el otro daba media vuelta y emprendía un trote pesado y rítmico para ir hacia un sector de densos arbustos en un borde del terreno abierto. León voló bajo sobre el animal agachado y enfrentó su mirada amarilla e implacable. Luego continuó ruidosamente hacia el segundo. Cuando éste escuchó que el avión se acercaba, se lanzó al galope, moviendo rápidamente sus hombros cubiertos por la melena y con la panza balanceándose, llena con la carne de su presa. Una vez más giró su enorme cabeza con melena para gruñirle a León cuando pasó veloz por encima de él.

León puso el avión en un apacible ascenso y se dirigió hacia la pista de aterrizaje del campamento. Se iban a necesitar veinte minutos de vuelo, pero tenía que aterrizar para poder preparar un plan de acción con los dos masai. Manyoro parecía haber olvidado su anterior oposición para continuar la búsqueda, y estaba dando patadas en el suelo y riéndose con el mismo abandono sin límites de Loikot.

—Esos leones son una buena razón para semejante regocijo. *Graf Otto* Meerbach, será mejor que usted afile su *assegai*. Va a necesitarlo. —León se rio en el viento. Se sintió muy tentado de regresar para echar una mirada más a aquellos magníficos animales. Sin embargo, sabía que sería poco prudente molestarlos otra vez. Si eran tan astutos y precavidos como Loikot había dicho, aquello podría hacerlos salir de la sabana cubierta de hierba para ir a los bosques

de las laderas donde sería mucho más difícil encontrarlos.

«Dejémoslos en paz —decidió—. Que se queden por ahí tranquilos hasta que haga venir al loco de Von Meerbach para que se ocupe de ellos» .

Cuando León aterrizó y dejó que el Abejorro rodara sobre la pista de aterrizaje del campamento Percy, los dos masai todavía estaban celebrando el descubrimiento. Cuando apagó los motores, Loikot gritó con gran júbilo:

—¿No te lo dije, Manyoro? —él mismo respondió de inmediato—: Sí, ¡te lo dije! ¿Pero me creíste, Manyoro? ¡No, no me creíste! ¿De nosotros dos, cuál es el estúpido y el terco? ¿Soy yo, Manyoro? ¡No, no! ¿Cuál de nosotros es el gran cazador y mejor buscador de leones? ¿Eres tú, Manyoro? ¡No, es Loikot! —Asumió una pose noble y heroica, mientras Manyoro se cubría la cara con las manos en gesto de falso disgusto.

—Tú eres el rastreador más grande de África e incomparablemente hermoso, Loikot —lo interrumpió León—, pero ahora tengo trabajo para ti. Debes regresar a tus leones y quedarte con ellos hasta que pueda traer a *Kichwa Muzuru* para la cacería. Debes seguirlos de cerca, pero no tan de cerca que los asustes y los espantes.

—Conozco a esos leones. No se me escaparán —juró Loikot—. Los tengo en mis ojos.

—Cuando yo regrese y escuches el ruido de los motores, debes encender un fuego con mucho humo. Éste me servirá de guía para ubicarte.

—Tendré a los leones en mis ojos, y al ruido de sus motores en mis orejas —se jactó Loikot.

León se dirigió a Manyoro.

—¿Quién es el jefe del área donde encontramos a los leones hoy?

—Se llama Massana y su *manyatta* está en Tembu Kikuu, el Lugar del Gran Elefante.

—Debes ir a él, Manyoro. Dile que hay una recompensa de veinte cabezas de ganado por cada uno de sus leones. Pero dile que llevaremos a un *mzungu* que los cazará a la manera tradicional. Massana debe reunir cincuenta de sus *morani* para la cacería, pero quien los matará será *Kichwa Muzuru*, él solo.

—Comprendo, *M'bogo*, pero no creo que Massana lo comprenda. ¿Un *mzungu* va a cazar un león con una *assegai*? Eso es algo nunca visto antes. Massana pensará que *Kichwa Muzuru* está loco.

—Manyoro, tú y yo sabemos que *Kichwa Muzuru* está efectivamente tan loco como un ñu con gusanos en el cerebro. Pero dile a Massana que no se preocupe demasiado por el estado de la cabeza de *Kichwa Muzuru*. Dile que piense más bien en las veinte cabezas de ganado. ¿Qué te parece, Manyoro? ¿Massana nos ayudará con la cacería?

—Por veinte cabezas de ganado, Massana vendería a sus quince esposas y sus

hijas todas juntas y quizás a su propia madre también. Por supuesto, nos ayudará.

—¿Hay algún lugar cerca de su *manyatta* donde pueda hacer aterrizar el avión? —preguntó León.

Manyoro hurgó su nariz pensativamente antes de responder.

—Hay una cuenca de sal seca cerca de la aldea. Es chata y sin árboles.

—Muéstramela —ordenó León. Levantaron vuelo otra vez y Manyoro lo guió hacia ella.

Se trataba de una gran extensión, plana y de un blanco deslumbrante, claramente visible desde muchos kilómetros a la distancia. Al acercarse vieron una pequeña manada de antílopes órix que galopaba por ella y León vio con alivio que sus pezuñas no rompían la corteza blanca. Algunas de esas cuencas eran trampas mortales. A menudo debajo de una corteza frágil se ocultaba un barro profundo y sin fondo, blando como un puré y pegajoso como la cola. Hizo descender al *Abejorro* cautelosamente, dejando que las ruedas sólo tocaran la superficie, listo para elevarse otra vez si sentía que el barro alcanzaba el tren de aterrizaje. Cuando la superficie soportó el peso del avión, hizo que se detuviera. Rodó hacia el borde de la cuenca e hizo girar a la máquina. Pero no apagó los motores.

—¿A qué distancia está la *manyatta* desde aquí? —le gritó a Manyoro por encima del ruido.

—Está cerca. —Manyoro señaló hacia adelante—. Algunos de los lugareños ya están viniendo. —Un grupito de mujeres y niños corrían hacia ellos a través de los árboles.

—¿Y a qué distancia de donde dejamos a los leones, oh, gran cazador? —le preguntó León a Loikot. Con su lanza marcó un pequeño segmento del cielo, indicando un pasaje del sol de dos horas—. Bien, así que aquí estamos cerca de la *manyatta* y de los leones. Los dejaré a los dos. Estén atentos a mi regreso. Cuando vuelva, *Kichwa Muzuru* vendrá conmigo.

León dejó a los dos masai en el salar y despegó otra vez. Dio un círculo por la cuenca una vez más antes de regresar a Nairobi. Los masai lo saludaron con la mano y luego los vio separarse. Loikot se alejó trotando para descubrir las huellas de los leones y Manyoro se dirigió al encuentro de las mujeres de la aldea de Massana.



Mientras León iniciaba su acercamiento al campo de polo de Nairobi, buscó ansiosamente al *Mariposa*. Le preocupaba que el *Graf Otto* pudiera haberse ido en otra de sus misteriosas e imprevisibles excursiones a territorio salvaje para no volver a aparecer en varios días, tiempo en el que Loikot podría ya haber perdido contacto con las presas.

—¡Gracias al Señor por eso! —exclamó, cuando descubrió la chillona forma escarlata y negro del *Mariposa* estacionada delante del hangar en el extremo más alejado del campo. Gustav y sus ayudantes estaban trabajando en los motores. Sin embargo, no había señales del vehículo de caza, así que, en lugar de aterrizar, dio una vuelta sobre el campamento Tandala y lo descubrió estacionado delante del alojamiento privado del *Graf Otto*. León hizo otra pasada sobre el campamento y el *Graf* salió de su carpa, poniéndose una camisa sobre su torso desnudo.

León sintió una punzada aguda de celos y de resentimiento. « Por supuesto, él tiene a Eva ahí con él —pensó—. Ella tiene que ganarse el sustento» . La idea lo hizo sentirse mal. El *Graf Otto* le hizo un rápido saludo y luego se dirigió al vehículo de caza. León hizo girar al *Abejorro* hacia el campo de polo, pero el sabor de la furia y los celos era fuerte y permaneció en su paladar.

« ¡Contrólate, Courtney! Tú sabes que Eva von Wellberg no es una virgen vestal. Ella ha estado debajo del mismo mosquitero con él todas las noches desde que llegaron» , se dijo a sí mismo mientras se ubicaba para aterrizar. Mientras maniobraba con el *Abejorro* sobre la cerca que servía de límite a la pista, su corazón se sobresaltó cuando la vio sentada en su caballete a la sombra del ala a cuadros del *Mariposa*. Hasta ese momento no había podido verla pues la tapaba el fuselaje. Parecía ridículo, pero se sintió aliviado por el hecho de que el *Graf Otto* hubiera estado solo en los alojamientos privados.

Cuando puso la aeronave en tierra y rodó hacia el hangar, Eva se puso de pie de un salto apartándose de su caballete y se dirigió impulsivamente hacia él. Incluso a esta distancia pudo ver la alegría de su sonrisa. Luego ella pareció darse cuenta de que Gustav la estaba mirando, se controló y comenzó a caminar de

manera más recatada. Se quedó atrás cuando él colocó la escalerilla contra el fuselaje y León se deslizó sobre ella. La miró por encima de las cabezas de los otros hombres y vio que estaba inquieta y nerviosa. Estaba acostumbrado a que ella estuviera siempre serena y tranquila, pero en ese momento era como una gacela con el olor del leopardo al acecho en sus narices. Su agitación lo perturbó, pero pudo esconder sus sentimientos lo suficiente para inclinar la cabeza hacia ella con toda tranquilidad.

—Buen día, *Fräulein* —dijo cortésmente. Luego se volvió a Gustav—. El motor número dos de estribor hace ruido y sale humo azul del escape.

—Lo revisaré de inmediato —reaccionó Gustav y llamó a sus ayudantes.

Cuando su cabeza desapareció debajo de la cubierta del motor, León y Eva quedaron solos.

—Algo te ha ocurrido... algo ha cambiado —le dijo en voz baja—. Estás diferente, Eva.

—Y tú eres perspicaz. Todo ha cambiado.

—¿Qué ocurre? ¿Ha habido algún problema con el *Graf Otto*?

—No con él. Esto es entre tú y yo.

—¿Problema? —la miró a los ojos.

—No hay problema. Todo lo contrario. He tomado una decisión. —La voz de ella era baja y áspera, pero luego sonrió.

Su sonrisa era la cosa más hermosa que él jamás había visto.

—No comprendo —protestó él.

—Yo tampoco, Tejón.

Que ella usara ese sobrenombre fue demasiado para él. Dio un paso hacia ella y extendió una mano. Ella retrocedió bruscamente.

—No, no me toques. No puedo estar segura de no hacer algo estúpido. — Señaló el polvo levantado por el vehículo de caza que se dirigía hacia ellos—. Ahí viene Otto. Debemos tener cuidado.

—No puedo continuar de esta manera por más tiempo —le advirtió él.

—Tampoco yo puedo —respondió ella—. Pero por ahora debemos mantenernos lejos uno del otro. Otto no es ningún tonto. Se dará cuenta de que algo ha ocurrido entre nosotros. —Se volvió y fue hasta donde estaba Gustav haciendo equilibrio sobre un ala, mirando con atención el lugar donde estaba el motor.

Al atravesar con el vehículo de caza el portón de la cerca del límite, el *Graf Otto* gritó:

—Así que ya ha regresado, Courtney. Usted ha estado ausente mucho tiempo. ¿Dónde estuvo? ¿En Ciudad del Cabo? ¿En El Cairo?

El breve intercambio de palabras con Eva había dejado a León con un humor efervescente e imprudente.

—No, señor. Estaba buscando a su maldito león.

El *Graf Otto* se dio cuenta del júbilo de León y su propia cara se iluminó. La cicatriz del duelo se puso rosada con la expectativa. Bajó de un salto y cerró con fuerza la puerta.

—¿Lo encontró?

—No habría regresado si no fuera así.

—¿Es uno grande?

—Es el león más grande que alguna vez yo haya visto, y el otro es todavía más grande.

—No comprendo. ¿Cuántos leones hay?

—Dos —informó León. Dos bestias enormes.

—¿Cuándo podemos partir para ir a perseguirlos?

—Tan pronto como Gustav haya revisado el motor del *Abejorro*.

—No puedo esperar tanto. Los tanques del *Mariposa* están llenos, todos los equipos están cargados y está listo para partir. ¡Saldremos ahora! ¡Inmediatamente!





El *Graf Otto* estaba al mando del *Mariposa* cuando despegaron de la pista de aterrizaje del campamento Percy, donde se habían detenido para reabastecerse de combustible después del vuelo desde Nairobi. Iban hacia el sudoeste, hacia la *manyatta* de Massana. Eva iba sentada al lado de él, Ishmael en cuclillas en el suelo junto a su inseparable bulto con las cosas para la cocina, mientras que León, Gustav y Hennie se amontonaban en la parte de adelante de la cabina.

Habían estado volando por poco más de veinticinco minutos cuando León descubrió una columna de humo por el lado de babor, que se elevaba directamente por el quieto calor del mediodía.

—¡Loikot! —León sabía que era él, incluso antes de ver la figura delgada de pie al lado del humeante fuego. Loikot hizo flamear su *shuka* para asegurarse de que lo habían visto; luego señaló con su lanza hacia el irregular perfil de una pequeña elevación no lejos de allí. Estaba indicando la ubicación de la presa.

Rápidamente, León evaluó la nueva situación. Los dioses de la caza habían sido amables con ellos. Durante su ausencia los leones debían de haberse movido en dirección a la *manyatta* de Massana. En ese momento estaban muchos kilómetros más cerca de ésta de lo que habían estado cuando los vieron por primera vez. Miró hacia la distante pendiente del Rift para orientarse y luego reconoció la forma fantasmal de la cuenca de sal donde había dejado a los dos masai hacía apenas tres días. Era un punto casi equidistante entre la *manyatta* y la colina donde los leones estaban en ese momento. «No podía ser mejor», se regocijó y retrocedió a donde pudiera hablar con el *Graf Otto* por encima del ruido de los motores.

—Loikot hizo señas de que los leones están entre las rocas de aquella pequeña elevación.

—¿Cuál es el lugar más cercano donde puedo aterrizar?

—¿Ve ese salar? —señaló León—. Si aterriza ahí abajo, estaremos cerca de la presa y de la aldea donde los *morani* están reunidos para la cacería.

La *manyatta* de Massana era más grande que la mayoría de las otras en el

valle. Unas cien o más chozas grandes estaban distribuidas en un amplio círculo alrededor del corral para el ganado. El *Graf Otto* voló alrededor de la aldea a baja altura. Un montón oscuro de seres humanos se había reunido en el corral central. Aunque León no pudo ver a Manyoro entre el amontonamiento de figuras envueltas en *shukas*, era obvio que había hecho bien su trabajo y había convencido a Massana para que reuniera a sus *morani* para la gran cacería. Seguro de que todo estaba listo para ellos, León le pidió al *Graf Otto* que dirigiera al *Mariposa* hacia el salar. Aterrizó y se dirigió a la línea de árboles en el borde occidental antes de apagar los motores.

—Acamparemos aquí por un tiempo —le informó León—, así estaremos más cómodos antes de que lleguen los *morani*.

Todo el equipo necesario para un campamento provisorio había sido cargado en la bodega del *Mariposa*. León no necesitó mucho tiempo para instalarlo. Ubicó las carpas en la sombra debajo de las alas del avión. Ishmael preparó su cocina y el fuego a una distancia segura de la aeronave y pronto estaba sirviendo café y bizcochos de jengibre.

León vació su jarro y luego miró el cielo para calcular la hora.

—Loikot estará aquí en cualquier momento —le dijo al *Graf Otto*, y apenas había terminado de decirlo cuando Loikot apareció trotando por entre los árboles.

Dejó la sombra y caminó hacia la luz del sol para recibirlo. Estaba desesperadamente ansioso por escuchar el informe de Loikot, pero sabía que no podía apresurarlo. Cuanto más importantes eran sus noticias, más tiempo se tomaba Loikot para darlas a conocer. Primero tomó un poco de rapé, parado en una pierna y apoyado sobre su lanza. Luego estuvieron de acuerdo en que habían pasado tres días desde que se habían visto por última vez: mucho tiempo; en que el clima era caluroso para esta época del año y que quizás iba a llover antes de la puesta de sol, lo cual sería bueno para las pasturas.

—Bien, Loikot, poderoso cazador y rastreador intrépido, ¿qué hay de tus leones? ¿Todavía los tienes en tus ojos?

Loikot sacudió la cabeza con un gesto lúgubre.

—¿Los has perdido? —preguntó León enojado—. ¿Los has dejado escapar?

—¡No! Es verdad que el león más pequeño ha desaparecido, pero aún tengo al más grande en mis ojos. Lo vi hace no más de dos horas. Está solo, todavía tendido para escapar del calor, en la elevación que les indiqué antes.

—No debemos lamentar la desaparición del otro —lo consoló León—. Será más fácil ocuparse de un león solo. Dos podrían ser demasiado.

—¿Dónde está Manyoro? —preguntó Loikot.

—Después de que te dejamos, volamos sobre la *manyatta* de Massana. Los cazadores *morani* se han reunido allí, pero ya deben estar en camino para reunirse con nosotros. La *manyatta* no está lejos. Estarán aquí pronto.

—Volveré para seguir vigilando a mi león —dijo Loikot—. Cuando oscurezca podría irse muy lejos. Regresaré mañana por la mañana temprano.

Todavía faltaban dos horas para la puesta del sol cuando escucharon el canto y vieron gente que venía por el bosque abierto hacia donde estaban acampados en el borde del salar. Manyoro los conducía y venía seguido por la larga fila de *morani* vestidos con todas las galas de la caza, llevando escudos y *assegai*.

Detrás de ellos seguían cientos de hombres, mujeres y niños. Se había reunido gente de todas las *manyatta* en ochenta kilómetros a la redonda. Como una bandada de encantadores pajarillos, las muchachas solteras revoloteaban detrás del regimiento de *morani* solteros. Para cuando el sol se puso, este amontonamiento de seres humanos había acampado alrededor del *Mariposa* y el aire de la noche estaba saturado con los aromas de las hogueras. El entusiasmo iba en aumento y las cantarinas y alegres risas de los jóvenes continuaron durante toda la noche.

A la mañana siguiente, antes de que aclarara, Loikot regresó de su misión de exploración. Informó que, a la luz de la luna, el león había cazado una joven hembra kudú y estaba todavía comiendo el cuerpo del animal.

—No va a dejar a su presa —informó Loikot con convicción.

Los cazadores esperaron al sol con creciente expectativa. Estaban sentados alrededor de los fuegos acicalándose y arreglándose el cabello, afilando sus *assegai* y ajustando los tirantes de sus escudos. Cuando los primeros rayos del sol iluminaron los despeñaderos de la pendiente, el jefe de la cacería hizo sonar su silbato para indicar el comienzo. Abandonaron de un salto las mantas para dormir y formaron según sus jerarquías sobre la blanca sal. Comenzaron a bailar y a cantar, en voz baja al principio, pero con creciente entusiasmo a medida que la emoción aumentaba.

Las muchachas jóvenes formaron un anillo alrededor de ellos. Comenzaron a ulular, a golpear los pies contra el suelo y a menear sus caderas, aplaudiendo y moviendo las cabezas. Sacudían ligeramente los pechos y hacían oscilar sus redondos y carnosos traseros para que los vieran los hombres, incitándolos. Los *morani* empezaron a sudar mientras bailaban. Sus ojos adquirían un brillo que era sed de sangre y excitación sexual.

De pronto apareció el *Graf Otto*, que salió de la carpa que había sido levantada en la sombra de las amplias alas del *Mariposa* y se dirigió al blanco salar. Los *morani* estallaron en un rugido que se elevó de entre sus filas cuando lo vieron. Estaba vestido con una *shuka* tribal roja. La falda estaba ajustada a su cintura y llevaba la cola echada sobre un hombro. La piel de su torso y sus miembros estaba desnuda, blanca como el ala de una garza. Los pelos de su pecho y brazos brillaban como cables de cobre. Tenía los hombros anchos, el pecho amplio, y sus miembros eran duros y musculosos, pero el vientre era

redondo y empezaba a sobresalir y a aflojarse con la edad y la buena vida.

Las muchachas jóvenes chillaron de la risa y se abrazaron unas a otras en ataques de carcajadas. Nunca imaginaron que un *mzungu* blanco iba a ponerse vestimentas tribales. Corrieron en tropel hacia él y se reunieron a su alrededor, siempre riéndose. Tocaban su piel lechosa y le acariciaban, asombradas, el pelo rojo del cuerpo. Entonces, el *Graf Otto* empezó a bailar. Las muchachas retrocedieron un paso y pronto dejaron de reírse. Aplaudían marcando el ritmo para él y lo alentaban con gritos frenéticos, excitados.

El *Graf Otto* bailó con extraordinaria gracia para un hombre de su tamaño. Saltaba alto, giraba, daba patadas en el suelo y apuñalaba el aire con la *assegai* en su mano derecha. Hizo floreos con el escudo de cuero crudo que llevaba en el hombro izquierdo. Las más bonitas y más atrevidas de las muchachas se turnaban para adelantarse y bailar con él cara a cara. Estiraban sus largos cuellos como de grullas y hacían sonar las cuentas con que los adornaban. Sus pechos estaban brillantes por la grasa y el ocre rojo, y con cada salto de piernas rígidas rebotaban de manera tentadora. El aire estaba lleno del polvo que levantaban sus pies descalzos y que volaba, denso, con el olor de su sudor y cargado con la perspectiva de sangre, de muerte y lascivia.

León estaba apoyado contra el fuselaje del *Mariposa* y parecía prestar toda su atención a aquel despliegue de primitivo desenfreno. Sin embargo, casi a la distancia de un brazo de donde él permanecía parado, Eva estaba sentada en el borde delantero del ala del *Mariposa*, con las piernas colgando. Desde ese ángulo él podía estudiar su cara sin parecer que lo hacía. Eva no mostraba más emoción que una leve diversión ante ese despliegue. Una vez más, León se maravilló ante su habilidad para esconder sus verdaderos sentimientos de manera tan absoluta.

El *Graf Otto* era su hombre y resultaba evidente que ella era su mujer; sin embargo, él estaba participando en un ritual descaradamente sexual con docenas de mujeres jóvenes, núbiles, medio desnudas y frenéticas. Si ella se sintió rebajada o insultada por su comportamiento grosero, no lo demostró, pero León estaba furioso en nombre de ella.

Casi como si Eva pudiera sentir los ojos de él sobre ella, lo miró desde su lugar en el ala. Su expresión era serena y sus ojos, herméticos, sin dejar traslucir nada. Luego, cuando sus miradas se encontraron, ella permitió que él viera en los lugares secretos y bien vigilados de su alma. Fue tan manifiesto el amor que salió brillando de sus ojos color violeta que él quedó sin aliento. De repente, León tomó conciencia de la profundidad del cambio que los embargaba. Sin importar lo que hubiera habido antes, estaban ahora comprometidos el uno con el otro. Nada ni nadie más importaba. Mirándose a los ojos, intercambiaron votos que eran mudos pero irrevocables.

El momento fue quebrado por el toque de un silbato y un tremendo grito de

los *morani*. Los cazadores formaron en columna. Loikot tomó su lugar adelante para guiarlos a donde estaba la presa. Siempre cantando la canción del león, los *morani* lo siguieron, serpenteando a través de los árboles, con el cuerpo blanco brillante del *Graf Otto* en el medio. Los espectadores corrían en tropel detrás de ellos. Gustav y Hennie fueron tragados por la multitud y arrastrados por ella.

León y Eva quedaron solos. Él fue hasta donde ella estaba sentada en el ala.

—Si queremos presenciar el momento en que mate a la presa, debemos apurarnos.

—Ayúdame —respondió ella. Levantó los brazos y se inclinó hacia él. Él estiró las manos y las puso alrededor de su estrecha cintura y cuando la depositó en el suelo ella se apretó contra él por un instante. Él sintió su perfume y la tibieza de su vientre contra el de él. Ella le leyó los ojos y sintió la dureza entre las piernas de él a través de la ropa—. Lo sé, Tejón. Sé muy bien cómo te sientes. Yo lo siento también. Pero debemos tener paciencia por un tiempo más. ¡Pronto! Pronto, te lo prometo.

—¡Oh, Dios mío! —gimió él—. Ojalá... Otto. El león. Ojalá...

Los ojos de ella se llenaron de auténtico miedo.

—¡No, no lo digas! —Le puso un dedo sobre los labios—. No desees que eso ocurra. Nos traería la peor de las suertes posibles. —Ella dejó caer la mano de su cara y él vio que Manyoro se había acercado en silencio y estaba junto a su hombro. Tenía el rifle Holland en una mano y la bandolera de municiones en la otra.

—Gracias, mi hermano —dijo León al recibir el arma.

—El *Graf Otto* dijo que no debía haber armas de fuego en esta cacería —le recordó Eva.

—¿Puedes imaginarte lo que podría ocurrir si hiere a ese león y éste se lanza contra toda esa gente? —preguntó León con expresión severa—. Una cosa es hacer un pacto con el diablo, pero otra muy distinta es si piensa incluir a una docena de mujeres y niños en el trato. —Abrió la recámara del rifle y mientras lo cargaba con dos gruesos cartuchos de bronce, le preguntó—: ¿Puedes correr con esa falda y esas botas?

—Sí.

—Entonces, veamos cómo lo haces. —La tomó del brazo y corrieron detrás de la columna de *morani* que se alejaba rápidamente de la multitud de espectadores.

A León le sorprendió que Eva mantuviera el ritmo. Se levantó las largas faldas de gabardina hasta encima de las botas que llegaban a las rodillas y corrió con la gracia y la velocidad de una gacela hembra en celo. Él le tomó el brazo para ayudarla con las asperezas del terreno y la empujó hacia arriba para trepar por el banco empinado de un cauce seco. Pasaron a los rezagados y alcanzaron el cuerpo principal de cazadores; no estaban lejos de los guerreros más

adelantados cuando el jefe de la cacería hizo sonar su silbato otra vez. Los *morani* se movieron prolijamente para adoptar la formación de batalla a modo de cuernos gemelos.

—Han visto al león. —León estaba agitado por el esfuerzo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Puedes verlo? —preguntó ella sin aliento.

—No desde aquí, pero ellos pueden verlo. A juzgar por la manera en que se están moviendo, debe de estar echado en esa maleza al pie de la elevación. — Señaló un montón de rocas mezcladas con la maleza de hojas plateadas.

—¿Dónde está Otto? —Trataba de recuperar el aliento y se apoyó sobre él por un momento para descansar. Su frente estaba húmeda y brillante de transpiración y él estaba encantado con su olor tibio y femenino.

—Está en el medio de todo. ¿En qué otro lugar podríamos esperar que estuviera? —León señaló y vio su forma pálida que se destacaba en la primera fila de guerreros oscuros que estaba cerrándose como un puño alrededor de la rocosa elevación.

—¿Puedes ver al león? —El tono de la voz de ella era de angustia.

—No. Tendremos que acercarnos más. —La tomó del brazo y empezaron a correr otra vez. La primera línea de *morani* estaba a no más de ciento cincuenta pasos delante de ellos cuando León se detuvo repentinamente—. ¡Oh, dulce Señor! ¡Allí estás! Allí está el león. —Señaló con el dedo.

—¿Dónde? No puedo verlo.

—Allí, sobre el terreno alto. —Puso un brazo alrededor de sus hombros y la hizo moverse para quedar mirando hacia el animal—. Aquella cosa negra grande encima de la roca más alta. Ése es él. ¡Escucha! Los *morani* lo están desafiando.

—No puedo ver... —Y en ese momento el león se levantó y sacudió sus melenas. Ella contuvo el aliento—. Estaba mirándolo. Nunca me di cuenta de que podía ser tan grande. Creí que era una roca gigantesca.

El león balanceó su enorme cabeza de un lado al otro, mientras observaba a la multitud de enemigos que lo rodeaban. Gruñó y mostró los dientes. Incluso a esa distancia, León y Eva pudieron ver claramente el destello de marfil de sus colmillos y oír los repetidos gruñidos. Entonces, bajó la cabeza y aplastó las orejas contra su cráneo cuando descubrió la mancha clara como la luna del cuerpo de Otto von Meerbach en el centro de las filas. Había sido apartado de su propia presa y estaba enfadado. No necesitaba más provocación que la visión de ese cuerpo extraño. Gruñó otra vez, luego se lanzó al ataque, bajando a los saltos por el costado de la elevación directamente hacia el *Graf Otto*.

Un grito desafiante se elevó de entre las filas de los *morani* y éstos hicieron sonar sus escudos como tambores, acosando al león. Cuando llegó al suelo en el pie de la pendiente, se encogió por la velocidad y la fuerza de su empuje, arrastrándose muy bajo sobre la tierra, levantando polvo desde abajo de las enormes garras, gruñendo a cada paso.

Sin vacilar un momento, el *Graf* Otto levantó su escudo y lo sostuvo en lo alto mientras avanzaba para enfrentarse con la gran bestia. León y Eva se detuvieron de golpe y, con la sensación de algo inevitable, vieron lo que ocurría. Eva se aferraba a la mano de León y él sintió que sus uñas se hundían en su carne, haciéndolo sangrar.

—¡La bestia lo va a matar! —susurró ella, pero en el último instante, el *Graf* Otto se movió con la precisión y la coordinación de un atleta consumado. Cayó sobre una rodilla y se cubrió con el escudo de guerra de cuero crudo. Al mismo tiempo, levantó la *assegai* en su mano derecha y dirigió la punta al león que atacaba. La bestia la recibió en el centro de su pecho y entró cuan larga era, tan profundamente que la mano derecha del *Graf* Otto, que sujetaba la empuñadura, quedó inmersa en la pelambre negra y áspera de la melena y el corazón del león fue atravesado limpiamente por el acero afilado como una navaja. Sus mandíbulas se abrieron muy grandes cuando rugió y desde su garganta saltó un chorro de sangre brillante que salpicó la cabeza y los hombros de Otto von Meerbach. El león se bamboleó hacia atrás todavía con la lanza sepultada en su corazón, se tambaleó en un círculo y cayó sobre la hierba, con las cuatro patas pateando en el aire. Fue una cacería perfecta.

El *Graf* Otto tiró a un lado el escudo y se puso de pie de un salto, bramando triunfalmente, girando en una danza de derviche, con la cara distorsionada bajo el brillo de la capa de sangre del león. Una docena de *morani* se adelantó rápidamente para atravesar con las hojas de sus *assegai* el cuerpo muerto. El *Graf* los enfrentó, bramando de manera posesiva, para mantenerlos lejos de su presa. Arrancó su propia lanza del pecho del león y la agitó ante los guerreros que se amontonaban para acercarse; los hizo retroceder, gritándoles en sus caras, mientras se golpeaba el pecho con los puños, hecho una fiera, y los amenazaba con su lanza levantada. Le devolvieron los gritos furiosamente, haciendo sonar sus escudos como tambores con sus propias lanzas. Le estaban exigiendo compartir la gloria, su derecho de lavar sus lanzas en la sangre del león. El *Graf* Otto arremetió contra uno, y el *morani* apenas si hizo a tiempo para desviar velozmente el golpe con su escudo. El *Graf* Otto gritó con rabia y le arrojó su *assegai*, como si fuera una jabalina. El guerrero levantó su escudo pero la hoja atravesó el cuero crudo y cortó las venas en su muñeca. Sus compañeros bramaron de furia.

—¡Santo cielo! Se ha vuelto loco —exclamó Eva casi sin aliento—. Alguien saldrá muerto, o él o el masai. Debo detenerlo. —Comenzó a avanzar.

—No, Eva. Están todos locos con una furia de sangre. No puedes detenerlos. Sólo conseguirás que te lastimen. —La tomó de un brazo.

Ella tironeó para liberarse.

—He podido calmarlo antes. Me escuchará... —Otra vez trató de soltarse,

pero en ese momento él la agarró por los hombros con el brazo izquierdo, y levantó el rifle con la mano derecha. Fuerte como era ella, y por mucho que se esforzó, quedó indefensa en las manos de León.

—Es demasiado tarde, Eva —susurró en su oreja y, sosteniendo el pesado rifle como si fuera una pistola, apuntó con el cañón sobre las cabezas del *Graf Otto* y del *morani* herido—. Mira allá, encima de la elevación.

Ella miró hacia donde él señalaba y vio al segundo león, el gemelo perdido. Estaba parado en la cima del montículo. Era una criatura inmensa, más grande incluso que el que el *Graf Otto* había matado; además, su melena estaba completamente erguida por la rabia, de modo que parecía duplicar su tamaño. Encorvó el lomo, abrió muy grandes sus mandíbulas y las mantuvo cerca del suelo mientras bramaba. Fue una explosión a todo pulmón que rompía la tierra. El barullo de los espectadores y el tumulto del *Graf Otto* y los guerreros en acción se apagaron en un silencio mortal. Todas las cabezas giraron hacia la cima de la elevación y la bestia que se alzaba allí.

Los dos leones se habían separado tres días antes, cuando el más grande había sido atraído por un perfume irresistible en la brisa fresca de antes del amanecer. Era el olor de una leona madura en pleno estro. Se había apartado de su hermano más pequeño y se apresuró a responder a la invitación llevada por el viento.

Encontró a la leona una hora después del amanecer, pero otro león ya se estaba apareando con ella, un pretendiente más joven, más fuerte y más decidido. Los dos habían peleado, rugiendo, golpeando e hiriéndose el uno al otro con colmillos y garras filosas. El león más viejo había quedado lastimado y se había retirado con un corte profundo en las costillas y una mordida en el hombro que llegaba hasta el hueso. Había vuelto para reunirse con su hermano, cojeando penosamente y dolido por la humillación. Los dos leones habían vuelto a reunirse un poco después de que saliera la luna y el herido se había alimentado de los restos del kudú cazado por su hermano para luego retirarse a un saliente rocoso en el lado de la colina, donde había permanecido tendido para descansar y lamer sus heridas.

Había estado demasiado dolorido y entumecido como para participar en el ataque de los cazadores *morani*, pero los rugidos furiosos y la agonía de muerte de su hermano lo habían sacado de su escondite. En ese momento miró hacia abajo, al sitio de la muerte, donde el cuerpo de su hermano yacía tendido. Él no conocía los sentimientos humanos del pesar, la pena o la pérdida, pero sí la furia, una terrible furia devoradora contra el mundo y especialmente contra esas criaturas enclenques delante de él. La figura del *Graf Otto* era la que estaba más cerca y el pálido color de su cuerpo sirvió como punto de foco para la furia de la bestia. Saltó hacia adelante y se lanzó al ataque pendiente abajo.

Las mujeres dejaron escapar un terrible gemido y se dispersaron como una



bandada de gallinas ante un halcón peregrino en picada. Los *morani* fueron tomados totalmente desprevenidos. Un momento antes habían estado peleándose con el *Graf Otto* y de pronto había aparecido el león, como por arte de la magia del conde.

Para cuando estuvieron reagrupados para enfrentar esta nueva amenaza, la bestia había ya recorrido la mayor parte del terreno para atacar al *Graf Otto*. León empujó a Eva detrás de él y le gritó:

—¡Quédate aquí! ¡No te acerques más!

Luego compitió en un intento de proteger a su cliente. Él y los *morani* llegaron demasiado tarde.

En el último instante, el *Graf Otto* levantó los brazos en un esfuerzo inútil para protegerse, pero el león se lanzó sobre él para aplastarlo con toda su velocidad y enorme peso. Fue derribado hacia atrás con la bestia encima de él. Lo envolvió en el aplastador abrazo de sus patas delanteras y le clavó muy hondo sus garras como ganchos de carnicero en la carne de su espalda. Al mismo tiempo, sus patas traseras desgarraron el frente de la parte inferior de su cuerpo y sus muslos, haciendo profundos cortes en sus carnes y abriéndole el vientre. En ese momento estaba agachado encima de él para ocuparse de su cara y su garganta, pero el *Graf Otto* empujó su antebrazo en las mandíbulas abiertas en un esfuerzo por mantenerlo alejado. El león mordió y mientras León se acercaba corriendo oyó los huesos que se hacían astillas. El león mordió otra vez, esta vez destrozando el hombro derecho del *Graf Otto*. Como un gatito jugando con un ovillo de lana, sus patas traseras estaban ocupadas desgarrando sus muslos y su vientre con las largas garras amarillas.

León liberó la traba de seguridad del rifle y metió los cañones del arma en la oreja del león. Apretó ambos gatillos a la vez. Las balas atravesaron el cráneo y explotaron por la oreja del otro lado, llevando casi todo el cerebro consigo. El león cayó hacia un lado y rodó lejos del *Graf Otto*.

León quedó parado sobre el hombre, con silbidos en los oídos por la explosión del rifle y mirando con horrorizada incredulidad el daño que el animal había infligido en sólo unos segundos. Por un instante no pudo decidirse a tocar al *Graf Otto*. Estaba cubierto de sangre y más sangre salía a chorros de las espantosas heridas en el brazo y el hombro. Salían también a borbotones de los profundos cortes en la parte de adelante de los muslos y en el vientre.

—¿Todavía está vivo? —Eva había hecho caso omiso de su orden de quedarse atrás—. ¿Está vivo o muerto?

—Un poco de cada cosa, creo —dijo León anonadado, pero la voz de ella lo había arrancado de la inercia ante el horror que se había apoderado de él. Le entregó el rifle a Manyoro cuando éste se acercó corriendo; luego cayó de rodillas junto al cuerpo de su cliente, sacó su cuchillo de caza de la vaina y

empezó a cortar la *shuka* empapada en sangre.

—Dios mío, está hecho pedazos. Tendrás que ayudarme. ¿Sabes algo de primeros auxilios? —le preguntó a Eva.

—Sí —respondió ella arrodillándose a su lado—. He hecho prácticas. —Su tono era sereno y profesional—. Primero debemos parar la hemorragia.

León quitó lo que quedaba de la *shuka* hecha jirones del *Graf Otto* y la cortó en tiras para usarlas como vendas. Entre ambos aplicaron torniquetes en el brazo hecho añicos y los muslos rotos. Luego aplicaron compresas a los demás pinchazos profundos dejados por los colmillos del león.

León miró las manos de Eva mientras trabajaba con rapidez y prolijidad. No daba muestra alguna de repugnancia aunque estaba ensangrentada hasta los codos.

—Tú sabes lo que estás haciendo. ¿Dónde aprendiste?

—Podría hacerte la misma pregunta —replicó.

—Me enseñaron las cosas básicas en el ejército —respondió.

—Lo mismo que a mí.

La miró asombrado.

—¿El ejército alemán?

—Algún día puedo contarte la historia de mi vida, pero por el momento sigamos con esta tarea. —Se limpió las manos ensangrentadas en su falda mientras evaluaba lo que habían hecho; luego sacudió la cabeza—. Puede sobrevivir a las heridas, es más fuerte que la mayoría, pero la infección y la vergüenza probablemente lo van a matar —comentó.

—Tienes razón. Los colmillos y las garras de un león son más mortales que flechas envenenadas. Están cubiertas con carne podrida y sangre seca, un verdadero criadero de microbios. Los amiguitos del doctor Joseph Lister. Debemos llevarlo a Nairobi ahora mismo para que el doctor Thompson pueda darle un baño de yodo caliente.

—No podemos moverlo hasta que hayamos hecho algo en las heridas de su vientre. Si tratamos de levantarlo ahora, se le caerán los intestinos. ¿Puedes suturarlo? —le preguntó.

—No sabría por dónde empezar —respondió León—. Éste es un trabajo para un cirujano. Sólo atémoslo y esperemos lo mejor. —Le vendaron el vientre con largos trozos de *shuka*. León observaba a Eva, a la espera de que ella manifestara alguna emoción. No parecía estar sufriendo. ¿Tenía ella algún sentimiento hacia él? Daba muestras de estar trabajando con distancia profesional y evitaba los ojos de él, de modo que no podía estar seguro.

Finalmente pudieron levantar al *Graf Otto* sobre un escudo de guerra. Seis *morani* lo cargaron y lo llevaron corriendo hacia el lugar en el salar donde esperaba el *Mariposa*.

Bajo la supervisión de Manyoro, levantaron la camilla improvisada hasta la

cabina y León la ató a los pasadores en el suelo. Luego levantó la vista para mirar a Eva. Pálida y desaliñada, estaba en cuclillas frente a él. Sus faldas estaban sucias de sangre y polvo.

—No creo que se salve, Eva. Ha perdido demasiada sangre. Pero tal vez el doctor Thompson pueda hacer uno de sus milagros si lo llevamos a Nairobi a tiempo.

—No iré contigo —dijo Eva en voz baja.

La miró sorprendido. No eran sólo las palabras, sino también la lengua en la que las había dicho.

—Hablas inglés. Ése es un acento del noreste —dijo. Su lírica cadencia sonaba amable en sus oídos.

—Sí. —Sonrió con tristeza—. Soy de Northumberland.

—No comprendo.

Empujó el pelo hacia atrás, liberando sus ojos y sacudió la cabeza.

—No, Tejón, no puedes comprender. ¡Oh, Dios! Hay tantas cosas que no sabes de mí, y que no puedo decirte... todavía.

—Dime algo. ¿Qué sientes realmente por Otto von Meerbach? ¿Lo amas, Eva?

Ella abrió muy grandes sus ojos. Luego se oscurecieron horrorizados.

—¿Amarlo? —Dejó escapar una risa breve y mordaz—. No, no lo amo. Lo odio con todo mi corazón y desde las profundidades de mi alma.

—¿Entonces, por qué estás aquí con él? ¿Por qué te comportas con él de esa manera?

—Tú eres un soldado, Tejón, igual que yo. Sabes lo que son el deber y el patriotismo. —Suspiró larga y profundamente—. Pero he tenido suficiente. No puedo seguir. No voy contigo a Nairobi. Si lo hago, nunca podré escapar.

—¿De quién estás tratando de escapar?

—De aquellos que se adueñaron de mi alma.

—¿Adonde irás?

—No lo sé. A algún lugar secreto donde no puedan encontrarme. —Estiró su mano y tomó la de él—. Esperaba que tú lo supieras, León. Esperaba que pudieras encontrar un lugar donde pudiera esconderme. Algún lugar al que pudiéramos escapar juntos.

—¿Y qué hacemos con él? —Señaló el cuerpo empapado en sangre que yacía en el suelo entre ellos—. No podemos dejarlo morir, como seguro ocurrirá si no hacemos algo pronto.

—No —coincidió ella—. A pesar de mis sentimientos hacia él, no podemos hacer eso. Encuentra un lugar donde pueda esconderme. Déjame allí. Regresa a buscarme tan pronto como puedas. Ésa es mi única oportunidad de ganar mi libertad.

—¿Libertad? ¿No eres libre ahora?

—No. Soy cautiva de las circunstancias. No creerás que yo elegí convertirme en lo que me he convertido, ¿no?

—¿Qué eres? ¿En qué te has convertido?

—Me he convertido en una puta y una impostora, una mentirosa y una tramposa. Estoy atrapada en las mandíbulas de un monstruo. Alguna vez fui como tú, buena, honesta e inocente. Quiero ser así otra vez. Quiero ser como tú. ¿Me aceptarás? Degradada y sucia como estoy, ¿me aceptarás?

—Oh, Dios, Eva, no hay nada que yo desee más. Te he querido desde el primer momento en que puse mis ojos en ti.

—Entonces, basta ya de preguntas. Te lo ruego. Escóndeme aquí, en estas tierras salvajes. Lleva a Otto a Nairobi. Si alguien allí pregunta por mí, y me refiero a cualquiera que lo haga, sin excepción, no le digas dónde estoy. Diles simplemente que desaparecí. Deja a Otto en el hospital. Si sobrevive, lo enviarán a Alemania. Y tan pronto como puedas, debes regresar a mí. Te lo explicaré todo entonces. ¿Lo harás? Dios sabe que no hay razón para que lo hagas, pero ¿confiarás en mí?

—Tú sabes que sí —dijo en voz baja; luego gritó—: ¡Manyoro! ¡Loikot!

Estaban esperando cerca. Las órdenes que tenía para ellos eran breves y precisas. Le tomó menos de un minuto transmitírselas. Se volvió hacia Eva.

—Ve con ellos —le dijo—. Haz lo que te digan. Puedes confiar en ellos.

—Sé que puedo. Pero ¿adonde me llevarán?

—Al monte Lonsonyo. A Lusima —le respondió y vio que todas las preocupaciones desaparecían de sus ojos color violeta.

—¿A nuestra montaña? —dijo ella—. Oh, León, desde el primer momento que la vi supe que Lonsonyo tenía un significado especial para nosotros.

Mientras ellos hablaban, Manyoro había encontrado el bolso de tela en el que Eva llevaba sus cosas personales. Lo sacó del depósito en la parte de atrás de la cabina y se lo arrojó a Loikot que estaba parado debajo del fuselaje; luego saltó por un costado. En ese momento León y Eva estaban juntos, solos. Se miraron uno al otro sin decir una palabra. Él extendió la mano para tocarla y ella fue a sus brazos con una gracia rápida y elegante. Se abrazaron como si estuvieran tratando de fusionar sus cuerpos en una sola entidad. Los labios de él se estremecieron contra su mejilla cuando ella susurró:

—Bésame, mi amor. He esperado tanto tiempo. Bésame ahora.

Sus labios se juntaron, tan ligeramente al principio como dos mariposas que se tocan en vuelo; luego más fuerte, más profundamente, de modo que él pudo sentir su esencia y saborear la tibieza de su lengua y los rosados, fragantes rincones remotos de su boca. Ese primer beso pareció durar un instante y a la vez toda la eternidad. Luego, con un esfuerzo, se separaron y se miraron sobrecogidos.

—Yo sabía que te amaba, pero hasta este momento no me daba cuenta de

cuánto —dijo él en voz muy baja.

—Lo sé, porque también lo siento —respondió ella—. Hasta este momento, nunca supe lo que era confiar totalmente en alguien y amarlo.

—Debes irte —le dijo—. Si te quedas un minuto más, no creo que pueda dejarte ir.

Apartó sus ojos de los de él y miró hacia el salar, donde los *morani* y la gente de la aldea estaban regresando en tropel en dirección a ellos. Algunos llevaban los cuerpos de los dos leones colgados en palos, con las cabezas hacia abajo.

—Gustav y Hennie se acercan —dijo ella—. No deben verme partir ni saber a dónde me he ido. —Lo besó otra vez rápidamente y luego se fue—. Esperaré que regreses a mí, y cada segundo que estemos separados será una agonía y una eternidad.

Entonces, con el ruido del roce de su falda, saltó afuera de la cabina. Con Manyoro y Loikot a cada lado, corrió hacia los árboles, sin ser vista por Gustav y Hennie, gracias al fuselaje del avión. Cuando llegaron a la línea de árboles, Eva se detuvo para mirar hacia atrás. Saludó con la mano y luego desapareció en el bosque. Él se sorprendió por la desolación que lo envolvió cuando se fue, y no hizo ningún esfuerzo por apartar esa sensación y prepararse para enfrentar a Gustav, que estaba trepando a la cabina.

Cayó de rodillas junto al cuerpo del *Graf Otto*.

—¡Oh, mi Dios, mi Dios de bondad! —gritó—. ¡Está muerto! —Lágrimas auténticas corrieron por sus mejillas curtidas—. ¡Por favor, Señor, sálvalo! Era más que mi propio padre para mí. —Aparentemente, Gustav había olvidado la existencia de Eva von Wellberg.

—No está muerto —dijo León bruscamente—, pero lo estará pronto si no enciende los motores para que pueda llevarlo a un médico.

Gustav y Hennie se pusieron a trabajar de inmediato y a los pocos minutos los cuatro motores estaban rugiendo y largando humo azul perfumado con aceite de ricino mientras se calentaban. León puso la trompa del *Mariposa* contra el viento y esperó a que los motores alcanzaran un ritmo uniforme. Luego les gritó a Gustav y a Hennie:

—¡Sujétenlo bien!

Se agacharon junto a la camilla improvisada sobre la que el *Graf Otto* estaba tendido y lo sujetaron con fuerza. León aceleró al máximo. La aeronave rugió y se puso en movimiento. Mientras subía por encima de los árboles, miró por un costado buscando a Eva. Hasta que la vio. Ella y los masai se habían alejado ya y estaban a quinientos metros más allá del perímetro del salar. Ella corría un poco detrás de los otros dos. Se detuvo y miró hacia arriba, se quitó el sombrero y saludó. El pelo le cayó sobre los hombros y estaba riéndose; él supo que su risa era para darle aliento. Sintió que su corazón se encogía ante el coraje y la valentía de ella, pero no se atrevió a devolverle el saludo pues eso podría dirigir la

atención de Gustav hacia la pequeña figura allá abajo. El *Mariposa* continuó rugiendo, trepando hacia los contrafuertes de la muralla del valle del Rift.

Era la última hora de la tarde y el sol se estaba poniendo cuando León hizo aterrizar al *Mariposa* en el campo de polo de Nairobi. No había nadie, pues nadie lo esperaba. Llevó el avión al hangar, donde el vehículo de caza estaba estacionado, apagó los motores, y entre los tres maniobraron con la camilla para sacarla por un costado de la cabina y bajaron al *GrafOtto* al suelo.

León lo revisó rápidamente. No pudo detectar respiración alguna y la piel del *Graf* tenía una palidez de muerte, húmeda y fría al tacto. No mostró ninguna señal de vida. León sintió una culpable sacudida de alivio de que su deseo de muerte para ese hombre hubiera sido rápidamente cumplido. Pero entonces tocó el cuello del conde, debajo de la oreja, y sintió que la arteria carótida latía débilmente y de manera irregular. Luego puso la oreja sobre los labios del moribundo y escuchó el débil ruido del aire que entraba y salía de sus pulmones.

«Cualquier ser humano normal habría estado muerto hacía rato, pero este bastardo es tan duro como la piel del lomo de un elefante», pensó con amargura.

—Traiga el vehículo de caza —le ordenó a Gustav.

Pusieron la camilla sobre el asiento trasero, donde Gustav y Hennie lo sostenían con firmeza mientras él conducía el coche con cuidado hacia el hospital, evitando los pozos y las irregularidades del camino.

El hospital era un edificio pequeño de adobe y paja, frente a la nueva iglesia anglicana. Tenía una clínica, un quirófano rudimentario y dos salas pequeñas y vacías. No había nadie en el edificio y León se apresuró a llegar a la cabaña en el fondo.

Allí encontró al doctor Thompson y a su esposa sentados para la cena, pero dejaron todo sobre la mesa y corrieron con León hacia el hospital. La señora Thompson era la única enfermera profesional en toda la colonia y de inmediato se hizo cargo de la situación. Bajo su supervisión, Gustav y Hennie llevaron al *GrafOtto* a la clínica y lo levantaron de la camilla improvisada para pasarlo a la del consultorio. Mientras el doctor cortaba los vendajes de emergencia, ellos arrastraron una bañera de hierro galvanizado y la llenaron con agua caliente en la que la señora Thompson vació una botella de un litro de tintura de yodo. Luego levantaron el cuerpo roto del *GrafOtto* de la mesa y lo metieron en el baño humeante.

El dolor fue tan tremendo que lo sacó con un sobresalto de la oscura niebla del coma, chillando y retorciéndose, tratando de salir del cáustico antiséptico. Lo retuvieron despiadadamente para que el yodo pudiera penetrar en las profundas y terribles heridas. A pesar de su antipatía por ese hombre, León sintió que el espectáculo de su sufrimiento era desgarrador. Retrocedió hacia la puerta y salió

en silencio fuera de la clínica, hacia el agradable aire de la tarde.

Cuando llegó al campo de polo, el sol se había puesto. Paulus y Ludwig, dos de los mecánicos de Meerbach, habían llegado allí antes que él. Habían oído más temprano el aterrizaje del *Mariposa* y se habían acercado a averiguar qué estaba ocurriendo. León les hizo un breve relato de cómo el *Graf* había sido atacado y luego dijo:

—Debo regresar. No sé qué habrá ocurrido con *Fräulein* von Wellberg. Está allá sola. Puede estar en peligro. Los tanques de combustible del *Mariposa* están casi vacíos. ¿Qué hay del *Abejorro*?

—Lo llenamos cuando usted lo trajo —informó Ludwig.

—Ayúdeme a poner en marcha los motores. —León fue hacia la aeronave y los mecánicos corrieron detrás de él.

—¡Usted no puede volar en la oscuridad! —protestó Ludwig.

—Faltan sólo dos noches para la luna llena y saldrá en menos de una hora. Luego habrá tanta luz como de día.

—¿Y si se nubla?

—No en esta época del año —aseguró León—. Ahora, basta de discutir. Denme una mano para hacerlo arrancar. —Trepó a la cabina y empezó la rutina, pero se detuvo a la mitad e inclinó la cabeza para escuchar cascacos que galopaban por el camino que venía de la ciudad—. Maldita sea —farfulló—. Esperaba poder irme sin atraer la inoportuna atención de nadie. ¿Quién será? —Se agachó por debajo del borde de la cabina y miró hacia la forma oscura de caballo y jinete que aparecía en la noche. Luego suspiró cuando reconoció la silueta alta y corpulenta en la montura, aun cuando todavía no podía ver su cara—. ¡Tío Penrod! —gritó.

El jinete frenó.

—¿León? ¿Eres tú?

—El mismo, señor. —León trató de mantener un tono de resignación en su voz.

—¿Qué está ocurriendo? —quiso saber Penrod—. Estaba cenando con Hugh Delamere en el Muthaiga Country Club cuando oímos llegar al avión. Casi de inmediato hubo toda clase de rumores circulando por el bar. Alguien vio que a Von Meerbach lo traían en una camilla. Estaban diciendo que había habido un accidente, que lo mordió un león, y que *Fräulein* von Wellberg estaba muerta o había desaparecido. Fui al hospital pero me dijeron que el doctor estaba operando y que no podía hablar conmigo. Entonces, me di cuenta de que como sólo hay dos personas en la colonia que pueden pilotar un avión, y obviamente Von Meerbach no estaba en condiciones de hacerlo, tenía que ser tú quien había traído el avión. Vine a buscarte.

León se rio compungido. No era fácil que algo se le escapara al general de brigada Ballantyne.

—Tío, usted es un maldito genio.

—Todo el mundo me dice lo mismo. Ahora, mi muchacho, quiero un informe completo. ¿Qué, en nombre de todo lo que es sagrado, estás haciendo? ¿Qué le pasó realmente a Von Meerbach, y dónde está la encantadora *Fräulein*?

—Algunos de los rumores que escuchó son correctos, señor. Yo traje a Von Meerbach desde el campo. Fue gravemente atacado por un león, como le dijeron. Lo dejé con el médico. No creo que se salve. Está muy malherido.

—¿Cómo pudiste permitir que ocurriera, León? —El tono de Penrod dejaba traslucir su enojo—. Santo cielo, todo mi duro trabajo desperdiciado.

—Insistió en atacar al león al estilo masai con la *assegai*. Lo derribó antes de que yo tuviera alguna oportunidad de evitarlo.

—El hombre es un maldito tonto —espetó Penrod—. Y tú no eres mucho mejor. Nunca debiste haber dejado que se metiera en una situación semejante. Tú sabías lo importante que era, todo lo que esperábamos enterarnos por él. ¡Maldición! Debiste haberlo detenido. Debiste haberlo cuidado como si fuera un bebé.

—Un bebé malo y grande con ideas propias, señor. Nada fácil de cuidar. —El tono de León sonaba agudo por el enojo.

Penrod cambió de tema delicadamente.

—¿Dónde está Von Wellberg? Espero que no la hayas entregado también a ella como comida para los leones.

La burla irritó a León, como era la intención de Penrod. La verdadera respuesta saltó airadamente a sus labios pero, con un esfuerzo, la detuvo allí. La advertencia de Eva resonó en sus oídos: «Si alguien allí pregunta por mí, y me refiero a cualquiera que lo haga, sin excepción, no le digas dónde estoy. Diles simplemente que desaparecí».

«Me refiero a cualquiera». ¿Había querido incluir a Penrod en esa advertencia? Su mente corría a toda velocidad. Recordó el incidente en la cena del regimiento cuando los encontró en el jardín. Sus sospechas en aquel momento seguramente tenían fundamento. Eva nunca habría bajado su guardia de esa manera a menos que hubiera algún entendimiento especial entre ellos. Entonces, recordó la manera en que Eva había insinuado sus conexiones con el ejército. Penrod era el comandante de las fuerzas armadas de la colonia. Todo comenzaba a adquirir una borrosa forma en su mente.

«Estoy atrapada en las mandíbulas de un monstruo», había dicho. ¿Era Penrod el monstruo? Si era así, entonces, León había estado a punto de traicionarla. Respiró hondo y dijo con firmeza:

—Desapareció, señor.

—¿Qué diablos quieres decir con «desapareció»? —gritó Penrod.

Su reacción rápida y brusca confirmó las sospechas de León. Penrod estaba en el centro del sombrío misterio.



«Tú eres un soldado, Tejón, igual que yo. Sabes lo que son el deber y el patriotismo» .

Sí, él era un soldado, y allí estaba, mintiéndole a su oficial superior. Ya antes una vez había sido encontrado culpable de desobedecer a un oficial superior, de negligencia en el cumplimiento del deber. En ese momento estaba cometiendo los mismos delitos graves, pero esta vez lo estaba haciendo deliberada y conscientemente. Como Eva, estaba atrapado en las mandíbulas del monstruo.

—Vamos, muchacho, dímelo. ¿Qué quieres decir con que desapareció? La gente no desaparece así como así.

—En el momento del ataque del león yo estaba tratando de proteger a Von Meerbach. Era él quien estaba en verdadero peligro, no... —casi iba a decir «Eva» pero se corrigió—... no la dama. Le dije que se quedara bien atrás y corrí hacia los masai. La perdí de vista en la confusión. Luego, cuando el león derribó a Von Meerbach y lo destruyó, yo sólo tenía una cosa en mi mente, que era remendarlo y llevárselo al doctor Thompson. No volvía pensar en *Fräulein* von Wellberg hasta que ya estábamos volando y para entonces era demasiado tarde para regresar por ella. Confié en que Manyoro y Loikot la encontraran y la cuidaran. Creo que la habrán llevado a un lugar seguro. Pero en este mismo momento voy a arriesgarme a un vuelo nocturno hacia el valle para asegurarme de que esté bien.

Penrod empujó su caballo para ubicarlo junto al fuselaje y lanzó una mirada furiosa a León, que estaba seguro de que su culpabilidad era claramente visible en sus facciones. Bendijo a la oscuridad que escondió su rostro del severo escrutinio de Penrod.

—¡Escúchame, León Courtney! Si ella es lastimada de alguna manera, tú responderás por ello ante mí. Ahora bien, éstas son mis órdenes. Presta atención. Regresarás a donde dejaste a Eva von Wellberg en el campo y la sacarás de ahí. La traerás a mí... directamente a mí y a nadie más. ¿Está claro?

—Muy claro, señor.

—Si me defraudas, te enseñaré el significado de las palabras «dolor» y «sufrimiento» . Lo que Freddie Snell te hizo parecerá una palmadita en la cabeza en comparación. Quedas advertido.

—Ciertamente, señor. Ahora, si usted tiene la amabilidad de salir de la corriente de las hélices, me pondré en camino para obedecer sus órdenes.

Ludwig llevó el enorme camión de Von Meerbach al extremo más alejado del campo de polo y lo estacionó para que sus faros iluminaran la pista de aterrizaje. Mientras León se movía rugiendo por la pista para despegar, vio la silueta de Penrod recortada contra los faros, inclinado sobre su montura. Casi podía sentir el calor de la cólera de su tío.

Tan pronto como se alejó de las copas de los árboles en el extremo del campo, giró para dirigirse al campamento Percy. Al ganar altura, la luna pareció

apresurarse ansiosamente por sobre el negro horizonte para iluminarle el camino. Desde una distancia de veinte kilómetros, la colina que dominaba el campamento estaba bañada por la luz de la luna, guiándolo en la última etapa del viaje. Para atraer la atención de Max Rosenthal dio tres vueltas sobre el campamento, acelerando y desacelerando los motores. En la última vuelta vio faros que se encendían debajo de él; luego vio que el camión avanzaba sobre el desaparejo camino hacia la pista de aterrizaje. Max sabía lo que se esperaba de él y alineó el vehículo para orientar a León en el aterrizaje.

Tan pronto como León detuvo al *Abejorro*, arrojó su mochila por el costado para luego agarrar el rifle Holland y la bandolera del lugar donde Manyoro los había dejado. Bajó y corrió hacia el camión.

—Max, quiero cuatro de nuestros mejores caballos y uno de los mozos de cuadra para que venga conmigo. Cada uno montará un caballo y llevaremos a los otros con nosotros.

—*Jawohl*, jefe. ¿Adonde va? ¿Cuándo quiere partir?

—No importa a dónde voy y quiero partir de inmediato.

—*Himmel!* Son las once de la noche. ¿No puede esperar hasta mañana?

—Tengo apuro, Max.

—*Ja*, eso parece.

León corrió a su carpa y puso algunos artículos esenciales en su mochila liviana; luego fue a donde estaban atados los caballos. Allí lo esperaban los animales, pero en lugar de cuatro animales, como había ordenado, había cinco. El ceño fruncido de León se aflojó para ser reemplazado por una gran sonrisa cuando reconoció la figura montada sobre la mula negra.

—¡Que el Profeta te colme de bendiciones! —dijo a modo de bienvenida.

Los dientes de Ishmael brillaron blancos en la luz de la luna.

—Effendi, sabía que usted moriría de hambre sin mí.

Cabalgaron sin parar por el resto de esa noche, cambiando dos veces de caballos. Al amanecer, la silueta azul oscuro del monte Lonsonyo se veía baja sobre el distante horizonte. Para el mediodía, ya llenaba la mitad del cielo oriental, pero esta visión era desconocida para León. Nunca antes se había acercado al monte desde esta dirección. En ese momento presentaba su más accidentada pendiente del norte, la que él y Eva habían sobrevolado con el *Graf Otto* en los controles del *Mariposa*.

Para entonces ya habían cabalgado durante casi trece horas desde que salieran del campamento Percy y habían forzado al máximo a los caballos. A pesar de su impaciencia por reunirse con Eva, sabía que no podía exigirles más a los animales ni a los hombres. Tenía que hacer descansar a los hombres, y había que dejar que los caballos comieran y bebieran. Desensillaron junto a un pequeño abrevadero y manearon a los animales; luego los dejaron sueltos para que comieran.

Mientras se ocupaban de esas cosas, Ishmael preparó café y luego cortó rebanadas de venado frío y cebollas encurtidas sobre un trozo de pan sin levadura. Una vez que comió, León durmió hasta el anochecer. Luego ensillaron y continuaron en la oscuridad. En la noche fresca, los caballos se movían con entusiasmo y al amanecer el monte se alzaba ante ellos. León miró admirado sus despeñaderos. Las altas paredes estaban adornadas con líquenes de brillantes colores. Descubrió el reflejo plateado del agua que caía en una de las gargantas que dividían las enormes murallas. Aunque, desde ese ángulo bajo, la cuenca circular oscura quedaba escondida, se dio cuenta de que ésta debía ser la cascada que él y Eva habían visto desde el aire.

León sabía por Loikot que había un sendero junto a la cascada que ascendía por los despeñaderos hasta la cima y ésta era la ruta por la que pensaba llevar a Eva hasta Lusima. Pero estaba todavía demasiado lejos como para ver el sendero, incluso con la ayuda de los binoculares. En cambio, se concentró en calcular las distancias y la dirección desde la cual vendrían, con la esperanza de poder interceptarlos antes de que empezaran el ascenso. Lo más probable, sin embargo, era que ellos ya estuvieran en el sendero antes que él.

Sea como fuere, sabía que Eva estaba cerca y eso le levantó el ánimo. Ishmael y el mozo de cuadra no podían seguirle el ritmo mientras espoleaba a su montura siempre adelante. Al cabo de otra hora, frenó bruscamente, saltó de la silla de montar y se puso en cuclillas al lado de uno de los numerosos senderos de animales que se entrecruzaban en la sabana. Tres pares de huellas de pisadas humanas habían sido dejadas no hacía mucho en el polvo fino. Manyoro iba adelante. León habría reconocido esa cojera en cualquier parte. El ligero arrastre de los dedos del pie era inconfundible. Loikot lo seguía, con sus pasos largos y flexibles y Eva detrás de ellos.

—¡Oh, mi querida! —murmuró León, cuando tocó una de sus claras y delgadas huellas—. Hasta tus pequeños pies son hermosos.

Las huellas iban directamente hacia la montaña y él volvió a montar para seguir las a medio galope. El sendero subía por la primera inclinación de la ladera, que se hacía más empinada a cada paso. El despeñadero se fue alzando hasta que pareció llenar el cielo, y las nubes que se movían arriba le dieron a León la incómoda sensación de que la montaña se le venía encima.

Pronto el sendero se hizo tan empinado que se vio obligado a desmontar para caminar delante de su caballo. Cada tanto descubría las huellas que las botas de Eva iban dejando, lo que lo alentaba a seguir subiendo a la mayor velocidad que podía. El agudo ángulo de la pendiente hacía imposible ver más allá de una corta distancia adelante, pero continuó caminando mientras el resto de su grupo se esforzaba por seguirlo aunque rápidamente se fue quedando atrás. Llegó a un escalón en la ladera, y cuando lo subió quedó maravillado ante la vista.

Delante de él había un espejo de agua circular. Era mucho más grande de lo

que había parecido desde el avión, pero su tamaño se veía reducido por la magnitud del despeñadero encima de él y el diluvio blanco y estruendoso de la cascada. Tan copiosa era la caída de agua que enviaba remolinos de aire fresco que daban vueltas por aquel caldero de roca.

Entonces escuchó una voz, débil y casi ahogada por el estrépito del agua que caía en cascada. Era la voz de ella, y su corazón se agitó emocionado. Con ansiedad exploró con la vista los despeñaderos a ambos lados del pequeño lago, pues los ecos eran engañosos y no estaba seguro de la dirección desde la que ella estaba gritando.

—¡Eva! —gritó a los despeñaderos y los ecos que se apagaban se burlaron de él.

—¡León! ¡Querido! —Esta vez la dirección era más nítida. Se volvió al lado izquierdo del agua y echó la cabeza hacia atrás. Vio un destello de movimiento muy alto, arriba, y se dio cuenta de que ella estaba parada sobre un saliente que hacía ángulo con la pared del despeñadero. Cuando la miró, ella empezó a bajar hacia él, corriendo con la velocidad y la agilidad de los damanes de las rocas sobre terreno traicionero.

—¡Eva! —gritó—. ¡Ahí voy, mi amor! —Dejó caer las riendas de su caballo y comenzó a trepar por la ladera para encontrarse con Eva. Entonces vio a los dos masai en el sendero por encima de ella. Aun a esa distancia podía distinguir el asombro en sus rostros, cuando vieron ese extraordinario despliegue. Él y Eva llegaron a donde comenzaba el saliente casi al mismo tiempo, pero él estaba debajo del borde y ella encima, casi a dos metros sobre su cabeza.

—¡Atrápame, Tejón! —gritó y, confiando en la fuerza de él, se lanzó por sobre el borde. Al caer él la atrapó, pero su peso y la velocidad lo hicieron caer de rodillas. Arrodillado sobre ella, la abrazó contra su pecho en un gesto protector mientras reían.

—¡Te amo, niña loca!

—¡Nunca más me dejes ir! —exclamó, cuando sus labios se juntaron.

—¡Nunca! —prometió él, hablando en su suave boca.

Mucho después, cuando se separaron para respirar, vieron que Manyoro y Loikot habían seguido a Eva sendero abajo y estaban en cuclillas en el saliente justo encima de ellos, mirándolos con sonrisas encantadas.

—¡Vayan a molestar a otra parte! —les ordenó León—. No son bienvenidos aquí. Llévense mi caballo y bajen hasta que encuentren a Ishmael. Díganle que prepare el campamento al pie del monte. Espérennos. Dormiremos allí esta noche.

—*Ndio, bwana* —respondió Manyoro.

—Y dejen de reírse como tontos.

—*Ndio, bwana!*

La voz de Manyoro fue apagada por las risas mientras comenzaba a bajar,

pero Loikot se quedó sobre el saliente encima de él. De pronto le gritó a Manyoro, en una imitación en falsete de la voz de Eva:

—¡Atdápame, Tecón! —Y se arrojó del saliente como había hecho Eva. Chocó contra Manyoro con tal fuerza que lo derribó. Ambos bajaron rodando por la pendiente, abrazados uno al otro, aullando y gritando de risa—. ¡Atdápame, Tecón! —gritaban—. ¡Atdápame, Tecón!

Ni León ni Eva pudieron contenerse y estallaron en risas otra vez. Al final León recuperó la voz.

—¡Váyanse, idiotas! —les ordenó—. Fuera de mi vista. ¡No quiero volver a ver a ninguno de los dos por mucho, mucho tiempo!

Bajaron trastabillando la montaña, todavía dominados por ataques de risa, abrazados y divertidos.

—¡Atdápame, Tecón! —aulló Manyoro.

—¡Tamo, nina loca! —Loikot se abofeteó las mejillas y sacudió la cabeza—. ¡Tamo! —repitió, y saltó un metro en el aire.

—Éste fue, sin duda alguna, el más gracioso hecho alguna vez registrado en la historia de la tierra de los masai. Tú y yo formaremos parte de la mitología tribal —le dijo León a Eva, cuando los dos hombres desaparecieron por el sendero. La envolvió con sus brazos y ella colgó los suyos en su cuello. La llevó a un saliente junto al agua y se sentó con ella en su regazo—. No sabes cuánto he anhelado tenerte así —susurró.

—Toda mi vida —respondió ella—. Tanto tiempo he esperado que esto sucediera.

Él le acarició la cara, siguiendo los arcos de sus cejas con la punta de los dedos para luego cerrarlos entre mechones de pelo, llenando sus manos con sus gruesos y brillantes rulos, disfrutando cada aspecto de su belleza, como un avaro que acaricia un tesoro escondido de monedas de oro. Ella se veía tan frágil y delicada que tenía miedo de lastimarla, de sobresaltarla o alarmla. Su belleza lo maravillaba. No se parecía en nada a las otras mujeres que había conocido. Lo hacía sentirse inadecuado, indigno.

Ella comprendía su dilema. La timidez de él volvió a despertar en ella sentimientos de ternura que no había experimentado por muchísimo tiempo. Pero ella lo quería desesperadamente y no podía esperar. Sabía que debía tomar la iniciativa.

Él sintió que ella le desabotonaba la camisa y una mano se metía por la abertura para empezar a acariciarle los músculos del pecho. Él tembló de placer.

—Eres tan duro, tan fuerte —murmuró ella.

—Y tú, tan blanda y tierna —replicó.

Ella se echó un poco hacia atrás para poder verle los ojos.

—No soy frágil, mi Tejón. Soy de carne y hueso como tú. Yo quiero lo mismo que tú quieres. —Ella le tomó el lóbulo de la oreja entre los dientes y lo

mordisqueó delicadamente. Él sintió que se le ponía la piel de gallina en la nuca. Cuando ella empujó su lengua muy adentro de su oreja, él se estremeció de placer.

—Yo tengo lugares sensibles igual que tú. —Le tomó la mano y la puso sobre su pecho—. Si me tocas aquí y aquí, así, así, te darás cuenta.

Buscó a tientas los botones y los ojales de la blusa de ella y abrió el de más arriba. Lo hizo tímidamente. Esperaba un rechazo, pero ella echó los hombros atrás de modo que sus pechos se hincharon para encontrarse con los dedos de él, que exploraban.

—¡Ése es un muchacho inteligente! Ya encontraste uno de mis lugares sin mi ayuda.

Sus palabras, y el tono en que las pronunció, provocaron en él una impaciencia febril. Dejó de lado todo dominio de sí y toda cautela, abrió de un tirón su blusa y metió la mano adentro. Sus pechos estaban calientes y eran sedosos, y sintió que las puntas se endurecían y fruncían. La respiración de ella se aceleraba a la vez que le susurraba:

—Son tuyos, mi amor. Todo lo que tengo es tuyo.

Ella se echó un poco hacia atrás y se movió para que sus pechos rozaran levemente la cara de él. Él le arrancó la blusa y la enagua de seda dejándola desnuda hasta la cintura. Otra vez ella dejó que sus pechos se balancearan contra la cara de él y él a su vez tomó uno de sus pezones con la boca. Ella gimió y se echó hacia atrás en el círculo de los brazos de él; luego tomó un doble puñado de pelo en la nuca de él y lo usó para llevarle la boca al otro.

—Perdóname, mi amor, pero no puedo esperar más —gritó ella. Su tono era casi desesperado mientras se apartaba del regazo de él y se arrodillaba delante de él, con sus pechos desnudos, pesados y llenos, apenas rozándole el rostro mientras le tironeaba el cinturón. Cuando abrió la hebilla y le desabrochó la bragueta, él se levantó un poco para que pudiera bajarle el pantalón hasta las rodillas. Se levantó la larga falda hasta las costillas inferiores —no llevaba nada puesto debajo— y él vio que su cintura era estrecha, como el cuello de un ánfora griega, que se curvaba hacia la prominencia de sus caderas. La piel del vientre era nacarada e impoluta. Sus muslos eran fuertes pero con buenas formas y entre ellos anidaba el bosque de su feminidad, oscuro, rizado y exuberante en su maravillosa profusión. Pasó una de sus rodillas por encima de él, montándolo como si montara un caballo, y cuando sus muslos se separaron, él vislumbró, a través de la densa cortina de pelo, la abertura de su sexo. Se veía tensa y húmeda con los jugos lujuriosos de su excitación. Luego, con un solo y hábil empujón de sus caderas, lo acogió hasta el fondo y ambos a la vez dejaron escapar un grito como de dolor.

Para ambos, aquello ocurrió de manera tan rápida e intensa que quedaron sin poder hablar, apenas capaces de moverse, aferrándose uno al otro como

sobrevivientes de algún devastador sismo o tifón. Les tomó un poco de tiempo regresar flotando de las remotas fronteras de sus mentes y sus cuerpos a las que habían sido transportados.

Eva habló primero.

—Nunca imaginé que podía ser así. —Apoyó la cabeza sobre el pecho de él para escuchar su corazón. Él le acarició el pelo y ella cerró los ojos. Se durmieron y sólo despertaron con los gritos de un grupo de mandriles en lo alto del despeñadero, como un desafío que retumbaba en el desfiladero. Ella se sentó lentamente y empujó hacia atrás el pelo que le cubría la cara, todavía húmeda de sudor. Tenía las mejillas enrojecidas.

—¿Cuánto tiempo estuvimos durmiendo? —parpadeó.

—¿Es importante? —preguntó él.

—Es muy importante. No quiero desperdiciar un solo momento del tiempo que tenemos para estar juntos.

—Tenemos el resto de nuestras vidas.

—Ruego a Dios que así sea. Pero este mundo es muy cruel. —Se la veía triste y desolada—. Por favor, nunca me abandones.

—Nunca —dijo él con fiereza y cuando ella sonrió, las luces violeta brillaron en sus ojos.

—Tienes razón, Tejón. Vamos a ser felices para siempre. Me niego a estar triste en este día maravilloso. El mundo nunca puede atraparnos. —Se puso de pie de un salto e hizo piruetas sobre el saliente—. Este día durará para siempre —cantó y, mientras bailaba, se quitó las ropas, desparramándolas sobre la roca.

—¿Qué estás haciendo, picara desvergonzada? —Se reía encantado mientras ella bailaba para él, desnuda a la luz del sol. Su cuerpo era muy encantador, joven y perfectamente proporcionado; sus movimientos eran livianos y estaban llenos de gracia.

—Voy a llevarte a nadar en nuestro mágico estanque —gritó ella—. Quítete toda esa ropa vieja y empolvada, señor, y venga conmigo. —Ella dejó de bailar y observó con toda su atención cuando él saltaba sobre un solo pie para quitarse las botas.

—Todas tus cosas rebotan y se sacuden cuando haces eso —señaló ella.

—Igual que las tuyas.

—Las mías no son tan hermosas y útiles como las tuyas.

—Oh, sí, bien útiles que son. —Arrojó sus pantalones a un lado y corrió hacia ella—. Déjame mostrarte lo útiles que realmente son las tuyas.

Ella gritó con alarma fingida, corrió hasta el borde del saliente y se detuvo allí sólo lo necesario para asegurarse de que él todavía la estaba persiguiendo. Entonces, juntó las manos por encima de su cabeza y se zambulló en el estanque. Golpeó el agua como una flecha, con sus miembros perfectamente alineados con el cuerpo, de modo que casi no hubo ningún salpicón cuando se deslizó debajo de

la superficie. Fue hasta el fondo y su imagen podía verse vibrando debajo de las ondas; luego volvió arriba con tanta rapidez que su blanco cuerpo salió hasta el ombligo antes de caer otra vez con el cabello pegado a los hombros, como la piel de una nutria.

—¡Está fría! Apuesto a que eres demasiado mariquita para arriesgarte —le gritó.

—Pierdes tu apuesta, y aquí voy para que me pagues.

—Primero debes atraparme. —Se rio y se dirigió al borde más alejado del estanque, dejando atrás una estela de espuma al patear.

Él se zambulló y nadó hacia ella con brazadas largas y fuertes por encima de la cabeza. La atrapó antes de que llegara a la mitad del camino y la tomó por atrás.

—¡Págame! —le exigió y la dio vuelta para tenerla cara a cara.

Ella puso ambos brazos alrededor de su cuello y sus labios sobre los de él. Besándose, se hundieron hondo debajo de la superficie para luego salir otra vez, resoplando, ahogándose y riendo. Ella tenía sus largas piernas alrededor de la cintura de él y los brazos alrededor de su cuello. Se levantó fuera del agua y usó su peso para hacer que la cabeza de él se hundiera, luego lo soltó girando sobre sí y se apartó de él velozmente. Sólo miró hacia atrás cuando llegó al otro lado del estanque. La cascada se precipitaba ruidosamente en dos torrentes distintos, dejando un área de agua tranquila entre ellos. En el centro de ese refugio, una única roca mostraba su cima negra y suave, pulida por las aguas por encima de la superficie. Se subió a ella y se sentó con las piernas colgando debajo de la superficie. Con ambas manos se echó el pelo mojado hacia atrás liberando sus ojos mientras miraba a su alrededor buscando a León. Al principio estaba riéndose, pero luego, cuando no vio señales de él, se preocupó.

—¡Tejón! ¡León! ¿Dónde estás? —gritó.

Él la había seguido al otro lado del estanque, pero cuando ella se acercó a la roca negra, tomó aire y se zambulló para bucear, levantando bien las piernas para que el peso empujara su cuerpo dentro del agua. Una vez que la superficie quedó encima de él, nadó hacia abajo. Había imaginado que probablemente el estanque no tenía fondo, ya que no había visto ningún derrame en la superficie. El enorme volumen de agua que caía por las cataratas debía tener otra manera de escapar. Pero cuando siguió nadando hacia abajo descubrió que estaba equivocado. El fondo apareció delante de él y, aun a esa profundidad, el agua era tan clara que podía ver que estaba cubierto por rocas amontonadas que debían de haber caído de los despeñaderos.

Ya comenzaban a dolerle los tímpanos debido a la presión y se detuvo para destaparlos, apretándose la nariz y soplando aire por las trompas de Eustaquio. Sus oídos chillaron e hicieron una pequeña explosión, el dolor se calmó y siguió nadando hacia abajo. Llegó al fondo y encontró que entre las rocas había una



extraña colección de artefactos masai desparramados: antiguas *assegai* y hachas, montones de restos de cerámica, collares y brazaletes hechos de cuentas, pequeñas esculturas de madera y marfil, joyas primitivas y otros artefactos tan viejos y podridos que resultaba imposible identificarlos; todos eran ofrendas hechas por los masai a lo largo de los tiempos a sus dioses tribales.

Para entonces ya había gastado la mayor parte de su oxígeno, de modo que echó una última mirada alrededor y el misterio de la falta de desbordes de agua quedó solucionado. La pared debajo de la cascada estaba perforada por unos cuantos pasajes casi horizontales que probablemente habían sido abiertos en la antigüedad por lava hirviendo y gas del volcán debajo de la montaña. Eran estos oscuros y siniestros pasajes los que desagotaban el exceso de agua del estanque y lo mantenía en un nivel constante. Ya sus pulmones querían abrirse en busca de aire y nadó hacia la superficie. A medida que la luz se hacía más intensa vio por encima de él un par de largas y bien formadas piernas femeninas jugueteando debajo de la superficie. Nadó hacia arriba por debajo de ellas, tomó los tobillos y arrastró a su dueña al agua encima de él. Salieron a la superficie otra vez, abrazados y buscando aire.

Eva recuperó su voz antes que él.

—¡Cerdo desalmado! Creí que te habías ahogado o te había comido un cocodrilo. ¿Cómo puedes hacerme estas bromas tan crueles?

Nadaron de vuelta a donde habían dejado sus ropas.

—No queremos que te mueras de frío —le dijo León, y la hizo quedarse parada desnuda sobre el saliente mientras la secaba con su camisa.

Ella levantó las manos por encima de la cabeza y giró lentamente para permitirle llegar a los lugares difíciles.

—Qué mirón que es usted, señor. Es mucho más lo que mira que lo que seca. Lo mismo le ocurre a su amigo de un solo ojo de allí abajo. Tendré que ponerles a ambos vendas en los ojos —observó ella cuando se volvió para quedarse mirándolo.

—¿Quién es la que no tiene corazón ahora? —preguntó él.

—¡No yo! —gritó ella—. Déjenme demostrarles a ambos que tengo un corazón blando. —Estiró la mano y agarró al amigo de él con firmeza y a la vez con ternura. En aquella primera locura divina de su pasión eran insaciables.



Estaba casi oscuro cuando, tomados de la mano, bajaron por el sendero. Apenas pasaron por arriba del pliegue de terreno que ocultaba el estanque, pudieron ver la fogata del campamento ardiendo abajo, no demasiado lejos. Cuando llegaron vieron que habían colocado un tronco delante de las llamas a manera de banco para ellos. Una vez ubicados en él, apareció Ishmael con dos jarros de fuerte café negro, con leche en polvo.

Eva olfateó el aire.

—¿Qué es ese aroma delicioso, Ishmael?

No se sorprendió de ninguna manera por el hecho de que ella, por primera vez, le hablara en inglés y no en alemán o en francés.

—Es un guiso de paloma verde, *memsahib*.

—La versión celestial de Ishmael de ese plato —añadió León—. Debería comerse sólo con la cabeza descubierta y con una rodilla en tierra.

—Tengo tanta hambre que estoy dispuesta a poner las dos rodillas en tierra. Debe de ser la natación, o alguna otra cosa, lo que abre tanto el apetito —dijo ella.

El se rio.

—¡Viva esa otra cosa!

Apenas terminaron de comer se sintieron sobrecogidos por una estupenda sensación de cansancio. Manyoro y Loikot habían construido un pequeño refugio cubierto con paja para ellos, a buena distancia de sus propias chozas, e Ishmael había cortado un colchón de hierba fresca al que cubrió con mantas. Sobre él había colgado el mosquitero de León. Antes de meterse debajo de él, se quitaron las ropas y León apagó el cabo de vela.

—Esto es tan acogedor. Me siento tan segura, tan en la intimidad —susurró ella, y él se acomodó detrás de ella y la envolvió con su abrazo. Ella empujó sus redondas y tibias nalgas contra el vientre de él, de modo que sus cuerpos se acomodaron uno al otro como un par de cucharas. El reflejo de la fogata hacía juegos de sombras sobre el mosquitero y el dúo de lechuzas que chillaban en las ramas del árbol sobre ellos era a la vez un lamento y una canción de cuna.

—Nunca me he sentido tan agradablemente exhausta en toda mi vida —

murmuró ella.

—¿Demasiado exhausta?

—No es eso lo que quise decir, tonto.



Ella se despertó al amanecer y vio a León sentado con las piernas cruzadas a lado de ella.

—¡Me has estado mirando! —lo acusó.

—Me declaro culpable —admitió—. Pensé que nunca te ibas a despertar.

¡Vamos!

—¡Es medianoche, Tejón! —protestó.

—¿Ves esa cosa grande y brillante que te espía a través de la paja del techo?

Se llama sol.

—¿Adonde quieres ir a esta hora ridícula?

—A nadar en tu estanque mágico.

—Bien, ¿por qué no me lo dijiste? —preguntó y apartó la manta.

El agua estaba fresca y resbalaba como seda sobre sus cuerpos. Después se sentaron desnudos a la luz del sol de la mañana temprano para secarse. Cuando la tibieza los terminó de envolver y les cargó la sangre, hicieron el amor otra vez. Después, ella dijo solemnemente:

—Creí que nada podía ser mejor que ayer, pero hoy lo es.

—Quiero darte algo que te hará recordar siempre lo felices que fuimos este día. —León se puso de pie y se zambulló desde el saliente.

Lo miró hacerse cada vez más pequeño y menos visible a medida que nadaba hacia abajo, hasta que finalmente desapareció en las profundidades. Estuvo abajo tanto tiempo que ella empezó a ponerse nerviosa hasta que, con un salto de alivio, lo vio subir. Atravesó la superficie y, con una sacudida de su cabeza, se quitó el pelo mojado de los ojos. Nadó hasta la orilla debajo de ella y trepó hasta el saliente. Luego le mostró un collar de cuentas de marfil unidas por una tira de cuero.

—¡Es hermoso! —Aplaudió.

—Hace dos mil años, cuando la reina de Saba pasó por acá, se lo ofreció a los

dioses del estanque. Ahora te lo doy a ti.

Pasó el collar alrededor de su garganta y se lo ató en la nuca.

Ella miró las cuentas que pendían entre sus pechos y las acarició como si se tratara de cosas vivas.

—¿Realmente la reina de Saba pasó por acá?—preguntó.

—Casi con seguridad, no. —Se rio mirándola—. Pero es un lindo cuento.

—Son tan encantadoras, tan suaves y delicadas. —Hizo girar una entre los dedos—. Ah, cómo me gustaría tener un espejo.

La llevó al extremo del saliente y se detuvo de pie al lado de ella con el brazo alrededor de su cintura.

—Mira hacia abajo —le dijo. En silencio y con seriedad miraron la imagen de sus cuerpos desnudos en la superficie del agua que parecía un espejo. Finalmente, León le preguntó en voz baja—: ¿Quién es esa niña en el agua? Su nombre no es Eva von Wellberg, ¿no? —Vio que la expresión de ella cambiaba y sus ojos se humedecían con lágrimas incipientes—. Lo siento. Prometí no hacer nada que te pusiera triste.

—¡No! —Ella sacudió la cabeza—. Has hecho bien. Juntos hemos tenido nuestro pequeño sueño, pero ahora es el momento de enfrentar la realidad. —Apartó la mirada de los reflejos en el estanque y lo miró—. Tienes razón, León. No soy Eva von Wellberg... Von Wellberg era el apellido de soltera de mi madre. Mi nombre es Eva Barry. —Le tomó la mano—. Ven y siéntate conmigo. Te contaré todo lo que quieras saber sobre Eva Barry.

Lo llevó de nuevo al saliente y se sentaron con las piernas cruzadas, uno frente al otro.

—Debo advertirte que es una pequeña historia mundana y sórdida, no hay mucho en ella de lo que pueda sentirme orgullosa, y muy poco para tu consuelo. Pero trataré de hacer que sea lo menos dolorosa posible para ambos. —Respiró hondo y luego continuó—: Hace veintidós años nací en un pequeño pueblo en Northumberland. Mi padre era inglés y mi madre era alemana. Aprendí el idioma en sus rodillas. Para cuando cumplí doce años hablaba alemán casi tan bien como el inglés. Ése fue el año en que mi madre murió de una nueva enfermedad terrible, que los médicos llamaban parálisis infantil o poliomielitis. La enfermedad paralizó sus pulmones y se asfixió. A los pocos días de su muerte, mi padre fue atacado por la misma enfermedad y sus piernas quedaron inútiles. Pasó el resto de su vida en una silla de ruedas.

Al principio habló pausadamente, pero luego las palabras salían de ella en breves y agitadas ráfagas. Luego empezó a llorar. Él la tomó en sus brazos y la consoló. Ella apretó la cara contra su pecho y sintió sus lágrimas calientes en la piel de León.

Le acarició el pelo.

—No fue mi intención provocarte esta angustia. No tenías obligación de

contarme nada. Tranquilízate ahora. Todo está bien, Eva, mi amor.

—Tengo que contártelo, Tejón. Tengo que contártelo todo, pero por favor abrázame fuerte mientras lo hago.

La levantó y la llevó a un lugar a la sombra, lejos de la cascada para que ésta no ahogara su voz. Se sentó con ella en las rodillas, como si fuera una niña que sufría.

—Si tienes que hacerlo, entonces cuéntamelo —la invitó.

—El nombre de papá era Peter, pero yo lo llamaba Rulos porque no tenía pelos en la cabeza. —Sonrió en medio de las lágrimas—. Era el hombre más hermoso del mundo, a pesar de sus piernas inútiles y su cabeza calva. Yo lo quería mucho y no dejaba que nadie más lo cuidara. Le hacía todo. Yo era una niña inteligente y él quería que fuera a la universidad en Edimburgo para desarrollar mis talentos innatos, pero yo no quería dejarlo. A pesar de su cuerpo en ruinas, él tenía una mente extraordinaria. Era un genio de la ingeniería. Sentado en silla de ruedas, imaginó principios mecánicos revolucionarios. Formó una pequeña compañía y contrató a dos mecánicos para que lo ayudaran a construir los modelos de sus diseños. Pero apenas le quedaba dinero suficiente para alimentarnos después de pagar los sueldos de sus trabajadores y los materiales. Sin dinero, las patentes eran inútiles. Con dinero, ellas podrían haber sido convertidas en algo de verdadero valor.

Se interrumpió, sorbió sus lágrimas y se secó la nariz mojada sobre el pecho de él. Fue un gesto tan infantil que él se sintió profundamente conmovido. Le besó la parte de arriba de la cabeza y ella se acurrucó contra él.

—No tienes que continuar —le dijo.

—Sí. Si alguna vez voy a significar algo para ti, tienes el derecho de conocer todas estas cosas. No quiero jamás esconderte nada. —Respiró hondo—. Un día llegó muy secretamente un hombre al taller de Rulos. Dijo que era abogado y que representaba a un cliente que era enormemente rico, un financista, que era dueño de fábricas donde se producían motores a vapor y material rodante para el ferrocarril, automóviles y aviones. El cliente había visto los diseños de Rulos registrados en la Oficina de Patentes en Londres. Había reconocido su valor potencial. Le proponía una asociación por partes iguales. Rulos iba a proveer sus bienes intelectuales y el otro, los recursos financieros. Rulos firmó un contrato con él. El financista era alemán, así que el contrato estaba escrito en alemán. Aunque su esposa había sido alemana, Rulos no comprendió más que algunas palabras simples del contrato. Él era un amable y crédulo genio, no un hombre de negocios. Yo era una niña de quince años y Rulos nunca me mencionó el contrato antes de firmarlo. Él debió haberlo hecho porque yo habría podido leerlo. Yo manejaba todos nuestros gastos y me había vuelto hábil con el dinero. Quizá se dio cuenta de que si yo hubiera sabido del contrato, ciertamente habría tratado de disuadirlo, y Rulos odiaba las discusiones. Él siempre escogía la

alternativa más fácil, y en este caso su decisión fue la de simplemente no decirme nada sobre el asunto. —Se interrumpió y suspiró. Luego, con un visible gesto, tomó coraje para continuar.

—El nuevo socio de Rulos era el *Graf Otto von Meerbach*. Sólo que él no era un socio, era el propietario de la compañía. Al poco tiempo, Rulos se dio cuenta de que al firmar el contrato le había vendido la compañía y todas las patentes que poseía a los talleres Meerbach Motor por una suma lastimosamente pequeña. Una de las patentes llevó directamente a la creación del motor rotativo Meerbach, otra a un revolucionario sistema de diferencial para los vehículos pesados Meerbach. Rulos trató de encontrar un abogado que lo ayudara a recuperar lo que le pertenecía por derecho, pero el contrato de Meerbach no dejaba lugar para que ningún abogado tomara el caso.

» El dinero de la venta de la compañía no nos duró mucho tiempo. Aunque hice economía y ahorré, los gastos médicos de Rulos se lo comieron todo. Médicos y remedios... Nunca me imaginé que costaran tanto. Además había que pagar el alquiler, el gas y la ropa de abrigo para él. La circulación de sus piernas era mala y sentía intensamente el frío, pero el carbón era muy caro. En invierno estaba siempre enfermo. Por algunos meses tuvo un trabajo en la fábrica, pero faltaba tanto al trabajo por enfermedad que fue despedido. No pudo conseguir ningún otro trabajo. Cuentas, cuentas y más cuentas.

» Dos días después de mi decimosexto cumpleaños, Rulos tuvo uno de sus ataques. Corrí a buscar al médico. Ya le debíamos más de veinte libras, pero el doctor Symmonds nunca se negó a acudir cada vez que Rulos lo necesitaba. Cuando regresamos a la habitación donde vivíamos, descubrimos que Rulos se había matado con su vieja escopeta. Muchas veces anteriormente yo había tratado de vender esa arma para comprar comida, pero él no quería deshacerse de ella. Sólo cuando estuve ahí, al lado de su cadáver sin cabeza, me di cuenta de por qué había sido tan terco respecto a guardar esa arma. Aquel maravilloso cerebro suyo había salpicado toda la pared detrás de su silla de ruedas. Después, cuando el empresario de pompas fúnebres ya se lo había llevado, tuve que limpiar las manchas.

El cuerpo de ella se sacudía con sollozos silenciosos y él no podía encontrar palabras para consolarla. Apretó sus labios sobre la cabeza de ella y la sostuvo hasta que pasó la tormenta.

—Ya es suficiente, Eva. Esto es demasiado doloroso para ti.

—No, tejón. Es catártico. Lo he mantenido encerrado dentro de mí durante años. Ahora tengo a alguien a quien puedo contárselo. Ya puedo sentir el beneficio de por fin dejar salir el veneno. —Se echó hacia atrás y vio el dolor en los ojos de él—. Oh, lo siento. Estoy siendo egoísta. No me di cuenta de lo que esto te estaba haciendo a ti. No voy a continuar.

—No. Si eso te ayuda, déjalo salir todo. Sigue. Es difícil para los dos, pero

ésta es una manera de llegar a conocerte y comprenderte.

—Te has convertido en mi roca.

—Cuéntame el resto.

—No hay mucho más que decir. Estaba sola y el funeral se llevó todo el dinero que me quedaba. No tenía lo suficiente ni para pagar el alquiler. No sabía a dónde ir. Empecé a trabajar en la fábrica por dos chelines al día. Rulos tenía un amigo con el que jugaba al ajedrez, y él y su esposa me alojaron. Les pagaba lo que podía y ayudaba a su esposa con los niños.

» Un día vino a visitarme una desconocida. Era muy elegante y hermosa. Dijo que era una amiga de la infancia de mi madre, pero que habían perdido contacto entre ellas. Hacía muy poco que se había enterado de mi trágica historia y decidió encontrarme y ocuparse de mí como homenaje a la memoria de mi madre. Era tan amable y amistosa que fui con ella de manera incondicional.

» Su nombre era señora Ryan y tenía una casa magnífica en Londres.

Me dio mi propia habitación y ropa nueva. Tenía un tutor y un maestro de baile. Una mujer venía dos veces a la semana para enseñarme protocolo y buenos modales. Tenía un instructor de equitación, y mi propio caballo, una encantadora y pequeña potranca llamada Hyperion. Lo más extraño de todo era que la señora Ryan me hacía practicar mi alemán con suma frecuencia. Era bastante implacable. Tuve una sucesión de profesores de alemán y trabajaba con ellos durante dos horas por día, seis días a la semana. Leía en voz alta todos los periódicos alemanes y hablaba de ellos con mis profesores. Leía en voz alta libros de historia de la nación alemana desde la época del Sacro Imperio Romano hasta el presente. Hice lo mismo con las obras de Sebastian Brant, Johann von Goethe y Nietzsche. Al cabo del primer año de estos estudios intensivos, podría haber pasado fácilmente como una educada germano parlante nativa.

» La señora Ryan era como una madre para mí. Sabía mucho de mí y de mi familia. Me contó cosas sobre ellos que yo ignoraba. Sabía cómo Rulos había sido estafado para quedarse sin su compañía y me habló de Otto von Meerbach. Hablábamos de él a menudo. Decía que seguramente él había asesinado a Rulos como si hubiera sido su dedo el que apretó el gatillo de la escopeta. Aunque yo nunca lo había visto, comencé a odiarlo con ardiente pasión y la señora Ryan hábilmente alimentaba las llamas de mi odio. Ella tenía un cargo importante en el gobierno. No fue hasta mucho después que tuve una idea de qué clase de trabajo podría ser, pero a menudo hablábamos del privilegio que teníamos de ser súbditas de un monarca tan noble, y ciudadanos del imperio más poderoso y extenso que el mundo jamás hubiera visto. Debíamos aprovechar cualquier oportunidad que se presentara para servir al rey y al imperio. Debíamos prepararnos para estar listos en el momento en que se necesitaran nuestros servicios. Debíamos estar listos para hacer cualquier sacrificio que el deber y el patriotismo requirieran.

» Yo aceptaba sus palabras con todo mi corazón y trabajaba todavía con más

ahínco del que ella exigía. Jamás se me daba la oportunidad de encontrarme con hombres, salvo los criados, mis tutores y mis maestros, de modo que nunca me di cuenta de lo hermosa que era, ni tampoco de que la mayoría de los hombres me iba a encontrar irresistible.

Dejó de hablar y sacudió la cabeza, arrepentida.

—Oh, mi amor. Por favor perdóname, Tejón. Eso parece demasiado presuntuoso.

—No. Es la simple verdad. Eres más hermosa de lo es posible decir con palabras. Por favor, continúa, Eva.

—La belleza y la fealdad son fenómenos aleatorios. La diferencia está en que la belleza se desvanece y se convierte en otra forma de fealdad. No le doy ningún valor a la mía, pero otros sí lo hicieron. Ésa fue una de las tres razones por las que me escogieron. La segunda era mi inteligencia. —¿Cuál era la tercera?

—Había sufrido una terrible injusticia y estaba deseosa de que se castigara al culpable.

—Todo esto me resulta fascinante de una manera terriblemente siniestra. Se me está empezando a erizar la piel.

—Para mi decimonoveno cumpleaños, la modista me hizo un magnífico vestido de baile. La señora Ryan estaba conmigo cuando me lo probé la primera vez. Juntas miramos mi imagen en el espejo de cuerpo entero. «Eres muy hermosa, Eva —me dijo—. Te has convertido en todo lo que nosotros esperábamos que fueras». Había algo de triste y de lamento en la manera en que lo dijo. No me detuve en ello en ese momento porque, por supuesto, yo no tenía la menor idea de lo que estaban planeando. Luego sonrió y la tristeza desapareció. «Mañana por la noche vamos a hacer la fiesta de tu cumpleaños», me dijo. —Eva se rio—. Fue una fiesta de cumpleaños muy extraña. La señora Ryan y yo fuimos en taxi a una casa en Whitehall, uno de esos magníficos edificios del gobierno. Nos esperaban cuatro hombres. Yo había imaginado que habría docenas de jóvenes, pero sólo estaban estos cuatro señores mayores (el menor tenía por lo menos cuarenta años). Tres vestían espléndidos uniformes militares. Debían de ser oficiales de muy alto rango, ya que llevaban brillantes condecoraciones, estrellas y medallas. El cuarto era delgado y de aspecto grave. La señora Ryan lo presentó como el señor Brown. Era el único civil en el grupo. Vestía levita negra y cuello alto.

» Nos sentamos a cenar a una mesa redonda en el centro de un gran salón, con grandes arañas de luces suspendidas del techo. Las paredes recubiertas de madera exhibían enormes telas con escenas de batallas... Recuerdo que una era una pintura de Nelson moribundo en la cubierta del *Victoria* en Trafalgar, y otra era de Wellington y sus oficiales en Quatre Bras, observando la carga de los húsares de Napoleón. Había una banda que tocaba en la galería y, uno tras otro, los oficiales bailaron conmigo. Mientras lo hacían me interrogaron como si



estuviera en el banquillo de los acusados.

» No puedo recordar lo que comimos porque estaba tan nerviosa que perdí el apetito. Un criado sirvió champaña en mi copa, pero la señora Ryan me había advertido y no la toqué. Al final de la comida los cuatro hombres hablaron entre ellos en voz baja y no pude entender lo que decían. Luego parecieron llegar a algún acuerdo, porque asintieron con la cabeza y se veían muy complacidos consigo mismos. La velada terminó con un discurso del señor Brown sobre el deber y el sacrificio. Así terminó mi fiesta de cumpleaños.

» Dos días después volví a encontrarme con el señor Brown, esta vez en circunstancias menos agradables. Estábamos en una oficina con olor a humedad, llena de archivos de viejos periódicos, en otra parte de Whitehall. Se mostró amable y simpático. Me dijo que yo tenía el privilegio de haber sido elegida para una tarea sumamente delicada, que era vital para los intereses y la seguridad de nuestra amada Gran Bretaña. Las nubes de tormenta de la guerra se cernían sobre el continente, dijo, y pronto nuestro país estaría envuelto en llamas. No podía comprender qué tenía todo eso que ver conmigo, y toda esa retórica tuvo el efecto de aturdirme hasta que mencionó el nombre de Otto von Meerbach. Mi atención fue atraída de inmediato. Sugirió que yo estaba en una situación que me permitiría realizar un servicio memorable al rey y al imperio, y al mismo tiempo compensar las terribles injusticias que mi padre y yo habíamos sufrido a manos del *Graf* Otto. Lo único que tenía que hacer era inducirlo a darme información que sería vital para los intereses militares de Gran Bretaña.

Se rio otra vez, pero ahora estaba realmente divertida.

—¿Puedes imaginarte, Tejón? Yo era una niña tan inocente, ingenua y tonta que no tenía la menor idea de cómo se suponía que podría hacer que él me contara sus secretos. Le pregunté al señor Brown directamente y se mostró misterioso, para luego intercambiar una mirada con la señora Ryan. « Si usted está de acuerdo en hacer lo que nosotros le pedimos, ya le enseñaremos », me dijo. Recuerdo que mis palabras exactas fueron: « Por supuesto que lo haré. Sólo quiero saber cómo ».

Se interrumpió, se sentó erguida y miró con solemnidad la cara de León con esos ojos color violeta que él adoraba.

—Casi un año después de haber hecho ese pacto con el diablo ellos consideraron que yo estaba perfecta para el papel que habían escogido para mí. Aprendí todo que había que saber sobre el *Graf* Otto salvo, por supuesto, los secretos que yo debía conseguir engatusándolo. Para aquel entonces, ya sabía que estaba separado de su esposa, con quien estaba casado desde hacía diez años, pero como ambos eran buenos católicos no podían divorciarse. No habría ninguna posibilidad de que me presionara para casarme con él una vez que hubiera caído víctima de mis hechizos fatales. —Se rio sin humor ante semejante hipérbole—. El señor Brown y la señora Ryan me pusieron en el camino del *Graf*

Otto von Meerbach. Fue arreglado a través de uno de los agregados militares de la embajada británica en Berlín. Yo iba a ser invitada a su pabellón de caza en Wieskirche. Me habían enseñado cuál iba a ser mi tarea y la hice. —Dijo esto en un tono neutro pero, como una gota de rocío en el pétalo de una violeta, una sola lágrima colgaba de sus pestañas—. Era virgen cuando conocí a Otto von Meerbach, y en mi mente y mi espíritu todavía lo era, hasta ayer. Mi Tejón querido, no quiero entrar en más detalles y aun cuando lo hiciera, tú no querrias escucharlos.

Permanecieron en silencio durante un rato; luego Eva ya no pudo contenerse más.

—Ahora que sabes todo de mí, ¿me desprecias?

La voz de ella sonó opaca y su expresión era de aflicción. Él estiró ambas manos hacia ella y le tomó la cara, mirándola a los ojos para que ella pudiera ver la autenticidad de lo que estaba a punto de decirle.

—Nada de lo que has hecho, o alguna vez puedas hacer, podría inducirme a despreciarte. Me has dejado entrar en tu alma y sólo he encontrado bondad y belleza en ella. Debes recordar también que cuando me miras a mí, no estás mirando a un santo. Fuiste tú quien me dijo que ambos somos soldados. He matado a hombres en nombre del deber y, como tú, he hecho muchas otras cosas de las que estoy avergonzado. Nada de eso importa. Lo único que importa es que ahora estamos juntos y nos amamos. —Con el pulgar secó suavemente aquella lágrima.

Finalmente ella sonrió.

—Tienes razón. Nos amamos y nos tenemos el uno al otro. Eso es lo único que importa.



El cortejo fúnebre se extendía a todo lo largo de la avenida Unter den Linden. Cuando quienes lo encabezaban llegaron al Palacio de Brandenburgo la otra punta no se alcanzaba a ver al final de la avenida. Era un día lluvioso y gris, y los dolientes se alineaban a ambos lados de la ruta, en largas filas de al menos diez personas de ancho, bajo la llovizna. Estaban en silencio, salvo por el llanto de las

mujeres. Un solo tamborilero marcaba el ritmo de la Marcha Fúnebre. Un escuadrón de caballería completo iba a la cabeza de la procesión. Las pezuñas de sus caballos repiqueteaban sobre el pavimento y la luz pálida se reflejaba en las hojas de los sables desenvainados. Eva estaba en la primera fila de los dolientes. Llevaba guantes largos de cuero negro y un sombrero con plumas negras de avestruz. Un velo negro le cubría los ojos y la parte superior del rostro.

El káiser Guillermo II montaba su caballo negro de batalla delante de la cureña que llevaba el ataúd. Llevaba un brillante casco con punta, con una cadena de oro como barbijo, y su capa negra flameaba hacia atrás desde los hombros sobre la grupa de su cabalgadura. Su expresión era ferozmente trágica. Un tiro de magníficos caballos negros arrastraba la cureña.

El ataúd sobre ella era enorme y estaba hecho de cristal transparente, de modo que el cadáver de Otto von Meerbach era claramente visible a todos los dolientes. Vestía la túnica de un emperador romano con una corona de laurel en la cabeza. En cada uno de sus grandes puños peludos sostenía una *assegai* con las hojas cruzadas sobre su pecho. De manera incongruente, sus dientes sostenían con fuerza un cigarro cubano.

Eva se sentía llena de un placer devorador y una profunda sensación de alivio. Otto estaba muerto. La pesadilla había terminado y era libre de irse con León. Tendido en su ataúd de cristal, Otto abrió un ojo, la miró directamente a ella y lanzó un perfecto anillo de humo. Ella empezó a reírse sin poder detenerse y las carcajadas resonaron como una campana por toda la avenida Unter den Linden.

El káiser Guillermo giró en su silla de montar y la miró furioso. Luego espoleó a su caballo para que avanzara y se inclinó sobre ella para reprenderla.

—¡Despierta, Eva! —le dijo en tono severo—. Despierta. ¡Estás soñando!

—Otto ha muerto —le respondió—. Todo estará bien ahora. Ahora tendrán que dejarme ir. Seré libre. Todo ha terminado.

«Despierta, mi querida», insistió el Káiser y se inclinó en su montura para tomarla por los hombros y sacudirla con fuerza. El hecho de que él fuera el Emperador de Alemania y de que ella le hubiera sido presentada en la corte en más de una ocasión no era excusa para un comportamiento tan familiar. Ella se sintió muy ofendida. ¿Cómo se atrevía a llamarla su «querida»?

—¡Soy la amada de León, no suya! —le dijo remilgadamente, y se sentó. León había encendido la vela, de modo que había luz suficiente en la choza en monte Lonsonyo para que ella pudiera ver la cara de él junto a la suya y notar su expresión de preocupación—. Otto está muerto —le dijo.

—Estabas soñando, Eva.

—Lo vi, querido Tejón. Está muerto realmente. —Hizo una pausa para considerar esta afirmación—. Incluso si mi sueño era una fantasía, aunque estuviera en alguna parte vivo y coleando, para mí está muerto. Él ya no

significa nada para mí. Ya ni siquiera lo odio. Ahora que he encontrado el amor contigo, no hay lugar en mi vida para las emociones estériles como el odio y la venganza.

Extendió su mano hacia León y él la envolvió en el círculo de sus brazos y la sostuvo con fuerza.

—Juntos transformaremos toda esta fealdad para convertirla en algo brillante y hermoso —le prometió él.

—Quiero que me lleves a ver a Lusima Mama —susurró—. Apenas la mencionaste por primera vez, sentí como si ya la conociera. Tengo la extraña sensación de que estoy espiritualmente relacionada con ella. De algún modo, sé que tiene la clave para nuestra felicidad.

—Iremos a visitarla hoy, tan pronto como haya luz suficiente para ver el sendero hacia la cima.



Manyoro y Loikot le advirtieron a León que la última parte era demasiado empinada y angosta para los caballos, de modo que envió a Ishmael y al mozo de cuadra de regreso a la base de la montaña con la orden de dar la vuelta hacia el lado sur y hacer subir a los caballos por la ruta más fácil y más conocida. Una vez que desaparecieron, León, Eva y los dos masai comenzaron a trepar por el sendero junto a la cascada. El camino se hacía más difícil con cada paso que daban. En algunos lugares se vieron forzados a atravesar la pared de la montaña sobre salientes a lo largo de los cuales sólo podía pasar uno a la vez, y cada vez el riesgo de la altura era más grave. Durante la mayor parte del recorrido, la cascada estaba oculta por las rocas, pero en dos oportunidades mientras caminaban al borde de un contrafuerte, se vieron sorprendidos con un espectáculo que les quitó la respiración. El torrente parecía girar alrededor de ellos en láminas plateadas, confundiendo los sentidos. Las paredes rocosas y el saliente debajo de sus pies estaban mojados y resbaladizos con una capa de algas viscosas. Su avance hacia arriba se hacía cada vez más laborioso.

El sol estaba llegando al cenit cuando salieron a la meseta de la cima. Manyoro y Loikot buscaron la sombra debajo de uno de los árboles y se dejaron

caer para descansar y tomar un poco de rapé. León llevó a Eva de la mano hasta el borde del precipicio. Allí se sentaron juntos con los pies colgando sobre el vacío. León tomó una piedra del tamaño de su puño, que se había quebrado del saliente donde estaban sentados, y la arrojó sobre el borde. Observaron fascinados mientras caía cien metros sin tocar la pared de roca. El pequeño salpicón que hizo al golpear la superficie del estanque fue apenas visible en las tumultuosas aguas. Ninguno habló, pues las palabras parecían superfluas en medio de tanto esplendor. Finalmente, Manyoro los llamó y, de mala gana, se pusieron de pie y se apartaron del vacío.

—¿Está muy lejos la *manyatta* de Lusima Mama?—preguntó León.

—No es lejos —respondió Loikot—. Estaremos ahí antes de la puesta del sol.

—Un simple paseo de treinta kilómetros más o menos. —León sonrió.

—Vamos.

Los dos masai escogieron el sendero abandonado y lleno de maleza sin vacilar y comenzaron a caminar tranquilamente. Esta vez no había ningún apuro y los tres hombres pudieron disfrutar del entorno, que parecía tan alejado del fondo del valle del Rift. Era la primera visita de Eva a la montaña y estaba fascinada por el paisaje y la vegetación. Se deleitaba con las orquídeas en flor que colgaban en guirnaldas de las ramas altas de los árboles de la selva tropical y se reía de las payasadas de los monos colobos que los desafiaban cuando pasaban cerca. Una vez se detuvieron para escuchar una manada de animales pesados huyendo ruidosamente por el sotobosque, alarmados por su presencia.

—Búfalos —respondió León a la pregunta no pronunciada de ella—. Hay algunas bestias enormes aquí arriba en la niebla.

En un punto descendieron a un empinado desfiladero y subieron por el otro lado para llegar a una meseta abierta tan plana como un campo de polo y sin árboles. En un extremo, el despeñadero caía en declive repentinamente por decenas de metros. Un par de antílopes grandes, rojizos, estaban parados contra el bosque en el extremo opuesto del claro. Estampadas sobre los hombros se veían rayas color crema y tenían orejas grandes y en forma de trompeta. Sus cuernos eran enormes espirales negras con afiladas puntas blancas.

—¡Qué hermosos son! —exclamó Eva, y al escuchar el sonido de su voz, se perdieron en el bosque, sin agitar una sola hoja de los densos arbustos—. ¿Qué eran?

—Bongo —respondió León—. El más raro y más tímido de todos nuestros animales.

—No sabía lo hermoso que es todo en este país de ustedes.

—¿Cuándo hiciste el descubrimiento? —Él se rio ante el entusiasmo de ella.

—Más o menos en el mismo momento en que me di cuenta de que estaba enamorada de ti. —Ella le devolvió la risa—. No quiero dejar nunca estas tierras. ¿Podemos vivir aquí para siempre, Tejón?

—¡Qué idea tan magnífica! —dijo él, pero ella se dio cuenta de que estaba distraído.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¡Esto! —Con un movimiento amplio de un brazo señaló el claro delante de ellos. Entonces, lo recorrió a lo largo, contando los pasos y examinando el suelo bajo sus pies. Ella se dio cuenta de que en ninguna parte la hierba era más alta que su rodilla. De pronto tuvo calor y se sintió cansada. Encontró un tocón y se dejó caer agradecida sobre él, para secarse la cara con su pañuelo de cabeza. En el otro lado del claro, León y los dos masai mantenían una seria conversación y le resultó evidente que estaban hablando de esa inusual extensión de campo abierto. Después de un rato, León regresó hacia ella.

—¿Qué encontraste? ¿Oro o diamantes? —bromeó Eva.

—Loikot dice que en la época de su abuelo, el Mkuba Mkuba, el gran dios de los masai se había enojado, así que lanzó un rayo para advertir a la tribu de su cólera. Ningún árbol o planta grande ha crecido aquí desde ese día.

—¿Y tú crees en eso? —lo desafió ella.

—Por supuesto que no —respondió León—, pero Loikot sí cree y eso es lo que importa.

—¿Por qué estás tan fascinado con este terreno vacío?

—Porque ésta es una pista de aterrizaje natural, Eva. Si vuelo con la máquina inclinada de costado por entre esos árboles altos al final del claro, podría hacer aterrizar al *Abejorro* aquí tan suavemente como si estuviera untando una cucharada de miel sobre una tostada con manteca.

—¿Por qué demonios querías hacer eso, mi querido caballero?

—Eso es lo único que no me gusta de volar —contestó—. Cada vez que uno despega, hay que pensar dónde uno va a aterrizar. He adquirido el hábito de tomar nota de toda posible pista de aterrizaje que encuentro en el monte. Podría nunca necesitarla, pero si alguna vez la necesito, imagino que la necesitaré desesperadamente.

—¿Pero en la cima de esta montaña? ¿No estás llevando tu búsqueda un poco demasiado lejos? Te daré un beso si me das una buena razón por la cual alguna vez podrías querer aterrizar aquí.

—¿Un beso? Ahora sí que me interesa. —Levantó su sombrero y se rascó la cabeza pensativamente—. ¡Eureka! ¡Lo tengo! —exclamó—. Podría querer traerte aquí arriba para un picnic de champaña en nuestra luna de miel.

—¡Ven y toma tu beso, muchacho astuto!

Cuando dejaron el claro, empezó a llover, pero las gotas eran tibias como sangre y no se molestaron en buscar refugio. Una hora después, con dramática brusquedad, la lluvia paró y en un estallido de luz el sol salió otra vez. Al mismo tiempo escucharon tambores distantes.

—Es un sonido conmovedor. —Eva inclinó su cabeza para escuchar—. Es el

pulso mismo de África. ¿Pero por qué están golpeando los tambores en pleno día?

León habló rápidamente con Manyoro, y luego le dijo:

—Nos están dando la bienvenida.

—¿Pero cómo podría saber alguien que estamos yendo?—Lusima lo sabe.

—¿Otra de tus bromitas?—preguntó ella.

—No esta vez. Ella siempre sabe cuándo venimos, a veces antes de que nosotros mismos lo sepamos.

Los tambores los impulsaron a apresurarse, y aceleraron el paso. El sol estaba bajo y era color rojo humo cuando salieron del bosque para percibir el olor del humo de la madera y de los corrales para el ganado. Luego escucharon las voces y el mugir de los rebaños y por fin vieron los techos redondos de la *manyatta* y una multitud de figuras con *shukas* rojas que se acercaban a ellos, cantando canciones de bienvenida.

Fueron envueltos por la multitud y acompañados hasta el pueblo por la columna de gente de la aldea que cantaba y reía. Al acercarse a la gran choza central, los demás se quedaron atrás para dejar solos a León y Eva parados delante de ella.

—¿Aquí es donde ella vive?—preguntó Eva en un susurro de respeto y temor.

—Sí. —Le tomó el brazo posesivamente—. Ella hará su entrada después de mantenernos en suspenso por un tiempo. A Lusima le encanta un poco de teatralidad y escenografía.

Mientras él explicaba, Lusima Mama apareció ante ellos a través de la puerta de la gran choza, y Eva se sobresaltó sorprendida.

—Es muy joven y hermosa. Creí que sería una bruja vieja y fea.

—Te veo, Mama —la saludó León.

—Te veo a ti también, *M'bogo*, hijo mío —respondió Lusima, pero estaba mirando, con aquellos ojos oscuros, hipnotizantes, a Eva. Luego se deslizó hacia ella con la gracia de una reina. Eva se mantuvo erguida cuando Lusima se detuvo frente a ella—. Tus ojos son del color de una flor —le dijo—. Te llamaré *Maua*, que quiere decir «flor». —Entonces, lo miró a León—. Sí, *M'bogo*. —Asintió con la cabeza—. Ésta es aquélla de la cual tú y yo hablamos. La has encontrado. Ésta es tu mujer. Ahora, dile lo que he dicho.

La expresión de Eva se encendió de júbilo cuando escuchó la traducción.

—Por favor, Tejón, dile que he venido a pedir su bendición.

Él lo hizo.

—La tendrás —le prometió Lusima—. Pero, niña, veo que tú no tienes madre. Se la llevó una enfermedad terrible.

La sonrisa se desvaneció de la cara de Eva.

—¿Sabía algo sobre mi madre?—le susurró a León—. Ahora creo todo lo que me has dicho sobre ella.

Lusima estiró las dos manos y tomó la cara de Eva entre sus suaves palmas

rosadas.

—*M'bogo* es mi hijo, y tú serás mi hija. Tomaré el lugar de tu madre que se ha ido con sus ancestros. Ahora te doy la bendición de una madre. ¡Que encuentres la felicidad que durante tanto tiempo te ha eludido!

—Tú eres mi madre, Lusima Mama. ¿Puedo darte un beso de hija? —preguntó Eva.

La sonrisa de Lusima era algo de tal belleza que pareció iluminar la penumbra.

—Aunque no es la costumbre de nuestra tribu, sé que ésta es la manera que los *mzungu* tienen para indicar respeto y cariño. Sí, hija mía, puedes besarme y yo te besaré a ti. —Casi con timidez Eva fue hacia su abrazo—. Hueles como una flor —dijo Lusima.

—Y tú hueles como la buena tierra después de la lluvia —respondió Eva, después de una pausa para escuchar la traducción de León.

—Tu alma está llena de poesía —dijo Lusima—, pero está lastimada y cansada hasta el fondo de todo. Debes descansar en la choza que hemos construido para ti. Quizás, aquí, sobre el monte Lonsonyo, tus heridas serán curadas y te harás fuerte otra vez.

La choza a la que las criadas de Lusima los condujeron estaba recién levantada. Se sentía el olor del humo de las hierbas que habían sido quemadas para purificarla, y el de la bosta de vaca fresca con la que los pisos estaban recubiertos. Había tazones de pollo guisado, verduras asadas y puré de mandioca esperándolos, y después de que comieron, las criadas los llevaron al lecho de pieles de animales con apoyacabezas de madera tallada colocados uno al lado del otro.

—Ustedes serán los primeros en dormir aquí. Que nuestro júbilo por su llegada sea también la alegría de ustedes —les dijeron cuando se retiraron para dejarlos solos.



Por la mañana, las niñas fueron a buscar a Eva para llevarla al estanque en la corriente que estaba reservada a las mujeres. Una vez que se bañó, le trenzaron



el pelo con flores. Luego le dieron una *shuka* roja nueva para reemplazar sus ropas rotas y llenas de polvo. Riéndose y acariciándola como si fuera una preciosa niña, le enseñaron a doblar y arreglar la *shuka* como si fuera una toga romana. Luego, descalzas, la llevaron al gran árbol del consejo bajo el cual Lusima estaba esperándola. León ya estaba allí, y los tres compartieron un desayuno de leche ácida y sopa de sorgo.

Después de haberse alimentado, se quedaron conversando toda la mañana. Eva y Lusima estaban sentadas una junto a la otra, mirándose las caras y los ojos, y cada tanto tomándose las manos. Estaban tan completamente de acuerdo que las traducciones de León resultaban un tanto superfluas, pues parecían comprenderse entre ellas sin tener que hablar, en un nivel que iba más allá del discurso.

—Tú has estado sola por mucho tiempo —le dijo Lusima en cierto momento.

—Sí, he estado sola por demasiado tiempo —coincidió Eva. Luego miró a León y le tocó la mano—. Pero ya no lo estoy.

—La soledad daña el alma como el agua desgasta las rocas. —Lusima asintió con la cabeza.

—¿Volveré a estar sola otra vez, Mama?

—¿Deseas saber lo que te depara el futuro, *Maua*? —preguntó.

Eva asintió con la cabeza.

—Tu hijo *M'bogo* dice que puedes ver lo que nos espera.

—Él es un hombre, y los hombres tratan de hacer que todas las cosas sean simples. El futuro no es simple. ¡Mira hacia arriba! —Eva levantó la cabeza obedientemente y miró fijamente al cielo—. ¿Qué ves, mi flor?

—Veo nubes.

—¿De qué forma son y de qué color?

—Hay muchas formas y matices que cambian incluso mientras las estoy mirando.

—Lo mismo ocurre con el futuro. Adquiere muchas formas que cambian mientras los vientos de nuestras vidas soplan.

—Entonces, ¿tú no puedes predecir lo que ocurrirá con *M'bogo* y conmigo?

La desilusión de Eva fue tan infantil que Lusima se rio.

—No es eso lo que dije. A veces, las cortinas oscuras se abren y se me permite vislumbrar lo que vendrá, pero no puedo verlo todo.

—Mira mi futuro, por favor, Mama. Dime si encuentras algún atisbo de felicidad allí —pidió Eva ansiosamente.

—Hemos estado juntas por muy poco tiempo. Hasta ahora, sé poco de ti. Cuando haya mirado más profundamente en tu alma, quizá pueda adivinar mejor tu futuro.

—¡Oh, Mama! Eso me haría tan feliz.

—¿Eso crees? Tal vez llegas a quererte tanto que no desee decirte lo que veo.

—No comprendo.

—El porvenir no siempre es amable. Si veo cosas que te harán sentir triste y desdichada, ¿quererías escucharlas?

—Lo único que quiero que me digas es que *M'bogo* y yo estaremos juntos para siempre.

—Si te dijera que no será así, ¿qué harías?

—Me moriría —respondió Eva.

—Yo no quiero que mueras. Eres demasiado encantadora y buena. Así que si veo en el futuro que ustedes dos estarán separados, ¿debo mentirte para evitar que mueras?

—Haces que esto se torne muy difícil, Mama.

—La vida es difícil. Nada es seguro. Debemos tomar los días que tenemos asignados y hacer con ellos lo mejor que podamos. —Observó la cara de Eva, vio su dolor y tuvo compasión de ella—. Lo único que puedo decirte es esto. Mientras ustedes dos estén juntos, tú y *M'bogo* conocerán la verdadera felicidad, pues sus corazones están unidos como estas dos plantas. —Puso su mano en una antigua enredadera que se enroscaba alrededor del tronco del árbol del consejo como una pitón—. Observa cómo la enredadera se ha convertido en parte del árbol. Observa cómo uno se apoya en el otro. No es posible separarlos. Eso es lo que ocurre con ustedes dos.

—Si tú ves los peligros que nos esperan, ¿no nos vas a advertir? Te lo ruego, Mama.

Lusima se encogió de hombros.

—Tal vez, si creo que saberlo será para el bien de ustedes. Pero el sol ya ha llegado a su mediodía. Hemos hablado toda la mañana. Ahora váyanse, hijos míos. Aprovechen lo que queda del día para ser felices juntos. Hablaremos otra vez mañana.

Así pasaron los días y con la amable guía y el consejo de Lusima, los miedos e incertidumbres de Eva poco a poco se desvanecieron para entrar en un mundo de felicidad y satisfacción tan completas que ella jamás había sospechado que existiera.

—Sabía que teníamos que venir aquí, pero nunca supe por qué hasta ahora. Estos días pasados en el monte Lonsonyo son más valiosos que los diamantes. Pase lo que pase, estarán con nosotros para siempre —le dijo a León.



Cinco días después de la llegada a la aldea, Ishmael arribó con los caballos por la ruta del Sur que subía desde la llanura. Le había tomado todo ese tiempo dar la vuelta a la base de la montaña. Quedó horrorizado al encontrar a Eva descalza y vestida con una *shuka*.

—Una gran dama tan hermosa como usted no debería vestirse como una de estas salvajes infieles —la reprendió severamente en francés.

—Esta *shuka* es muy cómoda y, además, mi ropa vieja terminó hecha jirones —le respondió.

Se mostró consternado.

—Por lo menos, podré alimentarla con comida civilizada, no como esta bazofia que comen los masai.

Los días pasaron como en una nube de sueños, tanto fue así que perdieron la noción del tiempo. Como dos niños, se pasearon de la mano por los bosques encantados del monte Lonsonyo. Con cada pequeña delicia que encontraban —algún pajarillo de plumaje brillante o un monstruoso escarabajo con cuernos cuyo caparazón blindado hacía ruido al moverse—, las preocupaciones del mundo exterior se alejaban cada vez más de sus mentes. Cuando León la vio por primera vez, ella escondía su verdadera naturaleza detrás de una máscara de solemnidad. Rara vez sonreía y casi nunca se reía. Pero en ese momento, que estaban solos y a salvo en la montaña, se había quitado la máscara para dejar que su verdadera personalidad brillara. Para León, aquellas risas y sonrisas multiplicaban por cien su belleza. Pasaban juntos cada momento que podían. Hasta la separación más breve resultaba penosa para ambos. El primer pensamiento de Eva al despertarse cada mañana era: «Otto está muerto y nadie sabe dónde estamos escondidos. Estamos a salvo y nadie puede interponerse entre nosotros».

Incluso cuando la reserva cuidadosamente acumulada de café de Ishmael se agotó, ellos se rieron cuando él les llevó las trágicas noticias.

—No es culpa tuya, oh Amado por el Profeta. Éste es un pecado que no será cargado a tu cuenta en el libro de oro —lo consoló León, pero Ishmael se alejó

murmurando acongojado.

La gente de la aldea los miraba con cariño, sonriéndoles cuando pasaban, llevándole a Eva pequeños regalos, trozos de caña de azúcar, ramos de orquídeas silvestres, abanicos de hermosas plumas o brazaletes de cuentas que ellos mismos habían tejido. Lusima se deleitaba con su amor casi tanto como ellos. Ella pasaba con ellos todos los días, compartiendo su sabiduría y su conocimiento de la vida.

Comenzaron las «pequeñas lluvias», y permanecían tendidos en brazos uno del otro por la noche, escuchando el tamborileo en el techo de su cabaña, cuchicheando y riéndose, sin frío y seguros en su amor. Luego las lluvias cesaron y León se dio cuenta de que habían pasado casi dos meses desde que habían trepado por el sendero junto a la cascada hasta la cima. Cuando se lo dijo a ella, Eva sonrió plácidamente.

—¿Por qué te molestas en decírmelo, Tejón? El tiempo no significa nada, siempre que estemos juntos. ¿Qué vamos a hacer hoy?

—Loikot sabe dónde hay un lugar donde anidan las águilas, en los acantilados en el otro lado de la montaña, no lejos de la cascada de la reina de Saba. Generación tras generación de esas grandes aves han anidado allí desde que se tiene memoria. En esta época debe de haber polluelos en el nido. ¿Te gustaría visitarlo y verlos?

—¡Oh, sí, por favor, Tejón! —Aplaudió entusiasmada como un niño ante la promesa de una fiesta de cumpleaños—. Entonces, al regresar podemos ir a la cascada y nadar en esas aguas encantadas otra vez.

—Eso será una larga caminata. Estaremos ausentes por varios días.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

Les tomó tres días de viaje fácil cruzar la montaña hasta su punto más ancho, pues las gargantas eran profundas y accidentadas, el bosque era denso y había distracciones encantadoras a cada paso del sendero. Pero por fin se sentaron sobre el borde del precipicio y observaron a un par de águilas que se deslizaban en un elegante vuelo muy lejos debajo de ellos, dando vueltas al nido llamándose una a la otra y a sus polluelos, llevando animales cazados por ellos para darles de comer; damanes y liebres, monos y aves de caza que colgaban de sus garras.

Sin embargo, el nido estaba escondido tras un saliente del rocoso contrafuerte en el que ellos estaban sentados. Eva estaba desilusionada.

—Quería ver los polluelos. Seguramente Loikot conoce algún lugar desde donde podamos ver el nido. ¿Por qué no le preguntas, Tejón?

Permaneció sentada con impaciencia, mientras escuchaba la larga discusión en lengua *maa*, de la cual ella no entendió ni una palabra.

Por fin, León regresó sacudiendo la cabeza.

—Dice que hay un camino que baja por el despeñadero, pero es difícil y peligroso.

—Pídele que nos lo muestre. Nos trajo hasta aquí con la promesa de que

veríamos los polluelos, y voy a hacerle cumplir su palabra.

Loikot los llevó hasta el borde del acantilado, hasta una rajadura en la roca. Dejó a un lado su *assegai* y se deslizó en ella. La abertura era apenas lo suficientemente ancha para dejar pasar el cuerpo más grande de León. Dejó el rifle Holland apoyado contra el tronco de un árbol y se metió con esfuerzo en la abertura. Eva recogió la falda de la *shuka* entre sus largas piernas y lo siguió.

En la penumbra bajaron por un pozo natural casi vertical iluminado sólo por un débil reflejo de luz que venía desde la superficie, suficiente apenas para ver los apoyos para las manos y los pies. Luego, gradualmente, la luz comenzó a filtrarse desde abajo, y al final gatearon por una brecha angosta hasta un saliente abierto. El pozo los había llevado afuera, debajo del saliente del contrafuerte. Sin embargo, todavía no se veía el nido, pero las águilas los habían visto aparecer en el saliente por arriba de su nido y gritaban enojadas y alarmadas, volando más cerca para mirarlos con feroces ojos amarillos.

El saliente era angosto y precario, de modo que lo atravesaron con la espalda contra la pared del acantilado hasta que, súbitamente, se hacía más ancho. Loikot se echó cuan largo era sobre la roca y espió por el borde; luego le sonrió a Eva y le hizo señas para que se acercara. Ella gateó con cautela hasta su lado y miró hacia abajo.

—¡Allí están! —exclamó encantada—. ¡Oh, Tejón, ven a verlos!

Se tendió junto a ella y le puso un brazo alrededor de los hombros. El nido estaba a no más de diez metros abajo; era una plataforma enorme de ramas secas, encajada en una hendidura en la roca. La parte de arriba tenía forma de plato y estaba tapizada con hojas verdes y cañas. En el centro de la hendidura, había dos aguiluchos agachados sobre patas tambaleantes, tan pequeños que apenas si podían tener sus cabezas levantadas. Sus enormes picos eran desproporcionados respecto de sus emplumados cuerpos grises, y todavía no tenían las garras en las puntas con las que se habían abierto paso rompiendo la dura cascara del huevo al nacer.

—Son tan adorablemente feos. Mira esos grandes ojos lechosos. —Eva se rio y luego se agachó asustada cuando sintió movimientos en el aire alrededor de sus cabezas y mucho ruido de grandes alas. Chillando furiosa, primero el águila hembra y luego el macho se lanzaron contra ellos, con las garras extendidas, listas para defender su nido y a los jóvenes polluelos.

—Mantén la cabeza baja —le sugirió León—, o esas garras te la sacarán. Quédate quieta. No te muevas. —Se aplastaron contra el suelo de roca del saliente. Poco a poco la furia y la mortal agresividad de las águilas se fueron desvaneciendo al darse cuenta de que no había ninguna amenaza directa para su cría. Finalmente, la hembra regresó al nido y se posó en él, plegando las alas y parándose sobre sus polluelos de manera protectora antes de meterlos debajo de ella. Sobre el saliente encima de ellos, León y Eva permanecieron tendidos

pacientemente sin hacer ningún movimiento, y las aves se relajaron más todavía, hasta que por fin ignoraron la presencia humana y reanudaron su comportamiento natural.

Era una experiencia fascinante poder estar tan cerca de aquellas magníficas criaturas salvajes y observarlas mientras se ocupaban de alimentar a sus crías. León y Eva pasaron el resto del día en el saliente. Cuando por fin la claridad se fue desvaneciendo y era hora de irse, partieron de mala gana. En la protección rudimentaria que Loikot y Manyoro habían levantado para que ellos pasaran la noche, se acostaron debajo de una sola manta.

—Nunca olvidaré este día —susurró Eva.

—Cada día que pasamos juntos es inolvidable.

—Nunca me sacarás de África, ¿no?

—Éste es nuestro hogar —coincidió él.

—Cuando miré a esos graciosos aguiluchos, tuve una sensación muy extraña.

—Es una dolencia común en el sexo femenino conocida como ponerse maternal —bromeó él.

—Tendremos hijos, ¿no, Tejón?

—¿Quieres decir en este momento?

—Bien, no estoy muy segura de eso —reconoció—, pero tal vez deberíamos empezar a practicar. ¿Qué te parece?

—Creo que eres una gran genio, mujer. No perdamos más tiempo en parloteos ociosos.



El regreso a la aldea de Lusima fue un feliz retorno al hogar. Los niños pastores los descubrieron a la distancia y gritaron las noticias a todo el pueblo, que salió en tropel para darles la bienvenida con cantos y risas. Lusima los estaba esperando debajo del árbol del consejo. Abrazó a Eva y la hizo sentar a su lado, a la derecha. León ocupó el taburete del otro lado y ayudó con la traducción cuando la comprensión intuitiva de ellas resultaba insuficiente. De pronto, él se interrumpió en medio de una oración y levantó la cabeza para olfatear el aire.

—¿Qué demonios es ese espléndido aroma? —preguntó sin hablarle a nadie

en particular.

—¡Café! —gritó Eva—. ¡Estupendo y glorioso café! —Ishmael se acercó a ellos con un par de jarras en una mano y una cafetera humeando en la otra. Su abierta sonrisa era de triunfo—. ¡Eres un hacedor de milagros! —Eva le dio la bienvenida en francés—. Era lo único que me faltaba para que mi vida fuera perfecta.

—También le he traído muchas de sus hermosas ropas y zapatos para que usted ya no tenga que seguir llevando las prendas de las infieles. —Señaló la *shuka* que ella llevaba puesta con una mueca de profunda desaprobación y desagrado.

—¡Ishmael! —La voz de León se volvió filosa ante la alarma—. Mientras estuvimos afuera, ¿fuiste al campamento Percy a buscar el café y la ropa de la *memsahib*?

—*Ndio, bwana*. —Ishmael mostró una sonrisa orgullosa—. Anduve sin parar con mi mula y fui y volví en sólo cuatro días.

—¿Alguien te vio? ¿Quién más estaba en el campamento?

—Sólo *bwana* Hennie.

—¿Le dijiste dónde estamos? —preguntó León.

—Sí. Él me preguntó —contestó Ishmael. Su cara se transformó cuando vio la expresión de León—. ¿Hice mal, *effendi*?

León se dio vuelta mientras luchaba por ocultar su enojo y el miedo que lo dominaba. Cuando volvió a darse vuelta, su cara no mostraba ninguna expresión.

—Hiciste lo que creías era lo correcto, Ishmael. El café está excelente, tan bueno como siempre lo has preparado.

Pero Ishmael lo conocía demasiado bien como para ser engañado por sus palabras. No era claro para él en qué se había equivocado, pero estaba abatido por la culpa cuando se retiró a la choza que era su cocina.

Eva estaba mirando a León. Había empalidecido y sus manos estaban apretadas en su regazo.

—Algo terrible ha ocurrido, ¿no?

La voz de ella era suave y tranquila, pero sus ojos estaban oscuros por la preocupación.

—Ya no podemos quedarnos más aquí —anunció León con gesto adusto, y se volvió para mirar hacia el Oeste, donde el sol ya estaba en el horizonte—. Deberíamos partir de inmediato, pero ya es demasiado tarde. No quiero arriesgarme bajando por el sendero de la montaña en la oscuridad. Nos iremos con las primeras luces mañana.

—¿Qué pasa, Tejón? —Eva estiró el brazo para tomar su mano.

—Mientras estábamos en el nido de águilas, Ishmael fue al campamento Percy en busca de provisiones. Hennie du Rand estaba ahí. Ishmael le dijo dónde estábamos. Hennie no tiene idea de las circunstancias delicadas que nos

envuelven a ti y a mí. No podemos correr riesgos, Eva. Si el *Graf Otto* está vivo, vendrá por ti.

—Está muerto, mi querido.

—Eso es lo que soñaste, pero no podemos estar seguros. Además, también están tus jefes en Whitehall. Si descubren dónde estás, no te dejarán ir. Debemos huir.

—¿Adonde?

—Si conseguimos llegar a uno de los aviones, podemos volar al otro lado de la frontera alemana, a Dar-es-Salaam, y desde allí tomar un barco a Sudáfrica o a Australia. Una vez que llegemos allí, podemos cambiar nuestros nombres y desaparecer.

—No tenemos dinero —señaló ella.

—Percy me dejó suficiente. ¿Vendrás conmigo?

—Por supuesto —respondió ella sin titubear—. Desde ahora en adelante, donde tú vayas, también iré yo.

León le sonrió y dijo simplemente:

—Mi corazón, mi querido corazón. —Entonces se volvió a Lusima—. Mama, tenemos que partir.

—Sí. —Ella estuvo de acuerdo de inmediato—. Yo lo había visto, pero no podía decírselo a ustedes.

De algún modo, Eva comprendió lo que Lusima había dicho.

—¿Has podido ver aunque sea un poco, más allá de la cortina, Mama? —preguntó ansiosamente.

Lusima asintió con la cabeza y ella continuó.

—¿Nos dirás lo que has visto?

—No es mucho, y poco de ello es lo que tú quieres oír, mi flor.

—Lo escucharé de todas maneras. Tú podrías tener algo para decirnos que signifique nuestra salvación.

Lusima suspiró.

—Como quieras, pero te lo he advertido. —Golpeó las manos y sus muchachas se acercaron corriendo para arrodillarse ante ella. Lusima les dio sus órdenes y corrieron a su choza. Para cuando regresaron trayendo la parafernalia que Lusima usaba para la adivinación, el sol se había puesto y el breve crepúsculo se estaba convirtiendo en noche. Las muchachas colocaron los elementos cerca de las manos de Lusima y luego hicieron un pequeño fuego. Abrió una de las bolsitas de cuero y sacó un puñado de hierbas secas. Mientras repetía entre dientes un conjuro, las arrojó al fuego y se quemaron en una pequeña explosión de humo acre. Una de las muchachas trajo una olla de arcilla y la puso en el fuego delante de ella. Estaba llena hasta el borde con un líquido que reflejaba las llamas como un espejo.

—Ven y siéntense a mi lado. —Les hizo señas a Eva y a León. Formaron un



círculo con ella alrededor de la olla. Lusima metió un jarro de asta en el líquido y se lo ofreció a cada uno por turno. Bebieron un trago del amargo brebaje y Lusima bebió lo que quedaba.

—Miren en el espejo —ordenó, y ellos miraron en la olla. Sus propias imágenes temblaron en la superficie, pero ninguno vio nada aparte de eso. El líquido empezó a burbujear y a hervir mientras Lusima cantaba en voz baja, y sus ojos se ponían vidriosos al fijar la vista en las nubes de vapor que subían. Cuando por fin habló, su voz era áspera y tensa—. Hay dos enemigos, un hombre y una mujer. Tratan de romper la cadena de amor que los une a ustedes dos.

Eva dejó escapar un grito de dolor, pero luego quedó en silencio.

—Veo que la mujer tiene una franja blanca en la cabeza.

—La señora Ryan en Londres —susurró Eva cuando León le tradujo esto—. Tiene un mechón de canas en la parte de adelante del pelo.

—El hombre sólo tiene una mano.

Se miraron uno al otro por encima de la olla, pero León sacudió la cabeza.

—No sé quién podría ser ése. Dinos, Mama, ¿tendrán éstos dos enemigos éxito en sus planes?

Lusima gimió como si sufriera un dolor.

—No puedo ver nada más. El cielo está lleno de humo y llamas. El mundo entero se está quemando. Está oscuro, pero veo un gran pez de plata por sobre las llamas que trae esperanza de amor y fortuna.

—¿Qué es ese pez, Mama? —preguntó León.

—Por favor, explícanos tu visión —suplicó Eva, pero los ojos de Lusima se aclararon para volver a ver todo en foco.

—No hay nada más —dijo lamentándolo—. Te advertí que lo poco que había no era lo que querías escuchar, mi flor. —Estiró el brazo y volcó la olla de arcilla, derramando su contenido en el fuego, que se extinguió en una nube de vapor siseante—. Vayan ahora a descansar. Ésta podría ser su última noche en el monte Lonsonyo por mucho, mucho tiempo.



Antes de retirarse a su choza, León les dio instrucciones a los dos masai y a

Ishmael para que tuvieran los caballos ensillados e hicieran todos los preparativos, de modo de partir al día siguiente al amanecer.

La noche era silenciosa y serena, pero sólo durmieron de a ratos. Cada vez que se despertaban, se buscaban mutuamente con la mano de manera instintiva, dominados por una informe sensación de miedo. Cuando las aves en el bosque circundante comenzaron su sinfónico coro de bienvenida al amanecer, y la primera luz se vio a través de las grietas en las paredes, hicieron el amor con un desesperado abandono que nunca habían experimentado antes; fue una tormenta de pasión que, cuando pasó el climax, los dejó temblando uno en brazos del otro, con sus cuerpos desnudos y empapados de sudor, y sus corazones latiendo desenfrenadamente. Al fin se separaron y León susurró:

—Hora de irse, mi amada. Vístete.

Se puso de pie y se vistió antes de ir a la puerta y abrirla. Se agachó para pasar y luego se irguió. El bosque a su alrededor estaba negro. El lucero del alba todavía brillaba y agujereaba el cielo de oscuro terciopelo. La luz era pesada y opaca. Eva atravesó la puerta siguiéndolo y él la rodeó con el brazo. Estaba a punto de hablar, cuando vio a los hombres. Por un momento, creyó que serían los suyos pues traían caballos.

Habían estado esperando en la oscuridad, en el borde del bosque, pero en ese momento se dirigían hacia ellos y, al acercarse, León vio que eran siete. Cinco *askari* y dos oficiales. Todos llevaban sombreros flexibles y uniformes de campaña caqui. Los *askari* tenían rifles colgados de los hombros; los oficiales sólo llevaban armas de mano. El de mayor graduación se detuvo delante de ellos, pero ignoró a León y saludó a Eva.

—¿Cómo nos encontró, tío Penrod? ¿Tenía usted a alguien en el campamento Percy que siguió a Ishmael hasta aquí?

Penrod asintió con la cabeza.

—Por supuesto. —Se volvió hacia Eva—. Buenos días, Eva, mi querida. Tengo un mensaje para ti de la señora Ryan y del señor Brown en Londres.

Eva retrocedió.

—¡No! —exclamó—. Otto está muerto y todo ha terminado.

—El *Graf* Otto von Meerbach no está muerto. Reconozco que estuvo cerca. El doctor tuvo que amputarle el brazo izquierdo, que estaba podrido por la gangrena, y cosió el resto para volver a armarlo. El *Graf* no estuvo en su sano juicio por mucho tiempo. A decir verdad, hasta muy recientemente. Pero es tan duro como el granito y tan resistente como el cuero de elefante. Todavía está muy débil, pero está preguntando por ti y tuve que inventar un cuento para explicar tu ausencia. Creo que realmente te ama y he venido a buscarte para llevarte de vuelta con él. Tienes que terminar el trabajo para el que fuiste enviada.

León dio un paso para quedar entre ellos.

—Ella no va a volver. Nos amamos; nos vamos a casar tan pronto como

podamos regresar a la civilización.

—Teniente Courtney, permítame recordarle que soy su oficial superior y las formas correctas de dirigirse a mí son «señor» o «mi general». Ahora, apártese de inmediato.

—No puedo hacer eso, señor. No puedo dejar que se la lleve. —León encorvó los hombros tercamente.

—¡Capitán! —espetó Penrod por encima de su hombro, y el oficial de menor graduación dio un paso adelante con precisión.

—¿Señor? —dijo. León reconoció su voz, pero en su angustia pasó un momento antes de que se diera cuenta de que se trataba de Eddy Roberts, el lacayo de Froggy Snell.

—Arreste a este hombre. —La expresión de Penrod era adusta—. Si se resiste, dispárele a la rodilla.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —gritó Eddy con júbilo. Sacó su revólver Webley de la pistola y León avanzó hacia él. Eddy retrocedió, amartilló y levantó el arma, pero antes de que pudiera apuntar Eva saltó entre ellos y abrió los brazos. En ese momento el arma apuntaba a su pecho.

—¡Alto el fuego, hombre! —gritó Penrod—. Por el amor de Dios, no le haga daño a la mujer. —Eddy bajó el arma con aire vacilante.

De inmediato, Eva pasó su atención de Eddy a Penrod.

—¿Qué quiere usted de mí, general? —Estaba muy pálida pero su voz era fría y serena.

—Sólo unos pocos minutos de tu tiempo, mi querida. —Penrod la tomó del brazo para apartarla, pero León intervino otra vez.

—No vayas con él, Eva. Te convencerá.

Eva se volvió para mirarlo y él vio que sus ojos estaban cubiertos con un velo y la chispa se había extinguido. Sintió que se encogía por dentro. Ella había regresado a ese lugar a donde nadie podía seguirla, ni siquiera el hombre que la amaba.

—¡Eva! —suplicó—. Quédate conmigo, mi querida.

No dio señal de que lo hubiera escuchado y dejó que Penrod la llevara consigo. Fueron hasta el borde del despeñadero para que León no pudiera escuchar una sola palabra de su conversación. Penrod se alzaba sobre ella, que le llegaba por debajo de los hombros. Era dos veces más corpulento. Eva parecía una niña al lado de él, con la vista levantada hacia su cara con gesto serio mientras escuchaba lo que el otro le decía. Puso ambas manos sobre los hombros de ella y la sacudió suavemente, con expresión grave. León apenas si podía contenerse. Quería protegerla y defenderla. Quería envolverla en sus brazos y abrirla para siempre.

—Sí, Courtney, ¡hazlo! —le dijo Eddy Roberts, regodeándose—. Sólo dame la excusa. Te salvaste la vez pasada, pero eso volverá a ocurrir. —El arma estaba

amartillada, su dedo estaba en el gatillo, y estaba apuntando a la pierna derecha de León—. ¡Hazlo, bastardo! Dame una excusa para volarte la maldita pierna.

León sabía que hablaba en serio. Apretó las manos hasta que sus uñas se clavaron en las palmas. Sus dientes rechinaron. Eva todavía estaba mirando el rostro de Penrod, que seguía hablando. Cada tanto, ella asentía con la cabeza sin ninguna otra expresión y Penrod continuaba hablando, en su estilo más encantador y convincente. Finalmente, los hombros de Eva se hundieron en gesto de capitulación y asintió con la cabeza. Penrod puso un brazo alrededor de los hombros de ella de una manera afable, con preocupación; luego la llevó a donde León permanecía bajo la amenaza de la pistola de Eddy. Ella no lo miró. No había expresión alguna en su rostro.

—¡Capitán Roberts! —dijo Penrod. Tampoco miró a León.

—¿Señor?

—Use las esposas para contener al preso.

Eddy desenganchó las cadenas de acero brillante del cinturón de su correa y cerró de golpe las esposas en las muñecas de León.

—¡Reténgalo aquí! No le haga daño, a menos que se lo merezca —ordenó Penrod—. No permita que salga de esta montaña hasta que usted reciba órdenes mías. Entonces, llévalo a Nairobi con custodia. No lo deje hablar con nadie allí. Llévelo directamente a mí.

—¡Sí, señor!

—Ven conmigo, mi querida. —Se volvió hacia Eva—. Tenemos un largo viaje por delante. —Caminaron hacia los caballos y León les gritó, con la voz quebrada por la desesperación—. No puedes irte, Eva. No puedes dejarme ahora. Por favor, mi amor.

Ella se detuvo para mirarlo con ojos opacos, sin esperanza.

—Fuimos dos niños tontos que estuvieron jugando un juego de fantasías. Ahora se terminó. Tengo que irme. Adiós, León.

—¡Oh, Dios mío! —gimió él—. ¿No me amas?

—No, León. Lo único que amo es mi deber. —Él no iba a saber que el corazón de ella se estaba rompiendo mientras se alejaba, con la mentira todavía quemándole los labios.



Tan pronto como Penrod y Eva comenzaron a descender la montaña, Eddy Roberts hizo que sus *askari* arrastraran a León de vuelta a la choza y lo hizo sentar en el suelo con las piernas a cada lado del palo central que sostenía el techo. Luego le sacó las esposas de las muñecas y se las puso en los tobillos.

—No voy a correr riesgos contigo, Courtney. ¡Sé que eres una bestia muy escurridiza! —le dijo Eddy con sádico placer. Le permitió a Ishmael que visitara a León en la choza una vez al día para alimentarlo, cambiar el balde donde hacía sus necesidades y también para lavarle el trasero, como si fuera un bebé. Pero, aparte de eso, León fue forzado a permanecer sentado allí durante doce largos y degradantes días hasta que el mensajero de Penrod Ballantyne llegó al sendero de la montaña con una nota escrita sobre papel oficial amarillo. Entonces, Eddy Roberts lo dejó salir de la choza y los *askari* lo levantaron para ponerlo en su caballo. Tenía los tobillos tan hinchados y lastimados donde las esposas los habían ajustado que apenas si podía caminar. De todas maneras, Eddy ordenó a sus hombres que le ataran los tobillos por debajo del vientre del caballo.

Fue un desagradable viaje por el valle del Rift hasta el ferrocarril. Eddy lo hizo más desagradable todavía yendo detrás del caballo de León, azuzándolo para que trotara sobre terreno desparejo. Con los tobillos atados, León no podía seguir el paso de su animal, por lo que rebotaba todo el tiempo de manera salvaje.

Penrod estaba furioso cuando los dos *askari* llevaron a su sobrino casi arrastrándolo a su oficina en el edificio del cuartel general de los RAR en Nairobi. Salió de atrás de su escritorio y lo ayudó a sentarse.

—No era mi intención que te trataran de esta forma —dijo, lo cual era algo así como lo más cercano a una disculpa que León le había escuchado jamás pronunciar.

—Está perfectamente bien, señor. Supongo que logré que fuera imposible para usted hacer otra cosa que tenerme atado de pies y manos.

—Te lo estabas buscando —coincidió Penrod—. Fuiste afortunado, maldito. Tuviste suerte de que no hice que te dispararan de inmediato. La idea cruzó por mi mente.

—¿Dónde está Eva, tío?

—Probablemente ya está en alguna parte del Canal de Suez, de regreso a Berlín. No envié por ti sino hasta que el barco salió de Mombasa. —Su expresión se ablandó—. Tú estás bien fuera de todo este lamentable asunto, mi muchacho. Pienso que te hice un gran servicio al hacer que volvieras a tus cabales y al apartarla a ella de ti.

—Tal vez sea así, señor, pero no puedo decir que estoy rebosante de gratitud hacia usted.

—No ahora, quizá, pero lo estarás más adelante. Es una espía, ¿lo sabías? Es totalmente intrigante e inescrupulosa.

—No, señor. Es una agente británica. Es una mujer joven y hermosa de gran coraje que ha ido más allá de su deber patriótico por usted y por Gran Bretaña.

—Hay un nombre para mujeres como ella.

—Señor, si usted lo pronuncia en voz alta, no seré responsable de mis actos. Esta vez usted tendrá que hacer que realmente me disparen.

—Eres un idiota, León Courtney, un muchacho enfermo de amor, incapaz de pensar racionalmente. —Tomó la chaquetilla de su uniforme, que se había enganchado en la parte de atrás de la silla.

Mientras la abotonaba, León vio tres estrellas y espadas cruzadas sobre los hombros.

—Si ha terminado de insultarme, señor, tal vez me permita que lo felicite por su meteórico ascenso al alto rango de general de división.

León había roto la tensión y Penrod aceptó la oferta de paz.

—Bien, sin resentimientos, entonces. Todos hicimos lo que tuvimos que hacer. Gracias por tus felicitaciones, León. ¿Sabías que mientras estabas de luna de miel en el monte Lonsonyo un serbio loco asesinó al archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría y la torpe reacción de ese país contra los serbios inició una reacción en cadena de violencia? La mitad de Europa ya está en guerra y el káiser Guillermo está ansioso de entrar en ella. Todo está ocurriendo tal como lo pronostiqué. Guerra total dentro de algunos meses. —Metió la mano en los bolsillos en busca de su cigarrera y encendió un Player's—. Estuve con el «Maldito Bruto» de Allenby en la guerra de los bóers y ahora él está al frente del ejército egipcio. Están listos para entrar en la Mesopotamia y quiere que yo tome el mando de su caballería. Zarpo con rumbo a El Cairo la semana próxima. Tu tía estará encantada de tenerme en casa durante varios días.

—Por favor, dele mis cariños, señor. ¿Quién se hará cargo de su lugar aquí en Nairobi?

—Buenas noticias para ti. Tu viejo amigo y admirador la Rana Snell ha sido ascendido a coronel y le dieron el cargo. —Vio que el rostro de León se demudaba—. Sí, ya sé lo que estás pensando. Sin embargo, puedo hacerte un último favor antes de partir. Hugh Delamere está formando una unidad de

voluntarios de caballería ligera sin conexión con los RAR. Te he trasladado de las reservas para que actúes como oficial de inteligencia y coordinación para él. Está ansioso por tenerte para que vuelas haciendo reconocimientos en su unidad. Conoce tu mala relación con Snell y te protegerá de él.

—Muy generoso de su parte. Pero hay un pequeño problema. No tengo avión para estos vuelos de reconocimiento.

—En el momento en que el káiser Guillermo declare la guerra, tú tendrás tu avión... es más, tendrás dos. Hugh Delamere pidió en préstamo a un piloto de hidroaviones de la base de la marina del Reino Unido en Mombasa y lo envió al campamento Percy para trasladar al *Abejorro* hasta aquí. Ambos aviones de Von Meerbach están estacionados y a salvo en el hangar del campo de polo.

—No estoy seguro de comprender. ¿No se los llevó consigo cuando se fue?

—No, los dejó con su mecánico, Gustav Kilmer, para que se ocupara de ellos. Apenas se declare la guerra, se convierten en propiedad de un enemigo extranjero. Encerraremos a Kilmer en un campo de concentración y requisaremos los aviones.

—Ésas son buenas noticias realmente. Me he vuelto adicto a volar y no me gustaba la idea de tener que dejar de hacerlo. Tan pronto como usted me permita irme, señor, pienso volver al campamento Tandala para controlar lo que Max Rosenthal y Hennie du Rand han estado haciendo en mi ausencia. Después de eso, me iré al campo de polo y me aseguraré de que Gustav tenga la aeronave guardada sin peligro.

—Oh, no encontrarás a Du Rand en Tandala. Se fue a Alemania con Von Meerbach.

—Santo cielo. —León estaba realmente sorprendido—. ¿Cómo fue que ocurrió eso?

—Debe de haberle caído bien al *Graf*. De todos modos, se ha ido. Como me iré yo el próximo viernes. Espero que estés en la estación para darme una cariñosa despedida.

—No me lo perdería por nada en el mundo, general.

—Sospecho un cierto doble sentido en esto. —Penrod se puso de pie—. Puedes retirarte.

—Una última pregunta, si me lo permite, señor.

—Adelante y hazla, pero como sospecho que ya sé a qué se refiere tu pregunta, no prometo responder.

—¿Tiene usted alguna manera establecida para el intercambio de mensajes con Eva Barry mientras está en Alemania?

—¡Ah! Así que ése es el nombre verdadero de la jovencita. Sabía que «von Wellberg» era un *nom de guerre*. Parece que tú sabes mucho más que yo sobre ella. Me disculpo si ésta es otra frase con doble sentido.

—Nada de eso responde a mi pregunta, general.

—No, por cierto —coincidió Penrod—. ¿Lo dejamos así?



León se dirigió al campamento Tandala y, cuando entró en su carpa, encontró a Max Rosenthal armando su equipaje.

—¿Nos dejas, Max? —preguntó León.

—La gente de acá está empezando a perseguirnos. No quiero pasar esta guerra en un campo de concentración británico, como los de Kitchener en Sudáfrica, así que me voy hacia la frontera alemana.

—Muy prudente —replicó León—. Las cosas van a cambiar por acá. Voy al campo de polo a hablar con Gustav sobre los dos aviones. Si estás ahí mañana al clarear, puedo llevarlos a los dos al sur, hacia Arusha y la seguridad.

Ya estaba oscuro cuando León recorrió la calle principal de Nairobi. La actividad era intensa en todo el pueblo. Tuvo que abrirse paso por entre la multitud de carros y furgonetas de escoceses, todos llenos de familias de colonos que llegaban de las granjas lejanas. Se había corrido el rumor de que Von Lettow Vorbeck había concentrado sus tropas en la frontera y estaba listo para marchar sobre Nairobi, dispuesto a quemar y saquear antes las granjas en su camino. Los hombres del general de división Ballantyne estaban armando carpas del ejército en la plaza de armas de los RAR para albergar a los refugiados. Las mujeres y los niños ya se estaban acomodando mientras los varones se dirigían a la oficina de reclutamiento en el edificio del Banco Barclays, donde lord Delamere reclutaba hombres para su regimiento irregular de caballería ligera.

Cuando León pasó delante del banco, los voluntarios entusiasmados formaban grupos en la calle polvorienta, hablando de la perspectiva de una guerra y de cómo iba a afectar a la colonia. Sus caballos estaban ensillados y ellos vestían ropa de caza. La mayoría estaba armada con rifles deportivos, listos para salir a enfrentar a Von Lettow Vorbeck y sus *askari* asesinos. León sabía que eran pocos los que habían recibido algún tipo de entrenamiento militar. Sonrió con lástima. «Pobres tontos. Creen que va a ser como ir a cazar gallinas de guinea. Ni siquiera han pensado en la posibilidad de que los alemanes les devuelvan los disparos».



En ese momento, un hombre salió de la oficina de correo al otro lado de la calle, frente al banco, agitando un formulario de papel marrón oscuro por encima de su cabeza.

—¡Mensaje de Londres! ¡Ya empezó! —gritó—. ¡El káiser Bill declaró la guerra a Gran Bretaña y al imperio! ¡Todos a buscar la gloria, muchachos!

Se produjo un ronco coro de aclamaciones. Las botellas de cerveza fueron alzadas muy altas y hubo gritos de « ¡Que se pudra el bastardo! ».

Bobby Sampson se hallaba entre un grupo de hombres, a la mayoría de los cuales León conocía. Estaba a punto de desmontar para reunirse con ellos cuando pensó en algo. « ¿Cómo va a reaccionar Gustav ante esta declaración de guerra? ¿Qué órdenes le dejó el *Graf Otto* para que actuara en un caso como éste? ».

Fustigó a su caballo y apuntó el hocico en dirección al campo de polo. Ya estaba oscuro cuando llegó. Hizo que su caballo continuara al paso al acercarse al hangar. Había llovido hacía poco y el suelo estaba blando. La tierra húmeda amortiguó el ruido de los cascos y vio luz en el hangar a través de la pared de lona impermeable. En un primer momento creyó que alguien se movía adentro con una lámpara. Entonces, se dio cuenta de que la luz era demasiado rojiza y que parpadeaba.

¡Fuego!

Su premonición de problemas se había hecho realidad. Sacó los pies de los estribos y saltó al suelo. En silencio corrió hasta la puerta y se detuvo para evaluar la situación. La llama que había visto era una antorcha encendida que Gustav mantenía en alto. Con esa luz, León vio que ambas aeronaves estaban estacionadas, cola con cola, en sus lugares habituales, en los extremos opuestos del hangar. Cada una tenía su propia entrada, un dispositivo que permitía sacarlas o hacerlas entrar sin tener que mover la otra máquina.

Gustav había cortado en pedazos la mayor parte de los pesados cajones de embalaje en los que habían sido embarcados los aviones desde Alemania y había apilado la madera en una pirámide debajo del fuselaje del *Mariposa*. Se hallaba de espaldas y estaba tan ocupado con sus preparativos para quemar los aviones que no se dio cuenta de la presencia de León en la entrada, detrás de él. Tenía la antorcha encendida en su mano derecha y una botella abierta de aguardiente en la izquierda. Estaba borracho, en medio de un discurso de despedida de las dos máquinas voladoras.

—Esto es lo más difícil que jamás me han pedido que haga. Ustedes son el fruto de mi mente. Ustedes son la creación de mis manos. Yo soñé cada línea de sus hermosos cuerpos y yo los construí con mis propias manos. Trabajé con ustedes durante largos días y noches más largas. Ustedes son un monumento a mi habilidad y mi genio. —Se interrumpió con un sollozo, tomó un largo trago de aguardiente y eructó cuando bajó la botella—. Ahora debo destruirlos. Parte de mí morirá con ustedes. Ojalá tuviera el coraje de arrojarme a la pira que los

consumirá, pues una vez que hayan desaparecido, mi vida será sólo cenizas. — Arrojó la antorcha a la pila de madera, pero el aguardiente había afectado su cálculo y la antorcha se elevó en un arco dejando una estela de chispas. Chocó contra la hélice del motor de babor más cercano y rebotó para caer en el suelo del hangar y rodar hasta los pies de Gustav. Dejó escapar una maldición y se agachó para recoger la antorcha.

León corrió hacia él. Chocó contra Gustav desde atrás justo cuando sus dedos se cerraban en el mango de la antorcha. Hizo que el alemán cayera y la botella de aguardiente se hizo añicos al chocar con el suelo, pero de algún modo Gustav se las arregló para seguir sosteniendo la antorcha.

Con sorprendente agilidad para un hombre tan grande, rodó hasta ponerse de rodillas y miró furioso a León.

—¡Lo mataré si trata de detenerme!

Lanzó otra vez la antorcha y esta vez cayó sobre la madera. León se preguntó si Gustav la habría empapado con gasolina, pero, aunque la llama seguía encendida, no explotó. Corrió hacia ella, tratando de llegar antes de que el fuego se extendiera.

Gustav se puso de pie tambaleado y le bloqueó el paso. Se estaba inclinando hacia adelante, con la cabeza baja y los brazos extendidos para impedir que León alcanzara la antorcha que chisporroteaba. León corrió directamente hacia él, pero antes de que Gustav pudiera agarrarlo usó el impulso de su carrera y lo pateó en la entrepierna. La rodaja de sus espuelas atravesó la carne blanda entre los muslos de Gustav. Éste gritó y retrocedió, mientras sostenía sus heridas genitales con ambas manos.

León lo empujó a un costado con el hombro y llegó hasta la madera. Tomó la antorcha y la arrojó hacia la puerta. Una de las tablas de los cajones de embalaje se estaba quemando. La separó, la arrojó al suelo y la pisoteó para extinguir las llamas.

Gustav saltó sobre su espalda y le envolvió el cuello con su brazo musculoso en una mortal llave estranguladora. Tenía ambas piernas trabadas alrededor del cuerpo de León, montándolo como a un caballo. Apretó su llave y León comenzó a ahogarse.

Con los ojos cubiertos de lágrimas, vio una de las paletas de la hélice del enorme motor rotativo de Meerbach delante de él a la altura de la cabeza. Estaba hecha de madera laminada, pero el borde de adelante estaba revestido de metal, como una hoja de cuchillo. Hizo varios movimientos rápidos, llevando a Gustav a ubicarse en línea con la paleta, y luego lo empujó hacia atrás. La paleta golpeó en la parte posterior de su cráneo, haciéndole un corte hasta el hueso y dejándolo sin sentido. Su llave se aflojó y León pudo liberarse. Gustav se tambaleaba en un círculo y le salía sangre de la herida. León cerró el puño derecho y le dio un puñetazo en un costado de la mandíbula. Gustav cayó cuan grande era sobre su

espalda.

A la vez que trataba de recuperar el aliento, León miró desesperadamente a su alrededor. La antorcha seguía en la entrada, donde él la había arrojado. Todavía estaba encendida, pero no había nada que las llamas pudieran dañar. Lo más peligroso, sin embargo, era que no había llegado a apagar la tabla antes de que Gustav saltara sobre él. En ese momento, las llamas se habían reavivado y ardían con fuerza. León la recogió y corrió con ella hacia la entrada. La arrojó afuera y luego dirigió su atención a la antorcha. Cuando se agachó para recogerla escuchó un ruido detrás de él y saltó a un lado. Escuchó algo que zumbó junto a su oreja derecha. Giró sobre sí.

Gustav se había armado con un mazo de cuatro kilos que había en la mesa de trabajo contra la pared. Se lanzó contra León agarrando el largo mango con ambas manos y trató de golpearlo. Si León no se hubiera agachado, le habría aplastado el cráneo. La fuerza del movimiento le había hecho perder el equilibrio a Gustav y antes de que pudiera recuperarse, León lo sujetó en un abrazo de oso, dejando el martillo atrapado entre sus cuerpos. Dieron vueltas en un vals mortal, pasando el peso y el equilibrio de uno a otro, mientras intentaban que el adversario tropezara o perdiera contacto con el suelo.

León era diez centímetros más alto, pero Gustav lo compensaba en peso y era puro músculo, templado y endurecido por una vida de trabajo físico. El castigo que León le había infligido habría eliminado a un luchador menos fuerte y la resistencia de Gustav era alarmante. Su fuerza parecía aumentar mientras la adrenalina que recorría su cuerpo contrarrestaba el dolor de sus lesiones. Empujó a León retrocediendo hacia la entrada, donde estaba la antorcha encendida. León sintió el calor en la parte de atrás de sus piernas. Entonces, Gustav giró y empujó con la cadera a su adversario. Por un fugaz segundo, León perdió el equilibrio y el alemán lanzó una fuerte patada a la antorcha. La envió rodando por el suelo hasta que golpeó en la base de la pirámide de madera. El hangar se llenó de humo y olor a quemado.

Como un leopardo loco de furia, León encontró una reserva escondida de fuerza. Se movió en los brazos de Gustav, enganchó uno de los talones del hombre con la punta de su bota y lo hizo trastabillar hacia atrás. Gustav chocó contra el suelo con todo el peso de León encima de él. El aire salió expulsado de su pecho con un fuerte ruido. León se apartó, saltó para ponerse de pie como un gimnasta y corrió para sacar la antorcha de la madera. Dos pedazos estaban ya ardiendo, pero tuvo el tiempo suficiente para sacarlos de la pila y arrojarlos lejos antes de que el otro estuviera sobre él otra vez.

Gustav estaba haciendo girar el mazo en grandes círculos a la altura de la cara de León, obligándolo a retroceder. El alemán respiraba con fuerza tratando de llevar aire a sus pulmones. La parte de atrás de su camisa estaba negra con la sangre de la herida en su cuero cabelludo, al igual que el frente de sus pantalones,

donde la espuela de León lo había golpeado, pero él estaba más allá del dolor. El mazo se movía como un metrónomo, de un lado a otro, y León se veía obligado a ceder terreno ante la amenaza de la pesada cabeza de acero.

Casi llegó a tocar con la espalda el rincón de la pared del hangar. El ángulo le impedía escapar y supo que Gustav lo tenía en una trampa. Con ambas manos, Gustav levantó el martillo muy arriba y se detuvo apuntando con él a la cabeza de León. León sabía que cuando el golpe llegara, no iba a poder evitarlo. Simplemente no había espacio suficiente para esquivarlo. Miró a Gustav a los ojos, intentando adivinar su intención, tratando de controlarlo con la fuerza de su mirada, pero el aguardiente y el dolor habían convertido al hombre en un animal. En sus ojos no había rastros de reconocimiento ni piedad.

Entonces la expresión de Gustav cambió de manera sutil. La furia enloquecida se desvaneció de sus ojos para ser reemplazada por la perplejidad. Abrió la boca pero, antes de que pudiera hablar, una gruesa gota de sangre brillante apareció en sus labios. El martillo cayó y repiqueteó sobre el suelo del hangar. Bajó la mirada hacia su cuerpo.

La hoja de una *assegai* masai salía tres palmos del centro de su pecho. Sacudió la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Luego sus piernas se combaron. Manyoro estaba parado cerca detrás de él, y cuando cayó, arrancó la hoja de donde la había clavado. El corazón del alemán todavía debía seguir latiendo pues una pequeña fuente de sangre brotaba de la herida abierta y se detuvo cuando Gustav murió.

León miró a Manyoro. Su mente hervía con locas conjeturas. Había visto a Manyoro por última vez hacía casi una semana en el monte Lonsonyo. ¿Cómo había llegado de manera tan afortunada? Entonces, vio que Loikot estaba con él y, antes de que pudiera detenerlo, había clavado su propia *assegai* en el cadáver inerte.

León se sintió dominado por el horror y el miedo. Sin importar las circunstancias en que había ocurrido, ellos habían matado a un hombre blanco. El castigo llegaría en forma de nudo de una horca. La administración de la colonia no podía permitirse tolerar un delito tan atroz en un país donde los blancos eran superados en cincuenta a uno por los miembros de las tribus. Iba a sentar un precedente demasiado peligroso. Con su mente trabajando a toda velocidad, León les preguntó a los dos masai:

—¿Cómo llegaron aquí?

—Cuando el soldado lo llevó de Lonsonyo, lo seguimos.

—Les debo la vida. El *Bula Matari* me habría matado, pero ustedes saben lo que les ocurrirá si la policía los atrapa.

—No importa —replicó Manyoro con dignidad—. Pueden hacer conmigo lo que quieran. Usted es mi hermano. No podía quedarme ahí mirando cómo lo mataba.

—¿Alguien más sabe que están en Nairobi? —preguntó León, y ellos sacudieron negativamente las cabezas—. Bien. Debemos actuar con rapidez.

Entre los tres envolvieron el cadáver de Gustav en una lona impermeable del depósito con un eje de cigüeñal de más de veinte kilos atado a los pies. Lo sujetaron con largos trozos de soga de cáñamo y luego lo llevaron al *Mariposa* para cargarlo en el dispositivo principal para bombas en el fuselaje. Siempre moviéndose con rapidez, pusieron en orden el hangar y se deshicieron de todo rastro de la pelea y del fuego. Sacaron los restos de los cajones de embalaje y los amontonaron en una pila de leña detrás del Club de Polo. Luego desparramaron tierra nueva sobre las manchas de sangre, la pisotearon y desparramaron aceite de motores en el lugar para ocultar la naturaleza de las manchas.

Si alguien preguntaba acerca de la desaparición de Gustav, se daría por supuesto que había huido para librarse del arresto y el encarcelamiento en un campo de concentración.

Cuando León quedó satisfecho de que habían ocultado hasta donde era posible todas las pruebas de lo ocurrido, sacaron al *Mariposa* del hangar y él subió a la cabina para empezar los procedimientos de puesta en marcha. Los dos masai estaban parados, listos para hacer girar las hélices. Entonces, se quedaron inmóviles mirando hacia la oscuridad de donde llegaba el ruido de un caballo a todo galope.

—¿La policía? —dijo León entre dientes—. Tengo el cadáver de un hombre asesinado a bordo. Esto podría significar un problema.

Contuvo la respiración y luego la soltó cuando Max Rosenthal salió de la noche y desmontó. Llevaba una mochila grande colgada en la espalda y se acercó corriendo a un lado del *Mariposa*.

—Usted prometió que me iba a ayudar —dijo con gesto de quien está aterrorizado y perseguido—. En la plaza de armas acaban de fusilar a tres alemanes acusados de ser espías. Señor Courtney, usted sabe que yo no soy un espía.

—No te preocupes, Max. Yo te sacaré de aquí —lo tranquilizó León—. ¡Sube a bordo!

Apenas arrancaron los motores, los dos masai treparon para unirse a Max en la cabina y con la luna en cuarto creciente para iluminarle el camino, León despegó y se dirigió al Sur, hacia la frontera con África Oriental Alemana. Tres horas después, la superficie plateada del lago Natron apareció adelante, brillando como un espejo a la luz de la luna.

León dejó que el *Mariposa* descendiera hasta que estuvieron casi rozando el agua. Voló hasta el centro antes de apretar la palanca que abrió el dispositivo de bombas, luego se asomó por un lado de la cabina para ver cómo el cuerpo envuelto en lona caía a plomo en las saladas y cáusticas aguas. Levantó una

lluvia de espuma blanca. Dio la vuelta en un círculo bajo, sobre la superficie, para asegurarse de que no estaba flotando, pero el lastre de metal lo había arrastrado y apenas si había algunas ondas a la vista.

Regresó hacia la orilla oriental. El lago Natron estaba atravesado por la frontera entre los territorios alemán y británico. En esa temporada seca del año, las playas quedaban a la vista, y como el agua era rica en sales cáusticas, se veían blancas y brillantes, con la sal muy dura y compacta. León pudo aterrizar con el *Mariposa* sin peligro en una de ellas. La dificultad estaba en decidir cuál de aquellas playas era la que más resistía. Hizo una pasada sobre una franja que parecía firme y dura, dio otra vuelta y bajó con suavidad. El *Mariposa* se estabilizó y empezó a disminuir la velocidad. Entonces, su corazón se sobresaltó cuando sintió que las ruedas atravesaban la corteza de sal para hundirse en el barro blando debajo. El avión se detuvo de manera tan repentina que todos fueron lanzados contra sus correas de seguridad.

León apagó los motores y bajaron a la playa. Una rápida inspección reveló que no había daños evidentes en el tren de aterrizaje ni en el fuselaje, pero las ruedas estaban sumergidas hasta el eje en el fango. León caminó en círculo alrededor del *Mariposa* para probar la superficie. Habían tenido la mala suerte de tropezar con un pequeño pozo de barro. Quince metros más adelante la tierra era firme, pero no había manera de que los cuatro hombres pudieran llevar la pesada máquina tan lejos.

—¿Dónde estamos, Manyoro?

Los dos masai consultaron entre sí antes de responder.

—Estamos en la tierra de los *Bula Matari*. A medio día de marcha para regresar a la frontera.

—¿Hay alemanes cerca?

Manyoro sacudió la cabeza.

—El puesto más cercano está en Longido. —Apuntó al Sudeste—. Les llevaría más de un día a los soldados llegar hasta aquí.

—¿Hay alguna aldea cerca donde podamos encontrar hombres para que nos ayuden?

—*Ndio, M'bogo*. A menos de una hora de marcha por la orilla desde aquí hay una gran aldea de pescadores.

—¿Tienen bueyes de tiro?

Manyoro consultó con Loiket y finalmente ambos asintieron con la cabeza.

—Sí. Es una aldea grande y el jefe es un hombre rico. Tiene muchos bueyes.

—Vayan a buscarlo, mis hermanos, tan rápido como puedan correr. Díganle que si trae algunos de sus bueyes para sacarnos del barro, haré que sea un hombre más rico todavía. Deben traer sogas también.

León y Max se sentaron en la cabina a esperar, pero densas nubes de mosquitos zumbaron alrededor de sus cabezas y los mantuvieron despiertos hasta

el amanecer. Por fin escucharon las voces y el mugir de los bueyes que venían desde la dirección en la que Manyoro y Loikot habían desaparecido. Luego apareció una multitud de personas y animales que se acercaba a ellos por la orilla. Manyoro iba a la cabeza, trotando mucho más adelante.

León saltó de la cabina y corrió a encontrarse con él.

—He traído muchos bueyes. —Manyoro sonreía por el logro obtenido cuando estuvieron juntos.

—Te felicito, Manyoro. Has hecho un trabajo de gran valor. ¿Trajeron sogas? —preguntó León.

La sonrisa de Manyoro se desvaneció.

—Sólo trozos cortos de cuero, que no van más allá del pozo de barro hasta nuestro *indege* —admitió. Trató de mostrarse apesadumbrado, pero León había visto el centelleo en sus ojos.

—Un hombre tan sabio como tú debe de haber pensado en otro plan —dijo León.

Manyoro ofreció la más deslumbrante de sus sonrisas.

—¿Qué me has traído, hermano?

—¡Redes de pescadores! —gritó y se desarmó en un vendaval de risitas divertidas.

—Ésa es una muy buena broma —comentó León—, pero dime la verdad ahora.

—Ésa es la verdad. —Manyoro se tambaleó relajado sin poder contener su regocijo—. Ya lo verá, *M'bogo*, ya lo verá, y luego usted me felicitará todavía más.

Los treinta y seis bueyes eran arreados por la orilla del lago por varios cientos de pescadores, con sus mujeres y niños. En el lomo de cada buey había un enorme bulto de algún material amorfo atado con correas. Bajo la supervisión severa de Manyoro y Loikot, los bultos fueron descargados y colocados en la playa. Cuando los desenrollaron, resultaron ser redes tejidas a mano de sesenta metros de largo. Las mallas tenían poco más de tres centímetros de ancho y los nudos eran prolijos y firmes. León estiró una parte sobre sus hombros y trató con toda su fuerza de romperla. Los aldeanos bailaron y aullaron cuando se puso rojo con sus esfuerzos vanos.

—¡Miren su cara! —se decían unos a otros—. Está del color de las carúnculas del pavo. Nuestras redes son las más finas y más fuertes de este país. Ni siquiera los cocodrilos más grandes pueden romperlas.

Las redes fueron colocadas, unidas, y luego enroscadas con sumo cuidado para formar un largo y voluminoso cabo de unos sesenta o setenta centímetros de diámetro, más grueso y más pesado que los cabos de amarre de un barco de gran porte. Grupos de lugareños llevaron un extremo hasta donde estaba el *Mariposa*, con sus alas inclinadas en un ángulo de abandono y desolación. León

envolvió el extremo sobre el tren de aterrizaje y lo aseguró con las correas de cuero que los aldeanos trajeron con las redes. Los grupos de bueyes fueron llevados hasta el borde del barro y atados al extremo del grueso cabo. León, Max y los dos masai tomaron sus puestos en cada una de las puntas de las alas del *Mariposa* para impedir que se balanceara y se hundieran en el barro. Luego, con los gritos de estímulo de los que miraban y los estallidos de los látigos de los conductores, los bueyes tiraron. El cabo se alzó del barro y salió tirante y firme. Durante un minuto nada más ocurrió, pero luego, poco a poco, las ruedas del tren de aterrizaje salieron del barro y el *Mariposa* se movió hacia terreno seco.

Cuando la histeria del festejo y las congratulaciones mutuas amainó, León le dio al jefe de la aldea un regalo generoso, suficiente para comprar varios bueyes más. Luego se despidió de Max y lo vio iniciar alegremente el viaje hasta el puesto alemán de policía en Longido, con su mochila a la espalda. Apenas desapareció en la maleza, León y los masai pusieron en marcha los motores del *Mariposa* y subieron a la cabina. Cuando estuvieron en el aire, León giró hacia el Norte, rumbo a Nairobi.



Los días siguientes fueron de febril actividad para León, que debió presentarse ante lord Delamere para asumir su nuevo cargo de oficial de inteligencia y coordinación de milord. A pesar de toda esta distracción, Eva nunca estaba lejos de su mente. Su imagen aparecía de manera inesperada para obsesionarlo en cualquier momento del día.

Cuando Penrod partió rumbo a su nuevo puesto en Egipto, León estaba en la estación del ferrocarril para despedirlo. Su relación se había enfriado notablemente desde que Eva se había interpuesto entre ellos. A último momento, mientras estaban parados en el andén del ferrocarril y el maquinista hizo sonar su silbato, León no pudo contenerse. Una vez más le preguntó a su tío si había alguna manera en la que pudiera ponerse en contacto con Eva ahora que Alemania y Gran Bretaña estaban en guerra y todos los canales normales de comunicación habían sido cerrados.

—Debes olvidarte de esa joven. Ya he sacado las papas del fuego por ti una



vez y no quiero verme forzado a hacerlo de nuevo. Ella sólo te traerá problemas y desengaños —respondió Penrod y subió a la plataforma de su vagón—. Le daré tus cariños a tu tía. Eso la complacerá.

Casi una semana después, León salía de las oficinas de lord Delamere en el edificio del Banco Barclays y, cuando atravesó las puertas principales para llegar a la calle, sintió que una pequeña y blanda manito le apretaba la suya. Sobresaltado, miró hacia abajo para ver los inmensos ojos oscuros de uno de los querubines de Vilabjhi.

—¡Latika! ¡Mi dulce bombón! —la saludó.

—Usted recuerda mi nombre —exclamó encantada.

—Por supuesto que lo recuerdo. Somos amigos, ¿no?

Sólo entonces ella recordó su mandato. Puso un pequeño cuadrado de papel plegado en su mano.

—Mi papá me dijo que le entregara esto.

León lo desdobló y leyó rápidamente: « Debo hablar con usted. Latika puede traerlo a mi emporio tan pronto como pueda venir. Firmado por el señor Goolam Vilabjhi » .

Latika le tironeaba la mano y él dejó que ella lo llevara hasta donde estaba su caballo atado a un poste en la calle. Montó y luego se inclinó desde la silla para tomar a la niña por debajo de sus axilas y ponerla detrás de él. Ella se agarró de su cintura y recorrieron toda la calle con Latika chillando y sacudiéndose fascinada.

Cuando entraron en la tienda del señor Vilabjhi, León vio que el pequeño santuario dedicado a él había sido mantenido cuidadosamente y se le habían agregado más recuerdos de su vida: fotografías de él con ropa de vuelo y artículos de periódicos sobre el día al aire libre en el campo de polo.

El señor Vilabjhi salió corriendo de la parte trasera del lugar para darle la bienvenida, y su esposa trajo una bandeja con café árabe muy fuerte y frutas confitadas. La mujer era seguida por todas sus hijas, pero antes de que pudieran entrar, su padre las echó con gritos cariñosos de « ¡Váyanse, perversos y ruidosos personajes de sexo femenino! ». Cerró la puerta detrás de ellas. Entonces, se volvió hacia León.

—Tengo un asunto muy urgente y agobiante sobre el que suplico me dé su sabio consejo.

León bebió el café y esperó que él continuara.

—Sin ningún lugar a duda, usted sabe que su tío, el eminente *sahib* general de división Ballantyne, me pidió que recibiera los mensajes de la encantadora *memsahib* Von Wellberg para él y los enviara a la autoridad correspondiente. — Miró a León con curiosidad.

León estaba a punto de negar todo conocimiento de este arreglo, pero luego se dio cuenta de que eso sería un error, de modo que asintió con la cabeza.

—Por supuesto —coincidió, y el señor Vilabjhi se mostró aliviado.

—La razón por la que el general me escogió a mí es que tengo una sobrina que vive con su marido en Altnau, una pequeña ciudad de Suiza, en la orilla norte del lago Bodensee. Al otro lado del lago está la ciudad de Wieskirche, en Baviera. Allí es donde está el castillo del conde alemán y también la fábrica principal de los Talleres Meerbach Motor. Allí es también donde vive la *memsahib* Von Wellberg. —El señor Vilabjhi lo había dicho con gran delicadeza—. Mi sobrina trabaja en la compañía suiza de telegramas. Su marido tiene un pequeño barco pesquero en el lago. La orilla no está demasiado custodiada por los atroces alemanes, así que es fácil que crucen el agua por la noche y recojan cualquier mensaje en Wieskirche para luego regresar a su casa y telegrafíarmelo a mí. Yo se lo llevo al general Ballantyne. Pero ahora el estimado general se ha ido. Antes de partir me dijo que debía entregar cualquier mensaje que llegara al hombre que ocupa su lugar en el cuartel general de los RAR.

—Sí. El coronel Snell —confirmó León con toda tranquilidad, aunque su corazón latía a toda velocidad ante la posibilidad de tener mensajes que venían directamente de Eva.

—Ah, por supuesto le estoy diciendo algo que es bien sabido por usted. Sin embargo, algo terrible ha ocurrido. —El señor Vilabjhi se interrumpió y dio vuelta sus ojos con gesto trágico.

El temor hizo que el corazón de León se helara.

—¿Algo le ha ocurrido a la *memsahib* Von Wellberg? —preguntó.

—No, no, de ninguna manera. Nada le ha ocurrido a la *memsahib*, sino que algo me ha ocurrido a mí. Después de la partida del general, tomé el primer despacho de mi sobrina y lo llevé a la oficina del coronel Snell. Ahí me enteré en términos absolutamente claros de que ese hombre es un enemigo del general. Ahora que ha partido hacia Egipto, Snell no va a continuar ni promover ninguna empresa iniciada por su amable y honorable pariente. Creo que eso se debe a que cualquier elogio o éxito que de ello se siga, sólo va a contribuir a favorecer al general, más que a Snell mismo. También parece que él sabe que usted y yo somos amigos, y él lo considera a usted un enemigo. Él sabía que, si me insultaba y cuestionaba mi veracidad, lo estaría atacando a usted. Me echó con palabras severas. —El señor Vilabjhi hizo una pausa. Era obvio que había sido profundamente lastimado en su encuentro con Snell. Luego continuó amargamente—. Me llamó «negro adorador del demonio» y me dijo que no regresara a verlo con mis tonterías acerca de despachos secretos. —Brotaron lágrimas de sus ojos oscuros—. Estoy al borde de mi resistencia y tolerancia. No sé qué hacer; por eso lo consulto a usted.

León se frotó la barbilla pensativamente. Su mente se movía a gran velocidad. Sabía que si quería volver a ver alguna vez a Eva, necesitaba al señor Vilabjhi como su aliado. Escogió sus palabras cuidadosamente.

—Usted y yo somos leales súbditos del rey Jorge V, ¿no?

—Efectivamente, lo somos, *sahib*.

—Si ese hombre detestable, Snell, es un traidor, usted y yo no lo somos.

—¡No! ¡Nunca! Somos verdaderos y decididos ingleses.

—En nombre de nuestro soberano, tenemos que tomar sobre nosotros la responsabilidad de esta empresa, sacándola de las manos de Snell, y conducirla a una victoriosa conclusión. —León había seguido con el estilo de floridas frases del señor Vilabjhi.

—¡Me regocija escuchar palabras tan sabias, *sahib*! Eso era lo que yo esperaba que usted dijera.

—Primero, usted y yo debemos leer el mensaje que Snell rechazó. ¿Lo ha guardado en su caja de seguridad?

Vilabjhi se levantó de un salto de su escritorio y fue a la caja fuerte de hierro en la pared. Sacó un enorme libro de contabilidad encuadernado en cuero rojo. Metido debajo de la tapa de atrás había uno de los característicos sobres de la Oficina Postal. Se lo dio a León. La solapa estaba cerrada.

—¿Usted no lo abrió?

—Por supuesto que no. Esto no tiene nada que ver conmigo.

—Pues bien, ahora sí —le dijo León, y abrió el sobre con la uña del dedo pulgar. Sacó una hoja de papel marrón doblada. Las manos le temblaban de la emoción cuando la desdobló y estiró sobre el escritorio. Entonces, quedó consternado. Estaba cubierto de filas y columnas de números, ninguna letra.

—¡Maldito sea! Está en clave —se lamentó—. ¿Tiene usted la clave?

El señor Vilabjhi sacudió la cabeza.

—Pero, por supuesto, usted sabe cómo enviar una respuesta, ¿no?

—Por supuesto. Organicé el enlace con la *memsahib* a través de mi sobrina.



Eva bajó corriendo pero delicadamente la magnífica escalera de mármol del *Schloss*. Sus botas de montar no hicieron ruido sobre los escalones alfombrados. Las paredes tapizadas en madera estaban cubiertas con retratos pintados de los antepasados de Otto a lo largo de los siglos y había armaduras en cada descanso.

Al principio había encontrado que el estilo arquitectónico y los pesados muebles eran deprimentes, pero ya no les prestaba ninguna atención. Al llegar al descanso más bajo, escuchó voces que subían por el hueco de la escalera. Se detuvo a escuchar.

Otto estaba conversando con al menos otros dos hombres y pudo reconocer la voz de Alfred Lutz, el comodoro de su flota de dirigibles, y la de Hans Ritter, el navegante principal, que parecía estar discutiendo con el *Graf*.

El tono de Otto era fuerte e intimidante. Desde que había sido atacado por el león, su estilo antes dominante se había vuelto cada vez más autoritario. Eva pensó que Ritter ya debía haberlo sabido y que debía tener más cuidado para no provocarlo.

—Partiremos de Wieskirche y volaremos sobre Bulgaria y Turquía; luego iremos a la Mesopotamia, donde nuestro ejército ya está ocupando la parte norte del país. Aterrizaremos allí para llenar nuestros tanques con combustible, aceite y agua. De allí pasaremos a Damasco, luego al otro lado del Mar Rojo, hasta el valle del Nilo, Kartum y el Sudán.

Parecía que Otto estaba ilustrando su conferencia a Lutz y Ritter sobre el mapa a gran escala colocado en la pared del fondo de la biblioteca.

Continuó:

—Del Sudán cruzaremos los grandes lagos africanos y volaremos sobre el valle del Rift a Arusha, donde Schnee y Von Lettow Vorbeck mantienen depósitos de combustible y aceite para nosotros. De allí, vamos al lago Nyasa y a Rodesia. Observaremos absoluto silencio de radio hasta que estemos sobre el Kalahari central. Sólo entonces nos pondremos en contacto con Koos de la Rey por radio a nuestra estación repetidora en Walvis Bay, en la costa occidental de África.

Eva sintió una profunda sensación de haber logrado algo. Ésta era la información más importante y fundamental que hasta ese momento había podido descubrir. En ese instante supo exactamente cómo Otto pensaba enviar el cargamento de armas y oro acuñado para los rebeldes sudafricanos. Penrod había sugerido que iba a ser enviado en submarino hasta alguna playa no habitada de la costa occidental de Sudáfrica. Nadie había pensado en un dirigible. Pero en ese momento ella tenía el plan completo, e incluso una descripción precisa de la ruta que Otto iba a seguir en el continente africano. Con esta información le daba a Penrod Ballantyne todo lo que necesitaba, salvo la fecha en que el viaje iba a comenzar.

Se sobresaltó cuando escuchó las puertas de la biblioteca que se abrían, y las voces fueron fuertes y más claras. Ruidos de pasos le advirtieron que Otto y sus aviadores estaban saliendo hacia el salón. No debía ser encontrada escuchando a escondidas. Corrió escaleras abajo el último tramo, sin hacer el menor intento de cubrir el ruido de sus pasos. Los hombres estaban parados en grupo en el centro del salón. Los pilotos la saludaron respetuosamente y el rostro de Otto brilló de

placer.

—¿Vas dar un paseo a caballo? —le preguntó.

—Le dije al cocinero que iría a Friedrichshafen a ver si la anciana del mercado tiene algunas trufas negras para tu cena. Sé lo mucho que te gustan. ¿No te molesta si te dejo por unas horas, Otto? A mi regreso podría detenerme a dibujar una vista del lago.

—De ninguna manera, mi querida. De todos modos, voy a la fábrica con Lutz y Ritter a controlar el armado final del nuevo dirigible. Podría estar fuera por un largo rato. Probablemente almorzaré con el comodoro Lutz en el comedor de los gerentes. Pero no hagas planes para la semana que viene.

—¿Estás ya casi listo para hacer volar el dirigible? —Aplaudió con fingido entusiasmo.

—Tal vez sí, tal vez no —bromeó, con humor denso—. Pero me gustaría que estuvieras ahí cuando lo saquemos del hangar para su vuelo de bautismo. Creo que lo encontrarás sumamente excitante. —Levantó su brazo izquierdo y abrió con un clic los dedos de metal de la prótesis que estaba colocada sobre el muñón. Puso un cigarro cubano en las garras del apéndice de metal y lo sostuvo en su lugar con una torsión lateral de su muñeca. Luego lo levantó y colocó la punta entre sus labios. Lutz encendió un Vesta y se lo sostuvo hasta que echó nubes de humo.

Eva sofocó un escalofrío de inquietud. La mano artificial la asustaba. Había sido hecha para Otto por los ingenieros en su fábrica, siguiendo los propios diseños del conde. Era un aparato extraordinario con el que ya había desarrollado una destreza alarmante. Podía tomar la botella entre los dedos de acero y servir el vino a sus invitados a cenar sin derramar una sola gota, podía también abotonarse la chaqueta, cepillarse los dientes, repartir las cartas y atarse los cordones de los zapatos.

Había creado también otros varios accesorios para reemplazar el pulgar y el índice, entre los cuales había una selección de cuchillos de lucha, un agarre para el palo de polo y un apoyo para sostener firme el guardamano de un rifle mientras él apuntaba el arma con su acostumbrada precisión. Sin embargo, lo más formidable de todo era una maza de combate con puntas. Con esta terrible maza en lugar de su mano, Otto podía golpear una pesada viga de roble y convertirla en astillas. Ella lo había visto poner fin al sufrimiento de un caballo con una pata quebrada dándole un golpe que le había aplastado el cráneo.

Otto la besó y luego llevó a sus invitados hasta la puerta de entrada del *Schloss*. Subieron a un automóvil Meerbach negro brillante. Otto despidió al chofer, tomó el volante con su puño de acero y salieron rugiendo hacia la fábrica. Eva lo saludó con la mano hasta que se perdió de vista. Luego, con un suspiro de alivio, corrió al área de servicio, donde uno de los mozos de cuadra sujetaba a su yegua favorita. Apenas perdió de vista al *Schloss* taloneó a la yegua

en los flancos y la instó a un veloz galope por el sendero en el bosque hacia el lago. Estos paseos solitarios eran el único escape del viejo y sombrío castillo y de Otto.

Desde que había conocido a León, se le había hecho casi imposible mantener su papel cuidadosamente ensayado de la dedicada y amorosa amante del *Graf*, así como satisfacer sus interminables demandas físicas. Había noches en que, con su cuerpo musculoso desnudo golpeando sobre el suyo —su carne marcada con todas aquellas cicatrices rojas y vividas infligidas por las garras del león, su rostro hinchado y encendido por la pasión, el sudor de él goteando sobre la cara de ella—, Eva apenas si podía evitar clavarle las uñas en sus ojos nublados por la pasión para arrojarle fuera de la gran cama imperial. No podía continuar mucho más tiempo antes de que cometiera un error y él descubriera que había sido engañado. Cuando lo descubriera, su venganza sería despiadada. Ella tenía miedo y anhelaba estar a salvo en los brazos de León, protegida por su amor. No había un momento de su existencia en que no lo extrañara.

—Lo amo pero sé que nunca más lo volveré a ver —susurró, y las lágrimas volaron hacia atrás por sobre sus mejillas con la velocidad del galope de la yegua. Por fin llegaron al lugar de su paisaje favorito, frente al lago Bodensee, con las cimas cubiertas de nieve de los Alpes suizos en el otro lado. Se detuvo en aquella altura del terreno, se secó las lágrimas y miró por sobre las aguas azules. Había muchas velas a la vista, pero ella fijó su atención en un diminuto barco pesquero, que navegaba con el viento a favor bajo la vela mayor y el foque recogidos. Un hombre estaba apoyado perezosamente sobre la caña del timón en popa, y una muchacha de piel oscura con un vestido muy colorido, sentada con las piernas cruzadas en la cubierta de proa. Con una expresión inescrutable, miraba por sobre el agua hacia donde estaba Eva. Aunque se conocían bien, nunca habían hablado, y esto era lo más cerca que jamás habían estado de un verdadero encuentro. Eva no sabía su nombre. Su relación había sido arreglada por Penrod Ballantyne y el señor Goolam Vilabjhi.

La muchacha giró la cabeza y dijo algo al hombre en la popa. Éste puso la caña del timón desde lo alto y clavó con tachuelas el barco pesquero. Cuando comenzó a virar a través del viento, el banderín azul en el palo mayor se desplegó y flameó. Era la señal de que había un mensaje para Eva. El bote viró por la banda de estribor y puso proa a la orilla suiza del lago.

Eva se sintió aliviada. Durante las semanas anteriores había estado esperando una respuesta a su último mensaje para Penrod en Nairobi. Su silencio la había hecho sentir aún más vulnerable. Aunque todavía estaba resentida porque la había separado de León, Penrod era el único aliado que ella tenía en todo su solitario mundo. Recogió las riendas y trotó con la yegua a lo largo de la orilla en dirección a Friedrichshafen. La propiedad de Meerbach se extendía por más de treinta kilómetros.

En un punto más adelante, un bosquecillo llegaba hasta el borde del agua. Los árboles marcaban la unión del lago con el muro que servía de límite. Cuando llegó a ese punto, desmontó y abrió la puerta que había allí. El muro era una construcción sólida de bloques de piedras sin mortero. Otto se había jactado ante ella de que había sido construido originariamente por los legionarios romanos de Tiberio. Ató la yegua a la puerta, trepó por los bloques de piedra y, con su bloc de dibujo abierto en su regazo, miró a su alrededor como si estuviera admirando el paisaje.

Cuando estuvo segura de que nadie la observaba, estiró la mano hacia abajo con toda tranquilidad y levantó una piedra cubierta de musgo para sacarla de su lugar. En el hueco debajo de ella, había una hoja doblada de delgado papel de arroz que la muchacha de piel oscura había puesto allí para ella.

Eva volvió a poner cuidadosamente la piedra en su lugar antes de desdoblar el papel. Le alarmó que el texto estuviera escrito en lengua común, no cifrada. Su primer pensamiento fue que le habían tendido una trampa. Rápidamente leyó los dos renglones de texto, luego abrió la boca en expresión de asombro. «El tío se fue. Qué código usa, pregunta Tejón».

La alegría la invadió.

—¡Tejón! —exclamó—. Mi querido Tejón, me has encontrado.

Aunque los separaba medio mundo, ella supo que ya no estaba totalmente sola. Saber eso la fortaleció y consoló su corazón herido. Puso el trozo de papel de arroz en su boca, lo masticó y lo tragó. Entonces, luchando por controlar sus emociones cada vez más intensas, empezó un bosquejo de la costa del lago con el chapitel de Wieskirche en el fondo. Finalmente, segura de que Otto no había enviado a ninguno de sus hombres para espiarla, arrancó una tira pequeña del pie del bloc y escribió en claras mayúsculas: DICCIONARIO INGLÉS MACMILLAN EDICIÓN JULIO 1908 PUNTO PRIMER GRUPO DE NÚMEROS ES PÁGINA PUNTO SEGUNDO GRUPO DE NÚMEROS ES COLUMNA PUNTO ÚLTIMO GRUPO DE NÚMEROS ES PALABRA DESDE ARRIBA PUNTO. Se detuvo para buscar palabras que expresaran sus sentimientos de manera adecuada. Finalmente escribió: «ESTÁS EN MI CORAZÓN PARA SIEMPRE». No añadió firma.

Dobló el papel y lo puso cuidadosamente en el hueco debajo de la piedra del muro. La muchacha del otro lado del lago vendría por él después del anochecer. Se lo transmitiría al señor Goolam Vilabjhi y para el día siguiente a la noche Tejón lo iba a estar leyendo en Nairobi. Permaneció sentada durante un largo rato más, inclinada sobre el bloc de dibujo, fingiendo dibujar, pero su espíritu burbujeaba como una botella de champña Dom Perignon recién abierta.

—Regresar a África y al hombre que amo. Eso es lo único que deseo. Por favor, Dios querido, ten piedad de mí —rogó en voz alta.



León pasó la mañana en reunión con Hugh Delamere y sus otros oficiales. El pequeño hombre se había dedicado por completo a la formación y el entrenamiento de su pequeña fuerza. Ya había reclutado a más de doscientos hombres y los había equipado y provisto de caballos de su propio bolsillo. Delamere era famoso en toda la colonia por su energía y su entusiasmo, pero seguirle el ritmo era agotador. Le había tomado a Delamere menos de dos semanas presionar y seducir al regimiento hasta dejarlo listo para una campaña. Ya quería enfrentar a un enemigo y para que le encontrara uno había recurrido a León.

—Usted es el único piloto que tenemos, Courtney. Nuestra frontera con los hunos es larga y la selva es espesa. Estoy de acuerdo con usted en que la mejor manera de mantener un ojo abierto para los movimientos de Von Lettow y sus *askaris* es desde el aire. Usted tiene ese trabajo. Mi conjetura es que tratará de llegar a Nairobi con marchas forzadas por el valle del Rift desde la base principal alemana en Arusha. Quiero que usted haga vuelos de patrullaje y reconocimiento regulares desde el campamento Percy. También sé que tiene una red de *chungaji* masai para la vigilancia de los elefantes que entren en su área. Usted debería hacerles saber a sus muchachos que, por el momento, estamos más interesados en los hunos que en el marfil.

Para el mediodía, la libreta de anotaciones de León estaba medio llena con las órdenes e instrucciones de milord. Delamere despidió a sus oficiales para la hora del almuerzo con la orden de regresar luego a las catorce. Milord disfrutaba de su almuerzo y de su siesta, de modo que dos horas eran tiempo suficiente para ir al club para un almuerzo ligero y regresar otra vez antes de que Delamere lo hiciera azotar. Pero apenas salió a la calle, Latika lo estaba esperando junto al poste para atar caballos delante del banco. Le estaba dando al suyo terrones de azúcar, cosa que a ambos les gustaba mucho.

—Hola, Bombón. ¿Viniste a visitarme a mí o a mi caballo?

—Mi papá me envió para darle esto. —Sacó un sobre cerrado de papel oscuro del bolsillo del delantal y se lo dio. Observó la cara de él cuando lo abrió y leyó el telegrama—. ¿Es una carta de alguien que lo ama? —preguntó con



nostalgia.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Usted también la ama?

—Sí, mucho.

—No olvide que yo también lo amo —susurró y él se dio cuenta de que estaba al borde de las lágrimas.

—Entonces, no te molestará que te lleve a tu casa en mi caballo, ¿no?

Latika sorbió sus lágrimas y olvidó a su potencial rival. Montada detrás de él, parloteó alegremente todo el camino hasta la tienda del padre.

El señor Goolam Vilabjhi salió a la vereda para saludarlos.

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido! La señora Vilabjhi está sirviendo su mundialmente famoso curry de pollo y arroz azafranado para el almuerzo. Se enojará y se pondrá triste si usted no lo prueba con nosotros.

Mientras la señora Vilabjhi y sus hijas daban los últimos toques a la mesa para el almuerzo, León se paró delante de la estantería de libros para recorrer con la vista aquellos volúmenes. Luego dejó escapar un gruñido de satisfacción y tomó un ejemplar del diccionario de inglés Macmillan del estante superior.

—¿Puede prestarme esto por un tiempo? —preguntó.

El señor Vilabjhi se tocó un lado de la nariz con un dedo y le dirigió una mirada cómplice.

—El general Ballantyne tenía un ejemplar de ese libro sobre su escritorio. Era lo primero que tomaba cada vez que yo le llevaba un telegrama de Suiza. Tal vez *memsahib* Von Wellberg le ha enviado la clave. —En ese momento se cubrió ambas orejas con las manos y dijo—: Pero no me lo diga. Yo soy como el mono que no escucha el mal. Nosotros, los agentes secretos, debemos ser discretos siempre.

El curry estaba exquisito, pero León, ansioso por escribir su respuesta a Eva, apenas lo saboreó. En cuanto las niñas levantaron los platos vacíos, se encerró en la oficina del señor Vilabjhi y a los veinte minutos había ya codificado un mensaje para enviarle a Eva.

Comenzaba con una ferviente manifestación de su amor, luego le explicaba la ausencia de Penrod y continuaba: «Con mi tío transferido a El Cairo he quedado a oscuras punto necesito toda la información que tengas punto mi amor eterno punto Tejón».

Cuatro días después recibió la respuesta de Eva. Se sentó en la oficina del señor Vilabjhi y usó el diccionario para descifrarlo. Le contaba brevemente la información que había recogido durante la rápida visita con Otto y Hennie al territorio alemán en África para encontrarse con Von Lettow Vorbeck y Koos de la Rey. Explicó el plan para levantar una rebelión en Sudáfrica cuando comenzara la guerra, y agregaba una lista de los materiales y depósitos que De la Rey había solicitado y que el *Graf* Otto había prometido entregar.

Cuando leyó el inventario León silbó suavemente.

—¡Cinco millones de marcos alemanes en monedas de oro! Eso equivale casi a dos millones de libras esterlinas. Lo suficiente para comprar todo el maldito continente africano, no sólo la punta.

Se echó hacia atrás sentado en la silla del señor Vilabjhi y reflexionó acerca de la posibilidad de que un plan tan audaz diera resultado. Recordó el enojo y la amargura que dominaban a Hennie du Rand y pensó. « Hay cien mil otros bóers exactamente como él, soldados entrenados y endurecidos en la lucha. Si contaran con los medios necesarios, podían apoderarse de todo el país en pocos días. Maldición, el plan podría muy bien dar resultado. Pero ¿existe alguna manera en que nosotros podamos impedirlo?»

El señor Goolam Vilabjhi apareció en la puerta.

—Acaba de llegar otro mensaje. —Se acercó al escritorio y colocó el sobre delante de León.

Trabajó rápido con el diccionario y luego se reclinó en su silla. « ¡Dirigible! No por barco sino por un maldito y enorme dirigible, y mi adorada pequeña ha descubierto la ruta exacta que seguirán. Sólo falta que ella pueda decirnos cuándo planean venir» .



Cuando el grupo de huéspedes terminó el desayuno, el *Graf Otto* lo condujo fuera del *Schloss* por la escalinata hasta donde esperaban cinco enormes limusinas negras Meerbach. Había cinco oficiales de alto rango de la Oficina de Guerra en Berlín, todos acompañados de sus esposas. Las mujeres estaban vestidas como para ir a las carreras, con sombrillas y sombreros cubiertos de plumas; los hombres, en uniforme de gala, con espadas colgadas de sus cinturones, y las pecheras brillando con medallas y órdenes de caballería cubiertas de diamantes. La etiqueta era tan estrictamente observada que se requirió algún tiempo para hacerlos subir a los vehículos sin infringir el orden militar de precedencia, y finalmente Eva se ubicó en el tercer automóvil. Sus compañeros eran un almirante de la flota y su enorme esposa con aspecto de caballo.

Era un viaje en coche de veinte minutos hasta la fábrica principal de

Meerbach, y cuando se acercaban al ingreso principal en medio del alto alambre de púa que la rodeaba, el *Graf Otto*, al volante de la primera limusina, tocó la bocina. Las puertas se abrieron y los guardias presentaron armas para mantenerse rígidamente en atención hasta que pasara todo el convoy.

Ésa era la primera visita de Eva a la ciudadela en el centro del imperio de la ingeniería de Meerbach, que se extendía sobre un área de casi doce kilómetros cuadrados. Las calles estaban pavimentadas con adoquines, y en la plaza delante de las oficinas centrales de la administración, una espléndida fuente de mármol arrojaba agua a quince metros de altura. Los tres cobertizos que alojaban la flota de dirigibles estaban en la esquina más alejada del complejo. Ella no estaba preparada para tan enorme tamaño. Se veían tan altos y espaciosos como catedrales góticas.

El tiempo era encantador, soleado y tibio cuando el grupo se apeó delante de las altas puertas corredizas del edificio central y se dirigieron a la hilera de sillones preparados para ellos debajo de amplias sombrillas, todas con el escudo de armas de la casa de Meerbach. Cuando se sentaron, tres camareros con chaquetas blancas se acercaron a ellos con bandejas de plata donde llevaban copas de cristal llenas de champaña. Cuando todos tuvieron su copa en la mano, el *Graf Otto* subió al estrado y pronunció un breve pero significativo discurso de bienvenida. Luego pasó a exponer su propia visión del papel que sus dirigibles estaban destinados a desempeñar en los fatídicos años por venir.

—La capacidad de permanecer en el aire por largos períodos es su principal atributo. Los vuelos sin escalas sobre el océano Atlántico están ya fácilmente al alcance de nuestras manos. Uno de mis dirigibles cargado con pasajeros o incluso con una carga de ciento veinte toneladas de bombas podría despegar de Alemania y estar sobre la ciudad de Nueva York en menos de tres días. Podría regresar sin tener que reabastecerse de combustible. Las posibilidades son sorprendentes. Los observadores podrían permanecer sobre el Canal de la Mancha durante semanas enteras, vigilando a la flota enemiga e informando por radio a Berlín sobre su posición.

Era un vendedor demasiado astuto como para aburrir a su audiencia —la mitad de la cual estaba compuesta por mujeres—, con demasiados detalles técnicos. Los trazos de sus descripciones eran gruesos; sus pinceladas, vividas y coloridas. Eva sabía que su discurso iba a durar siete minutos, tiempo que, según él había calculado hacía mucho, constituía el lapso máximo de atención del oyente común. Sin que nadie se diera cuenta, ella controló el tiempo con su reloj de pulsera de oro y diamantes. Se equivocó sólo por cuarenta segundos.

—Amigos míos y distinguidos invitados. —Se volvió hacia las puertas gigantescas del cobertizo y abrió los brazos como un director de orquesta para concentrar la atención de los músicos—. ¡Les presento al *Assegai*.

Pesadamente, las puertas se fueron abriendo despacio para revelar una vista

magnífica. Los invitados se pusieron de pie y aplaudieron espontáneamente, con las cabezas echadas hacia atrás para mirar al monstruo de 33 metros de altura que llenaba el cobertizo de pared a pared y desde el piso hasta llegar a menos de sesenta centímetros del alto techo. Pintado sobre la trompa en letras color escarlata de tres metros de altura se leía *Atsegai*. El *Graf Otto* lo había elegido para conmemorar su cacería del león en África. El dirigible había sido cuidadosamente «balanceado» para que el empuje de sus cámaras de gas llenas de hidrógeno equilibrara exactamente los 75.000 kilos de peso muerto del casco. Los espectadores quedaron sorprendidos y con la boca abierta cuando diez hombres lo arrastraron con el soporte a lo largo de la quilla, sobre la que descansaba cuando estaba en tierra. Se veían pequeños al lado del tamaño del aparato, diminutos como hormigas llevando el cuerpo muerto de una gigantesca medusa.

Lentamente, lo sacaron por las altas puertas a la luz del sol, que se reflejó en su recubrimiento generando un deslumbrante resplandor. Poco a poco todo su casco quedó a la vista. Quienes lo arrastraban maniobraron con él hasta la fuerte torre de amarre en el centro del campo y lo ataron a ella por la trompa. Y allí quedó, con su verdadero tamaño a la vista. Era dos veces más largo que un campo de fútbol: 240 metros de longitud de proa a popa. Sus cuatro enormes motores rotativos Meerbach estaban alojados en góndolas con forma de bote que colgaban de brazos de acero por debajo de la quilla. Se podía llegar a ellos desde la cabina principal por la escalerilla central, que corría a lo largo de todo el dirigible. Había dos debajo de la proa y los otros dos estaban en la popa, donde podían ayudar a conducir la embarcación en vuelo. Había una escalerilla debajo de cada brazo de suspensión por la que el mecánico de turno podía descender desde la escalerilla central para ocupar su puesto junto al motor, sea para mantenimiento o para responder a las señales telegráficas desde el puente y hacer cambios a los ajustes de potencia. Las hélices estaban hechas de madera laminada y los bordes anteriores de las seis pesadas paletas se hallaban recubiertos de cobre.

La quilla actuaba como un conducto a lo largo del casco para el pasaje de la tripulación, o para que el combustible, el aceite de lubricación, el hidrógeno y el agua fueran llevados por tuberías a donde se los necesitara. En vuelo, la estabilidad del dirigible podía ser ajustada bombeando la carga líquida hacia la proa o hacia la popa.

La cabina de control estaba bien adelante debajo de la trompa. Desde allí, el dirigible era conducido por el capitán y el navegante. El largo compartimiento para pasajeros y los depósitos para la carga colgaban debajo del centro, donde su peso era distribuido de manera uniforme.

Después de haberles dado tiempo para admirar su creación, el *Graf Otto* los invitó a abordarlo y se reunieron en el lujoso salón. Ventanas de observación de

vidrio recorrían todas sus paredes exteriores. Los invitados estaban sentados en poltronas tapizadas en cuero y los auxiliares de vuelo servían más champaña mientras se dividían en tres grupos distintos. Luego el *Graf Otto*, Lutz y Ritter lo condujeron en una visita guiada, señalando las características principales y respondiendo a preguntas. Regresaron al salón principal para un almuerzo de otras, caviar y salmón ahumado, acompañado por más champaña.

Cuando terminaron de comer, el *Graf Otto* preguntó jovialmente:

—¿Quién de ustedes ya ha volado?

Eva fue la única que levantó la mano.

—¡Ah, bien! —Se rio—. Hoy haremos que eso cambie. —Miró a Lutz—. Capitán, por favor, lleve a nuestros honorables invitados a un pequeño vuelo sobre el Bodensee.

Todos se amontonaron sobre las ventanas de observación, parlotando y riéndose como niños cuando Lutz puso en marcha los motores. El *Assegai* pareció cobrar vida y se estremeció ansioso en sus amarras. Luego quedó en el aire suavemente y su enganche con la torre de amarre se soltó.

Lutz los llevó hasta Friedrichshafen y luego, de regreso al centro del lago. El agua era de un mágico tono de azul, y la nieve y los glaciares de los Alpes suizos brillaban a la luz del sol.

Luego el dirigible regresó a la fábrica en Wieskirche y se mantuvo en el aire a mil metros por encima del campo. De manera totalmente inesperada, el *Graf Otto* regresó de la cabina de control a la sala y sus invitados lo miraron perplejos. Llevaba una enorme mochila en la espalda sujetada por un complicado sistema de correas a manera de arnés.

—Damas y caballeros, ya deben de haberse dado cuenta de que el *Assegai* es un dirigible lleno de sorpresas y maravillas. Tengo una más para mostrarles. El artilugio en mi espalda fue soñado por Leonardo da Vinci hace más de cuatrocientos años. Tomé su idea y la hice realidad, metiéndola en una mochila de lona.

—¿Qué es? —preguntó una mujer—. Parece muy pesado e incómodo.

—Lo llamamos *Fallschirm*, pero los franceses y los británicos lo conocen como «paracaidas».

—¿Para qué sirve?

—Exactamente para lo que el nombre indica. Detiene la caída. —Se volvió hacia dos tripulantes e hizo un gesto con la cabeza. Abrieron las puertas corredizas de abordaje en el costado. Los invitados cerca de ellas se alejaron nerviosamente de la abertura.

—¡Adiós, amigos queridos! Piensen en mí cuando me haya ido. —Otto atravesó corriendo la cabina y se lanzó de cabeza por la puerta abierta. Las mujeres gritaron y se taparon la boca. Luego se produjo una corrida hacia las ventanas de observación y todos miraron horrorizados hacia abajo, al cuerpo del

*Graf Otto* que disminuía rápidamente de tamaño mientras caía hacia la tierra. Luego, abruptamente, un largo y blanco banderín se desenrolló desde la voluminosa mochila sujeta a su espalda, luego se abrió y adoptó la forma de un hongo monstruoso. La zambullida mortal del *Graf Otto* llegó a una repentina detención y, milagrosamente, quedó suspendido en el aire, desafiando las leyes de la naturaleza. El horror de los espectadores se transformó en asombro; el coro de la desesperación, en aclamaciones y aplausos. Vieron cuando la figura que se hundía suavemente llegó al suelo y cayó en un montón desordenado, envuelto en aquella sábana blanca. Con rapidez, el *Graf Otto* se puso de pie y los saludó con la mano.

Lutz abrió las válvulas de los tanques principales de hidrógeno del dirigible y éste se hundió tan suavemente como una pluma del pecho de un ganso volando alto. Se apoyó en sus parachoques a lo largo de la quilla y el personal de tierra se precipitó a asegurar el cabo de amarre al mástil.

Cuando las puertas principales de la cabina se abrieron, el *Graf Otto* estaba en el umbral para dar la bienvenida a tierra a sus invitados. Todos se amontonaron a su alrededor para estrechar su mano y cubrirlo de alabanzas. Luego volvieron a subir al convoy de vehículos y regresaron al *Schloss* mientras sus risas entusiasmadas y gritos de felicitación por el extraordinario logro del *Graf Otto* resonaban en el bosque.

La cena de aquella noche fue una ocasión formal en el comedor principal, con una larga mesa de nogal, que podía extenderse para acomodar a doscientos cincuenta comensales, mientras una orquesta tocaba ligeras melodías en la galería superior. Las paredes estaban tapizadas con madera de roble que había adquirido la pátina del tiempo, y en ellas colgaban retratos de los antepasados de Von Meerbach, escenas de caza y trofeos, incluyendo soportes para cornamentas y arreglos de colmillos de jabalíes salvajes.

Los hombres vestían uniformes de gran gala, con espadas y condecoraciones. Las damas se veían gloriosas con las sedas, los satenes y un deslumbrante despliegue de joyas. Eva von Wellberg superaba a las demás en belleza y elegancia, y Otto estaba inusualmente atento con ella. En varias ocasiones, se dirigió a ella a través de la mesa para incluirla en alguna anécdota o para pedir su opinión o confirmación sobre algún tema de conversación.

Cuando la banda inició una secuencia de vals de Strauss, él la retuvo todo el tiempo como su pareja de baile. Para ser un hombre tan corpulento, Otto era notablemente ligero con sus pies y tenía una presencia animal como la del gran búfalo africano. En sus brazos, Eva era tan delgada y llena de gracia como un junco que se dobla y se balancea con la brisa del lago. Él era completamente consciente de la sorprendente pareja que formaban y disfrutaba a pleno de la

conmoción que generaban en la pista de baile.

Cuando la velada llegaba a su fin, un trompetero hizo un llamado para atraer la atención de los presentes. Entonces, la banda y los criados fueron enviados fuera del salón. El mayordomo cerró las ventanas y las puertas detrás de sí, y se retiró. Centinelas armados permanecieron de pie al otro lado de las puertas a prueba de sonidos, y el selecto grupo quedó solo. Otto no había podido resistir esta oportunidad para celebrar su triunfo. Quería que ellos conocieran todos sus logros, y también quería deleitarse con su adulación.

Por fin, el oficial superior presente, vicealmirante Ernst von Gallwitz, se puso de pie para pronunciar un discurso de agradecimiento al anfitrión por su hospitalidad, explayándose en detalle sobre los prodigios tecnológicos que les habían mostrado en Wieskirche. Entonces, escogiendo con habilidad el momento, dijo:

—El mundo y nuestros enemigos pronto tendrán una demostración del poder y el potencial de la maravillosa creación del *Graf Otto*. Como estamos entre amigos, puedo decirles que el káiser Guillermo II, nuestro reverenciado líder, desde el principio ha demostrado un profundo interés en el desarrollo de esta extraordinaria máquina. Mientras nos estábamos cambiando para la cena, pude comunicarme con él por teléfono para informarle acerca de lo que hemos visto hoy aquí. Estoy encantado de decirles que dio su autorización incondicional para que el *Graf Otto* se embarque de inmediato en un audaz plan que dejará anonadado al enemigo por su genialidad.

Se volvió al *Graf Otto* en la cabecera de la mesa.

—Damas y caballeros, no es una exageración grosera decirles que el hombre sentado entre nosotros tiene literalmente el resultado de esta guerra en sus manos. Está a punto de iniciar un viaje épico, que si culmina con éxito, dejará un continente entero en nuestras manos para total confusión de nuestro enemigo.

El *Graf Otto* se puso de pie para agradecer el aplauso. Estaba radiante de orgullo, pero su breve discurso de agradecimiento al almirante fue modesto y minimizó su propia importancia. Lo admiraron aún más por ello.

Mucho más tarde, cuando estaban arriba, en el ala privada de Otto en el *Schloss*, preparándose para acostarse, Eva lo escuchó cantar en su baño y, cada tanto, dejar escapar una carcajada.

En armonía con el humor de él, se puso uno de sus más atractivos camisones de satén. Se cepilló el pelo hasta los hombros, como sabía que a él le gustaba, y tocó sus pestañas con rímel, dándole hábilmente a su cara un aspecto atormentado y triste. Mientras se preparaba, le susurró a su imagen en el espejo:

—No tienes el menor indicio de ello todavía, querido Otto, pero yo sé a dónde vas, y yo me voy de vuelta a África contigo... al África y a Tejón.

Cuando Otto regresó al dormitorio, llevaba una bata que nunca antes le había visto. Esto no la sorprendió, ya que en los armarios del vestidor de él había tal acumulación de ropa que se necesitaban cuatro valets de tiempo completo para mantenerlos en orden. Jamás había usado siquiera la mitad de todo eso. Esta bata era dorada y púrpura imperial, el forro interior era color escarlata, con faldones que casi llegaban al suelo. A pesar de esa ostentación, la llevaba con natural elegancia. Todavía estaba animado por el éxito del día, excitado por los honores y la aclamación con que se lo había cubierto. Para Otto esto conducía inevitablemente a un elevado nivel de excitación sexual, y Eva pudo ver el bulto de su virilidad debajo de la bata de seda cuando se acercó a ella.

Eva estaba parada en el centro de la habitación, trágicamente mustia.

Por algunos momentos él no pareció notar su angustia, pero al tomarla en sus brazos y empezar a acariciar sus pechos, se dio cuenta de la frialdad de su respuesta y se apartó para estudiarle el rostro.

—¿Qué es lo que te preocupa, mi amor?

—Te vuelves a ir y esta vez sé que te perderé para siempre. La última vez casi te perdí con el león y luego fui llevada por esos salvajes de la tribu nandi. Ahora algo igualmente horrible va a ocurrir. —Dejó que las lágrimas le inundaran los ojos violeta—. No puedes dejarme otra vez —dijo sollozando—. ¡Por favor! ¡Por favor! No te vayas.

—Tengo que ir. —Parecía perplejo, inseguro—. Tú sabes que no puedo quedarme. Es mi deber y he dado mi palabra.

—Entonces, tienes que llevarme contigo. No puedes dejarme acá.

—¿Llévate conmigo? —Parecía totalmente confundido. Jamás se le había ocurrido esa idea.

—¡Oh, sí, por favor, Otto! No hay razón por la que no pueda ir contigo.

—Tú no comprendes. Será peligroso —dijo—, muy peligroso.

—He estado en peligro antes contigo a mi lado —señaló—. Estaré segura si estoy contigo, Otto. Estaré en un peligro mucho más grande aquí. Pronto los británicos pueden enviar aviones para bombardearnos.

—¡Qué tontería! —se burló—. Sólo un dirigible puede volar tan lejos. Y los ingleses no tienen dirigibles. —Retrocedió un paso apartándose de ella para darse un espacio donde recuperar la sensatez.

Raro en él, esta vez estaba indeciso. En todos esos años, nunca se había atrevido a indagar demasiado en las razones por las que ella había permanecido junto a él durante tanto tiempo, aparte de los beneficios materiales que recibía. Pero seguramente para entonces hasta esos beneficios ya no serían importantes. Debía de haber algún otro incentivo más poderoso. Nunca había querido conocer esas razones más profundas porque podrían devastar su virilidad. En ese momento, miró profundamente dentro de los ojos de Eva antes de hacerle la pregunta que le había quemado la lengua durante tanto tiempo.



—Nunca me lo has dicho y nunca me he atrevido a preguntar. ¿Qué sientes realmente por mí, Eva, en tu corazón? ¿Por qué todavía estás aquí?

Ella había sabido siempre que, con el tiempo, iba a tener que enfrentarse con esa pregunta. Se había preparado para la respuesta que debía dar, y la había ensayado tan a menudo que sonaba con sinceridad y convicción.

—Estoy aquí porque te amo, y quiero estar contigo mientras tú quieras que yo esté a tu lado. —Por primera vez, él parecía vulnerable de una manera infantil.

Él suspiró en silencio pero profundamente.

—Gracias, Eva. Nunca sabrás cuánto significan esas palabras para mí.

—Entonces, ¿me llevarás contigo?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. No hay razón por la que alguna vez debamos estar separados de nuevo mientras estemos vivos. Me casaría contigo si estuviera en mi poder hacerlo. Tú lo sabes.

—Sí, Otto. Pero, acordamos no hablar de eso otra vez —le recordó Eva.

Athala, su esposa de casi veinte años y madre de sus dos hijos varones, todavía se negaba a liberarlo de sus votos, y Dios sabía que había tratado muchas veces de convencerla para que lo hiciera. Él sonrió y enderezó los hombros. Visiblemente, su acostumbrado entusiasmo y su seguridad volvieron a él.

—Entonces, prepara tu equipaje y lleva un bonito vestido para el desfile de la victoria —le dijo—. Nos vamos de vuelta a África.

Ella corrió hacia él y se puso en puntas de pie para besarlo en la boca. Esta vez, ni siquiera el sabor de su cigarro le disgustó.

—¿A África? Oh, Otto, ¿cuándo partiremos?

—Pronto, muy pronto. Como viste hoy, el dirigible está listo para la batalla, y la tripulación, perfectamente entrenada y consciente de lo que se exige de ellos. Ahora todo depende de la fase de la luna y de los pronósticos para el viento y el clima. Ritter estará navegando día y noche, de modo que necesita la luz de la luna llena. Esto será el nueve de septiembre y nuestra partida debe ser dentro de tres días antes o después de esa fecha.



Durante casi toda aquella noche, Eva estuvo despierta en la cama, escuchando los ronquidos de Otto. De vez en cuando, él se despertaba sobresaltado, con su fuerza y su furia, pero luego lanzaba un gruñido y se volvía a dormir. Se sentía agradecida por esta última oportunidad de pensar en lo que tenía que hacer antes de partir de viaje. Debía enviar un último mensaje a León, confirmando que Otto estaba llevando el *Assegai* a África, cargado con armas y monedas oro para los bóers rebeldes, y que, casi con seguridad, iba a volar por el Nilo y por el valle del Rift en su viaje hacia el Sur. Cuando le dijera la fecha en la que iba a arribar el *Assegai*, el deber de León sería impedir de alguna manera que el dirigible llegara a destino. Como último recurso, debía atacarlo y destruirlo. Sin embargo, su dilema inmediato era si debía o no advertirle que ella iba a estar a bordo. Si él supiera que estaría ahí, la preocupación de León por su seguridad podría quitarle fuerza a la resolución que debía tomar. Como mínimo, sería nocivo para la realización de su misión. Decidió no decírselo y ambos tendrían que correr sus riesgos cuando se encontraran otra vez en los altos cielos azules de África.



El estallido de la Gran Guerra no había sido indicado por el trazo de una pluma o un solo y fatal pronunciamiento. Había ocurrido como el choque de un tren en el que vagón tras vagón habían corrido sin freno hacia una enorme pila de escombros. Impulsada por la fuerza de sus tratados de ayuda mutua, Austria le había declarado la guerra a Serbia, Alemania les había declarado la guerra a Rusia y a Francia, y finalmente, el 4 de agosto de 1914, Gran Bretaña le había declarado la guerra a Alemania. El fuego y el humo que Lusima previo se habían expandido para envolver a todo el mundo.

Una vez más, la población de la recientemente unida Sudáfrica estaba dividida. Louis Botha era el ex comandante del viejo ejército bóer, y su camarada de armas, el general Jannie Smuts, había luchado a su lado contra las fuerzas combinadas del Imperio Británico. La mayoría de los otros líderes bóers odiaba a los ingleses y estaba totalmente a favor de unirse al conflicto junto a la Alemania del Káiser. Fue sólo por un muy estrecho margen que Louis Botha logró hacer que el Parlamento lo siguiera y pudo enviar un telegrama a Londres

para informarle al gobierno británico que podían retirar todas las fuerzas imperiales en África del Sur porque él y su ejército se harían cargo de la defensa de la mitad sur del continente contra Alemania. Agradecida, Londres aceptó su propuesta. Luego preguntó si Botha y su ejército podían invadir a la vecina África Sudoccidental Alemana y silenciar las estaciones de radio en Luderitzbucht y Swakopmund, que estaban enviando un continuo flujo de información esencial a Berlín, para dar detalles de todos los movimientos de la marina del Reino Unido en el sur del océano Atlántico. Botha estuvo de acuerdo inmediatamente, pero mientras tanto una sangrienta revuelta se estaba generando entre sus hombres.

Botha era sólo uno de los tres ex líderes y héroes bóers conocidos como el Triunvirato. Los otros dos era Christiaan de Wet y Herculaa « Koos » de la Rey. De Wet ya se había manifestado en favor de Alemania, y todos sus hombres lo habían seguido. Estaban refugiados en su campamento fortificado al borde del desierto de Kalahari, y Botha todavía no había enviado una fuerza para traerlos. En cuanto lo hiciera, la rebelión iba a estallar con toda su fuerza y las voraces bestias de la guerra civil saldrían furiosas de sus jaulas.

Aunque De la Rey no se había declarado abiertamente en contra de Botha y Gran Bretaña, nadie dudaba de que era sólo cuestión de tiempo para que lo hiciera. No sospechaban que él estaba aguardando noticias de Alemania sobre el vuelo del *Assegai* que vendría en su auxilio desde Wieskirche. Esta noticia sería enviada desde Berlín a través de la poderosa instalación de radio en Swakopmund, en el África Sudoccidental Alemana, justo en la frontera con Sudáfrica.

En Wieskirche el *Assegai* estaba recibiendo su última carga. El *Graf Otto* von Meerbach y el comodoro Alfred Lutz trabajaron toda la noche con el análisis de esas cantidades. Gran parte del cálculo era un asunto de conjeturas e instinto: ningún hombre hasta entonces había hecho un vuelo en dirigible sobre el desierto del Sahara en los meses de verano, cuando las temperaturas del aire podían ir desde cincuenta y cinco grados centígrados a mediodía hasta cero a la medianoche.

El volumen total de gas del *Assegai* era de 70.000 metros cúbicos de hidrógeno, pero diariamente se veía obligado a dejar escapar grandes volúmenes para compensar el peso del combustible que estaba quemando. De otra manera, se volvería tan liviano que se iría sin control al espacio superior, donde la tripulación moriría por el frío y por la falta de oxígeno. Los tanques principales estaban llenos hasta el borde con 249.408 kilos de combustible, 2.122 kilos de aceite y 11.339 kilos de lastre de agua. La tripulación, de veintidós hombres y una mujer, y el equipaje personal, muy restringido, pesaba 1.762 kilos. En teoría, esto permitía una carga útil de 16.238 kilos para llevar a bordo. Y al final, el *Graf Otto* decidió abandonar 3.175 kilos de bombas de mortero de

modo de hacer sitio para monedas de oro adicionales. Ése sería el peso que haría que la balanza se inclinara a su favor.

Todas las monedas habían sido troqueladas en oro dieciocho quilates. Había cantidades casi iguales de soberanos británicos auténticos y monedas de diez marcos del Deutsches Reich. El dinero estaba envuelto primero en lonas pequeñas, que se colocaron en robustas cajas de municiones, con las tapas bien atornilladas. El conteo final fue de doscientas veinte cajas, y cada una pesaba 41 kilos. Este era el peso acostumbrado que cargaba un porteador africano en un safari. Históricamente, el oro se valuaba siempre en dólares estadounidenses y había sido fijado en veintiún dólares la onza, durante décadas. El *Graf Otto* era rápido con los números. El valor de su carga en cifras redondas era de nueve millones de dólares, lo cual, a pesar del caos en los mercados cambiarios a causa del estallido de la guerra, era el equivalente a dos millones de libras esterlinas.

—¡Esto debería ser suficiente para mantener a los bóers sonriendo amablemente por un largo tiempo!

Supervisó en persona a quienes se ocupaban de despachar el equipaje cuando colocaron los cajones en ordenadas hileras a lo largo del salón del *Assegai* y sujetaban cada uno a las argollas en el suelo. Arriba de ellos, colocó las cajas con municiones y los cajones con las ametralladoras Maxim.

Para cuando el último cajón estuvo asegurado, había poco espacio para que la tripulación pudiera moverse dentro del dirigible y ocuparse de sus obligaciones. En un intento de aliviar el problema, el *Graf Otto* ordenó que las mamparas entre las cabinas fueran quitadas y las literas, retiradas. La tripulación se vería obligada a dormir en el suelo de madera. Hizo derribar la sala de mapas y la de la radio; luego se trasladó hacia adelante hasta la góndola de control bajo la proa. Se dismantelaron tres letrinas para tener más espacio; sólo quedó una para cubrir las necesidades de veintitrés personas. No había distinción entre los hombres y la mujer, ni entre los oficiales superiores y el cocinero indio. Se prescindía del lavado de ropa y el tamaño de la cocina se redujo a la mitad. Un pequeño calentador eléctrico sería suficiente para calentar sopa y café, y preparar una olla de avena y leche todas las mañanas, y no habría ninguna otra comida caliente. La leche sería en polvo; salchichas, carne fría y bizcochos duros servirían para compensar cualquier faltante. No se iba a permitir el alcohol a bordo. Iba a ser una embarcación con lo mínimo indispensable, despojada de todo salvo lo más necesario.

La última cena antes de la partida fue un banquete ofrecido en el cobertizo del *Assegai*, debajo del enorme volumen plateado del dirigible. A último momento, una de las limusinas Meerbach, conducida por un chofer uniformado, trajo a Eva del *Schloss*. Vestía su ropa de vuelo, con botas, guantes y un casco con antiparras. El chofer llevaba su valija, que era todo su equipaje.

Hasta que llegó, la tripulación no sabía que Eva iba a viajar con ellos. Su

belleza y encanto la habían convertido en una persona querida por todos, de modo que le dieron una bienvenida calurosa. Hennie du Rand no la había visto desde el viaje de regreso de Mombasa a bordo de la nave *Admiral*. Aunque era un campesino rudo y tosco, hizo una reverencia y le besó la mano. Sus compañeros gritaron divertidos y él se ruborizó como un escolar.

Eva se sintió conmovida y sintió una punzada de culpa por haberlo engañado fingiendo no haber entendido lo ocurrido durante su encuentro con el general bóer.

Cuando el *Graf Otto* la llamó, fue a reunirse con él en la cabecera de la mesa del banquete. La presentó como la mascota de la expedición. Los comensales aplaudieron y la aclamaron. Estaban felices y entusiasmados, deseosos de comenzar un viaje que sabían iba a ser considerado una epopeya de los viajes en dirigible.

Las fuentes estaban llenas de exquisiteces bávaras. Sólo se escatimaron las bebidas alcohólicas. El *Graf Otto* quería cabezas despejadas y ojos alerta a bordo cuando ascendieran al cielo. Los brindis se hicieron con una liviana cerveza en la que la presencia de alcohol era apenas detectable.

A las nueve en punto, el *Graf Otto* se puso de pie.

—Muy bien. Amigos míos, es hora de empezar nuestro viaje al África. —Se produjo otro estallido de aclamaciones y luego la tripulación abordó presurosa la nave para ocupar sus puestos. El dirigible fue equilibrado cuidadosamente, para luego ser liberado del mástil de amarre. Parado en su improvisada sala de radio, el *Graf Otto* hizo el último contacto con la central en Berlín. Recibió los buenos deseos personales del Káiser, quien le dijo:

—Buena suerte.

Apagó el transmisor y dio la orden de partir al comodoro Lutz.

El *Assegai* soltó la amarra de la trompa, se alzó suavemente en el dorado crepúsculo de verano e hizo un giro de ciento cincuenta y cinco grados.

Durante las semanas anteriores habían planeado detalladamente el vuelo, de modo que no había mucha necesidad de explicaciones en ese momento. Lutz sabía precisamente qué era lo que el *Graf Otto* esperaba de él y de su tripulación. Sin dejar ver ninguna luz, ascendieron a la máxima altitud segura de crucero de tres mil metros mientras flotaban sobre el Bodensee y se dirigían al Sur para cruzar la costa del Mediterráneo un poco después de la medianoche, unos kilómetros al oeste de Savona. Continuaron hacia el Sur, manteniendo las luces de las ciudades de la costa italiana a la vista por babor.

Tuvieron un fuerte viento a favor al cruzar la isla de Sicilia, que los llevó rápidamente a su recalada en un desconocido e inhóspito lugar del desierto libio, en algún lugar al oeste de Bengasi. Mientras el sol ascendía, Eva estaba en las ventanas de observación delanteras en el salón, mirando la sombra gigantesca

que proyectaban por sobre las crestas y las dunas del accidentado terreno marrón abajo. «¡África! —se regocijó en silencio—. Espérame, mi amor. Regreso a ti».

El calor subía hasta ellos con la luz del sol reflejada por las rocas, y fuertes remolinos giraban en torno a la nave, como corrientes de algún enorme océano. El dirigible estaba más liviano después de que sus cuatro grandes motores Meerbach habían consumido tres mil kilos de combustible y aceite, pero el sol calentaba el hidrógeno en sus cámaras, aumentando su empuje.

Inexorablemente, el dirigible comenzó a ascender y Lutz se vio obligado a dejar salir 6.500 metros cúbicos de gas, pero de todas maneras continuó subiendo hasta que, a los cuatro mil quinientos metros de altura, la tripulación comenzó a sentir los molestos efectos de la falta de oxígeno. Al mismo tiempo, la temperatura subió bruscamente y pronto marcaba cincuenta y dos grados centígrados en la sala de control. Los motores debieron ser apagados por turnos para permitir que se enfriaran y para que se pudiera bombear aceite nuevo por las cañerías.

Estaban volando livianos con un ángulo descendente de seis grados sobre los controles. La velocidad relativa de vuelo pasó de cien nudos a cincuenta y cinco y el *Assegai* comenzaba a no responder adecuadamente al timón. Entonces, el motor delantero de babor se aceleró y se detuvo. Con esta pérdida repentina de potencia, el dirigible se detuvo y cayó de cuatro mil a dos mil metros antes de volver a responder al timón y recuperar la posición de la quilla. Había sido una zambullida alarmante y parte de la carga principal se había soltado.

Hasta el *Graf Otto* estaba impresionado por el comportamiento irregular del *Assegai* en aire tan recalentado y estuvo de acuerdo, sin discutir, con la sugerencia de Lutz de que debían aterrizar y fijar la nave por el resto del día para continuar el viaje por la noche. Lutz escogió un afloramiento rocoso negro en el suelo del desierto más adelante, que pudiera proporcionar un punto de anclaje para el cabo de amarre, e hizo descender la nave dejando salir grandes cantidades de hidrógeno.

Estaban a sólo quince metros sobre el suelo del desierto cuando un grupo de hombres a caballo, envueltos en albornoces blancos flameando, salió de entre las rocas y galopó por un *wadi* hacia ellos, blandiendo espadas cortas y curvas y disparándole al *Assegai* con mosquetes *jezail* de cañón largo. Una bala atravesó la ventana de observación junto al *Graf Otto* y lo bañó con trocitos de vidrio. Maldijo furioso y fue hasta la ametralladora Maxim montada en la parte de adelante de la barquilla.

Puso una carga en la recámara y giró el arma hacia abajo en su soporte. Disparó una breve ráfaga y la fila principal de árabes se desintegró. Cayeron tres caballos y arrastraron a sus jinetes con ellos. Movié el arma a la derecha y disparó otra vez. Cayeron cuatro caballos más, pateando, sobre la arena y los

sobrevivientes se escabulleron. Eva contó las bajas. Habían caído siete hombres, pero dos caballos volvieron a levantarse y galoparon detrás de los demás que huían.

—No creo que vuelvan —dijo el *Graf Otto* sin darle importancia—. Puede comenzar la guardia hasta las dieciocho, Lutz. Entonces, pondremos otra vez en marcha los motores para volar en la frescura de la noche.



El último telegrama que el señor Goolam Vilabjhi había recibido de su sobrina en Altnau tenía un solo grupo de números. Cuando León lo descifró, descubrió que era la fecha que Eva había prometido enviarle. La del comienzo del viaje del *Assegai* desde Wieskirche.

En sus mensajes anteriores, ella le había dado el nombre que el *Graf Otto* había elegido para su máquina, con su número de diseño. El *Assegai* era un Mark ZL71. Ya le había informado acerca del curso que pensaba seguir en su vuelo a Sudáfrica. Con estos datos, León había calculado cuándo podría llegar el dirigible al gran Rift.

En ese momento, lo único que necesitaba era un plan de acción que ofreciera aunque más no fuera una remota posibilidad de éxito para hacer bajar a tierra a la enorme nave aérea y luego capturar a su tripulación y su carga. Con Penrod lejos y Frederick Snell capaz de bloquear sus esfuerzos, León estaba solo.

Había visto dibujos del tipo de dirigible con el que se iba a enfrentar. Cuando el *Graf Otto* había sido evacuado de Nairobi a Alemania después de quedar herido, había dejado montones de libros y revistas en su alojamiento privado en el campamento Tandala. Se trataba, sobre todo, de publicaciones técnicas de ingeniería y una de ellas contenía un largo artículo ilustrado sobre la construcción y operación de un gran dirigible. Incluía varios dibujos de diversos tipos, entre ellos, el Mark ZL71. León la buscó y la estudió cuidadosamente.

Lejos de servirle de ayuda o inspiración, encontró que las ilustraciones y las descripciones eran totalmente desalentadoras. El dirigible era tan enorme y estaba tan bien protegido, volaba tan rápido y a tan gran altura, que no parecía

haber manera de impedir que pasara. Trató de imaginar una comparación entre el pequeño *Mariposa* y este monstruo de los cielos. ¿Un ratón de campo junto a un león de melena negra, tal vez, o una termita al lado de un pangolín?

Trajo a su mente la profecía que Lusima les había hecho cuando llevó a Eva por primera vez al monte Lonsonyo para que la conociera. Había evocado la imagen de un gran pez de plata oscurecido por el humo y las llamas. Cuando en el libro del *Graf* Otto miró la ilustración del dirigible con su timón en forma de cola de pescado, no tuvo dudas de que esto era lo que ella había visto para el futuro. Se preguntó si habría algo más que pudiera decirle, pero eso era poco probable. Lusima nunca ampliaba su predicción original. Ella brindaba la esencia de su visión y quedaba a criterio de cada uno lo que se hiciera con ella.

León estaba aislado y abandonado. Había perdido a Eva y sabía que había apenas una remota posibilidad de que volviera a verla otra vez. Era como si una parte esencial de su cuerpo hubiera sido cercenada. Penrod también se había ido. Nunca pensó que iba a extrañar a su tío, pero sentía mucho su alejamiento. Necesitaba ayuda y consejo, y quedaba sólo una persona en su vida que podía proporcionárselo.

Llamó a Manyoro, a Loikot y a Ishmael.

—Nos vamos al monte Lonsonyo —les dijo.

A la media hora estaban en el aire y volando por el valle del Rift, rumbo al campamento Percy. Cuando aterrizaron, lo encontraron en completo desorden. Tanto Hennie du Rand como Max Rosenthal se habían ido hacia un tiempo y León había estado tan preocupado por Eva que había dejado de lado el funcionamiento cotidiano del campamento. Todo había quedado en manos de su personal poco entrenado y sin dirección.

Esta situación no lo preocupaba demasiado. El futuro era incierto y era muy poco probable que hubiera huéspedes cazadores para atender hasta el cese de las hostilidades y tal vez incluso hasta varios años después de alcanzada la paz. Permaneció en el campamento el tiempo suficiente para elegir las cabalgaduras y preparar lo necesario para dirigirse hacia la gran silueta azul del monte sobre el horizonte occidental. Su ánimo mejorara con cada kilómetro que lo acercaba a ese lugar.

Aquella noche acamparon en la base del Lonsonyo y él se quedó hasta tarde sentado al lado de las brasas de la fogata que se apagaban, mirando el macizo oscuro contra el esplendor de las estrellas del cielo de la noche africana. Se sorprendió a sí mismo observando aquella montaña de una manera como nunca antes. Por primera vez la estaba viendo como un posible campo de batalla sobre el que su pequeño *Mariposa* podría pronto enfrentarse con la amenaza del poderoso *Assegai* del *Graf* Otto.

Le preocupaba el hecho de tener que esperar hasta que los exploradores *chungaji* de Loikot descubrieran el dirigible, antes de poder levantar vuelo para



interceptarlo. Su desventaja iba a ser grande. Para enfrentar al *Assegai*, que vendría en su altitud de crucero de tres mil metros, iba a tener que volar por encima del monte Lonsonyo con toda la potencia de sus motores, lo cual significaba quemar la mayor parte de sus reservas de combustible para llevar al *Mariposa* al límite de su techo operativo. Y si los vientos, la humedad y la temperatura del aire jugaban a su favor, el *Assegai* podría pasar por sobre su cabeza y desaparecer antes de que León pudiera persuadir al *Mariposa* para que subiera lo suficiente.

Se sentía desalentado y deprimido ante la posibilidad de semejante derrota y miró con enojo hacia la montaña. En ese momento la onda de un difuso relámpago lejano por el valle del Rift, cerca del lago Natron, iluminó el lugar bruscamente desde el fondo de las alturas. El macizo parecía el glacis de un castillo enemigo, un gran obstáculo que había que superar.

Entonces, algún extraño truco de la luz y el efecto del relámpago cambiaron su perspectiva. Se puso de pie de un salto, haciendo volar su jarro de café.

—¿Por Dios, qué pasa conmigo? —gritó al cielo—. Ha estado bajo mi nariz todo el tiempo. ¡Lonsonyo no es mi obstáculo, sino mi trampolín!

En ese momento, las ideas lo inundaron como agua desbordada de un dique roto.

« ¡Esa meseta abierta en la selva tropical que Eva y yo descubrimos! Yo sabía que era importante apenas la vi. Es una pista de aterrizaje natural en el punto más alto del Lonsonyo. Con cincuenta hombres fuertes para ayudarme, se podría limpiar la maleza baja en un par de días, lo suficiente para poder aterrizar ahí y levantar vuelo otra vez. No voy a tener que perseguir al *Assegai*. Sólo tendré que esperar en la montaña que él venga a mí. Y lo que es más importante, podré abrir el juego con la ventaja de la altura. Podré caer sobre él en lugar de subir laboriosamente para interceptarlo» .

Estaba tan excitado que apenas durmió unas horas y ya estaba en el sendero que llevaba a la cima mucho antes del amanecer de la mañana siguiente.

Lusima Mama lo estaba esperando debajo de un árbol favorito junto al sendero. Dio la bienvenida a sus hijos y los hizo sentar uno a cada lado de ella.

—Tu flor no está contigo, *M'bogo*. —Era una afirmación, no una pregunta—. Se ha ido a esa tierra, muy lejos hacia el Norte.

—¿Cuándo regresará, Mama? —quiso saber León.

Ella sonrió.

—No trates de saber aquello que no es para que lo sepamos. Vendrá cuando los días se hayan cumplido.

León se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Entonces, hablemos de aquello que sí es para que lo sepamos. Tengo un favor que pedirte, Mama.

—Tengo cincuenta hombres esperándote cerca de mi choza. Es una suerte

que Mkuba Mkuba haya limpiado gran parte del terreno para ti con su rayo. —Le sonrió astutamente—. Pero tú no crees en eso, ¿no es cierto, hijo mío?

Lusima acompañó la expedición a la meseta abierta encima de la cascada. Se sentó a la sombra y miró a sus hombres mientras trabajaban.

León pronto comprendió por qué ella los había acompañado. Bajo su vigilancia, el equipo trabajaba como una manada de demonios y para el mediodía del segundo día pudo recorrer toda la extensión del terreno que habían limpiado. A tan elevada altitud, el aire tenía menos oxígeno y tendría que mantener una velocidad de acercamiento alta para evitar que los motores se detuvieran. Sería toda una proeza hacer aterrizar al *Mariposa* en una pista de aterrizaje tan corta. Es más, habría sido imposible si no fuera por la pendiente y el aspecto del suelo. La pista de aterrizaje estaba en el borde mismo del acantilado. Si hacía su acercamiento por el lado del valle, la pista estaría en un ángulo ascendente y una vez que tocara tierra, la inclinación lo detendría rápidamente. Por otro lado, si despegaba siguiendo el descenso de la inclinación, el *Mariposa* aceleraría y llegaría a la velocidad de vuelo con igual rapidez. Luego, cuando saliera de la cima del acantilado, podría bajar su trompa en una picada poco profunda y su velocidad de vuelo aumentaría.

—Tiempos interesantes nos esperan —se dijo. Sin embargo, no había todavía considerado el meollo del problema. Si todo resultaba como esperaba, el *Assegai* llegaría al valle del Rift desde el Norte. No iba a estar volando a más de tres mil metros sobre el nivel del mar, pues su tripulación estaría expuesta a los peligros de la falta de oxígeno si volaba más arriba de esa altura durante un tiempo prolongado.

No había ninguna posibilidad de que el *Graf Otto* pudiera traer al monstruo por el centro del valle sin ser descubierto por la red de ojos alerta de los *chungaji*. León recibiría la información de su acercamiento con bastante tiempo de antelación, sin duda suficiente para hacer que el *Mariposa* estuviera en el aire y en su lugar de patrullaje.

—Pero ¿qué sigue después? —se preguntó—. ¿Un tiroteo entre nosotros dos?

Se rio ante una idea tan ridícula. Por las ilustraciones que había visto del dirigible, el *Assegai* estaría armado con al menos tres o cuatro ametralladoras Maxim, que estarían manejadas por hombres bien entrenados de la fuerza aérea alemana disparando desde una plataforma estable. Atacarlos desde el *Mariposa*, con sus dos masai armados con rifles del servicio, sería un novedoso modo de suicidarse.

Había logrado que Hugh Delamere le diera dos granadas de mano y tenía la vaga idea de volar por encima del *Assegai* y dejarlas caer en la parte superior de su gran casco redondeado. Habría alrededor de setenta mil metros cúbicos de hidrógeno muy explosivo en su casco y la bola de fuego resultante sería

espectacular. Pero, como las granadas tenían sólo una demora de seis segundos después de tocar el blanco, el *Mariposa* estaría cerca de esa bola.

—Debe de haber un plan mejor que asarme —murmuró atribulado—. Sólo tengo que descubrirlo antes de quedarme sin tiempo. —Según el último telegrama de Eva desde Suiza, faltaban sólo cinco días para que el *Assegai* abandonara Wieskirche—. Ni siquiera he tenido la oportunidad de probar la viabilidad de la nueva pista de aterrizaje. Debemos ir al campamento Percy mañana a buscar al *Mariposa* y traerlo aquí.

León decidió dormir esa noche en la choza de Lusima y bajar la montaña con las primeras luces del día siguiente. Él y Lusima estaban sentados uno junto al otro ante el fuego, compartiendo un tazón de mandioca con leche para la cena. Ella estaba de un humor expansivo y León se sintió alentado a hablar de Eva. Trataba de extraer de Lusima cualquier detalle o sugerencia que pudiera ser valioso para la tarea que le esperaba. Pudo darse cuenta por el centelleo perverso de sus ojos oscuros que ella sabía exactamente qué era lo que él tenía en mente, pero igual continuó y formuló sus preguntas con la mayor sutileza que pudo. Hablaron de Eva y él reiteró su amor por ella.

—La pequeña flor es digna de ese amor —admitió Lusima.

—Pero ella se ha alejado de mí. Y no tengo esperanzas de volverla a ver alguna vez.

—Nunca debes perder las esperanzas, *M'bogo*. Sin la esperanza, no somos nada.

—Mama, tú nos hablaste una vez de un gran pez de plata en el cielo que trae fortuna y amor.

—Me hago vieja, hijo mío, y con mucha frecuencia últimamente digo muchas estupideces.

—Mama, ésa es la primera y única estupidez que alguna vez te he escuchado pronunciar. —León le sonrió y ella le devolvió la sonrisa—. Me parece que pronto el pez que no recuerdas estará por el cielo.

—Todas las cosas son posibles, pero ¿qué sé yo de peces?

—Pensaba, en mi propia estupidez, que, como mi madre, tal vez podrías decirme cómo atrapar a este pez de fortuna y amor.

Ella guardó silencio por un largo rato y luego sacudió la cabeza.

—No sé nada sobre cómo atrapar peces. Deberías preguntarle a un pescador acerca de eso. Quizás uno de los pescadores del lago Natron podría enseñarte.

La miró con asombro y luego se golpeó la frente.

—¡Tonto! —exclamó—. ¡Oh, Mama, tu hijo es un tonto! ¡El lago Natron! ¡Por supuesto! ¡Las redes de pesca! ¡Eso es lo que tratabas de decirme!

León dejó a Loikot y a Ishmael en la montaña y partió rápidamente con

Manyoro hacia el campamento Percy. Quería mantener la carga del avión liviana para aterrizar en la montaña con lo mínimo.

Desde el campamento Percy fueron casi de inmediato al lago Natron. Esta vez León no se arriesgó a otro aterrizaje sobre terreno blando. Puso al *Mariposa* sin peligro sobre la superficie firme del salar seco. Él y Manyoro negociaron con el jefe de la aldea de pescadores y finalmente le compraron cuatro tramos de redes viejas y dañadas, cada uno de más o menos doscientos pasos de largo. Como no habían sido usadas recientemente, estaban secas y llenas de polvo, por lo que su peso puso a prueba la potencia de los motores Meerbach del *Mariposa*. León tuvo que hacer cuatro vuelos a la pista de aterrizaje improvisada en la cima de la montaña, para llevar una red por vez. Cada aterrizaje fue una prueba para su destreza como piloto. Tuvo que acercar al *Mariposa* rápido para mantenerlo justo por encima de la velocidad de vuelo y hacer un pesado descenso que llevó hasta el límite la resistencia del tren de aterrizaje.

Por la tarde del segundo día, las cuatro redes estaban ya tendidas en terreno abierto. Las cosieron para unir las en pares, de modo que finalmente quedaron dos redes separadas, cada una de unos cuatrocientos pasos de largo.

No habría oportunidad de hacer prácticas ni de experimentar con el armado y el despliegue de las redes. Entrarían directamente en acción contra el *Assegai* y sólo tendrían una oportunidad para desplegarlas con éxito. León esperaba poder, en el primer ataque, enredar las hélices de los dos motores de atrás del dirigible y hacerle disminuir la velocidad como para poder regresar a la pista de aterrizaje del Lonsonyo y cargar el segundo tramo para otro ataque.

Uno de los muchos aspectos críticos del plan era envolver las redes de manera tal que pudieran desplegarse hacia atrás desde el dispositivo para bombas del *Mariposa* de un modo ordenado. Luego, una vez que León hubiera enredado las hélices del dirigible en la malla, debía poder soltar la red de sus ganchos antes de que el *Mariposa* fuera arrastrado por ella. Tenía que poder escapar sin problemas. Si no podía alejarse, su aeronave sería arrastrada por la cola detrás del dirigible dañado. Sus alas y su fuselaje se romperían bajo el efecto de las fuerzas antinaturales que se abatirían sobre ellos. Había tantos imponderables que todo iba a depender de conjeturas, trabajo en equipo, reacciones rápidas ante cualquier imprevisto y una desmesurada cantidad de la tradicional buena suerte.

Para el atardecer del cuarto día, el *Mariposa* estaba en la cabecera de la corta pista de terreno limpio con la trompa apuntando pendiente abajo, pendiente que terminaba en la pared del acantilado que caía abruptamente al final de la pista de aterrizaje.

Veinte portadores esperaban listos para arrojar el peso de todos ellos detrás del avión y darle un empujón de arranque para bajar la pendiente.

Al amanecer y al anochecer, todos los días, Loikot se paraba en las alturas del

Lonsonyo e intercambiaba gritos con sus compañeros *chungaji* a lo largo y a lo ancho del país de los masai. Parecía que los ojos de cada *morani* en el territorio estaban fijos en el cielo del Norte, todos con la esperanza de ser el primero en descubrir el acercamiento del monstruoso pez plateado.

León y su tripulación estaban sentados bajo un refugio rudimentario de paja para protegerse del sol al lado del fuselaje del *Mariposa*. Cuando llegara el momento, podrían estar en sus posiciones en la cabina en cuestión de segundos. Por el momento, no había otra cosa que hacer más que esperar.



Parecía una pared continua y sólida en el cielo que se extendía por el horizonte oriental y se alzaba desde el suelo pardo del desierto hasta el azul lechoso del cielo. Eva estaba sola en la cabina de mando del *Assegai*. El dirigible permanecía en tierra, anclado durante el día y ella cumplía con su turno de guardia como cualquiera de los oficiales. Todos los demás miembros de la tripulación descansaban o dormían después del vuelo nocturno, o se ocupaban de atender y afinar los motores principales. El *GrafOtto* estaba en el gabinete que albergaba el motor delantero de babor. A pesar de las cuatro horas de esfuerzos denodados, él y sus hombres todavía no podían hacerlo arrancar y se habían dado cuenta de la dimensión del daño. Habían quitado la caja del cigüeñal para llegar a la raíz del problema.

Eva sabía que dar la alarma no era una decisión que podía tomarse a la ligera. Vaciló algunos minutos más pero, en el corto tiempo que el horizonte oriental había quedado oculto por la pared amarilla que se acercaba, la velocidad de su avance era sorprendente. Pudo ver que ya no era sólida, sino que giraba y rodaba sobre sí misma, como una densa nube de humo amarillo. De pronto, supo de qué se trataba. Había leído acerca de él en libros escritos por viajeros del desierto. Era uno de los fenómenos naturales más peligrosos. Susurró una sola palabra:

—¡Khamzin! —Se lanzó al otro lado del puente hasta el telégrafo principal de la nave. Apretó la manivela y el llamado de las campanas de emergencia ahogó

todo otro ruido.

En la cabina principal, los miembros de la tripulación saltaron de sus colchones, todavía más que medio dormidos, y observaron la tormenta de arena que se acercaba. Algunos quedaron anonadados y en silencio ante su tamaño y ferocidad, mientras que otros farfullaban entre ellos dominados por el pánico y la confusión.

El *Graf Otto* subió corriendo por la escalerilla del gabinete del motor dañado. Miró hacia la tormenta sólo por un segundo antes de tomar el control. En unos minutos, dos de los tres motores útiles estaban funcionando y le hizo una seña al equipo de anclaje para que soltaran el cable de amarre de proa.

El tercer motor en la cabina delantera de babor permaneció en silencio. El ingeniero todavía tenía problemas para hacerlo arrancar.

—¡Tome el mando, Lutz! —gritó—. Tengo que bajar y hacer que ese motor arranque. —Salió corriendo a la pasarela abierta y desapareció al bajar por la escalerilla hasta el gabinete donde estaba el motor.

Lutz corrió a su panel de control y abrió las ocho válvulas de gas. El hidrógeno comenzó a llenar las cámaras de gas del *Assegai* y levantó la trompa con tal violencia que Eva y los hombres que no estaban agarrados de algo fueron lanzados al suelo mientras el dirigible entraba en un aseenso con la trompa en alto, con catorce mil metros cúbicos del liviano gas que lo empujaban hacia arriba.

La presión atmosférica cayó de manera tan rápida que la aguja del barómetro giró locamente sobre la esfera del instrumento. Lutz, el comandante de la embarcación, que sufría de una infección en los oídos, gritó de dolor y se agarró las orejas. Un delgado hilo de sangre bajó por la mejilla pues se le había roto un tímpano. Se dobló y cayó de rodillas. No había ningún otro oficial en el puente que pudiera reemplazarlo, así que Eva se esforzó para ponerse de pie y, arrastrándose por el pasamanos, llegó hasta donde estaba Lutz antes de que éste perdiera el conocimiento por el dolor.

—¿Qué debo hacer? —gritó ella.

—¡Descargar! —gimió el hombre—. Suelte el gas de todas las cámaras. ¡Manivelas rojas!

Ella estiró la mano, las tomó y las bajó con todas sus fuerzas. Escuchó el gas que escapaba aullando por las aberturas principales más arriba. El dirigible vibró y corcoveó, pero su ascenso sin control se estabilizó y la aguja del barómetro disminuyó la velocidad de su giro desenfrenado.

El *Graf Otto* había subido a la extensión de la escalerilla del gabinete del motor delantero, donde había ido para poner en marcha el motor. En ese momento estaba en la pasarela abierta, colgado del pasamanos lateral mientras las maniobras violentas del *Assegai* amenazaban con lanzarlo al espacio como si fuera una piedra arrojada por una honda. Estaba a quince metros de Eva y le

gritó con urgencia:

—Los dos aceleradores de estribor, al máximo.

Lo obedeció instintivamente y los motores retumbaron, haciendo que la trompa del dirigible girara en sentido contrario. Por unos momentos se estabilizó lo suficiente para que el *Graf Otto* saliera de su mortal posición; soltó el pasamanos y corrió rápidamente por la pasarela. Atravesó violentamente la puerta principal mientras el *Assegai* empezaba a girar en el sentido de las agujas del reloj. Llegó al lado de Eva y se apoderó de los controles. Sus movimientos fueron rápidos y coordinados con los del *Assegai*. Calmó al gran dirigible como a un caballo desbocado, pero antes de lograr estabilizarlo, éste había trepado a cuatro mil doscientos metros y estaba siendo azotado terriblemente por las ráfagas del khamsin. Sin embargo, la fuerza máxima de la tormenta pasó por debajo del casco y lo dejó a dos mil setecientos metros, moviéndose hacia el Sur en equilibrio estable. Había sido castigado por el viento. El motor delantero de babor estaba dañado más allá de toda esperanza de reparación y varias barras transversales en la estructura de las cámaras de gas se habían quebrado. La cubierta estaba hinchada en esos sitios débiles, pero seguía avanzando a ochenta nudos y la carga había sido asegurada y atada en sus lugares.

Más adelante, comenzaba a verse la línea del Nilo que serpenteaba por el desierto. Repentinamente la radio hizo ruidos y el *Graf Otto* se sobresaltó sorprendido. Aquella era la primera comunicación que escuchaban desde que habían cruzado la costa del Mediterráneo.

—Es la radio naval en bahía Walvis, en la costa sudoeste. —El operador levantó la vista de su equipo—. Están pidiendo un contacto seguro con el *Graf von Meerbach*. Tienen un mensaje ultrasecreto y urgente para usted.

El *Graf Otto* pasó el timón a Thomas Bueler, el primer oficial, y se puso los auriculares. Movi6 el interruptor del sonido para que sólo él pudiera escuchar la transmisión. Escuchó atentamente. Su expresión se oscureció y se puso rojo de ira. Cuando terminó la comunicación, fue a pararse junto a la ventana de adelante, mirando hacia el portentoso río que pasaba por abajo, hasta que por fin pareció llegar a una difícil decisión y le gruñó bruscamente a Bueler:

—En diez minutos, reúna a toda la tripulación de la nave en la sala de control. Los quiero sentados en dos filas en el centro de la cubierta, mirando hacia adelante. Voy a hacer un anuncio importante. —Salió ruidosamente y se dirigió a la diminuta cabina que compartía con Eva.

Cuando apareció, Eva fue dominada por el miedo. Él había cambiado su mano artificial. En lugar del índice y el pulgar de acero, llevaba la amenazadora maza con puntas. La tripulación también se quedó mirando la extraña arma, que en ningún momento intentó ocultar, mientras ocupaba su lugar frente a las dos hileras de hombres sentados. Los miró furioso y en silencio hasta que todos estuvieron sudando y moviéndose inquietos. Entonces, dijo en un tono duro y frío:

—Caballeros, tenemos un traidor a bordo.

Los dejó que pensarán por un momento en eso. Luego continuó:

—El enemigo ha sido alertado sobre nuestra misión. Han sido informados sobre nuestro curso y nuestros movimientos. Berlín nos ordena que cancelemos la operación.

Repentinamente levantó su puño armado y golpeó la mesa de mapas. El panel se hizo añicos.

—No voy a regresar —gritó—. Sé quién es este traidor. —Caminó por la primera fila de personas sentadas y se detuvo detrás de Eva. Ella sintió que se encogía por dentro y se armó de valor—. No soy un hombre que perdona fácilmente la traición. El traidor está a punto de enterarse de eso. —Ella quería gritar y correr hasta la pasarela y lanzarse por el costado del dirigible a una muerte rápida, limpia, antes que ser mutilada y aplastada por ese puño de acero. Él le tocó suavemente la cabeza.

—«¿Quién es?» , se estarán preguntando ustedes —susurró.

Ella abrió la boca para desafiarlo, incitarlo a que mostrara lo peor de él. Entonces, sintió que sacaba la mano de su cabeza, y avanzaba caminando a lo largo de la fila. Eva sintió que la bilis caliente y amarga le subía a la garganta y necesitó de todas sus fuerzas para no vomitar aterrorizada.

Al final de la fila, el *Graf Otto* dio la vuelta y regresó hacia ella. Eva sintió que sus intestinos se llenaban de agua caliente y tenía que expulsarla. Los pasos de él se detuvieron y ella respiró con un estremecimiento. Parecía que estaba directamente detrás de ella otra vez. Escuchó el golpe y casi gritó. El sonido no fue tan fuerte como cuando hizo añicos la mesa de mapas. Fue un ruido apagado, sordo, húmedo, y claramente oyó los huesos que se rompían. Se dio vuelta de golpe en el momento en que Hennie du Rand caía hacia adelante boca abajo. El *Graf Otto* estaba parado sobre él y golpeó con el puño de hierro una y otra vez, levantando la maza bien alto y poniendo toda su fuerza en cada golpe. Cuando volvió a erguirse, respiraba agitado y su cara estaba salpicada con gotitas de sangre.

—Arrojen al sucio perro por la borda —ordenó en un tono más suave. Estaba sonriendo—. Son siempre aquellos en los que uno más confía los que lo traicionan a uno. Repito, caballeros, no vamos a regresar. Pero no podemos permitir que nuestra carga caiga en manos de los ingleses. Si mantenemos nuestra velocidad, para mañana al mediodía habremos llegado a Arusha en territorio alemán y estaremos a salvo de lo peor.

Se retiró lentamente de la cabina y Eva se cubrió los ojos con las manos cuando dos tripulantes tomaron los tobillos de Hennie y arrastraron su cadáver hacia la pasarela. Entre ambos lo levantaron sobre el pasamanos y lo dejaron caer en el valle del Nilo, abajo muy lejos. Eva se encontró llorando en silencio, y cada lágrima parecía quemarle los ojos, como si fuera la picadura de una abeja.





La luna estaba casi llena, tanto que cuando Eva despertó y fue al sector de observación, estaba casi sobre el nivel más alto de la escarpadura, brillando como una enorme moneda de oro. La vio hundirse debajo del horizonte oscuro, envuelta en una guirnalda de nubes que llegaban empujadas por el viento monzón que venía del océano índico. Antes de que desapareciera del todo, los primeros rayos del sol naciente se reflejaron en la superficie curva y plateada del dirigible y, poco a poco, los detalles del paisaje fueron reapareciendo desde la oscuridad. Luego el corazón comenzó a latirle contra las costillas al ver la imagen familiar del monte Lonsonyo que comenzaba a tomar forma ante sus ojos. Cada detalle estaba grabado en su memoria. Reconoció los despeñaderos rojos por encima del estanque de la reina de Saba y vio que las aguas con espuma brillaban al ser tocadas por los primeros rayos de sol. Era como si Tejón estuviera con ella otra vez. En su recuerdo vio cada ángulo y cada plano de su torso desnudo cuando se paró debajo de la cascada riéndose de ella, haciéndole bromas, desafiándola a que llegara hasta él.

« Oh, mi querido —se lamentó en silencio—, ¿dónde estás ahora? ¿Volveré a verte otra vez?»

Entonces, milagrosamente, él estaba delante de ella, tan cerca que si estiraba su mano hacia afuera podría haberle tocado su hermosa cara bronceada por el sol. Él la estaba mirando directamente a los ojos. Fue sólo el más fugaz de los instantes, pero ella vio que la había reconocido, y luego él desapareció, tan repentinamente como había venido.



León todavía estaba dormido, metido en sus mantas. Escuchó voces distantes a través de los últimos retazos de sueño: era el llamado de los *chungaji* en el silencio del amanecer. Algo en su tono lo había alertado. Se forzó a despertarse mientras Loikot lo sacudía con una mano en cada uno de sus hombros.

—¡M'bogo! —Su voz sonaba emocionada—. ¡Viene el pez de plata! Los *chungaji* lo han visto. Estará aquí antes de que el sol se separe del horizonte.

León se alzó de un salto y en un instante estuvo completamente despierto.

—¡Arranca! —le gritó a Manyoro—. Número uno de babor. —Subió al ala baja del *Mariposa* y luego se metió en la cabina saltando por el borde.

—¡Que chupe! —gritó y preparó el carburador. La máquina parecía tan deseosa de salir a la búsqueda como él. Los motores encendieron y se pusieron en marcha con el primer movimiento de la hélice. Mientras esperaba que se calentaran hasta alcanzar la temperatura operativa, miró al cielo. Por las nubes se dio cuenta de que venía una fuerte brisa del océano, soplando directamente por la pequeña y angosta pista de aterrizaje. Era el viento perfecto para el despegue. Parecía que los dioses de la caza ya le estaban sonriendo.

Loikot e Ishmael subieron a la cabina y cuando Manyoro trepó detrás de ellos, pareció que no había suficiente espacio para todos ellos. Aceleró y el *Mariposa* rodó hacia adelante. Los porteadores masai en las puntas de las alas lo hicieron girar para alinearlos con la pista de aterrizaje y, luego, cuando aceleró al máximo, empujaron con toda su fuerza sobre los bordes posteriores de las alas. El *Mariposa* aceleró rápidamente, pero no lo suficiente, porque todavía estaban por debajo de la velocidad de vuelo cuando llegaron al final de la pista de aterrizaje, donde la pared del acantilado caía a pique. El instinto de supervivencia de León le indicaba que apretara fuerte los frenos de las ruedas para salvarlos de la caída, pero no hizo caso y mantuvo los aceleradores al máximo. Los motores aullaban a su máxima potencia y en ese momento sintió una corriente más fuerte de aire que chocaba en su cara. Era una ráfaga aislada, inesperada. Sintió que soplaban por debajo de las alas del *Mariposa* y le daba un suave empujón. Por un instante, pensó que incluso eso no sería suficiente. Sintió que un ala caía cuando el

avión se tambaleó a punto de detenerse e hizo inclinar la trompa hacia abajo despiadadamente. Sintió que el aparato mordía el viento y de pronto estaban volando. Mantuvo la trompa abajo mientras su velocidad de vuelo se disparaba a cien nudos; entonces, llevó hacia atrás la palanca del control. El *Mariposa* ascendió valientemente, pero él estaba sin aliento por el miedo. Por un momento estuvieron al borde de la muerte.

Dejó atrás el miedo y miró hacia adelante. Todos vieron al mismo tiempo el enorme pez plateado que brillaba con la primera luz del sol. Creyó que estaba preparado para esa primera visión, pero no fue así. Sólo el tamaño del *Assegai* sorprendió a León. Estaba varias decenas de metros debajo del *Mariposa* y casi había pasado el lugar donde estaban ellos. «Algunos minutos más y los habríamos perdido para siempre». Pero el *Mariposa* estaba en una posición perfecta para enfrentarse con el dirigible. Estaba encima y detrás de él, ubicado exactamente en su punto ciego. Inclino la trompa hacia abajo y se lanzó al ataque. Al ir acercándose, rápidamente pareció crecer en tamaño hasta que llenó por completo su campo visual. Vio que uno de los motores delanteros ya estaba fuera de servicio, con su hélice inmóvil y vertical tan rígida como un centinela de guardia. Los dos motores de atrás estaban montados en sus cabinas precisamente abajo y a popa de la cabina de pasajeros y carga. Estaba tan absorto estudiándolo que casi se olvidó de dar la orden a su tripulación de desplegar la red para atraparlos.

Sabía que éste era uno de los momentos más críticos del plan. Era muy fácil enredar su propio patín de cola o el tren de aterrizaje cuando la red saliera hacia atrás para extenderse. Pero el viento monzón que venía del Este empujó sus pesados pliegues suavemente a un lado, de modo que se extendía perfectamente ciento veinte metros detrás del *Mariposa*. Dejó que se deslizara por un costado de la cámara de gas del dirigible, adelantándose lentamente hasta que estuvo volando en el mismo nivel que la cabina de observación y el puente de mando.

Le sorprendió ver seres humanos vivos detrás de las ventanas de vidrio. De algún modo, el dirigible había parecido tener una monstruosa vida propia, totalmente divorciada de cualquier cosa que fuera humana. Sin embargo, allí estaba el *Graf Otto* von Meerbach, a apenas quince metros de distancia, mirándolo con una expresión de indignación, con la boca moviéndose en silencio mientras gritaba obscenidades que se perdieron en el rugir de los motores. Luego dio media vuelta y corrió para tomar la ametralladora montada en el ángulo del puente.

León quedó paralizado por la conmoción de ver a Eva parada detrás del alemán. Por un instante, se quedó mirando sus ojos color violeta que le devolvían una mirada perpleja. El *Graf Otto* estaba moviendo el perno de carga y haciendo girar el grueso dispositivo de refrigeración por agua del arma hacia él. León se

levantó y puso el ala del *Mariposa* rápidamente encima en el momento en que el *Graf Otto* disparó la primera ráfaga. Las balas trazadoras describían un arco hacia él, pero León viró bruscamente por delante del puente de mando del dirigible. La ráfaga de trazadoras voló alto y por detrás de él.

Los dos motores traseros del *Assegai* colgaban vulnerables debajo de la quilla. León miró atrás, a la larga red que flameaba arrastrada por el *Mariposa*, y luego, calculando finamente los ángulos relativos y la velocidad de las dos aeronaves, arrastró la red sobre las paletas de la hélice de los motores del dirigible. Éstos engancharon los pliegues y los envolvieron en un instante para formar apretadas pelotas que los ahogaron. Había ocurrido tan rápidamente que casi lo toman desprevenido.

—¡Suéltala! —le gritó León a Manyoro, que reaccionó rápidamente, moviendo con ambas manos la palanca de lanzamiento. Los ganchos se abrieron, dejando que la pesada sogá cayera limpiamente, un instante antes de que pudiera arrastrar al *Mariposa*. El enorme timón en forma de cola de pescado del dirigible rozó el ala superior cuando pasó sobre ellos. Y luego el *Mariposa* quedó libre. León maniobró y volvió a subir a la posición por encima y detrás del *Assegai*, manteniéndose en el punto ciego. Las ráfagas de balas trazadoras de la ametralladora Maxim habían pasado demasiado cerca. No iba a cometer ese error otra vez.

Vio que salía humo de los motores traseros del dirigible. La red y las pesadas líneas de arrastre estaban tan enredadas en la punta de los ejes de las hélices y otras piezas móviles que ambos se habían trabado hasta detenerse. El *Assegai* ya no respondía a su timón.

El único motor delantero que funcionaba no tenía la potencia suficiente para sostenerlo contra el viento de costado del monzón y empezó a virar con brusquedad para apuntar directamente a la pared del acantilado rocoso del monte Lonsonyo. El timonel lo estaba conduciendo con el acelerador al máximo y la tensión era excesiva. En ese momento, el motor sobreviviente empezó a soltar humo azul desde abajo de la cubierta al ir recalentándose.

El *Graf Otto* cruzó corriendo la sala de control, tomó al timonel por los hombros y lo arrojó a un lado. Se estrelló contra la ventana de adelante primero para luego caer al suelo. La sangre le salía a borbotones de la nariz rota. El *Graf Otto* tomó la rueda del timón y miró hacia los acantilados. Estaban sólo a ochocientos metros de distancia, por lo menos trescientos metros debajo de la cima, y la única manera de evitar chocar contra ellos era inflar las cámaras de gas al máximo y hacerlo subir lo más rápido posible para tratar de pasar por encima. Buscó la válvula de control y la abrió completamente.

En lugar del ruido de un chorro de hidrógeno pasando por los tubos de inyección, se escuchó un débil silbido poco sólido, y aunque el dirigible se

estremeció, apenas si subió.

—¡Los tanques de hidrógeno están sin presión! —gritó frustrado—. Usamos todo el gas en el desierto para protegernos del khamsin. Jamás lograremos salvarnos. Vamos directamente a chocar con el acantilado. ¡Tendremos que saltar! Ritter, trae los paracaídas. Hay suficientes para todos.

Ritter encabezó una corrida hacia el depósito detrás del puente y empezaron a arrojar los paracaídas por la puerta a una pila en el suelo. Se produjo un tumulto impulsado por el pánico y los hombres se peleaban por apoderarse de ellos. El *Graf Otto* se abrió pasó a los empujones y agarró uno en cada mano. Volvió corriendo hacia Eva.

—Ponte esto.

—No sé cómo hacerlo —protestó ella.

—Bien, tienes aproximadamente dos minutos para aprender —le dijo con gesto adusto y le puso el arnés sobre los hombros—. Tan pronto estés fuera del dirigible, debes contar hasta siete y luego tiras de este cordón. El paracaídas hará el resto. —Le ajustó las correas del arnés sobre el pecho—. Apenas toques el suelo, abre estas hebillas y libérate de la tela.

Abrochó su propio paracaídas y la mochila de provisiones. La arrastró hacia la puerta que ya estaba bloqueada por hombres que luchaban por salir.

—Otto, no puedo hacer esto —gritó Eva, pero él no discutió con ella.

La tomó por la cintura y la arrastró luchando cuerpo a cuerpo para llegar a la puerta.

Con fuertes patadas apartó a los dos hombres que estaban delante de él y, apenas se abrió la puerta, lanzó a Eva afuera. Mientras ella caía, le gritó:

—Cuenta hasta siete, luego tira del cordón.

La vio caer hacia las altas copas de la selva tropical. En el momento en que parecía que iba a estrellarse contra las ramas, su paracaídas se abrió de golpe y tiró de ella con tanta fuerza que se balanceó colgada del cordaje como una marioneta. No esperó a verla tocar tierra, sino que saltó al espacio y se lanzó hacia los árboles.

León llevó al *Mariposa* a una maniobra ajustada por encima del acantilado y miró hacia abajo, a los cuerpos humanos que salían amontonados por la escotilla en la cabina de control del dirigible. Vio por lo menos tres paracaídas que no se abrieron y a los hombres caer moviendo brazos y piernas hasta chocar contra las copas de los árboles.

Otros más afortunados fueron llevados por el viento del monzón como vilanos de cardo para ser esparcidos por toda la ladera. Entonces, vio a Eva en caída libre, más pequeña y más delgada que cualquiera de los otros tripulantes. Se mordió el labio con fuerza mientras esperó que su paracaídas se abriera para

luego gritar aliviado cuando la seda blanca se abrió encima de ella. Estaba ya tan abajo que en pocos segundos se perdió en la densa masa verde de la selva.

El *Assegai* siguió flotando, con la trompa alta y moviéndose sin rumbo en el viento. Aunque se elevaba lentamente, se dio cuenta de un vistazo de que nunca iba a llegar a la cima del acantilado. Su cola tocó los árboles y giró abruptamente. Como una medusa varada, rodó sobre un costado y sus cámaras de gas grandes como cavernas se atascaron en las ramas superiores de los árboles. Se aplastaron y el dirigible se desinfló como un globo pinchado. León se preparó para la explosión de hidrógeno que estaba seguro se iba a producir —sólo se necesitaba una chispa de los dañados generadores—, pero nada ocurrió. Mientras el gas salía a chorros y era dispersado por el viento, el *Assegai* se convirtió en un montón deforme de lienzo y otros restos en las copas de los árboles de la jungla, que rompieron hasta las ramas más grandes bajo su enorme peso.

León hizo virar al *Mariposa* en un ángulo cerrado para volar a pocos metros por encima de lo que quedaba del dirigible. Trató de ver algo en la selva, esperando desesperadamente poder descubrir por un momento a Eva, pero no pudo ver nada. Volvió a hacer otro círculo e hizo otra pasada. Esta vez vio un cuerpo colgando sin vida de los corrajes de un paracaídas cuya seda estaba enredada en las ramas altas de un árbol. Volaba tan bajo en ese momento que pudo reconocer al *GrafOtto*.

—Está muerto —dició León—. Por fin se rompió el maldito cuello.

Luego el *Mariposa* estuvo directamente sobre él y su ala más baja le bloqueó la visión. No vio que el *GrafOtto* levantaba la cabeza para mirar el avión.

León regresó y puso al *Mariposa* en posición de ascenso hacia la pista de aterrizaje, manteniéndose bajo por la pared del acantilado para no perder ni un momento. Quería volver y encontrar a Eva. Al volar junto a la cascada blanca y mirar abajo, al estanque de la reina de Saba, verificó sus puntos de referencia cuidadosamente. Estaba a pocos minutos de vuelo de los restos del *Assegai*, pero sabía que sería una pesada marcha cubrir la misma distancia a pie. Apenas aterrizó y apagó los motores, metió la mano debajo del asiento y sacó la caja con su arma. Con tres rápidos movimientos armó la culata y los cañones y cargó las recámaras de su enorme *Holland*. Luego balanceó las piernas por sobre el costado de la cabina y saltó para bajar, gritando órdenes a los muchos *morani* que esperaban y corrían para encontrarse con él.

—¡Rápido! Busquen sus lanzas. La *memsahib* está allí afuera, sola en la selva. Podría estar lastimada. Tenemos que encontrarla rápido. —Corrió ladera abajo saltando por entre los arbustos.

Los guerreros que lo seguían tuvieron dificultades para no perderlo de vista por entre los árboles.



Eva se balanceaba locamente, colgada del cordaje de su paracaídas mientras miraba hacia abajo y veía que las copas de los árboles de la selva se acercaban rápidamente para recibirla. Chocó contra las ramas más altas y las ramitas se fueron rompiendo ruidosamente alrededor de su cabeza. Cada vez que chocaba con otra rama su velocidad disminuía un poco más, hasta que llegó al suelo en un pequeño claro en la ladera.

La pendiente era empinada, de modo que comenzó a rodar dando tumbos con la cabeza y los talones hasta que se detuvo en un sector pantanoso. Recordó el consejo del *Graf Otto* y tiró desesperadamente de las hebillas de su arnés hasta que pudo librarse de ellas. Luego se puso de pie cautelosamente y examinó su cuerpo en busca de lesiones. Tenía algunos arañazos en los brazos y en las piernas, así como moretones en la nalga izquierda, pero entonces recordó el terror de ser lanzada afuera del dirigible y se dio cuenta de lo afortunada que había sido.

Acomodó los hombros y levantó la barbilla.

«¿Y ahora, dónde encontraré a Tejón? Si por lo menos tuviera alguna idea de dónde vino, pero apareció de repente». Pensó por unos pocos segundos antes de responder ella misma su pregunta. «¡El estanque de la reina de Saba, por supuesto! Es el primer lugar en que me buscará».

Conocía bien el terreno porque ella y León habían paseado por él en sus excursiones por las laderas durante los meses encantados que habían pasado en la *manyatta* de Lusima. En ese momento, una súbita visión de la pared del acantilado a través de la jungla la ayudó a orientarse y precisar dónde estaba.

—La cascada no puede estar a más de unos pocos kilómetros al Sur —se dijo.

Se puso en camino, usando la dirección de la pendiente para guiarse y manteniendo la línea del acantilado a la derecha. Pero en ese momento se detuvo bruscamente. Había movimientos agitados entre los arbustos adelante y una horrible hiena moteada salió de la espesura, con un trozo de carne cruda colgando de sus mandíbulas. Ella había interrumpido su comida de carroña.

Avanzó con cautela y encontró el cadáver de Thomas Bueler, el primer oficial, tirado sobre los arbustos. Él era uno de los hombres a los que no se les

abrió el paracaídas. Lo reconoció por el uniforme. Su cara había desaparecido casi por completo. La hiena la había destrozado para comerla. Estaba a punto de continuar presurosa por el sendero, pero entonces vio que Bueler tenía una mochila pequeña abrochada en la parte de adelante de su arnés, razón por la cual el paracaídas falló al enredarse el cordaje. Quizá contenía algo que le sería de ayuda para sobrevivir, sola y desarmada, en la montaña.

Se arrodilló al lado del cadáver y se esforzó por no mirar su rostro mutilado mientras abría la mochila. Encontró un pequeño equipo de primeros auxilios, varios paquetes de fruta deshidratada y carne ahumada, una lata de Vestas para hacer fuego y una pistola Mauser 9 mm en su pistolera de madera, con dos cargadores de munición de repuesto. Todas estas cosas eran de un valor inestimable.

Desenredó la correa de la mochila del arnés del paracaídas y la colgó en el hombro, se paró de un salto y se fue por el sendero de los animales. Escuchó la voz de Otto que venía de unos setecientos metros más adelante, pidiendo ayuda con gritos lastimeros desde un poco más arriba de la pendiente.

—¿Nadie puede escucharme? ¡Ritter! ¡Bueler! ¡Vengan! Necesito ayuda.

Ella salió del sendero de animales por donde iba y se movió cautelosamente hacia el lugar de donde llegaba el sonido. Cuando él gritó otra vez, miró hacia arriba y lo descubrió. Estaba colgando a gran altura en las copas de los árboles. Sus cuerdas se habían enredado en una rama grande y estaba colgando a más de veinte metros de altura, balanceándose de un lado a otro, tratando de agarrarse de la rama de la que estaba suspendido, pero no lograba alcanzar el impulso suficiente para ello.

Eva miró cuidadosamente a su alrededor. Nadie de la tripulación del *Assegai* estaba a la vista. Estaban solos en la selva. Estaba a punto de escabullirse y continuar su escape cuando él la descubrió.

—¡Eva! Gracias a Dios has llegado. —Ella se detuvo—. Ven, Eva, debes ayudarme a bajar. Si abro mi arnés, me mataré en la caída. Pero tengo una soga ligera en mi mochila. —Metió la mano y sacó un trozo de soga de yute—. Voy a dejar caer un extremo para que lo agarres. Debes acercarme a la rama para que pueda agarrarla.

Ella permaneció inmóvil, mirándolo. Ahora que sabía que había sobrevivido al choque, no podía dejarlo. La iba a seguir. Nunca le iba a permitir escapar.

—Rápido, mujer. No te quedes allí. Toma el extremo de la cuerda —le gritó con impaciencia.

Por primera vez en su larga relación, él estaba totalmente en su poder. Éste era el hombre que había asesinado a su padre, el que la había humillado y torturado mental y físicamente. Ése era el momento para el castigo. Si lo mataba en ese momento, podía borrar todos esos recuerdos. Ella quedaría limpia y entera.



Se movió con la lentitud de un sonámbulo y se acercó a él mientras metía la mano en la mochila de Bueler.

—Sí, Eva, qué bueno. Sé que siempre puedo confiar en ti. Toma la soga.

Había un tono de persuasión en su voz que nunca le había escuchado antes. Ella sintió que la fuerza y la resolución le recorrían el cuerpo. La culata de la pistola Mauser cabía perfectamente en su mano.

—Soy el ángel oscuro —susurró al mirar al hombre que colgaba indefenso por encima de ella—. Soy la vengadora. —Sacó la pistola y tiró hacia atrás la corredera. Hubo un agudo clic metálico cuando la soltó y volvió a su lugar otra vez; introdujo un proyectil en la recámara.

—¿Qué estás haciendo? —gritó el *Graf Otto* consternado—. Deja esa arma. ¡Alguien podría salir lastimado!

Lentamente ella levantó la pistola y le apuntó.

—¡Detente, Eva! ¿En nombre de Dios, qué estás haciendo? —En ese momento ella escuchó el miedo en su voz.

—Voy a matarte —respondió ella en voz baja.

—¿Estás loca? ¿Has perdido la razón?

—He perdido más que la razón. Tú me lo has quitado todo. Ahora lo estoy recuperando.

Disparó.

No había esperado que el ruido fuera tan fuerte, ni que el culatazo fuera tan doloroso. Le había apuntado a su negro corazón, pero la bala lo había herido en el brazo izquierdo, encima del codo. Chorreaba sangre por su antebrazo, que luego goteaba desde las puntas de los dedos.

—No hagas eso, Eva. ¡Por favor! Haré lo que quieras.

Disparó otra vez y este disparo se desvió más que el primero. Ni lo tocó.

No sabía lo difícil que era disparar con precisión con una pistola a esa distancia. El *Graf Otto* se movía en su arnés, retorciéndose y balanceándose de un lado al otro. Disparó una y otra vez. Él gritaba aterrizado.

—¡Detente! ¡Basta! Te recompensaré, lo prometo. Tendrás todo lo que quieras de mí.

Ella respiró hondo y trató de serenar los latidos de su corazón cuando apuntó la pistola por última vez... pero antes de que pudiera disparar, un brazo fuerte la envolvió desde atrás y una mano le tomó la muñeca, haciendo que bajara el arma. El disparo dio contra el suelo entre las puntas de sus botas.

—¿Qué bueno tenerlo acá, Ritter! —bramó el *Graf Otto*—. ¡Sujétela con fuerza! Espere a que ponga mis manos sobre esa bruja traicionera.

Ritter le arrancó a Eva la pistola de sus manos para luego arrojarla al suelo con una rodilla entre sus omóplatos. Le sostuvo las manos en la espalda mientras un hombre de su tripulación la ató con media docena de nudos profesionales. Ritter le dio la pistola Mauser.

—Dispárale si le da motivo para hacerlo —ordenó, y luego corrió para bajar al *Graf Otto* del árbol. Tomó el extremo de la soga y lo movió hacia un lado. El *Graf Otto* se agarró de una rama, luego se balanceó hasta quedar sobre ella. Una vez allí, se desabrochó el arnés y lo dejó caer. Tan ágil como un inmenso simio color jengibre, bajó por el tronco hasta el suelo. Se detuvo sólo por un minuto para recobrar el aliento y luego caminó lentamente hacia donde estaba Eva.

—Levántela —le ordenó al tripulante— y sosténgala firme. —Le sonrió y le mostró el puño de metal—. ¡Esto es para ti, mi querida! —La golpeó. Calculó la fuerza de su golpe con cuidado. No quería que muriera demasiado rápido—. ¡Perra! —le dijo; luego le agarró un mechón de pelo y lo retorció hasta hacerla caer de rodillas—. ¡Bruja traicionera! Ahora me doy cuenta de que fuiste tú todo el tiempo, no ese bóer, esa patética criatura. —Le empujó la cara contra la tierra mojada por la lluvia y le puso una bota en la nuca—. No sé cuál será la mejor manera de matarte. ¿Ahogarte en el barro? ¿Te estrangulo lentamente? ¿O te martillo la cabeza hasta convertirla en un puré? Difícil decisión. —Le levantó la cara y la miró a los ojos. La sangre que le salía de la nariz se mezclaba con el barro, le corría por la cara y le goteaba de la barbilla—. Ya no te ves tan hermosa. Te ves más bien como la pequeña y sucia putita que eres.

Eva echó atrás la cabeza y lo escupió.

Él se limpió con la manga y se rio de ella.

—Esto será muy divertido. Disfrutaré cada momento.

Ritter dio un paso adelante y trató de intervenir.

—No, señor. Usted no puede hacerle eso. Es una mujer.

—Le demostraré que puedo, comodoro. Mire esto. —Levantó la mano metálica otra vez, pero cuando se inclinó sobre Eva, una ensordecedora explosión le golpeó los tímpanos. Era el característico ruido de un rifle Nitro Express 470. El *Graf Otto* fue empujado hacia atrás, agitando los brazos, cuando la pesada bala se abrió paso en el centro de su pecho para salir como una erupción por entre los omóplatos en una brillante fuente de sangre y tejido aplastado.

—Hay otra bala para cualquiera que quiera seguir discutiendo el asunto. ¡Manos arriba, por favor, caballeros! —dijo León en alemán, cuando salió de entre los arbustos con Manyoro, Loikot y veinte *morani* masai armados con afiladas *assegai* detrás de ellos.

—Manyoro, ata a estas personas como pollos que van al mercado. Que los *morani* los lleven al fuerte del ejército en el lago Magadi y los entreguen a los soldados —dijo. Luego corrió hasta donde Eva estaba arrodillada en el barro. Sacó su cuchillo de caza de la vaina y cortó la soga. Luego le tomó la cara con las manos y la levantó hasta su propia cara.

—Mi nariz—susurró ella. Él le besó los labios embarrados y ensangrentados.

—Está rota y tendrás un encantador par de ojos morados, pero no es algo que el doctor Thompson no pueda arreglar apenas pueda llevarte de vuelta a Nairobi.

—La levantó y la sostuvo con fuerza contra su pecho mientras emprendían el regreso ladera arriba, hasta donde esperaba el *Mariposa* en la pista de aterrizaje. Allí, la colocó tiernamente en el suelo y la cubrió con un pedazo de lona impermeable, porque temblaba por la conmoción.

Cuando se puso de pie, vio que Lusima estaba junto al fuselaje.

—La voy a llevar a Nairobi —le dijo a Lusima—, pero hay un gran servicio que puedes hacer por nosotros.

—Lo haré, hijo mío —dijo.

—El monstruo plateado yace roto en la ladera. Manyoro te llevará a ti y a tus *morani*. Esto es lo que quiero que hagas por mí.

—Te escucho, *M'bogo*. —Él habló rápidamente. Cuando terminó, ella asintió con la cabeza—. Haré todas esas cosas. Ahora lleva a tu encantadora flor rota a un buen lugar y cuidala hasta que esté curada.



Pasaron cuatro años casi exactos antes de que regresaran al estanque de la reina de Saba. Dejaron a Lusima, Manyoro, Ishmael y Loikot en el viejo campamento y llegaron solos a caballo al estanque. León se acercó para ayudarla a bajar de la silla y la besó antes de ponerla en el suelo.

—Viajera desconocida —le dijo—, ¿cómo haces para verte cada vez más joven y más hermosa con cada día que pasa?

Ella se rio y se tocó un costado de la nariz.

—Salvo por alguna marca y alguna pequeña protuberancia aquí y allá. —Ni siquiera la magia médica del doctor Thompson había podido devolverle del todo la forma de su nariz.

—¿Llamas a esto una pequeña protuberancia? —preguntó él mientras le ponía las manos sobre el vientre—. ¿Y esto?

Ella se miró el cuerpo orgullosamente.

—Sólo mira cómo crece.

—Muero de ansiedad por verlo, señora Courtney. —La tomó de la mano y la llevó a su asiento acostumbrado sobre el saliente rocoso. Se sentaron uno junto al otro y miraron abajo, a las oscuras aguas.

—Apuesto a que nunca escuchaste el relato de los millones perdidos de Meerbach —dijo Eva.

—Por supuesto que sí. —Su rostro permanecía inexpresivo—. Es uno de los grandes misterios de África. Junto con las minas perdidas del rey Salomón y los millones de Kruger que el viejo presidente bóer hizo desaparecer adelantándose al ejército de Kitchener cuando entró a Pretoria.

—¿Crees que alguien resolverá el misterio pronto?

—Quizás hoy —respondió él. Se puso de pie y empezó a desabotonarse la camisa.

—Ha estado aquí durante casi cuatro años. ¿Y si alguien ya lo encontró? —preguntó ella y su humor ligero comenzó a desvanecerse.

—Eso nunca podría haber ocurrido —la tranquilizó—. Lusima Mama lanzó una maldición sobre el estanque. Nadie se atrevería a entrar en él.

—¿Pero no tienes miedo? —preguntó ella.

Sonrió y tocó el pequeño amuleto de marfil tallado que colgaba de un hilo de cuero alrededor de su cuello.

—Lusima me dio esto. Me protegerá de la maldición.

—¡Lo estás inventando, Tejón! —lo acusó.

—Sólo hay una manera de demostrártelo. —Saltó con una sola pierna para sacarse los pantalones, y se zambulló al agua desde el saliente.

Ella se puso de pie de un salto y le gritó:

—¡Regresa! Tengo miedo de conocer la respuesta. ¿Y si todo desapareció, Tejón?

Él se mantenía vertical a flote en el agua y le sonrió desde el centro del estanque.

—Eres una decidida pesimista, mi amor. En pocos minutos, sabremos lo peor o lo mejor.

Respiró hondo cuatro veces y entró de cabeza al agua. Durante algunos segundos sus pies descalzos patearon por encima de la superficie y luego desapareció.

Ella sabía que pasaría algún tiempo antes de que volviera a la superficie y dejó que su mente volviera atrás sobre los últimos cuatro años. Habían estado llenos de emociones y de peligro, pero también de amor y de risas. Ella había estado con él la mayor parte del tiempo que permaneció en campaña con la caballería ligera de Delamere en la selva contra ese bribón astuto de Von Lettow Vorbeck. León le había enseñado a pilotar el *Abejorro* y actuar como su observadora y navegante. Ambos formaron un equipo que se hizo famoso.

Una vez, cuando León no estaba con ella, había aterrizado con su avión bajo el intenso fuego de los alemanes para rescatar a cuatro *askari* heridos. Lord Delamere había movido todas las influencias posibles para asegurarse de que se le otorgara la Medalla Militar.

« Pero ahora la guerra ha terminado y la ganamos. Me hará feliz un poco menos de emociones y peligros y mucho más amor y risas» .

Se levantó de un salto cuando León salió del agua y la salpicó.

—¡Dime las malas noticias! —le gritó.

Él no respondió, pero nadó hasta el saliente debajo de ella y levantó la mano derecha fuera del agua. Tenía algo y lo lanzó a sus pies. Era una pesada bolsita de lona. Ella quedó con la boca abierta cuando golpeó sobre la roca. De la bolsa salieron monedas de oro que brillaron en la luz del sol y ella dejó escapar un chillido de emoción para luego caer de rodillas. Las recogió en sus manos ahuecadas y lo miró con una duda silenciosa en sus ojos.

—Algunas de las cajas se reventaron y se abrieron, tal vez cuando los *morani* de Lusima las dejaron caer en el estanque desde arriba de la cascada, pero parece que no falta nada o casi nada. —Salió del agua deslizándose como una nutria y ella dejó caer el puñado de soberanos de oro para abrazar su cuerpo frío y mojado.

—¿No tenemos que devolverlo? —le susurró ella en la oreja.

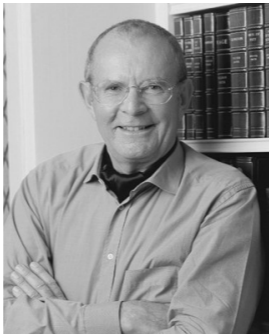
—¿Devolvérselo a quién? ¿Al káiser Guillermo? Creo que no hace mucho cerró el negocio.

—Me siento muy culpable. No nos pertenece.

—¿Por qué no lo consideras el pago total y final de Otto von Meerbach por las patentes que le robó a tu padre? —sugirió.

Ella se meció hacia atrás, lo mantuvo a la distancia de un brazo y lo miró divertida. Empezó a sonreír.

—¡Por supuesto! Cuando uno lo mira de ese modo, es de verdad muy diferente. —Entonces se rio—. ¡No puedo encontrar ninguna falla en tu razonamiento, mi querido Tejón!



WILBUR ADDISON SMITH (9 de enero de 1933, Rhodesia del Norte, hoy Zambia), es un escritor de novelas de aventuras, autor de superventas. Sus relatos incluyen algunos ambientados en los siglos XVI y XVII sobre los procesos fundacionales de los estados al sur de África y aventuras e intrigas internacionales relacionadas con estos asentamientos. Sus libros por lo general pertenecen a una de tres series o sagas. Estas obras que en parte son ficción explican en parte el apogeo e influencia histórica de los blancos holandeses y británicos en el sur de África quienes eventualmente proclaman a este territorio rico en diamantes y oro como su hogar.

Cuando sólo era un bebé contrajo malaria cerebral, la que perduró por 10 días. Afortunadamente, se recuperó totalmente. Se crio en una estancia ganadera donde pasó su infancia cazando y explorando. Su madre lo entretenía con novelas de aventura y escapes, consiguiendo captar su interés por la ficción. Sin embargo, su padre lo disuadió de seguir con la escritura. Se educó en el colegio de Michaelhouse y en la Universidad de Rhodes, ambos en Sudáfrica. Trabajó como periodista y, más tarde, como contable. Sus dos primeros matrimonios terminaron en divorcio; el tercero, contraído en 1971 con Danielle Thomas, duró hasta la muerte de ésta, en 1999. Al año siguiente se casó con Mojnisov Rajímovna, de Tayikistán. Wilbur Smith vive ahora en Londres.

Se hizo escritor a tiempo completo en 1964, después de la publicación de Cuando comen los leones. A esta primera novela han seguido una treintena de obras ambientadas principalmente en África, más de la mitad de las cuales puede

dividirse en tres series: la de Courtney, a la que pertenece su primer éxito; la de Ballantyne y la del Antiguo Egipto. Sus libros se traducen a veintiséis idiomas y lleva vendidos casi 70 millones de ejemplares.

Wilbur Smith encuentra en África su mayor inspiración. Actualmente vive en Londres, Inglaterra, pero muestra una profunda preocupación por las personas y la vida salvaje de su continente natal.

## La saga Courtney

La Saga Courtney es una serie de catorce novelas publicadas entre 1964 y 2015 por Wilbur Smith. Son la crónica de la familia Courtney desde c. 1860 hasta 1987. Las novelas pueden dividirse en tres partes:

La trilogía original de novelas que sigue a los gemelos Sean and Garrick Courtney desde 1860 hasta 1925 (*Cuando comen los leones*, *Retumba el trueno* y *Muere el gorrión*).

La segunda parte consta de cinco libros que sigue a Centaine de Thiry Courtney, sus hijos y nietos entre 1917 y 1987 (*Costa ardiente*, *El poder de la espada*, *Furia*, *Zorro dorado* y *Tiempo de morir*).

La tercera parte, la escrita más recientemente, sigue a la familia Courtney desde c. 1660 hasta 1918, centrándose en sucesivas generaciones de la familia (*Aves de presa*, *León dorado*, *El monzón*, *Horizonte azul*, *El triunfo del sol* y *El destino del cazador*).

En orden cronológico irían la tercera parte, luego la primera y por último la segunda. Esto conlleva pequeñas inexactitudes, ya que la secuencia cronológica de los libros es la siguiente:



Publicado	Título	Transcurre
1997	Aves de presa	c. 1660
2015	León dorado	c. 1670
1999	El monzón	c. 1690
2003	Horizonte azul	c. 1730
1964	Cuando comen los leones	c. 1860-c. 1890
2005	El triunfo del sol	c. 1880
1966	Retumba el trueno	1899-1906
2009	El destino del cazador	1906-1918
1985	Costa ardiente	1917-1920
1977	Muere el gorrión	1918-1925
1986	El poder de la espada	1931-1948
1987	Furia	c. 1950 y c. 1960
1990	Zorro dorado	1969-1979
1989	Tiempo de morir	1987

# The Courtneys

